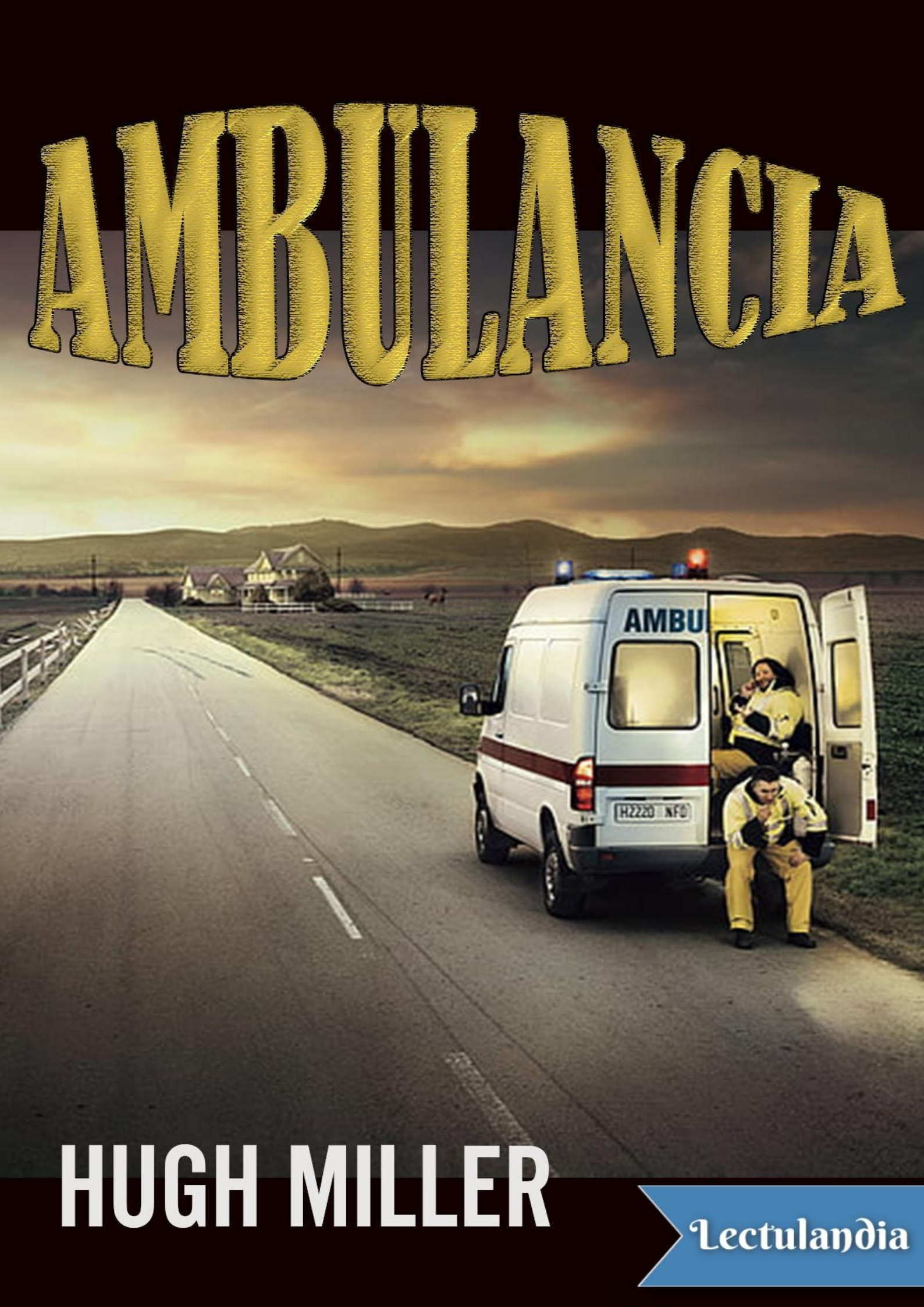
AMBULANCIA



HUGH MILLER

Lectulandia

La tragedia humana vista desde el interior de una ambulancia, la enfermedad, la muerte y las pasiones de una gran ciudad.

Hugh Miller

Ambulancia

ePub r1.0
Café mañanero 16-08-2023

Título original: *Ambulance*
Hugh Miller, 1978
Traducción: Sofía Noguera
Portada por Café mañanero para EPL
Rige bajo normativa RAE de la época

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 08/2023
ePub base r2.1


AMBULANCIA

Hugh Miller

1

En aquella hora, cuando los únicos sonidos que escuchaba eran los pájaros madrugadores y el aliento de Amy, próximo y reconfortante, junto a su oído, Henry Madison se sentía siempre en paz. Era un estado de gracia, un momento que no duraba sino unos minutos, cuando la mente, despierta ya, comenzaba a reaccionar ante el mundo, antes de que los achaques del cuerpo y las púas de la memoria comenzasen a erizarse y a provocar inevitables distorsiones. Volvió la cabeza y contempló el rostro dormido de Amy, los rasgos dulcificados por la luz difusa y amarilla que se filtraba a través de las cortinas. A lo largo del tiempo de vida en común, jamás había observado cambio en ella. Su carácter, su voz, sus movimientos, su rostro incluso habían ido modificándose sutilmente para seguir a tono con los cambios que se producían en él con el paso de los años. Todavía era hermosa y ahora, dormida, en su frente lisa y en su boca llena y generosa aún se advertían signos de juventud. Sus cabellos, rubios siempre, habían ido tornándose blancos a través de una leve gradación y seguían conservando el brillo de aquellos viejos tiempos en que ella se contaba entre los primeros premios que Henry perseguía con incomparable vigor. Tenía cincuenta y ocho años, cinco menos que él. No le había dado hijos, pero siempre había sido manantial de fuerza. Era la persona más sana que Henry había conocido en su vida y sabía que no tendría que soportar la desgracia de perderla. Moriría el primero; ante tal certidumbre no se molestaba en especular.

Echó una mirada al reloj de la mesita de noche. Las siete y cuarto. Cuando era más joven, cuando tenía treinta años menos, no le importaba levantarse a las cinco de la madrugada, para tener un día más largo a su disposición. Entonces dormía todas las noches como un tronco e igualmente beneficiosas eran para él cuatro horas de sueño que ocho. Ahora, en cambio, a las nueve de la noche se sentía agotado y, aunque no se acostaba hasta las diez poco más o menos, tardaba una hora en dormirse y bastaba un crujido del *parquet* para despertarlo. A veces pensaba que el tiempo era como un pozo fatal. El hombre era siempre vencido por el tiempo, por muchas protecciones que

construyera a su alrededor. Todo lo más que podía hacer era retrasar los acontecimientos, cosa que, a fin de cuentas, exigía más energía que la que un hombre de sesenta y tres años era capaz de desplegar. Entre sus más vergonzosas frustraciones figuraba el hecho de lamentar no haber acogido el alcohol con agrado. Y tener que enfrentarse de continuo con la vejez totalmente sobrio era como someterse a una operación sin anestesia.

Henry movió las piernas y notó en la rodilla derecha un envaramiento que le era familiar. Había descubierto que se agravaba cuando dormía boca arriba. Pero tenía la desgracia de no poder dormir del lado izquierdo y en el hombro derecho comenzaba a dejarse sentir una ligera artritis. Extendió las piernas y, como de costumbre, trató de levantarlas venciendo la presión de la ropa de la cama que lo cubría. Era un buen ejercicio, uno de los pocos que había seguido practicando después de cumplir los cincuenta años y que le había permitido mantener duros los músculos del vientre, es decir, bastante más duros que los que, fláccidamente, albergaban las vísceras de la mayor parte de los hombres de su misma edad. Al mismo tiempo, se puso a subir y bajar las mandíbulas, haciéndolas avanzar y retroceder, siguiendo un ritmo alternado que tenía por objeto conservar la elasticidad y la tirantez de sus facciones, ya que no su juventud. No hay nada peor que un hombre que trata de ejercer su autoridad con una cara que parece abandonarlo, con una expresión que anuncia la inmediatez de su fin. A mitad de los ejercicios se acordó del día que era, lo cual le hizo dejar de moverse y aprestarse a estar atento. Martes, 19 de febrero. El resentimiento que anoche tardó tanto tiempo en disiparse volvía ahora, con sus colores, matices y resonancias intactos.

Apartó a un lado las ropas de la cama y asomó las piernas. Levantándose algo trabajosamente, cogió la bata que estaba sobre una silla y la deslizó sobre sus hombros, notando la sensación agradable de calor al hacerlo. Pasó a grandes pasos junto al tocador, tratando de ignorar las hojas de papel que, en ordenado montón, descansaban sobre él. Pero una fuerza lo impelió a volver a mirarlas, como la persona que, una vez más, quiere sentir la herida que padece, para probar de nuevo el dolor. Henry cogió el fajo con un movimiento brusco y se lo llevó al cuarto de baño.

Mientras los grifos comenzaban a chorrear se quedó un momento junto al aparato de luz y calor, con los párpados fruncidos, deslumbrado ante la blancura de aquel papel solemne y ceremonioso. La primera hoja era una especie de memorándum, escueto y lacónico.

A Mr. Henry Madison, MRCP, FRCS: De la oficina del Inspector Médico, Westerfield General Hospital. 10 de septiembre de 1972.

En una reunión de la Junta Regional del Hospital, celebrada con fecha de hoy, se han estudiado y aprobado provisionalmente los planes presentados por el doctor Paúl Avery para la instalación de una unidad móvil de asistencia urgente, con base en este hospital. Se tomó buena nota de las objeciones presentadas por usted, pero los miembros de la Junta siguen siendo unánimes en la opinión de que los proyectos del doctor Avery son de alcance futuro y están en línea con la actual tendencia de mejorar la eficacia en las atenciones prestadas a los accidentados en todo el país. De estar interesado en presentar más argumentos en favor de su punto de vista, le sugiero que se ponga en contacto directo con el Presidente de la Junta, sir Albert Macauley, a la mayor brevedad posible. Están haciéndose ya los cálculos para el vehículo propuesto y me permito señalarle que la Junta está desplegando una diligencia poco común en los trámites previos a la puesta en marcha de la citada cuestión.

James Towers
Inspector Médico

Henry lanzó una rápida ojeada a la segunda carta, copia de aquella que había tardado una hora en redactar y que quería ser una lanza en favor de la cordura en un mundo desequilibrado por el culto a las supuestas ideas luminosas. Esencialmente se limitaba a señalar en ella que aquél era mal momento para la incorporación de un esquema complejo, caro, que exigía mucho personal y que, a fin de cuentas, no se reducía a otra cosa que a una ambulancia ostentosa, cargada de aparatos complicados para cuyo manejo eran precisos técnicos médicos que hacían mucha falta en otra parte. Proseguía indicando que la eficiencia dentro del hospital estaba muy necesitada de profundas reformas, que este hecho no cambiaría por mucha magia montada sobre cuatro ruedas que pudiera incorporarse y que ésta más bien podía empeorar las cosas. Los planes exigían un chófer, un asistente, una enfermera veterana y un médico de dedicación total a fin de poder manejar todos los aparatos de recuperación. Ya era bastante difícil encontrar médicos y enfermeras para, encima, despilfarrarlos en una labor que era mejor dejar en manos del servicio de ambulancias ya existente. Ya se habían expresado serias dudas en diferentes sectores en relación con la utilidad de aquel esquema. En el caso particular de los cuidados coronarios, los servicios urgentes reducirían en teoría la mortalidad inmediata entre un dieciocho y un

veintidós por ciento, pero con los cuidados de emergencia y la continuidad de los servicios podía conseguirse que la cifra bajase a menos del catorce por ciento. Sin embargo, pese a teoría tan convincente como atractiva, señalaba Henry, había sido difícil demostrar en la práctica que, con el uso de las Unidades Móviles de Cuidados Coronarios, se hubiese obtenido alguna ventaja palpable. Las cifras demostraban abundantemente que los médicos, en el ejercicio de su profesión, no se servían de equipos móviles y, a esta renuncia por parte de ellos, cabía sumar las dudosas virtudes que reunían aquel tipo de unidades, por lo que él apuntaba que tenía por muy poco sensato despilfarrar un dinero y un personal que tanta falta hacía en otros campos de probada eficacia. Y en relación con la labor en favor de los accidentes de carretera, con la cual el doctor Avery se mostraba tan entusiasmado imaginando lo útil que podía resultar la super-ambulancia, Henry subrayaba que su larga experiencia en la cirugía con accidentados lo había llevado al convencimiento de que poco de bueno puede hacerse para el paciente hasta que se encuentra sólidamente instalado dentro de las cuatro paredes del quirófano.

Cerró los grifos y todavía se demoró unos momentos en sus reflexiones, calentándose un momento debajo de la lámpara al tiempo que lanzaba una mirada acerba al resto de las cartas. De la lacónica respuesta a las exhortaciones de Henry se hacía evidente que *sir* Albert Macauley estaba dotado de tan escasas paciencia y perspicacia como de inteligencia práctica. Su carta estaba escrita a mano en una hoja de color azul pálido que ostentaba el escudo nobiliario familiar. ¡Qué vulgaridad de hombre!, pensó Henry. Cargado de escudos y blasones, con un patrimonio de nobleza que se perdía entre las nieblas de la historia de Inglaterra, apenas si tenía más idea del significado de la tradición y la autoridad que un ratero de esquina.

Estimado Sr. Madison:

Le agradezco su larga e interesante carta. Debo decirle que, en el curso de la última reunión, la Junta consideró con suma atención sus objeciones. He de recordarle que la idea del doctor Avery se centra en disponer de una unidad móvil que preste atención médica —atención experta— en el mismo escenario del accidente y que siga prestando dicha atención hasta el mismo momento de llegada al hospital. No cabe duda de que, cualesquiera que sean los datos y las cifras que puedan presentarse en apoyo de una actitud contraria, hay que admitir que el esquema viene a llenar una laguna en el terreno de la práctica que hasta ahora había pasado inadvertida. La asistencia médica directa no

puede ser un objetivo erróneo ni ineficaz. Admito que los cuidados coronarios plantean ciertos problemas especiales, pero la ambulancia del doctor Avery no apunta principalmente en esta dirección.

Por lo que respecta a sus observaciones relativas a la ineficacia dentro del propio hospital y a la lamentable escasez de personal, lo único que puedo decir es que no se impedirá el progreso mientras la administración siga devanándose los sesos para actuar mejor. Tengo la plena seguridad de que la nueva unidad será un impulso en pro de una mayor eficiencia en el hospital.

Le agradezco nuevamente que haya expuesto sus razones con tanta claridad y tanto empeño. La oposición es saludable, y resulta reconfortante ver que puede ser tan categórica en estos tiempos de franca indiferencia.

A partir de aquí, la correspondencia no era sino una prueba palmaria del fracaso de Henry. Habían dejado de escucharlo. Como consultor veterano, era tenido al corriente de los trámites y hasta el mismo doctor Avery, con su mejor estilo de vencedor por votación unánime, había tenido el tupé de enviarle los detalles referentes al condenado vehículo; sin embargo, no cabía la menor duda de que Henry Madison estaba siendo ignorado, suplantado por el advenedizo americano, propulsado éste por los clamorosos aplausos de toda la Junta del hospital.

Las restantes hojas de papel eran de lo más deprimente. Las dejó y se quitó la bata al tiempo que lanzaba una rápida mirada al espejo antes de meterse en la bañera. Tenía el rostro exacto que él admiraba siendo niño. Cabellos grises y crespos, mejillas de rasgos firmes, boca ancha y ojos grises y profundos. Un rostro dominador. Los años de dedicación, los años de lucha hasta alcanzar el nivel que siempre había considerado merecía su habilidad, lo habían marcado. Y ahora, cuando detrás de él había dejado toda una vida dedicada al duro trabajo, cuando podía presentar una brillante hoja de servicios, era barrido del cuadro sin más contemplaciones. Y aquello era tanto más irritante, tanto más humillante cuanto, a no ser por él y por otros como él, no existiría tal cuadro.

Se tendió boca arriba en la bañera y trató de olvidar los contratiempos. Unos pocos minutos de tranquila relajación, sumido en agua tibia hasta el cuello, he aquí una manera de asegurarse una larga vida y una buena digestión. Esto era lo que le decía su madre, cuyo instinto, pese a colisionar con las más bien fundadas teorías, siempre había favorecido a Henry. Cerró los ojos y trató de olvidar la fecha, aunque sólo fuera un momento. Martes, 19

de febrero: día en que ellos inauguraban aquella caja mágica provista de ruedas.

En el *bungalow* de alquiler donde vivía, a dos millas de Westfield General, enclavado en un lugar habitado principalmente por jóvenes profesionales y sus vivarachas mujercitas, Paul Avery había terminado ya de bañarse, afeitarse y vestirse. El desayuno, compuesto de una taza de café y un cigarrillo Rothman, King Size, estuvo acompañado de una apresurada lectura de los periódicos. Los martes y viernes leía los periódicos profesionales; los miércoles y jueves estaban reservados a las cartas personales. Los lunes, sábados y domingos se entregaba a la elaboración de proyectos que, esperaba, un día lo devolverían a América en una poderosa catapulta posiblemente hasta un puesto importante.

Tenía treinta y cuatro años, edad tradicionalmente vinculada a promesas y generosos horizontes, momento en que un hombre, sobre todo un médico, debía comenzar a labrarse un porvenir. Por derecho le correspondía haber regresado a su tierra, haberse aposentado, haber empezado a dirigir a gentes acostumbradas a su estilo. Pero había decidido permanecer en Inglaterra otros tres años más, a la espera de hacerse con una distinción más, otra estrella de oro que añadir a su historial. Así era como había que hacer las cosas; su visión personal de la manera de organizar la vida encerraba unos cuantos principios evidentes y rutilantes. No tomar *nunca* el camino trillado: he aquí una regla importante. Hubiera podido alegarse que sus éxitos, bastante apartados de lo normal en líneas generales, indicaban de por sí que no corría ningún peligro de caer en lo trillado. Pero ésta era la argumentación que Paúl hubiera rechazado de plano. Hasta el mismo camino real que llevaba al éxito estaba salpicado de convencionalismos. Un enfoque distinto podía reportar un triunfo distinto. Así, pues, en todo cuanto acometía se esforzaba en seguir un método y un estilo que lo mantuvieran incólume de lo vulgar.

El primero que le había enseñado la lección había sido su padre, a través del ejemplo negativo. John Avery había pasado treinta y nueve años de su vida trabajando en el mismo mostrador, en el taller de un fabricante de instrumentos. En el transcurso de todo aquel tiempo ascendió por dos veces en el escalafón, tolerando lo menguado de aquellas promociones en bien de la seguridad.

—No sabrían arreglárselas sin mí —solía decir, mientras el mundo se movía tan aprisa y él seguía quieto en su sitio—. He sabido hacerme

indispensable, hijo mío.

Un esclavo indispensable, un hombre con suficientes conocimientos de lo suyo como para encontrar trabajo donde hubiera querido, pero que se contentaba con seguir donde estaba porque allí se sentía seguro y allí había echado raíces. El ardor de Paúl, que había prendido en él a los dieciocho años y que lo consumía hasta la exasperación cuando contaba veinticinco, lo había apartado de todo cuanto amaba y respetaba su padre. Dentro de las coordenadas de la postura del viejo John, Paul sabía que existía una fórmula para la mediocridad. Con el tiempo, acabó por definir aquella tendencia hacia abajo como resultado de una manera de pensar pedestre. Una vez establecida esta postura, el muchacho se dirigió deliberadamente contra un predecible futuro. En lugar de estudiar materias relacionadas con la administración comercial (cosa que entraba en las previsiones de su padre, que admiraba profundamente a los dirigentes del mundo en que vivía), Paúl dirigió sus pasos hacia la facultad de medicina. Y en lugar de dejarse llevar por una de las cómodas y lucrativas corrientes de la profesión, optó por emplear sus energías en el poco remunerador campo de la cirugía de los accidentados. El cataclismo que vino a coronarlo todo fue su decisión de pasar dos años en Inglaterra, por considerar que allá la gente todavía estaba tan desinteresada por el dinero que seguía situando los intereses del paciente en un lógico primer plano. Su padre, que a la sazón estaba jubilado y que desesperaba ya de tener la oportunidad de sentirse orgulloso de $u hijo, había dicho a Paúl que le consideraba un loco. En medicina hay que estar al pie del cañón, no se puede desaparecer un par de años para reaparecer de pronto y querer reanudar las cosas en el punto en que se dejaron. El viejo John insistía en que había que crecer allí donde se había nacido. Los saltamontes no hacían nada de bueno.

Y ahora había ampliado la permanencia a cinco años. Las razones eran simples y complejas a un tiempo. Le gustaba Inglaterra, encontraba que allí había menos barreras para el progreso y sabía que su acento americano envolvía su porte de un cierto halo ante los caballeros de chaquetilla blanca y escalpelo. A un nivel más profundo, en relación con la fama que se estaba labrando, Paúl estaba aprendiendo ciertas cosas sobre su propia ambición que sólo un exiliado llega a conocer. A una cierta distancia del país donde pasaba los años de madurez profesional, veía su propia imagen con gran claridad. Su cuerpo alto y delgado, sus cabellos castaños y rizados, el rostro que siempre sería joven y la voz suave y bronca a la vez pondrían a Paul Avery en un compartimento lleno ya de ganadores con los ojos claros. Sólo desde Inglaterra veía dónde encajaba su tipo dentro del cuadro total de la práctica

médica americana. Su decisión de no llenarse la bolsa le hacía aferrarse más estrechamente a Inglaterra y a los cambios que este país pudiera operar en él. Cuando regresara seguiría siendo el mismo desde el punto de vista físico y emocional, pero regresaría provisto de un historial y de una curva de comportamiento capaces de romper cualquier encasillamiento. Lo que él pretendía era colocarse en la cima y había decidido que, aun siendo la cima, nada tendría que ver con los pináculos de tipo corriente.

La lectura de la mañana se revelaba más difícil que habitualmente. Detrás de aquel tranquilo recorrido bullía la excitación de aquel día, que era el de la inauguración. Había sucedido; había conseguido algo que un médico del montón, con el respeto por la tradición que tienen los médicos del montón, hubiera tardado media vida en obtener; Contagiando su entusiasmo a otras personas, había desencadenado respuestas entre el comité que habían logrado acelerar el esquema propuesto. Había una cosa que recordaría siempre: el entusiasmo se propaga, siempre que sea auténtico. Aquella Unidad de Socorro era algo en que él creía por instinto y gracias a su briosa campaña había logrado incluso vencer las objeciones del gruñón Henry Madison. Tenía motivos para sentirse excitado, pese a que procuraba tomarse con calma aquel acceso de vanidad. El orgullo, como el descanso, quedaban para los acabados. Paúl se contentaba con la satisfacción pasajera.

Una noticia captó su atención. En un caso de epilepsia psicomotora, padecida por un niño de doce años, se administraba L-dopa para yugular dificultades de comportamiento. A lo que parecía, el niño en cuestión se había vuelto muy agresivo en el aspecto sexual, por lo que hubo que reducir la dosis. No obstante, unos meses más tarde pudo comprobarse que el pene del muchacho había crecido de manera alarmante y que, de hecho, su tamaño equivalía a tres veces el de su hermano gemelo. El nombre técnico de la anomalía era hipergenitalismo y Paúl, por una especie de instinto, resultado de sus someros estudios de la L-dopa, sabía que el medicamento había acrecentado la…

Trató de forjar una imagen con los datos aportados por la descripción, pero no surgió nada en sus recuerdos.

—Nada. Seguramente tengo bloqueos mentales en lugar de resacas.

Al bajar los ojos, observó un cigarrillo consumido sobre el brazo del sofá.

—Mira, Edith, me parece que lo mejor será dejarnos de esta clase de fiestecitas. A lo menos durante un cierto tiempo.

—Para siempre.

Su voz sonaba decidida. Paúl se preguntó qué sería hoy de los pacientes de Edith. Suponía que los trataba de acuerdo con las fluctuaciones de su humor. El hecho es que esta mañana no le hubiera gustado encontrarse entre los que habían de ser objeto de su atención profesional.

—Tú estás en tu casa, con tu comida y tu bebida y hasta Ernie Hale puede traerse su última fulana para hacerle pasar un buen rato. Mientras que yo tengo que pudrirme en un rincón, tú te emborrachas y no sirves para nada.

—Tú no tienes que pudrirte para nada, Edith.

¡Que frenase un poco! Podía tener sus razones para echar chispas, pero Paul Avery no iba a ser la válvula de escape de nadie. Ni siquiera de Edith.

—Si quieres hacer de hermana de la caridad, te aconsejo que te dirijas a tu hermano. Seguro que le harás un favor.

—¡Oh! —exclamó ella y se calló un momento antes de tomar aliento para proseguir—. No hay necesidad de que te vuelvas loco por mí. Lo que me molesta es ver lo mal que te tratan. No sabes hacerte respetar de la gente, Paúl. Eso es lo que quiero decirte. Al principio se muestran educados, pero enseguida empiezan a abusar de ti porque tú no te opones. Debes fijar límites, como hace todo el mundo.

Pensó, sin decirlo, que si todo el mundo hacía esto, él no pensaba hacerlo. Después se preguntó un momento si, tal vez, no estaba dando una importancia excesiva a todo aquel asunto.

—De acuerdo, olvidémonos de esta noche. Hablaré con Ernie y lo más probable es que no volvamos a ver a la chica en la vida.

—Lo veo difícil. Está en su segundo año de enfermera en el Pabellón de Essex. Quería decírtelo anoche, pero estabas en las nubes y no…

—¡Edith!…

El tono de voz era de advertencia, una advertencia suave pero que recordaba accesos de los que ella había sido testigo por dos veces.

—¡Está bien! ¡Lo siento, perdón! Si te he llamado era para decirte que acabo de verlo.

—¿Verlo? ¿Qué?

—Tu camión transistorizado. Hace diez minutos que ha pasado por delante de la residencia.

—¡Mierda! No quería que lo vieras hasta el momento de la ceremonia. Lo hemos tenido envuelto en algodones durante semanas y ahora lo pasean por todo el hospital.

—De alguna manera tenían que llevarlo hasta el patio, ¿no crees?

Paúl asintió con la cabeza.

—Claro… pero yo me imaginaba el momento de mostrarlo a todo el mundo. No quería que lo viera nadie hasta que llegara el momento. Lo veía mentalmente, todo él cubierto con una tela blanca.

—Paúl, eres un niño en muchos aspectos.

Quiso eludir aquella sensación que provocaba en él la solicitud que ella le mostraba. Cada vez que una mujer se mostraba amable con él, se sentía vulnerable, le parecía que de un momento a otro podían clavarle un cuchillo.

—Esta es una palabra que pronto perderá gran parte de su sentido, Edith. Un niño… Si siguen administrando L-dopa a los niños que todavía no han llegado a la pubertad, muy pronto…

—He leído el artículo.

—Bueno, ¡gracias por haber llamado! Me alegra saber que todavía nos hablamos. Te veré después. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y una cosa, Paúl… no te enfades si a veces quiero protegerte, ¿eh?

—Haré lo posible, encanto —bromeó—. La culpa es del hierro que tomo, que me hace afilado como un cuchillo.

Transcurridos treinta y cinco minutos estaba listo para salir. Con su traje de rayas finas, su camisa blanca y su corbata con el nudo ligeramente más pequeño de lo que se estilaba en aquellos momentos, era la perfecta imagen de un médico inglés. Quedaba al margen el hecho de que hubiera preferido llevar vaqueros, sandalias y camiseta. Paúl sabía respetar la tradición cuando servía sus fines. Cogió el maletín y salió, haciendo sonar las llaves del coche al bordear la casa y dirigirse al garaje, esforzándose en disipar aquella sensación de excitación que le invadía con el sonido discordante de las llaves. No cesaba de repetirse para su capote: un día más, un pequeño triunfo más. No era la cúspide, sino simplemente un paso firme en el camino hacia ella. La labor auténtica todavía estaba por llegar.

Amy Madison aguardó a que Henry se hubiera ido antes de llamar con los nudillos a la puerta de Katie y decirle que eran casi las nueve. Dentro, Katie estaba tendida boca abajo, con toda la ropa de la cama hecha un lío, y con el camisón arrollado como una cuerda sobre su espalda. Levantó la cabeza al escuchar la voz de su tía y barbotó una respuesta, después volvió a dejarse caer y quiso reanudar el sueño. Pero se había esfumado, la puerta había barrido el sueño que había producido en ella aquella sensación tan grata. Se dio la vuelta y parpadeó. Antes que nada, el día. Martes. Amarillo. Martes

ahora era amarillo, antes había sido verde, cuando era más pequeña. Miércoles era negro reluciente, jueves marrón y viernes, rojo. El sábado siempre había sido plateado, el domingo, gris, y el lunes, el lunes era blanco. Movió la cabeza de un lado a otro, desparramando sobre la almohada sus cabellos castaños. Tenía en la boca como un sabor a anís y con la lengua tanteó una especie de pelusa sobre los dientes. Dentro de cuatro meses tendría dieciséis años; se sentía terriblemente deprimida cuando imaginaba lo mucho que tenía que tardar para desembarcar en los veinte. Si había que creer lo que contaban periódicos y revistas, a las muchachas de veinte años podía ocurrirles todo. Y además, tenían mucho mejor aspecto. Estaba segura que por las mañanas no se levantaban con aquel extraño sabor en la boca ni con los dientes cubiertos de aquella pelusa. Tal como ella lo veía, ser mayor quería decir reducir los problemas. Primero estaban los pañales, después seguía el período pegajoso de los caramelos y las pastas, al que sucedía la etapa de los tremendos sudores de los días escolares en las pistas de *hockey* y gimnasios o en las clases con ventanas enormes, pero sin ventilación. Después todo se transformaba en algo más fresco, más limpio: era el momento en que una chica, de pronto, tenía veinte años y se movía dentro de una nube de frescura y de perfección, incapaz de dar un paso en falso ni de nada que no fueran movimientos gráciles y elegancia. Por supuesto que todo esto sólo estaba en su cabeza y ella no conocía a nadie que fuera así. Pero sabía que aquello era posible, que aquélla era la clase de libertad que representaban los veinte años.

Su bagaje intelectual era una mezcla especial de romanticismo y de candor. Había sido educada por su madre viuda hasta que tuvo diez años; su madre había muerto de un carcinoma cervical, por lo que tuvo que ir a vivir con el hermano de su difunto padre, tío Henry, y su esposa Amy. El contraste entre los estilos de vida era muy marcado, aunque no intolerable. Su madre le había enseñado a leer con las obras de Scott, Defoe y R. M. Ballantine, complementando la dieta romántica con las historias que ella le contaba, historias de buenos y malos donde lo que era bueno siempre era físicamente hermoso y lo malo era negro, feo y sucio. Frente a la realidad de sus primeros tiempos en la escuela, aquellas ficciones florales protegían a Katie como un reconfortante escudo contra los aspectos más desagradables de la educación impuesta por la fuerza. En casa de tío Henry se encontró en un ambiente mucho más práctico, en una casa regida por un horario y en la que se daba importancia a las buenas calificaciones escolares por encima de los insípidos pinitos en materias artísticas. Como era de natural flexible, supo acomodarse

muy bien al nuevo medio y, durante el período de transición, aquel fondo romántico vino a ser como un bello ventanal de vidriera emplomada que dejaba filtrar una agradable luz sobre sus pensamientos.

Saltó de la cama y de un movimiento rápido, describiendo un arco en el aire, hizo pasar por su cabeza el apañuscado camisón y lo lanzó con certera puntería dentro de la cesta de mimbre destinada a la ropa sucia que estaba junto a la ventana. La habitación estaba caldeada, más de lo que su tío consideraba conveniente para la salud, pero éste la mimaba como a una hija y ella no tenía dificultades para hacerse con su permiso para tener la calefacción en marcha toda la noche. Levantarse por las mañanas en una habitación helada era horrible; sólo pensarlo, se estremecía. Sin embargo, hete aquí que en pleno febrero podía pasearse completamente desnuda por su habitación sin sentir la más mínima incomodidad.

Otra semana sin escuela. Llenar el tiempo de la manera que se le antojase había sido difícil al principio. Las tardes no las pasaba mal, podía ir a casa de una amiga suya —en realidad, esto es lo que decía a su tío Henry y a su tía Amy—, pero estaba en libertad de hacer lo que se le antojara durante cuatro o cinco horas seguidas. Durante el día se veía obligada a reprimir sus instintos debido a que estaba con su tía casi todo el tiempo, cosa que significaba encontrar algo que hacer que no tocase demasiado de cerca las cosas que a ella realmente le gustaban.

Atravesó la alfombra y rebuscó en el bolso hasta encontrar un cigarrillo, que encendió con el mechero que guardaba en la caja de pañuelos de papel. Si tío Henry supiera que fumaba, le habría dado un ataque de corazón. Siempre se fumaba un pitillo al levantarse por la mañana, otro en el retrete a la hora de comer y por las tardes fumaba todo el tiempo; tres noches por semana tenía que quedarse en casa y a veces, por la noche, la necesidad de fumar era tan intensa que la obligaba a levantarse y a dar uñas chupadas ante la ventana abierta. Se sentó en el taburete del tocador, con las piernas separadas y un codo apoyado en la rodilla. Observó que sus piernas parecían ahora muy pálidas y que en ellas destacaban, como dibujados por un técnico en maquillaje, dos cortes que se había hecho con la cuchilla de afeitar. El pasado verano estaba morena, muy morena, pero el invierno y el frío habían borrado los últimos rastros de bronceado. Con aire perezoso se puso una mano en el pecho y después la levantó, complacida por el peso y la firmeza. Andy decía que tenía unos pechos perfectos. Dicho de esta manera parecía agradable pero, en realidad, Andy no decía nada de esta manera. Era basto, como muy de clase obrera. Pero también era muy guapo; vestido al estilo antiguo hubiera

quedado perfecto, con un jubón y una goleta y uno de aquellos sombreritos planos sobre sus largos cabellos. El uniforme que llevaba no estaba mal del todo. Se lo hacían a medida, los tres empleados lo llevaban igual, pero a Andy le sentaba mejor que a los demás.

Dio una profunda chupada al cigarrillo y apretó con fuerza el pulgar contra el pezón; notó como un hormigueo como respuesta. Disminuyó la presión y observó cómo la pequeña prominencia comenzaba a endurecerse. Cosquilleó un poco con el índice y el pulgar hasta que se puso rígido. Era algo muy suave, como los efectos de la ginebra, que últimamente había probado un par de veces. Pasó la mano al otro pecho y estimuló el otro pezón para que hiciera juego con el primero. Vistos desde arriba, parecían perfectos. Los rozó con la palma de la mano, consciente de aquella sensación que se iba intensificando. Tetas era el nombre que les daba Andy a veces. Pecho era una palabra que lo turbaba, según le había confesado. A él, si ella estaba allí para escucharlo, lo que le gustaba decir era tetas. A Katie no le importaba. Lo que le importaba era la admiración que él sentía por ella, no su forma de expresarla. Enterró la colilla en el tiesto del antepecho de la ventana y después volvió a sentarse, saboreando las delicadas sensaciones experimentadas en sus pechos, ahora congestionados.

Tía Amy volvió a llamar con los nudillos en la puerta.

—Estoy levantada, tía.

—Muy bien, guapa. No te retrases. Tienes el desayuno en la mesa.

Tratando ávidamente de recuperar el momento, Katie encerró en sus manos cada uno de sus pechos y los oprimió, igual que lo hacía él, intentando imaginarlo detrás de ella, imaginar que sentía su estómago duro contra su espalda, que notaba su cosa, agresiva y frenética, entre la hendidura de sus nalgas. A él no le gustaba que ella dijera nada. Tenía que decirlo como él quería, poniendo la boca junto a su oído y murmurándole las palabras que a él le gustaban, aquéllas precisamente que sabían turbarlo: polla, picha, joder, coño; entonces casi explotaba, porque esto lo excitaba indeciblemente, sobre todo porque su voz era cultivada y tenía una manera de hablar tan refinada. Katie apartó las manos de sí y se levantó, ahogando un suspiro que ya le subía a la garganta y forzándose a moverse y a centrar sus pensamientos en lo inmediato. Abrió un cajón y hurgó entre la ropa. De nada le iba a servir excitarse. Hoy era martes, noche amarilla. Debía permanecer en casa.

En el momento del desayuno devoró, hambrienta, la tostada mientras tía Amy permanecía sentada junto a la ventana, leyendo el periódico. Aquello se había convertido en una especie de ritual: Katie comía durante diez minutos

en tanto su tía rondaba a su alrededor o leía el periódico. Katie había sido una bendición para los dos y lo sabía, pero ellos también tenían mucha importancia para ella. A veces Katie sentía como una oleada de vergüenza al comprobar que los estaba engañando, pero sabía sofocarla cuando recordaba que todas las muchachas que conocía engañaban de una manera u otra a su familia.

Aquella casa debía ser un lugar tremendamente tranquilo antes de que ella llegase. Incluso ahora seguía subsistiendo como una sensación de silencio que casi podía tocarse. Era un silencio que parecía trepar cada vez que cesaba el ruido de los cubiertos o de la vajilla. La casa era muy grande y las historias que Katie había almacenado dentro de ella alimentaban sus fantasías y le hacían creer que quien construyó la casa quiso guardar en su interior todo el silencio sobrante de las demás casas que había construido.

—¿Quieres ir hoy a casa de Anna, Katie?

Katie casi no podía dar crédito a las palabras que escuchaba.

—Pues, sí… Pero yo me figuraba que…

Tía Amy hizo con la cabeza una señal de asentimiento y sus ojos penetrantes se clavaron en los de la muchacha.

—Lo sé, los martes te quedas en casa. Pero me parece que esta tarde tío Henry va a reunirse con unas cuantas personas en casa y lo más probable es que tú y yo sobremos.

Esbozó una sonrisa, como para contrarrestar cualquier aspereza que pudiera parecer encerraba aquella frase.

—Así es desde hace mucho tiempo, Katie. Ya hace años que, cada vez que surge una crisis, tu tío convoca una reunión. Por lo que he sabido, esta vez se trata de algo que sucede en el hospital que no es de su gusto y que quiere hablar del asunto con algunos amigos. Cuando ocurren cosas como ésta, acostumbro a desaparecer. Voy a una reunión de la asociación o voy a ver a una amiga… a lo que sea, pero me voy. Es importante dejarle disponer de la casa para él solo. Supongo que el trabajo debe estar siempre exento de los estorbos domésticos. Si ni tú ni yo estamos en casa, seguramente se hará la idea de que continúa en el trabajo.

Katie entretanto estaba alimentando una de sus fantasías, en la que su tío y media docena de cirujanos más, todos reunidos en el estudio, vestidos con pieles de animales y blandiendo enormes cuchillos médicos, se ocupaban de una muchacha amarrada en tierra, una virgen convertida en una figura postrada.

—No creo que Anna tenga nada importante que hacer esta tarde —respondió con presteza—. Podemos continuar trabajando en los deberes y después escucharemos discos. Luego la llamaré.

Tenía grabado en el cerebro el número de teléfono del apartamento de Andy, pero no lo llamaría hasta que tía Amy hiciera la siesta; no quería arriesgarse a darle la buena nueva en otro momento.

Sin dar importancia a la cosa, preguntó:

—¿Qué crees que es lo que preocupa a tío Henry esta vez?

Tía Amy dejó el periódico y movió la cabeza.

—No estoy segura, pero me parece que no está de acuerdo con la compra de una nueva ambulancia que acaba de adquirir la Junta del Hospital. Yo siempre procuro no meter la nariz en esta clase de asuntos.

Katie engulló un bocado de tostada y se limpió los dedos en la servilleta.

—¡Qué divertido! Quiero decir que no me imagino a un cirujano contra una ambulancia.

—Sí, dicho así ya sé que no tiene demasiado sentido —tía Amy se levantó y empezó a despejar la mesa—. Pero las cosas, juzgadas por encima, no nos dan nunca la idea exacta, ¿no te parece? Para nosotras; una ambulancia es un vehículo que sirve para transportar enfermos al hospital. Vete tú a saber qué representa para un hombre como tú tío.

2

El abuso del alcohol no es necesariamente indicio de alcoholismo. Ernie Hale no había dejado de tener presente este hecho desde el momento en que había entrado el primer paciente en la sala. Tenía la cabeza hecha un lío. Parecía que se la hubieran vaciado. Notaba como una especie de espuma que penetrase todas las rendijas y, aunque sus reacciones resultaban tan eficaces e incisivas como siempre, precisaba de tanta energía para poder funcionar que estaba seguro de que aquel día no podría terminar toda la labor que tenía prevista. No sabía exactamente qué cantidad de líquido había ingerido en casa de Paul Avery, pero seguramente había sido mucho. La costumbre inveterada de beber le había endurecido el hígado de tal manera que ahora, una botella de scotch no hacía otra cosa que brindarle una noche de sueño reparador y una sensación de bienestar a la mañana siguiente.

Y estaba Cynthia. La pequeña Cynthia, toda pechos y piernas y con una peligrosa acumulación de deseos que siempre tardaban en despertarse, constantemente preparada para complacerle en todo cuanto él quisiera, en vez de contestarle con un bofetón como hubiera hecho cualquier muchacha sensata. Se acordaba de todo, pero como si lo viera ampliado. No se habían oído gritos de indignación, lo recordaba con una sensación de gratitud, pero seguramente Edith estaba enfadada. Siempre se enfadaba cuando Ernie hacía cosas que la gente educada no suele hacer. La recordaba tranquila, bebiendo poco, actuando de moderadora. Esto significaba que se guardaba la lista de contravenciones para presentársela a Paúl, con un sumario detallado de cualquier desliz que hubiera podido producirse. Lo emplearía como un martillo con el cual asestaría sus golpes en la misma cabeza de Paul. A Ernie no le gustaba Edith. Pero esto no tenía nada que ver con la severidad de ésta ni con su superioridad intelectual (que, dicho sea de paso, era un camelo), ni tampoco con el hecho de que ella considerase a Ernie intelectualmente inferior. La raíz de la aversión que Edith le inspiraba se relacionaba con el espíritu calculador que en ella detectaba, con la sangre fría que mostraba al dominar al mejor amigo que Ernie tenía. Por el hecho de ser psiquiatra, sabía

que no se equivocaba. Las personas sensibles generalmente advierten esta deformación, este impulso dominador que guía a ciertas mujeres en relación con los hombres que esperan poseer. Ernie comprendía sus razones, y sus cualidades analíticas lo convertían en una persona más lúcida que lo conveniente —o lo saludable— en un hombre de su edad. A no tardar, Paúl acudiría a él para que lo librara de aquella perra aséptica. Entretanto, no tenía más remedio que sumirse en sus opresivos recuerdos.

Había poseído a Cynthia en el mismo sofá. Se acordaba de que ella misma lo había ayudado a librarla de las bragas y de que casi había perdido el aliento antes de que ella decidiera que ya tenía bastante ración de estímulos orales-genitales. Lo que, en cambio, no recordaba con demasiada claridad era si Edith estaba presente o no en aquellos momentos. Paúl se había esfumado, probablemente se había acostado, pero no sabía dónde podía encontrarse Edith. Generalmente se quedaba hasta el final, como si actuara de guardiana, por lo que era muy probable que se encontrase en la casa cuando él estaba con los ojos en blanco junto a Cynthia. La sola idea de que pudiera estar en la casa —*¿quizás incluso en la misma habitación?*— hacía que su cabeza estuviera más hecha un lío. ¿No sería una mirona aquella Edith? Tal vez aquella primera sesión, protagonizada por Cynthia sin blusa y con la falda colgando, había disparado algún mecanismo de seguridad en la cabeza de Edith que la había empujado a acuclillarse detrás de una silla y contemplar aquella representación hecha de cuerpos y de deseos, cruzados sobre un diván de endebles patas. Pero aquello tenía demasiados resabios de neurosis, pertenecía al campo de angustia desenfrenada. Ernie enlazó sus manos sobre sus delgadas rodillas y se esforzó en atender al hombre que yacía ante él, tendido en un diván. Conocía bien su caso y sabía que no hacía otra cosa que prestar al paciente un oído atento. Cuthbert Aiderton representaba un caso de desvarío y, a su manera, tenía más interés que cualquier especulación que pudiera hacer en torno a Edith Roberts.

Rascándose el denso mechón de pelo de jengibre, posado sobre su cabeza como un yelmo de rizos, se aclaró la garganta para interrumpir aquella oleada de palabras que brotaba del rincón de la habitación.

—Me gustaría que volviera a repetírmelo, *mister* Aiderton. Lentamente.

No se había enterado de nada, pero había algo en aquella sarta de desatinos que había hecho reaccionar alguno de sus nervios.

El paciente suspiró y agarró con más fuerza la gorra de tela que reposaba sobre su pecho. Tenía cuarenta y pico de años, una tez de cera en un rostro triste, unos ojos como uvas de vidrio.

—Mi medicamento —dijo, como recurriendo a toda su paciencia—. Es de lo más complicado. Verá usted. Yo lo guardo todo en la cabeza, porque quiero tener la protección necesaria antes de ponerlo todo por escrito. Quiero patentarlo. Pero el caso es que las cosas se han complicado extraordinariamente. Yo no paro de pensar y todos los días descubro algo nuevo. No puedo dormir. Tengo miedo de olvidar alguna cosa.

—¿Y qué me dice de los ataques? ¿Ya no los tiene?

—No los tengo porque me los he curado. Lo que usted me recomendó no sirvió para nada. Pero ahora lo que me trae complicaciones es mi medicamento.

—Vamos a ver, cuénteme.

—Es como una fuente. Un surtidor de saber. Me parece que he encontrado algo que está fuera del conocimiento humano, ¿sabe usted? Tiene que haber un mar inmenso de sabiduría que está más allá de nuestra conciencia y me parece que he dado con él. Incluso siento cómo se van acumulando los datos, noto que forman como lagos enormes, que yo tengo que beber para asimilar su contenido.

—¿Y por qué no los deja y no se preocupa de ellos? —Ernie hablaba como si estuviera departiendo con un tendero que le comentase lo mucho que había subido el precio del arroz—. ¿Es que estos lagos no pueden quedarse tranquilamente en el sitio donde se encuentren?

—¡En absoluto! ¡Se desbordarían y me ahogarían! Tengo que atajarlos para conservar la vida. Pero es un esfuerzo terrible.

Se removió en el sofá y se dispuso a demorarse en el tema.

—Vamos a tomar el aparato digestivo. Un pequeño ejemplo. Las úlceras son un resultado de la digestión que hace el estómago del propio estómago. Si el alimento que recibe no es de su agrado, si no conviene a los gustos del estómago, el órgano comienza a devorarse a sí mismo, como tratando de sustentarse con aquello que le resulta agradable. Pero claro, yo tengo que guardarme esto que yo sé, para poderlo relacionar con los demás datos que poseo de los demás órganos puesto que éstos también tienen que adaptar su funcionamiento al funcionamiento del estómago. El bazo tiene que llenarse de líquido compasivo…

—¿Líquido compasivo?

Aiderton movió la cabeza con impaciencia.

—Sí, uno de los tres líquidos vitales. Está el líquido compasivo, el óleo del equilibrio y el agua del pulso. El líquido compasivo está en la sangre y

cualquier órgano que lo necesite puede atraerlo. Cuando está concentrado, cura casi todas las dolencias del cuerpo.

Ernie estaba contento de que Aiderton fuera el primer paciente. Aquel lunático era exactamente lo que le hacía falta en aquella mañana tan melancólica que casi podía tocarla. Aquel hombre le había sido enviado por un leguleyo como consecuencia de haberlo encontrado comiendo flores en uno de los parques de la localidad. Como explicación, había manifestado al estupefacto tribunal que necesitaba los capullos para curarse de las convulsiones que padecía. Aseguró al tribunal que las dalias tenían el poder de aliviar la presión que experimentaba su cerebro. El perfume sobre todo podía aminorar la tensión de las células afectadas. Lo multaron con dos libras y aconsejaron la consulta de un psiquiatra. Desde la primera sesión, que había tenido lugar cinco meses atrás, había ido explicando las ramificaciones de aquel universo suyo interior con todo lujo de detalles. Había siempre en él un punto constante de referencia que lo mantenía en un estado de casi cordura. En todas las cosas, sometido a todo tipo de incursiones producto de su estrambótica imaginación, se veía como el instrumento de fuerzas desatadas, un canal a través del cual las mitologías espaciales podían hacerse concretas. Era una víctima, lo sabía y solía lamentarse de ello, pero poco podía hacer si no aceptar aquella circunstancia. Las convulsiones habían remitido gradualmente, si bien habían sido sustituidas por una agotadora necesidad de catalogar la medida cósmica. En cierto modo, Ernie esperaba con interés cada nueva fase. Cuthbert Aiderton era como un libro abierto que contase las más extraordinarias historias.

—¿Y este líquido compasivo puede curar realmente una úlcera?

—Por supuesto que sí. Aunque rara vez lo haga —y Cuthbert movió tristemente la cabeza—. Hay gente que se pone por medio, ¿comprende? Lo manosean todo. Y esto hace que el líquido compasivo no sirva de nada. De veras que es trágico.

Ernie tenía plena conciencia de que se estaban desviando del camino, pero no importaba. Que Cuthbert se entregase a detallar los principios generales de su medicamento o que se centrase en un aspecto insignificante, el hecho tenía poca importancia por lo que a los resultados se refería. Puesto que la realidad era que, mientras viviese, sería víctima de las obsesiones, la suerte estaba echada y únicamente podía alterarse la situación aplicando drásticas terapéuticas. Siempre que dispusiera de un psiquiatra con quien poder hablar, e incluso en ocasiones con quien discutir, estaría a salvo; en el cuadro de valores de Ernie, los Cuthbert Aldertons tenían el mismo derecho a la libertad

que los psicópatas asesinos que constituyen las fuerzas que dominan este mundo.

—¿Y qué hacen para ponerse por medio, *mister* Aiderton?

—Pues usando sus estúpidos medicamentos. Son un veneno para el sistema. El fluido compasivo puede curar, es un bálsamo que encierra el don de la totalidad. En las circunstancias adecuadas, los mecanismos naturales del cuerpo son capaces de corregir todas sus deficiencias.

Ernie consideraba que no había que discutir. Más de una novedad en materia de medicina se basaba en aquella misma premisa. Las desviaciones de la medicina popular eran excesivamente tortuosas para que pudiera explorarlas un loquero como él, con tantas deficiencias como las que padecía.

—Es muy interesante. Dígame, ¿tiene usted algún plan especial para resolver todo este problema? Quiero decir si usted podrá seguir soportando indefinidamente todos estos conocimientos. ¿No habrá en la medicina algún ejercicio que lo ayude a absorber más aprisa o con menos esfuerzo todas estas cosas?

—Me gusta que lo haya mencionado —dijo Aiderton con una voz que se había convertido en un murmullo, señal inequívoca de que estaba a punto de confesar algún trascendental descubrimiento—. Hay un procedimiento. Se llama división del cerebro.

—Parece interesante.

—Esto quiere decir que tengo que partirme el cerebro. Que lo he de dividir en dos que, en lugar de hacer de él dos mitades, tengo que convertirlo en dos cerebros completos. Doblar mi capacidad.

—¿Cómo lo hará?

—He de hacer dos cosas. Primero que nada, debo pasar una semana pensando las cosas dos veces. Todo lo que pase por mi cerebro, tiene que pasar otra vez. Como usted comprenderá, se precisa una disciplina tremenda. Tengo que pasar días preparándome para el esfuerzo. Sólo ciñéndome rigurosamente a la técnica, conseguiré algún resultado.

Ernie trató de imaginárselo: aquel hombre, con la cabeza poblada de realidades contrahechas, elaborando por partida doble cuantas extravagancias pudieran ocurrírsele. Posiblemente la obsesión tenía un límite, pero ¿dónde estaba?

—¿Qué otra cosa tiene que hacer?

—Comer carne.

Aquello era una sorpresa. Aiderton era un vegetariano convencido. Llevaba las cosas más lejos que el común de los vegetarianos. Únicamente

comía aquellas plantas y aquellas hierbas que, según él, coadyuvaban a la química corporal. Quedaban excluidos los vegetales como la lechuga, el pepino, los nabos, las coles y las zanahorias. No estaban destinados al hombre. La dieta de Cuthbert se componía principalmente de algas, flores y setas, todo ello complementado a regañadientes con pan. Bebía grandes cantidades de leche, que era lo que, en opinión de Ernie, lo mantenía con vida. Pero la carne constituía un tabú tal para Cuthbert que, sólo hablar de ella, lo sacaba de sus casillas.

—¿Y por qué ha de comer carne?

—Para conseguir la duplicación de las células del cerebro. Tengo que fabricar otro cerebro, una realidad orgánica física y verdadera.

—¿Dónde estará alojado el nuevo cerebro?

—Pues, no hay sitio junto al otro. Pero es preciso que exista dentro de la estructura presente. Dicho en otras palabras, el cerebro se encogerá, doblará su densidad y permitirá que un órgano viva exactamente dentro de los confines del otro.

Ernie pensó que aquel hombre había reflexionado largamente sobre la cuestión. Un cerebro dentro de otro cerebro. No resultaba una idea particularmente descabellada, colocada junto a las demás fantasías elaboradas por Aiderton.

—¿Así que lo tiene todo planeado?

—Considero que tengo que hacerlo —levantó la mano, blanca y alargada y se la pasó por la frente—. Tan pronto como encuentre el tipo de carne apropiada, pondré manos a la obra.

—¿Qué clase de carne será?

Hasta aquel momento el canibalismo no había sido tema de sus conversaciones.

—Tiene que ser de gato.

—¿Por qué?

—Porque la carne de gato tiene la propiedad de renacer. La vieja creencia que considera que los gatos tienen siete vidas se basa en un descubrimiento real del que fueron protagonistas los egipcios. Las otras clases de carne, al ser consumidas por los hombres, se transforman en una especie de pasta que interfiere el funcionamiento normal del cuerpo. En cambio, los músculos del gato comienzan por reducirse, después las células liberadas vuelven a formarse y adquieren una potencia continuada.

Ernie estaba pensando que lo peor que se podría hacer era acorralar a aquel hombre en un rincón e impedir que se explicara. No estaba

improvisando, era indudable que estaba repitiendo alguna revelación que desde algún tiempo iba alimentando. Con todo, si lo aguijoneaba demasiado, podría situarlo en los márgenes de su doctrina, donde se vería obligado a esforzarse para situar los hechos. Ernie pensó que sólo inquiriría una vez más, cediendo a un impulso menos profesional de lo debido.

—¿Cómo justifica el comer carne de gato con sus principios en relación con la carne?

Aiderton no dudó un momento:

—Exención especial, doctor. Después de todo, represento un caso único. Para mantener mi eficiencia extraterrestre, si día tras día he de seguir recogiendo la sabiduría que libera el más allá, tengo que mantenerme en buena forma. Este conocimiento referente a los gatos no se me hubiera concedido a menos que no tuviera que servirme de él. De todos modos, tengo que confesar que me cuesta.

—¿Qué? ¿Matar un gato?

—No, esto no. Esto no supone ningún problema. Tengo una vecina, una anciana, que a veces viene a mi casa para limpiar un poco y que me ha dicho que si voy a una tienda de la calle Brent donde venden alimentos chinos para comer en casa y pido pollo frito, puedo estar seguro que me darán gato.

Hasta el más repulsivo de los mitos populares podía servir un designio, pensó Ernie.

—¿Dónde está el problema entonces?

—La superioridad, doctor. Yo seré todavía más superior desde el punto de vista intelectual. Es un estado de soledad. Debo admitir que, ya ahora, lo encuentro a usted bastante romo comparado con mi capacidad. Todas las personas con las que me tropiezo, me parecen muy ignorantes. Están coartadas por lo limitado de sus facultades. Considero que la soledad en que me veré, será dolorosísima.

De manera fugaz, había tocado el meollo del problema que lo afectaba. Tristemente, el bosque impenetrable que lo rodeaba era ahora tan denso que no podía ser desbrozado. La soledad tenía tantos rostros como una hidra y era la enfermedad que, de poder eliminarse, se llevaría consigo el cuarenta por ciento de los males que lo afectaban.

—Estoy seguro de que sus facultades mentales, al ser entonces superiores, encontrarán solución al caso —dijo Ernie—. Quizá, dentro de mis limitaciones, pueda solventar alguno de los problemas que surjan.

—Gracias, se lo agradezco muy de veras —Aiderton ladeó la cabeza—. ¿Me deja que le hable ahora del nuevo campo de conocimiento que empleo

para comunicar? No lo entretendré mucho.

De hecho, no había tiempo, pero un destello implorante de sus ojos le garantizaban siempre diez minutos más cuando él quería.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—De la naturaleza de Cristo —dijo Aiderton—. En realidad, era una mujer.

Durante todo el resto de tiempo que duró la sesión, Ernie, repantigado en su asiento, se tragó todo el rollo. Había tomado ya las notas correspondientes a Aiderton y todavía quedaban un buen montón en espera de atención. Mentes extraviadas, mentes perturbadas, mentes desvinculadas de la realidad, mentes que se habían propuesto acabar con los seres que las albergaban; su ración diaria, por mucho que hiciera, cualesquiera que fuese el acopio de energías que emplease, equivalía siempre a la décima parte de lo necesario. Todas las mañanas debía enfrentarse con esta realidad. Por la tarde ya era otra cosa, por supuesto, la tarde era un navegar hacia la noche y lo que le esperaba era ya una escapatoria, no una ristra de seres humanos afligidos.

Así que Aiderton se hubo calado el gorro y se hubo marchado, Ernie consultó el reloj. Dentro de cinco minutos comenzaría la pequeña ceremonia de inauguración de la ambulancia. Quería bajar, pero quería también poner fin a su trabajo. Antes de comer todavía tenía que ver a tres pacientes y por la tarde le quedaba una dilatada ronda por el pabellón. Paul Avery no sabía la suerte que tenía. Paúl podía ver lo que tenía entre manos, podía meter los dedos en las heridas y decir:

—Vaya agujero que tiene éste. ¡Se lo voy a coser!

Pero el estilo profesional de Ernie consistía principalmente en moverse a tientas. Se preguntaba qué innovaciones podía aportar. ¿Un aparato de *electro-shocks* que hiciese circular música por la materia cerebral del paciente junto con las sacudidas eléctricas? ¿Tal vez un programa de tratamiento que incorporara las manchas de tinta de carácter erótico y las violaciones sexuales con fines terapéuticos? De todos modos, siempre podía hacer campaña en pro de la incorporación de sistemas de suicidio indoloros, consistentes en cajas de material transparente, provistas del letrero «rómpase el cristal en caso de apuro» y que contuvieran una botella de ginebra, un poco de LSD y unas cuantas tabletas de heroína, a administrar a todos los enfermos depresivos. ¿Cuántos psiquiatras ocupaban las carteleras de los lugares de esparcimiento? ¿Acaso no era siempre el cirujano, el Adonis provisto de bisturí y de atormentada frente el que atraía la imaginación del público? La labor de los psiquiatras fascinaba tan sólo a aquellos que necesitaban dar a conocer sus

problemas. Las Cenicientas, desde Freud hasta nuestros días, los hombres y mujeres que militaban en la Brigada de los Descarriados no podían esperar gozar de alguna relevancia comercial más que utilizando sus méritos para introducir bajo mano algún truco entre el público.

Ernie se detuvo un momento a reflexionar sobre el truco inminente que tenía preparado. Nacido de un deseo de resistir al estancamiento y ahora avanzando rápidamente hacia su final, su libro rompería unas cuantas ventanas y tal vez pusiera fin a su carrera en Westerfield General. Constituía un truco únicamente cuando se consideraba desde su posición de autor. Nadie podía alegar que no fuera sincero. Bajo el título de *Las ciénagas de la angustia*, estaba a punto de presentar una ristra de casos espeluznantes, concebidos para demostrar lo que ya sabían todos: que la eliminación de las tendencias naturales puede ser peligrosa. Ocultos bajo bien pergeñados mantos de anonimato, un conjunto de pacientes —suyos algunos y otros tomados en préstamo de otros médicos— exponían sus peculiaridades con inquietante detalle, no sin redimir las conciencias de los lectores y las credenciales del autor mediante un prolijo y aburrido análisis al final de cada episodio preñado de acción. Ernie había estado jugando con la idea de hacer el libro por espacio de dos años antes de iniciar el proyecto y no había sido capaz de confesarse su fraudulenta intención hasta haber llegado casi a la mitad. Gracias a un sesgo editorial sumamente fácil, había convertido en sensacionalismo el material reunido y, poniendo las partes más sustanciosas en primera persona, se había descargado de la indignidad de una descripción sórdida. Todo aquello constituía una labor de promoción, lo admitía y el hecho de saberlo le importaba poco. Ernest Hale se estaba labrando un porvenir entre la lista de médicos populares; a lo menos abrigaba la confianza de que contaría a su favor el hecho de que los episodios sexuales que él exponía, a diferencia de los que aparecían entre el revoltillo del texto de los manuales sobre sexualidad, no estaban limitados por los límites de la realidad. Había presentado a un violador, a un mirón adolescente, a una muchacha obsesionada por las mujeres mayores, a dos masoquistas y a unos cuantos más cuyas especialidades podían encontrarse en un índice de Krafft Ebbing. El quid del fraude era que las conclusiones a que se llegaba eran prácticamente fortuitas. En virtud de un proceso instintivo, Ernie podía probar, de una manera superficial, que aquel que había abusado de un niño no hacía sino rebelarse contra la forma cómo fue tratado siendo el niño o que su comportamiento era sintomático de un deseo que cabía atribuir a condiciones y sensaciones habidas en la infancia. En un plano más analítico y más

profundo posiblemente cabía presentar pruebas incontrovertibles, pero esta clase de escritos son laboriosos y dejan escaso margen a la esencia que buscan los lectores.

Desde la ventana de su despacho oía los sonidos que le llegaban del cuadrilátero situado a veinte metros de distancia. Se estaban congregando para colmar de elogios a Paul. Ernie no pensaba regatearle los aplausos. Paúl era un hombre directo, merecía abrirse camino. Además, era un buen amigo. Tenía sistemas envidiables, hacía todo cuanto no admite reclamación, se avanzaba a la misión de sanar, que constituía la misión de su vida, incorporando planes y esquemas destinados a aliviar el sufrimiento. Comparado con él, Ernie se veía a veces un payaso. Pero el hombre ha de hacer aquello para lo cual está predestinado y, si el azar quiere que haga algo que no le atrae fácilmente la fama —y él la busca— debe seguir hasta el lugar donde crece la flor de la gloria, aunque esté rodeada de arriesgadas arenas movedizas.

Así, pues, decidió seguir trabajando, por lo que cogió la primera ficha del montón y, tragándose un gruñido que iba a proferir, pronunció el nombre con un suspiro: Valerie Brown, un manicomio ambulante. Pulsó el botón para indicar a la enfermera que podía pasar el siguiente. Pensó que, por lo menos, había dado muestras de una cierta integridad al escribir su libro, h él no había hecho figurar ninguna Valerie Brown. Había cosas que era mejor que el público no conociera aún.

3

La ambulancia se encontraba aparcada en el centro del cuadrilátero, enfrente mismo de las puertas principales del edificio donde se alojaba la administración central. El negro asfalto y el verde césped que la rodeaban hacían destacar su intensa blancura y cubrían al vehículo de algo del simbolismo que había evocado Paul Avery en sus entusiasmadas argumentaciones en favor de su incorporación al hospital. Básicamente estaba formada por un chasis «Ford Transit» de veinticinco quintales de peso, con una distancia entre los ejes de ciento dieciocho pulgadas y una carrocería de fibra de vidrio diseñada y acoplada por Herbert Lomas, de Wilmslow. La cabina del conductor estaba provista de asientos con ángulos de seguridad, diseñados por un fisioterapeuta canadiense, un volante plegable, un tablero de instrumentos que incorporaba conexiones para energía eléctrica suplementaria, un aparato de radio sintonizado para conectar con una unidad receptora-transmisora del Departamento de Accidentes de Westfield, un equipo de socorro accesible desde dentro y desde fuera de la cabina, luces de señalización de repuesto y un control del haz de luz giratorio. El motor había sido cuidadosamente puesto a punto por un especialista de Coventry con miras a mejorar la aceleración, en tanto que la conducción estaba auxiliada por la electricidad. La zona destinada a espacio de trabajo, situada en la parte trasera, era resultado de la colaboración entre Paul Avery, un diseñador funcional de Londres y dos asesores especializados en el diseño de vehículos de socorro. Se habían considerado con la máxima atención los factores correspondientes al coste, espacio disponible, distribución de la carga y adecuada instalación del instrumental y aparatos. En aquel espacio de nueve pies seis pulgadas por seis pies y por cinco pies ocho pulgadas se había llegado a un magnífico compromiso. Los paneles eran de plástico, de color verde pálido, cuidadosamente acolchados. El suelo estaba cubierto de material plástico verde oscuro, no estático. En una de las paredes laterales, directamente detrás del lugar destinado al chófer, unas abrazaderas asían una litera de ruedas a fin de fijarla en el lugar adecuado; la litera en sí era una obra

maestra y el último grito en cuanto a principios funcionales de diseño. El material de que estaba hecha era una aleación ligera a la vez que resistente y estaba sólidamente tapizada de cuero. Mediante un manubrio, provisto de un engranaje dentado, se podía regular su altura, además de que dicha litera estaba articulada y permitía al operador colocar al paciente en un número infinito de posiciones. Encajado debajo mismo de la litera había otro modelo, más ligero, diseñado para ser maniobrable y poder trasladar de un sitio a otro a la víctima de un accidente; en la pared opuesta había un armazón plegable y atornillado dispuesto para, así que fuera necesario, ser desplegado y soportar la segunda camilla. En cada una de las paredes laterales había soportes destinados a sujetar los frascos utilizados para transfusiones y, sobre la litera principal, había tres pinzas de acero inoxidable que sostenían tres termos recubiertos de fibra de vidrio.

El principio que había guiado el diseño de la ambulancia era la posibilidad de proporcionar todo tipo de cuidados de urgencia desde el mismo escenario donde se había producido el accidente. Paul Avery había trabajado el tiempo suficiente con accidentados para saber cómo se le encoge al médico el corazón cuando someten a sus cuidados con un retraso de unos minutos un hombre, una mujer o un niño heridos. El momento más apropiado para prestar ayuda eficaz a una víctima de un accidente de carretera es el que sigue inmediatamente a aquel en que se ha producido el accidente. Es evidente que, lo que se acercaba más al ideal, era una unidad móvil que fuera como un brazo del hospital, que prestara asistencia inmediata, prosiguiera todos los cuidados hasta la llegada al hospital y no abandonara al paciente hasta el momento en que, si fuera necesario, se condujera el accidentado al quirófano. El servicio de ambulancias entonces existente resultaba inadecuado. Recogían a los pacientes rápidamente en el lugar donde habían sido heridos, les proporcionaban alguna ayuda si podían y, en los casos no demasiado serios, les administraban algún tratamiento rudimentario. Pero había hechos evidentes y deficiencias demostrables: aquellas ambulancias no eran otra cosa que unos vehículos destinados al transporte de los heridos desde el lugar del accidente al hospital.

El verdadero tratamiento no se iniciaba hasta que el herido era trasladado sobre ruedas al departamento de accidentados. Al proponer la creación de la ambulancia que en estos momentos aparecía en el rectángulo, Paul Avery había subrayado el hecho de que la veía como un inicio, el comienzo de una potente línea de aproximación a los accidentados enfocada a la reducción del dolor, de la deformación física y del lamentable índice de mortalidad que

gravitaba sobre la carretera. La nueva ambulancia era, a su manera, como un delicadísimo aparato, un instrumento caro y eficaz y permitía a los operadores ejercer sus habilidades con un impedimento mínimo. No debía ser valorada por su excelencia sino más bien por saber eliminar obstáculos de la meritoria labor del equipo que de ella se ocupaba. Para cubrir esta exigencia concreta, se había escogido con meticuloso cuidado todo el equipo contenido en los armarios, cajones, cajas y estuches.

Siempre que fuera posible, todos los elementos debían figurar por duplicado. Colocado sobre el suelo de la ambulancia, a la izquierda de la puerta que daba a la cabina del conductor, había una caja de fibra de vidrio que contenía el equipo médico de urgencia básico: en uno de los compartimentos había una docena de jeringas pre-esterilizadas y dos docenas de agujas esterilizadas de diferentes tamaños; al lado de éste, se amontonaban los paquetes de gasas estériles de acuerdo con su tamaño y su función; otro de los huecos estaba ocupado por un estetoscopio y un esfigmomanómetro, rodeados de paquetes de torundas y de pinzas metidas en sus estuches de plástico; en un cajón separable había diversos medicamentos: morfina, fortal, atropina, lignocaína, xilocaína, isoprenalina, varios analgésicos, anestésicos y estimulantes, elegidos para solventar cualquier emergencia que pudiera presentarse; aparte había varias ampollas de paraldehído, un sedante eficaz, junto con jeringas de vidrio para administración de la droga —era necesario tenerlas previstas porque aquella sustancia incolora e inodora poseía la desgraciada propiedad de disolver las jeringas desechables de tipo corriente —; el último compartimento de la caja contenía una novedad aconsejada por Avery en sus tiempos de estudiante en los Estados Unidos y actualmente posible gracias a la tecnología de la industria electrónica japonesa. Se trataba de una grabadora minúscula, provista de pinza, equipada con un micrófono de condensador. Mientras un operador se ocupaba en su trabajo, podían grabarse en ella las observaciones que se juzgase oportunas, signos que después podían desaparecer y olvidarse, pero que podían ser: consultados posteriormente y, sobre todo, permitía el hábito clínico de tomar notas incluso con las manos ocupadas en otra^ cosa.

En el lado opuesto a la puerta de entrada estaba alojada una unidad electrógena recargable, protegida por un revestimiento a prueba de choques, provista de cinco salidas, instaladas sobre ella y en la misma pared. A una de ellas podía conectarse el desfibrilador portátil mediante su transformador (otro artilugio japonés que modificaba la corriente y la transformaba de continua en alterna); este instrumento era muy poco espectacular y se

componía básicamente de dos grandes tampones circulares, provistos de asas, conectados mediante cables a la red eléctrica, —cuando se aplicaban dichos tampones al pecho de un paciente— cuyo corazón había dejado de latir o daba desalentadoras señales que indicaban el colapso inminente, la sacudida eléctrica que se provocaba conseguía, en muchos casos, solucionar el problema. Otros aparatos que exigían electricidad para su funcionamiento eran una pequeña ventosa de succión, una sonda, una unidad humectadora utilizada junto con un equipo de ventilación, j lámparas y el calefactor por aire.

La mayor parte del equipo eléctrico se encontraba alojado en la parte delantera del recubrimiento de las ruedas traseras. Junto a éste y a nivel del suelo había varios cajones que contenían distintos equipos: instrumentos cortantes para la localización de venas, aparatos para efectuar traqueotomías, equipo para transfusiones de sangre y botellas de plasma, paquetes de Dextrostix para determinar la tasa de azúcar en sangre, bolsas de Brooke para coadyuvar en la respiración boca a boca, además de guantes de goma de un solo uso y de dediles. Debajo del lugar destinado a las literas principal y auxiliar había espacio suficiente para acomodar férulas de dos tipos, de madera e hinchables y, aseguradas en la pared y el suelo, en los ángulos que formaba la pared que separaba el conductor del espacio destinado a trabajar, había dos grandes depósitos de plasma. Debajo de las largas y estrechas ventanas laterales y fijadas mediante unos ganchos, había dos unidades de oxígeno Portagen mientras que, sobre la puerta de conexión, colocadas sobre un estante provisto de reborde había dos cajas, manipulables por la parte delantera, que contenían resucitadores Penlon para bebés.

A fin de lastrar convenientemente el vehículo, al tiempo que dotarlo de mayor auxilio clínico, en un compartimento situado debajo del suelo, debidamente aislado, había cuatro bombonas cilíndricas de oxígeno. La conexión de salida se encontraba en la pared lateral, junto a la cabecera de la litera principal, y estaba equipada para permitir conectar dos máscaras faciales gracias a una válvula de reducción de la presión. La instalación constaba de un dispositivo de seguridad que impedía la salida de oxígeno por la conexión a no ser que estuviera conectada la máscara facial. Una pieza final del equipo, guardada en un estuche cuya llave estaba en poder de Paul Avery, era una cámara Polaroid; cualquier esquema al que Paúl se vinculase encerraba generalmente el germen de un futuro albur.

Por fuera, la ambulancia era blanca y reluciente y a ambos lados ostentaba el nombre del hospital en letras de oro, además de las palabras «SOCORRO

DE ACCIDENTADOS», pintadas debajo en rojo fluorescente. En el techo, desde la puerta delantera a la trasera, había varios focos, que podían conectarse para dirigirse hacia el lugar que hiciera falta. En el mismo centro del techo había una caja cuadrada que proyectaba la palabra «URGENCIAS» a los cuatro costados, mediante la iluminación intermitente, cuando el chófer hacía la conexión apropiada, además de estar equipada con una sirena especial, que emitía una nota penetrante e insistente, como el gemido de un fantasma y que distinguía esta ambulancia de sus hermanas menos favorecidas. Había sido difícil calcular el coste del vehículo antes de lanzarse a su fabricación y, ahora que estaba terminado, nadie estaba en condiciones de dar una cifra. Algunos de los costes que había supuesto se habían fusionado con los generados por el departamento de urgencias y otros habían sido deliberadamente cargados a los gastos globales del hospital gracias a una administración empeñada en ver el proyecto convertido en realidad según opinión personal del propio Paul Avery, la cifra estimativa inicial de veinte mil dólares probablemente había sido superada con creces. Sea como fuere, aquello había ocurrido, la máquina había pasado a ser una realidad fulgurante e inmaculada. Mientras seguía posada en el centro de un grupo de admiradores, invitados para auspiciarle un buen futuro, lo aerodinámico de sus perfiles llenaba de excitación los corazones de Avery y del equipo elegido para ayudarle.

A prudente distancia de un grupo formado por los sexagenarios, Avery, junto a la erosionada estatua del fundador del hospital, estaba rodeado por sus ayudantes. Los conocía a todos, había dedicado meses a confeccionar la lista de nombres de todos ellos. Lo realmente difícil había sido casarlos por parejas; el servicio debía ser permanente durante las veinticuatro horas y Avery se había propuesto que, día y noche, el equipo encargado del trabajo actuase con la misma eficiencia y el mismo nivel de coordinación que el que le sucedería a continuación. No era posible que, en un esquema regido por una sola mente, imperasen dos tipos de procedimientos diferentes.

Los conductores tenían unos cuarenta y tantos años y eran hombres con una larga experiencia en el servicio de ambulancias, ambos con méritos ganados por la seguridad en la conducción. Dan McGoldrick, un hombre oriundo de Dublín, que no había vuelto a su tierra natal desde hacía quince años, seguía hablando con un acento propio para horripilar los oídos de cualquier inglés. Avery no tenía dificultades para entenderse con él, gracias a estar familiarizado con el acento de la policía neoyorquina. Dan era un hombre fuerte que, en los accidentes, sabía mostrar una sangre fría que

infundía seguridad. Debido a tener la nariz aplastada y al hecho de ser irlandés, muchos lo creían un tipo jaranero, pero lo cierto es que apenas bebía y que el defecto que ostentaba en la nariz obedecía a que, en cierta ocasión, alguien había cerrado la puerta trasera de una vieja ambulancia en sus mismas narices.

El compañero de Dan era Ferdie Nesbitt, otro extranjero. Era el más negro de todos los nigerianos que nadie había visto nunca en el Westfield General y hablaba con una melodiosa inflexión de voz, salpicada de notas de un suave y constante sentido del humor. Vivía en Inglaterra desde su infancia, y la ironía de su condición, su larga osamenta, el balanceo de sus caderas su rizada cabeza, características todas del continente negro, evolucionando a medida que él iba haciéndose hombre entre los pálidos y arrítmicos habitantes de una isla fría y tan pequeña que hubiera podido zambullirse en uno de los lagos de su África, no habían hecho que perdiera el dominio que tenía de sí mismo. No se sentía extranjero pero, cuando conoció a Paúl, le confesó que a veces convenía comportarse como si uno fuera inferior:

—Así ahorro a muchos el trabajo de tratarme como si lo fuera —le explicó.

Los dos ayudantes, Bill Davis y Lester Hill, eran hombres de la localidad y ambos tenían treinta y pico de años. Poseían los requisitos académicos necesarios y una encantadora falta de respeto por la autoridad. Se habían incorporado juntos a aquel trabajo y ahora, al ser destinados a ocupar puestos idénticos en el Servicio de Urgencias, se había consolidado su espíritu de camaradería. Fuera de las horas de servicio, pasaban juntos el mayor espacio de tiempo posible. Compartían un gran entusiasmo por la cerveza y los naipes y soportaban conjuntamente los denuestos de sus respectivas mujeres como consecuencia de ello. Unidos desde el principio por el tipo de similitudes y diferencias que siempre aseguran una auténtica amistad, habían pasado a ser como hermanos de sangre en virtud de su alienación doméstica. Lester, bajo y achaparrado, con las facciones de un Marlon Brando desgreñado, era el más locuaz de los dos. Bill solía ofrecer una expresión pensativa y ausente, que encajaba con su larga nariz y sus ojos pequeños y hundidos. Acostumbraba a contentarse con asentir, convencido, con la cabeza mientras Lester iba desgranando las calamidades de la vida en general y de la suya en particular; el estado matrimonial era un tema capaz de llenar larguísimos períodos de tiempo durante los cuales uno de los dos se dedicaba a lanzar pullas y el otro a darle la razón con movimientos de cabeza.

—Nos casamos cuando no tenemos preocupaciones —decía Lester con sarcasmo—, porque los seres humanos no podemos vivir si no es inmersos en la miseria.

Las dos damas del equipo eran enfermeras diplomadas y ambas con una larga experiencia. Ellen Haxton tenía veintisiete años, era un producto académico de Londres y tan eficiente en su trabajo que sacaba de quicio a todas las compañeras del departa, mentó. Tenía la cara redonda y la mirada agresiva de una mujer soldado. Sus ojos eran negros, la nariz muy recta y la boca fina; y llevaba el cabello más corto que lo que prescribían a los hombres los dictados de la moda. Pese a su aspecto poco afable, Avery sabía que era una mujer sensible y que la ciencia no había mermado en ella un interés natural por la humanidad. Era católica y consideraba que debía atenerse a su fe; esto podía crear problemas a veces, pero su sobrada eficiencia compensaba con creces las dificultades ocasionales.

Las cualidades de Mary Scott como enfermera estaban a la altura de las de Ellen Haxton, pero su personalidad era exactamente divergente. Mary era una pelirroja bajita, de larga cabellera, un torbellino de veinticinco años de muy buen ver y con fama de generosa en sus relaciones carnales. Paul Avery dejaba la leyenda en suspenso, puesto que todavía no había encontrado a nadie que hubiera estado realmente en la cama con la enfermera Scott. Mary parecía dar a entender que las oscuras alusiones de muchos maridos frustrados podían ser verdad, pero es una impresión que dan todas las coquetas. En todas partes se comportaba siempre con gran dignidad profesional y segura pericia, y tenía la habilidad de saberse llevar bien con todo el mundo. Paúl había querido convencerse a sí mismo de que las razones que lo habían movido a seleccionarla para que trabajara en su unidad eran todas perfectamente desinteresadas y basadas en el más objetivo de los razonamientos.

Estaban todos esperando al Inspector General, doctor Towers, que tenía la exasperante costumbre de revisar todos los días el correo antes de hacer otra cosa. Había llegado ya *sir* Albert Macauley, presidente de la Junta, así como otros tres miembros de la misma y algunos veteranos del personal hospitalario. El ama de llaves tenía a uno y otro lado a sus dos ayudantes, conocidos en todo el hospital por Tweedledum y Tweedledee[1], y muy cerca se veía a un grupito de enfermeras que coqueteaban descaradamente con los consultores y los archiveros. Avery observó que había gran número de camilleros. Eran los expertos, naturalmente, los que opinaban prolijamente sobre el asunto que fuese. Los veía intercambiando pareceres, con sus chaquetas marrón ondeando al viento como levitas de magistrados, señalando

con bruscas sacudidas de la cabeza en dirección al vehículo, avanzando la mandíbula al hablar. Lo más probable es que tuvieran algunas observaciones válidas que hacer y que, cualquier cosa que dijesen, a lo menos sus opiniones no estarían influidas por motivos o razones de tipo político que, por lo que veía Avery, era más que lo que podía decirse de los consultores, elegantemente vestidos y que, gracias a años de práctica, habían aprendido a reprimir sus verdaderos sentimientos y opiniones con capas y más capas de protocolo y de superchería. Que Paúl supiese, sólo *mister* Madison había expresado abiertamente sus objeciones francas al proyecto. Los otros, con pocas palabras, habían demostrado su general aprobación. Así actuaban los consultores. No digas nada, decía la regla, y acertarás siempre. Sí, con el tiempo, quedaba demostrado que la decisión había sido equivocada, siempre podía alegarse que no se había aprobado el proyecto, aun cuando las dudas subsistían. Avery no tenía objeciones contra la convención. Era una medida de protección y, como tal, tenía su utilidad. Después de todo, cada hombre se protege con una armadura diferente.

Mister Madison no estaba presente. Ernie Hale había apuntado a Paúl que la oposición del viejo a la nueva ambulancia posiblemente calaba más hondo de lo que creía la mayoría. La opinión se fundaba en la capacidad de Ernie para leer en las motivaciones humanas con mayor exactitud, reforzada con su pasada experiencia junto a Madison. Ernie aseguraba que era un marrullero. Una persona que no sabía perder. Cierta vez, en un caso de trastorno psicosomático en que el paciente presentaba todos los síntomas de una oclusión intestinal, Ernie había discutido acaloradamente con Madison alegando que se trataba tan sólo de una fase pasajera del estado mental del paciente. Los casos agudos de estreñimiento, como saben todos los psiquiatras, pueden obedecer a una rabiosa pasión posesiva por parte del hombre o mujer que los padecen, los cuales no quieren compartir con los demás nada de lo suyo, ni siquiera sus excrementos. Madison, que en más de una ocasión había empleado la palabra galimatías para referirse a la psiquiatría, había rechazado de plano él diagnóstico de Ernie. Una operación exploratoria puso de manifiesto un paquete de heces amazacotadas del tamaño de una pelota de fútbol, pero nada de oclusión. Madison anunció alegremente que, lejos de confirmar lo que Ernie había confirmado originariamente, los resultados de la operación demostraban que existía una parálisis temporal de los plexos nerviosos del colon y del recto. La insistencia de Ernie chocó con una adhesión granítica a la explicación clínica. Madison apuntaló su afirmación haciendo referencia a células aberrantes o incluso

ausentes en los ligamentos nerviosos y barajó nombres como Auerbach y Meissner, sofocando con una gruesa capa de datos científicos aquello que él, con absoluto desdén, llamaba la «suposición» de Ernie. Y aquél no era el único ejemplo que Ernie podía citar. A lo que parecía, *mister* Madison no se preocupaba ni siquiera de discutir. Seguía deslizándose por el camino que tenía trazado y, con el tiempo, en virtud de su autoridad, experiencia y una especial habilidad para dárselas de sabio, acababa de hacer prevalecer su opinión. Ernie había dicho a Paúl que Madison no se tomaba nada a la ligera, porque le molestaba ver cabos sueltos y quería verlo todo atado, fuera o no por el sitio que correspondía. En las actuales circunstancias, dado que las objeciones que había puesto a la ambulancia se habían visto rechazadas, seguramente buscaría una forma de restablecer el equilibrio, de borrar el feo que se había hecho a su nombre y a su dignidad. Paúl no estaba tan seguro de ello. En su trato con Madison siempre había visto a éste pomposo, ceñido a los detalles de procedimiento más nimios, aunque lo tenía por un hombre de amplios conocimientos y de ideas claras. Sus argumentaciones en contra de la nueva unidad eran razonables y probablemente ahora se daba cuenta de su error. Alguien debía ganar aquella pequeña lucha y aquella vez había sido Paúl; no sabía ver que Madison lo tomaría muy mal, porque eran ya cientos los debates en que llevaba las de perder. Paúl consideraba que no era de esperar que ahora aclamase la máquina contra la cual se había levantado, si bien probablemente la cosa terminaría aquí. Paúl consideraba que el defecto peor que tenía Ernie Hale era que lo analizaba todo excediéndose de la medida.

—Tengo la espalda congelada.

Paúl y los demás del equipo se volvieron con ojos sorprendidos para ver de dónde procedía aquella observación y pudieron contemplar a la enfermera Scott, abrazada a su propio cuerpo con los brazos cruzados y saltando de uno a otro pie. La enfermera Haxton había sofocado sus pensamientos quedándose como un tomate mientras los conductores y ayudantes se limitaban a sonreír con una especie de mueca. La enfermera Scott dejó escapar un suspiro de desesperación y, señalando con la punta del gorro el despacho del director, observó:

—¿Habrá recibido una carta-bomba el viejo Towers?

—Probablemente estará ensayando el discurso —murmuró Paúl.

Hacía frío y, si la cosa seguía retrasándose, la ocasión resultaría de lo más desangelado.

—Tiene que llevar *panties* más gruesos —dijo Paul a la enfermera Scott.

La enfermera Haxton esbozó una leve sonrisa, interesada en no querer aparecer ajena a lo que estaba ocurriendo, pero evidentemente incómoda en aquel ambiente de broma.

—Yo no uso *panties*.

Detrás de cinco pares de ojos de hombre brillaron toda una serie de especulaciones. Paúl no podía recordar cuándo había sido la última vez que había visto un par de medias y un portaligas.

—Yo me tomé la recomendación en serio —continuó Mary Scott—. ¿Tú no, Haxton?

Se refería a un artículo que había sido motivo de discusión en Westfield, tanto en círculos privados como en coloquios abiertos para enfermeras. Un equipo de médicos había decidido, para satisfacción de todos ellos, que la costumbre de llevar *panties*, además de bragas, por parte de algunas mujeres, era la causa de los muchos casos de cistitis entre las muchachas. A nivel instintivo, Paul Avery consideró plausible la teoría. La enfermera Haxton había vuelto a sonrojarse.

—No le presté demasiada atención —dijo, al tiempo que consultaba el reloj con impaciencia.

Apareció el doctor Towers, como en contestación a la plegaria de Haxton, caminando con su acostumbrada dignidad en dirección al lugar donde se encontraban reunidos los miembros de la junta. Al pasar junto a Paúl lo saludó con la mano; con su cabello recién cortado y su bigote como un cepillo de dientes tenía el aire de un coronel pasando revista a la tropa. El doctor Towers saludó calurosamente a *sir* Albert, rechoncho, con cara sonrosada y después de intercambiar algunas observaciones educadas con los demás, se volvió a la muchedumbre, reunida en semicírculo, y levantó una mano para imponer silencio.

—Señoras y caballeros, estamos aquí reunidos para conmemorar una ocasión que posiblemente tendrá efectos de gran alcance sobre la labor con accidentados que se realiza en este país. Esperamos que la magnífica ambulancia que ven aquí sea precursora de muchos vehículos de esta clase, por ser un complicado elemento capaz de prestar ayuda médica a los pocos minutos de haberse producido un accidente. No necesito decirles que, en teoría, una ambulancia así constituye la plasmación de un proyecto muy simple. De tener oportunidad de hacerlo, en pocos minutos sería diseñada por médicos o profanos. Se llenaría después de toda una serie de artilugios electrónicos milagrosos, se desplazaría con estabilidad perfecta a ciento sesenta kilómetros por hora y se dotaría de un equipo de técnicos jóvenes, de

la última hornada, que realizarían en ella cirugía a corazón abierto en un compartimento con aire acondicionado mientras la ambulancia corría rauda hacia el hospital.

Towers se calló para dar paso a un murmullo de risas, a las que se sumó la irónica sonrisa que él mismo dedicó al comentario.

—Pero las ideas fantásticas deben desarrollarse en ambientes de fantasía. Nuestro hospital se encuentra a cinco kilómetros de distancia de la carretera general más próxima. Todas las semanas somos testigos de los resultados de una conducción descuidada, de atropellos cometidos por borrachos, de conductores correctos pero víctimas de la incorrección de terceros. Contemplamos tragedias terribles. Entre estas tragedias, las hay que podrían evitarse. Hay personas que murieron porque no pudieron ser trasladadas a tiempo al hospital, porque en este lapso de tiempo tan sólo pudieron ser objeto de un tratamiento de urgencia de lo más elemental. La reducción de los accidentes de carretera exige una ayuda en el mismo lugar del accidente y, para poder prestarla, debemos brindar unos servicios prácticos, basados en los conocimientos adquiridos a través de los errores y deficiencias de experiencias pasadas. Y por encima de todo, debemos basar el sistema que apliquemos en principios realistas.

—¿Va a soltar el rollo completo?

Volvía a ser la enfermera Scott, que se había acercado a Paúl para murmurarle la frase al oído.

—Me parece que sólo está empezando a calentarse —añadió.

—Prometió que el discurso sería corto —le respondió Paúl también en un murmullo—, pero ya sabe cómo son sus promesas.

El doctor Towers tenía fama de acceder a todo cuanto se le pedía, de prometer resolver todos los problemas o de ofrecerse a hacer lo que fuera con tal de que la promesa acallara la reclamación en cuestión y consiguiera sacar de su despacho a la persona que la formulaba.

—Bueno, pues si me queda el trasero helado, esto de más tendrá sobre su conciencia —advirtió Scott.

Paul encontraba agradable contemplar aquel trasero. Pero cada vez le parecía más que aquella enfermera era de la categoría de las provocativas y coquetas. Su conversación se lo estaba revelando con claridad meridiana.

El doctor Towers seguía remachando.

—Sería una insensatez que, en nuestra profesión, tan castigada por los impuestos, tan insuficiente para cubrir las necesidades, postulásemos la formación de un moderno hospital sobre ruedas. Una idea así originaría más

problemas que los que solventaría. Con una laudable atención puesta en las necesidades más precisas, el doctor Paul Avery ha concebido una unidad —en realidad, un servicio— para paliar los efectos, a veces catastróficos, que puede ocasionar el retraso en la atención médica. Lo que a la víctima del accidente ofrecen esta ambulancia y el personal que va a equiparla es lo siguiente: tiempo. En cierto sentido, parece una ironía. Gracias a nuestra unidad esperamos combatir el retraso con el retraso. Retrasando la aparición de complicaciones, podemos reducir los daños provocados por el tratamiento médico aplicado con retraso.

Hizo una pausa para dejar que todo el mundo se empapara de aquel pequeño alarde de erudición. *Sir* Albert Macauley lanzaba miradas a derecha e izquierda. Sus dimensiones, además del caro abrigo azul marino con que envolvía su cuerpo, parecían aislarlo del mordisco del aire. Al mirarlo, Paúl recordó con gratitud que *sir* Albert había prestado su apoyo incondicional al proyecto de la ambulancia. Se decía de él que era un conductor detestable, por lo que quizá su entusiasmo obedecía a un interés de tipo personal.

—No quiero convertirme ahora, a mi vez, en causa de más retrasos —prosiguió Towers—, por lo que quiero ante todo manifestar la satisfacción que siento al ver la nueva ambulancia terminada y dispuesta para la acción y también mi confianza en que va a cumplir la labor para la cual ha sido concebida. Quiero hacer constar la admiración que siento por la forma en que el doctor Avery y sus ayudantes en este proyecto han dado muestras de su habilidad, energía y dedicación a lo largo de todos estos meses de planes y revisiones. Finalmente quisiera pedir a *sir* Albert Macauley, presidente de nuestra Junta de Gobernadores, que inaugurase oficialmente la nueva ambulancia.

El aplauso fue entusiasta; por lo menos ofrecía la oportunidad al público de estimular la circulación. *Sir* Albert dio un paso al frente; llevaba las manos vacías, lo cual hacía suponer que diría poca cosa. Era habitual en él que, incluso cuando se trataba de una arenga de lo más corriente, se guiase con unas notas.

—Amigos míos, dentro de unos minutos podréis inspeccionar personalmente este maravilloso vehículo y el doctor Avery contestará a las preguntas que tengáis a bien hacerle.

Tenía una voz rica que sugería imágenes de vino de Oporto, corriente entre los de su clase, y hacía circular los ojos por encima del grupo con la tranquila fijeza vítrea de aquel que nunca ha sufrido los rigores de la pobreza ni de la lucha. En el libro de Avery esto era un buen punto. Un hombre como

Macauley no llevaba encima ningún estigma social, estaba inmerso en los privilegios, por lo que sus razonamientos posiblemente no se veían enturbiados por la amargura. Sabía arreglárselas para ser completamente benévolo.

—Cuando examinéis la ambulancia, procurad no olvidar que no es sino un complemento de la habilidad de aquellos que la utilizarán.

A Avery le gustó aquello; todavía no había olvidado lo que había dicho al principio.

—Y recordar también que no constituye una pieza estática de una exhibición. Está esperando, dispuesta a salir para cumplir cualquier misión de socorro que pueda llegar a través de los aires, formulada en medio de las lágrimas. Vais a inspeccionar un arma finamente acabada, útil en la lucha del hombre contra unas fuerzas que, afortunadamente, todavía se niega a considerar inevitables.

Se aclaró la garganta y enderezó la espalda, creando la ilusión de que acababa de crecer treinta centímetros más.

—Señoras y caballeros, declaro oficialmente inaugurado el servicio de socorro del doctor Avery.

Mientras se estrechaban las manos y se oía clamor de voces, Paúl sintió en él un calor que iba subiendo, notó que su cuello y su rostro acusaban aquel agolparse de la sangre, testimonio de aquel placer increíble y repentino que ahora le invadía. ¡El servicio de socorro del doctor Avery! Costaba creerlo. Lo designaban con su nombre. De cuantos estaban allí, él, médico americano que trabajaba en un hospital inglés era quien menos podía esperar aquel aplauso. Diferentes sensaciones cruzaban su cerebro: orgullo, gratitud, sorpresa y, para coronarlas todas, una gran satisfacción sin sombra alguna. Pensó en su padre y se preguntó qué diría ahora si viera a su lunático hijo; pensó en el futuro, en los años venideros cuando estuviera ya en los Estados Unidos mientras aquí en Inglaterra, circulando por las carreteras, siguiera moviéndose aquel objeto que se llamaba el servicio de socorro del doctor Avery. Era como si le acabasen de regalar una tajada de eternidad.

—¿Está satisfecho?

Era *sir* Albert, con un aire de nobleza patente en la sonrisa que le dirigía.

—Fue idea mía bautizar el servicio con su nombre, pero debo decir que no hubo nadie que se opusiera.

—Le estoy muy agradecido. Creía que esta clase de cosas sólo sucedían en Inglaterra cuando uno cumplía los cien años.

—¡Oh, nos juzga usted mal, doctor! En este país solamente se conceden los honores cuándo y dónde se merecen. Considero que lo menos que podíamos hacer en este caso era poner su nombre a una cosa a la que ha dedicado tanto tiempo y tantas energías.

Dio unos golpecitos en el hombro de Paúl con la yema de un dedo.

Ahora le corresponde a usted procurar que este servicio esté a la altura de lo que esperamos de él.

—Lo procuraré. Gracias nuevamente.

Mientras *sir* Albert iba a saludar a otras personas, Paúl se volvió y se encontró frente a frente con su equipo, que mostraba un aire tan satisfecho como él mismo.

—Ya lo veis, amigos. ¡Estamos lanzados!

—¿Cuándo es la fiesta? —volvía a ser la enfermera Scott, con el mismo aire friolero de antes.

—En mi casa, el sábado.

Acababa de decidirlo aquel mismo momento. ¿Por qué no? Si a Edith le daba un ataque, allá que se las compusiera. Todos habían trabajado lo suyo para conseguir que aquel coche fuera puesto en la carretera. Tenían derecho a celebrarlo y con algo más que los cócteles y los bocadillos de salmón con que el doctor Towers iba a obsequiarlos seguidamente.

—Yo vendré, siempre que no le digáis nada a mi mujer —dijo Lester Hill, a lo que Bill Davis, detrás de él, asintió con un movimiento de cabeza.

—Fingiremos que se trata de una urgencia —lo tranquilizó Paúl—. ¿Dan, Ferdie? ¿Querréis venir también?

Dan se encogió de hombros.

—No soy de los que se achispan, pero me gusta ver a los demás cómo se achispan. Sí, vendré sólo a asomar las narices.

—¿Y tú, Ferdie?

El rostro negro y enorme se abrió en una ancha sonrisa.

—Por supuesto que sí. Me traeré la lanza.

La enfermera Haxton se había retirado del resto del grupo, interesada en quedar al margen de la cuestión. Paúl le tocó el brazo.

—Piensa venir, supongo.

Estaba luchando entre dos expresiones y, finalmente, consiguió instalar en su rostro la que denotaba forzado entusiasmo.

—Realmente será un placer…

Durante la hora que se sucedió a continuación Paúl se dedicó a contestar preguntas y a aclarar dudas. Iba a ser el único médico del equipo. Por muchas

razones, un segundo médico no constituiría una solución práctica. Como hubo alusiones al respecto, Paúl señaló que pensaba dedicar al servicio todo el esfuerzo que fuera preciso. Sobre la cuestión de las prioridades, explicó que la unidad atendería todas las llamadas de urgencia procedentes de accidentes de carretera ocurridos en un radio de dieciséis quilómetros, ya fueran en la carretera general o en las carreteras secundarias, siempre que fueran de gravedad equivalente. La policía de tráfico establecería contacto con el servicio a través del transmisor central y, en caso de dos llamadas, se daría prioridad a aquella que, a juicio de la policía, se considerara más grave. Dados el índice y distribución de esta clase de accidentes, confiaba Paúl en que el equipo podría atender perfectamente más del ochenta por ciento de los casos que se produjeran en aquella zona específica. Los miembros del equipo, entre ellos él, se encargarían del trabajo normal que tenían en el hospital cuando el servicio no estuviera en funciones. Las enfermeras normalmente se ocupaban de los accidentados, por lo que no supondría ningún cambio para ellas tener que salir para atender aquel servicio específico. Los conductores y los ayudantes estarían permanentemente disponibles y, durante los períodos no activos, se ocuparían del mantenimiento de la ambulancia.

Mientras el grupo se encaminaba al confortable ambiente del despacho del inspector general, donde les esperaba el piscolabis, Paúl se rezagó un poco. Ya en la puerta, se detuvo un momento y se volvió para contemplar el vehículo, complaciéndose en su blancura, sintiéndose parte de él, una especie de afinidad que comenzaban a compartir también Dan y Ferdie, quienes estaban pasando una gamuza por sus suaves líneas. De pronto observó que, al otro lado del cuadrilátero, de pie en la carretera y con los ojos clavados en la ambulancia, había una persona inmóvil. Era *mister* Madison. La expresión de su rostro, incluso desde el lugar donde se encontraba Paúl, denotaba evidente tristeza. Estuvo todavía unos momentos más contemplando el vehículo y después, lentamente, con la cabeza baja, las manos enlazadas, tensas, detrás del cuerpo, fue alejándose. Paúl se quedó un instante pensando en lo que le había dicho Ernie, pero rechazó la idea. Madison tenía siempre este mismo aire. Con el tiempo acabaría aceptando la existencia de aquel servicio, igual que todos cuantos trabajaban en el hospital.

4

El miércoles por la mañana *mister* Madison se sentía particularmente distraído mientras hacía su ronda habitual por el pabellón. La enfermera Cunningham, que captaba muy bien todos sus cambios de humor, se dio cuenta de que deliberadamente prescindía de cuantos esfuerzos hacía ella para facilitarle las cosas, de que creaba dificultades y buscaba motivos para quejarse donde las cosas parecían funcionar perfectamente.

Se dirigió al tercer paciente. Era un anciano, un hombre que había comparecido en el departamento de cirugía para quejarse de un terrible dolor en el estómago. Había explicado que el dolor aparecía y desaparecía desde hacía mucho tiempo y que, como iba en aumento, se había visto obligado a consultar a un médico. Se había determinado que padecía un tipo de hernia (una parte del estómago había pasado a través del diafragma y penetrado en la cavidad del pecho). Mister Madison había reparado en el quirófano la anatomía de aquel hombre, dejándola normal y arreglando el desperfecto ocasionado en el diafragma del paciente, del que se había desprendido el esófago, y que había provocado el trastorno inicial. Actualmente el anciano estaba mejorando de día en día, pero *mister* Madison sostenía que no se lo mantenía a dieta de papillas y que ésta era esencial para su recuperación pos-operatoria.

—Pero si se observa la dieta, doctor… Usted nos dio las instrucciones concretas y…

—Y ustedes las han pasado por alto —terminó Madison dando un respingo y consultando el gráfico del enfermo—. Esta clase de cosas se ven muy claras, enfermera. Este hombre no observa la dieta adecuada, o bien la complementa con otras cosas bajo mano.

La enfermera jefe miró el rostro inescrutable del paciente.

Madison sabía a quién podía dominar. El paciente tenía todo el aire de estar dispuesto a aceptar cualquier acusación que quisieran echarle en cara. La enfermera, tocando amablemente el hombro huesudo del enfermo, le preguntó:

—¿Ha comido usted algo que no debiera, *mister* Higgins?

El hombre negó con la cabeza.

—Tonterías —dijo Madison, volviendo a dejar el gráfico sobre la cama y apartándose bruscamente, seguido por una ruborizada enfermera jefe y otra de segundo año. Había decidido que esta mañana haría la ronda por su cuenta. Su ayudante la doctora Edith Roberts, estaba ayudando en la sala de operaciones y, para tener la vía totalmente expedita, Madison había enviado a los dos asistentes a la biblioteca a recoger todos los datos que pudieran encontrar sobre las operaciones de mastectomía radical. El encargo era de lo más desalentador, porque no había precisado qué aspecto concreto de la operación le interesaba ni qué período de la historia de la técnica estaba estudiando. Solo en el pabellón, pues, asistido únicamente por las dos amedrentadas enfermeras, dividía entre ellas sus iras y derramaba el resto a su alrededor. Nadie podía adivinar qué era lo que no funcionaba, puesto que *mister* Madison no hablaba nunca de cuestiones personales, aunque dejaba que sus contrariedades de tipo privado se interfirieran con el funcionamiento normal de su departamento.

—¿Qué demonios es esto?

Señalaba con el dedo una botella junto al radiador y entre dos camas.

La enfermera Cunningham tragó saliva y mostró un aire incómodo, molesta por haber sido cogida en falta.

—Parece limonada…

—Es mía.

El paciente que ocupaba la cama más próxima a la inoportuna botella era un muchacho de pelo lacio y rostro pecoso. Miraba a Madison como a la defensiva, dispuesto a luchar por su limonada a costa de lo que fuera. Como era habitual en él cuando tocaba cuestiones no relacionadas directamente con la enfermedad que padecía el paciente, Madison se dirigió a la enfermera jefe:

—Encárguese de que las botellas y demás cosas por el estilo se guarden en los armarios, ¿entendido? Esta sala es una desgracia.

Durante los treinta minutos siguientes, hubo doce ocasiones más de queja. Un vendaje estaba mal puesto; en la colcha de una cama había manchas secas de algún líquido; un paciente con un tubo naso-gástrico estaba tendido del lado que no debía; en uno de los armarios apareció una revista inconveniente; la enfermera estudiante recibió unos gritos de reprimenda porque, cuando sostenía las ropas de la cama de un enfermo para que Madison examinara un abdomen distendido, se apoyó en el brazo del médico; con muy malas maneras Madison advirtió a la enfermera que prestase más atención a la

higiene corporal de uno de los pacientes y, en una rara desviación de la costumbre, Madison comunicó directamente a un enfermo que estaba retrasando los progresos de su recuperación debido a que fumaba demasiado, basándose, como prueba, en la mancha de nicotina que aparecía en su dedo índice.

Por fin, a las once, Madison abandonó el pabellón a grandes zancadas, dejando a la enfermera jefe y a la estudiante de enfermera al borde de las lágrimas. Se encaminó directamente a su despacho particular y se instaló detrás de la mesa, colocando delante de sus ojos un historial médico, sobre el que fijó la vista sin ver de él ni una sola palabra. Cuando un hombre se hace viejo las cosas cobran mayor importancia y, lo que antes era una insignificancia, adquiere las proporciones de verdadera obsesión. Henry Madison sabía desde hacía tiempo que estaba entrando en una etapa de la vida en la que sus principios y su situación no eran meros adornos sino que se transformaban en puntales básicos. Tiempo atrás, en su juventud, un desaire era un desaire y nada más, aun cuando ya entonces Henry acusaba siempre el aguijonazo. Ahora, la más pequeña incursión en el dominio de su autoridad o de su criterio era un golpe que lo dejaba aturdido. Suponía que los hombres que valían menos que él aprendían a aceptar el declive inevitable, aquella merma provocada tras tantos ataques a sus endebles sustentáculos. Pero aquella actitud no era para él. La lectura más somera de los textos sobre cirugía, una simple ojeada a las revistas médicas encuadernadas en; volúmenes, le demostraban que, aunque no fuese una estrella centelleante en los anales de la cirugía, cuando menos Henry Madison era un colaborador importante en los progresos de su especialidad. Su firme dedicación y su prodigiosa aplicación lo habían convertido en una fuerza, en poderoso dignatario que merecía respeto y honores. No iba a permitir que aquellas distinciones que tanto le había costado ganar le fueran arrebatadas ni enmascaradas. En aquel mismo instante estaba experimentando algo que sentía desde hacía ya unas cuantas horas: el dolor del alma de un hombre cuyo poder se ha visto degradado. No sentía pena, pero estaba explorando las dimensiones de su capacidad de venganza.

La noche antes, la humillación demostrada al no tenérsele en cuenta en las cuestiones relacionadas con la nueva ambulancia había calado muy hondo en su corazón. Había invitado a su casa a unos cuantos colegas veteranos, haciendo constar que su asistencia era de extrema importancia, pero sin adelantarles nada sobre el asunto que hacía necesaria aquella reunión. En otras ocasiones, cuando había reunido a sus compañeros en casa había sido

para discutir y planear alguna cosa para cuya solución consideraba preciso el esfuerzo colectivo, siempre dentro de las cuestiones relacionadas con la política o los procedimientos dentro del Westfield General. Por lo general, su autoridad garantizaba una total asistencia. La noche anterior había reunido ante la chimenea de su casa a seis de sus colegas, que se habían bebido su jerez mientras escuchaban sus argumentaciones. La ambulancia, aquel servicio de urgencia que acababa de instalarse, debía ser eliminado. No había conseguido que la Junta viera las cosas como él las veía. Colectivamente, aquellos médicos veteranos podían hacer fuerza suficiente para asegurar que el vehículo quedase encerrado en el garaje para siempre. Recordó a sus colegas que algunos de los carísimos aparatos que formaban parte de aquel equipo estaban arrinconados sin funcionar en el Westfield, condenados al abandono por haberse demostrado que, usarlos, resultaba caro e impráctico. La decisión de comprar no siempre significa que se haya llegado a un punto que haga inevitable la plasmación en realidad. Henry subrayó que aquello se había hecho ya y que podía volver a hacerse. La facultad de cancelar una decisión adoptada por la Junta constituía una herramienta importante; había que usarse en este caso.

Había proseguido para indicar las razones que lo movían a desaprobar aquel esquema: el coste contra una utilidad cuestionable. Además, aquello constituía una interferencia, según él. La ambulancia alteraría la labor de rutina del departamento de accidentados y del quirófano. Provocaría trastornos. El plan de Avery había creado virtualmente una élite y era inevitable que surgiesen celos. Henry dijo que preveía complicaciones de parte de los servicios de ambulancias y enfermeras. Y así continuó durante una hora, amontonando desventaja sobre desventaja, proyectando continuamente los más negros presagios contra las virtudes insignificantes, quizás imaginarias, de aquel nuevo esquema.

Y después, por increíble que pudiera parecer, se habían puesto a discutir con él. En lugar de aunarse todos para plantear una objeción que tuviera carácter oficial, habían empezado a romper lanzas en favor del engendro del sensacionalista, inmaduro, desorientado advenedizo americano. Henry casi no podía creer lo que estaba oyendo. Hombres de su posición, hombres de reconocida fidelidad a su causa, se ponían ahora a deshacerse en palabras sobre lo avanzado, lo eficiente, lo maravilloso que era aquel servicio. Les contestó con las mismas argumentaciones que había estado esgrimiendo toda la noche, pero no le hicieron caso. Se comportaban como muchachuelas a las que han sorbido el seso. Avery, con sus cautivadoras gracias, con el encanto

que sabía utilizar como sucedáneo de la competencia auténtica, los había seducido a todos.

Cuando se hubieron ido, se quedó solo en la casa, se sentó y notó cómo la desorientación que experimentaba iba disolviendo su amargura. Durante cuarenta años había trabajado para consolidar aquel establecimiento, por espació de varios decenios había contribuido a mantener la antigua dignidad y etiqueta de su profesión. Ahora los bárbaros estaban en la puerta, nacía ya la era de los imbéciles, y los ignorantes agitaban los estandartes del culto que iba a llevarse por delante todo cuanto él y los suyos representaban.

No pensaba ceder. Si debía ser el único oponente, el hecho indicaba solamente que debería hacerse con más recursos para reforzar su posición. Sentado en su despacho, con los ojos fijos en el historial que tenía ante él aunque sin verlo, advirtió que su cerebro estaba organizando los hechos, preparaba el campo de batalla. Era una vieja costumbre, que funcionaba casi automáticamente. Horas y más horas de cólera y de enfado se dispersaban para dejar paso al cálculo frío. Uno de los rasgos de estos momentos era una temible sinceridad. Para proceder con exactitud, un plan de campaña no debía deslizarse por el arriesgado terreno del engaño a uno mismo. Contento ahora de que nadie lo viera mientras la verdad le iba encalleciendo la conciencia, Henry se enfrentó con el meollo de la inquietud: su autoridad era la mejor de sus alhajas, nada tenía que pudiera compararse a ella en cuanto a valor. La defendería a toda costa y con todos los medios a su alcance, puesto que él no era nada sin ella.

Cuando llegó la primera llamada, Paul Avery estaba extrayendo una astilla de acero del dedo pulgar de un peón caminero. A través del transmisor se escuchó el grito de la llamada urgente y, apenas se había extinguido la voz, cuando Paúl, dejando la labor que lo ocupaba en manos de una enfermera, se metió en la cabina, junto a Ferdie Nesbitt y Lester Hill. En la parte trasera, la enfermera Scott estaba sentada en una silla plegable, agarrada a la puerta de comunicación para mantener el equilibrio mientras la ambulancia enfilaba la larga avenida que partía del departamento de accidentados y aceleraba la marcha al cruzar las puertas del hospital para coger seguidamente la carretera que conducía a la general.

—Me ha parecido un buen fregado —gruñó Lester—. El poli apenas se ha explicado. Parecía impresionado. Un camión ha tenido un pinchazo y ha cruzado la reserva central. Parece que ha chocado con dos coches.

A los diez minutos se encontraba ante el accidente. El camión, igual que un gran animal muerto, estaba en el borde blando del carril contrario, con el morro aplastado contra la dura roca, que subía suavemente en dirección a los campos que se encontraban al otro lado. Un sedán de color verde pálido estaba en medio de la carretera, con los neumáticos abiertos cerca del mismo; una violenta serie de arcos entrecruzados, dibujados en la carretera, restos de la goma sobre el gris claro del asfalto, indicaban que el coche había dado una vuelta completa como una peonza. La capota estaba totalmente retorcida y, por la reja del radiador destrozado, asomaban trozos del motor que estaba hecho pedazos. Al otro lado del camión había un segundo coche y, al acercar la ambulancia y situarla Ferdie en la zona central de reserva sobre la hierba apañuscada, Paúl advirtió que el vehículo era un mini. Parecía incrustado en la roca, si bien en realidad la capota y el motor se habían hundido penetrando en la cabina. Junto al camión, de pie en la carretera, había cuatro personas, contemplando la escena estupefactos, incrédulos, mientras la policía trataba de desviar el tráfico.

Ferdie aparcó el vehículo en el arcén, a tres metros del camión. Paúl bajó de un salto y se dirigió al agente de policía más próximo.

—¿Qué ha ocurrido?

El policía era joven. Por el color que presentaba en su rostro, Paúl comprendió que se trataba del primer accidente de que era testigo.

—El hombre del mini ha muerto. El motor le dio de lleno en las piernas. Allí debajo hay una chica… —indicó con la mano un bulto cubierto con una manta junto al coche de la policía—… me parece que tiene las piernas rotas y que no respira muy bien. Los dos chicos y la madre iban en el coche grande, tienen magulladuras pero ningún hueso roto. El padre está inconsciente. Todo cubierto de sangre.

Apareció Mary Scott con un saco de emergencia, del equipo de la ambulancia. Paúl indicó la muchacha que estaba junto al coche policial.

—Vaya a echarle una ojeada. Lester, acompáñela. Usted venga conmigo, Ferdie.

El parabrisas del sedán estaba hecho añicos y Paúl, con sumo cuidado, ayudó a sacar la cabeza al conductor del camión que éste había introducido por la abertura.

—Tiene mal aspecto —dijo el chófer del camión.

Era un hombre de mediana edad, estaba muy asustado, ya nunca más volvería a conducir igual que hasta entonces.

—¡Madre mía! Quise evitarlo, pero él estaba delante de mí y el mini detrás. Si hubiera podido maniobrar…

—Mire, váyase y quédese un rato sentado. Dentro de un momento le daré una cosa.

Paúl acabó de abrocharse la chaqueta blanca y se apoyó en la abollada capota del coche. Dentro, en el asiento del conductor, había un hombre vencido hacia atrás. Tenía las manos abiertas a ambos lados del cuerpo, como en actitud de rendición. La barbilla estaba abierta y, prendidos en el cuello, empapado de sangre, y en la camisa, tenía multitud de cristales, que brillaban como rubíes. Acercándose a él, Paúl le levantó una mano y comprobó el pulso. Se notaba, pero débil e irregular. En el espacio entre el hombre y el tablero flotaba un olor acre. Paúl dedujo que el hombre había evacuado.

—Ferdie, ¿quiere abrir aquella puerta?

La manija de la puerta estaba torcida y, por la forma de la estructura lateral, se veía qué la puerta había quedado sujeta. Ferdie agarró la manija con ambas manos y trató de levantarla, moviendo todo el vehículo al querer liberar el metal abollado de aquello que lo trababa. Al cabo de un momento, renunció.

—No se puede, doctor. Está muy agarrado.

—De acuerdo. Probemos la ventana, entonces.

Sólo había dos puertas y la del lado del pasajero estaba completamente hundida. Dando una rápida mirada a la esposa e hijos del hombre que estaba inconsciente, advirtió que tenían heridas en las piernas, posiblemente ocasionadas cuando fueron sacados por la abertura que formaban los cristales rotos del parabrisas. Paúl rozó con el dedo los bordes irregulares. Cortaban como una navaja de afeitar. Se montó sobre el coche y, apoyándose en las manos y las rodillas, examinó la parte superior de la cara de aquel hombre inconsciente. Tal como sospechaba sobre los ojos aparecía un corte profundo, del que muy lentamente brotaba la sangre, que iba empapándole el cabello. El hombre debió romper el vidrio al golpearlo con la cabeza. Introduciéndose por la cobertura, Paúl consiguió hacer girar la manivela de la ventana. Al principio se movía con dificultad, pero enseguida comenzó a girar libremente hasta que tropezó con un impedimento cuando había ya bajado dos tercios.

—Con esto basta.

Volvió a saltar al suelo y oyó que la mujer gritaba algo. En los momentos de conmoción que seguían a un accidente, la preocupación de uno de los cónyuges acababa por salir a la superficie. Con ambas manos hizo señal de que se calmara y se dirigió a Ferdie.

—No quiero moverlo hasta que le haya examinado la cabeza. Tráigame vendajes y la camilla dos.

A través de la ventana abierta, Paul palpó cuidadosamente el cráneo del hombre. No encontró señales de fractura, pero en postura afectada del hombre, en aquellas manos abiertas y rodillas separadas, en la evidente tensión del cuello había algo que le advertía la posibilidad de alguna lesión en el interior del cráneo.

La herida de la frente era importante. Era lo bastante baja para hacer temer que hubiera afectado la estructura de sustentación de los ojos. Al llegar Ferdie, Paúl cogió una gasa y cubrió con ella las cejas del hombre. Otra, más estrecha, utilizada para juntar los bordes de una herida, fue colocada sobre la maltrecha barbilla, una vez hubo sacado cuidadosamente todos los trozos de vidrio.

—Esto está mal, Ferdie. Deje la litera al lado del coche. Vamos a probar de sacarlo por el agujero de delante.

En los recuerdos de Paúl se había iluminado una luz intermitente que brillaba débilmente. De momento era demasiado tenue para identificarla.

Con considerables dificultades, pudieron arreglárselas para sacar al herido del coche y depositarlo sobre la litera. En este momento llegó otra ambulancia, a cuyo chófer se le dio orden de conducir a la mujer y a los niños al departamento de urgencias del Westfield.

—No lleven al conductor del camión —murmuró Paúl—. Lo último que ella querría en este mundo sería tenerlo sentado a su lado. Después me ocuparé de él.

El hombre que aparecía tendido en la litera ahora, visto a plena luz, parecía más joven. El olor a excrementos que exhalaba era muy intenso, incluso al aire libre. Paúl se agachó y le levantó uno de los párpados. Las pupilas estaban distendidas y en buenas condiciones; quizá no se habían dañado los ojos. Pero ¿qué era aquello, qué era aquel fuego fatuo indicador de algo? Cada vez más, a medida que aumentaba su experiencia en la labor con accidentados, Paúl reaccionaba frente a unos rasgos generales indefinibles, un instinto que era resultado de muchos indicios, combinados de manera específica. A esto, en su país, lo llamaban ver en las tripas, un sexto sentido que tiene el profesional cuando cuenta con una cierta experiencia.

—Llevémoslo a la ambulancia, Ferdie.

Mary Scott y Lester ya estaban dentro. Su paciente era una muchacha de menos de veinte años, bonita y con la piel fresca. Estaba inconsciente.

—Le he dado morfina —anunció Mary mientras se ocupaba de las piernas de la paciente, comprobando las férulas hinchables y asegurándose que la postura no era forzada.

—Fractura de las dos piernas. Afectado el fémur derecho, fracturas conminutas de tibia y peroné derechos. Fémur izquierdo afectado y me parece que hay una fractura de Pott en el tobillo izquierdo. Ha sufrido impacto en el pecho, pero me parece que no tiene nada roto.

Se volvió un momento y miró a Paúl.

—¿Ha visto a su acompañante?

—¿El del mini?

—Sí. El motor lo ha partido por la mitad —lanzó un suspiro—. Probablemente lo estaban pasando la mar de bien hasta que, de pronto, ¡pam!, y se acabó.

Paúl desabrochó la camisa del herido y comenzó a limpiarlo con torundas, quitándole los fragmentos de vidrio y secando la sangre. En el preciso momento en que se colocaba el estetoscopio en las orejas y cuando iba a decir a Ferdie que podía arrancar, aquella luz intermitente pareció aproximarse y comenzar a parpadear a ritmo más rápido y seguro. Miró un momento el cuello del hombre y quiso volver a abrocharle el cuello de la camisa. No pudo; el cuello del paciente se había hinchado apreciablemente. Paúl puso el estetoscopio sobre su pecho y escuchó. En la parte superior del esternón y en la base del cuello se apreciaba un ruido sistólico, un ruido anormal en el momento de contraerse el corazón. El cuadro iba completándose. Comprobó las pulsaciones de los brazos, que ahora aparecían alteradas, después pasó a las piernas. En los brazos había una presión alta. El paciente comenzó a quejarse, de pronto recobró el sentido; había pánico en sus ojos doloridos.

—¿Qué…? —se tocó los vendajes de la cabeza y de la barba y la boca se movió en angustiada mueca cuando fue palpando y sintió el dolor en su cuerpo—. ¡Oh, Dios mío!…

Miraba asustado, con desconfianza. ¡Ya lo tenía! La hinchazón del cuello, el ruido sistólico, el pulso desigual, todo aquello unido a aquel presentimiento. El mal que padecía aquel hombre no estaba en la cabeza, sino en el pecho. Presentaba todos los síntomas de desgarro aórtico. Aquella enorme bomba, aquel camino vital por el que circulaba la sangre, estaba roto.

—Ferdie, avise por radio al departamento de urgencias para que busquen a *mister* Greer. Dígales que llevamos un desgarro aórtico. Después de esto, diríjase al Westfield. Pero no demasiado aprisa.

La lesión era extremadamente grave y figuraba entre las que parecían ir en aumento en los accidentes de tráfico. En Wiltshire había ya podido determinarse que la tercera parte de la gente que moría en accidentes de carretera dentro de la zona había sucumbido a desgarros de la aorta. En un reciente accidente de carretera muy importante habían muerto de lo mismo cuatro de los nueve que perecieron. Paúl estaba al corriente de las dificultades que rodeaban a un diagnóstico preciso. Lo lamentable del caso es que, a menudo, no se sospechaba la presencia del mencionado desgarro hasta que la aorta cedía completamente y entonces ya era demasiado tarde.

Lestef aseguró las sujeciones de las puertas traseras e indicó al conductor que todo estaba a punto. Mary Scott echó un vistazo fuera y vio al conductor del camión, todavía sentado junto a su despanzurrado vehículo.

—¿Lo llevamos?

Paúl atisbo por la ventana. El hombre se encontraba derrotado, parecía incapaz de hacer otra cosa que renunciar a todo.

—Por supuesto. Dígale a Ferdie que lo recoja.

Paúl pensaba entretanto que la posición de aquel hombre érala peor y se quedó mirando un momento su figura indecisa, las marcas que iban apareciendo alrededor de sus ojos: un ser humano convertido contra su voluntad en asesino por culpa del pinchazo de un neumático.

Camino del hospital, Paúl sostuvo al paciente tendido del lado derecho, en una postura forzada y difícil, necesaria para reducir la opresión en el vaso lesionado. Mientras lo sostenía, explicó el caso a Lester y a Mary.

—La mayoría de los que padecen un desgarro de la aorta no tienen más que una hora o dos de vida, a menos que un cirujano competente pueda intentar la operación. Que yo sepa, en Westfield hace años que no ha habido ninguna intervención de desgarro aórtico. Ya pueden imaginarse por qué. Por supuesto, generalmente mueren por el camino o sin evidenciar los síntomas. Este hombre dispone de una posibilidad. Vuelve a estar inconsciente, pero esto obedece sobre todo a la conmoción y al golpe sufrido en la cabeza. Si *mister* Greer se encuentra preparado en el Westfield, me parece que nuestra primera salida constituirá un éxito espectacular.

En urgencias, se condujo al paciente con grandes precauciones hasta la antesala del quirófano. La muchacha herida fue trasladada al departamento de ortopedia, en tanto la jefa de enfermeras de la sección de accidentes, Bridget Clarke, preparaba el aparato de rayos X. Paúl pasó diez minutos redactando el informe, que entregó a una mecanógrafa. Primera misión terminada, pensó. Ahora podía considerar que, realmente, el sistema funcionaba.

En la cantina, tropezó de manos a boca con Edith. Iba cargada con un montón de libros y tenía una expresión preocupada mientras trataba de pasar por un estrecho espacio entre dos mesas, con una taza de café en equilibrio en la mano. Paúl pensó que en momentos como aquél tenía un aire excesivamente serio. Y sin embargo, su rostro abierto e inteligente sabía dulcificarse en la expresión más radiante cuando se olvidaba de su dignidad y aparecía a la superficie la muchacha que había en ella. Sus relaciones, que duraban desde hacía casi un año, habían adquirido un aire de casi domesticidad. Ella quería casarse, pero su indecisión en cuanto a llevar las cosas demasiado lejos se apoyaba en una sólida base. Paúl era muy obstinado y, si la apartaba de su lado, a Edith le iba a ser muy difícil encontrar otro hombre que encajase tan bien con ella. Desde el punto de vista de Edith, era muy posible que lo que había entre los dos fuera amor; desde el de Paúl, él se había encontrado en aquella situación sin buscarla, pero no hubiera etiquetado tan rápidamente de amor lo que existía entre los dos. Edith poseía todo un cúmulo de defectos, que únicamente podían ser eliminados mediante su química emocional, por lo que Paúl, en su manera objetiva de enfocar las cosas, anhelaba en su fuero interno o bien que Edith mejorase o que él se tropezase con otra chica antes de pararse a pensar realmente en su futuro de una manera estable.

—¿Le llevo los libros, señora?

Edith frunció de momento el entrecejo antes de reconocer a quien hablaba. Edith estaba siempre sumida en sus preocupaciones y la conciencia del ambiente que la rodeaba se abría paso siempre lentamente en ella incluso cuando se encontraba frente al hombre que creía amar. Cuando le sonrió, descubrió sus blanquísimos dientes, tan regulares que cierta vez Paúl pensó que eran falsos.

—Me he enterado que has hecho tu primera salida —le dijo, dejando que Paúl le llevara los libros y la acomodara en una silla.

Paúl se sentó enfrente de ella y se puso a hurgar en sus bolsillos en busca de cigarrillos.

—Sí. Un desgarro aórtico.

—¿Quién lo opera?

—Espero que Greer.

—También yo. Nadie más conoce la técnica.

—Es terrible —murmuró, encendiendo el cigarrillo y dirigiendo la bocanada de humo hacia las propias piernas—. Espero que el tío salga del

apuro, pero lo espero por el éxito de la ambulancia. Primero el trabajo. Es la verdad.

—Tú has cumplido trayéndolo. Tú has hecho tu trabajo. Además, supongo que avisaste, ¿no?

—Sí, avisamos antes.

—Pues, no hay nada que decir. El diagnóstico inmediato es tan positivo como el tratamiento de urgencia, a veces.

Edith le tocó la muñeca, una intimidad desacostumbrada ante la gente, dada la estricta observancia por su parte de las conveniencias públicas.

—Cualquiera de estos días vas a convertirte en el primer actor.

Él estudió su rostro y, mientras reflexionaba, con los párpados entrecerrados, aspiró profundamente el humo del cigarrillo. Aquella mujer era dos mujeres, una dentro y otra fuera; Ahora no había en ella ni rastro siquiera de aquella severidad y envarada dignidad que a veces se apoderaba de ella. Era una muchacha bonita, inteligente y aquel afecto y afabilidad que le demostraba parecía permanente. Paúl recordó aquella Edith tan diferente, que podía aplicar una compresa fría a la situación que fuese, tanto si estaba indicada como si no. En tales ocasiones sus ojos se fruncían y los músculos de la cara se le ponían tan tensos que, cuando hablaba, hasta se le movía la punta de la nariz. También variaba su manera de hablar y apretaba los dientes como si la fuerza que éstos tenían les viniera de estar en cerrada formación.

Juzgada a un nivel menos fantasioso, su dualidad no era sino el resultado de un conflicto. Había nacido con todas las cualidades físicas y mentales precisas para ser una mujer sin problemas, pero su educación, concebida para ensalzar el valor de los méritos personales y de una buena crianza, se había superpuesto a su personalidad natural; era algo que no se confundía con sus propios rasgos, sino que era totalmente ajeno, pero que quedaba agazapado dentro de ella y se adueñaba de su persona cuando se establecía contacto con el nervio que lo disparaba. Resultaba curioso comprobar el daño que puede hacerse a un niño cuando se le educa prescindiendo de las necesidades que presentan sus tendencias individuales. Sabía que Edith podía aceptar y aprobar cosas de las cuales su educación abominaría, pero se trataba de una aceptación impuesta a su conciencia, que escapaba a su control cuando se enfadaba o se sentía insegura.

La cuestión relacionada con Ernie Hale y su forma de comportarse en casa de Paúl el lunes por la noche era algo que, diplomáticamente, se había dejado a un lado. Lo que ocurría era que a Edith simplemente no le gustaba Ernie y tampoco le hubiera gustado aunque hubiera sido todo un caballero. Que fuera

un hedonista bebedor, lujurioso y maleducado, por lo menos daba a Edith una excusa razonable para abominar de él. Pero el verdadero motivo, como bien sabía Paúl, era que Ernie inquietaba a Edith. Ernie sabía exactamente qué cosas poblaban la mente de Edith en un determinado momento y a veces se anticipaba deliberadamente a sus pensamientos, lo cual para una persona dotada de la vanidad intelectual de Edith era algo sumamente incómodo. Paúl le prestaba crédito cuando ella le aseguraba que Ernie era un abusón, como aceptaba igualmente que afirmase que Ernie no era un hombre que ejercía el adecuado control sobre sus instintos. A ojos de Paúl, estas facetas convertían a Ernie en un ser humano más divertido. Era algo que, a fin de cuentas, se reducía a una simple cuestión de gustos: aquellas esposas que han sufrido en sus carnes las palizas de sus maridos sabrían decir de memoria por qué razones éstos podrían ser tachados de acabados sinvergüenzas, pese a que tal cosa muy poco tendría que ver con la elemental verdad de que aquellas mujeres generalmente están enamoradas de las criaturas que han convertido sus vidas en un infierno. Ernie, con sus verrugas peludas y todo, sería siempre un buen amigo de Paúl y, por mucho que éste hiciera, no conseguiría que le gustase a Edith.

—¿Qué hay de nuevo?

Paúl siempre preguntaba lo mismo —o cosa parecida e igual— mente fuera de lugar cuando veía que la suavidad del rostro Edith derivaba hacia aquel estado en que comenzaría ya a demoler poquito a poco aquel delgado tabique que preservaba los planes de Paúl para el futuro, quizá para el futuro de ambos.

Edith puso los codos sobre la mesa y lo miró pensativa.

—Todo va mal. Mister Madison crea problemas, aunque esto es habitual en él. Creo que, de todos modos, secundará mi recomendación sobre la cuestión de las flores en el departamento. Me ha dicho que él también tenía sus dudas sobre el particular.

Paúl la miraba con aire ausente. No tenía la más mínima idea del asunto acerca del cual estaba hablando Edith. Posiblemente le había hablado anteriormente de la cuestión, pero Paúl sabía abstraerse fácilmente cuando Edith comenzaba a desgranar sus entusiasmos siguiendo los vericuetos secundarios a la cirugía.

Edith estaba acostumbrada a los lapsos de memoria de Paúl, por lo que se lo explicó:

—Como sabes bien, las enfermeras se han mostrado siempre indecisas con respecto a la presencia de flores en las salas. Sus propiedades

fotosintéticas inspiran siempre desconfianza. Las flores pueden sintetizar sustancias químicas muy complejas a partir del dióxido de carbono y del agua, utilizando el sol como fuente de energía.

—Me puse al tanto del fenómeno cuando estudiaba botánica, Edith.

—Perdón. Pues bien, me he enterado de ciertas investigaciones americanas que hacen más inquietante la presencia de flores entre los enfermos. Parece que constituyen una fuente de contaminación. Se analizó agua del grifo en la que había habido flores durante tres días y apareció en ella un cultivo mezclado con bacterias gramnegativas. En el término de una hora producen una elevada cantidad de dichas bacterias. Según los investigadores de Miami, echar por el desagüe del lavabo el agua de un jarro de flores equivale a esparcir un caldo de cultivo de microbios de todo tipo en una sala de hospital.

—¿Qué ocurre si se deja el agua del grifo en un jarrón, sin las flores?

—Lo probaron. La cantidad de microbios fue baja, pero se disparó inmediatamente cuando pusieron las flores en el jarrón.

El juego de las pruebas teóricas era automático.

—¿Qué pasa si se pone agua destilada?

—Apenas hay diferencia.

—Por consiguiente, los familiares de los enfermos tendrán que expresarse a partir de ahora con flores de plástico. ¡Vaya, vaya! La ciencia está despojando la vida de su poesía.

Edith cruzó los brazos, manteniendo la firme presión que ejercía con los codos en la mesa.

—Me parece que *mister* Madison ordenará suprimir completamente las flores de las salas. Estamos haciendo unas pruebas en el laboratorio de patología y, si los resultados que se obtienen son parecidos a los americanos, la orden será eliminar las flores.

Paúl aplastó el cigarrillo en el cenicero. No fumaba más que las dos terceras partes de los cigarrillos, como una pequeña concesión a los que hacían campaña en relación con el cáncer.

—A Madison le encantará eliminar de las salas del hospital todo cuanto sea grato a la vista.

—No está bien que digas estas cosas. No es tan malo como esto.

Se había ruborizado, lo que sorprendió a Paúl. Pocas eran las cosas que podían alterarlos vasos sanguíneos de Edith. Se acordó de la breve conferencia que había dado Ernie sobre el rubor; la dio una noche después de haber estado bebiendo únicamente vino. Este provocaba siempre los mejores

resultados en las teorizaciones psiquiátricas de Ernie. El rubor era una reacción a una emoción demasiado intensa o demasiado inconveniente para ser expresada de otra forma. Esto era la condensación de diez minutos de conversación. Edith había expresado su opinión con respecto a que Paúl no era justo con *mister* Madison, por lo que aquello parecía revelar una emoción de Edith. Pero el rubor había aparecido como coletilla del comentario que había hecho. Por lo tanto, en virtud de una aplicación laxa de la Doctrina de la Conducta Humana, tal como la predicaba el profeta Hale, Edith sentía una cierta emoción en relación con su jefe que no consideraba apropiado mencionar. Como la consideraba una teoría divertida, Paul decidió llevar las cosas un poco más lejos.

—Es muy probable que esté resentido con las flores, Edith. Le molesta todo aquello que posee más inteligencia que él. Las flores sintetizan a las mil maravillas sin que nadie les haya explicado cómo hacerlo y, además, son más bonitas que *mister* Madison.

—Eres un crío.

Subsistía el rubor, pero su rostro estaba ya evidenciando señales de pasar nuevamente al estado de tensión.

—La realidad es que estás molesto con él porque te hizo la contra en lo de la ambulancia.

Además, estaba a la defensiva, pensó. ¡Vaya, vaya!

—No me importa lo más mínimo, preciosa. ¿Por qué he de preocuparme por un hombre viejo y acabado?

En el espacio de unos pocos segundos las cosas habían tomado mal cariz. El cambio era total. Edith se había incorporado, había sacado los brazos de la mesa y el rostro aparecía tenso. Todavía estaba ruborizada. Ernie, de haber estado presente, se hubiera frotado las manos y hubiera hablado de esquizofrenia. Hasta parecía que el cabello había cambiado. Paúl pensó que quizá fuera resultado de alguna experimentación de Edith para encontrar un peinado válido para sus dos personalidades. Con cierto sobresalto advirtió que, de surgir la necesidad, precisaría de muy poco esfuerzo para romper con aquella muchacha.

—Aunque te tengo por inteligente, a veces hablas como un estúpido, Paul. Mister Madison, cualesquiera que sean sus fallos, es un excelente cirujano y tiene suficiente carácter, suficiente cultura y suficiente sentido común para valer por diez de algunas personas que tú juzgas admirables.

—Me parece que volvemos a aludir a Ernie Hale, ¿no es verdad?

—¿Por qué no?

Edith controlaba la voz, que iba emitiendo al mismo tiempo que entrecortadas bocanadas de aire.

—¿Quieres comparar a aquella especie de brujo, empapado de alcohol, fornicador incansable, contra una persona de la talla de *mister* Madison? Prefieres la anarquía, ¿no es verdad? Tú mismo lo dijiste una vez: no quieres seguir los caminos trillados. Esto te adjudica algo en común con los gamberros del mundo.

Aquella explosión era como otras que se habían producido en otras ocasiones, pero el sesgo repentino que tomaba era algo extraño.

Lo que Ernie llamaba el componente *Sturm und Drang* del temperamento de Edith, aquello que la hacía lanzarse a sembrar libelos a su alrededor, normalmente se exponía por capas, siguiendo argumentaciones muy dilatadas. La costumbre que tenía Paúl de sonreír ante los reveses la sacaba siempre de sus casillas; sin embargo, costaba mucho, muchísimo, que ella iniciase el ataque directo contra él. Estaba seguro que Edith estimaba mucho a *mister* Madison. En cierto modo, era alentador comprobar que Edith tenía una debilidad que podía alcanzarse y activarse tan fácilmente. La debilidad y la humanidad eran elementos de una misma estructura.

—Supongo que por eso sales conmigo, Edith. Porque te gusta de vez en cuando un poco de violencia.

—¿Quieres acabar con tus imbecilidades?

—¡Cuidado, doctora! Piensa en la presión de la sangre.

Sentía la tentación de seguir aguijoneándola sobre su encendida defensa de Madison pero estimó que, de momento, era mejor reservarse el comentario. Edith nunca había demostrado tanta lealtad hacia aquel hombre. Como todos los demás médicos, solía quejarse de su jefe sin darle demasiada importancia y a veces había llegado a decir que la volvía loca. Pero esto era normal y, de haber tenido que reflexionar sobre el caso, Paúl habría considerado que la posición de Edith en relación con el médico consultor correspondía a un trato rutinario. No recordaba que Edith hubiera dicho nunca demasiadas cosas sobre Madison, aparte de algún comentario esporádico. En la capacidad de Paúl como cirujano había algo relacionado con la satisfacción que sentía al comprobar situaciones impredecibles. Volvería sobre aquel asunto.

Entretanto había que conseguir que Edith volviera a calmarse. Generalmente lo lograba empujándola hasta el punto de hacerle sentir pánico, pensando que iba a romperlas amarras; después se dejaba llevar a rastras de nuevo hacia atrás, libre ya de enfados.

—El sábado por la noche doy una fiesta en casa.

El cambio de tema era una sorpresa para ella. La naturaleza de la noticia exigía un departamento diferente para su indignación.

—¿Otra? —y, al decirlo, movió la cabeza de aquella manera que, en las películas, la mueven los médicos cuando quieren indicar sin palabras que no hay nada que hacer—. Estás decidido a acabar contigo, ¿no es esto?

Aquél era el punto exacto que él aprovechaba para tirar de la cuerda.

—No tienes obligación de Venir, Edith. No estás sujeta con cadenas, ¿lo recuerdas? He invitado a los del equipo, queremos celebrarlo un poco. Si te parece insoportable, olvídate de la fiesta y asunto concluido.

La tensión comenzó a desaparecer de su rostro y en su mirada, ahora más suave, asomó la cautela. Paúl, entretanto, se mostraba despreocupado hasta un extremo teatral, se sacudía una mota de ceniza de la manga, miraba a su alrededor y saludaba con la cabeza las caras conocidas. Era una especie de comedia, con la que no pretendía engañarla. Paul, ya antes de cumplir los veintitrés años, había descubierto que ciertos tipos de mujeres, particularmente aquellas que se precian de su percepción, acostumbran a reaccionar más frente a gestos calculados o exagerados que frente a signos menos acentuados de amor, odio, satisfacción o indignación genuinas. Aceptaban el mensaje por lo que es realmente: una comunicación fruto de la ira que necesita atención urgente.

—He fallado otra vez.

Lo dijo en voz muy baja, inclinando la cabeza y mirándolo con los ojos levantados.

—Te he hecho enfadar, ¿verdad? Cuando me pongo así, en realidad no tengo malas intenciones, Paúl. Me he excedido.

Paúl esbozó una sonrisa, que pretendía parecer forzada.

—Olvídalo. Digamos simplemente que la culpa es de los dos. La generosidad en estas circunstancias siempre la hacía polvo.

—No, la culpa ha sido mía. No sé por qué, pero trato de hacerte diferente cuando, en realidad, estás muy bien cómo eres. Un gamberro no conseguiría que bautizaran con su nombre un servicio de urgencia.

De nuevo Paúl sintió la tentación de hacer alguna observación irónica a costa de Madison. ¿Qué pensaría Madison del nombre que se había dado a aquel servicio? Acababa de ocurrírsele la pregunta. Que Paúl supiese, no había ninguna fundación, ningún pabellón del hospital, ninguna pomada siquiera que llevase el nombre de Henry Madison. No es que aquel hombre careciera de capacidad; lo que pasaba era que no había aprendido a frenar su

reserva inglesa en el punto en que podía interferirse con su promoción. Pero ya bastaba de aguijóneos. Edith volvía a estar a raya y así es cómo la quería para el futuro.

—¡Venga, olvidémonos de la pelea! ¿Vas a venir a la fiesta?

Pero, ante su sorpresa, Edith movió la cabeza negativamente.

—No, no puedo. El sábado no me es posible. De haberlo sabido antes, Paúl…

—Hubiera debido avisarte. Lo siento.

Edith no daba ninguna explicación. Paúl, lo veía, lo sentía. Aquello constituía otra circunstancia que se salía de lo habitual. Edith siempre se excedía en razones cuando no le era posible acudir a una cita con él. Siempre. Ahora era ella la que miraba en derredor para hacer el número de saludar con la cabeza a los conocidos y era evidente que se sentía incómoda. Paúl se sorprendió al notar que le invadía una curiosidad no totalmente exenta de celos. Pero no pensaba hacerle preguntas. Para compensar, prefería encontrarse con un *mister*io que miraría de desentrañar a su manera. En conjunto, aquél había sido un día completo.

El comunicador comenzó a dar señales cuando Paúl estaba pensando qué podía hacer: irse o quedarse y tomar un café.

—Ya lo ves… —hubo de decirle a Edith y, al pronunciar estas palabras, le apretó el hombro y se encaminó hacia la puerta.

Al atravesar las puertas de la cantina llevaba en él la imagen de la expresión de Edith al separarse. Era afecto, auténtica simpatía, pero evidente alivio de que él, finalmente, se marchara.

5

La aorta es una gran arteria que sale del corazón y que, a través de sus ramificaciones, hace llegar la sangre al resto del cuerpo. Se alza en una curva flexible desde el ventrículo izquierdo y desciende a lo largo de la línea marcada por la columna vertebral, a la que se encuentra fuertemente unida a partir de un punto adyacente a la cuarta vértebra torácica.

En los accidentes de automóvil es frecuente que la aorta se desgarre como consecuencia del movimiento brusco como un latigazo que experimenta la parte móvil superior, que se rasga debido a la resistencia ofrecida por la parte inferior trabada. Cuando se produce este desgarro —un desgarro profundo que penetra hasta las capas fibrosa, muscular y endotelial que forman la arteria— la sangre destinada al resto del cuerpo comienza a inundar la cavidad del pecho. En el momento más inesperado la aorta puede dividirse completamente, sin previo aviso, y la muerte se produce de forma fulminante.

Las víctimas de desgarros aórticos acostumbran a ser, aunque no siempre, conductores que han sufrido colisiones frontales, A veces se da el caso de que las víctimas sean pasajeros del coche, sobre todo cuando se sujetan con cinturones de seguridad. Sea quien fuere la víctima y sea cual fuere la forma de tratarla, se encuentra en peligro de muerte hasta que un cirujano competente, especializado en el tórax, interviene y trata de evitar lo inevitable.

El paciente de Paul Avery estaba sobre la mesa de operaciones a los diez minutos de su llegada al hospital. Mister Leonard Greer, cirujano especialista en el corazón, se encontraba a pocos quilómetros de distancia del hospital cuando recibió la llamada de urgencia. Despachó en un momento la operación relativamente sencilla que tenía entre manos en la clínica de la localidad y salió en coche hacia Westfield, llegando al hospital antes que la víctima del accidente.

Con anterioridad había realizado otras reparaciones de la aorta, si bien la experiencia que tenía de esta clase de operaciones no le infundía una gran confianza. Se contaba con un procedimiento establecido, preñado de

complicaciones secundarias claramente predecibles, pero la dificultad absoluta de aquella tarea la situaba en el dominio de las operaciones que Greer calificaba de desordenadas. Con todo, pertenecía a esta clase de hombres que conservan siempre una línea de enfoque estrictamente práctica y no dejan traslucir nunca la más mínima falta de confianza. En un quirófano la moral se encuentra sobre todo en manos del cirujano y *mister* Greer estaba consciente de su responsabilidad.

Se colocó al paciente más o menos en la misma postura en que había sido trasladado al hospital. Apoyado a medias sobre la espalda y sobre el lado derecho, fue colocado cuidadosamente, con el brazo izquierdo cruzado sobre su rostro, para dejar totalmente expedito el lugar por donde había que operar. Primero se procedió a practicar una amplia incisión entre la tercera y cuarta costilla, que se mantuvieron apartadas mediante un separador. Los ojos de *mister* Greer captaron las expresiones de desaliento de su joven ayudante y de la enfermera del quirófano. Había sangre por todas partes, todo un mar palpitante que había arrasado cualquier señal de situación y que seguía moviéndose al ritmo de la pulsación aórtica.

—Tendré que trabajar como los ginecólogos Victorianos.

El ayudante pareció no haber comprendido, pero la arruga que se formó en la esquina del ojo de la enfermera jefe le indicó que ésta sí había comprendido. En los tiempos de la modestia exagerada, cuando un médico quería examinar las partes íntimas de una mujer debía hacerlo metiendo las manos a través de un agujero practicado en una sábana, sostenida por una enfermera, que de este modo impedía la visión sagrada de las partes pudendas de la paciente. Coartado de la misma manera, *mister* Greer tenía que escudriñar con dedos que los guantes que los cubrían convertían en torpes e insensibles, moviéndose literalmente a tientas, aquello que era objeto de su búsqueda, oculto a su mirada por un charco de sangre cálida y oscura.

Para localizar la curva de la aorta, debía empezar por ir disecando la arteria subclavia izquierda, ramificación que conecta con la aorta en el punto en que se dirige a la izquierda y después enfoca hacia abajo por detrás del corazón. Tras desprender la subclavia de los tejidos que la rodeaban, con extremo cuidado y procediendo a pequeños pasos, *mister* Greer acabó encontrando que sus dedos rodeaban la masa del arco aórtico. Pasó entonces una cinta alrededor de la parte superior de la aorta, a fin de tener una medida de control, y aplicó un clamp en la arteria. A continuación disecó la parte inferior de la aorta, desprendiéndola del tejido que la rodeaba, y aplicó igualmente un clamp en esta parte. Ahora había quedado realmente taponada

la parte lastimada de la arteria, por lo que el paso inmediato debía ser procurar una circulación secundaria a fin de que la sangre pudiera seguir circulando desde el corazón al extremo inferior de la aorta; más allá del punto donde había quedado taponada.

—A costa probablemente de bastantes vidas humanas, hemos aprendido que la derivación de la circulación es algo sumamente importante —dijo Greer, tanto para aminorar la tensión general reinante como para comunicarles su opinión—. Si el riñón se queda sin su ración de sangre, aunque sea por un espacio de tiempo muy breve, el daño causado suele ser irreparable. La médula espinal, sin sangre, queda también muy malparada. La disminución del flujo sanguíneo puede provocar igualmente la trombosis de las arterias espinales y sabe Dios que ya tenemos bastantes problemas que resolver.

La circulación secundaria consistía en poca cosa más que en un tubo ingeniosamente concebido. Primero se aplicaban suturas al ventrículo izquierdo del corazón y a la aorta descendente; después, en el centro de las zonas suturadas, se hacían unos pequeños cortes por los que se introducían los extremos del tubo de circulación extracorpórea. Se eliminaba el aire del tubo y la sangre podía ya circular, completándose nuevamente la circulación y dejando la zona afectada de la aorta libre para ser reparada.

La lesión era extensa.

—Se sostiene por un hilo.

Mister Greer hizo un movimiento con la cabeza, como perdido en la admiración que a menudo se apoderaba de él al contemplar una artería o un órgano malparados pero que, como por arte de magia, seguían funcionando y manteniendo el cuerpo con vida.

—Me temo que tendremos que recurrir al dispendio que supone un injerto, enfermera.

Pese a no ser otra cosa que un tubo corto de dacrón tejido, el injerto aórtico resultaba sorprendentemente caro. Mister Greer sabía de casos en que, por haber muerto el enfermo una vez efectuado el injerto, se había procedido a retirar éste para conservarlo y poderlo aplicar a otra persona.

—En este caso estamos de suerte —dijo a su ayudante—. Por debajo del desgarrón queda aproximadamente un centímetro y medio de aorta que servirá de base para poder coser. A veces no tenemos nada que permita proceder al injerto.

Mientras se disponía a preparar la arteria para hacer el injerto, guiñó el ojo a la enfermera.

—Un día se encontrará la manera de incorporar el plástico a la estructura genética de los seres humanos. Entonces estaremos en condiciones de soldarnos nuevos miembros.

Se incorporó el injerto sin problema ninguno, se recosió la pleura mediastínica y se eliminó la circulación extracorpórea; al hacer esto, fue necesario tan sólo tirar de los extremos de los puntos de sutura y se cerraron los pequeños agujeros. Se desecó el pecho del paciente y se procedió a cerrarlo.

Al poco rato, *mister* Greer iba al encuentro de Paul Avery, el cual se encontraba en el departamento de accidentados cosiendo el labio superior de un niño que había recibido en la boca una patada de un compañero que tenía por amigo suyo. Paúl terminó el trabajo y pasó con Greer a la sala de recepción, ansioso de saber cómo había ido la operación.

—Me parece que podemos afirmar que vivirá. Quiero felicitarle.

Paúl adoptó un aire sorprendido.

—¿A mí? Tengo que devolverle el cumplido. Considero que se trata de una operación muy delicada.

Greer sonrió.

—Más delicado es el diagnóstico. Usted sabe tan bien como yo que muchos heridos se han desangrado en la camilla sin que nadie supiera de qué había sido. Si la operación de reparación debe convertirse en medida corriente, habrá que mejorar el diagnóstico que se hace sobre el terreno.

Y frunció el entrecejo.

—¿Qué le hizo pensar que se trataba de un desgarro?

Paúl se encogió de hombros.

—Fue una combinación de pequeñas cosas. Aunque lo supe antes de comprobarlo. Lo sospechaba antes de saberlo, si es que me entiende lo que le quiero decir.

—Por supuesto que lo entiendo. Más de lo que cree. Doctor Avery, de vez en cuando me han llegado comentarios sobre su fama y considero que debo acompañar mi felicitación con mi más modesta excusa.

Su rostro evidenciaba rasgos de inteligencia y de sentido del humor y en estos momentos sonreía levemente, como si fuera a confesar algo que únicamente una persona profundamente honrada es capaz de confesar.

—Lo había puesto en mi cuadro de tipos humanos catalogándolo como valor sensacional pasajero. He conocido a personas de esta clase. Gente lista, siempre preparada para saltar, cargada de energía. Mi teoría es que esta clase de gente desperdicia una parte de su capacidad. Gastan la energía física y

mental de que disponen para una vida en sólo un par de años. Después, se estrellan para el resto de su vida. Lo había etiquetado como una de estas personas. Me había enterado de cómo solía discutir en los seminarios y reuniones de la facultad, había leído las notas de su conferencia sobre el tratamiento de urgencia de las heridas abdominales y visto los filmes educativos que usted había preparado para las enfermeras. Todo sumamente encomiable, aparte de que une a su capacidad profesional una personalidad agradable. Pese a todo ello, podía ocurrir que usted fuera un…

—¿Un camelo?

Greer se echó a reír.

—Sí, un camelo. Sin embargo, hay ciertas cosas que sólo puede hacer un médico o un cirujano excepcional y que no haría nunca un camelo. El diagnóstico que usted ha hecho hoy constituye un ejemplo de lo que acabo de decir. Demuestra que posee un instinto de la profesión que va más allá del talento por lo superficial y por lo aparente. Ahora comprendo por qué hace las cosas como las hace.

Paul se sentía desconcertado.

—¿Sólo por un diagnóstico ha variado la opinión que se había formado de mí?

—Era un diagnóstico muy especial —y Greer le tendió la mano—. He tenido sumo gusto en conocerlo, de veras, doctor. Y debo añadir que su ambulancia será un gran éxito si lo ocurrido hoy debe servirnos de muestra.

A los pocos minutos de haber salido Greer, Ernie Hale llamaba por teléfono al departamento de urgencias para preguntar a Paúl si hacía alguna cosa especial aquella noche. Paúl le dijo que estaba libre y a continuación le puso al corriente de lo que le había dicho Greer.

—Ten mucho cuidado, Paúl. Las puertas no son tan anchas cómo crees. No te sientas satisfecho de la ambulancia hasta que venga Madison a estrecharte la pata y te diga que eres un buen muchacho.

—Exageras con tanto insistir en esto, Ernie.

Empezaba a cansarse de Madison. Adondequiera que fuera siempre veía culebrear su nombre y siempre había alguna advertencia o algún *mister*io relacionados con él.

—¿De veras? Lo único que te digo es que vigiles este sector. Soy infalible en cuanto a oler a la gente. Ya lo sabes.

—Está bien, está bien. Te veré esta noche.

Colgó el auricular y regresó a la sala de curas. La ambulancia estaba siendo un éxito. Esto era lo que había que tener presente. ¿Quién podía

levantarse contra una cosa tan formidable sin tener, al final, que claudicar?

Katie Madison se daba cuenta de que, para mucha gente, su amigo Andy era un tipo extraño. Esto, sin embargo, no la refrenaba ni le hacía pensar que hubiera que tener en cuenta la opinión de los demás ni aceptar lo que éstos pudiesen considerar normal ni deseable. En realidad, lo que ocurría era que Andy era diferente en todos los demás aspectos, por lo que probablemente su rareza era una consecuencia lógica. Al buscar una palabra que resumiese el inventario total de sus características, se decidía por aquélla. Esto era él, decididamente.

Katie no había estado nunca en la habitación de Andy. Este le había prometido muchas veces que un día la haría subir, pero nunca había tenido ocasión. Su patrona era de las que no gustan que sus huéspedes reciban visitas en la habitación. Solía salir dos noches por semana y, como elegía estas noches al azar, de momento no había coincidido con los días en que Katie se encontraba con Andy. Y ahora, finalmente, había llegado aquel día en que ella, sentada en la cama de Andy, admiraba con maravillados ojos la extraña colección de artefactos malcasados que componían el ambiente de su amigo.

Era muy importante ver cómo vivía un hombre, sobre todo si vivía por su cuenta. Precisamente antes de conocer a Andy, antes de aquella gran noche en la discoteca en que se había dirigido a Katie, vestido con su uniforme, y le había hablado de aquella manera confidencial tan apropiada de él, con su voz gutural, había salido con un muchacho que le había hecho creer que era un tipo experimentado, que parecía conocer el terreno que pisaba. Sin embargo, cuando Katie había ido a la cama con él, había resultado que no era más que un producto artificial de sus propios delirios. Las paredes de su cuarto estaban cubiertas de fotografías de mujeres provocativas y de recortes de revistas populares, entre las que incluso había una ampliación en papel brillante del equipo de fútbol de Chelsea. En aquella habitación no estaba él, sino únicamente las sombras de los ídolos lamentables a que él recurría para llenar las lagunas de sil propia personalidad. Lo primero que Katie exigía en un hombre era la personalidad. No hay duda que contaban otras cosas pero, sin la personalidad, no eran nada, no servían para comunicarse. La personalidad única de Andy estaba rodeada por un áurea fantasmal de intereses que casi no podían mencionarse. A su manera colorista de definir las cosas, Katie decidió que su habitación era una sorprendente réplica del interior de su cabeza.

Mientras dejaba que el cuarto fuese penetrando en ella, Andy preparaba unos zumos de naranja para contrarrestar la fase de sequedad de boca que produce el porro que se pensaban fumar a continuación.

—¿Qué te parece el antro, nena?

Hablaba dándole la espalda, midiendo cuidadosamente las cantidades de concentrado de fruta y de agua, como si estuviera siguiendo una complicada fórmula química.

—Te lo diré dentro de uno o dos minutos —respondió Katie.

Andy se reía a veces de las preocupaciones artísticas de Katie, pero cuando ésta evidenciaba signos de misticismo en algo que podía afectar a sus mutuas relaciones, rara vez discutía sus opiniones.

—Hay tanta cosa que ver…

En efecto, había mucho que ver y el problema principal consistía en relacionarlo todo. Aquel lugar podía haber sido la guarida de doce personas diferentes, tan variados y contrastados eran los elementos que la componían.

El camastro donde ella estaba sentada, por ejemplo, parecía encerrar algún sentido que rebasaba su humilde función. Estaba lleno de bultos, crujía, pero en cambio estaba cubierto con lo que a primera vista parecía una manta turca tejida a ganchillo, un enorme rectángulo de lana que se arrastraba hasta el suelo por los cuatro costados. En el centro del dibujo que formaba el tejido, en el lugar donde se apoyaría la espalda, aparecía tejida en lana verde, bastante ilegible, la palabra PURIFICACIÓN. Aquella misma breve orden, o quizás imploración, se veía escrita en un gran rectángulo de cartón de color naranja, fijado sobre el lavabo con chinchetas. Las paredes estaban pintadas de negro mate y el suelo cubierto por una docena de tipos de alfombra, procedentes de un muestrario comercial, cosidos entre sí. Sobre la cama, que era estrecha y lucía encima un cobertor negro de nylon, había un enorme poster americano que reproducía la fotografía de una muchacha negra desnuda, con la cabeza echada para atrás, puesta en cuclillas y con una gallina viva aprisionada entre las piernas. En la pared que Katie tenía enfrente se veía un largo estante de libros, sin pintar. Reposaban en él unos pocos libros y cientos de revistas, además de rollos de películas y de un proyector de ocho milímetros. Debajo del estante, un jarro de latón indio, bastante maltrecho, descansaba sobre una pila de álbumes de discos de Rock and Roll. Frente a una máscara vudú simulada había una mangosta disecada y, al lado de la puerta, un severo paraguas cerrado se apoyaba contra una figura de yeso de tres al cuarto que representaba un muchacho comiendo cerezas. Pero lo que más llamó la atención de Katie fue la colección de reproducciones

fotográficas. En contraste con las fotografías de mujeres provocativas que había visto decorando la habitación de otros muchachos, aparecían colocadas en las paredes sin orden ninguno y en ellas no era posible detectar un tema concreto.

La más grande era una reproducción del Cristo de San Juan de la Cruz, obra de Salvador Dalí. El resto eran postales, recortes de periódicos y revistas. Una representaba un niño, rodeado de un ambiente extremadamente romántico, recogiendo flores. Otra reproducía la imagen de un soldado de Biafra, tumbado al borde de un camino, con la cabeza destrozada por un proyectil. Sobre éstas se veía una fotografía en sepia de Mister Universo en el momento de su coronación y a continuación tres fotos de una colegiala en diferentes fases del proceso de desnudarse. Se veían también escenas de batalla, retratos convencionales de hombres de Estado, una postal enmarcada de la reina, recortes de tigres muertos, una pintura de Norman Rockwell que representaba a tres reclutas felices, un niño con un racimo de globos, una muchacha huesuda con una aguja de sombrero hundida en la mejilla, un perfil de John Wayne, un anuncio publicitario de naranjas, una anciana encendiendo una vela en una habitación llena de relucientes objetos de bronce y de cobre, un hombre que sangraba por la nariz, un conejo color de rosa con una cinta verde en el cuello y la fotografía de un huevo. Katie miró todas aquellas fotos una por una, al igual que otras que había en la pared de detrás de ella. Le gustaba aquella sensación de *mister*io, aquellas ristras de reproducciones que implicaban una unidad pero que, al mismo tiempo, desafiaban cualquier análisis. Resultaba extraño también que, aparte de unas pocas imágenes eróticas, ninguna parecía distinguirse particularmente ni parecían tener suficiente interés para que nadie se tomase la molestia de fijarlas en la pared con fines decorativos.

Andy se apartó del lavabo y puso los dos vasos en el suelo, delante de la cama. Tenía alrededor de veinticinco años, la piel grasienta y los ojos bordeados de rojo. A la luz macilenta que venía de una bombilla del techo, tenía el aspecto de un preso cansado y sucio. Llevaba pantalón vaquero y una chaqueta de cuero muy deslucido, se había desabrochado la camisa hasta la cintura y mostraba un tatuaje más arriba del ombligo. Representaba un águila azul claro con las alas desplegadas, que llevaba asida en las garras una especie de pequeño estandarte en el que figuraba, el nombre Toni. Andy tenía unos dedos bastos, con las uñas raídas y astilladas. Pero a Katie le gustaban, le recordaban un poema que había leído cierta vez sobre las manos de un obrero en las que éstas se describían como «desastradas salvadoras del mundo

que conocemos». Andy, dicho sea de paso, no creía en el trabajo, pero esto no significaba nada. En esencia, su presencia física era tan elocuente como la de cualquier obrero auténtico.

—¿Te gusta la galería?

Se sentó a su lado y le oprimió cariñosamente la rodilla.

—Me produce un efecto muy extraño —admitió Katie—. Pero de todas maneras, me parece que no la entiendo del todo.

Andy hizo un gesto frívolo con la mano indicando a su alrededor.

—Todo esto es mi persona, nena. Todas esas cosas tienen un efecto en mí. Claro que no está aquí todo.

Y le guiñó el ojo, maniobra que le costaba lo suyo, ya que al cerrar un ojo, casi cerraba el otro también.

—Yo no creo en la exhibición, ¿entiendes? Las fotos las pongo para mí. Y lo demás… —y señaló bruscamente con el pulgar una caja de hojalata, muy deslucida, cerrada con un candado, que tenía junto a la cama—… lo demás es como un entretenimiento.

Katie estaba subyugada ante su inventiva. Era tan original que todos sus antojos la cogían por sorpresa. Imaginaba vagamente qué podía guardar en la caja. Seguramente algo que cortaba el hipo. La tenía acostumbrada a lo inesperado. Andy se saltaba siempre las barreras de la normalidad, por lo que Katie había acabado por comprender que éste era el motivo de que disfrutase saliendo con él. Todo cuanto había de visible en Andy se salía de lo común, por consiguiente, si Andy tenía algo cerrado bajo llave, debía tratarse de una cosa verdaderamente sensacional.

Encendió el cigarrillo y lo pasó a Katie. Esta dio tres breves chupadas y, antes de expeler un penacho de humo, lo retuvo un buen rato. Aquélla sería su tercera experiencia de grifa, mejor dicho, de mierda, como le había enseñado a llamarla Andy. La primera vez había tomado demasiado y la reacción —angustia, pérdida de control de los miembros, malestar general— la asustó. Pero Andy le había insistido en volver a probar y entonces había sido maravilloso, había sabido qué era despersonalizarse y había comprobado que las sensaciones físicas se acentuaban hasta un punto en que el placer resultaba casi insoportable. Notaba ya aquel sabor familiar del humo, precursor del momento de emprender el viaje. Katie le volvió a pasar el cigarrillo y Andy se lo puso en los labios, haciendo una exhibición de su técnica. Tras unas pocas chupadas, le preguntó:

—¿Has tenido dificultades para salir?

Katie negó con la cabeza.

—No, ninguna. He hecho llamar a Anna, que le ha pedido a tía Amy si me dejaba ir a su casa para ayudarla en las matemáticas. Así de fácil.

Reprimió una sonrisa. Su belleza, verdaderamente excepcional, contrastaba fuertemente con el aspecto ordinario y agotado de su compañero.

—Veo que te lo has puesto —dijo Andy, mirando de reojo la ropa que ella llevaba.

—Tal como tú me lo pediste.

Ella no hubiera elegido aquella ropa. Pero Andy insistía en que lo excitaba. En realidad aquella ropa la ayudaba, porque era menos probable que su tía sospechase lo que ocurría si Katie abandonaba la casa llevando ropas que, en su opinión, mermaban su feminidad. Una camisa blanca, una corbata de colegiala, una falda corta de color gris, calcetines blancos hasta el tobillo y zapatos planos negros, es decir, la indumentaria en que iba metida toda la semana. Por razones que sólo él conocía, a Andy le atraía Katie vestida de aquella manera, Katie poseía unos magníficos conjuntos, e incluso hubiera preferido llevar unos vaqueros descoloridos y un polo antes que aquel uniforme, pero tenía que ir ataviada con aquella, porquería de traje porque su hombre la prefería así.

—Quedas maravillosa.

Exhaló otra bocanada y le pasó nuevamente el porro. Mientras Katie volvía a dar una chupada al húmedo pucho, Andy se puso de pie y se dirigió a la caja. Sacó un manojo de llaves y encajó una en el candado.

—Voy a mostrarte unas cuantas cosas excitantes, muñeca, Hasta ahora, nadie había puesto sus ojos sobre estas cosas.

Tras levantar la tapadera y hurgar dentro un momento, sacó unos sobres. Volviendo a la cama, los dejó sobre su regazo.

—Dime qué te parecen.

Andy terminó el pitillo mientras Katie revisaba la colección. Era una colección de fotografías brillantes, más de cincuenta. No eran lo que ella esperaba. Andy le había mostrado algo de pornografía en alguna ocasión y ella se las había arreglado también para procurarse algunas muestras de este género. Pero estas fotografías no despertaban nada en ella, incluso la desconcertaban más que las fijadas en las paredes. Había un tema que se iba repitiendo; era ya algo, pero se trataba de un tema totalmente corriente. Motocicletas. Docenas de motocicletas, todas hechas puré. En toda la colección no había una sola que estuviera íntegra. Las miró todas por dos veces, trató de captar todos los detalles de aquellas «Harley Davidsons» aplastadas, de aquellas «Triumphs» deformadas, de aquellas «Yamahas»

retorcidas y su confusión iba en aumento al tiempo que notaba que la grifa iba afectándola.

—No lo entiendo —dijo finalmente.

Andy aplastó la humeante colilla del porro y sacudió la cabeza con aire contrariado.

—Creía que calabas estas cosas.

Volvía a coger las fotografías y lentamente fue colocándolas de nuevo en los sobres.

—Son fotos de la poli, ¿sabes? Birladas de los archivos, todas.

Katie notó que Andy comenzaba a enfurruñarse. Frenéticamente trató de recordar alguna ocasión en que hubieran estado hablando de motos escacharradas. Era un tema un tanto trivial para poderlo recordar ahora de repente, pero no le fue posible encontrar ningún dato en sus recuerdos.

—En serio, Andy… si pudiera recordar que alguna vez…

—¡Mátalo ya!

Andy arrojó los sobres al suelo y se cubrió los ojos con una mano. Katie lo miraba, temiendo que pudiera caer en uno de sus largos silencios. Cuando adoptaba aquella actitud, ella no sabía qué hacer. Tenía la sensación de que la habían expulsado de su casa.

—Por favor, Andy…

—Por favor, ¿qué? No me jodas…

—Quizá no lo haya captado. Lo de las motocicletas… quiero decir que no me acuerdo de haber hablado de motocicletas, tú nunca me has dicho nada en absoluto sobre motocicletas. De veras.

Andy apartó la mano y la miró. Tenía un aire ceñudo y petulante y, como el efecto relajador de la marihuana comenzaba a agudizar la conciencia de Katie, ésta veía hasta el menor componente de la expresión de Andy: los diminutos músculos de los bordes de la boca tiraban de los labios hacia abajo, sus ojos eran anchos pero los párpados inferiores permanecían tensos, las aletas de la nariz estaban dilatadas. Cuántas cosas se ponían en juego para dar al rostro una expresión de disgusto, pensó Katie. Tenía que importarle mucho, puesto que se tomaba tanto trabajo.

—La última vez —refunfuñó Andy—, cuando estábamos en mi coche…

—¡Ah! —de pronto había recordado—. ¡Choques! Hablamos de choques y tú dijiste que te excitaban…

—Y tú también dijiste…

—Lo sé, lo sé —añadió Katie al momento, ansiando arreglar la situación —. Pero yo me imaginaba los choques, Andy. Choques con personas, choques

en acción. Yo te dije que lo que me excitaba a mí era esto.

Katie observó el rostro de Andy para ver si había cambiado algo. En realidad, la idea aquella vez había partido de él. Estaban haciéndolo en el coche y él había comentado que sería fantástico estar haciéndolo en el momento en que el coche chocaba. El poder de Andy para influir en sus pensamientos era extraordinario. Después de unos pocos minutos de fantasías verbales, Katie había podido responder al erotismo retorcido que él conjuraba. Era algo parecido al masoquismo, que Katie entendía muy bien. La idea de verse precipitada entre el metal y el vidrio estando en las congojas del éxtasis sexual era una cosa que la atraía terriblemente; no es que a ella le gustase verse en tal situación, por supuesto, pero ser testigos de ella, imaginar la sangre y los huesos al romperse y las violentas posturas de los cuerpos en contacto con el metal retorcido era una cosa que la excitaba salvajemente. Andy le había dicho que había pensado mucho en estas cosas… llegó incluso a insinuarle que cierta vez había tratado de estrellar el coche, sólo para sentir el complicado placer que detectaba en aquel acto. Las fotografías de los resultados de un choque, aquellas consecuencias estáticas no tenían relación alguna con lo que Katie sentía.

—Lo siento, guapa —Andy pareció relajarse y le tocó la pierna—. Creía que hacías comedia.

Agradecida, Katie se acercó a él y lo besó, al tiempo que olía aquel perfume de almizcle que había en su sudor, mezclado con otro olor más denso que subía también de su camisa.

—Yo no hago nunca comedia contigo, Andy. Deberías saberlo. ¿De veras que las fotos te hacen algo?

Por toda respuesta, Andy atrajo bruscamente la mano de Katie al bulto de la bragueta.

—Siempre, siempre me pongo así. Aunque esta vez no es por las fotos.

Katie acercó su boca al oído de Andy, dejando la mano donde se encontraba.

—Tendré que preguntarle a mi tío si en el hospital guardan fotografías. Tendrían que llevarte en la nueva ambulancia que han inaugurado, ¿te gustaría?

Katie bromeaba, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que Andy la escuchaba atentamente. Era evidente que era de los que disfrutan escuchando. Ya se lo había dicho y, además, ella lo había podido comprobar. Katie cerró ligeramente los dedos al tiempo que notaba cómo iba en aumento, debajo de la palma de la mano, aquella tensa dureza.

—Imagínate por un momento, una montaña de cuerpos, uno sobre otro, cubriéndolo todo, y tú allí en medio, tocando, mirando…

Andy lanzó un gemido. Oh, ahora Katie estaba pensando que Andy era algo extraordinario y también ella comenzaba a sentir un delicioso calor, se sentía llena de una poderosa gratitud que había partido de la decisión de él de perdonarla, que abarcaba todas las cosas que él le había enseñado, todas las sensaciones y gustos que había despertado en ella y que iba alimentando. Aquel Andy suyo sobrenatural, su oscuro ser de las sombras, figura tan romántica como todos sus héroes anteriores, pero con un atractivo más: su sensualidad, sus tentadoras pinceladas de maldad.

Andy se apartó de ella, se recostó en la cama con las piernas extendidas y la mirada clavada en el cuerpo de Katie. Esta sabía en qué estaba pensando, sabía qué contemplaba, porque se lo había dicho muchas veces. Katie, navegando ya plenamente en la marihuana, la lengua pegada al paladar —alto y seco, como decía Andy—, alcanzó el zumo de naranja y tomó un rápido sorbo, humedeciéndose los labios y la garganta. Colocó el vaso en la boca de Andy y éste bebió la mitad, entre suspiros y extrañas sonrisas y quedó esperando.

Katie se levantó y puso las manos en jarras, con los pies separados y la cabeza vuelta hacia un lado, la larga cabellera roja cayendo como una suave cortina que le cubría un ojo. Andy mostró los dientes y Katie cambió de postura, poniéndose del otro lado. Lo miraba mientras él, con la mano abierta, iba restregándose aquel bulto, después Katie avanzó y puso una rodilla a cada lado de la cadera de Andy, posando el firme peso de sus nalgas sobre los muslos del muchacho. Inclinándose hacia adelante, de modo que sus cabellos se derramaron sobre el rostro de Andy, ella le murmuró:

—Te quiero —y lo besó en la frente.

Él estaba con los ojos bajos, clavados en el tenso dobladillo de la falda. Katie la levantó con una mano, mostrando sus muslos desnudos y separados y la entrepierna roja y tirante de las bragas, que formaban parte también de los detalles específicos del atavío que él le había pedido. Con la cabeza inclinada, Katie se pasó una mano por la parte interna del muslo y se acarició, después comenzó a estrujarse con los dedos retorcidos.

De pronto, apareció la mano de Andy para bajarse rápidamente la cremallera. Hubo un nuevo olor, húmedo, desagradable casi, que recordaba la ropa sucia y la piel impregnada de sudor rancio. Andy sacó el pene y lo agarró por la raíz, agitándolo y rozando la punta contra el muslo de Katie. Esta bajó sobre él, experta ahora, y arqueó las nalgas, dejando que él

presionara con el miembro el tenue tejido de las bragas. Andy empezó a agitarse y a lanzar gemidos, al tiempo que Katie manipulaba por debajo y apartaba a un lado las bragas para que él pudiera guiar su erección hacia la húmeda abertura de la vagina. Así que Katie advirtió que estaba bien orientado, empujó sobre él y hundió dentro de ella toda la longitud del pene, notándolo al principio abrasivamente seco pero, después, cada vez más deliciosamente suave, a medida que ella iba moviéndose levemente arriba y abajo, suspirando fuertemente sobre el rostro de Andy, estremecida ante las sensaciones que irradiaban de entre sus piernas.

—Habla —le murmuró Andy—. ¡Habla!

—Me encanta esta sensación —dijo ella entonces, haciendo coincidir sus palabras con los envites de Andy—. Tu polla, tu gorda polla, embistiéndome el coño. Quiero que me desgarres con ella. Quiero que me destroces toda y que te derrames a chorros dentro de mí…

Y también ella empezó a gemir, incapaz ya de seguir controlándose. Andy daba unas sacudidas tan intensas que con la fuerza hacía que sus cuerpos se levantaran del lecho a cada uno de sus envites, momento en que únicamente sus hombros y sus talones estaban en contacto con la cama. Katie, mentalmente, veía la escena como si estuviera de pie junto a la cama, se veía con las piernas separadas, veía su falda levantada por detrás y las manos de Andy oprimiéndole las nalgas, veía cómo ella tenía la cabeza sobre la de Andy y ponía los labios junto a su oído mientras seguía jadeando.

Andy se vino y, un segundo más tarde, lo siguió ella. Proseguía aquel retorcimiento que iba convirtiéndose en un giro suave. Andy, como siempre, había cerrado los ojos y parecía sufrir. Katie yacía, distendida, sobre él, notando cómo iba saliendo el semen de dentro de ella para ir a mezclarse con el vello del pubis de ambos. Todavía percibía las últimas resonancias del orgasmo, un placer, iba retumbando y prolongándose gracias a la droga. Todo cuanto Katie tenía, todo cuanto amaba estaba allí, envuelto en lo que estaba haciendo, en lo que era y en cómo lo sentía. No existía nada más.

Después, cuando los dos se habían incorporado ya y aquel ápice había ido bajando hasta no ser otra cosa que un grato vacío en la cabeza, Andy sacó del bolsillo un trozo de papel doblado.

—Quiero que me hagas un favor —le dijo, acercándola contra él y apretando con fuerza el brazo sobre la espalda de Katie.

—¿Qué? —preguntó ella, mientras miraba el papel con aire trasoñado.

—Tu tío, nena. ¿Guarda asunto en casa?

—¿Asunto?

—Ya me entiendes. Pastillas, medicamentos.

Katie frunció el ceño como concentrándose.

—No lo sé. Es cirujano. No sé si en casa tiene estas cosas…

—Pero puedes saberlo.

—Sí, puedo mirarlo.

—Aquí he escrito algunos nombres. Primero mira si hay alguna de estas cosas, pero si encuentras cosas distintas, coges muestras y me las das y yo miraré si sirven.

La última vez había sido dinero. Poco, unas cuantas libras. Katie las había sacado de sus propios ahorros.

—Andy, supongo que no piensas empezar con drogas duras. No es que me importe coger un poco en casa si las encuentro, pero no me gusta nada la idea de que comiences a hacer pruebas. ¿Recuerdas lo que te conté de una compañera de la escuela?

La chica, catorce años, se había preparado una mezcla y se había suicidado accidentalmente con unas tabletas de anfetamina.

Andy se echó a reír y al mismo tiempo restregó su rostro contra los cabellos de Katie.

—¿Drogas fuertes? No, gracias. No son para mí. Pero debo un favor a cierta persona. Y estas cosas me sacarán del aprieto. ¿Querrás mirarlo, Katie? ¿Querrás?

Las muestras de cariño se reservaban para momentos como aquél. A ella le encantaba.

—Haré lo que pueda. Pero no te enfades si no encuentro nada.

—Esfuérzate al máximo —le dijo con un húmedo beso en la mejilla—. No te pido más que esto.

Katie se metió el papel en el bolso.

—Andy, ¿quieres ahora explicarme el significado que tienen para ti todas estas fotografías? Me gustaría saberlo.

Ahora Andy se mostraba expeditivo, parecía casi un hombre de negocios. Miró el reloj.

—La patrona está por llegar. Mejor que te vayas. Te hablaré de las fotos en otro momento.

La ayudó a ponerse la chaqueta y bajó con ella hasta la puerta de entrada de la casa.

—Lo siento, pero no puedo llevarte. Vuelvo a tener el coche averiado…

—No te preocupes, Andy —dijo besándolo con ímpetu en la boca, pero Andy se hizo atrás cuando ella iba a abrazarlo.

—Cara de dragón llegará de un momento a otro, nena. Te veré el sábado.

Andy se besó la yema del dedo y tocó con ella la nariz de Katie.

—Anda con cuidado.

Ya en casa, Katie tomó un tazón de chocolate con tía Amy, después tomó un baño y se acostó. Cogió el trozo de papel y, apoyada en la almohada, lo leyó. Una lista larga, pensó. Dejando aparte uno o dos nombres que había oído en la escuela, aquellas sustancias le resultaban completamente extrañas: sparina, stelazina, tised, prothiaden, amytal, tropium, gardenal, amitriptilina, motival, dexamed, mandrax… los nombres cubrían dos columnas escritas con letra apretada. Katie pensó que todas aquellas sustancias estaban destinadas a hacer un bien a la gente y que, sin embargo, podían perjudicar a algunas personas que, pese a estar bien, debido a inadaptaciones personales suyas, a veces muy ligeras, eran incapaces de enfrentarse con la vida sin la ayuda de algún auxilio químico. Dobló el papel, volvió a meterlo en el bolso y a dejar éste junto a la cama.

Tiró del cordón para apagar la luz y se deslizó entre las sábanas. A ella y a Andy les sucedía algo distinto. Se servían de la marihuana para elevarse por encima del mundo, y sólo por un momento. Esto no tenía nada de malo. No dependían de ella. Unos momentos antes de hundirse en el sueño, reflexionó en que ella sí dependía de algo: de Andy. No podía imaginarse qué haría sin él. Él era su droga. Pero aquella idea no acababa de resultarle agradable del todo.

6

Jueves y viernes, el servicio de socorro del doctor Avery atendió cinco llamadas más. Las dos primeras se solventaron sin prisas: una colisión entre dos coches de peso ligero produjo dos conjuntos de múltiples fracturas y una que se pensó fuera craneal. En el viaje de regreso, ayudado por la silenciosa enfermera Haxton, Paúl llevó a cabo un entablillado de urgencia con aquellos cuerpos maltratados y después se dispuso a observar los principios de tratamiento prescritos para las fracturas de cráneo. Resultaba curioso, pero la causa más corriente en el empeoramiento del estado de un paciente cuando sufre una herida en la cabeza es la obstrucción del paso del aire. A veces la lengua se revuelve hacia atrás y penetra en la garganta, al no estar sometida a los mecanismos de control cerebrales, las dentaduras postizas salen de su sitio e impiden el paso del aire, el contenido del estómago sube a la boca y, al ser engullido, interrumpe la entrada de aire a los pulmones. Por consiguiente, la paciente, que era una mujer de mediana edad, fue colocada de lado, con la cabeza a nivel más bajo que el tronco. Paúl, poniendo el índice en forma de gancho, despejó la boca de la mujer y le insertó un tubo endotraqueal. Según sus cálculos, no bastaba con un simple paso de aire. Basándose en su experiencia, sabía que podía haber desaparecido el reflejo de la tos en la paciente y que la formación de moco debajo del corto tubo utilizado para dar paso al aire podía inutilizar su empleo.

Por otra parte, el tubo endotraqueal aportaba una entrada de aire precisamente en aquel punto de la tráquea donde el aire penetraría en el pulmón. La mujer llegó con vida al hospital, respirando libremente, sostenida gracias a la función específica de aquel servicio.

La segunda llamada, que se produjo al cabo de dos horas, condujo a Paul y su equipo a una granja, donde un joven bracero, al caer de un henil, se había clavado una púa de una máquina de atar gavillas. Aquella vara de dos centímetros y medio de diámetro le había penetrado por la espalda, a la izquierda de la columna vertebral, justo por debajo de la paletilla, para salir por delante, debajo del extremo inferior del esternón. El hombre estaba

completamente consciente, presa de grandes dolores. A su alrededor otros braceros le contemplaban boquiabiertos, entre horrorizados y fascinados. El procedimiento que adoptó Paúl todavía sorprendió más a los espectadores. Después de verificar el estado del paciente y determinar que, milagrosamente, los pulmones no habían quedado lesionados, Paúl le administró un sedante y dio orden a los hombres de la localidad de que desprendieran aquella vara de la máquina a la que pertenecía dejándola ensartada en el cuerpo del hombre. En aquel estado, con aquella lanza de un metro de longitud atravesada en su cuerpo, se trasladó al muchacho al departamento de accidentados, no sin antes poner sobre aviso a los encargados del mismo. Aquél era otro de los primeros principios a tener en cuenta, según explicaría Paul a Ellen Haxton camino del hospital. Por muy fácil que pareciera extraer del pecho de un hombre una barra de hierro o la columna de dirección de un automóvil, el mejor procedimiento consistía siempre en dejarlas donde se encontraban. En el momento en que éstas fueran retiradas, sobrevendría la catástrofe, comenzarían las hemorragias y demás complicaciones con tan total desenfreno que únicamente podrían ser atajadas por un quirófano perfectamente equipado.

La tercera, cuarta y quinta llamadas, ocurridas todas ellas entre las dos de la madrugada del viernes y las cuatro de la tarde del mismo día, pusieron a prueba a la unidad hasta un extremo tal que Paúl llegó a creer que alguien, en algún sitio, estaba exigiéndole un esfuerzo sobrehumano.

Estaba durmiendo cuando sonó distintamente el sonido de la llamada. Enfundándose en un santiamén en sus ropas, maldijo por lo bajo aquella disposición —idea suya—, en virtud de la cual nadie más que él, a menos de estar ausente del hospital, se haría cargo de las llamadas que se produjeran. Abajo, ya dentro de la ambulancia, estaba Dan McGoldrick, con su rostro irlandés deshecho en sonrisas, fresco como una rosa, mientras el ayudante, Bill Davis, iba de aquí para allá dando tropezones, tratando de despertarse y de encontrar su abrigo. Paúl se metió en la cabina tiritando y saludó a Dan con un movimiento de la cabeza.

—Encantado de verle tan despierto —refunfuñó más que dijo al conductor.

—Lo mismo le digo, doctor. Es una bendición que contemos con gente tan atenta para velar por nuestros intereses.

Se oyó un ruido en la parte trasera, Paúl volvió la cabeza y observó qué ocurría en la parte de atrás. Mary Scott, bella como siempre aunque con aire

de no poder más, acababa de tropezar con el único escalón de la ambulancia y trataba de recuperar el equilibrio, agarrada a la sujeción de la puerta.

—¡Maldito escalón! ¡Vamos a tener más accidentes dentro de esta canasta que fuera de ella!

Paúl se tragó la sonrisa y con la mano llamó a Bill Davis.

—¡Venga ya, que tampoco va a helarse por no llevar abrigo!

Apareció un rostro avinagrado por la abierta ventanilla, que le espetó:

—Con todos los respetos, doctor, ésta es cosa que a usted no le incumbe. Tengo muy mala circulación.

En ese momento apareció la enfermera de noche del departamento de accidentados con el abrigo arrollado debajo del brazo, que arrojó a Bill. Este lo cazó al vuelo sin decir palabra y subió a la cabina.

La llamada procedía de la patrulla motorizada de tráfico que operaba en un radio de cinco millas dentro de los límites reservados a la ambulancia. Se trataba de una petición de varias ambulancias, lo que indicaba que se había producido un accidente muy serio. Así que se situaron en la general, Dan apretó el pedal a fondo, enfiló por el carril más rápido, conectó la sirena y los focos de destello intermitente, puso el coche a ciento cincuenta y lo mantuvo todo el tiempo a esta velocidad. La situación legal de las ambulancias era de lo más curioso; estaban autorizadas a disfrutar de prioridad en las carreteras, pero podían ser castigadas si rebasaban la velocidad límite. Dan era un hombre cuyo sentido de la prioridad le permitía ignorar los límites y hasta el momento no habían tenido problemas en este aspecto.

Así que llegaron al lugar, Paúl se alegró de que no hubiera ya ningún paciente que le produjera ningún efecto emocional. La escena era espeluznante. Iluminados por tres faros del servicio policial de tráfico, tendidos entre cristales rotos sobre la carretera cubierta de sangre, se veían los cuerpos de cinco niños y tres adultos, rodeados por un marco de calma que suscitaba la espantosa sensación de la violencia que debió lanzarlos al lugar donde se encontraban. Los adultos eran mujeres, monjas, despojadas de la dignidad que infunden los hábitos y revelando, en lugar de ella, la desgarbada falta de elegancia y los Terribles indicios del caos. Una estaba de bruces y el mar de sangre y material cerebral que manchaban su capucha indicaban que había perdido el rostro al mismo tiempo que la vida. Junto a ella, boca arriba, con un brazo doblado y el otro colocado en un ángulo imposible debajo de la espalda, había otra hermana que respiraba a sacudidas formando nubes de vapor y emitiendo débiles lamentos cada vez que expulsaba el aire. La tercera tenía fractura de columna y estaba de lado, doblada para atrás, con los ojos

desencajados y aterrados, la lengua colgando por uno de los lados de la boca, los brazos abiertos tras ella como si quisiera emprender el vuelo.

Dos de los niños estaban muertos. Otro, una niña muy pequeña de dorados cabellos, no mayor de tres años, estaba hecha un ovillo, metida en un anorak azul, con las rodillas levantadas, uno de los pies sin su zapato de hebilla. Tenía los ojos cerrados y su expresión era completamente serena, como si estuviera dormida. Únicamente la huella de un neumático enlodado, que atravesaba uno de los hombros de la chaqueta, parecía indicar que la niña estaba lesionada; si bien su palidez revelaba bien a las claras que no podía ser ya atendida. A muy poca distancia de ella, un niño de ocho o nueve años era sólo un montón de miembros vagamente relacionados entre sí, como para erigirse en descorazonadora pero clara advertencia de que, en muchos aspectos, el coche constituye una obscenidad.

El vehículo en que habían viajado las víctimas estaba volcado en la cuneta, bajo el chorro de un extintor, dirigido contra el motor todavía humeante. En el centro de la carretera, a unos ocho metros del auto volcado, había otro vehículo, un coche deportivo rojo llameante, petrificado en un brusco viraje. Un joven, ataviado con un lujoso abrigo de ante y un detonante pañuelo amarillo atado al cuello, estaba apoyado a uno de los lados del vehículo, con el rostro sepultado en sus manos. ¿Cuántas veces había contemplado aquella escena?, se preguntó Paúl. Únicamente los que se ven envueltos en ella, captan la realidad de la tragedia en toda su dimensión.

Un sargento de la policía, que llevaba un chaleco de color naranja fluorescente, se dirigió a la ambulancia en el momento en que Paul y Bill Davis se apeaban de ella.

—Hay cinco que todavía respiran —dijo.

Paúl dirigió la mirada al corro formado por tres niños, situados a una cierta distancia del lugar donde se había desarrollado la carnicería, probablemente salvados de la muerte instantánea gracias a la hierba que cubría la zona de reserva sobre la que estaban tumbados. Se movían, aunque sin coordinación en los movimientos. Eran simples reacciones de los nervios, que hacían que los músculos se agitasen y estremeciesen.

—No los he querido mover… —el rostro del hombre aparecía demacrado, tenso—… ¡Pobres niños!

La enfermera Scott había abierto las puertas traseras y acudió con dos sacos de urgencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un maldito ratón —explicó el sargento—. El conductor del coche ha dicho que un ratón había atravesado la carretera. La monja que conducía la furgoneta se ha desviado tratando de evitarlo. Supongo que habrá frenado demasiado bruscamente. La furgoneta se ha volcado y los niños y las otras dos monjas han salido disparadas por las ventanas laterales. El coche deportivo ha pasado por encima de tres cuerpos: los dos niños y la hermana que están en medio. Es una furgoneta del Orfelinato Christie. ¡Qué ironías tiene el destino!

Lanzó un suspiro y siguió al equipo médico hacia la zona iluminada, donde otros tres policías y dos bomberos trataban de poner el vehículo de pie, junto a la cuneta. Junto al aparato de extinción de incendios estaba el jefe, tocado con casco blanco, vomitando.

Habían acudido otras dos ambulancias, aparcadas en el extremo opuesto del círculo de luz. Pululaban por el lugar del suceso unos cuantos camilleros, mirando aquí y allá, como sin saber por dónde empezar. Paul se hizo cargo de la dirección. Con una indicación al encargado de la más grande de las ambulancias, le señaló los dos niños muertos.

—¿Quieren recogerlos?… No quiero declararlos muertos. Llévenlos al hospital y que los examine quien esté de servicio en el departamento.

Sus motivos, que el ayudante no entendía, estaban relacionados con la dignidad. Siendo estudiante le habían enseñado que un cadáver merecía el mismo respeto que un ser vivo. Él había tomado al pie de la letra aquella observación y la había convertido en una de sus normas humanizadoras. Las leyes humanizadoras, de las que Paúl poseía varias, servían simplemente para mantenerlo en contacto con aquellas sutilezas de comportamiento que en ocasiones olvidan los médicos. Si él no declaraba muertos aquellos niños, tendrían que ser examinados por otro médico, lo que significaba que sus cadáveres tenían la posibilidad de quedar en el depósito del hospital, procedimiento que le parecía mucho más civilizado que ser retenidos en un depósito público de cadáveres. Es lógico que no tuviese excesiva importancia el lugar donde permaneciesen los cadáveres, pero Paúl procuraba siempre evitar la idea de que un muerto es carne de la que hay que deshacerse cuándo y dónde a uno le parezca conveniente.

—Recoja también a la monja —y señaló la monja cuya cara había resultado destrozada.

Mary Scott estaba agachada junto a los tres niños que yacían en la zona de reserva, examinando cuidadosamente sus cuerpos confundidos y aflojándoles la ropa. Cuando estaba trabajando, la enfermera Scott era tan diferente de

aquella Mary locuaz que él conocía que a veces pensaba si no sería también otra mujer con doble personalidad como Edith.

—¿Cómo están, enfermera?

—Parece que todos tienen lesionadas las costillas —anunció Mary, de cuclillas junto a un niño cuyos ojos se abrían y cerraban a intervalos regulares, al tiempo que levantaba el cuerpo en una serie de sacudidas espásticas que le daban todo el aire de un muñeco mecánico.

—Procure antes que nada que tengan expeditas las vías respiratorias —dijo Paúl acercándose a continuación a Dan y Bill, de pie junto a las dos monjas tendidas en medio de la carretera—. Bill, vaya a buscar la camilla. Quiero que trasladen esta paciente con el máximo cuidado… boca abajo. Manténganla en esta postura.

La hermana, que padecía fractura de la espalda, provocaría una serie de problemas a quienes se ocuparían de ella en Westfield. Lo máximo que podía hacer Paúl era asegurarse de que llegaría al hospital con un mínimo de problemas.

Al poner la camilla debajo de la monja colocada en decúbito prono, Paúl se agachó y metió un dedo en la boca de la paciente. Los dientes superiores eran postizos. Paúl tiró de ellos, los sacó, los envolvió en un pañuelo de papel y los guardó en uno de los profundos bolsillos del negro hábito.

—Colóquele un tubo para respirar y asegúrese de que respira correctamente.

Mientras la levantaban con grandes precauciones, Paúl echó una mirada de reojo a la cara de la monja. Una de las pupilas estaba fija. Probablemente también estaba afectado el cráneo.

—Esta será la peor de las penitencias que deberá cumplir.

La otra mujer estaba casi inconsciente. Tenía el brazo roto por tres sitios y evidenciaba dificultades respiratorias. Arrodillado a su lado, Paúl le tocó el brazo lastimado y lanzó un grito agudo, estridente, casi agónico. Paúl cruzó al otro lado y cogió uno de los sacos de urgencia. Mary Scott estaba ahora arrodillada, indiferente a la suciedad que la rodeaba, colocando a los niños perfectamente estirados e introduciéndoles tubos de aireación en la boca. Paúl, al pasar, pensó que en ella había algo que denotaba gran eficiencia. Era el mismo efecto que producían algunos cirujanos mientras trabajaban. Daban la impresión de adoptar las posturas más adecuadas y más precisas para conseguir una competencia máxima. Paúl volvió junto a la monja y le arremangó la manga del hábito que cubría el brazo no lastimado. Tomó del maletín de instrumentos una jeringuilla de inyecciones y una aguja, les quitó

la envoltura estéril y encajó con fuerza la aguja en la boquilla de la jeringa. A continuación buscó una ampolla de DF118, un analgésico, y aspiró el contenido en la jeringa. Dadas las circunstancias que hacían imposible determinar la extensión total de la herida mientras no estuvieran en el hospital, no consideró oportuno inyectar más de un milímetro del medicamento. Aquel pecho y lo extraño de la respiración de aquella mujer, podían indicar una lesión que no respondiera totalmente bien a calmantes más enérgicos. Una vez más, obedecía a un instinto que había hecho ya una estimación personal. Hundió la punta de la aguja en la carne y vació la jeringuilla de una embolada segura y decidida. Pasados unos pocos momentos la mujer comenzó a adoptar un aire más relajado. Seguía quejándose cuando le tocaban el brazo herido, pero ahora sus quejas eran menos perentorias.

Paúl estiró lentamente el brazo, verificando al propio tiempo las fracturas. Parecía que el húmero estaba completamente roto. Sirviéndose de unas tijeras de punta roma, Paúl abrió la manga para poder palpar la hinchazón de la parte superior del brazo. Al presionar con fuerza en él, detectó una fractura muy evidente. El codo se encontraba destrozado y sólo con tantear se notaban astillas de hueso que se movían debajo de la piel. El cúbito y el radio se habían partido cerca de la muñeca. Rápidamente Paúl sacó de la bolsa de urgencia una férula inflable. Había estado tentado de fijar el brazo, pero consideró que el retraso no valía la adopción de aquel procedimiento. Lo mejor que podía hacer era inmovilizarlo.

La enfermera Scott llegó corriendo.

—Doctor Avery… me parece que uno de los niños tiene un neumotórax.

Paúl la siguió y se arrodilló junto al niño. Tenía ya la camisa abierta; Paúl le golpeó el pecho con dos dedos. Estaba tirante como un tambor.

—Hiper-resonancia —murmuró.

Aquella indicación, además del aspecto tenso del pecho del niño y de su respiración trabajosa, evidenciaba que se había producido un desgarrón en el pulmón, lo que hacía que el aire escapase a la cavidad pleural. El estado era serio.

—Deme una aguja hipodérmica grande —ordenó Paúl—. La más grande que encuentre.

Al minuto volvía la enfermera Scott con la aguja.

—Yo me ocupo de él, enfermera. Diga a Dan y a Bill que se organicen. Haga que metan en la ambulancia a la mujer del brazo roto y dele oxígeno. Diga a Dan que quiero que llevemos también a este paciente con nosotros.

La enfermera fue a cumplir las órdenes en tanto Paúl, sin dudar hundía la aguja en la pared del pecho del niño. Inmediatamente se oyó el silbido del aire al escapar por la aguja.

Se acercó el chófer de la segunda ambulancia a quien le indicó con la mano los otros dos niños.

—¿Los cojo yo, doctor?

Paúl asintió con la cabeza.

—Los tratará con cuidado, ¿verdad?

Paúl consideró que aquellos niños no lo emocionaban y, sin embargo, lo asustaba que pudieran ser lastimados por un hombre que trabajaba en una ambulancia, un hombre experimentado. Quizás el hecho obedecía a que era un padre frustrado, pensó*

Al llegar a Westfield, descargaron los heridos, redactaron individualmente los informes, arreglaron la ambulancia y se dirigieron a la cantina. Bill Davis, con el mismo aire cansado que tenía en el momento de salir del hospital, se desplomó en una silla y se quedó con los brazos cruzados.

—Benzedrina y té —pidió Dan—. Estoy para el arrastre.

Mary Scott y Paul se sentaron frente a él.

—¿Qué le pasa, Bill? —dijo Mary dándole una palmada en el hombro—. Mucha cama, pero poco dormir, ¿no?

—¡Ja!

La sarcástica carcajada por poco hace volcar el café al soñoliento camillero sentado junto al mostrador.

—Las bravatas no son mi fuerte, enfermera. Pero daría una medalla a quien supiera manejar a mi mujer.

—¿No duerme usted de día cuando está de guardia por la noche?

—Esto es lo que se figuran los demás. Pero tengo mis responsabilidades, ¿sabe? Brenda me tiene preparados un montón de pequeños trabajos. Si no los hago, van acumulándose. Hoy me he pasado el día entero tumbado en el suelo de la sala de estar, colocando un revestimiento de moqueta. Mañana o pasado mañana tendré que instalar una pieza en el fregadero para evitar que ella se salpique con el agua.

—Está tiranizado por su mujer —afirmó la enfermera.

—Ni más ni menos —replicó Bill.

Regresó Dan con una bandeja.

—Té para todo el mundo; es un obsequio del mayor de los derrochadores.

Distribuyó las tazas y se sentó junto a Bill.

—Hoy ha sido un infierno, ¿no es verdad?

Dio unos sorbos al té mientras miraba a la enfermera Scott.

—Los he visto peores —dijo ésta como si tal cosa.

—Todos los hemos visto peores —sentenció Dan—. Pero esto no quita que sea un infierno.

Paúl se sentía curioso ante la actitud de Mary Scott. Cuando no estaba entregada a la labor de atender a los pacientes se comportaba siempre como una persona totalmente despreocupada ante el sufrimiento humano. Sin embargo, cuando cumplía con sus funciones, no había nadie más entregado que ella. En el hospital donde Paúl había realizado su entrenamiento había conocido un médico que era como ella. El motivo que se ocultaba en aquella forma de conducirse era que estaba hasta tal punto absorbido por su trabajo, participaba en él de tal manera, que debía fingir indiferencia para disimular cualquier signo externo que revelase lo que para él rayaba casi en la obsesión. Paúl tomó nota mentalmente de hablarle del caso a Mary y advirtió que, al preverlo, buscaba al mismo tiempo una excusa para charlar con ella. Hasta entonces no había querido admitir que aquella muchacha le interesaba. La posibilidad de que Mary fuera simplemente una coqueta era algo que lo hacía muy cauteloso. Y por supuesto también estaba Edith. Debía mostrar una cierta fidelidad a aquella relación. Debía hacerlo, sin duda alguna, pese a que ni la conciencia ni ninguna otra cosa ejerciera ninguna presión en él en este sentido.

—¿Sabéis una cosa?

Bill se había tragado el té de dos sorbos y se mostraba ahora desusadamente charlatán.

—Tendrían que aprobar unas leyes para regular la velocidad de los coches. ¡El número de muertos que se habrían ahorrado sólo en esta semana si la velocidad máxima de los coches fuera de veinte millas por hora!

—¡Un sueño fantástico, Bill! —dijo Paúl—. Pero usted habla de meterse en algo que es sagrado. Esto es igual que el negocio de las armas en los Estados Unidos. Ahora no pueden prohibir las armas de fuego porque la gente las tiene tan metidas en su personalidad que quitárselas sería como amputarles un miembro. Recuerde que hay un culto del automóvil. Existen hombres y mujeres que no viven mientras no estén detrás de un volante. Esta gente será cada vez más fuerte y cada vez más mortífera y nosotros no podremos hacer otra cosa que lo que hacemos ahora: correr tras ellos para recoger los heridos.

—Pues menuda desgracia.

—A mí me gustan los coches —dijo Mary Scott.

Estaba claro que estaba en su veta provocativa, quizá por alguna razón perversa.

—No han sido pensados para matar. Sino para hacer gozar. Lo que provoca la muerte es la estupidez humana.

Paúl reprimió una sonrisa.

—Me parece que todos pensamos lo mismo. Pero el hecho es que no hay que dejar los explosivos en manos de los niños. Si un niño arroja una bomba, puede considerarse que la culpable es la estupidez del niño. Pero la realidad es que habría que ser más severos a la hora de conceder los permisos de conducir. Estoy seguro de que ésta sería una manera de reducir los accidentes de carretera.

—¿Qué me dice entonces del accidente que acabamos de atender? —preguntó Mary levantando las cejas con aire petulante—. ¿Es que unos exámenes más severos hubieran impedido que se produjese?

—Por supuesto que sí. Le habrían enseñado a la monja que, desviarse para salvar la vida de un animal, puede costar vidas humanas.

Mary negó con la cabeza y clavó los ojos en la taza.

—Me parece que habría que empezar por intervenir en los escrúpulos religiosos de una monja antes de educar su instinto para que fuera capaz de arrollar un animal.

Quedaron todos en silencio. De vez en cuando salía en la conversación el tema de la locura que se cernía en la carretera. En el departamento de urgencias todos habían sido testigos de mutilaciones que anteriormente se habían presenciado únicamente en gente que venía del campo de batalla pero que ahora padecían las víctimas de la carretera. Chóferes y auxiliares del servicio de ambulancia habían recogido personas hechas pedazos, habían visto madres ciegas, niños lisiados, padres con espantosas heridas, que parecían increíbles cuando eran descritas por libros sensacionalistas, pero que en la vida real no presagiaban otra cosa que horrores. La conducción a gran velocidad tenía el mismo defecto básico que la enfermedad galopante: demasiado impulso para detenerla cuando surgía el peligro. Parar un coche lanzado a gran velocidad, detenerlo instantáneamente significaba que el conductor y los pasajeros morirían indefectiblemente. Pararlo a una velocidad compatible con la supervivencia de los ocupantes significaba la muerte de alguna persona fuera del coche: era el caso en que surgía el accidente. Paúl sabía, aunque no se molestase nunca en discutirlo, que el placer de conducir a gran velocidad excedía en mucho a la probabilidad o al temor de un accidente. La gente, aun conociendo los peligros clínicos que entraña el

hábito de fumar, sigue encendiendo venenosos cigarrillos, porque el placer de fumar desplaza a un lejano horizonte dichos peligros. Hay demasiadas cosas en juego en cuanto a interés comercial y a indulgencia personal en el camino que conduce a la reforma. Mañana seguirán muriendo niños y también los días que vendrán después de mañana, habrá gente que perderá la vista y que quedará lisiada, a escala creciente, porque posponer ciertos placeres y ciertos beneficios está por encima de las posibilidades de cualquier poder, salvo el de Dios.

No habían terminado el té cuando hubo otra llamada.

—Pero ¿qué demonios hace la gente en la carretera a estas horas de la noche? —preguntó Dan con voz agria.

Paúl lo había visto otras veces en esta postura y consideraba que obedecía a que a Dan le disgustaba extraordinariamente desviarse de una intención dada. Probablemente esperaba quedarse tranquilo y sin nada que hacer durante el resto del turno.

Bill se limitó a bostezar y a desperezarse, resignado a aceptar cualquier cosa que cayese sobre él.

—Cuando el destino te da la espalda, Daniel, parece como si no tuviera otra costumbre.

Y diciendo estas palabras dio unas palmadas en la espalda de Dan mientras se dirigían a la puerta, con Paul y Mary Scott pisándoles los talones.

—Quizá de pequeño pisaste algo raro y ahora lo pagamos todos.

Se trataba de otro choque. La policía se mostraba incluso menos explícita que en otras ocasiones, indicando simplemente que el accidente se había producido en un desvío muy peligroso situado a diez kilómetros del hospital, citando una carretera que Dan conocía muy bien.

—Solía ir a cortejar por estos andurriales —murmuró—. Un sitio muy interesante en verano.

El lugar ya no volvería a ser nunca tan atractivo. Un coche que circulaba a gran velocidad, ocupado por chicos jóvenes, había cogido una curva, cuando recorría la carretera estrecha y bordeada de setos, con tan mala fortuna que había ido a chocar con la parte trasera de un coche aparcado a una distancia de dos tercios del camino que conducía a un campo. El coche de los jóvenes había volcado e ido a dar contra un poste de teléfonos, la mitad de los ocupantes habían salido despedidos a los setos y, con la colisión, el coche aparcado había sido despojado del portaequipajes y de una rueda. Había gente que atendía a los heridos, caídos entre los setos, cuando llegó la ambulancia y se paró juntó al coche destrozado. Dan encendió los focos de luz intensa y se

puso a manipular los mandos del interior de la cabina al objeto de conseguir un haz potente de iluminación.

—No entiendo por qué nos han llamado —barbotó—. Se han ido todos de paseo.

Un agente de policía se encargó de aclararles por qué es peor cuando se han ido todos de paseó.

—En la parte de atrás hay una pareja —dijo.

Hablaba en tono avergonzado, intentando transmitir con los; ojos lo delicado de la situación.

—Estaban haciéndolo en el momento del choque.

Paúl pensó que era bastante preciso para ser delicado. Tocó con el codo a la enfermera Scott.

—Venga. Traiga una lámpara y una bolsa de urgencia. Ustedes, Dan y Bill, busquen a los demás, ¿quieren? Llévense algo de primeros auxilios.

Con el golpe en la parte trasera del coche había saltado la cerradura de la puerta. Paúl aguardó a que la enfermera trajera la lámpara, la conectó y apuntó con ella el asiento trasero al tiempo que introducía la cabeza en el coche. La escena, decidió, era propia de una cámara de horrores. Había un hombre en el suelo, incrustado entre los asientos trasero y delantero, con los pantalones bajados hasta las rodillas. En el asiento trasero estaba tendida una muchacha, inmóvil, con la oscura cabellera formando una cascada sobre el apoyo de los brazos de la puerta. Tenía el brazo derecho caído sobre el hombro de su compañero, mientras la mano izquierda descansaba, totalmente distendida, sobre su pecho. Tenía la falda subida hasta la cintura y las bragas describían la sinuosa forma de un ocho en torno a sus rodillas. Al crudo resplandor de la lámpara brillaban sobre sus muslos y sobre su vientre varias salpicaduras de semen. Paúl extendió la mano y tocó a la muchacha. Estaba muy fría. Trató de meterse dentro del coche, apoyando una rodilla entre los pies de la muchacha, sobre el asiento, y apuntalando el codo en el asiento del conductor. Levantó uno de los párpados de la muchacha y le acercó la lámpara a la pupila. Hizo lo mismo con el otro ojo. Lanzando un suspiro y conteniendo unos segundos la respiración, colocó la oreja sobre el pecho de la muchacha. Por encima de los hombros vio a Mary Scott que atisbaba en la cabina.

—Muerta —murmuró Paúl.

El hombre estaba vivo; parecía que lo único que padecía era una contusión. Con ayuda de la enfermera, Paúl lo sacó del coche y lo tendió

sobre la hierba, al lado del coche. Le comprobó el pulso, débil y rápido, y las pupilas, que aparecían dilatadas e iguales.

—Vigílelo, enfermera. Me parece que lo único que padece es una contusión, pero podría ser una conmoción cerebral. Dígales a Dan y a Bill que lo coloquen en la camilla uno.

El hombre parecía bastante mayor que la muchacha muerta. Llevaba el cabello corto y untuoso, además de un pequeño bigote, cuidadosamente recortado. Obedeciendo a un impulso, miró en el interior del coche. La muchacha llevaba anillo de casada. Era curioso comprobar cuántos de estos ladrones de esposas, sobre todo de esposas jóvenes, tenían aquel aire de malo de película. Paúl pensó que, en los deseos sexuales de las mujeres, jugaba un papel más importante la imaginación romántica que lo que ellas se dignaban admitir.

—¿Intentará resucitarla?

La enfermera Scott adoptaba un aire sumamente profesional en todas las circunstancias. De haber estado la muchacha con vida, Paúl estaba seguro de que hubiera sido objeto de algún que otro comentario áspero.

—No, no serviría de nada.

Se inclinó sobre el asiento del coche y movió la cabeza de la mujer. Se movía libremente, como colocada sobre un eje recién engrasado.

—Al auscultarla, he oído el movimiento de las vértebras. Se ha roto la nuca. Las lesiones directas sobre la quinta vértebra cervical son fatales siempre. Todos los intentos para restablecer la respiración: resultaban infructuosos, porque la parálisis se producía siempre en el momento mismo de la fractura.

Mientras era trasladado a la ambulancia el paciente conmocionado, volvió el agente de policía con el mismo aire avergonzado de antes.

—En este caso hemos matado dos pájaros de un tiro —confió a Paúl.

—¿Por qué?

—Anoche hubo una denuncia de un coche robado. El denunciante dijo que era urgente encontrarlo porque guardaba documentos valiosos en su interior. Por consiguiente, cuando ayer di los detalles del choque a través de la estación, señalé que había intervenido en él el coche robado.

—¿Ah, sí? —preguntó Paúl, interesado, pero algo desorientado.

—¡Bueno! —exclamó el policía, abriendo las manos enguantadas—, es una especie de confabulación. La mujer que ha muerto, se llama *mistress* Irene Calder. El propietario del coche es Reginald Calder. Es su marido. Mi compañero ha reconocido a la mujer, porque vive cerca de su casa. Según él,

el marido ha denunciado el robo del coche únicamente para localizar a su mujer. Parece que ésta lleva siempre el coche.

—Llevaba —corrigió Paúl—. Ha muerto. Pero ¿de dónde ha sacado los datos? Todavía no lo entiendo.

—Cuando hemos llamado a la estación, hemos sabido que allí estaba Calder, esperando que se produjera alguna noticia. El imbécil que lo ha atendido le ha dicho que habíamos localizado su coche y, además, le ha comunicado dónde.

—¡Madre mía!

—Eso es lo que digo yo. El sargento encargado del caso acaba de comunicarme que Calder viene para acá.

—Entonces mejor será que nos apresuremos.

Envolvieron el cuerpo de la muchacha, en una lámina de polietileno y lo dejaron en el suelo de la ambulancia. Paúl se puso en contacto con el hospital para pedir una unidad más, que transportaría a los ocupantes magullados y heridos, que viajaban en el segundo coche, para ser trasladados al departamento de urgencias del Westfield.

—De acuerdo, pues —dijo al policía—. Dejo al marido en sus manos.

Y cuando estaba subiendo a la cabina se le ocurrió una idea.

—Quizá pueda entretener su indignación acusándolo de servirse de la policía para recoger información de carácter privado. Estoy seguro de que existe una ley que cubre este aspecto.

El agente sonrió débilmente.

—Muchísimas gracias.

Durante el trayecto de regreso al hospital, el hombre recuperó la conciencia. Se encontraba atado mediante sujeciones almohadilladas y solamente podía mover la cabeza. La enfermera Scott le colocó de manera que no pudiera ver el cadáver que había en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido un accidente.

Cerró fuertemente los ojos, como esforzándose en recordar.

—No me acuerdo de nada…

—No se preocupe, usted estará perfectamente.

—¡Irene!

Y al gritar aquel nombre enderezó la cabeza y el cuello, tendido como estaba en la litera.

—¿Dónde está Irene? ¿Se encuentra bien? ¡Dios santo!…

—Esté tranquilo —ordenó la enfermera Scott, que cuando era necesario sabía mostrarse enérgica.

El hombre dejó caer la cabeza sobre el apoyo almohadillado. Clavó los ojos en las luces mortecinas del techo de la ambulancia y pareció como si asomase a su rostro lentamente, a medida que iban transcurriendo los minutos, una expresión preñada casi de terror.

Nadie estaba preparado para lo que sucedía en la ambulancia, salvo el departamento de accidentados. Se había preparado una polea para el cadáver, pero se disimuló hasta el momento de sacar de la ambulancia al paciente conmocionado, todavía aislado de la visión del cadáver cubierto. Podía caminar sin ayuda de nadie y se trasladó a pequeños saltos hasta la puerta de entrada, rodeando con el brazo la espalda de la enfermera Scott.

Se encontraba apenas a medio metro de distancia de la puerta cuando de las sombras surgió un hombre armado con un cuchillo largo y grueso. Estaba agazapado y avanzó como un cangrejo asesino, con una expresión que recordaba las de los reclusos del departamento de psiquiatría.

—¡Cabrón! —gritó arremetiendo contra el paciente—. ¡Maldito hijo de perra!

Mary Scott, desprevenida, quedó inmóvil, con los ojos clavados en la punta del cuchillo, que se agitaba ante ella. Paúl, saliendo en aquel momento de la cabina, vio la situación, y comprendió enseguida que aquel personaje era ni más ni menos que el celoso e ingenuo *mister* Calder.

—¡Quédese donde está! —gritó a Mary Scott—. ¡No se aparte del paciente!

Paúl se hizo a un lado, ocasionando con la chaqueta blanca la creación de un punto móvil que Calder no podía ignorar ni siquiera en las condiciones de nerviosismo en que se encontraba. Calder se desplazó a un lado de Mary y la agarró por el hombro, haciendo rechinar los dientes y tratando de apartarla de su paciente. Paúl tragó saliva y saltó a un lado de Calder, agarrándolo por un tobillo mientras éste trataba de zafarse.

—¡Apártese! ¡Apártese de mi lado!

El cuchillo describió un arco, que Mary esquivó. El filo delgado fue a dar a un lado de la cabeza del paciente y le rozó la mejilla, seccionando la carne completamente y poniendo al descubierto la dentadura como en una demostración anatómica espeluznante.

Paúl introdujo sus dedos y atrajo hacia él la pierna que tenía agarrada, al tiempo, que saltaba hacia el hombre. Calder cayó de bruces junto a la puerta de la ambulancia. Sin dar tiempo a que nadie lo sujetase, volvió a levantarse

apoyándose en el peldaño de la ambulancia. Detrás de él, Paúl lo vio quedarse rígido. Tenía los ojos fijos en un zapato que asomaba por el envoltorio de plástico, colocado en el suelo de la ambulancia.

—¡Dan! ¡Cógelo!

Las enormes manos del irlandés agarraron a Calder por los hombros, pero el hombre se escabulló por debajo dejando únicamente el abrigo en sus manos y, enderezándose de nuevo, apartó a un lado el plástico que cubría el bulto. Su esposa se encontraba exactamente de la misma manera que había sido hallada en el coche. Calder echó la cabeza para atrás y por un momento pareció que iba a desplomarse, pero enseguida se irguió de nuevo, carraspeó y envió un salivazo a las piernas de la mujer muerta.

Dan y Bill lo sujetaron por los brazos y se lo llevaron. El hombre hecho un trapo, dejó que lo condujeran a través de las puertas que daban al departamento de urgencias. El cuchillo reposaba sobre el húmedo asfalto, con el filo manchado de sangre arterial.

Se tardó una hora en poner las cosas en claro. La policía se llevó a Calder, el cadáver de la mujer de éste fue conducido al depósito y se reconocieron y curaron las heridas que el amante acababa de sufrir. En el espacio de tiempo comprendido entre el momento de recibir la herida y su ingreso en el departamento, el hombre había perdido un litro y medio de sangre. Los músculos mayor y menor de la mejilla izquierda habían sido seccionados, así como la vena retromandibular y las arterias labial y facial superior. Paúl hizo lo que pudo para reparar aquellas maltrechas estructuras, ayudado por un asistente y la enfermera Scott. La parte más importante de la labor consistió en coser, poniendo gran atención en las líneas originales de tensión. Pese a ello, no había duda de que, aun habiendo puesto tanta atención en la restauración, el hombre llevaría toda su vida aquella cicatriz indeleble. Una vez terminado el trabajo, el hombre ingresó en un departamento quirúrgico para seguir bajo observación.

De vuelta a la cantina, donde Paúl decidió que había sonado la hora de tomar el desayuno y donde consumió dos huevos acompañados de una cantidad desmedida de bacon, Dan McGoldrick tomó tres tazas de té y dedicó veinticuatro minutos a exponer sus quejas contra la locura y el caos inminente que amenazaba a la Humanidad. Insistió en que se había perdido lo que antaño se consideraban virtudes, como consecuencia de haberse perdido aquello que las regía a todas ellas: la moral cristiana. Nadie lo contradijo; todos estaban a lo suyo, a excepción de Paúl que, por su parte también estaba muy ocupado dando cuenta de su desayuno; nadie hubiera sabido repetir ni

una sola frase. Bill estaba tan agotado que daba cabezazos aun sentado en la silla y la enfermera Scott había caído en profunda meditación. Era el final de un día perfecto pensó Paúl mientras se secaba las manos en la chaqueta. Muerte, destrucción, adulterio, celos e intento de asesinato, todo ello coronado por un sermón a cargo de un irlandés desilusionado.

Paúl todavía atendió otra llamada aquel día. Acompañado de Ferdie Nesbitt, Lester Hill y la enfermera Haxton, se trasladó a toda velocidad al patio de un garaje donde se había producido un incendio de gasolina. Uno de los mecánicos llevaba una lata abierta de gasolina a un coche averiado estacionado en la parte trasera del edificio. Por una de aquellas casualidades que explican la mayor parte de las tragedias provocadas por los incendios, de un puro que uno de los clientes, de pie a un metro del coche, llevaba entre los dientes, saltó una chispa que prendió el vapor que escapaba por la estrecha boquilla de la lata y que provocó la explosión de la misma. El mecánico, un muchacho de diecinueve años, quedó envuelto en llamas y, al correr y caer desplomado junto a un surtidor de gasolina, profiriendo gritos de terror y de dolor, las llamas que ahora consumían sus ropas y su piel prendieron en otro bidón colocado junto al surtidor.

Quizá fuera por la fatiga o por una leve laguna que apareció en su objetividad, o tal vez por una combinación de ambas cosas a la vez, que de pronto Paúl se sintió presa de una terrible náusea al ver la víctima. El muchacho estaba tendido sobare el cemento gris, rodeado por los charcos formados con la espuma del extintor, cual un adorno extravagante. El muchacho era todo púrpura y negro, a manchas irregulares. El rostro estaba quemado hasta tal punto que los labios habían quedado socarrados y adquirido el aspecto de un bistec duro refrito. Los cabellos habían desaparecido totalmente y Paúl sospechaba que lo mismo había ocurrido con los ojos. Pero lo más terrible de todo, lo que posiblemente desencadenaba en el estómago de Paúl aquella sensación nauseosa, más que las dimensiones del hecho y la destrucción provocada por el mismo, más que el olor que reinaba en aquel lugar, era algo que se ponía de manifiesto con la agitación de aquella forma carbonizada: el muchacho estaba consciente.

—¡No se queden aquí sin hacer nada!

No estaba bien que quisiera ocultar su malestar cebándose en la enfermera Haxton, pero ésta era la persona que estaba más cerca de él.

—¡Métanlo en la ambulancia! Prepare el plasma. ¡Rápido!

Mientras el chófer y el ayudante trasladaban al paciente, Paúl se dirigió a la parte trasera del edificio a grandes pasos y buscó el lavabo. Estuvo

mojándose la cara con agua fría por espacio de un minuto, hasta que sintió restablecerse la circulación dentro de su cabeza. Se secó el rostro con media docena de servilletas de papel y echó una rápida ojeada al espejo. Se vio como una versión de sí mismo con más años. No se paró a preguntar por qué motivo.

Ya en la ambulancia, ordenó a Ferdie regresar al hospital lo más rápidamente posible. Mientras el vehículo se abría paso a través de un claro entre el morboso círculo de mirones, la enfermera Haxton comenzó a preparar el equipo, en tanto Paúl se ocupaba de la botella de plasma.

—Quiero que se use en cantidad, enfermera. En gran cantidad. Uno de los factores de las quemaduras graves que acostumbra a pasarse por alto es la pérdida espantosa de líquido que ocasionan. Normalmente se estima que habría que administrar nada menos que unos dieciocho litros de plasma a la víctima en un tratamiento de urgencia.

Mientras el quemado iba absorbiendo plasma, Paúl se puso a inspeccionar cuidadosamente y con detalle aquella carnicería. El pecho, los brazos y las piernas estaban socarrados. La vida tenía que amar aquel cuerpo, pensó Paúl, para aferrarse a él a pesar de tanta destrucción. Apartó la parte de los chamuscados pantalones. El terror primigenio afecta a los médicos igual que, a los demás mortales. La gasolina, corriendo en chorros cauterizadores a lo largo de los surcos naturales del cuerpo, había formado un horno particularmente efectivo en las ingles del muchacho. Paúl se sintió impotente. De nada serviría querer combatir aquello, de nada serviría querer suprimir lo que ahora sabía y lo que otras veces conseguía olvidar: las quemaduras lo ponían enfermo, la sola visión de una ampolla en su propia mano le hacía temblar las rodillas y le cubría la frente de sudor. Y lo que más le afectaba cuando veía quemaduras en otras personas era que casi sentía el dolor que producían. Ninguna otra clase de herida desencadenaba en él aquella reacción. El muchacho seguía despierto, continuaba en el mundo, encerrado a cal y canto en su tumba de agonía.

Tragando saliva repetidas veces, pasó a la cabeza y examinó la boca y se puso a escuchar el ritmo de la respiración. Cuando se agachó sobre aquella abertura retorcida, con el oído a pocos centímetros, notó la respiración pero de pronto, con espanto, habló la voz, limpia, inerme al fuego, movimiento húmedo que se levantaba desde las profundidades de la garganta:

—¡Oh, Dios mío! ¡Duele!

Paúl se apartó y vomitó. Durante el resto del viaje permaneció de rodillas, apoyado a un lado de la camilla vacía.

Estaba en la residencia, tendido en la pequeña cama de la habitación que solía usar cuando estaba de servicio, cuando lo llamaron del departamento de cirugía para decirle que el muchacho había muerto. Era un final predecible, pero cada minuto de aquella vida había sido un cuchillo clavado en el costado de Paúl Avery. Lanzó un suspiro y colgó el teléfono.

¿Quién era él para decir que aquello era un bien, quién era él para saber que un hombre, una mujer o un niño estaban mejor si estaban muertos? Ni los médicos mejores son dioses. No poseen conocimientos excepcionales que les permitan saber si la muerte encierra una virtud o una ventaja. Era fuerte la tentación de hacer suposiciones, una tentación provocada por seres que sufrían y que depositaban su fe en hombres armados con estetoscopios, poderosos medicamentos y cuchillos sanadores. Cuando él tenía veintiún años, lo sabía todo. Tenía opiniones positivas. Ahora, en cambio, no estaba seguro de nada, signo probable de que los años le habían enseñado alguna cosa. Que un caso, un fallo en el muro que lo había obligado a compartir la agonía de un paciente, había provocado un diluvio mientras él yacía en cama. Aquellos niños, lo más puro de la Tierra, que no habían hecho daño a nadie, esparcidos como basura en la carretera, aquellas virtuosas monjas, rotas y descoyuntadas, aquella pobre mujer, probablemente obligada a buscar el sórdido romanticismo de una aventura en el asiento trasero del coche con un hombre, su cómplice, tan solitario como ella misma y el enloquecido marido, empujado a odiar lo que quedaba de aquella persona que tal vez fuera la única que él podía amar: toda la miseria que Paul Avery, en virtud del bagaje de su especialidad, se veía forzado a asistir. La ironía, una ironía que hubiera hecho risible la situación de no haber estado hasta tal punto preñada de dolor, era que él era uno de tantos, sujeto como ellos a los mismos percances y accidentes que sufre la Humanidad, a pesar de que los demás creyeran que, en virtud de un proceso sospechoso llamado de endurecimiento, él era un ser aparte.

En ocasiones como ésta —y no era la primera— sabía que la comprensión por sus hermanos seguía intacta, tan entera como si nunca hubiera vestido el blanco uniforme. Incluso sin sus normas humanizadoras, él seguiría siendo el mismo. Era un motivo para regocijarse y para lamentarse. Un médico demasiado compasivo sería tan poco eficaz como un carnicero que amara a los animales. La amabilidad y la simpatía por sus semejantes podrían resultar la erosión de la medicina efectiva.

Mañana todo habría terminado, sus sentimientos estarían a salvo bajo el cobijo mortal del procedimiento, de las obligaciones que le impondría el

trabajo, de la experiencia. El hecho de saberlo, de afrontarlo, de creerlo hacía que se sintiera mejor. Sus ambiciones serían incólumes al inoportuno asalto de la compasión. Y todavía había otra cosa —pensó, volviéndose a un lado y cerrando los ojos—, algo que lo alegraba vivamente: que aquella compasión que aleteaba en él no era en absoluto corriente y que precisamente lo que buscaba eran los caminos que no están trillados.

7

Entre el correo de la mañana que Ernie Hale había recogido para leerlo en el consultorio, figuraba una carta de su editor. Al ver el membrete, no quiso seguir leyendo; decidió reservar la carta para el final. Cualquiera que fuese el tema que tratase, pondría en ella toda su atención. El resto de la correspondencia estaba formado por la colección habitual de invitaciones para unirse a tal o cual grupo en vías de disolución, boletines de suscripción, circulares médicas y extractos solicitados en las revistas. Lo puso todo sobre sus rodillas y lo clasificó en dos montones, el que iría a la papelera y el que conservaría, mientras la primera de los tres pacientes que debía ver esta mañana se acomodaba en el sillón que tenía ante él. Arrojando uno de los montones de cartas en la papelera y dejando el otro sobre el escritorio, levantó los ojos y sonrió.

—Buenos días. La señora Young, ¿verdad?

Era atractiva, iba bien vestida y tenía ojos inteligentes. Era su primera visita. Por las notas del historial que había leído antes de que ella entrara, Ernie sabía que tenía treinta y dos años, que era la esposa de un maestro de escuela y que ella había sido también maestra. Su médico particular le había diagnosticado una ligera depresión y le había recetado Librium y, posteriormente, Noveril. No había quedado aclarado cuál era la causa del estado en que se encontraba aquella mujer, si bien se suponía que tenía problemas domésticos graves. El facultativo de medicina general basaba sus sospechas en el hecho de que ella siempre procuraba no hablar de la cuestión del marido y de los hijos, incluso cuando la acuciaban para que diera detalles en relación con su vida familiar. Los síntomas que la aquejaban, tal como ella los exponía, consistían en una inquietud vaga y persistente y en unos sentimientos de angustia. La habían enviado al departamento psiquiátrico de Westfield porque últimamente se quejaba de múltiples obsesiones. La señora Young se mostraba reticente en cuanto a detalles, pese a ser evidente que deseaba someterse a tratamiento para liberarse de algo. En la carta de recomendación, su médico informaba de que la mujer deseaba consultar con

un psiquiatra, aun cuando era excesivamente tímida o suspicaz para formular preguntas.

Todavía no había pronunciado palabra. Sólo asentía con la cabeza y sonreía sin más. Ernie podía leer en su rostro a qué clase de muchacha correspondía: estudiosa, bonita pero nada comunicativa, ansiosa de complacer y probablemente afectada por sentimientos de inadaptación. Esta clase de antecedentes no acostumbran a resolverse con el matrimonio; únicamente quedan al margen durante un cierto tiempo. Siempre reaparecen los rasgos principales.

—Me dice su médico que ha sufrido una cierta depresión y que en la actualidad se encuentra presa de una o dos obsesiones. ¿Quiere hablarme primero de estas obsesiones?

Ernie conservaba en su rostro una expresión agradable y, mientras hablaba, movía las manos, indicando con ello una actitud positiva (el movimiento de las manos siempre indica esto; era uno de sus viejos trucos de escenificación teatral).

La señora Young, poniéndose a la defensiva, se dejó resbalar unos centímetros en la silla al tiempo que enlazaba sus blancas manos sobre su regazo.

—En realidad, no sé cómo empezar…

—Empiece por donde quiera. No existen reglas para estas cosas.

La mujer pasó la punta de la lengua por el borde de los dientes superiores, gesto insignificante pero probablemente habitual en ella y que Ernie encontró incitante.

—Pues bien, está una costumbre que tengo en relación con las frases que oigo. Por ejemplo, ahora mismo la última palabra que usted ha pronunciado es «cosas». Pues inmediatamente yo comienzo a buscar palabras que rimen con esta palabra. Es algo que hago constantemente. Si estoy leyendo arruino la obra porque paso todo el tiempo haciendo lo que le digo. Si escucho la radio, pierdo el hilo porque me fijo en una palabra y me pongo a buscar todas las rimas que se me ocurren. Si me esfuerzo a no hacerlo, me siento culpable y tengo la impresión de que va a ocurrir algo malo.

—¿Puede ponerme un ejemplo?

—Ancho, Pancho, Sancho.

—Ya entiendo.

Entendía que un gran contingente de la energía mental de aquella mujer se canalizaba en aquella costumbre.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene esta costumbre?

—No sé. Siempre la he tenido pero, desde hace unos cuantos meses, se ha escapado a mi control. En la actualidad ha llegado a un nivel en que me resulta ya difícil soportarla.

—Comprendo, señora Young. ¿Qué otra cosa la preocupa?

—Pues, ideas extrañas. A veces, tengo la convicción de que soy la única persona del mundo que no está en posesión de un gran secreto. Todas las personas saben algo, algo importantísimo acerca de la vida, pero saben que no pueden decírmelo. Ahora me resulta facilísimo explicárselo, como me resulta fácil igualmente estimar que es una tontería. Pero en otros momentos, cuando estoy sola…

Ernie asintió con la cabeza, lentamente, con aire comprensivo, en actitud de disculpa, reconociendo ya el cuadro que iba dibujándose.

—¿Qué más?

—El miedo a la muerte.

Se miró a las manos y abrió al mismo tiempo los dedos.

—Tengo la terrible sensación, cada vez que comienza a perfilarse alguna cosa grata o incitante en el horizonte, que moriré antes de que ocurra o inmediatamente después de que se produzca si la disfruto en toda su intensidad. Y hay otras cosas más. A determinadas horas del día toco los objetos según un cierto orden. Deliberadamente compenso todo lo agradable con algo desagradable. Es como si… —y levantó las manos, enlazándolas debajo de la barbilla—… como si tratara de complacer constantemente a una persona o a una circunstancia y las condiciones para conseguirlo fueran haciéndose cada vez más difíciles.

—¿Cómo duerme?

—No demasiado bien. El médico me dio unas tabletas pero, aunque me descansaban, en realidad no me hacían dormir. Estaba siempre consciente a medias.

Ernie advirtió que la mujer iba poniéndose cada vez más tensa. Posiblemente, por el hecho de saber que su única esperanza estaba en un psiquiatra, sentía la angustia de que había que hacer algo.

—Señora Young, si usted me permite, voy a formular una predicción. Apuesto lo que quiera a que sabe ya cómo se comportará hoy cuando regrese a su casa… Se sentirá obligada a aumentar las tensiones, porque ha roto las normas al venir a visitarme y al esperar que yo voy a liberarla de las obligaciones que la obsesionan. Deberá imponerse un castigo. Después tendrá que desconfiar de mí. Yo soy como los demás. Estoy en posesión de un gran

secreto que no le pienso comunicar, o sea que estoy conchabado con el resto del mundo. No voy a ayudarla. ¿Caliente?

—Sí. Caliente.

—Déjeme decirle otra cosa. Sus obsesiones cumplen una función doble. En primer lugar, ocupan totalmente su intelecto, con objeto de que no se demore en la triste verdad, cualquiera que sea, es decir, la verdad que está en la base de sus angustias. En segundo lugar, estos pequeños hábitos y rituales la apartan de imponerse una penitencia por su falta de honradez moral. ¿Entiende? Es un círculo espantoso. Usted elabora las obsesiones para encubrir los hechos y después se sirve de estas mismas obsesiones para castigarse por no enfrentarse con la verdad. ¿Qué tal suena este diagnóstico apresurado?

Por vez primera desde que había entrado en el despacho, la mujer se distendió.

—Suena bien, doctor. Suena perfectamente.

La mujer parpadeó.

—Diría incluso que me parece exactísimo.

Parecía como si hubiera llegado a la meta tras larga y penosa carrera. Después frunció los párpados.

—¿No se considera que es el propio paciente quien debe elaborar la situación por su cuenta, manteniendo al médico simplemente tras su pista?

—Generalmente es así —Ernie sonrió—. Pero yo considero que usted no es la paciente típica. Señora Young, yo la considero un ser humano inteligente, normal, con un trastorno ligero, una persona que sufre las consecuencias de un problema muy común. En este momento usted se siente aliviada, tiene la impresión de que el problema, en cierto sentido, ha desaparecido. Y en un sentido, ha sido así. Al dejarme hablar, ha perdido las raíces. Pero, a menos que se enfrente con el problema verdadero que la afecta y lo examine e intente resolverlo, volverá a verse importunada por los duendecillos traviesos.

—¿Qué tengo que hacer, pues?

—Decirme enseguida qué la preocupa de verdad.

—Pero yo…

—Para evitar que el problema la asfixie. Esto es lo que tiene que hacer. Pero cada vez que se acerca a la cuestión, se interpone un muro. Es algo que ni usted misma se atreve a admitir.

Ernie puso las manos planas sobre el escritorio y las puntas de los dedos quedaron blancas con la presión que ejercía sobre la mesa.

—Lo que tiene que hacer para encontrar el camino que la saque de esta caverna de murciélagos es enfrentarse con lo que la tiene atemorizada. Nada más.

Su boca se movió, se abrió y la lengua de la mujer volvió a rozar los dientes, como en titubeante preámbulo.

—Mi marido…

—Venga. ¡Salga ya!

—Me parece que mi marido es homosexual.

La mujer se le quedó mirando con aire sorprendido.

—Supongo que ésta es la primera vez que admite lo que acaba de decir a nivel consciente.

—Sí.

—Y que no va a poder dormir a gusto cuando el subconsciente asome arrastrando la verdad con él. Tranquilícese, señora Young. Esto no es el fin del mundo. Si los que nos conducen por donde quieren saben racionalizar la bomba de hidrógeno, supongo que también podemos entender esta pequeña diferencia que afecta a su marido.

Para dejarle tiempo a recuperarse, Ernie garrapateó unas notas en una hoja de papel. Cuando levantó los ojos para mirarla, la vio hundida, pero en pleno control de su persona.

—¿Qué le hace pensar que su marido sea de esta manera?

Ernie no quería emplear la palabra homosexual; por la forma en que la mujer había reaccionado al pronunciarla, aquella palabra la disgustaba. Había pasado el momento de las impresiones. Ahora había llegado el de considerar las cosas de forma ponderada y exenta de emoción.

—Hace seis años que estamos casados. Creo que lo sé desde hace dos años. Al principio, procuré ignorarlo. Solía decirme que en realidad estaba celosa. Mi marido da clases particulares, ¿sabe usted?, y sus alumnos suelen ser muchachos muy guapos, generalmente adolescentes. Siempre que venía algún muchacho a casa, yo me daba cuenta de que en el ambiente flotaba una atmósfera que me excluía. Se encerraban en el estudio, reían y yo me quedaba fuera, sumida en mis dudas… aunque sin llegar nunca a formularme las cosas con claridad. A medida que las cosas iban haciéndose más flagrantes, supongo que yo me esforzaba más en engañarme. Pero un día, hará de esto algunos meses…

—Más o menos cuando comenzaron las obsesiones, ¿verdad?

—Exactamente. Dios mío, hasta en esto ha acertado…

—Continúe, por favor.

—Hace unos cuantos meses que entré en el estudio… Me obligué a hacerlo, fue como si caminara sonámbula, una reacción automática pero inevitable… George estaba sentado ante la mesa y leía un libro en voz alta y a su lado tenía a un muchacho, de aire muy dulce, casi una niña. Tenían las manos enlazadas sobre la mesa. Les pedí perdón y volví a salir. Todo cuanto pude ver fue la mano de George envolviendo la mano del muchacho.

—¿Cómo hizo para negarse esta realidad?

—Me dije que se trataba de un gesto paternal por parte de George. No quise pararme a reflexionar.

—No podía, además, ¿verdad? Porque usted era una persona sujeta a unos hábitos mentales.

Ernie echó una mirada al reloj.

—Señora Young, volveremos a hablar en otra ocasión. Más largamente. El encuentro de esta mañana sirve simplemente como introducción para el tratamiento. Pero, como le decía, usted no está enferma. Necesita simplemente alguien con quien poder hablar. Si discutimos a fondo esta cuestión, tengo la seguridad de que conseguirá establecer el contacto adecuado con la realidad y encontrará una respuesta, aunque sólo sea un arreglo.

—¿Un arreglo podría ser eficaz?

—¿Por qué no? Hay miles de personas que están en la posición de usted. Me figuro que su marido convive perfectamente con diversos compromisos. Usted lo ama, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí! Muchísimo…

—Bien, entonces. Estoy seguro de que una cierta sinceridad por ambas partes podría conseguir milagros. Intente convencerse de que usted no es una persona poseída por el demonio y de que en el hecho de que un hombre se sienta atraído por otros hombres no hay nada específicamente maligno. Desde el punto de vista social constituye un problema, qué duda cabe, pero lo mismo puede decirse de la caspa. No voy a decirle qué debe decidir. La decisión será el resultado de muchas cosas, de una serie de reflexiones. Yo pondré a su disposición mi experiencia y le prestaré oído. ¿De acuerdo?

La mujer se levantó, empujando la silla hacia atrás al hacerlo.

—Estoy sorprendida —dijo con voz tranquila—. ¡Hay que ver qué peso me he quitado de encima!…

—Pero también se ha echado otros sobre sus espaldas. De todos modos, puede estar segura de que a partir de ahora no la molestarán mucho aquellos entretenimientos mentales a que se entregaba. Ahora sabe en qué consisten y

por qué estaban donde estaban. La sinceridad mental es la mejor salvaguarda contra problemas de este género.

Y a continuación consultó el calendario del escritorio.

—¿El viernes próximo a las tres de la tarde?

—¡Estupendo! —le aseguró ella—. Adiós, doctor. Y muchas gracias.

Así que la mujer hubo salido, Ernie se sentó un momento y se quedó pensando en ella. A la hora de juzgar los dramas que se exponían en su consultorio desde la perspectiva que le daba su profesionalidad, resultaba a veces tremendamente razonable. En cambio, posiblemente si se encontrase en el caso de tener una esposa homosexual, sería otro cantar. Aquélla era una mujer estupenda, una buena persona; Dios, en su sabiduría, consideraba oportuno siempre arrojar basura sobre quienes no abrigan animosidad contra nadie. A los bribones como él solían, por el contrario, irles muy bien las cosas. Lanzó una ojeada a la carta que había recibido del editor, que había quedado sobre la mesa, y se puso a pensar en el libro. Había tenido el valor de decir a la señora Young que la sinceridad mental constituía una virtud curativa de gran poder, mientras que en otro aspecto se servía de una veta de insinceridad intelectual, hábilmente disfrazada, para impulsarse hacia los escarceos literarios. Por otra parte, su consejo con respecto a la sinceridad mental seguía siendo válido y Ernie lo basaba en su experiencia personal. Sin importarle qué pensasen los demás de él, Ernie procuraba siempre no engañarse a sí mismo.

Cogió la carta y la leyó.

Estimado doctor Hale:

Gracias por el envío de los capítulos revisados y el sumario de los capítulos en preparación. Encuentro sumamente interesante el material y tengo la plena seguridad de que mucha gente compartirá mi entusiasmo. Los temores que usted expresa con respecto a sobrepasar los límites me parecen totalmente infundados. Dado el ambiente moral que reina actualmente, una curiosidad sana puede satisfacerse sin contratiempos con sinceridad igualmente sana.

Hay algo que tal vez pueda interesarle: un tal Henry Madison, FRCS, ha mostrado interés por el libro. Parece que se enteró de su existencia a través de nuestra propaganda de las novedades. Se muestra interesado en diversos aspectos: contenido, argumento, etcétera. ¿Se trata de una especie de censor médico? Esperamos contestarle así que hayamos recibido respuesta de usted.

Con nuestros cordiales saludos,

Logan Miles,
editor.

—¡Maldito viejo!

Ernie pegó un puntapié a la papelera, se levantó y lanzó un segundo puntapié a la pata de la mesa. Paseó de un lado a otro del despacho dando puñetazos con una mano en la palma de la otra, después volvió a su escritorio y cogió el auricular del teléfono interior.

—Urgencias, por favor.

Comenzó a tamborilear con los dedos mientras aguardaba, fijando una mirada marcadamente hostil a la carta, que había quedado arrugada sobre la mesa.

—¿Oiga? Por favor, quisiera que avisaran al doctor Avery para que acuda al teléfono. Soy el doctor Hale.

A los pocos momentos hablaba Paúl desde el otro lado. Ernie le comentó la carta.

—Te lo dije, Paúl, ¿recuerdas? Se ha constituido en cazador de brujas oficial del hospital. Mete las narices en mis asuntos y puedes tener la seguridad de que lo hace en interés del sistema.

—Probablemente tenga razón.

Paúl se echó a reír, sumamente divertido.

—¡Y una mierda! Me tiene entre ceja y ceja, el muy marica. Va a convertir el asunto en cuestión disciplinaria antes incluso de que el libro se publique. Veo tempestad en el horizonte, pero quiero que el libro salga antes de que empiece el chaparrón.

—¿Por qué no hablas con él?

—No me parece procedimiento inteligente. Dejemos que se figure que tengo algo que ocultar. Dejemos que se imbuya completamente de su espíritu de cruzada. A él le gustaría que yo me las tuviera con él. ¿Por qué demonios este viejo matasanos no viene a verme y me dice lo que sea en la cara? Por qué no viene y me dice: «Oiga usted, he sabido que está escribiendo un libro. ¿Le importaría hablarme de este asunto?». ¿Qué hay de malo en esta manera de enfocar las cosas?

—Oye, Ernie, ¿quieres que hablemos de todo esto después? En estos momentos tengo sobre la mesa de reconocimiento un intento de envenenamiento y una cola en la sala de espera que va creciendo por momentos.

Hizo una pausa.

—Oye, esta noche doy una fiesta. Van a venir todos los del equipo de la ambulancia. Tenemos un permiso especial, yo incluido. ¿Quieres venir tú también?

El rostro de Ernie se iluminó.

—Magnífico. Me encantaría. Traeré una botella. Dos botellas. Escucha, ¿puedo traer a Cynthia?

—Si prometes no…

—Prometo no…

—De acuerdo, pues. Te veré alrededor de las ocho y media. Ernie colgó el aparato y volvió a ocupar su sitio detrás del escritorio. Cogió la carta del editor y se la guardó en el bolsillo. Madison: aquel nombre producía en él el mismo efecto que el puerco en un rabino. Era tabú, una zona de sensaciones desagradables. Fuera lo que fuera lo que aquel medicastro maquinase, Ernie estaba decidido a publicar su libro tal como lo había concebido; cualquiera que fuera el riesgo que corriera desde el punto de vista profesional. Que Madison se pusiera tranquilo y se metiera entretanto un dilatador en el culo.

Pulsó el timbre y, tras un momento, se abrió la puerta para dar paso a la pequeña *miss* Donovan, presa de terribles e irrefrenables impulsos de arrojar piedras a cuantas personas circulaban por la calle. Ernie se cruzó de brazos y le dedicó una sonrisa.

—Adelante, Mini. ¿A quién ha tratado de matar esta semana?

El gran estudio era más que un santuario, era un lugar que le infundía energías, un sitio donde se regeneraba, un cobijo donde Henry podía encerrarse para sentarse con un libro en las manos y quedarse medio leyendo, medio soñando, dejando que la calma fuera restañando las heridas que el día le había causado, brindándole la compañía civilizada de bellos libros, hermosos muebles, el fuego de la chimenea que actuaba en él con la suavidad de un bálsamo. En este cuarto había compuesto algunos de sus mejores discursos, en esta mesa georgiana había escrito aquella conferencia aclamada por la prensa profesional como «unas hermosas palabras en magnífico orden, unos sentimientos expresados con la precisión propia de la maestría de Madison y elevados gracias a la fuerza de su perspectiva».

Aquello había sucedido hacía quince años, pero la habitación seguía despertando en él las mismas sensaciones de entonces.

Tras despedir a su esposa en la puerta y dar unas cariñosas buenas noches a su sobrina antes de que ésta saliera a entretenerse en sus aficiones de niña,

entró directamente en su estudio. Para algunos hombres el sábado por la noche constituía una ocasión de reunirse con los amigos, de salir en busca de placeres. Henry Madison encontraba aquí sus placeres, dentro de su propia casa, dentro de los estimulantes confines de su estudio. Su invitada, la doctora Edith Roberts, no llegaría hasta dentro de una hora. Le satisfacía esperarla en esta habitación, imbuido de la tranquila y silenciosa atmósfera que reinaba en ella.

Tenía casi cinco mil libros. Algunos los había heredado de su padre, muchos los había adquirido en subastas y varios centenares los había comprado nuevos. Entre ellos se encontraba bien representada la literatura inglesa, que en conjunto ocupaba tres estantes completos entre enciclopedias y diccionarios, algunos de gran antigüedad. La medicina quedaba cubierta en todas sus ramas, salvo la psiquiatría, a través de una enorme serie de textos que iban siendo regularmente complementados. Había bellos y caros volúmenes sobre anatomía, anestesiología, bacteriología, dermatología, diagnosis, hematología, oftalmología, patología, fisiología… aparte de una de las colecciones particulares más nutridas de manuales sobre cirugía, entre libros de texto y tratados, que se conocían en Inglaterra.

Junto a la chimenea, en una pequeña estantería construida expresamente con este propósito, estaban los libros usados por Henry en sus tiempos de estudiante universitario. Cada uno tenía su importancia especial. Figuraba entre ellos una edición de 1930 de *Los signos físicos en cirugía clínica*, de Hamilton Bailey. Henry la había comprado a un compañero por cinco chelines porque éste necesitaba dinero. Con el tiempo aquel muchacho se había convertido en uno de los cirujanos más eminentes del país; en la hoja de guarda del volumen todavía podía leerse su firma, escrita de puño y letra. Junto a este libro había otros tres de notas manuscritas, regalo de un amigo de Henry que había decidido abandonar la medicina para militar en las filas de la Iglesia. Había también un anuario, en el que figuraban fotografías de todos los alumnos. Henry lo cogió y se puso a hojearlo. En su curso había dos chicas y debajo de la fotografía de una de ellas un compañero bromista había escrito en lápiz *Molitur per utramque cavemam* que, traducido aproximadamente, significaba: «se deja maniobrar por los dos orificios». Henry sonrió recordando al chistoso, que hacía ya tiempo había muerto. En aquellos tiempos hasta la misma vulgaridad se doblegaba a unas normas aceptables; entonces un hombre empleaba el latín con la misma facilidad con que ahora la mayoría se servían de la jerga americana. Por supuesto, siempre que el tal hombre fuera culto, tuviera una cierta entidad. Siguió inspeccionando el libro

y se encontró a sí mismo, joven, con la piel tersa, serio y despierto. Entonces lo tenía todo a su alcance, habían sido días magníficos, llenos de voluntad y capacidad de aprender. Dejó el libro y cogió un semanario. Si permanecía demasiado tiempo en aquel estante, provocaba una oleada de remordimientos y recuerdos de oportunidades frustradas.

Se sentó en un sillón de alto respaldo que había junto al fuego y desplegó la revista. Hoy en día todo era sensacionalismo. En otras épocas las revistas estaban impresas en papel de calidad, con tipos de imprenta que revelaban una dignidad acorde con el tema que trataban. Ahora no. Ahora todo se limitaba a estridentes titulares y a artículos reducidos a las dimensiones de simples párrafos. Su mirada se detuvo en un tema que captó su atención. La Asociación Médica Británica hacía una encuesta en torno a las pensiones. ¡Tamaña indignidad! La AMB descendía a la plaza del mercado para discutir sobre el hecho supuesto de que las contribuciones de las pensiones eran invertidas a ámbito nacional al cuatro y medio por ciento. El artículo ocupaba en la página más espacio que ninguno de los que se ocupaban de medicina. Pasó la hoja y encontró toda una página dedicada a consejos de carácter personal en relación con las inversiones. En la página opuesta aparecía un anuncio de media página referente a publicidad para las vacaciones, seguida de una lista ilustrada de juguetes a precios rebajados.

Henry dejó caer el periódico y se levantó. Todavía faltaba rato para que llegara la doctora Roberts. Revisó los estantes por si encontraba algo apropiado para la inquietud de su estado de ánimo. Necesitaba algo profundo, algo que lo estimulase a pensar y marcase la precisa distancia entre este momento y todos los contratiempos ocurridos durante la semana de trabajo. En ese momento captó su atención el pliego editorial de color azul llamativo que estaba sobre la mesa. Henry atravesó la habitación y lo cogió, sabiendo de antemano que la mejor manera de encontrar la calma sería afirmando su autoridad.

AVANCE DE NOVEDADES LISTA SENSACIONAL DE OTOÑO

Aquellos titulares lo llenaban de consternación: insolentes, vulgares rebuznos de vendedor de sensacionalismo. Era de por sí bastante lamentable, suficientemente deplorable, que se utilizasen tales técnicas en la promoción de cualquier artículo. Que una técnica tan propia de una feria se emplease, además, para fomentar la venta de un libro resultaba descorazonados Pero el verdadero impacto del anuncio estribaba en el párrafo que seguía a

continuación, párrafo que Henry Madison se había visto obligado a leer dos veces la primera vez que le había echado la vista encima.

Pemberton y Morris tienen el honor de anunciar la inminente publicación de Las ciénagas de la angustia, de Ernest Hale, obra escrita por un psiquiatra, actualmente en funciones, que levanta para el lector la tapadera de su consultorio. En ella desfilan con sorprendente detalle todas las descarriadas apetencias, los actos desviados y los sueños torcidos de psicópatas que comparten su vida con la nuestra.

Sádicos, violadores, lesbianas, masoquistas... además de muchos otros seres... hablan libre y abiertamente de sus actos y de sus horripilantes códigos morales. El doctor Hale no nos ahorra nada en este examen escudriñador de todas las miserias que se esconden en el corazón de tantas personas aparentemente «normales». Estos historiales clínicos exhaustivos van acompañados de comentarios claros y fácilmente inteligibles que por vez primera dan al lector profano una comprensión del funcionamiento de estas mentes extraviadas.

Publicación en octubre.

Había encontrado aquel folleto en la librería local y Henry había estado a punto de perdérselo. Gracias a que otro cliente se había adelantado al dependiente, el folleto había caído en sus manos. ¡Qué suerte había tenido! Aquello era una bomba.

El departamento de psiquiatría del Westfield General no estaba bajo las órdenes directas de Henry, si bien la autoridad genérica de que disfrutaba dentro de la jerarquía de la administración hospitalaria le otorgaba una cierta voz en el departamento que él llamaba de Magia Negra. El psiquiatra jefe, el doctor Freeman, era un hombre viejo y totalmente desinteresado de las cuestiones específicas de disciplina. Henry no lo consideraba sorprendente. Un hombre cuyo bagaje profesional consistiese en una serie de teorías infantiles y en un tratamiento peligrosamente irresponsable tenía forzosamente que ser impermeable a las exigencias de la ética médica. Freeman dejaba que su equipo hiciera lo que le viniera en gana. Hale, su ayudante, organizaba sesiones de terapéutica de grupo, conferencias de pacientes y sus horarios clínicos como mejor le convenía. Era un hombre que no tenía ningún respeto por la experiencia y en otros tiempos incluso se había atrevido a poner seriamente en entredicho una o dos decisiones de Henry. De

él sabía que era un bebedor, un libertino, un aficionado a la música popular y un pícaro redomado. La presencia de Hale entre el personal adscrito al Westfield era, para Henry, equivalente a una mancha de tinta en una valiosa y delicada pintura. O quizá —pensaba ahora— aquel Hale fuera un foco de infección puesto que, apenas había sido destinado al departamento de psiquiatría, Avery había sido destinado a su vez al de urgencias. Avery era otro que tal, igualmente iconoclasta, por lo que no era extraño descubrir que Hale y Avery eran íntimos amigos. O sea, pájaros de la misma pluma, emisarios del nuevo caos; de la misma manera que Avery había escarnecido la categoría de Henry y había logrado introducir aquel esquema suyo, propio para halagar a las masas, Hale se servía de sus méritos personales como palanca para alcanzar la popularidad. Entre los dos hacían mofa del mejor sistema médico del mundo y preparaban el camino para las hordas que los seguirían, las guerrillas clínicas que aplastarían el antiguo orden.

Henry contemplaba la lista de libros mientras se mordía pensativamente una partícula de piel muerta desprendida de su labio inferior. Tan pronto como dispusiese de más detalles en relación con este libro escrito por Hale, insistiría en hacer una investigación. Si aquel payaso había abusado de su posición para conseguir material, se las cargaría. Pero si no se había servido de las historias clínicas del archivo del hospital… se las cargaría igualmente. Westfield no se vería gravado con la carga de un buscador de gloria que vendía pornografía bajo el disfraz de la divulgación científica. Igual que también se desenmascararía a Avery, su compinche sería desenmascarado. Henry Madison tenía decidido que no consideraría demasiado extremo cualquier medio que tuviera a su alcance si, como resultado, lograba mantener la dignidad y la tradición del Westfield al igual que su jerarquía conquistada con tanto esfuerzo.

Edith Roberts llegó a la hora prevista. Henry la ayudó a sacarse el abrigo en el vestíbulo y le indicó el camino hacia el estudio. Llevaba una blusa de seda oscura de cuello camisero y una falda marrón a tablas. Era una muchacha muy bonita —iba pensando Henry mientras caminaba tras ella— y personificaba muchas de las virtudes embrionarias que la convertirían en miembro meritorio en su profesión. De todas las mujeres que habían formado parte de su equipo, aquélla era la que encerraba más promesas. Madison admitía un interés por ella que rebasaba lo puramente profesional, aunque consideraba que en un hombre de edad madura poco tenía de malo este complacerse en las gracias de una mujer atractiva. En esencia, lo que admiraba en ella era el cirujano inteligente.

—Tome una copita de jerez, doctora. Tiene agradables efectos en la circulación.

—Gracias.

Edith se sentó en el sillón de brazos que Madison le indicó y se quedó con las manos modestamente enlazadas sobre su regazo. Sus cabellos eran para él una sorpresa. Henry no la había visto nunca fuera del hospital con anterioridad a aquella noche y, para trabajar, Edith adoptaba un estilo que, sin ser severo, encajaba con la seriedad de su profesión. Pero esta noche se había soltado la cabellera y su melena oscura caía en suaves ondas enmarcando el perfil de su rostro y de sus hombros. A la luz tamizada del estudio, recortada sobre los suaves paneles y la riqueza de los cueros, resultaba maravillosamente hermosa. Henry recordó cómo reaccionaba siendo joven al ver a su Amy, cómo su sola presencia lo llenaba de torpeza y cómo se ponía a temblar sólo rozar su piel.

Tomaron el jerez en silencio; después Henry dejó su copa y se frotó las manos.

—Vayamos al grano, pues. Ante todo debo decir que le estoy muy agradecido por dedicarme el valioso tiempo de que dispone.

—Para mí es un placer, *mister* Madison. Se lo digo de verdad. La cuestión me fascina y estoy contenta de tener ocasión de participar en ella.

Henry se sonrió y sintió un suave calor que le subía cuello arriba; rápidamente se trasladó a su escritorio, temeroso de pronto de hacer el ridículo, Al faltarle el marco habitual donde ejercía su autoridad directa sobre Edith Roberts, tenía la impresión de que su relación era ligeramente distinta. Tomó una gruesa carpeta y la trasladó a la mesa que había frente a la chimenea. Inclinándose hacia Edith, le tendió una hoja de papel.

—Esto es el índice. Me temo que sólo se trata de un esqueleto. En este aspecto es donde su ayuda puede resultar más valiosa. Me refiero a añadirle la carne, para decirlo de alguna manera.

Había hablado con Edith sobre el libro una semana antes y el miércoles, para dar una pausa a su depresión, le había pedido si querría ayudarlo en la preparación del índice. A ella le había agradado la proposición, al parecer. A su manera, a Henry le había halagado que le pidieran que hiciera el libro. Hacer una obra original que llevara su propio nombre hubiera sido en realidad más satisfactorio pero, por una u otra razón, jamás había sido capaz de producir más de unas pocas páginas en las numerosas ocasiones en que lo había intentado. El libro era un texto estándar, escrito por *sir* Owen Lethbridge, que había fallecido hacía un par de años. Era precisa una revisión

masiva de la obra y, como llovido del cielo, un conocido que tenía conexiones con el mundo editorial había pedido a Henry que se hiciera cargo de aquella labor. Le había asegurado que su nombre figuraría en la portada. En ella diría: *Principios de cirugía para la estudiante de enfermera*, por *sir* Owen Lethbridge, revisados por Henry Madison. Siempre existía la posibilidad de que un crítico sagaz observara lo mucho que de nuevo había incorporado Henry y no era demasiado esperar que se considerase una obra prácticamente nueva.

—Me temo que el índice antiguo no vaya a servirnos de nada. Lo que yo querría que hiciera usted es que se leyera todos los artículos, tomase nota de la mención específica de las condiciones y la técnica e hiciese referencia al número de la página. Las pruebas están todas en la carpeta.

Edith se incorporó en el sillón y se puso a ojear las galeradas. Las ilustraciones eran admirables. Su jefe había suprimido todas las antiguas, que había sustituido por fotografías en color y en blanco y negro procedentes de su propia colección, aparte de algunas procedentes de los archivos de colegas suyos. La obra constaba de cincuenta capítulos, que abarcaban seiscientas cincuenta páginas. Madison debía haber dedicado meses enteros a este trabajo. Edith había visto la obra original y, a su lado, ésta resultaba completamente nueva. La actitud defensora de Edith respecto a Madison se veía reforzada con la envergadura de aquella empresa. Prácticamente, todas las personas que conocía, desde las enfermeras jefes a los médicos, tenían una lista de quejas contra *mister* Madison. Se quejaban sobre todo de que estaba chapado a la antigua, de que era pedante, dictatorial, tenía mal carácter y falta de lógica. Edith había observado que nadie se había tomado nunca la molestia de dedicarle un elogio por su dedicación, por sus facultades, por su preocupación para ponerse al día ni por su esfuerzo por cargar con el trabajo más duro en un momento de la vida en que hubiera podido delegar fácilmente a otros aquellos cometidos de carácter quirúrgico que le resultasen más desagradables. Cuando Edith era estudiante se imaginaba siempre al cirujano tal como era Henry Madison: alto, digno, estricto, rebosante de talento. Así era su jefe y ella lo admiraba más de lo que hubiera sido capaz de confesar a nadie. Él le había enseñado muchísimas cosas y ahora coronaba todas las enseñanzas que le había ofrecido brindándole su participación en la revisión de aquella obra. Edith no imaginaba siquiera poder negarse a dicha colaboración. Por supuesto que le hubiera gustado estar con Paúl, pero Edith no era demasiado aficionada a las fiestas y a Paúl volvería a verlo el lunes. La

posibilidad de pasar unas horas en compañía de un cirujano de la talla de Madison no era cosa de todos los días.

Estuvieron trabajando de firme durante un par de horas. Mientras Henry revisaba las pruebas y hacía las correcciones oportunas, Edith recorría todas las secciones, anotando y numerando. De vez en cuando Edith le consultaba alguna cosa y él, desde su asiento, al otro lado de la chimenea, ponía los puntos sobre las íes con palabras escuetas, articuladas suavemente. Entre los dos creaban una atmósfera de laboriosidad tranquila y, llegado el momento de marchar, Edith se sintió contrariada.

Henry volvió a ofrecerle otro jerez antes de dejar la casa y Edith aceptó. De pie ante la chimenea, sintiendo un grato calor en la espalda, se sentía invadir por una vieja complacencia que databa de la infancia: vivir en una casa como aquélla, ocultarse en sus dobleces, absorber su enorme potencia. La casa y el hombre eran una para el otro, pensó Edith. A ella le gustaban las cosas estables y la gente estable: la constancia significaba seguridad. En aquel estudio sentía el carácter que creaban la forma y la edad del edificio y al mismo tiempo tenía conciencia de cuánta parte de su persona había cedido Henry Madison al ambiente. Edith había estado esperando aquella velada. Ahora, cuando estaba por terminar, sentía como si no hubiera sabido extraer todo el jugo de cada uno de aquellos momentos. Sin embargo, no había ocurrido nada espectacular. Un hombre y una mujer se habían sentado juntos para trabajar en una misma cosa: eso era todo.

—¿Cuándo podrá volver a venir?

Edith había observado con placer que aquel índice tardaría bastante tiempo en terminarse.

—¿El viernes próximo, quizá?

Madison había colocado de nuevo los papeles en la carpeta y, al volverse, Edith descubrió en el brillo de sus ojos algo que no había visto nunca hasta entonces.

—A la misma hora, si le parece. —Perfectamente, *mister* Madison.

Edith tomó otro sorbo de jerez y exhaló un suspiro.

—Es una casa maravillosa. ¿Vive usted sólo con su señora?

—Tenemos una sobrina, Katie, que está con nosotros desde que quedó huérfana. Me complace que le guste la casa. Hace muchos años que vivo en ella y nunca me he cansado.

—Es la casa de mis sueños —dijo Edith con una sonrisa—. No me refiero a que sea ésta la casa con que yo haya soñado específicamente. Pero las casas como ésta me han fascinado siempre. Incluso ahora, mis sueños de seguridad

siempre tienen como telón de fondo una casa sólida como ésta. Supongo que esto significa que soy, básicamente, una persona insegura.

Madison aspiró aire por la nariz y tomó un sorbo de jerez.

—Si yo tuviera que hacer caso de lo que dicen los psiquiatras, supongo que sería esto lo que indican sus sueños. Pero yo, personalmente, me inclinaría a pensar que los sueños de las personas son tan fortuitos y carentes de sentido como la forma bajo la cual se nos presentan.

En otras ocasiones había escuchado las opiniones de Madison sobre psiquiatría.

—Supongo que tiene razón.

Cruzó la habitación en dirección al escritorio y cogió el folleto azul que había estado leyendo antes de que llegara Edith.

—Para volver sobre la cuestión de los curanderos, ¿estaba enterada de esta noticia? Parece que el doctor Hale se ha lanzado a la carrera del periodismo sensacionalista.

Edith leyó el anuncio.

—Es terrible.

Hablaría del asunto con Paúl. Si éste sabía algo de aquel libro, no lo había comentado con ella.

—La gente de su calaña son un oprobio para la profesión —murmuró Henry, volviendo a dejar el folleto en el sitio de antes—. Y lo malo es que no se limitan al campo de la psiquiatría.

Madison vació la copa.

—Ninguno de los dos hubiera tenido que ser admitido en Westfield.

Edith no lo entendió.

—¿Quién es el otro?

—¿Cómo? Pues Avery, por supuesto. La estrella del departamento de urgencia. Tiene las condiciones perfectas para un maestro de ceremonias y, en cambio, le falta el decoro esencial para ser médico.

Henry se pasó la mano por el cuello y miró directamente a Edith.

—Estos hombres constituyen la triste glosa de la degeneración de todos los estamentos.

Edith pensó que era extraño que no estuviera al corriente de la relación que la unía a Paul Avery. Era evidente que ellos no hacían una excesiva exhibición de sus relaciones cuando estaban en el hospital, pero Henry Madison poseía una percepción muy aguda. Le pareció que había aquí bastante subterfugio. Edith no sabía qué actitud tomar. Sabía de las objeciones que había puesto su jefe a la ambulancia pero hasta ahora no se había dado

cuenta del bajo concepto en que tenía a Paul Avery como persona. Sintió que disminuía en ella aquella sensación acogedora que le daba la casa, cosa que la entristeció al mismo tiempo. Era una reacción suya, nada más. Para conservar las gratas sensaciones de antes, Edith trató de apartar aquel conflicto de su mente. Amaba a Paúl y admiraba a Henry Madison. No había otra cosa y cualquier predominio de un aspecto sobre el otro provocaría tan sólo una atenuación o tal vez una pérdida.

Afortunadamente, parecía que Madison había abandonado el tema.

—El libro en que estamos trabajando va a cubrir una necesidad imperiosa —dijo Henry—. Hace tiempo que falta un texto detallado para uso de las enfermeras.

Había dicho «estamos trabajando». Aquello había gustado a Edith, era el indicio de que consideraba aquella labor desde el mismo ángulo que ella: una colaboración. La sensación de bienestar que la había invadido volvió casi al mismo nivel anterior.

—Haré cuanto esté en mi mano para que mi pequeña participación pueda considerarse un éxito completo.

—Estoy seguro de que así será.

Madison se paró ante ella, mostrando en su expresión una accesibilidad más grande que nunca.

—Permítame decirle, doctora Roberts, que he encontrado en usted una colaboradora muy estimulante. Ha sido una velada estupenda.

Las mejillas de Madison estaban rosadas y Edith notó también calor en las suyas.

—Para mí también ha sido un placer.

Ya en la puerta, la contempló hasta que Edith estuvo dentro del coche; después cerró la pesada puerta de roble y volvió a su estudio. Mientras ordenaba las copas y arreglaba los papeles que había sobre su escritorio pensó que quizá se había excedido un poco. Había cedido a un impulso repentino, un impulso muy fuerte de un tipo que normalmente evitaba. El rostro de Edith, sus ojos sobre todo, le mostraban tanta simpatía… era como encontrarse ante alguien que conociera íntimamente desde hacía muchos años. Sentía hacia ella un gran afecto. Estaba seguro de que no la había molestado ni ofendido en absoluto. Al tiempo que se permitía esperar que ella también lo hubiera pasado bien en su compañía.

Se oyó girar una llave en la puerta de la casa y el hombre se enderezó, sacudiendo bruscamente la cabeza. Debía ser Amy. Llegaba justo a tiempo

para evitarle descender hasta algún sueño indigno. Pensó que seguramente aquello tenía mucho que ver con la edad.

8

Paul había retirado prudentemente todas las cosas frágiles de la sala de estar antes de la llegada de los invitados. Poseía la rara habilidad de destruir los objetos delicados que tenía y esta noche, en que daba una fiesta a gente cuyas costumbres en tales ocasiones desconocía completamente, no quería correr el riesgo de una catástrofe importante. Las únicas cosas que corrían peligro eran el tocadiscos y el altavoz. Dejando aparte estos dos elementos, la sala había quedado reducida a un número mínimo de asientos y a una gran extensión de alfombra totalmente despejada. Había retirado igualmente las lámparas de sobremesa y la ingeniosa lámpara giratoria que Edith le había regalado. Aun a costa de perjudicar el ambiente, había decidido arreglárselas únicamente con la lámpara central del techo. En la cocina tenía las bebidas y los bocadillos, así como bollos y pasteles suministrados por un servicio especializado del barrio. A las ocho Paúl se afeitó y se puso unos pantalones negros, un suéter holgado y mocasines blancos. Por un momento, al contemplarse en el espejo, le pareció encontrarse nuevamente en su tierra, a punto de lanzarse a una juerga estridente de las que solían darse en la universidad. Aquellos treinta y cinco años que tenía había que admitir que los llevaba bien.

Los dos primeros en llegar fueron los dos ayudantes: Bill Davis y Lester Hill. Iban ataviados con sus mejores galas y venían cargados con una bolsa grande llena de latas de cerveza y otra más pequeña que contenía una botella de *gin* y media botella de vodka.

—Nuestras mujeres creen que hemos ido a una reunión del gremio —explicó Lester colgando el abrigo en el recibidor y echando una mirada a su alrededor—. Por supuesto que les ha costado un poquito tragárselo, siendo sábado por la noche, etcétera, etcétera. Pero me parece que los trajes y las corbatas han acabado por convencerlas.

Paúl Comenzó a descargar las latas y amontonarlas sobre una mesilla de ruedas.

—¿A sus mujeres no les gustan las fiestas?

—No si ellas no van —refunfuñó Bill—. Y si van ellas, entonces no nos gustan a Lester ni a mí.

Pasaron a la sala de estar.

—Acomódense, amigos. Voy a preparar algo de beber. ¿Qué será?

—Cerveza —dijo Bill—. Una grande.

—Lo mismo —añadió Lester—. Una grandota.

Con los vasos en la mano, los dos hombres revisaron el montón de discos de Paúl, evidenciando mientras lo hacían un aire cada vez más desalentado.

—No tiene nada de lo que nos gusta.

Lester movió la cabeza con aire decepcionado.

—No vamos a comer ni un rosco. Todo este *jazz* está fabuloso, lo admito, pero cuando voy de picos pardos me gusta la música apropiada. Ya sabe… Glenn Miller, las hermanas Andrews y cosas por el estilo.

Paúl sonrió irónico.

—Oiga, ¿cuándo demonios ha sido la última vez que ha ido a una fiesta? Todos estos que ha nombrado se jubilaron durante la guerra.

—No se ensañe, doctor. Ya sabemos que estancos pasados de moda.

Lester cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—Ponga algo que haga ruido, entonces.

Por encima de la retumbante melodía de un número de Ramsey Lewis, Paul oyó el timbre de la puerta. Al otro lado de la misma aparecieron Mary Scott y Ellen Haxton.

—Adelante, muchachas. Acaban de llegar las dos artistas del equipo.

Así que se hubieron quitado los abrigos, las muchachas entraron en la sala de estar, detrás de Paúl, acompañadas de los silbidos de admiración de Lester. Bill se limitó a moverla cabeza cómo asintiendo a su compañero. Ellen Haxton llevaba un vestido negro, muy corto y ceñido, que revelaba por vez primera que poseía una figura muy bella. Se había peinado los cabellos cortos en dos bandas tirantes a ambos lados de la cara y, también por vez primera en los anales de los recuerdos de todos, iba maquillada. Con todo, pese a aquella Ellen más vistosa que de costumbre, Mary Scott resultaba espectacular. Llevaba su roja cabellera peinada según un estilo que Paúl había oído cierta vez describir a Ernie como «peinado a base de gusanos frenéticos». Su cabeza estaba cubierta por toda una serie de pequeños rizos, ahuecados y sueltos. Se había pintado los ojos a base de bien, echando mano de unas sombras verdes que terminaban en el blanco por debajo de las cejas, mientras que su boca era una obra erótica de cálidos rojos fulgurantes. Llevaba un vestido suma mente tenue, como una segunda piel, azul oscuro y verde pálido, con un enorme

escote que ponía de manifiesto el canal que se abría entre sus pechos hasta un nivel que Paúl no contemplaba a desde hacía años. No llevaba medias y sus pies desnudos estaban calzados por diminutas sandalias, atadas con una tira de cuero en el tobillo.

Tras reaccionar ante aquella aparición, dijo Paúl:

—¿Qué tomarán las señoras?

—Yo tomaré un *gin-tonic*, si es posible —respondió Mary— y si, además, guarda por aquí una lata de aire fresco, tráigala, para, ver si conseguimos librarnos del olor a naftalina que reina en la casa.

El rostro de Lester se mostró ofendido al tiempo que se pasaba los dedos por la solapa, como a la defensiva.

—El traje no tiene más que dos años, encanto.

—¿No tenían su talla?

Paúl tocó con el codo a Ellen Haxton. Esta seguía de pie junto a Mary, con aire torpe e incómodo.

—¿Qué le gustaría tomar?

—Bueno, la verdad es que yo no bebo. ¿Tiene algún zumo de frutas?

Todos se quedaron mirándola.

—Sí, por supuesto —contestó Paúl rápidamente—. Zumo, importado y, además, tengo un montón de otras cosas… como bitters y muchas bebidas más. ¿Le va?

Ellen asintió con la cabeza y Paúl se dirigió a la cocina, donde preparó un *gin-tonic* y un zumo de naranja con una ración de vodka. La idea de tener delante toda la noche a una Ellen sobria y tiesa como un palo era superior a sus fuerzas. Paúl volvió a entrar y distribuyó las bebidas.

—Venga, ¡a beber! Esta noche no hay llamadas de urgencia, lo prometo.

Por razones de mantenimiento, la ambulancia debía permanecer un día por semana sin rodaje y Paúl había arreglado las cosas para que dicho día fuera precisamente hoy. En caso de urgencia importante, el mantenimiento debía posponerse y entonces toda la unidad pasaría a disposición de otro equipo, ajeno al que normalmente se encargaba de ella.

Dan y Ferdie llegaron a los pocos minutos, Ferdie traía algo de vino y una enorme lata de cerveza. La contribución de Dan consistió en media botella de *whisky* irlandés. Todos pusieron cara de vinagre, por lo que Dan exclamó sonriendo irónicamente:

—Sabía que pondríais esta cara. Es una bebida demasiado buena para malgastarla con salvajes.

Paúl espió a Ellen Haxton por el rabillo del ojo mientras iba y venía por la habitación con vasos y bocadillos. Se había tomado casi la mitad de la bebida, a pequeños sorbos, y la cosa había ya comenzado a hacer su efecto. Debajo de los ojos habían asomado unas pequeñas manchas rosadas y se la oía reír coreando una observación de Ferdie a Dan con respecto a que en su tierra usaban el *whisky* irlandés para la reducción de cabezas.

Ernie anunció su llegada con un tremendo escándalo de golpes en la puerta; cuando Paúl le abrió, la cabeza de Ernie se introdujo por el marco, borracho como una cuba y con los ojos turbios.

—¿Es ésta la casa?

Entró en la sala con los brazos abiertos, una botella en cada mano y dejando a Paúl junto a la puerta abierta.

—La fiesta espero que sea un éxito —exclamó Ernie—. Acaba de llegar Ernesto el Taciturno.

Dio una vuelta completa a la sala y volvió al vestíbulo, entregó las botellas a Paúl y parpadeó.

—Cynthia sigue en el coche. Está pintándose.

—¿Ya estáis así?

—Me hiciste prometer que no haríamos tonterías en la fiesta. Me he tomado las precauciones necesarias.

Hinchó las mejillas y soltó aire ruidosamente por los labios fruncidos.

—No sé cómo estará Cynthia, pero yo ya tengo bastante.

Los mal abrochados zapatos de Cynthia resonaban en la oscuridad, a poca distancia de la puerta, por la que apareció de pronto, roja como la grana y con el mismo aire de calamidad pública que le era habitual. A Paúl le recordaba aquellas chicas de sus tiempos de estudiante que ponían a los compañeros sobre ascuas. Rubia, con pechos enormes, caderas anchas y eternamente sugerente, ofreció la mejilla a Paúl al tiempo que rozaba lentamente con las uñas el rostro de Ernie.

—Gracias por volver a invitarnos —dijo Cynthia.

Aquel emparejamiento posesivo que había en sus palabras, aquel «invitarnos» pronunciado con la naturalidad y la indiferencia que emplea un miembro permanente de una relación permanente, hicieron pensar a Paúl que aquella muchacha permanecería poco tiempo en el horizonte. Lo que Ernie temía más en el mundo era verse asfixiado en manos de una mujer. Ya tenía bastante con los casos del consultorio.

—Pasad, pasad. Conoceréis al clan.

El grupo se conocía ya. A todo el mundo le gustó Ernie, incluso a la retraída Ellen Haxton, pero era evidente que a Lester, Dan y Mary Scott no les entraba Cynthia. Probablemente la conocían ya todos y cuando el personal de un hospital marca una distancia con uno de los compañeros, la actitud suele obedecer a tres razones: celos, miedo a verse humillados o precaución suscitada por determinados rumores. Posiblemente en aquel caso actuasen las tres razones de consuno. Mary Scott, aun habiéndose ganado el calificativo de provocativa por méritos propios, era una muchacha inteligente que sabía establecer toda una serie de barreras en cuanto a su conducta. Delante de Cynthia, capaz de atraer más hombres únicamente por evidenciar todos los signos de la inmoralidad total, es indudable que Mary debía experimentar el irremediable fastidio de quien se enfrenta con alguien capaz de saltarse todas las barreras con el solo objeto de marcar tantos. Dan, persona afable pero angulosa en cuanto a conducta, vería todas las posibilidades de ser objeto de una tomadura de pelo, experiencia que los hombres de su clase no soportan fácilmente, mientras que la cautela de Lester estaría apoyada por los exagerados comadreos de mecánicas y doncellas del hospital, a quienes les encantaba pasar junto a los escándalos de una mujer ligera de cascos para demostrarle que estaban totalmente entregadas a sus deberes. Paúl esperaba que Ernie y Cynthia se mantuviesen unidos, en bien de la armonía general.

Para anunciar el inicio de la fiesta, Paúl propuso un brindis en honor del equipo y de su devoción al deber. Ernie lo siguió con otro, en honor de Paul Avery y de sus ángeles ayudantes.

—Un equipo móvil y que merece tener éxito.

Paúl se hizo con un álbum de discos de la Tamla Motown e instó a todo el mundo a que se acomodara en el suelo. Su objetivo tenía en parte carácter terapéutico. La gente cuyo trabajo obliga a estar en contacto con el sufrimiento y el dolor necesita esparcimientos violentos y liberadores. Cuando trabaja pone en juego tantas facetas de su mente y tantas emociones que cualquier actividad que comprenda una participación puramente física, que sea una reacción simple a unos estímulos simples, ofrece a aquellos aspectos de su personalidad más responsables y más agobiados la oportunidad de distenderse y de volver a recuperarse. En los tiempos de estudiante de Paúl circulaba entre los más veteranos la teoría de que, cuanto más inteligente es una enfermera, más dispuesta está a tumbarse. Por supuesto que esta teoría no siempre se verificaba, como él mismo podía atestiguar, pero subsistía el hecho de que aquellas personas acostumbradas a una vida que se desarrolla a un

ritmo de alta frecuencia prefieren pasatiempos más propios de los niños revoltosos o se comportan como glotones sexuales.

El baile estuvo bien. Ferdie hizo una demostración de coreografía de tipo afro libre, totalmente desvinculada de la tradición y en consonancia con su cuerpo longuilíneo y ágil. Lester, con Mary Scott por pareja, se encargó de una torpe pero cómica farsa del baile de salón convencional, en tanto los demás —a excepción de Ellen Haxton— se movían por la habitación interpretando cada uno la música a su manera.

Paúl se dirigió a Ellen y tomó el vaso de sus manos. Era su segundo zumo de frutas espurio y, pese a seguir mostrándose retraída, estaba mucho más distendida que nunca. Antes de que tuviera tiempo de negarse, Paúl la había atraído hacia él y, rodeándole con naturalidad la cintura con sus brazos, la había obligado a un ritmo que Ellen no tuvo más remedio que seguir acompañándose de suaves movimientos de pies y espaldas.

—Me parece que no tiene mucha costumbre de salir, ¿verdad? La escasa bebida que había tomado permitía a Ellen sostener la mirada de Paúl.

—No, no mucha.

—¿Por qué?

Paúl consideró el momento muy propicio para romper algo del hielo que la envolvía. Cuando Ellen se esforzaba en mirar abiertamente la cara de otra persona, estaba verdaderamente bonita.

—No me llevo demasiado bien con la gente.

—Pues si se esforzase un poquito, el resultado sería bueno.

—No hay incentivo —repuso Ellen.

—¿Quiere decir que en realidad no cree que se pierda nada de particular?

—Poco más o menos.

—¿Lo pasa bien ahora?

—Muy bien.

—De acuerdo. Aprenda entonces a necesitar divertirse.

No añadió nada más. De manera gradual, mientras se movían en lento círculo en torno a los demás, Paúl iba estrechando sus brazos alrededor de ella, la iba aproximando cada vez más, saboreando la idea de que a lo mejor estaba bailando con una virgen de verdad. Su rostro simétrico, por lo general tan distante, había experimentado un cambio que se traducía en una disminución de la tensión en los ángulos de los ojos, al tiempo que Paúl apretaba adrede el tórax contra los pechos de Ellen y observaba cómo los labios de la muchacha se abrían ligeramente y sus párpados caían vencidos. Aquella muchacha funcionaba químicamente bien. Paúl jugaba con la idea de

que la chica rebosase frenesí sexual y fuera un verdadero demonio en la cama. Sin embargo, podía equivocarse. Las muchachas de las características generales de Ellen, de su temperamento y edad, solían ser lentas y metódicas y tratar el acto sexual como algo que había que manejar con grandes precauciones para evitar daños mayores. Mientras Paúl frotaba las rodillas contra los muslos de Ellen, se puso a pensar que esta noche sus pensamientos estaban adquiriendo matices particularmente lujuriosos. Suponía que ello tal vez obedecía a que no estaba presente Edith, ni sus ojos clavados en él.

Pasados treinta minutos se hizo una pausa. Se renovaron las bebidas y Ernie Hale anunció que se nombraba artista del *cabaret*. Cynthia, que estaba como una cuba, se encontraba sentada en el suelo con los brazos en torno a una de las piernas de Bill Davis. Este permanecía sentado, más tieso que un palo, como si estuviera bajo el influjo de una serpiente hambrienta. Mary Scott se apoyaba en la puerta, alta y sonriendo todo el tiempo, mientras los demás se apelotonaban en el enorme sofá para contemplar la compacta figura de Ernie, que se adueñaba del centro de la habitación.

—En primer lugar —dijo— un hecho mágico que tiene confundidos a científicos y místicos por igual. Necesito la ayuda de una dama.

Mary Scott se ofreció voluntaria al momento. Ernie la situó ante él y la puso al corriente de lo que pensaba hacer.

—Voy a colocar los dedos índices de ambas manos sobre sus párpados cerrados. Quiero que mantenga los ojos abiertos hasta que esté casi a punto de tocarle los párpados y que entonces los cierre con fuerza. Durante el período de tiempo que dure este contacto místico, la visitará un espíritu extraño.

Mary ocultó las manos a la espalda en tanto Ernie hacía una complicada exhibición de desánimo al encontrarse con sus pechos a pocos centímetros de distancia de la nariz. Cynthia no se rió con los demás; sólo esbozó una mueca de disgusto con los labios y se agarró con más fuerza a la pierna de Bill. Paúl se preguntó si aquello no sería el delgado filo de la cuña. ¿Acaso Ernie estaba comenzando a desprenderse de Cynthia y se servía de la fiesta como pretexto? Los sentimientos posesivos, como cualquier tumor, debían extirparse en el período inicial si quería conseguirse la curación completa. Sería interesante ver lo que ocurría.

—Ahora fíjese en las yemas de mis dedos.

Ernie levantó las manos, con los dedos curvados hacia abajo y los índices apuntando directamente a los ojos de Mary. Comenzó a desplazarlos hacia adelante y, cuando estaban a menos de dos centímetros de las pupilas de Mary, ésta cerró los ojos. Ernie bajó inmediatamente una mano y extendió el

segundo dedo de la otra tocando los párpados de Mary con dos dedos de la misma mano. Que Mary supiese, Ernie tenía ambas manos ocupadas. Manteniendo el contacto con las yemas de los dedos, Ernie levantó la mano libre y rozó el hombro de Mary. Esta dio un respingo, mientras Ernie ponía rápidamente la mano libre junto a la ocupada y dejaba de presionarle los párpados. Desde el punto de vista de Mary, la ilusión era perfecta. Había visto apartarse las dos manos de su cara, las dos manos que ella creía estaban presionándole los ojos y, sin embargo, había algo que la había tocado… y junto a ella no había nadie más.

Todos mostraron su regocijo, salvo Cynthia, que adoptó un aire aburrido, exageradamente aburrido, lo que indicaba que se sentía extremadamente celosa. Ernie hizo una reverencia y se ofreció a repetir el experimento.

—Sí, vuelva a hacerlo —dijo Mary—. Casi no puedo creerlo, í De nuevo, a último momento, bajó una mano y dejó reposar sobre los párpados de Mary dos dedos de una misma mano. Esta vez Ernie rozó la cintura de Mary con la mano libre y se la pasó con fuerza por las caderas. Cuando Mary abrió los ojos, lo vio retirar las dos manos con los dedos índices apuntando hacia ella. Dan McGoldrick se desternillaba con tan buenas ganas que derramó parte de la bebida. Era digna de ver la sorpresa de Mary.

—Oiga, hágalo una vez más, ¿quiere?

Ernie cedió, pero esta vez rozó con los nudillos la parte lateral del pecho de Mary. Los espectadores reían a carcajadas, salvo Cynthia quien, con la mandíbula avanzada y aire fastidiado, miraba fríamente. Mary Scott dio un salto hacia atrás. Seguía sin entender el juego, por lo que Ernie anunció que, dado el atrevimiento creciente del visitante invisible —¡un espíritu que se tomaba muchas familiaridades!—, consideraba imprudente, tal vez inmoral incluso, proseguir el atrevimiento. Despidió, pues, a la confundida Mary y rogó silencio.

—Amigos, todavía no han visto nada. Paúl, ¿tienes una baraja? Paúl fue a buscar una baraja y la entregó a Ernie.

—Voy a demostrarles que poseo la facultad conocida con el nombre de dermovisión. En realidad, tengo dermovisión a ciegas. Sé leer con la piel. Va en serio. Sé leer con la piel incluso cubierta de ropa. Como comprenderán, se trata de una cualidad muy difícil de desarrollar y de momento sólo leo cosas sencillas, como las cartas.

Paúl vio entonces que se producía una cosa curiosa. Cynthia abandonó su expresión contrariada y empezó a animarse. Observó, además, que Ernie había sonreído a Cynthia de manera significativa. Al cabo de un momento,

comenzó a comprender. Después de todo, Ernie era psiquiatra. Sus métodos de trabajo solían ser curiosos. Paúl conocía el truco. Necesitaba la cooperación de un cómplice; era natural suponer que Cynthia estuviera sobre aviso. Así, pues, Ernie no se desentendía de ella. La pequeña actuación que había representado con Mary Scott había servido para transmitirle una orden. Ahora Paúl lo comprendía: seguiría siendo su chica, pero siempre dentro del esquema de circunstancias que él eligiese. Le decía que aceptase o renunciase. Era un juego limpio y totalmente claro, ya que la técnica dejaría a Cynthia totalmente fuera de combate.

—Me gustaría que una persona del público, totalmente libre de sospecha de soborno, se adelantara y eligiera una carta, con toda libertad y sin presión ninguna por mi parte. ¿Usted?

E indicó a Ellen Haxton, poniendo al mismo tiempo un poco de su parte para sacarla de su reducto. Ellen se adelantó y cogió una carta del montón.

—Ahora yo me inclinaré hacia adelante —explicó Ernie—. Quiero que usted ponga la carta boca abajo sobre mi espalda, una vez la haya mostrado a toda la concurrencia, salvo a mí. Entonces me esforzaré en leerla a través de la chaqueta, la camisa y la camiseta. ¿Entendido?

Ellen sostuvo la carta en alto para que todos la viesen, mientras Ernie se doblaba por la cintura y se sujetaba las manos en las canillas. Paúl observó que, cuando Ernie bajó la cabeza, miraba a Cynthia por el espacio que quedaba entre sus piernas. La teoría del cómplice se verificaba, si bien ahora surgía un aspecto un tanto desorientador. Para que Cynthia transmitiera los datos de la carta, debía emplear una clave sencilla y, para conseguirlo, tenía que estar de pie. Sentada en el suelo como estaba, con las piernas recogidas hacia un lado, no podría hacerlo. Ernie no parecía inquieto. Preguntó si todos habían visto la carta y también si estaban convencidos de que él no la había visto. Tras recibir respuestas afirmativas a ambas preguntas, pidió a Ellen Haxton que se adelantara y dejara la carta sobre su espalda, Paúl trató de recordar la clave. Ernie le había enseñado el truco un año atrás y lo habían puesto en práctica en una fiesta de despedida de solteros de uno de los asistentes del hospital. Para indicar los palos, había que mover el pie una vez para tréboles dos para corazones, tres para picas y cuatro para diamantes. Después debía hacerse una pausa antes de que el pie volviera a moverse e indicase con un golpe el as, con dos el dos, con tres un tres y así sucesivamente hasta llegar a trece para el rey. ¿Cómo demonios iba a arreglárselas Cynthia?

Ernie anunció que necesitaba concentrarse profundamente, puesto que para poder leer con la piel a través de la ropa necesitaba un gran acopio de energía mental. Paúl miraba a Cynthia y esperaba. Cuando ella iniciase las señales, Ernie debía morderse el labio.

Cynthia efectuó las indicaciones con las rodillas. La pierna derecha, doblada sobre la izquierda, se levantó por dos veces para indicar corazones, lo cual era correcto. Paúl tuvo que reprimir una carcajada. La carta era un diez, por lo que aquellos rápidos atisbos de bragas de nylon blanco iban a resultar una actividad bastante laboriosa. Cuando la rodilla inició el movimiento de ascenso y descenso, Ernie profirió una especie de gemidos, como si sufriera al verse obligado a concentrarse. Paúl contemplaba la franja de tejido blanco entre las piernas de Cynthia, que se le antojaba una especie de código morse erótico. Al llegar a ocho, el rostro de Cynthia estaba arrebolado.

Ernie anunció el nombre y número de la carta en el momento oportuno y se retiró acompañado de un entusiástico aplauso. Parecía que acababa de iniciar una nueva racha. Lester Hill se puso de pie y se ofreció a mostrar a la concurrencia un juego a base de números, en tanto que Ferdie, rebosando cerveza y sonrisas, prometió llevar a cabo una hazaña que nadie más podría emular. Paúl aprovechó la confusión para escabullirse a la cocina y prepararse algo fresco.

Estaba poniendo soda en el vaso cuando en este momento entró Mary Scott, cargada con unos cuantos platos sucios y unos vasos pegajosos.

—Debería tener sirvienta —dijo a Paúl mientras dejaba lo que llevaba en la fregadera.

Paul se dio la vuelta y contempló el cuerpo de la muchacha por detrás, imaginando que se apretaba contra tan incitantes curvas. La firmeza de su carne junto con el tenue tejido de su vestido, abría avenidas enteras a la especulación. El estado en que se encontraba, el recuerdo de situaciones parecidas con chicas que actualmente quién sabía dónde se encontraban, lo impregnaba de una grata nostalgia que obligó a la mano de Paul a moverse y a tocar el brazo de Mary.

Esta se volvió con expresión seria.

—¿Por qué hace esto?

—Estaba jugando a espíritus.

Pero él se dio cuenta de que no sonreía al decirlo.

—¿Por qué? En serio.

—Supongo que lo he hecho porque quería hacerlo. ¿Que por qué lo deseaba?… Bueno, podríamos seguir así toda la noche. Lo he hecho sin

pensar.

—Se nota.

Mary se secó las manos en una servilleta de té, atisbo por la puerta para ver si había alguien y a continuación se acercó más a Paúl y lo besó en la boca. Se demoró un momento, después retiró los labios una fracción de segundo para moverlos sobre los de Paúl con la suavidad de la seda. Paúl la encerró en sus brazos y acarició la suavidad de su espalda con las palmas de las manos.

—¡Uy! —murmuró Mary—. ¿Cómo metemos a la doctora Roberts en todo esto?

—No la metemos para nada.

Y al hablar era sincero.

—Pero, es su amiga… —Mary frunció los labios—. ¿No es verdad?

—Tenemos unas relaciones un poco tirantes, Mary. Pregúntaselo a tío Ernie y te lo contará.

La muchacha se acercó más, ofreciendo con sus pechos un firme cojín al pecho de Paúl.

—Es lo bastante tramposo para engañarme.

Esta vez fueron los labios de Paúl los que avanzaron, cerrándose sobre los de ella, tanteando ligeramente con la lengua los dientes fuertes que había detrás. Se sentía aturdido, pero seguro. Mary le puso una mano en la cintura, hundiendo las uñas en la lana del jersey. Tiró la cabeza para atrás y lo miró, bizqueando un poco al fijar la mirada.

—¿Me deseas?

—Y tanto que te deseo.

—¿No hay adherencias?

—¿Cómo adherencias?

—No eres propiedad de nadie. No habrá trabas, ni preocupaciones relacionadas con el trabajo que se interfieran con el placer, ni viceversa.

—Así es como a mí me gustan las cosas —dijo Paúl.

Mary lo besó de nuevo, con los labios abiertos y Paúl le recorrió el cuerpo con las manos hasta encajar con ellas las nalgas. Acarició su rotundidad y notó el delgado borde de las bragas a través del fino vestido. Ella comenzó a gemir mientras al mismo tiempo avanzaba hacia él la parte baja del cuerpo y se frotaba contra él unos segundos hundiendo al mismo tiempo la lengua en su boca.

De pronto se apartó, con el rostro radiante pero expresión expeditiva.

—Sabemos dónde nos encontramos —le dijo—. Esto es de por sí un tanto positivo.

Paúl iba a decir algo, algo que ampliase el campo de lo que acababa de suceder, cuando entró en la cocina Ernie con un vaso vacío en la mano.

—Perdonadme por meter las narices en vuestra fiestecilla particular, amigos, pero Ernie necesita medicamento.

—Me parece muy bien —dijo Mary—. Precisamente me disponía a salir.

Dedicó una sonrisa a Paúl que venía a decirle que estaba perfectamente de acuerdo con él.

—Te veré después.

Así que salió Mary, Ernie hundió el codo en las costillas de Paúl y le lanzó una mirada socarrona.

—Con que pasando el rato, ¿eh? ¡Menudo americano estás hecho tú!

Se sirvió un generoso trago de *gin*, bebió un poco y volvió a llenarse el vaso.

—Una fiesta fantástica, Paúl. Mañana por la mañana tendré el hígado erizado de púas.

Cogió un cigarrillo húmedo de encima del escurreplatos y, tras algunos intentos, consiguió encenderlo.

—Estoy haciendo un estudio sobre la curación de la paranoia, ¿sabes? El trabajo se llamará «De la neurosis a la cirrosis». ¿Suena bien?

—Suena a borrachera, Ernest.

—Pues estoy la mar de bien.

Dio unas cuantas vueltas al cigarrillo y finalmente lo soltó en un colador junto al fregadero.

—De todos modos, me gustaría hablar unas palabras contigo antes de emborracharme del todo. Es sobre la mierda de Madison.

—Te preocupas demasiado por él, Ernie. Te pones en sus manos. Haz lo que yo. Ignóralo. Es un chiflado y nada más.

—También lo era Hitler. Te tengo dicho que es la clase de tipo que disfruta llevando a la ruina a la gente. A los demás que son como yo. O como tú. Me gustaría saber qué piensas sobre impedir que me bloquee el libro.

Paúl se quedó reflexionando un momento.

—Esto no lo puede hacer. Por lo menos de una manera directa. Pero quizá te coloque en una situación que haga que tú mismo, en bien de tu trabajo, prefieras retirar el libro.

—Oye una cosa: si pierdo el puesto, lo pierdo. Prefiero conservarlo pero, por otra parte, un poco de práctica en el campo de la psiquiatría privada es

cosa que también me atrae. No me lanzaré nunca a ello, a menos que me vea obligado, y quizás en este aspecto su intervención sea para mí una ayuda. Si me echa, no pienso ir a otro hospital.

—A lo mejor asusta a tu editor. ¿No lo has pensado? No tiene más que poner en guardia a sus compinches. Son capaces de firmar una petición que asuste al Papa en persona. Falto de ética, desorientador, contrario al procedimiento médico aceptado… ya conoces los términos. Veo al editor sopesando si necesita pasar por tantos problemas.

—También yo lo he pensado, Paúl. El libro nada tiene que ver con los textos corrientes de medicina. Este tipo tiene mil recursos diferentes para boicotear el libro. Lo que persigo en realidad es una manera de pararle los pies.

—No existe —dijo Paúl—. Está hecho a prueba de bomba.

—Siempre habrá un modo, ¡maldito sea! Mira una cosa, yo no quiero ningún problema hasta que el libro esté en la calle, hasta que se venda en las tiendas. Entonces estaré a merced del público y Madison deberá tener más cuidado porque, de lo contrario, podría salir muy mal parado. Pero si se pone a machacarme antes de que la gente haya oído hablar de mí, soy un caso perdido antes de empezar siquiera.

Dejó caer una mano sobre el hombro de Paúl.

—Amigo, quiero que el libro hable por mí. Si hay una manera de cortar las alas a Mamá Madison antes de qué me fastidie, tengo que dar con ella.

—Haz lo que te parezca. Pero a mí me parece que el tío sabe lo que se trae entre manos y sigo pensando que te tomas la cosa demasiado en serio. Así es cómo proceden siempre los de su calaña cuando consideran que la moral está en juego. Se sienten obligados a romper lanzas, pero nueve veces de cada diez abandonan el proyecto en cuanto han hecho el gesto.

—De acuerdo, tomo nota de tu opinión —y Ernie se enderezó la corbata y se pasó la mano por el pelo—. Pero, por si las moscas, pensaré yo también en fastidiarle. Y si yo estuviera en tu pellejo, tendría presente que de momento ya se ha apuntado un tanto en el asunto de la ambulancia.

—Lo tendré presente. Y ahora, volvamos a la fiesta, ¿quieres?

—Una idea maravillosa. A propósito, he visto que Edith no nos ha obsequiado con su presencia esta noche. ¿La he desanimado?

Paúl se echó a reír.

—No, tenía otro compromiso.

Ernie levantó una ceja.

—¿Ah, sí? Un sábado por la noche… ¿No estará saliendo con otro?

—Ernie, por favor. Vayamos con los demás, ¿quieres?

Dan McGoldrick era el único que estaba sobrio en la casa. Se había pasado todo el tiempo agarrado al mismo vaso, la mayor parte de cuyo contenido había ido a parar a la alfombra. Cuando Paul y Ernie entraron en la sala, Dan hacía de árbitro en una prueba con los otros tres hombres para ver cuál de ellos era capaz de sostener una nota por más tiempo. El mejor de cinco intentos sería el vencedor y de momento la puntuación era de dos para Lester, uno para Bill y uno para Ferdie. Lo máximo a que podían aspirar Bill y Ferdie era a empatar, pero Lester estaba ya preparándose para la última demostración, decidido a ganar. Así que Dan gritó: «¡Va!» los tres lanzaron un aullido demoledor, tres niveles de sonido combinados para dar como resultado algo peor que la discordancia. Pasados trece segundos el único que seguía chillando era Lester, con el rostro tirando ya a azul y los ojos saltándole de las órbitas. En medio de entusiastas aplausos recibió el obsequio de una pequeña corona de flores, recién fabricada con un ramo muy fatigado que todavía quedaba en la habitación.

Ernie exhaló un suspiro.

—¿Qué ha sido de aquellas fiestas donde todo el mundo departía ingeniosamente, con sus vasos de coctel en la mano?

—Los que las frecuentaban murieron de aburrimiento,

Paúl dio un vistazo a su alrededor y vio que Mary Scott lo miraba. Después de todo, quizá la teoría que la tenía por una muchacha provocativa fuese falsa. Aun así, había mucha distancia entre unos abrazos apresurados en la cocina y una posesión carnal en toda regla. Paúl volvió a mirarla y vio su seria expresión. Era sincera; se hubiera apostado la carrera en este convencimiento.

Pasada poco más o menos una hora, la gente empezó a desfilar. Lester, mientras ayudaba a Bill a ponerse la chaqueta, rebosaba presentimientos.

—Ahora sí que no van a creerse lo del cuento de la reunión.

—Podemos decirles que la reunión se ha celebrado en un bar —dijo Bill, mientras se esforzaba en meter el brazo por la manga—. Y si no quieren creérselo, por mí, que se cuelguen.

—Es fácil decirlo cuando estás bajo los efectos de la anestesia, amigo. Pero espera a mañana y verás. Espera.

Ellen Haxton, con aire cansado pero satisfecho, buscaba a Paúl para darle las gracias por tan encantadora velada.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto —le dijo.

—Ha sido un placer colaborar —le replicó Paúl y, como para coronar los acontecimientos, depositó un beso furtivo en su frente.

Y mientras la veía ruborizarse pensó que aquella muchacha era una de las personas verdaderamente agradables que conocía. Era curioso que la gente respetable considerase una norma de conducta el trato amable y la modestia, cuando son tan pocos los que la cumplen. Los que se atienen a ella probablemente lo hacen porque han nacido así y no podrían ser de otra manera aunque se lo propusieran.

Dan y Ferdie se ofrecieron a llevar a Ellen hasta la residencia de enfermeras y, mientras seguían dando traspiés en la puerta, apareció Ernie, que llevaba a Cynthia de la mano.

—Me parece que no estoy en condiciones de conducir —explicó, con una sonrisa, como si le encantara encontrarse en aquella situación. Cynthia ofrecía una expresión igualmente complacida.

—¿Queréis que os lleve yo? —dijo Paúl, que también había ingerido grandes cantidades de alcohol.

—¡Cielos, no! Ni soñarlo —y Ernie le dio unas palmadas en el hombro—. Me estaba preguntando si dejarías que nos quedáramos esta noche en tu casa, siendo mañana domingo, etcétera, etcétera…

—Me alegra que no te atrevas a soñarlo siquiera —Paúl se rascó la cabeza, como tratando de recordar el esquema de la casa—. Bueno… si no os importa usar el cuarto que hay junto al mío…

—¿Por qué ha de importarnos?

—Estaré al lado, oiré todos los ruidos que hagáis.

—¡Maravilloso! —exclamó Cynthia.

—Y no tengo pijamas ni camisones de repuesto —añadió Paúl.

—¡Estupendo! —le aseguró Ernie.

Paul se encogió de hombros y volvió junto a la puerta. El coche de Dan estaba ya arrancando y alguien saludaba por el cristal de atrás. Paúl correspondió con su saludo y se metió rápidamente en la sala de estar. Se habían marchado todos. Se acercó a Ernie, que estaba mordisqueando el lóbulo de la oreja de Cynthia.

—¿Ha visto alguien a Mary Scott salir de esta casa?

—Me parece que se ha marchado con los chóferes de la ambulancia —explicó Cynthia.

—Mala suerte, hermano —dijo Ernie mientras ponía la mano en la cintura de Cynthia y se la llevaba para adentro—. Tengo que sentarme. Debo conservar las energías, ¿sabes?

Paúl pasó veinte minutos poniendo orden en la cocina, abandonado a la depresión, cansado y contrariado. Por lo menos, la fiesta había sido un éxito. Su recuerdo perduraría en la memoria de todos y, en los momentos en que se vieran acuciados, metidos en situaciones desagradables, podrían pensar en que entre ellos existía una camaradería. Las fiestas entre colegas eran siempre contactos efectivos. Lo único que sentía era haber perdido la oportunidad de estrechar más los lazos entre él y Mary Scott. Ni siquiera le había dado las buenas noches. Por supuesto que los dos habían bebido mucho y que quizá por este motivo se habían evaporado dos conjuntos de buenas intenciones a medio camino de su plasmación en realidad.

Al regresar al salón, Ernie y Cynthia se habían esfumado. Mientras esponjaba los cojines, le llegaban a rachas fragmentos de los sermones de Edith sobre las tendencias de Ernie a abusar. Secó los restos de bebidas desparramadas y arregló la habitación. Había momentos en su vida en que sentía irrumpir como una oleada de conmiseración hacia sí mismo y ahora precisamente estaba tocando ese nivel. Habían cenado todos, todos habían estado de juerga y después se habían marchado dejándole la casa patas arriba. Ernie y su lapa amaestrada estaban en la cama, prolongando todavía su estancia y completando la sensación de aislamiento que sentía Paúl. ¡Que se fueran al demonio! Se iría a la cama y se olvidaría de todos. La mañana traería una nueva perspectiva.

Se metió en el cuarto de baño, se desnudó y se puso unos pantalones de pijama viejos y confortables. No se ponía nunca la parte superior del pijama porque, cuando lo hacía, se hacía un nudo con la chaqueta y se despertaba con la sensación de que lo estaba estrangulando. Mientras se lavaba los dientes, hizo una pausa y se puso a husmear. Perfume. El de Cynthia. Había estado en el cuarto de baño. Era como un hálito fugaz, desprendido de su punto de origen. Pensó que aquello tenía una cierta extrañeza. El aroma de una mujer cálida, totalmente fuera de su alcance. Paúl tuvo la aguda sensación de que el instinto sexual, tal como se manifestaba en él, estaba formado por dos partes de búsqueda de sensaciones gratas y una parte de lascivia. A veces detestaba encontrarse solo, especialmente con la perspectiva de tener que escuchar una pareja cercana, entregada a festejar la circunstancia de constituir pareja.

Se dirigió a oscuras a la cama y se tendió boca arriba, subiéndose las sábanas hasta el cuello y quedando a la espera de que fueran atenuándose los ruidos de su habitación y comenzaran a filtrarse hasta su cuarto las vibraciones que vendrían del otro lado de la puerta. Transcurrido un minuto, comenzó a escuchar los gemidos que se escapaban de la garganta de Cynthia,

acompañados del contrapunto de bajo profundo de la garganta de Ernie. Aquella cama hacía un ruido tremendo. Recordó que en otro tiempo, él y una muchacha conocida suya, con quien solía compartir una ruidosa cama, dedujeron que había sido fabricada por una severa asociación presbiteriana al objeto de moderar las expansiones sexuales demasiado impetuosas. Con gente como Ernie Hale y Cynthia, habría que llenar los colchones de explosivos para lograr que modificaran su conducta. Cuando Cynthia inició el alarido largo y creciente que indicaba el orgasmo, Paúl se subió las ropas hasta las orejas, resuelto a elegir el sueño como objeto de sus deseos.

Notó entonces en el hombro un contacto humano que por poco le hace pegar un salto de la cama. Por instinto, tiró de la cuerda de la luz y parpadeó, totalmente despejado y sobrio, para encontrarse con la figura de Mary Scott, rebuscadamente ataviada con unas diminutas bragas floreadas. Aquello casi era demasiado. Tragó saliva y ella se echó a reír, apartó las ropas de la cama y se metió de un salto junto a él.

—Apaga esta maldita luz —murmuró con la boca pegada al cuello de Paúl.

Ya en la oscuridad, Paúl comenzó a reaccionar ante la situación. Durante un par de minutos estuvo paralizado por la sorpresa. Mary tenía unos pechos tan grandes y tan llenos como indicaban los vestidos que llevaba y, tal como estaba tendida, con un brazo y una pierna sobre él, Paúl notaba la cálida masa de uno de aquellos globos en medio mismo del tórax. Paúl pasó una mano por la espalda de Mary, recorriéndole con las yemas de los dedos la columna vertebral hasta llegar a la curva de la cintura y detenerse en el borde de las bragas.

—¿Dónde estabas metida?

—Hay que guardar las apariencias. Me he puesto el abrigo y me he mezclado con los demás. He explicado a Dan y a Ferdie que tenían que venir a recogerme al final de la calle. Hay muchos testigos que me han visto salir.

Mary se echó a reír y rozó con la lengua la barbilla de Paúl.

—Pero después he dado media vuelta y me he metido en la casa mientras estabas en la cocina. Iba a llamar a la puerta, pero entonces he visto aquel par en la sala de estar. Así es que me he colado como una ladrona. Oye, tienes la casa muy mal protegida.

—Me alegro.

—He estado escondida no sé cuánto rato en la habitacioncilla del rellano. Te advierto que no se estaba nada bien.

—¿Dónde has dejado la ropa?

—Junto a la cama. Me he desnudado delante de ti y no me has oído siquiera. Estabas demasiado ocupado sintonizando la onda del cuarto de al lado.

Mary deslizó su pequeña mano, atrevida y directa, por el pecho de Paúl y la bajó hasta el pijama para desabrocharle el botón del pantalón. Paúl introdujo ahora los dedos por debajo de las bragas, y acarició la rotundidad de aquellos músculos tirantes y la suavidad de la piel.

—Te guardaré el secreto —le aseguró a Paúl—. De todos modos, mañana a las once de la mañana estoy de servicio.

—Eres muy servicial —respondió Paúl.

—Así es.

Los dedos de Mary comenzaron a acariciarlo con lentos movimientos.

—Cuando se me ofrece un plan que me gusta, siempre hago lo posible para atenderlo.

Los dientes de Mary mordisquearon la oreja de Paúl.

—Y ahora cállate un poco, ¿quieres? Hemos de seguir con nuestra fiesta particular.

9

HABÍAN pasado unos pocos minutos desde las tres de la tarde del lunes cuando el equipo de urgencia del Westfield fue solicitado para atender un accidente ocurrido en un tramo de la autopista afectado por la niebla. Había una sola víctima: un anciano, cuyo coche había salido de la carretera para ir a parar a la cuneta. Ayudado por Bill Davis, Paul trasladó al paciente a una camilla y practicó un rápido examen. Estaba inconsciente, con el rostro cianótico, la respiración dificultosa; Paúl pidió a Mary Scott que trajera el cilindro de Portogen. Esta aplicó la máscara facial en tanto Paúl verificaba las heridas.

—Fractura de Pott, tobillo derecho.

En respuesta a la frase, Bill se dirigió a la ambulancia y trajo un paquete de tablillas. Durante el período de estudios iniciales de procedimiento, Paúl había insistido en que, a ser posible, se asistiese al paciente antes de llevarlo a la ambulancia. Siempre era deseable llegar cuanto antes al hospital, pero la necesidad primordial seguía siendo la de no complicar más las lesiones sufridas por la víctima, a lo que contribuía en gran manera el entablillado en carretera.

—¡Maldita sea!

El rostro de Mary era de lo más agrio al sacar la máscara del rostro del paciente y ponerse en pie de un salto.

—¿Qué pasa?

—Que el cilindro está vacío.

A través de la densa niebla que reinaba entre la camilla y la ambulancia, Mary corrió hacia ésta para regresar al momento con el cilindro de repuesto. No habían transcurrido más que unos segundos cuando volvía a lanzar otra maldición y arrojaba a un lado el aparato.

—También está vacío.

—¡Dios mío! —Paul clavó la mirada en ella y después en Bill—. Métanlo dentro, rápido. Me parece que también tiene el esternón mal. Quiero oxígeno y rápido.

Ya en la ambulancia, Mary conectó una máscara con el depósito de oxígeno e hizo girar la llave. El indicador respondió un segundo y enseguida bajó nuevamente la aguja a cero. Cerca de la boca del tubo, por donde estaba conectado, se oyó un fuerte silbido.

—¿Y ahora, qué?

Paúl arrancó la máscara de manos de Mary y volvió a conectarla al sistema, empleando esta vez la salida secundaria. No hubo ninguna respuesta.

—Está perdiendo —indicó Bill—. ¿Quiere el aparato de mano?

Se refería al saco de urgencia, donde había un aparato que se accionaba manualmente y que permitía regularizar la respiración. Paúl conocía su utilidad, pero sabía que no cubriría las necesidades de aquel caso urgente. El oxígeno, en el aire, constituye aproximadamente el veinte por ciento de la mezcla. En una persona dotada de respiración y circulación normales, esto basta para saturar la hemoglobina de la sangre. Pero los sistemas respiratorio y cardiovascular de aquel paciente padecían un bloqueo. En consecuencia, la insuficiente entrada de oxígeno provocaba el estado conocido por hipoxia. Los factores que contribuían al mismo podían ser muchos. El hombre era anciano, estaba lesionado, posiblemente padecía algún trastorno cardíaco y todavía no se conocía el alcance de las heridas que sufría. Era imperativo que los pulmones recibieran más cantidad de oxígeno.

—Es increíble —gritaba Paúl, irritado ante el bloqueo de unos sistemas rutinarios y sencillos—. Todo lo que necesito es un poco de maldito oxígeno.

Cerró de golpe la puerta de comunicación y Ferdie puso en marcha el motor. Mientras emprendían el mismo camino por el que habían venido, Mary Scott perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la litera vacía.

—Por el amor de Dios, ¿todavía no ha aprendido el sencillo procedimiento de tenerse en pie en un vehículo en movimiento?

Paúl vio reflejarse el dolor en los ojos de Mary y quiso excusarse. Sin embargo, las acuciantes necesidades del paciente, en estado inconsciente, cortaron de raíz el caritativo impulso.

—Bill, averigüe qué pasa con este tubo.

Después de un momento de manipulación del punto de conexión, Bill descubrió que el tubo estaba desconectado del collarín de cierre.

—Parece imposible.

—¿Cómo imposible? Ha ocurrido, ¿no? Vamos en una superambulancia que no es capaz de suministrar ni un soplo de oxígeno. Cierre la llave antes de que tengamos un desastre.

En pocos minutos llegaron al departamento de urgencias. Se habían tomado precauciones para inmovilizar la fractura del paciente y se habían aplicado medidas para prevenir un fatal desenlace. El doctor Grace, el ayudante que estaba de servicio, se encargó del caso, auxiliado por Mary Scott, mientras Paul hacía pasar a Bill y a Ferdie a una habitación aparte.

—Así, pues, expliquen qué ha ocurrido, caballeros. ¿Cómo ha sido que no tuviésemos oxígeno?

Los grandes ojos de Ferdie comenzaron a describir círculos, como si quisiese encontrar la respuesta escrita en una de las paredes. Bill se limitó a bajar las comisuras de los labios y a mover la cabeza.

—¿Quiénes eran los encargados del mantenimiento?

—Los técnicos del taller principal y dos mecánicos del garaje —dijo Ferdie.

Los técnicos eran prácticos en el mantenimiento de rutina del complejo equipo de quirófano. Las instalaciones de la ambulancia no suponían para ellos ningún problema especial. El garaje del hospital contaba con cinco buenos mecánicos, acostumbrados al manejo de ambulancias y familiarizados con los cuidados especiales del motor de la unidad. Costaba creer que en los alojamientos correspondientes de Portogen no se hubieran colocado cilindros de oxígeno llenos y, más aún, que el circuito de tubos, tan cuidadosamente diseñado, pudiera tener un fallo que hubiera pasado inadvertido. Paúl experimentó una frustración que había experimentado otras veces, cuando se movía en departamentos de urgencia carentes del equipo preciso para llevar a cabo tareas que él podía realizar tan fácilmente. Aquel rizo en la superficie de las aguas venía a asestar un golpe en el mismo corazón del principio que lo guiaba: la ayuda eficaz no debe verse coartada por la ineficacia mecánica.

—¿Cuánto tiempo ha estado la unidad fuera de nuestro control?

—Dos días completos —dijo Ferdie—. Sábado y domingo. Me parece que los mecánicos la vieron por la mañana y los técnicos después de comer.

La rutina se observaba religiosamente. Cuando los mecánicos se ocupaban de la ambulancia, se trasladaban a la farmacia todos los medicamentos y paquetes esterilizados y allí reponían lo que hiciera falta. Cuando eran los técnicos los que se hacían cargo de la ambulancia, volvían a poner la medicación en su sitio y comprobaban todas las piezas del equipo. También eran ellos los responsables de reemplazar los cilindros de oxígeno. De haberse producido el lapso después de un período de asistencia, se habrían podido echar las culpas al equipo. Tal como habían sucedido las cosas, los miembros del equipo no habían estado en contacto con la ambulancia desde el viernes

por la noche; los fallos se habían producido en el período que mediaba entre aquel momento y el lunes por la tarde.

Siguió una hora desagradable y agotadora de averiguaciones, durante la cual se acusó de flagrantes errores a una serie de hombres expertos. Sus negativas eran tan convincentes como acaloradas. Paúl no se sentía demasiado ganado por la idea de que aquellos técnicos que atendían diariamente el equipo quirúrgico y anestésico más complicado que imaginarse pueda fueran capaces de caer en tan estúpidas equivocaciones, por lo que acabó disculpándose.

Acompañado por uno de los veteranos del quirófano, hombre dotado de amplia experiencia en la compleja anatomía eléctrica y mecánica de la cirugía moderna, Paúl montó en la ambulancia y comprobó el equipo, la instalación y el funcionamiento en sus más mínimos detalles. La instalación de oxígeno estaba en perfectas condiciones, desde la zona situada por debajo del suelo, exceptuando la pequeña fuga en el collarín de conexión.

—Es una tontería —explicó el hombre—. Si lo observa, verá que ha recibido un golpe.

—¿Un golpe?

Paúl se montó en una caja y observó el tubo de cobre. En un extremo había una pequeña hendidura, allí donde salía del collarín, así como un rasguño en el borde del propio collarín.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—Posiblemente han sido ustedes mismos. No es que esté demasiado al día en medicina legal, pero yo diría que ha debido recibir un golpe con un objeto pesado. No ha podido ocurrir de otro modo.

—¿No puede ser que el hecho se produjera cuando sus operarios lo estaban revisando?

El hombre denegó con la cabeza.

—No es posible. La última cosa que hacen es la comprobación del oxígeno. La última de todas las cosas que hacen.

Y le tendió la lista de comprobación que hacía referencia al servicio efectuado el sábado.

—Está aquí marcado y yo baso mi trabajo en lo que dice la hoja. La ambulancia estaba en perfecto funcionamiento a las cinco de la tarde del sábado.

—¿Y después? ¿Dónde se estacionó?

—En el sitio de siempre. En el compartimiento número uno. El vehículo está cerrado con doble cerradura y la puerta del compartimiento tiene una

alarma acoplada.

Paúl bajó de la ambulancia por la puerta trasera y se quedó de pie a un lado, con la mirada clavada en la máquina, perplejo ante aquel tipo de *mister*io que no le gustaba nada en absoluto.

—Que sigue funcionando, supongo. Hoy hemos atendido un accidente y hemos llevado con nosotros dos envases vacíos de Portogen y un sistema instalado en la ambulancia que no funciona. ¿Cómo se explica esto?

—No tengo la más mínima idea.

Era evidente que aquel hombre no consideraba el problema de su incumbencia.

—De acuerdo, gracias. Y lo siento si he podido molestar a sus chicos. Pero supongo que ve el dilema en que me encuentro metido.

—Perfectamente, doctor. Si vuelve a suceder, ya sabe dónde no debe ir a encontrar la explicación. El personal que está a mi cargo es de calidad; son gente muy buena. No cometen demasiados errores… y no meten nunca la pata.

La comprobación efectuada en administración confirmó lo que Paul sospechaba: la ambulancia había estado todo el tiempo en su compartimiento, cerrada, todo el fin de semana. Como se encontraba ante un montón de interrogantes, a Paúl no le quedó otro remedio que informar de lo ocurrido. Pasar por alto la situación no haría sino aumentar sus inquietudes.

De vuelta al departamento de urgencia, encontró a Mary Scott, que conducía a la sala de curas a un niño en una silla de ruedas.

—Un dedo del pie roto —explicó a Paúl.

Este asintió con la cabeza y sonrió al pequeño.

—Enfermera, quisiera disculparme…

—Ahórrese las molestias, doctor —murmuró Mary—. Mi obligación es saber mantener el equilibrio.

—Por supuesto, pero comprendo que usted tiene cosas que la desequilibran —y Paúl lanzó una mirada intencionada a sus pechos prominentes, ocultos debajo del almidonado delantal blanco—. Oiga una cosa, la cuestión del oxígeno es grave. A lo que parece, nadie tiene la culpa.

—Pues alguien la debe tener.

—Naturalmente y la lógica indica que ha de haber un error humano. Pero ¿de quién? He hablado con todos cuantos estuvieron en contacto con el vehículo durante el final de semana. Los mecánicos no tienen acceso a la parte trasera del coche, y aunque quisieran entrar no podrían, y los técnicos

efectuaron una inspección concienzuda por lo que respecta a la rutina de mantenimiento y a la comprobación de los sistemas.

Los ojos de la muchacha se agrandaron en un gesto afectado.

—¿Fantasmas?

—Bueno, gracias por la ayuda.

Atravesó la sala en dirección al cuarto de enfermeras y asomó la cabeza.

—¿Hay algo para mí?

La enfermera jefe MacLean, una mujer de Glasgow que estaba en el departamento de urgencias desde hacía diez años, levantó la vista de sus papeles y movió la cabeza.

—Sí, hay algo, doctor. El anciano que nos ha traído. Ha muerto.

Inmediatamente apareció en su conciencia la imagen de los cilindros vacíos y el tubo fuera de su sitio.

—¿De qué ha muerto?

Todavía no lo sé. Se han llevado el cadáver a patología. Ha llamado la familia y, según han dicho, padecía una disfunción cardíaca crónica.

Paúl pensó que en tal caso el oxígeno hubiera sido de gran ayuda.

—¿Y cómo lo dejaban conducir con esta niebla? —dijo Paúl sabiendo que, con ello, intentaba defenderse.

—Son cosas que suceden, ¿no es así? El doctor Grace ha pedido el consentimiento para efectuar un postmortem.

—Se toma muchas molestias, ¿no le parece?

—¡Oh, doctor! —dijo la enfermera, al tiempo que fruncía con expresión interrogadora su rostro redondo y maternal—, en un caso como éste, ¿qué otra cosa va a hacer?

Paúl levantó una mano.

—Ya sé que no tengo razón. Lo que pasa es que me contraría lo ocurrido. Mire usted, voy a trabajar un rato en la lista, ¿puedo? Así me ocupo en algo.

El lunes por la tarde Paúl llevó a Edith Roberts a cenar a un restaurante del centro de Westfield. La ciudad, llena de humo y deformada por la excesiva actividad industrial que se había desarrollado durante los años treinta y cuarenta, surgía agazapada a medio camino entre el hospital y la casa de Paúl. Desde el aire parecía una mancha gris en una extensión de campos verdes y limpios. Aquella ciudad deprimía a Paúl, por sus hileras y más hileras de casuchas pasadas de moda, apiñadas en el centro y rodeadas por una periferia de fábricas y almacenes. Sus habitantes todavía ostentaban las marcas de los

viejos tiempos, días en que la mayor parte del dinero obtenido con la producción de acero, fundición de hierro e ingeniería ligera iba a parar a los bolsillos, perfectamente forrados, de sus propietarios. Los acongojados rostros de la gente de la localidad se reflejaban en la prole, y las expresiones miserables que en otro tiempo eran una reacción frente a la agobiante pobreza, el trabajo agotador y la alimentación insuficiente eran ahora eslabones genéticos que enlazaban con una era que tenía el poder de impedir que el alma pudiera lanzarse a volar. En aquella ciudad vivían cuarenta mil seres humanos, a cuyo servicio se contaban un mínimo de esparcimientos: un cine, cuatro salas de Bingo, un campo de fútbol sin barreras, una pista de carreras de galgos, alrededor de una docena de impresores de libros y cinco restaurantes de mediana categoría. Parecía que los habitantes de Westfield existían sin demasiada finalidad, pues se los veía moverse de acá para allá con expresión inalterable durante gran parte del tiempo y entre ellos reinaba más la hostilidad que el buen humor. La única utilidad que Paúl detectaba en ellos era la de hacerlo sentir eternamente agradecido por no haber nacido en el marco donde se movían.

Su personalidad de americano se rebelaba ante su apatía. Hubiera querido conseguir que se estremecieran, comunicarles la noticia de que en el mundo existían otras formas de vida. Sin embargo, Paúl seguía sin hacer nada y, a medida que América se iba desdibujando, cada vez le impresionaba menos aquella gente. No era posible alimentar una indignación constante.

El «Consort» era el mejor de los cinco restaurantes que había en la ciudad. Para encontrar otro mejor, Paúl hubiera tenido que recorrer otros quince kilómetros. La expresión de resignada aceptación que leyó en el rostro de Edith mientras ésta recorría el menú le indicó que ella habría apreciado en Paúl aquel pequeño esfuerzo. Habían ido al restaurante por recomendación de Ernie. Posiblemente esta circunstancia también tenía su peso en el desagrado que parecía expresar Edith.

—¿Se ha terminado el caviar?

Edith dejó sobre la mesa la carta enfundada en plástico y miró a Paúl con rostro inexpresivo.

—No hay necesidad de sarcasmos, Paúl. No es preciso ser un *gourmet* para saber cuándo es vulgar un restaurante.

Lanzó a su alrededor una mirada vacía. Junto a la caja se veía a tres camareros, vestidos con enormes *smokings* y cortes de pelo estilo reformatorio-para-delincuentes-jóvenes, ocupados en limpiarse las uñas y en bostezar. Paúl estaba forzado a admitir que el ambiente no inspiraba un

apetito devorador. El papel aterciopelado malva oscuro que recubría las paredes constituía la nota más destacada de la decoración. La iluminación del local procedía exclusivamente de unos apliques de opalina que querían simular conchas marinas. La música, dispensada a través de un sistema sonoro que imprimía un sonido de matraca a las notas altas y diluía las melodías con la calidad propia de un aparato de radio de los tiempos de maricastaña, flotaba por la sala con la misma perezosa persistencia que los aromas procedentes de la cocina. Había otras tres parejas en el comedor, camufladas clandestinamente en los rincones más oscuros. Paúl, en virtud de su lógica instintiva, eligió una mesa situada en el centro le gustaba la variedad, tanto en lo referente a ángulos de visión como en todo lo demás. En cualquier ocasión se hubiera inclinado a apoyar el desagrado que mostraba Edith. Pero esta noche se sentía dispuesto a contrariarla en todo, en todo cuanto se ofreciese.

—No me parece tan malo. De todos modos, yo no cuento con antecedentes de opulencia como tú —y le dedicó una sonrisa forzada con el único propósito de molestarla.

—Será esto —y Edith apuntó con el dedo el pedazo de papel escrito a máquina que figuraba dentro de la funda de plástico—. Verduras: patatas, guisantes, coliflor, col. Para comer esto podíamos habernos quedado en la cantina.

—Pero en la cantina falta el ambiente. Esto tiene su importancia.

Paúl encendió un cigarrillo e hizo una seña a un camarero. Un individuo encorvado, que parecía que acababa de hacer la siesta, se les acercó.

—¿Van a ordenar la comida los señores?

—Todavía no. Quisiera saber si entretanto, mientras decidimos, podemos tomar alguna cosa. ¡Ah! Y tráigame la lista de vinos.

—No tenemos lista de vinos, señor. Aquí se pide poco vino. De todos modos, le puedo servir una buena botella de tinto o de blanco, como prefiera. ¿Quiere?

Paúl miró a Edith, quien se mordía con fuerza el labio inferior. Paúl comprendió que no pensaba pronunciarse al respecto.

—Traiga una botella de tinto, entonces. Y además, un *gin-tonic* y un *scotch*.

El camarero desapareció y Edith miró a Paúl con la boca abierta.

—¡Increíble! —exclamó.

—Esto es ambiente, nena. Si cierro un poco los ojos, me imagino que estoy en una taberna del Bronx.

—Y además el *whisky* no es ningún aperitivo —machacó Edith, como para enfriar sus palabras cariñosas, reflejo de su afecto intermitente, y refiriéndose al scotch que acababa de pedir.

—Oh, discúlpame, Edith. He tenido un día de perros; concédeme este capricho.

—¿Qué sucede, Paúl?

Paúl pensó que lo mismo hubiera podido preguntar a uno de sus pacientes.

Paúl le habló de la laguna que se había producido en el servicio de la ambulancia y del *mister*io que envolvía la situación. Edith se mostró interesada, a la manera que podía interesarse un colega. Habló de casos parecidos de pérdida, avería o funcionamiento defectuoso de diversos aparatos en departamentos donde ella había trabajado, como si la enumeración de aquellos casos pudiera aliviar en algo la contrariedad de Paúl. Les sirvieron las bebidas y Paúl ingirió la suya en un par de sorbos.

—Tiene que haber una respuesta —prosiguió él, insistiendo sobre lo mismo—. De momento quiero dejar que se aquieten las aguas. Hablemos de otra cosa.

Paúl inclinó la cabeza y calibró el estado de Edith. Esta se encontraba a medio camino entre la muchacha serena y educada y la señorita observadora de las normas y partidaria del orden. Por la cabeza de Paúl cruzó la idea de que en aquellos momentos hubiera preferido tener delante a Mary Scott para hablar con ella, hablar de verdad con ella. Desde que había pasado la noche con su enfermera —a consecuencia de lo cual se encontraba ahora cansado— Paúl no había hecho una estimación, que ahora lo sorprendía por su objetividad. Mary era formidable, un manojo de dinamismo, pero no era su tipo. Se entendían bien en la cama pero esto, a la larga, no contaba demasiado. Y aunque fuera una muchacha divertida para salir con ella de vez en cuando, pertenecía a aquella clase de personas capaces de dar al traste con casi todo cuanto Paúl se propusiera. Era una persona que echaría por tierra su imagen pública, aquel conjunto de enigmas perfectamente equilibrados que él ofrecía al mundo exterior. Era de las que atraviesan cualquier envoltorio para dirigirse decididamente al centro, donde no hay disfraces, y con el tiempo todos sabrían quién era Paul Avery, porque en la cerca que éste había levantado a su alrededor habría una rendija por la que todos podrían mirar, una rendija que abriría y mantendría abierta Mary. Y se habría esfumado aquel americano, que por fuera era un ser ambivalente, frío, violador de la norma, pero que por dentro era un severo perfeccionista. Necesitaba una mujer que respondiera a cualquier postura o frente político que él pudiera usar

en un determinado momento. Por supuesto que Edith era la candidata ideal. De todos modos, era muy de lamentar que no fuera muy divertida y que, después de una fuerte dosis de la terrenal Mary Scott, una muchacha que quitaba el hipo, ésta le pareciera menos divertida a cada minuto que pasaba. Paúl pensó que era una lástima que se encontrase metido en una profesión donde las apariencias contaban tanto como la capacidad, incluso en el caso de un soltero.

Esta noche las censuras de Edith tenían mal cariz y Paúl comenzaba a preguntarse si no sería a consecuencia del efecto de contraste: Edith era diferente. Paúl recordó la *mister*iosa cita de Edith el sábado por la noche y que, a Dios gracias, la había mantenido alejada de la fiesta.

—¿Te encuentras bien, Edith? Da la impresión de que no estás en plena forma.

—Estoy cansada, supongo.

Edith también estaba cansada. ¿Por las mismas razones que él? Barrió la idea porque no parecía acertada, pese a que resultase incitante.

—Pide algo que tenga hierro. A lo mejor has tenido una baja. —Paúl…

—¿Qué?

—¿A dónde vamos a parar?

La pregunta estaba cargada de intención.

—¿A dónde quieres tú que vayamos?

—Yo quisiera ir a alguna parte. Pero no sé, me parece como si nos encontrásemos en un punto muerto. Siempre estamos peleándonos, no hacemos nada que nos interese de verdad… tú ya me entiendes. Hay una especie de monotonía.

—Hace tiempo que no nos acostamos —le recordó Paúl.

—En una relación hay otras cosas aparte de…

—Olvídalo. Apuntaba una causa posible. Podías estar muriéndote por darte una fiesta. No me parece una teoría demasiado

—A mí me parece —dijo Edith mientras recorría con la uña el mantel y contemplaba el pequeño valle que estaba trazando— que nos encontramos, espiritualmente, en un punto bajo. Admito que en esto hay mucho de culpa por mi parte. Quizá sea toda mía.

Cuando levantó los ojos había desaparecido toda su severidad y ahora volvía a ser aquella muchachita dócil y bonita.

—Lo que quiero decir es que actualmente me encuentro sometida a ciertas presiones. Pero que siento por ti lo mismo que antes. Lo único que ocurre es que flaqueo en el aspecto demostrativo. Pasará. ¿Sirve de algo la explicación?

—Nena, te preocupas demasiado.

Paúl le oprimió la rodilla por debajo de la mesa, costumbre que no se esforzaba demasiado en superar. Sintió que Edith se crispaba un momento y se distendía después, aunque no totalmente, no con aquella totalidad que caracterizaba a Mary Scott. Se acordó del contacto de las piernas de Mary, aquella acogedora entrega de los músculos y aquella avidez que iba más allá del asentimiento para convertirse en franca incitación. Lo máximo que había conseguido de Edith era permiso para entrar en ella, velado siempre por un cierto recelo. Paúl pensó que ésta era realmente la mujer que le convenía.

—Vamos a pedir la comida —dijo Paúl—. Tengo un hambre terrible.

Katie observaba atentamente la expresión de Andy mientras éste manipulaba los pequeños tubos y frascos que tenía entre las manos. Estaban en el coche de él, parados a bastante distancia de las carreteras principales.

—¿Estás contento? No he podido coger más. Mi tío tiene poco en casa. Esto son muestras que tiene guardadas en un cajón del escritorio. Algunas figuran en la lista que me diste. Lo demás quizá pueda servirte.

El rostro de Andy estaba muy serio mientras leía las etiquetas a la luz del tablero del coche. Después se guardó todos los medicamentos en el bolsillo de la chaqueta y pellizcó la mejilla de Katie con sus dedos mugrientos.

—Está muy bien, pequeña. Eres una buena niña.

Le dio un beso y con toda naturalidad le metió la mano por debajo de la falda.

—Lo has hecho muy bien.

Volvió a poner las manos sobre el volante y frunció los labios con aquella expresión que Katie, por experiencia, sabía que significaba que estaba a punto de hacer algo importante. Estaba lloviendo a cántaros. Sobre la capota del coche tamborileaban las gruesas gotas de lluvia, con un matraqueo regular que encontraba eco en el camino y débiles resonancias en las hojas y ramas que rodeaban el lugar donde se encontraban estacionados. El parabrisas estaba cubierto por toda una capa continua de agua y, a través de la ligera distorsión provocada por las luces de fuera, Katie veía la carretera, los árboles, los postes luminosos igual que un estudio impresionista, difuminado, de oscuros tintes, salpicado de manchas de blancura. Se sentía bien, a gusto, como en un estado de bienestar tanto físico como emocional. Estaba bien porque estaba con Andy y todavía tenían horas para estar juntos, tiempo sobrado para retozar y gozar. Ella sabía que Andy no daba un sentido tan romántico como

ella a sus relaciones, pero después de todo él era un hombre, y además mucho mayor que ella, mucho más inmediato en sus planes. Katie apoyó la cabeza en su hombro y saboreó aquel sutil olor a aceite que él emanaba, un olor terreno que tenía para Katie la cualidad de resultarle tan familiar. Frecuentemente Katie se preguntaba si, con el paso de los años, la gente perdía esta facultad, esta maravillosa capacidad de gozar de todas las pequeñas cosas que integraban aquello que les gustaba. Había momentos en que sólo ver el pie de Andy agitarse dentro de la bota bastaba para excitarla. El roce apenas audible del cabello al frotarse con el cuello de la chaqueta, la casi imperceptible contracción de la mejilla antes de hablar, incluso el ruido seco de la lengua contra el paladar cuando había fumado demasiado… todo era una excitante afirmación más de quién era él y de cuánto significaba para Katie. Un día escribiría un poema, un largo poema épico donde elogiaría y celebraría lo mucho que aquel hombre la conmovía, las tempestades que podía levantar dentro de su cráneo, debajo de su piel.

Andy estaba excitado. Katie lo veía por la lentitud de sus movimientos, aquella manera de mover las manos tan indecisa y su propensión a dejar que colgaran tras el volante. Katie se preguntaba si sería por su afición a la hierba, o si había algo más, un campo de experimentación, de esparcimiento que se reservaba sólo para él. Se mantenía alerta, no daba la impresión de tener sueño, pero su cuerpo parecía moverse en un líquido denso y transparente.

—¿Te van las emociones?

Y la miró de soslayo.

—¿Cómo qué?

—Como una carrera por la general —y dio unas palmadas al volante—. Está trucado, Katie. Puede ponerse a ciento sesenta.

Katie pensó en la lluvia, en la carretera resbaladiza.

—No sé.

La obsesión de Andy por la velocidad y otras complejas manías la tenían preocupada.

—Me da miedo que ocurra algo malo.

—Confía en mí —y volvió la cabeza hacia ella para mirarla—. Es sensación pura, ya verás. Eso es lo que es. Un estruendo, chirrido de gomas sobre el cemento, los pistones pegando fuerte, es como si te hicieran pedazos. Te saca de la realidad, te lo aseguro.

Le tocó el brazo.

—¿Probamos?

—De acuerdo.

Se echó para atrás, titubeando aún, pese a haber accedido. Eran aquellos pozos que había en él lo que fascinaba a Katie a la vez que la inquietaba.

Se ataron los cinturones de seguridad. Andy puso el motor en marcha y comenzó a salirse lentamente del lugar donde estaban estacionados. Una ráfaga de viento empujó la lluvia con más fuerza contra la carrocería y Katie se hundió en el asiento, afirmando los pies en el soporte inclinado debajo del tablero. Vio que el motor no sonaba de manera diferente, sólo rugía con más fuerza. Pero, así que Andy tocó el acelerador, se oyó casi un lamento. Andy estaba sentado, muy rígido, como si tuviera un palo en la espalda, y agarraba el volante con las manos muy separadas, acariciando con los pulgares la funda de cuero con que había forrado el volante para acrecentar las sensaciones. Las carreteras estaban despejadas. No pasaron más de tres coches al atravesar los campos en dirección a la general. Cuando las luces distantes de la carretera estuvieron próximas a ellos, se arrellanó en el asiento, estiró más las piernas y afianzó los pies en los pedales.

Tomaron una curva y desembocaron en la parte alta de la resbaladiza carretera. Andy accionó el interruptor del limpiaparabrisas para ponerlo a doble velocidad y volvió la cabeza hacia Katie para mirarla. Tenía los ojos más grandes, estaba tensó, pero su sonrisa era de confianza. En la oscuridad, Katie le devolvió la sonrisa.

La brusca arrancada echó para atrás la cabeza de Katie. Se ciñó al lado derecho del acceso en pendiente y enfiló la ascendente carretera a ciento treinta por hora, desplazándose velozmente al carril rápido y apretando el pedal del acelerador con todas sus fuerzas. La lluvia azotaba el parabrisas y las rachas de aire qué pegaban contra los retrovisores arrancaban un lamento urgente y desalentador. Las luces ambarinas, altas en sus pilares de hormigón, inundaban el interior del coche de aleteantes luces estroboscópicas que manchaban la piel de Andy como negros estigmas en sus mejillas y nariz. Andy tenía los nudillos levantados, que se antojaban prolongaciones óseas del propio volante, y los ojos a la misma altura que las manos. Katie clavaba la vista al frente, las manos enlazadas en apretón crispado sobre su regazo, rezando e invocando todos los rituales de buena suerte que conocía.

De pronto apareció un coche ante ellos, ceñido a la derecha, que iba creciendo de manera alarmante cuando Andy aceleró todavía más la velocidad y comenzó a inclinarse sobre el claxon. El coche se quedó dónde estaba, mientras Andy encendía las luces largas e iluminaba el rostro aterrado de una mujer sentada en el asiento trasero, cuyos labios se movieron para clamar contra su imprudencia.

—¡Dios mío! ¡Andy!…

Katie levantó involuntariamente las manos y se tapó la boca al ver disminuir la distancia.

—¡Vas a chocar!

—¡Apártate! —exclamó él.

Andy sacó una mano del volante y golpeó con ella el parabrisas, un puño amenazador que tuvo el poder agresivo de conseguir lo que prometía.

Cuando el espacio entre los dos vehículos no era sino de tres metros, el coche situado delante de ellos se apartó a la parte central y Andy pasó por donde éste estaba inmediatamente después. A través de la ventanilla lateral y de la distorsión provocada con la lluvia, Katie vio el rostro del conductor un breve instante, pálido e indignado.

—¡Dios mío, ha sido terrible!

Katie estaba sin aliento, aterrorizada ante lo que había estado a punto de suceder, nerviosa por aquella velocidad que parecía ir todavía en aumento.

—¡Cálmate! —le gritó Andy, dominando con la voz el ruido del motor—. ¡Disfruta!

De repente terminaron las luces y se encontraron en un tramo a oscuras, un hueco de carretera negra empapada de lluvia, salpicada a la derecha por las luces del tráfico de los coches que venían en dirección contraria, al otro lado de la faja intermedia de la pista. La tensión de Andy iba creciendo, se veía por la forma en que se movía en el asiento y por su manera de aproximarse al volante. De repente dejó de moverse y se quedó casi inmóvil, mientras el coche seguía volando y las luces transformaban en plata la lluvia que arreciaba, mientras los neumáticos seguían zumbando sobre el lecho de agua.

—¡Venga! —exclamó él—. Una tonelada más.

La velocidad, por sorprendente que parezca, aumentó. Katie se dio cuenta de que se encontraban en una rampa de descenso y le pareció como si el coche volase, mientras el viento seguía bufando cada vez con mayor fuerza sobre el techo y los laterales. El ruido era un conjunto ensordecedor. La configuración del techo, la franja, los asientos y sus ocupantes, todo se combinaba con la vibración que levantaba una especie de rugido que disolvía cualquier otro sonido. Katie pronunció el nombre de Andy, pero ni ella misma oyó su voz, después carraspeó para aclararse la garganta y tampoco oyó nada.

Le sobresaltó encontrar la mano de Andy sobre la pierna. Con gran sorpresa, vio que la otra mano de Andy reposaba, casi sin tocarlo, en la curva superior del volante. Aquella mano escudriñadora empezó a subir, mientras el coche pasaba como un cohete junto a un grupo de pesados camiones que

estaban a la izquierda, los dedos de Andy le tentaban en la región de la ingle y la carretera iniciaba una curva suave y el ruido iba creciendo. Andy se dejó caer hacia atrás, con las piernas extendidas. Ahora sus dedos abandonaron el cuerpo de Katie y la agarraron por la muñeca, atrayendo la mano de la chica hacia su estómago. Comprendiendo las intenciones de Andy, Katie le bajó la cremallera del pantalón y le sacó el miembro, asustada ante la idea, pero al mismo tiempo demasiado aterrada para poder resistirse. Al volver a poner la mano en el volante, Andy quedó con la boca abierta y el labio colgante. Katie envolvió el pene con la mano y empezó a agitarlo. Se sentía poseída por aquel momento extrañamente sacro, entendía las cosas en virtud de un proceso tan oscuro como la noche que parecía estarlos tragando a los dos. Al situarse en un punto tan alejado de la seguridad y, a través de medios idénticos, al tocar el borde del olvido, Andy había llegado a un nivel de conciencia donde lo más inminente era la muerte, imagen de su lujuria desatada. Katie notó que las caderas de Andy se movían y aceleró el ritmo de la mano al tiempo que aumentaba la presión, consciente del alcance total del acto y aterrada por él al mismo tiempo, aferrada en lo más hondo de su corazón a la calidad preciosa de la seguridad. Volvió la cabeza y contempló toda una confusión de luces que se movían ante ellos, coches y camiones diseminados por la carretera formando una barrera que iba moviéndose lentamente. Los ojos de Andy eran ahora tan grandes que el esfuerzo había puesto tirante la piel de sus mejillas y su pecho se levantaba al tiempo que seguía dirigiendo el coche, llevándolo por un pasadizo aterradoramente estrecho entre el carril central y el rápido. Katie de pronto se echó a llorar, notó que las lágrimas le resbalaban por la mano, que seguía moviéndose, temerosa de detenerse, por miedo a precipitar un holocausto.

Cuando se encontraban a una distancia no superior a los dos metros y medio de la compuerta de cola de un camión que transportaba unas balas enormes, con la lona impermeabilizada aleteando como un inmenso murciélago negro, Andy giró el volante hacia la izquierda y se metió en la cuneta. El coche se bamboleó un instante en tanto él movía rápido las manos para sujetarlo. A la derecha, un chófer sorprendido arrimó el coche peligrosamente a un lado mientras el pie de Andy daba en el suelo del coche. Este saltó en el aire y de nuevo carretera adelante, mientras Andy arqueaba las caderas y el semen salpicaba la medalla de San Cristóbal soldada debajo del velocímetro.

Gradualmente fue disminuyendo la velocidad y pasando paulatinamente al carril lento. A la primera isla, aminoró a veinte y el coche penetró en la zona

en medio de un silencio que pesaba en los oídos.

Ya dentro del restaurante de autoservicio, Katie se sentó ante la mesa de fórmica con las manos entrelazadas mientras Andy iba a por café. Los dedos se apretaban sobre la frialdad del plástico y encontraban alivio en aquella inmovilidad. Katie temblaba y, por la manera cómo la miraba la gente que estaba a su alrededor, pensó que debía notarse su agitación.

Andy volvió y dejó ante ella una taza de vidrio. El café estaba cubierto de espuma, cosa que normalmente no le gustaba, si bien ahora se sentía feliz de poder tomar lo que fuese. Andy se sentó ante ella con una leve sonrisa.

—Ha sido fenómeno.

—Casi me he muerto de miedo. No quiero volver a hacerlo nunca, Andy. Nunca jamás.

—¡Bah!

Y Andy se rió de ella haciendo un gesto con la mano.

—Eres demasiado blanda. Es el defecto que tienes.

—Las chicas no tenemos por qué ser duras. Tengo mucho interés en vivir.

—Pero ¿es que no te ha gustado ni un poco siquiera?

—Ya te lo he dicho. He pasado miedo. Si lo pienso, me parece estupendo, incluso un choque me parece formidable. Pero en la realidad… No sé, pienso en el dolor, en que puedo quedarme sin piernas… en cosas así. Lo mío es la fantasía, Andy.

—Ya es algo —admitió generosamente Andy—. Por lo menos estás en la onda adecuada.

Se tomaron el café y Katie volvió a reflexionar en lo ocurrido. Tendría pesadillas, estaba segura. A un momento dado había tenido la certeza de que Andy quería provocar un accidente, que aspiraba a que los dos quedaran envueltos en un baño de sangre. Katie sabía que a él estas cosas lo excitaban, se lo había dicho otras veces. Lo extraño, sin embargo, era que Katie no se sintiera repelida por aquel hombre. Se sentía como una parte viva de aquel ser y aquel sentimiento iba creciendo a pesar de los tortuosos caminos por los que discurrían los actos y los deseos de Andy. ¿O tal vez eran ellos la causa?

Hacía algunos días que el tío de Katie había hecho una observación a propósito de un motín estudiantil ocurrido en alguna parte al leer la noticia en el periódico. Había dicho en aquella ocasión —Katie lo recordaba muy bien — que los jóvenes están abiertos a todas las influencias y que, de todas ellas, predomina la más fuerte, no necesariamente la mejor. Andy era la influencia más fuerte con que ella se había tropezado en la vida y era evidente que él la dominaba. ¿Qué podía hacer Katie? Era evidente que mantenía unas

relaciones con un hombre que estaba muy lejos de ser una persona normal y que ella sentía una afinidad con cada uno de sus extravagantes impulsos. De todos modos, Katie se lo juraba para sus adentros, no iba a dejar que nunca más en la vida volviera a ocurrirle nada parecido a lo sucedido aquella noche, tan próximo al desastre. Aunque le costara perder a Andy —añadió—; pero intentó por todos los medios no imaginar siquiera la posibilidad de que se produjera aquella pérdida.

10

Se reparó la averiada instalación de oxígeno de la ambulancia y los técnicos aceptaron de mala gana un programa de revisión más amplio para el futuro. Entre el miércoles y el viernes la unidad tuvo que atender doce llamadas y el viernes por la noche la práctica Mary Scott había decidido que en la concepción del servicio había algo básicamente fallido mientras que Dan McGoldrick, más inclinado hacia una oscura veta de superstición heredada, declaraba con igual firmeza que la ambulancia estaba maldita. Podía aportar precedentes que confirmaban la opinión. En Londres había un vehículo que acabó por ser rechazado por los encargados de su servicio debido a lo terrible de los resultados obtenidos. Era un coche donde la gente moría como moscas y en una ocasión el vehículo había tratado incluso de eliminar al propio conductor. Había otro caso igual en Escocia y uno más en Dublín. Dan insinuó que la naturaleza de aquel trabajo imponía a la ambulancia una calidad espiritual especial y que algunos no poseían la innata armonía, indispensable para aquella labor.

Paul Avery estaba de acuerdo con Mary Scott y tenía la plena seguridad de que Ellen Haxton, el otro miembro del equipo en posesión de un bagaje médico, opinaba lo mismo. Había algo fundamental que no funcionaba. Pese a la sutil instrumentación de que estaba equipada y a los operadores eficaces y bien dispuestos con que contaba, el servicio de socorro del doctor Avery no conseguía mejores resultados, a lo que parecía, que una ambulancia normal. Es más, aunque posiblemente la hoja de servicios correspondiente a aquellos tres días podía constituir una muestra que se apartaba de lo común, los resultados parecían apuntar que aquel servicio era menos eficaz que las ambulancias de tipo corriente. En aquel momento, cuando comenzaban a recogerse los primeros datos, era importante que el esquema revelase unos resultados positivos y espectaculares. Prescindiendo de si las cifras indicaban o no una tendencia determinada, no había manera de evitar que la moral del equipo se sintiera lesionada.

Todo había empezado con la segunda llamada del miércoles. En una carretera había caído derribado un árbol que había ido a dar contra un automóvil, alcanzando al conductor del mismo y causándole graves heridas en la cabeza. Era un hombre joven, dotado de buena salud en términos generales. En el viaje de regreso al hospital se inspeccionaron sus heridas y se comunicó al quirófano la llegada del enfermo. Se sospechaba que existiera fractura de la región frontal del cráneo, por lo que el procedimiento, a la llegada, debía ser una radiografía inmediata. A partir de aquel momento se iniciaría el tratamiento. Entretanto, la unidad debía hacer todo lo posible para mantener al paciente con vida y, en este caso de herida en la cabeza, solía ser mucho lo que podía hacerse. Lo primero era proteger la entrada de aire para asegurarse de que no se produjeran dificultades respiratorias.

—Aunque se tenga el cerebro colgando —había explicado Paúl Avery, exagerando las cosas, al equipo—, el hecho no constituye una contraindicación para que se tomen las necesarias medidas, tendentes a facilitar la respiración. Esta medida tiene preferencia sobre todas las demás.

El principio era correcto y estaba respaldado por la experiencia en todo el mundo. Pese a lo que a primera vista podía parecer un procedimiento peligroso, se colocó al paciente de lado, con la cabeza a nivel más bajo que el cuerpo y se le despejó la boca y la garganta introduciéndole en la boca un dedo cubierto con un guante de goma. A continuación se le introdujo un tubo endotraqueal con objeto de dar acceso continuo al aire. Paúl Avery consideraba esta labor sumamente importante y en ningún caso hubiera permitido que se realizase a la ligera. Lo primero que se hace es colocar en la boca del paciente un laringoscopio —instrumento provisto de una hoja de quince centímetros que permite avanzar la base de la lengua, al objeto de poner al descubierto la entrada de la tráquea—, que se manipula hasta despejar totalmente la entrada precisa. Después se pasa el tubo para respirar mediante el laringoscopio; en este punto pueden producirse contratiempos y, como éstos provocarían retrasos y el retraso podría ser fatal, Paúl procuraba siempre colocar el tubo en la posición adecuada lo más rápidamente posible. En esta ocasión se acertó al primer intento. A veces el tubo seguía una trayectoria equivocada, penetraba en una garganta medio oculta por vómitos u otros líquidos o procedía por un camino obstaculizado por obstrucciones naturales, como son el tejido blando o una laringe pequeña y difícil de determinar. Después podía ocurrir muy bien que el extremo del tubo entrara en el esófago y, si el aire o el oxígeno que pasaba por el tubo entraba en el

estómago del paciente en lugar de entrar en el pecho, aquél comenzaba a hincharse.

Una vez facilitado el paso del aire y conseguido que el paciente respirara satisfactoriamente, lo que había que hacer a continuación era proceder a las observaciones rápidas e incisivas del estado general: presión de la sangre, pulso, respiración, color de la piel, verificación del pecho y abdomen, a fin de asegurarse de que, si existían otras lesiones, no redujeran en ningún modo las probabilidades de supervivencia del herido. Como, al parecer, la lesión craneal era la única herida de importancia, Paúl pasó a hacer algunas comprobaciones relacionadas con el sistema nervioso. Registró en primer lugar el nivel de conciencia. Sobre los métodos para verificar este detalle ha habido muchas discusiones. Hay, además, muchos términos empleados por los médicos que adolecen de falta de definición: «estupor» o «inconsciencia» son términos vagos y poco científicos, carentes de precisión y de «claridad» que no transmiten la definición exacta del estado del paciente. De igual modo, en opinión de Paúl, los sistemas de gradación resultaban igualmente desorientadores, puesto que para que existiera precisión, sería preciso dar la definición exacta de cada grado de conciencia en la ficha del historial médico que acompañase al paciente. Paúl prefería servirse de un lenguaje claro y sencillo que evitase malentendidos. En consecuencia, anotó que el herido parecía sumido en un sueño ligero, y que movía los miembros libremente en respuesta a estímulos dolorosos. Esto facilitaría más datos a un cirujano que cualquier clasificación numeral o denominación establecida.

Después procedió a la comprobación pupilar y aun cuidadoso examen de los miembros, a fin de asegurarse de que los reflejos eran aproximadamente normales. Finalmente pasó a atender la herida externa. Sirviéndose de una máquina eléctrica veterinaria despejó de cabello el lugar de la herida y la limpió con una solución salina. Puso sobre ella un tampón estéril y realizó un vendaje de diez centímetros que le cubría la cabeza.

El paciente llegó al Westfield General clasificado como caso urgente. Se hicieron cargo de él un médico y dos enfermeras, en tanto Paúl pasaba a hacer el informe correspondiente. Mientras lo estaba redactando, se vio interrumpido por la enfermera jefe: el paciente había muerto.

Al cabo de una hora, cuando Paúl se encontraba recuperándose todavía de aquel mal trago, incapaz de pensar en otra cosa que en la muerte de aquel hombre, el doctor Madison, con expresión manifiestamente áspera, fue a su encuentro.

—En la lesión de cráneo ha pasado por alto varios puntos del tratamiento de urgencia.

Madison tenía la costumbre de mirar a la gente levantando la nariz, aun tratándose de personas igual de altas que él.

—¿Qué puntos?

Paúl rara vez hablaba con Madison. El departamento de accidentados era la Cenicienta del hospital y todo el santo día estaba frecuentado por gente que en su mayoría habían sufrido accidentes de escasa importancia o que padecían trastornos imaginarios. No formaba parte propiamente del reino de la cirugía y, como tal, era ignorado por Madison. Desde que había ingresado Paúl, en sustitución del personal interino que trabajaba en el departamento únicamente cuando hacía falta, el lugar había abandonado su rango modesto. Aun así, no era habitual ver a Henry Madison condescendiendo a poner los pies en él. Acostumbrado o no a él, Paúl adoptaba una actitud permanente en relación con el hombre: una atención educada y mucha vigilancia. No iba a permitir que Madison se lo llevase todo por delante.

—El hombre estaba hasta arriba de barbitúricos.

En la observación había como una oleada de triunfo.

—Conducía un coche. No podía estar hasta arriba de barbitúricos.

—Los hechos son los hechos, doctor. No hago otra cosa que exponerlos y le advierto que pienso informar de que no se ha practicado lavado gástrico.

Como el caso había pasado a cirugía, oficialmente el hombre se le había muerto a Madison.

—Me figuraba que en su ambulancia había por lo menos una persona capaz de detectar la presencia de la droga en un herido.

—Se movía bien… —respondió Paul a los aguijonazos de Madison.

—Tenía una lesión craneal, doctor. El hecho de por sí solo puede provocar ciertas peculiaridades en las reacciones.

Madison se dio la vuelta y se alejó, dejando a Paúl enfurecido.

A los pocos momentos llegó Mary Scott.

—¿Te has enterado de la prueba de sangre?

—Sí, me he enterado.

Paúl se dio una palmada en la frente.

—¿Tú hubieras dicho que este hombre estaba drogado?

—No —Mary negó con la cabeza, mirándolo llena de tristeza—. No lo hubiera dicho. Pero lo estaba y mucho.

—Quiero ver el informe post-mortem, Mary.

—No hará sino confirmar la prueba hecha en sangre.

—Me da igual. Quiero verlo así que esté a punto. Dile a la enfermera jefe que lo quiero ver.

Como profesional especializado en la labor con accidentados, Paúl había aceptado un trabajo con un índice de riesgos tremendamente elevado. Aparte de tener que reaccionar frente a casos urgentes que no eran nunca los mismos en dos ocasiones consecutivas, debía tener presente que a cualquier herida puede superponerse una situación que merezca tratamiento médico. Se consideraba preparado para esta contingencia. Y sin embargo había pasado por alto una muy común: drogas y trauma. Los síntomas del envenenamiento por barbitúricos eran muy claros: mareo, náusea, articulación indefinida, coma, disminución del pulso, respiración superficial… un montón de síntomas que, juntos, constituían una clara indicación de envenenamiento por medio de una droga. Ni siquiera la lesión craneal podía enmascarar el cuadro general. ¿Qué hacía un hombre, conduciendo un coche, con tal carga de barbitúricos en su interior? Era un tipo extraño de suicidio, si bien debía admitir que no era imposible.

El caso siguiente que tuvo que atender el servicio era un posible envenenamiento. Una muchacha había ingerido una cantidad de tabletas —cincuenta o más— de un frasco en el que no figuraba ningún nombre. Al llegar la ambulancia, la chica había entrado en coma profundo. Paúl ordenó colocarla en la litera número uno y procedió a un rápido examen mientras la ambulancia volvía a ponerse en marcha. Las pupilas eran unas puntas de aguja, no había reflejos, la piel estaba fría, los rasgos lívidos.

—Opio —dijo Paúl, emitiendo un dictamen lógico dadas las circunstancias—. ¿Qué ha dicho su madre?

Mary Scott había hablado brevemente con la desesperada mujer mientras la paciente era trasladada a la ambulancia.

—No ha dicho demasiadas cosas. Parece que la muchacha compra drogas. En diferentes ocasiones la madre la ha amenazado con ir a la policía, pero todo ha sido en vano. Hoy se habían peleado y la chica subió escalera arriba y se metió en su cuarto. La madre la encontró en estas condiciones. Dice que había visto otras veces la botella y que la muchacha le había dicho que eran aspirinas. Me ha dado la impresión de que la tenía un poco asustada.

La muchacha, pese a estar en coma, tenía un aire arrogante.

—Vamos a vaciarla.

Se situó la cabeza de la muchacha en uno de los extremos de la litera y se dejó colgando, sostenida apenas por la mano de Mary Scott, mientras Paul se ocupaba de introducir un tubo en el estómago de la paciente. Paúl comenzó

por colocar una jeringa en un extremo y extraer una parte del contenido del estómago, para que se pudiera efectuar un examen en el hospital, y después se puso un embudo en el tubo y se echó un litro de agua en el estómago de la enferma. El agua sucia que el tubo devolvía se recogió en un gran recipiente. Así que llegó al departamento de urgencia, la paciente fue conducida a la sala de curas donde comenzó a aplicársele oxígeno, en tanto se analizaba el fluido procedente de su estómago. A los quince minutos había muerto.

Proseguía la racha de muertos. En la carretera se recogieron los cuerpos de una mujer y de su esposo entre los restos de un coche deportivo. A pesar de toda la actividad desplegada, el marido murió en la antesala del quirófano. Esto sorprendió a todo el personal, puesto que él era quien tenía menos heridas. De una tienda del centro de Westfield trajeron una mujer con un ataque de coronaria. Sufría enormemente y, después de colocarla recostada en la litera dura, Paúl le administró por vía intravenosa treinta miligramos de Fortral. Paúl estuvo escuchando atentamente aquel corazón dolorido. Su latido no llegaba a las sesenta palpitaciones por minuto.

—Mary, padece arritmia. Dame la atropina.

Le inyectó seis centésimas de miligramo y esperó. La irregularidad de la situación en que se encontraba exigía una supervisión constante, dado que la tensión existente en el sistema podía tomar un curso imprevisible.

Cuando se encontraban a un kilómetro y medio del hospital, el corazón se paró. Mientras Mary le colocaba una ayuda para respirar e iniciaba la respiración boca a boca, Paúl cerró la mano derecha y dio seis puñetazos al pecho de la mujer con toda la fuerza de que fue capaz, acordándose de un consejo que le había dado uno de sus instructores: «Hay que golpear al paciente como si uno quisiera romperle una costilla». Después puso la palma de la mano sobre el esternón de la mujer y comenzó a bombear arriba y abajo rápidamente, empleando la otra mano como pistón. Mary y Paúl estuvieron luchando juntos durante tres minutos, si bien no se produjo ninguna respuesta.

—¡Bill!

Se abrió la puerta de comunicación y apareció el ayudante.

—Prepara el desfibrilador. ¡Rápido!

Paúl seguía bombeando el pecho, mientras conectaba los cojinetes eléctricos a una batería especial.

—¿Qué potencia, doctor?

—Máxima.

Mary dejó de soplar y sostuvo los cojinetes, en tanto Paúl abría el vestido de la mujer y le dejaba el pecho al descubierto. Aplicó uno de los cojinetes al

esternón y el otro a la pared lateral del pecho.

—No la toquen; déjenla, por el amor de Dios.

Tocar con las manos una persona que estaba a punto de recibir un voltaje de aquel equipo significaría una terrible sacudida para quien las pusiese sobre ella, cosa que Paúl había presenciado más de una vez. Pulsó el botón de la manija de uno de los cojinetes y el cuerpo de la paciente dio un salto rígido y se arqueó hacia arriba. Paúl retiró los cojinetes y comprobó el corazón. Volvía a latir, pero muy débilmente. La ambulancia hizo un leve vaivén y alguien desde fuera abrió las puertas. Estaban en el hospital.

Mientras Paul contemplaba cómo la mujer era conducida al departamento de cuidados intensivos, en su rostro se dibujaba una expresión de tristeza. La unidad de tratamiento de las arterias coronarias estaba espléndidamente equipada, pero a él le parecía que aquel corazón tenía deseos de dormir. Y diez minutos más tarde se doblegaba a tales deseos, para no volver ya a revivir.

De los cuatro accidentes de carretera, tres obedeciendo a causas de tipo industrial y dos colapsos súbitos, atendidos en el curso de los dos días siguientes, únicamente ocho de las quince personas involucradas en ellos estaban con vida y evidenciaban síntomas de recuperación completa. Reunidos en la cantina a última hora del viernes por la noche, Dan, Bill, Mary y Paúl parecían competir para un diagnóstico de neurosis aguda.

—Por la manera cómo se estiman esta clase de cosas —comentaba Paúl sumido en negros pensamientos— vamos a quedar en pésimo lugar.

El sistema empleado para establecer el índice de resultados era muy claro. Se enumeraban las urgencias atendiendo al tipo, colocando junto a ellas los porcentajes de supervivencia conseguidos anteriormente. En las listas que se confeccionarían, se clasificarían las cifras relativas al servicio de socorro del doctor Avery y se colocarían en las columnas correspondientes. Tal como se encontraban, a mediados del primer mes, las cifras —caso de indicar algo— revelaban que la nueva ambulancia estaba errando el tiro que inicialmente se había propuesto acertar.

—Basta con que figuren unas cuantas defunciones más en las columnas que no interesan para cubrir la situación. Tenemos ya cuatro que no hubieran tenido que estar nunca en ellas, teniendo en cuenta las experiencias anteriores. Cuatro. Son muchas, especialmente si consideramos que eran casos razonablemente seguros.

—Quizá todo esté mal calculado desde la base —dijo Mary—. Hasta ahora hemos dado por sentado que actuar con rapidez, prestar unas atenciones

inmediatas y llevar rápidamente a los pacientes al hospital era lo mejor que podía hacerse para un accidentado después del entablillado correspondiente. ¿Qué ocurriría si resultase mejor dejar a los accidentados sin ninguna ayuda, para que el sistema fabricase sus propias defensas? ¿Qué ocurriría si descubriésemos que estamos interfiriéndonos en un proceso curativo que todavía no entendemos del todo?

—¿Qué ocurriría si te salta la tapa de los sesos —apuntó Paúl— y revela que dentro sólo tienes cemento?

Se frotó los ojos con ambas manos y gruñó:

—Tengo la sensación que lo mejor será no emitir juicio ninguno mientras estemos tan cansados. Vayámonos a casa, ¿no os parece?

—¿No estás de servicio esta noche? —preguntó Mary con intenciones apenas encubiertas.

—Tendría que quedarme —admitió Paúl—, pero voy a dejar el trabajo en manos de un suplente. ¿Qué mal puedo causar? A lo mejor incluso mejora las cifras. Hoy pienso arrebujarme en la cama y olvidarme de todo hasta mañana. Quiero ver las cosas con calma, quiero proceder de manera científica y analítica. Después, posiblemente me hundiré en el pánico.

Dan y Bill se excusaron y, mientras se iban, Mary se inclinó hacia Paúl y le dio una palmada en la espalda.

—¿Te gustaría que olvidásemos en común?

—Mucho.

Paúl le sonrió, cansado, preocupado por debajo de la calma aparente.

—Es usted muy amable, señora. Te recojo dentro de media hora, ¿quieres?

Mary se marchó y Paúl encendió otro cigarrillo, contemplando perezosamente los últimos visitantes de la cantina: médicos, enfermeras, camilleros, una democrática cola ante la caja registradora. Paúl había tenido la esperanza de causar sensación. Había esperado volver a su tierra coronado de gloria. Ahora le parecía encontrarse atrapado en un lío injusto. Quizá, como las cosas ocurrían en Inglaterra, después sería más fácil enterrarlas en la distancia. Los administradores no estarían nada contentos y los detractores —Madison y todos aquellos que optaran por seguirlo, ahora que parecía tener razón— sacarían los palos para arremeter contra el plan de Paúl y atacarlo en su mismo centro. Y además estaba aquel otro proyecto suyo, aquel para el cual reservaba la Polaroid y que todavía no había empezado a poner en práctica. Se había propuesto confeccionar un atlas detallado de accidentes, con centenares de fotografías que él mismo haría, acompañadas de un

comentario cuidadosamente redactado. Hasta ahora no había sacado ni una sola fotografía. En el hecho de dirigir la cámara a una persona herida cuando uno debería estar preparado a ayudarla, no a registrar su dolor, había una gran dosis de sangre fría. Todos sus intentos, en uno u otro estadio, estaban encaminados a vencer los obstáculos. Sin embargo, ahora el obstáculo importante parecía ser el primero en ofrecer gran resistencia. Había algo que fallaba, aunque Paúl no sabía siquiera aproximadamente de qué se trataba.

Edith recordaba muy pocas lecciones o muestras de sabiduría de su infancia que no encerraran una referencia a su posición social o alguna enseñanza directa en materia de conducta moral. Del puñado de aforismos sencillos y claros que recordaba, había uno que le gustaba particularmente: el que le decía que vale la pena apetecer una sólida opulencia, puesto que compensa todo un mundo de incertidumbres.

A lo menos por una vez parecía que Edith había tropezado con una sólida opulencia. Si había un trabajo que mereciera el calificativo de lujoso, fácilmente podrían situarse bajo esta etiqueta las sesiones de redacción de aquel índice en casa del doctor Madison. Como procedimiento productivo de empleo del tiempo libre, era perfecto; como experiencia rebosante de la paz y orden civilizados que tanto ella admiraba, era soberbia. Probablemente el trabajo se prolongaría mucho tiempo, puesto que unas pocas entradas exactas suponían una gran dosis de paciente labor. El ambiente, la afinidad en la colaboración, aquella solidez y aquel placer estético total resultaban desproporcionados en comparación con la simplicidad del trabajo realizado por Edith y el doctor Madison. Ella sabía, por otras experiencias que había tenido, que tal es el caso en la mayor parte de los placeres absolutos.

El suelo estaba sembrado de hojas de papel. Por espacio de media hora los dos habían estado arrodillados entre galeradas y páginas de referencia buscando un error que Edith había detectado en su última visita y que ahora acababa de recordar.

—Supongo que tiene razón…

Madison sonreía afablemente al manifestar aquella duda, cada vez más fundamentada. Había dicho ya que supone un gran defecto para un libro la existencia de un solo error; era impensable que un libro que llevaría su nombre en el lomo y en la portada no fuera a la imprenta con un texto inmaculado.

—Estoy segura, doctor. No se lo dije porque se me olvidó. Me di cuenta cuando estaba buscando otra cosa y mentalmente tomé nota para comunicárselo. Después no sé qué pasó y no me acordé más. Y hoy, mientras miraba la parte dedicada a las glándulas endocrinas, me he acordado. Pero no tengo la más mínima idea de dónde se encuentra.

El error consistía simplemente en la grafía equivocada del nombre de una de las hormonas del tiroides. Además de la referencia directa en la sección apropiada, era posible que se hablase de aquella secreción en otros capítulos. Cuando estaba ya a punto de renunciar a encontrar el error aquella noche, Edith localizó de pronto la página en cuestión.

—¡Ya lo tengo!

Edith se la tendió a Madison y éste la recibió con expresión de alivio, todavía con aquella sonrisa afable en el rostro.

—En efecto, tenía razón, amiga. Tiroxina. Falta la a del final.

Intercaló una señal en el texto y puso en el margen la letra que faltaba.

—Le estoy muy agradecido.

Edith valoró lo mucho que significaba para Madison el hecho. Encontrar una errata en el libro impreso hubiera supuesto para Henry Madison contrariedad parecida a encontrar un empleado del hospital con el uniforme sucio. Las cuestiones de detalle tenían tanta importancia como las fundamentales, puesto que no se puede confiar ni estimar lo grande cuando lo secundario no es perfecto.

Mientras se ponía de pie y con afectación flexionaba la rodilla derecha, comentó con expresión concentrada.

—Doctora, no sé de nadie que me fuera de tanta ayuda como usted. Me da una gran confianza que colabore conmigo como lo hace.

Aquello no tenía precio; Madison no sabría nunca —imaginaba Edith— hasta qué punto la halagaba aquel elogio. En los comentarios habituales que ésta hacía nunca decía cuáles eran las cosas que más la complacían y ni siquiera Paul Avery hubiera podido decir por qué procedimiento se la podía ganar. Que ella admirase a Henry Madison como lo admiraba y que supiese que éste la encontraba… —no temía exagerar si decía indispensable— constituía para Edith motivo de satisfacción y de seguridad. Muchos días después de la última sesión en aquel bellísimo estudio, Edith llevaba todavía impresa en su memoria aquella observación final. Madison le había dicho que era una estimulante colaboradora. Edith estaba segura de que, como consecuencia de este hecho, la labor realizada por ella había resultado más precisa y más eficaz.

Una vez restablecido el orden, volvieron al íntimo silencio para centrar la atención en la obra importante que tenían entre manos. En alguna parte de aquella habitación había un reloj, a cuyo contenido ritmo trabajaba Edith. Frente a ella estaba Madison; oía el rasgar de la pluma arañando metódicamente el papel, su respiración regular tan perfectamente audible que daba al ambiente una cualidad casi íntima. Una parte de lo agradable que tenía aquella sensación se relacionaba con el deseo frecuente de Edith de volver a aquellos días de su época estudiantil. En aquel tiempo era una muchacha seria y equilibrada. Entonces eran muy pocas las tensiones, muchas menos que ahora; todo cuanto se exigía de ella era que trabajara de firme. El trabajo no suponía un problema. Sin embargo, ahora había toda una serie de cuestiones secundarias que surgían en agotadora y desordenada profusión: política, protocolo, relaciones públicas, relaciones con el personal y, lo que era más inquietante de todo, las exigencias de orden privado y de carácter social. Era conveniente tener marido, proyectar tenerlo. No aspiraba a convertirse en una de aquellas cirujanas que se pasan el día entero en el quirófano y en la clínica para, finalmente, recluirse en una soledad en la que no falta ninguna comodidad salvo la más natural de todas. Hacer el matrimonio conveniente tenía una gran importancia. Su familia le había inculcado aquel impulso y, aunque después hubiera ido modificando algunos aspectos, en principio se atenía a sus primitivos razonamientos. El hombre era Paul Avery, con su estilo fácil y su capacidad que, en opinión de Edith, más bien disimulaba. No abrigaba ninguna duda en este sentido. Aparte de que lo deseaba físicamente, Paúl suponía para ella un éxito, porque sabía que, sola, sin que mediara empujón ni incentivo manifiesto por parte de nadie, a Edith le hubiera costado enormemente elegir un compañero. No sabía hacer aquellas cosas que se supone debe hacer una chica para pescar marido. Paúl había corrido con toda la gestión precisa para establecer la relación que existía entre ellos, por lo que ella le estaba agradecida, a pesar del cúmulo de baches que parecían haberse producido últimamente, y estaba decidida a no dejarlo escapar. Sin embargo, incluso contando con la razonable posibilidad de aquel buen casamiento que iba perfilándose en el horizonte, a Edith le hubiera gustado volver a encontrarse en aquel maravilloso estado de sus tiempos de estudiante. Trabajo únicamente; ni cepos ni trampas disimuladas.

—Perdón un momento, doctora, siento interrumpirla…

Edith levantó la cabeza y vio a Madison con el extremo de la pluma apretado, ligeramente contra la barbilla, los ojos detrás de las gafas para vista

cansada, con montura de oro, mirándola con mayor familiaridad que la habitual.

—Me gustaría conocer su opinión sobre un breve pasaje que pienso insertar al principio de la sección dedicada a la formación de tumores.

Miró sus notas y comenzó a leer:

—En los últimos años, la terminología relacionada con la formación de los tumores ha provocado lamentables confusiones. Las formaciones tumorosas son simplemente similares en sustancia a aquellos tejidos en los cuales se forman, por lo que su denominación debe proceder en consecuencia. El sufijo «orna» indica el crecimiento de algo; un neuroma, por ejemplo, es simplemente el crecimiento de un nervio. En cambio, las formaciones malignas derivan sus nombres de aquellas células a partir de las cuales se forman. Las dos formas principales de tumores malignos son el carcinoma escamoso-celulado y el «adenocarcinoma».

Madison levantó los ojos y quedó a la espera del comentario.

—¡Espléndido! —replicó Edith—. Es evidente que reduce toda la terminología a un nivel comprensible.

Edith sabía que aquélla era la forma adecuada de decirlo y ella había dicho lo que pensaba realmente porque tenía plena conciencia de que muchos libros de texto, pese a ser excelentes, llenaban la cabeza de la estudiante de enfermera de largas y enrevesadas explicaciones que no hacían sino aumentar la complicación de una materia más compleja de día en día. Edith consideraba importante haber incorporado la aclaración a la sección que se ocupaba de los tumores. El campo de la cirugía favorito del doctor Madison era el tratamiento de los tumores tanto benignos como malignos.

—De acuerdo —murmuró—. Voy a pulirlo un poco y lo daré por bueno.

Edith reflexionó acerca de que no había ninguna duda con respecto a que entre los dos formaban un equipo. La trataba como a igual. Si el otro lado de su pantalla emocional le hubiera brindado una imagen tan amable y tan grata como éste, todo sería maravilloso. A través de la sorpresa, nacida de la presunción instintiva de que entre ella y Madison existía alguna relación de tipo emocional, notó como la puñalada de un aviso.

—Una cosa, doctor…

Madison la miraba ya, con la sombra de una sonrisa.

—De acuerdo, admito que ha sido una niñería —dijo Madison—. ¿Se ha dado cuenta de la omisión?

—Creo que sí.

—Soy un hombre de costumbres, doctora. Tengo la costumbre, adquirida a través de los años, de querer atrapar a mis colegas en todos los campos donde se me ofrece la posibilidad. ¿Me va a creer si le digo que estaba poniendo a prueba sus cualidades? Quería ver si sabía estimar la claridad y la exactitud al mismo tiempo. Es evidente que está en condiciones de hacerlo. En realidad, no tengo ningún derecho a suponer lo contrario. Para su información: he añadido el sarcoma y el melanoma.

Bajó la cabeza sin dejar de mirarla, como un niño travieso.

—¿Me perdona?

Edith se ruborizó y murmuró unas palabras sobre que era evidente que lo perdonaba y volvió al índice. Efectivamente, el día que se terminara aquel trabajo supondría una contrariedad para ella.

Esta noche la variante de la escena de la despedida fue el café. Una cafetera Russell Hobbs Wedgwood azul oscuro había estado conservando un café, preparado en Francia, a la temperatura precisa desde la llegada de Edith y, mientras le servía una taza, Madison pasó a comentarle de qué manera podían ponerse al servicio de la superstición los hechos científicos de la vida.

—Sé de mucha gente que no tomaría café por la noche por considerarlo un estimulante excesivo. Y en cambio estas mismas personas aceptan de buen grado una taza de té. La palabra tabú es cafeína. Se mira como una droga que tiene el poder de crispar los nervios y de mantener los ojos abiertos. Yo no discuto que el café contenga cafeína, lo que digo es que la gente parece desconocer el hecho de que el té contiene mucha más cantidad. Mi mujer, por ejemplo, no me ha dicho nunca que le cueste dormir cuando toma té por las noches y en cambio insiste en que no puede dormir si toma café. La realidad no cuenta para nada… me refiero a la realidad científica. La falsedad ha echado raíces y, por mucho que se razone, es imposible extirparla.

—Yo duermo perfectamente, tome lo que tome.

—No me cabe la menor duda. Usted posee una gran serenidad y esto tiene una gran importancia. Tiene una estabilidad muy firme, doctora. Está hecha para la profesión que ha escogido. No hay mucha gente que haga el trabajo por el que siente vocación. Es usted muy afortunada.

Al llegar el momento de dejar la casa, Madison empezó a mostrarse un poco extraño en sus movimientos, se puso a jugar con la manija de la puerta del estudio, se excusó por haber tropezado con Edith cuando en realidad no había motivo para ello, lanzó un profundo suspiro al ayudarla aponerse el abrigo y, finalmente, la agarró con fuerza por el brazo, más arriba del codo.

—¿Quiere concederme un momento?

Madison lanzó una mirada en dirección a la puerta de la casa, al otro lado del vestíbulo.

—Debo decirle una cosa.

La condujo nuevamente al estudio y cerró la puerta. Edith estaba desconcertada. Madison estaba muy serio y apretaba fuertemente los labios, como cuando en el hospital estaba a punto de dar una noticia importante.

—Esta noche no podría dormir… y no tendría nada que ver con el café… si usted se fuera y dejara en el aire lo que tengo que decirle.

Madison levantó de nuevo la mano y esta vez la dejó reposar sobre el antebrazo de Edith.

—La semana pasada, la última vez que estuvo usted aquí, le dije que encontraba muy agradable su compañía. Era verdad, pero no exacto. Estos últimos días me he obligado a ser sincero conmigo mismo. La verdad es que la admiración que siento por usted es muy fuerte. Supera el mero respeto profesional. Sé que esto puede sorprenderla, pero no entra en mi manera de ser eludir la responsabilidad por mis inclinaciones. Déjeme que le diga que esto que siento por usted no tiene nada de deshonroso. No pertenezco a esta clase de hombres capaces de comprometer su carrera ni de lanzarse a hacer tonterías. Soy demasiado viejo y el ejemplo de los demás me ha dado disciplina suficiente para no querer añadir la irresponsabilidad a mis preocupaciones. Pero en, mi cerebro y en mi espíritu hay mucho espacio. Hay espacio suficiente para acomodar los sentimientos que abrigo por usted. ¿Me rechaza?

Edith sintió que la sangre le hervía. Se sentía abrumada, entusiasmada, no podía creerlo.

—No, no lo rechazo. En absoluto.

—Me atrevo incluso a preguntar si, en lo que usted pueda pensar de mí, hay algo que podría llamarse un sentimiento de… ¡oh! Soy un estúpido. Lo siento. Perdóneme, por favor.

—No hay nada que perdonar.

Encontró fácil decirlo. Liberada de la necesidad de contenerse, sus sentimientos subían a la superficie.

—Lo que siento por usted es muy profundo. Me hubiera sido difícil hablarle de ello en otro momento. Creo que lo admiro a usted desde el punto de vista profesional y como persona y que lo admiro más que a nadie a quien haya podido admirar en mi vida.

Sintió como si se hubiera descargado de un peso. Pensó que en aquello que acababa de decir no había infidelidad ninguna. La admiración y el respeto

se combinaban para crear algo parecido al amor, si bien era algo puro, mucho más sutil que aquello que la gente suele llamar amor, siempre con sus connotaciones sexuales y sus instintos de posesión. Era fácil decir, en aquel preciso instante, que en sus sentimientos por Madison había más emoción que en los que abrigaba por Paul Avery. Era algo diferente; los sentimientos hacia aquel hombre mayor eran de índole espiritual, brotaban de aquella misma zona donde yacían sus sentimientos religiosos. De hecho, advertía ahora Edith, el afecto que sentía hacia Paúl era de tipo práctico, una necesidad superficial, como el dinero y la propiedad.

—Gracias —dijo Madison tendiéndole la mano y estrechándosela—. Gracias por hacerme tanto honor.

La corrección era, en conjunto, conmovedora. Parecían gente del siglo diecinueve. A su manera, Henry Madison compendiaba aquel decoro y aquella distinción que la educación de Edith la condicionaban a buscar. Los sentimientos que Madison abrigaba hacia ella eran un legado, y a través de ellos otorgaba una parte sagrada de sí mismo.

Rodeados por los símbolos de la cultura y la talla de Madison, hicieron un pacto vacilante: Edith se complacía en el consentimiento secreto de la adoración de aquel hombre y Henry se contentaría con que ella compartiese aquella afinidad espiritual.

Después que Edith hubo salido de la casa, Henry se sentó junto al fuego, con un vaso de jerez en la mano, dejando que la realidad fuera aquietándose lentamente dentro de él. Se había comprometido al realizar un acto que podía tener peligrosas consecuencias. Pero había algo en la muchacha que le inspiraba confianza; era aquella misma confianza que sentía cuando estaba a punto de hacer cosas que, superficialmente, le parecían peligrosas. Estaba hecho para correr un tipo particular de riesgos y, mientras se mantuviera dentro de su carácter, pocas eran las cosas que podían perjudicarlo. Uno de los beneficios de la autoridad era una inmunidad frente a las leyes normales de la probabilidad. Henry podía decir y hacer cosas, siempre que se mantuviera dentro de los límites de su personalidad y de su condición, que la gente corriente no estaba autorizada a decir ni a hacer. Ahora que toda la agitación que había despertado en él Edith Roberts se había aquietado, sentía que una gran paz lo invadía. Edith le pertenecía. Las aguas de la estética se habían calmado. Ahora lo único que quedaba era disolver las amenazas que podían hacer mella en su autoridad y ya podría considerarse el más feliz de los hombres. Tal como iban las cosas, no pasaría mucho tiempo sin que en su casa volviera a reinar el orden más completo.

11

Pemberton y Morris ocupaban los despachos situados en los tres últimos pisos de una manzana victoriana enclavada cerca de Euston. El ascensor no funcionaba, por lo que al entrar en el departamento de recepción, Ernie estaba sin aliento. La muchacha le sonrió con una cierta prevención y le pidió que expusiera el motivo de su visita. Los editores solían verse invadidos por personas cuyas opiniones en relación con su propio mérito nada tenían que ver con su auténtico valor comercial o artístico, lo que justificaba que una buena recepcionista supiera repeler la masa de invasores infradotados que esperaban ser recibidos.

—Me llamo Hale —explicó Ernie jadeando— y querría ver a *mister* Miles, a ser posible antes de que el corazón renuncie a seguir trabajando.

—¡Ah! ¿Es usted el doctor Hale? —exclamó la señorita con expresión maravillada, abandonando la hostilidad del primer momento.

—El mismo en carne y huesos.

Ernie se dejó caer en una silla y lanzó un profundo suspiro.

—Mister Miles lo está esperando. Voy a decirle que ha llegado. Ernie observó que la sala de recepción era extremadamente lujosa. Sólo había estado en aquel lugar una sola vez y recordaba que en aquella ocasión las paredes eran de otro color. Aquélla era una empresa importante y probablemente empleaban todos los anuncios propagandísticos y todos los medios de persuasión que tenían a su alcance para corroborar que seguía siéndolo. Posiblemente las paredes y la alfombra constituían la combinación de colores del mes, el equivalente decorativo de estar al día. Recordaba que, años atrás, él también había sido uno de estos seguidores frenéticos de la moda cultural. Era como andar sobre cáscaras de huevo las veinticuatro horas del día. En aquel entonces solía ir a fiestas donde la gente hablaba de lo que había que hablar, donde los comentarios que se escuchaban eran los aptos y oportunos dentro de las tendencias predominantes. En la actualidad la gente cultivaba la seriedad y apreciaba las raíces de todo. El juego no consistía en saber, sino en encontrarse en el bando oportuno. Los esquemas de Pemberton

y Morris no eran menos sinceros que los de otros editores prósperos de tipo más conservador. La principal diferencia estribaba en que Pemberton y Morris trataban con el público, la gente de la calle que mantenía el mundo en movimiento. Seguir sirviendo al mercado de la masa era, tristemente, el espantajo cultural, la práctica que horrorizaba a ciertas camarillas de inadaptados que se admiraban recíprocamente y que preferían seguir en sus balsas de convicciones propias navegando a la deriva que juntarse con la plebe en la tierra firme.

Hacía tiempo que Ernie se había enfrentado con la verdad. Aspiraba a distinguirse, pero quería distinguirse entre la gente de verdad, allí donde contaba hacerlo. La faceta intelectual que había dentro de él le insistía débilmente en que no dejara diluir su talento, pero a Ernie le resultaba fácil resistirse. Hubiera podido dedicar años de su vida porfiando para producir un tratado que tal vez no comprenderían más que diez personas. ¡Menuda hazaña! Salvando los accidentes que pudieran producirse, el libro cuya redacción no le había costado un año siquiera divertiría^ informaría y entretendría a decenas de millares de personas, aparte de que los detractores que pudiera tener serían tan escasos en número y tan insignificantes que podrían ignorarse tan perfectamente como él ignoraba su propia conciencia. Que aquel editor lo aceptara había significado mucho para él, pese a que unos pocos libreros quisquillosos se negaran a vender los libros de aquella casa.

—Mister Miles estará libre dentro de un minuto, doctor Hale.

—Gracias.

Ernie se sacó la carta del bolsillo y volvió a leerla. Había llegado el sábado por la mañana y Ernie había pasado la mejor parte del final de semana organizando un par de sustituciones que le permitieran acudir a la editorial el lunes, tal como le pedía el editor. La carta decía que era urgente. Ernie había tratado de apartar de su mente las cavilaciones que se acumulaban en ella.

De nada serviría preocuparse. Hacía mucho tiempo que pronunciaba esta frase para uso de sus pacientes. Lo mejor era esperar, a fin de poder atacar el contratiempo con energía, no desgastada por el uso.

Apareció en la puerta Logan Miles, que le tendió una mano con aire de confianza. Era muy alto, un hombre con el rostro del vencedor consumado, con el cabello gris inmaculadamente cepillado sobre las orejas y una sonrisa perfeccionada gracias a la práctica y a carísimos trabajos de odontología.

—Estoy contento de que haya podido arreglarlo, doctor Hale. Y le agradezco las molestias que se ha tomado.

—No ha sido ninguna molestia —dijo Ernie—. Lo peor ha sido subir a pie la escalera.

En el pequeño despacho, lleno de libros y de carteles que proclamaban los notables éxitos de Pemberton y Morris, Miles indicó una silla a Ernie, mientras él tomaba asiento al otro lado del escritorio. Encendieron cigarrillos y, después de unos comentarios preliminares acerca del tiempo y de la situación precaria de los aparcamientos en Londres, Miles pasó al grano.

—Parece que su libro ha provocado ciertas complicaciones. El tal doctor Madison ha puesto en guardia a las autoridades.

—¿Qué autoridades?

—Usted debe conocerlas mejor que yo. Nuestros directores han recibido una carta que declara, en esencia, que Madison está dispuesto a recurrir a los niveles más altos para asegurarse de que las autoridades pertinentes lean *Las ciénagas de la angustia* antes de que sea publicado. Añade que éstas posiblemente decidan que se ha cometido una grave violación de la ética. Mire usted, este tipo de contratiempos son los que nosotros tratamos de evitar, doctor. Hay ya bastantes dificultades en relación con la producción de un libro nuevo sin que, encima, tengamos que habérnoslas con un comité médico disciplinario. Cualquier editor conoce los dolores de cabeza provocados por un libro impreso, encuadernado y promocionado por la publicidad, que no llega a ver nunca la luz del día. Doctor, nosotros no sabemos qué fuerza puedan tener quienes rigen la política médica. Espero que usted me dé algunas garantías prácticas que yo pueda presentar a los editores. Nosotros estamos dispuestos a lanzar el libro, pero queremos sentirnos razonablemente al margen de cualquier amenaza.

Ernie se rascó la barbilla.

—Mire usted, ignoro realmente qué tipo de presión se puede ejercer sobre ustedes. Las historias médicas fueron recogidas en su totalidad mientras yo prestaba voluntariamente mis servicios entre los enfermos. En aquellos casos en que juzgué, a los pacientes suficientemente responsables, les pedí permiso para imprimir el historial de su caso. También pedí permiso a los psiquiatras jefes para poder imprimir uno o dos casos especiales. En el libro no hay ni un solo caso que proceda del hospital Westfield General. Ahora bien, en sentido general, está fuera de lugar la cuestión de la ética. Si quiero hacer el libro, lo haré. No hay nadie que pueda impedírmelo. No violo ninguna ley y Madison no tiene nada a qué agarrarse en este aspecto.

—Pero nadie puede impedirle que levante la voz, ¿no es verdad?

—Esto es verdad. Es un hombre vengativo. Yo le he pisado el terreno una o dos veces y supongo que ahora ve el libro como una oportunidad para tomarse la revancha. ¿Le han dado ustedes algún detalle con respecto al contenido?

—Ninguno.

Miles indicó con la mano una carta que había sobre la mesa que Ernie reconoció como la que él había escrito recientemente, como respuesta a la primera alarma provocada en relación con Madison.

—Hemos hecho lo que usted nos pidió. Le hemos escrito y le hemos dicho que la lista con los detalles oportunos estaría disponible a su debido tiempo y que le enviaríamos un ejemplar así que la tuviésemos en nuestras manos.

—Ya veo que empieza a alborotar. Mister Miles, yo no sé qué otra cosa decirle para tranquilizarle. No cabe duda de que Madison puede armar un poco de bulla en relación al libro. Pero desde el punto de vista de ustedes, yo no veo que pueda perjudicarles en nada.

—Yo, sí. Basta con que encuentre unos cuantos nombres conocidos que quieran escribir unas cartas de protesta y nos veremos metidos en una investigación, un boicot, un bloqueo de la publicación… en fin, todo un conjunto de impedimentos y de alarmas. Doctor, en este país hay muchos libreros que viven bajo la amenaza de las leyes. Todo libro que aparece en el mercado a acompañado de una historia de quejas y de polémicas corre el riesgo de verse rechazado por el público. Podríamos incluso vemos demandados públicamente por el solo hecho de la publicidad, si bien esto tendría poca fuerza.

El hombre enlazó las manos, con aire de conocer el asunto que; tenía entre manos y en actitud de querer hacer comprender a Ernie lo serio de la situación.

—Doctor, su libro se ocupa de los enfermos mentales, campo que en el mejor de los casos está erizado de trampas. Las argumentaciones que podría presentar la oposición tal vez presupusieran que usted se ha aprovechado de estas pobres criaturas. De nada serviría alegar que se trata de locos y de maníacos viciosos, las argumentaciones sentimentales dejarían oír su voz y la gente la escucharía. Usted no sabe lo sensibleros que pueden llegar a ser los tonos cuando se produce una protesta de las llamadas públicas.

Se repantigó en el asiento y se cruzó de brazos.

—Necesitaría una argumentación muy buena para convencer a los editores de que no hay motivos para preocuparse. La actitud oficial de esta

casa, doctor, es la de que, dado que con poco esfuerzo podemos conseguir buenos beneficios, no es preciso que nos arriesguemos más de lo debido.

De haber podido, a Ernie Hale le hubiera encantado romper de una patada algún objeto grande y frágil. Entre todas las probabilidades de impedimento que se le habían ocurrido en el momento de ponerse a escribir el libro no había figurado ni la sombra siquiera de esta nube que actualmente se cernía sobre él. Se había servido de todo un conjunto de hábiles pinceladas para asegurarse de que no infringía las leyes que regulan la obscenidad; había protegido su propia imagen adoptando a lo largo del libro un tono frío, moralizador. El libro quedaría como un modelo de artesanía profesional y al mismo tiempo resultaría eminentemente comercial. Sin embargo, bastaba que apareciera un viejo chocho como Madison para echar todos los planes por tierra.

—Oiga una cosa, ¿puede posponer su decisión durante un corto tiempo?

—Supongo que sí. Es más, yo esperaba que hoy mismo podríamos encontrar una salida. ¿Cuánto tiempo necesitará?

—Tres semanas a lo sumo. No; pongamos cinco. ¿Me las concede?

Miles pareció indeciso.

—Supongo que no hay inconveniente. ¿Qué se propone hacer?

—Todavía no he elaborado los planes. Lo que quiero es vía libre para el libro. Yo tengo mis caminos indirectos *mister* Miles. Si en cinco semanas no se arreglan las cosas hablaremos de un cambio de política. ¿Le parece?

—Sí, me imagino que sí. Pero me gustaría que el libro saliera como está. Para usted sería una buena cosa. Anoche me leí el capítulo quinto. Casi me puso los cabellos de punta. ¿En serio es verdad lo que dice?

—Sin faltarle una tilde. El mundo es un manicomio inmenso *mister* Miles. Y opino, además, que los casos más terribles son los que están fuera de las instituciones y hospitales. Considere por ejemplo a *mister* Madison.

Miles lo miró con aire sorprendido.

—¿Quiere decir que es un desequilibrado?

—Hace mucho tiempo que lo pienso. Quizás encuentre nuestra salvación moviéndome dentro de esta probabilidad. Soy muy bueno en lo que se refiere a descubrir chiflados entre la gente.

A los pocos minutos Miles acompañaba a Ernie hasta la puerta.

—Le deseo buena suerte, doctor. Y lamento que haya sido un viaje en balde.

—No será en balde —le aseguró Ernie estrechándole calurosamente la mano—. La ciudad reúne las distracciones suficientes para hacer provechosa

la visita.

Desde Euston se encaminó hacia el oeste, en dirección a Chelsea, y al cabo de media hora estaba en Fulham Palace Road. El nuevo hospital de Charing Cross constituía un conjunto de oficinas, o tal vez de hoteles entrelazados, pensó Ernie. Lo último que parecía era un hospital. Dejó su coche en el aparcamiento que estaba enfrente y se encaminó a recepción, donde una muchacha sumamente atractiva le preguntó en qué podía servirle.

—Me llamo Hale y estoy buscando a un antiguo colega. Creo que trabaja aquí. Se llama David Spence.

—¿Es médico?

—Sí… cirujano, en realidad.

—Un momento, por favor.

Consultó con una mujer, sentada al otro lado de la mesa y regresó con un papel en la mano.

—Sí, señor. Trabaja aquí. Escriba aquí su nombre y veré si puedo ponerlos en contacto.

Spence tardó casi una hora en dejarse ver. Cuando lo hizo, fue al galope, vestido con una bata de color verde y botas blancas de goma. Tenía unos treinta y cinco años, aproximadamente la edad de Ernie, y llevaba el cabello muy largo para ser cirujano. El rasgo más digno de notar que seguía a continuación era su nariz, larga y ganchuda, que hacía que sus ojos parecieran muy pequeños. Tenía una expresión risueña, que iba aumentando por grados al acercarse.

—Ernie Hale. ¡Nada menos! ¿Cómo estás?

Ernie le dio una palmada en el brazo, demostrando tanto placer como él.

—Muy bien. He venido a pasar el día en Londres y he pensado que sería una buena idea pasar a saludarte. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

—Hará unos tres años. La última vez fue justo antes de casarme.

Mientras iban intercambiando unas frases, se dirigieron a la cafetería. David Spence había sido en otros tiempos el mejor amigo de Ernie. Habían trabajado en los mismos hospitales mientras había sido práctico para ambos; después, los procesos de promoción, distintos para cada uno, los habían separado y habían hecho que perdieran contacto. David había tropezado con los mismos obstáculos que Ernie. Poseía sentido del humor y tenía un buen ojo para descubrir los fraudes, lo que no lo hacía demasiado popular entre sus superiores. En el caso de Ernie, el problema no había revestido nunca facetas tan severas, puesto que entre los psiquiatras se aceptaba la idiosincrasia. David se vio obligado a demostrar su valía contra la oposición de los

envarados, autoritarios y tradicionalistas y, finalmente, se vio aceptado, pese a todos sus defectos terrenales. Ahora estaba ascendiendo.

Cediendo a la nostalgia, tomaron unas tazas de té, que junto con unos bollos de crema se llevaron a una mesa de un rincón tranquilo. En la época estudiantil habían compartido la pasión por las pastas pegajosas, que corría pareja con su briosa persecución de las féminas.

—En realidad, no debería comer estas cosas —se lamentó Ernie, hundiendo los dientes en el borde de la pasta y arrancándole un bocado—. Estoy volviendo a engordar.

—¡Pobre desgraciado! —se sonrió David, enlazando las manos sobre su abdomen totalmente plano—. Esto es resultado de la satisfacción, ¿sabes? Sigo siendo tan ambicioso como antes, Ernie. Hace años que no engordo ni un gramo.

—Claro, no por nada tienes un conocimiento de las influencias que gobiernan el metabolismo humano, obtenido a muy alto precio. ¿Y todavía dices esto?

Los ojos de Ernie estaban abiertos de par en par, sobre unos dientes y unos labios que no paraban de trabajar. Engulló otro bocado de bollo y tomó un sorbo de té.

—Si gano peso es porque paso tanto tiempo sin mover el trasero, David. Mi trabajo es sedentario. Tú te pasas el día entero de pie, descuartizando a la gente. A propósito, si he venido a verte ha sido para hablar de un determinado carnicero. Quería saber unas cuantas cosas.

—Debía imaginarlo. No hubieras venido a verme de haber sido únicamente por amistad, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Quién es objeto de tus investigaciones?

—Henry Madison, médico consultor, sabio, profesor y demás mierdas.

—Ni yo mismo lo hubiera descrito mejor. ¿Por qué te interesas por este personaje? ¿No sabes que es peligroso jugar con la enfermedad?

—Tú habías trabajado con él y puedes saber ciertas cosas que a lo mejor me interesan saber a mí también. Antes de entrar en detalles, David, ¿te referías a que Madison tiene algo de desequilibrado?

David estuvo masticando pensativo el bollo un minuto antes de contestar.

—Bueno, tú ya sabes cómo nos llevábamos él y yo. No es la persona más normal con que me he tropezado en la vida, precisamente. Más bien diría que tiene algún tornillo flojo en alguna parte de su persona. Pero ¿puede saberse de qué se trata?

Ernie le habló del libro, lo que desencadenó ciertos comentarios jocosos, y a continuación de la interferencia por parte de Madison.

—Forma parte de su manera de ser, David. Hizo también la contra al servicio de socorro que se acababa de inaugurar en el hospital. Fue el único que se declaró enemigo de la idea.

—¡Ah, sí! Lo de Avery, ¿verdad? Avery es un tío listo. Si tiene un poco de constancia, dará un poco de categoría a la labor que se hace con los accidentados en este país. No podía ser otro que Madison quien le pusiera proa.

Durante cuatro años David Spence había trabajado como ayudante y más tarde como auxiliar de Madison en el hospital Phoenix Memorial, de Surrey. No habían sido tiempos felices y con frecuencia David había aburrido a Ernie contándole, por la noche, toda la retahíla de quejas que tenía contra su superior.

—Recuerdo que a veces parecía que iba a estallar, Ernie. Le daban unos ataques de cólera y descendía a mezquindades tales que la cosa no era para broma. Tenía aterrorizado a sus equipos.

David iba doblando la servilleta de papel en triángulos cada vez más pequeños mientras rememoraba aquella época.

—Una de las chicas tuvo que plegar velas por su culpa. Una muchacha formidable, sin altibajos, totalmente sensata. Pero el viejo cabrón la dejó reducida a una ruina. Acabó con sus nervios. Nunca he acabado de comprender por qué lo hizo, pero estoy seguro de que era adrede. Era una chica bonita, de las que caen bien a todo el mundo, pero él iba como teledirigido con ella. La técnica de la zancadilla, ¿sabes?, pero llevada al máximo. Si le preguntaba algo cuando estábamos de ronda por las salas, hacía como si no la oyera y, en cambio, cuando ella daba alguna explicación sobre un caso, él se ponía a hablar, como dándolo por terminado. Siempre la tenía en vilo, sin acusarla de nada en concreto pero dándole a entender que la castigaba por algo. Cuando la chica cometía un error, el tío lo hinchaba a tope, le daba unas broncas impresionantes y si la muchacha se excusaba, la escuchaba con aquel aire de superioridad que tiene y una sonrisa de incredulidad total. Cualquier otro que no hubiera sido la chica, le hubiera pegado una patada en los mismísimos. Pero en realidad nos tenía a todos acoquinados. Tenía mucho poder y lo ejercía a machamartillo.

Ernie sabía del comportamiento de ciertos hombres, que eligen como víctimas a mujeres inocentes, generalmente muy atractivas. Aquel proceder constituye, en realidad, un refinamiento del sadismo, desencadenado por el

deseo de castigar a la mujer por el hecho de ser hermosa, por el hecho de ser demasiado atractiva para el torturador. Era una remota posibilidad que Ernie no había considerado hasta ahora. Madison podía cubrir las funciones de tarado sexual como cualquier otro.

—¿Sabes de otros casos parecidos? Sé que me muevo en el terreno de las suposiciones, pero tengo que actuar a base de lo que dispongo. Tengo que ver si encuentro algo con lo que pueda pararlo. ¿Sabes si alguna vez violó alguna norma?

David desdobló la servilleta y observó la bella matriz cubierta de formas geométricas.

—Es difícil de saber. Estaba en una posición que podía camuflar lo que fuera. En el Phoenix teníamos una jefe de enfermeras que una noche soltó la lengua y dejó entrever que Madison una vez había dejado morir a un paciente. Lo aseguraba. No creo que nadie pudiera colgarle nada, porque es de los que saben rodearse de una nebulosa. Pero si quieres saber mi opinión personal, te diré que yo creo que es muy difícil que no se haya saltado nunca alguna norma importante. Está hasta arriba de tradición y de ética, pero tiene esta manera de hacer arrolladora que acostumbra a salirse de la estructura ética de vez en cuando.

—¿Quieres decir que está borracho de poder?

—Exactamente. El poder era lo más importante de su vida en aquellos tiempos en que me tenía bajo sus alas. Es un buen cirujano, extraordinariamente bueno. Pero a veces parece como si su talento profesional no sea sino un instrumento al servicio de su ambición.

Ernie fue a buscar otros dos tés, no sin prometer antes a su amigo que no le entretendría mucho más.

—¿Qué me dices de los celos? ¿Tienes algún ejemplo de algo en este aspecto?

—¿Ejemplo? Los celos y la envidia le salían hasta por las narices. Había otros cirujanos de la misma categoría que él que lo sacaban de sus casillas. Me acuerdo de una vez que quiso meter mano en una operación urgente de corazón. El especialista de corazón estaba de camino, pero el paciente estaba a las últimas y Madison se empeñó en meter baza. La verdad es que no estuvo mal. Pero cuando llegó el especialista, el viejo loco no quiso que se acercara a la mesa. Y el otro le dijo que terminara lo que había empezado. Después metió la pata y aquello era un río de sangre. Entonces el especialista tuvo que intervenir por la fuerza. Después de aquello a Madison no se le vio el pelo en dos días.

David de pronto se echó a reír.

—A veces era la monda, el tío. Una vez, uno del equipo, me parece que era un becado, era un hacha haciendo suturas. Ya sabes que hay gente que está dotada para ciertas cosas. Bueno, pues, el tipo este estaba ayudando a Madison, que intervenía de una laparotomía y, cuando llegó el momento de cerrar el abdomen, va el chico y dice: «¿Me ocupo de los puntos, doctor?», todo inocencia el tío, olvidando que Madison es de los que les gusta hacerlo todo. El viejo le echó toda la caballería encima. Que si se había figurado que no sabía, que si pensaba que era tan inepto que se parase por una sutura^ que si patatín y que si patatán y, cuando se cansó de vapulear al pobre tío, le temblaban tanto las manos que por poco se hace el lío padre con los puntos. Otra cosa eran sus cartas. Siempre estaba escribiendo a los periódicos sobre lo que se le antojaba. Una vez armó la de Dios es Cristo porque una revista publicó una fotografía de una enfermera que había ganado un concurso de belleza vestida con un bikini. Dijo al editor que aquello era repugnante, qué era una vergüenza que llenase las páginas con la pornografía barata de la prensa barriobajera.

Después de contar algunas anécdotas más, David dijo que tenía que marcharse. Antes de que se fuera, Ernie le pidió los nombres de todas las personas que pudiera recordar de los tiempos que trabajaba con Madison. Recordaba cuatro, todos ellos tan poco adictos al viejo como él, según le aseguró David.

—No hemos hecho otra cosa que hablar de Madison, Ernie. Ni una palabra sobre mi encanto de hijo ni sobre tu última juerga.

—Tendrás que perdonarme por esta vez. El libro significa muchísimo para mí y tengo la sensación de que me costará mucho rescatarlo. Pero te prometo que muy pronto saldremos a cenar en familia, como está mandado.

Cruzaron el amplio vestíbulo de la entrada y David sostuvo a Ernie la puerta mientras éste se enfundaba dentro del abrigo.

—Me ha encantado verte, Ernie. Espero que la cosa salga bien. No des tu brazo a torcer, créeme. Acuérdate del refrán.

—¿Qué refrán?

—Si eres débil de corazón, nunca joderás a un cerdo.

Eran más de las ocho cuando terminó con la correspondencia. El viaje de regreso desde Londres le había brindado tiempo suficiente para pergeñar un esbozo sumario de la personalidad de Madison. Su experiencia, unida a la de

David Spence, le había confirmado la sospecha de que el eminente cirujano estaba bastante lejos de las líneas maestras de un comportamiento sano y que por ello reunía méritos suficientes para ser etiquetado de psicópata. De momento bastaba con eso. Había muchas personas que ocupaban cargos de responsabilidad y en realidad se encontraban aherrojados por terribles enfermedades mentales. En un médico de su categoría, cosas así podían pasarse por alto y acreditarse en la cuenta de la excentricidad. La certidumbre de que había un fallo en alguna parte no era sino un punto de arranque, la confirmación de que existía algo que mereciera la pena escudriñar.

Ernie hizo un montoncito con las cartas importantes y lo metió en su cajón. Consultó el reloj. Si no se equivocaba, Cynthia llegaría a las nueve. No se paró a considerar si esta noche tenía o no ganas de verla. Había que forzarse a la variación; siempre daba resultado. Si se obsesionaba en una sola cosa, acabaría perdiendo el impulso. Había observado en muchos de sus pacientes que las obsesiones afectan siempre el sentido del equilibrio y él no podía permitirse el lujo de perderlo.

Al atravesar el breve pasillo que ponía en comunicación la clínica con el corredor principal que llevaba a cirugía, avistó un instante a Henry Madison en el momento en que doblaba el final del mismo, con su almidonada chaquetilla blanca. Movido por un irrefrenable impulso, Ernie apretó el paso y siguió el camino emprendido por el cirujano, que se dirigía a la antesala del quirófano principal.

Al entrar Ernie, Madison estaba de espaldas. Se encontraba leyendo una tarjeta sujeta a un tablón de anuncios. No había nadie más.

—Quisiera hablarle un momento.

Ernie tuvo la satisfacción de ver a Madison dar un respingo. Volvió la cabeza y lo miró por encima del hombro, inmaculado como la nieve. En su mirada se leía que el encuentro lo contrariaba.

—Le ruego que me disculpe.

—No lo entretendré.

Ernie dejó el maletín en el suelo y se cruzó de brazos, decidido a soltar lo que llevaba en el buche.

—Acabo de llegar de Londres, donde he visto a un editor que me ha contado un cuento muy curioso.

Madison efectuó una aspiración de aire de tipo clínico, con el silbido y el jadeo brusco que acompañaban un diagnóstico.

—Acostumbro a ver a la gente a horas convenidas. En este momento estoy muy ocupado.

Ernie volvió a la carga.

—Usted ha escrito una serie de amenazas con objeto de crear un ambiente adverso en el momento de la aparición de mi libro. ¿Quiere decirme por qué ha considerado oportuno proceder de esta manera?

—Si escribí la carta fue porque considero evidente que usted está violando una serie de procedimientos establecidos. En este hospital no hay un solo médico que esté informado, hasta el momento de descubrirlo yo, de que usted tuviera intención de escribir un libro y mucho menos de publicarlo. Además, por la publicidad de que dispongo, parece que su libro tiene un sesgo sensacionalista. Es en interés de este hospital y de la fama de que goza que considero oportuno que se examine el libro antes de que se hagan nuevos pasos para comercializarlo.

Su cara se había puesto como la grana; seguía mirando a Ernie por el rabillo del ojo, tocando con la barbilla la tirilla del cuello de su chaqueta de cirujano.

—Yo estoy en libertad de escribir un libro, *mister* Madison, esté informado o no el cuerpo de médicos consultores de este hospital. He redactado el libro en calidad de psiquiatra, no en calidad de miembro de este hospital. Por lo que respecta a sus anticuados códigos morales, me figuraba que los aplicaba a otras cosas más propias, como podría ser un artículo sobre la triste desaparición del polisón.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esta manera?

—Muy fácil. Hay en usted algo que invita a hacerlo.

—Informaré de esto…

Madison agitó la tarjeta que tenía en la mano, dándose ahora la vuelta para situarse frente por frente con Ernie.

—Ya sé, ya sé. Irá sin perder momento a buscar su diccionario Victoriano para preparar la puñalada por la espalda. ¡Adelante! Lo negaré todo. Y voy a decirle otra cosa, ahora que no hay testigos. Usted es un tipo muy raro. Acuérdese de que mi trabajo en el departamento de hechicería consiste en descubrir a los chalados. Y usted es de los escogidos. Usted me hace la puñeta porque he tenido el atrevimiento de oponerme a su voluntad. Usted es un cazador de brujas y sé que mi nombre figura en su lista. De acuerdo, pero métase una cosa en la cabeza, Madison. Le estoy siguiendo los pasos yo también. Pienso perseguirlo con doble saña que usted pueda poner en perseguirme a mí. Mi arma es la razón, no este artificio que se hace llamar ética y disciplina. Adelante y siga buscándome las pulgas. Quien siembra vientos, recoge tempestades.

La expresión del rostro de Madison al irse Ernie y dirigirse a la puerta era una curiosa amalgama de odio, afrenta y cólera. Tenía la boca abierta, por la que dejaba asomar los dientes, y por efecto de la tensión de que era presa, subía y bajaba los brazos.

—¡Es una monstruosidad! Esto le costará el despido, ¿me oye? —Ernie se paró dejando la puerta medio abierta.

—Estupendo. Entonces publicaré el libro sin que usted pueda meter las narices.

Y con estas palabras abandonó el lugar dando un portazo.

Madison apretó los dientes.

—La victoria será mía —rugió, al tiempo que se ponía a temblar violentamente.

12

En el departamento de accidentados había un viejo que generalmente se encargaba de limpiar la sala de calderas de Westfield General, que había trabajado como mozo por espacio de quince años y que ahora acababa de ser trasladado desde la cantina, donde se encontraba hacía pocos momentos. Paúl Avery, la enfermera jefe MacLean y Mary Scott estaban de servicio hasta medianoche y, con dos horas por delante, iban trabajando a un ritmo lento y cómodo, establecido por una racha regular de accidentes de poca envergadura.

Paúl se acercó a la camilla de ruedas y miró al hombre. Tenía un color azulado, los ojos congestionados y daba la impresión de estar acabándose rápidamente.

—¿Qué ha sucedido?

Los dos camilleros que llevaron al paciente se pusieron a hablar a la vez; Paúl hizo una seña al de más edad.

—Cuéntemelo usted.

Entretanto Mary Scott abría la boca del hombre y le sacaba la dentadura postiza.

—Estaba cenando. De repente se ha levantado de la mesa, ha dado unos pasos y se ha derrumbado. Lo hemos traído enseguida.

—¿Ha gritado o algo?

—No, no ha dicho nada. Esto es lo extraño. No ha dicho una palabra siquiera, ni una queja.

—Coronarias —intervino Mary con eficiencia, mientras desabrochaba el cuello de la camisa al hombre.

—No, nada de coronarias.

Paúl introdujo el índice en la boca del paciente y, haciendo gancho con él, hurgó por la parte posterior de la lengua.

—Enfermera, vaya al armario que hay sobre el lavabo de la sala de curas y tráigame las pinzas blancas de plástico que encontrará en el estante de arriba.

Siguió tanteando en la garganta del hombre, incorporando el pulgar a los esfuerzos que hacía con el índice. Mary Scott volvió a los pocos segundos trayendo las pinzas. En el brazo de las mismas se leía «Pinzas para estrangulaciones».

Paúl introdujo las puntas curvadas de aquellas pinzas en la garganta del paciente hasta que no asomó por la boca más que un centímetro de las mismas. Después de remover y retorcer unas cuantas veces las mandíbulas del paciente, retiró lentamente el instrumento. Uno de los camilleros se quedó sin aliento. Firmemente agarrado a uno de los extremos dentados de las pinzas había un trozo de carne del tamaño de una pelota de golf.

—Denle aire, enfermera.

La enfermera MacLean, que estaba terminando de vendar un brazo herido, se acercó y observó aquel mazacote de ternera.

—¡Santo Dios! ¿Quería tragarse esto?

—Ni más ni menos.

Paúl echó la carne al cubo de desechos y pasó a comprobar el pecho del paciente. El anciano estaba volviendo a la vida, su color volvía a la normalidad mientras Mary iba administrándole oxígeno. Transcurridos veinte minutos, había recuperado completamente la conciencia. Paúl lo hizo ingresar en una de las salas para que pasara la noche bajo vigilancia y redactó un breve informe.

—¿Cómo has sabido de qué se trataba?

Mary Scott, sentada en el borde de la mesa, balanceaba una pierna. Paúl había observado que, cuando Mary trabajaba en el departamento de accidentados, sabía relajarse casi totalmente entre los servicios. Pensó que era una muchacha que sabía dar el valor que correspondía a cada cosa. Terminó el informe antes de contestarle.

—Lo que tú has tomado por un ataque de coronaria es uno de los accidentes más descuidados del mundo. Se estima que cada año mueren en América de coronaria de café entre setecientas y mil personas. El cuadro parece perfectamente consecuente. La víctima acostumbra a ser una persona de mediana edad o avanzada en años, por lo general con dentadura postiza, y suele haber bebido un poco. Intenta tragar un enorme bocado y se queda afónico. No puede proferir ni un sonido. Yo sé de cinco casos pero puede que haya sido testigo de bastantes más.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que se ha demostrado que muchos de los llamados ataques de corazón han resultado muerte por asfixia. En las autopsias se ha descubierto

que algunos cadáveres tenían trozos de carne del tamaño de un paquete de cigarrillos alojados en las vías respiratorias. En estos casos se producen unos efectos que, desde el punto de vista social, son trágicos. Hay muchísimos hombres que descansan en sus tumbas, con una masa de alimento atascada en la garganta, cuyas infortunadas viudas no han recibido ni un céntimo de la indemnización doble que debía de pagarles la compañía de seguros en concepto de muerte por accidente. Por consiguiente, Mary, hay que comprobar siempre. Si uno de los síntomas del ataque es el silencio, una probabilidad muy segura es que el caso se reduzca a una coronaria de café.

—¡Cuánto queda por aprender!, ¿verdad?

—Es la cruz que te toca llevar, nenita. Eres curandera. Apareció en la puerta la enfermera jefe.

—Es para usted, doctor.

En una camilla de ruedas de las usadas para curas había un muchacho, un adolescente, con fractura del muslo izquierdo.

—¿Cómo te lo has hecho?

Paúl puso la cara amable que adoptaba en circunstancias parecidas, pero los dolores que padecía el muchacho eran demasiado intensos para responder con algo que no fuera un gemido.

Detrás de Paúl, la enfermera MacLean le explicó que el muchacho había sido atacado por una pandilla de jóvenes a la salida de un cine.

—Sabían lo que se hacían —observó la enfermera—. El chico no tiene ni una sola señal.

Paúl asintió mientras cortaba la pernera del pantalón.

—Hoy en día la violencia es una obra de arte. Hace siglos que no veo lesiones ocurridas como consecuencia de un altercado fortuito. En nuestro tiempo se trata siempre de sadismo.

La parte superior de la pierna estaba deformada y la fractura demostraba ser transversal.

—Me parece que podemos corregirla aquí y ahora, enfermera. Adminístrele una inyección de pentotal en primer lugar.

Al apartarse de la camilla, vio a Mary Scott atendiendo a una mujer y encaminándola a la hilera de asientos más próxima. Estaba pálida y daba muestras de entrar en estado de crisis. Mary levantó la vista un tanto angustiada.

—¿Quiere darle una ojeada, doctor?

—¿Qué sucede?

La mujer se desprendió del brazo acogedor de Mary y empezó a liberarse del abrigo. Reinaba un olor muy intenso, un olor que Paúl reconocía, si bien el aspecto de aquella mujer, la actitud despierta de sus ojos y la mortal palidez en sus mejillas no parecían casar con aquella repugnancia que despertaba en él aquel olor. Cayó el abrigo en el suelo y Mary se tapó la boca con una mano. El brazo derecho de la mujer, desde el codo hasta la mano, era un cilindro calcinado. Paúl sintió un vuelco en el estómago.

—¿Cómo ha sido?

—Por voluntad de Dios.

Paúl pensó que la cosa empezaba bien, muy bien. Lo único que les faltaba era una chiflada y, encima, una chiflada con quemaduras.

—¿Es usted quien lo ha hecho?

—Sí, claro.

La mujer hablaba como un autómata, mirándolo con ojos que parpadeaban.

—Pero debo decirle una cosa: obedecía órdenes. Me he quemado con la llama del gas. Hace un rato que me ha empezado a doler y he pensado que lo mejor era venir aquí para que me echasen un vistazo.

Mary se había quedado tan pálida como la paciente y Paúl estaba plenamente consciente de que, si daba muestras de la repugnancia que sentía, todo se derrumbaría.

—Dígame una cosa, ¿por qué lo ha hecho?

—He fumado un cigarrillo, doctor. Esta tarde he fumado. Cuando me apunté en la Hermandad me advirtieron que fumar era pecado y entonces renuncié a fumar. Hace de esto tres semanas. Pero hoy he sentido ansia de fumar. Dios me estaba poniendo a prueba, ¿sabe usted? He sido débil, me he fumado un cigarrillo completo y después me he sentido llena de remordimientos. Y por eso me he castigado. Dos veces.

—¿Dos veces?

Paúl fijó la mirada en Mary, que engullía saliva ruidosamente mientras miraba aquella imitación grotesca de brazo, ennegrecida y arrugada.

—Sí. Me he quemado el brazo. El brazo que ha fumado el cigarrillo. Después, me parece que me he desmayado. Cuando he vuelto en sí, lo he vuelto a quemar, hasta que he visto que el trabajo estaba terminado. Ahora ya no siento ningún remordimiento. Pero sí muchísimo dolor.

Paúl atravesó la sala y se puso en contacto con el departamento de cirugía. Explicó al cirujano de turno lo que ocurría y después regresó junto a la paciente.

—Quiero que se quede aquí sentada, muy quieta, ¿entiende? No se mueva de aquí y ahora mismo vendrá una persona que la atenderá.

Paúl puso la mano sobre el hombro de Mary y lo apretó un momento.

—Quédate con ella, ¿quieres? Dentro de un momento se la llevarán al quirófano.

Paúl volvió junto al muchacho que tenía la pierna fracturada y comenzó a enderezársela con ayuda de la enfermera jefe. Mientras se ocupaba en su trabajo trató de aislarse de aquel olor a carne chamuscada, a piel, músculo y hueso quemados. Pero tenía el olor metido en la cabeza y desencadenaba al momento el recuerdo de todas las quemaduras que había tenido que contemplar en su vida. Todos los médicos tienen sus puntos flacos, de esto no cabe la menor duda. Paúl recordaba de uno que no pudo soportar una operación efectuada para extraer una uña de un dedo del pie que había crecido hacia adentro. Otro, un cirujano por cierto, sentía arcadas tan pronto como veía vomitar a un paciente. Siempre, en algún punto, pasaba a formar parte del cuadro la afinidad con el paciente y se producía la reacción. Sin embargo, Paúl sabía que su reacción frente a las grandes quemaduras rebasaba los límites de la simple afinidad. Ante aquello se sentía atado de pies y manos, como le había ocurrido con el muchacho del garaje, abrasado por el petróleo. En estos mismos instantes se estaba debatiendo para mantenerse dentro de los límites de su norma de conducta profesional. Por milagro, la fractura pudo solucionarse sin tener que enderezar la pierna y la enfermera jefe se hizo cargo del chico para aplicarle el molde de escayola. Afortunadamente, cuando dirigió la vista a su alrededor, comprobó que la paciente del brazo quemado había desaparecido. Mary Scott estaba hablando con un hombre de edad en el mostrador de recepción. Hizo una señal a Paúl cuando éste había decidido escabullirse para ir a fumarse un cigarrillo.

—¿Necesitas algo?

Mary se apartó a un lado.

—Insiste hablar con un hombre. Me parece que le pasa algo en el chisme.

Paúl hizo pasar al hombre a un departamento reservado y observó que caminaba muy tieso.

—Siéntese, por favor, y explíquemelo todo.

—No me puedo sentar.

Era un tipo flemático, de tez roja, consciente de su dignidad. Paúl pensó que el cuerpo podía constituir un terrible impedimento para los orgullosos de la Tierra. Especialmente cuando se hacían viejos.

—He visto que no puedo hacer aguas.

El aspecto era típico. La parte inferior del abdomen justo por debajo del ombligo, aparecía tensa y redondeada como una enorme pelota.

—Esto lo arreglaremos enseguida —le aseguró Paúl—. Permanezca tranquilo y vuelvo enseguida.

Se dirigió al almacén médico y buscó una sonda Gibbon. En aquel mismo momento llegó Mary, sonrojada y furiosa. Paúl le mostró el paquete estéril que estaba buscando.

—Tiene un problema de vejiga —anunció Paúl.

Después se dio cuenta de la confusión de Mary y le preguntó qué sucedía.

—¿Te acuerdas de un tipo llamado Rourke? Un albañil al que le pusimos un vendaje hace unos cuantos días.

—Sí, me parece que lo recuerdo. ¿Qué le pasa?

—Que ha vuelto. Dice que el vendaje le apretaba y que quería que se lo aflojásemos un poco. Como es lógico, le he dicho que se sacase los pantalones y se sentara en un taburete.

—¿Y qué?

—Pues que se ha quedado allí sentado y me ha dejado que le quitara el vendaje y, cuando he levantado los ojos, he visto que estaba con un palo en la mano de doce centímetros de largo. Paúl se sonrió. Era una cosa que ocurría con frecuencia.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué iba a hacer? Como estaba en desventaja, le he vuelto a poner el vendaje y ahora está volviéndose a poner los pantalones. ¡Dios mío, qué hombres!

—¡Y qué mujeres!

—¿En serio?

De pronto lo miró interesada.

—¿Está aquí dentro?

—Sí. Pero no puedo evitar la cháchara. Tengo aquí una vejiga a la que debo librar de su agonía. De todos modos, para despertarte el apetito te diré que hagas retroceder tu memoria unas cuantas semanas. Un caso que nos había enviado una compañía de seguros, una mujer de cuarenta años que se había hecho daño en la espalda al caerse de una escalera de mano.

—¡Ah, sí! —Mary frunció los labios y enarcó las cejas.

—¿Qué le pasa ahora?

—Te lo contaré después.

Volvió junto al paciente aquejado de retención aguda y lo sondó, después le dio una carta para que se la entregara a su médico. Al terminar, Mary lo

estaba esperando.

—Hora de irse —dijo Mary—. ¿No hay nada importante?

—Es divertido que lo preguntes —dijo Paúl sonriendo.

—Ya sabes que soy experta en diagnósticos —le señaló ella.

A las doce y media estaban en casa de Paúl, tomaban chocolate caliente y relajaban los músculos sentados en el sofá. Paúl había pasado el brazo por los hombros de Mary y ésta descansaba los pies sobre un inestable taburete. Una lámpara proyectaba sobre ellos una luz cálida y difusa. Aquel ritual llevaba trazas de hacerse permanente o cuando menos todo lo permanente que permitieran sus liberales puntos de vista respectivos.

—Y ahora dime qué ha hecho aquella mujer.

Mary volvió la cabeza y frotó la nariz en la mejilla de Paúl.

—No sé si puedo, ahora que lo pienso —repuso Paúl—. De hecho, la ética no autoriza a propagar cuestiones de orden privado a…

—¡Narices! Cuéntamelo todo.

—La verdad es que me parece que tienes una mentalidad un poco retorcida.

—Sí. Es verdad. Y me parece de perlas. No sé cómo pasan el tiempo los que no la tienen. ¿Qué ha hecho la mujer? ¡Anda!

—Exhibicionismo. Conmigo había una enfermera, pero de las que se pasan el tiempo buscando cosas. La mujer estaba tendida en la mesa de reconocimiento y tenía la rodilla levantada. Yo me he dado cuenta de que lo hacía con toda intención, saltaba a la vista por la manera de mirarme. Aparte de esto, a su espalda no le ocurría nada en absoluto.

Mary se quedó pensativa.

—El exhibicionismo no es corriente entre las mujeres. Acostumbran a estar frustradas, ¿no es verdad?

Paúl se encogió de hombros.

—No sé. Pregúntaselo a Ernie. Acapara los auténticos chiflados. Si me preguntas a mí, te diré que no conozco una sola persona que esté totalmente en sus cabales. Todos estamos sujetos al síndrome de la chifladura, en uno u otro aspecto.

Mary adoptó un aire pensativo.

—Sí, en esto tienes razón. Oye una cosa, Paúl, este trabajo que hacemos… ¿no te parece que es un poco extraño que queramos hacerlo?

Quiero decir que dedicarse a este trabajo de arreglar averías, que es lo que hacemos en accidentes, es una ocupación curiosa, ¿no te parece?

—Es lo que tú has elegido, ¿no?

—Sí, claro, por supuesto. Pero esta rama de la medicina no es como las demás, no hay otra como ella en medicina ni en cirugía. Es un poco como el cuarto de trastos viejos. Tú te especializaste en accidentes en América, ¿no es verdad? ¿Por qué?

Paúl apuró la taza y se quedó mirándola pensativo.

—Por un montón de razones. Me parece que el impulso principal vino del sentido de la urgencia. Y también del sentido de la proporción que me infundieron algunos buenos profesores que tuve.

Se recostó en los muelles almohadones, satisfecho de que Mary, aunque no fuera su tipo, aunque no fuera ni con mucho la chica con quien podría proyectar su futuro, estuviese ahora a su lado, formulándole preguntas que nacían de una auténtica curiosidad, simple y sincera.

—Se han producido más muertes por accidente que las sumadas en las principales guerras. Como yo la veo, una urgencia es algo que encierra un reto. Una persona completamente sana, que respira y funciona igual que un reloj suizo, en el espacio de un segundo se transforma en un ente deshecho, trastornado, a un paso de la muerte. Ahora bien, aunque a ti te parezca una rama de la medicina difusa e imprecisa, en realidad no lo es. Es especialidad pura. Trauma. Un estado en el que concurren un millón de síntomas, con millares de tratamientos posibles. El esquema mental de un médico que se ocupa de esta clase de heridos ha de ser el mismo que el de cualquier cirujano, si bien sus términos de referencia son diferentes. Atiende los resultados de la violencia, combate algo causado por el hombre, no el fenómeno natural de la enfermedad. Por consiguiente, el reto es más punzante, porque debo atacar algo que el hombre, por vía clandestina, se ha colgado encima. Y que quede entre tú y yo, pero también estoy en accidentes porque supone un procedimiento diferente de hacerse un nombre.

Mary estiró el cuello para mirarlo, como para ver si bromeaba.

—Para ti esto es una razón importante, ¿no?

—Naturalmente. No te equivoques conmigo. Soy un hombre ambicioso. Pero quiero sobresalir, no quiero verme en el mismo montón de los médicos que hacen este mismo trabajo. ¿Te sorprende?

Paúl no le había hablado nunca de los mapas que regían sus carreteras. El único motivo que lo guiaba al hablarle ahora de estas cosas —sabiendo que ningún perjuicio podía derivar de ello— era el de lanzarle la sutil indicación

de que él era, fundamentalmente, diferente de ella. Si Mary lo aceptaba ahora, después no sucumbiría a penosas esperanzas. Estaba muy bien que ella, desde el principio, hubiera puesto sus condiciones, hubiera puntualizado que no habría adherencias y demás, pero Paúl había visto otras veces que afirmaciones tan petulantes como aquéllas quedaban después en agua de borrajas.

—No, esto no me sorprende en lo más mínimo. Precisamente había pensado que los dos somos muy parecidos en muchísimos aspectos; pero yo no puedo decir de mí que sea ambiciosa. Es evidente que no aspiro a distinguirme. Aunque esto quizás obedezca al hecho de ser mujer, por supuesto.

A Paúl no le gustaba aquella manera que tenía Mary de racionalizar los puntos delicados. Antes de que entrasen a hablar de sus relaciones, donde ella podía comenzar a identificarse demasiado con él, había que hacerle entender que, por muchas contrariedades que el hecho pudiera comportar, la carrera era para Paúl la cuestión de máxima importancia. Mary no entraba en el esquema. Paúl sabía que aquello no era galante ni demasiado justo, pero él era así. Las facetas más agradables de su personalidad, suponiendo que las hubiera, las reservaba para su trabajo y para espectaculares exhibiciones ocasionales de humana simpatía. Así era, para resumirlo en pocas palabras: el Paul Avery auténtico era el médico. El otro era un Paul Avery que nada tenía que ver con él.

—Voy a decirte una cosa con respecto a ti —dijo Paúl, mientras acariciaba el hombro de Mary con la palma de la mano—. A ti te falta artificio. No es ningún delito, pero esto te hace transparente. La gente que carece de artificio, carece de ambición.

—¿Estás diciéndome que no voy a poder llegar a ninguna parte?

Mary cruzó una pierna sobre la otra, dejando que su corta falda subiera descuidadamente y al propio tiempo liberándose un tanto del abrazo de Paúl, lanzado a su perorata.

—No. Tienes una inteligencia natural, eres lista, atrevida, valiente, experta… todas esas cualidades pueden llevarte lejos. Lo que quiero decir es que tú no te servirás de estas condiciones y características como de palanca. No podrías aunque quisieras. Porque tú eres Mary Scott, enfermera titulada del Estado, y todo lo que tú eres está visible a los cuatro vientos. Cuando dices que eres como yo, deberías reconocer que eres como una parte de mi persona.

—Gracias por la conferencia.

Mary se acercó a Paúl y le sopló, con la boca, un pedo en el oído. Sin embargo, dejando aparte la broma, Paúl sabía que Mary había captado la indirecta.

—Quizá no tengo ambición, pero gracias a Dios soy una persona sana. Fíjate en la pobre mujer de esta noche. Una lela religiosa. Es terrible.

—Una vez vi a una que había metido las manos en una prensa mecánica porque había tocado un hombre después de hacer voto de castidad.

—¡Castidad! ¡Vaya qué idea extraña!

Bruscamente Mary puso la mano en la entrepierna de Paúl, haciéndole proferir un grito.

—Mira, me alegro de tener una mentalidad tortuosa, de no ser ambiciosa y de no ser casta.

Dio un mordisco al cuello de Paúl.

—Soy la puerca Mary Scott, que está muriéndose por estar contigo antes de que la conversación nos transforme en frígidos a los dos.

Rodaron en el sofá, entre risas y exclamaciones. Paúl entendió que la indicación no sólo había sido recogida sino que ahora Mary le decía que la aceptaba. ¿Por qué Edith no era tan directa ni tan práctica como esta Mary?

Más tarde, una vez satisfecha su ansia glandular, los dos tumbados en la cama de Paul, Mary se puso seria. Paúl había observado que esta reacción era habitual en ella. Buena parte de la jactancia y la vivacidad de aquella muchacha probablemente eran consecuencia de sus impulsos sexuales. Paúl pensó que Mary era como el Mar Muerto: con tanta sal que le permitía sostener cualquier peso, pero sin la sal que permitiría que el objeto más ligero se hundiera. Así era Mary. Una vez evacuado su contenido sexual —cualquiera que fuese— dejaba durante un tiempo de ser un consuelo. Debía esperar a que sus células se recargaran de nuevo.

—¿Qué ocurrirá con nuestra ambulancia, Paúl?

—Lo dices como si la vieras amenazada.

—¿No lo está?

Paúl levantó una rodilla y comenzó a arrancarse pelos del pubis con aire pensativo.

—Quizá lo esté. En realidad, no lo sé. Estoy a oscuras, Mary. Hay un fallo, pero no lo encuentro. Los esquemas nuevos tienen montones de problemas. La causa puede obedecer a una ley natural o bien a algún fallo en nuestra eficacia. Es como cuando uno pone una inyección. Al principio, cuando se empieza, lo único que se conoce es la mecánica. Después pasa a ser un instinto y probablemente entonces se hace mucho mejor. Quizá todavía

estamos un poco verdes y no hacemos las cosas como cuando estamos en ambientes que nos son realmente familiares.

—¿En serio crees esto?

—No. No lo creo.

Un impulso que no era otra cosa que un gesto natural, exento de deseo, hizo desviar la mano de Paúl hasta los rizos crespos que cubrían el pubis de Mary. Esta estaba tumbada con las rodillas ligeramente dobladas, los muslos vueltos hacia afuera en un gesto accesible que Paúl consideró el equivalente de las palmas abiertas de los pacientes que decidían ponerse al mismo nivel del médico. Mary estaba húmeda, cálida y los dedos de Paúl se hundían en ella, en un dulce masaje de la carne mórbida. Mary apoyó la cabeza en Paúl y su garganta profirió unos sonidos. A Mary le encantaba que la acariciasen después del coito, cosa que no le ocurría a Edith, quien no soportaba que la tocasen así que se sentía saciada. Paúl no quería hablar de la ambulancia. Estaba pasando por la fase de gestación de la acción a tomar. Si dejaba que aquel dilema hirviera a fuego lento en los ámbitos de su razonamiento y en las orillas de su memoria, iría cobrando forma hasta convertirse en un problema reconocible. Los problemas tienen siempre soluciones y, tan pronto como estuviera al corriente de la naturaleza exacta del obstáculo, optaría por la solución que considerara más oportuna.

—No hablemos más de la ambulancia, Mary. Te diré únicamente que me ocupo de la cuestión. He puesto todos los datos en mi computadora y muy pronto tendré el cuadro exacto. Incluso he considerado el asunto del tubo roto y de los cilindros vacíos.

—¿Piensas que se trata de un sabotaje?

Mary hizo la pregunta en un susurro de voz, mientras su respiración marcaba con su movimiento el ritmo de las caderas, que ahora se movían en respuesta a la intervención de la mano. Las células de Mary se cargaban pronto, por poca ayuda que se les prestara.

—He dicho que no hablemos más del asunto.

Paúl la besó en la frente y añadió a contrapelo el sabotaje al programa de posibles problemas. No podía creerlo, pero mejor era no abrigar prejuicios. Se colocó de lado para dar más facilidades a la mano. Contra su voluntad, comenzó a pensar de dónde podía venir la solución, por qué abertura saldría la luz que haría saltar por los aires la tapadera de aquella caja donde guardaba entretanto la acción a emprender. Tal vez no habría eureka, tal vez persistiría la niebla hasta que aquel esquema fuese apagándose y su fama limpiase

aquella mancha que era el error profesional. Paúl se mordió el labio y se ordenó pararse. El trabajo era el trabajo y la cama era la cama.

—A veces me pregunto si Ellen Haxton jode alguna vez.

Aquella posibilidad, apuntada por Mary con voz ronca, lo ayudó a volver a la realidad.

—Yo me figuraba que entre vosotras, las chicas, no había secretos.

—Pero sucede que Ellen no es una de las chicas. Es una solitaria. No sale nunca, no bebe, no hace otra cosa que trabajar… que sepamos.

Resultaba curioso y un tanto divertido que Mary pudiera estar hablando como si tal cosa estando tumbada boca arriba, abierta de piernas, agitándose al ritmo de los ágiles dedos de Paúl. Sus palabras, como los movimientos de su cuerpo, eran lentas y meditadas. A Paúl se le ocurrió de pronto que quizá Mary se excitase pensando en la vida sexual que pudiera llevar la más pacífica de las enfermeras del hospital. Había admitido ya que las fantasías a que se daba no eran de tipo corriente. Pero hasta aquí no había concretado nada.

—Quizá sublima sus impulsos. El trabajo, Sobre todo el trabajo a que ella se dedica, puede contrarrestar la mayor parte de necesidades de una persona. Por supuesto que tu caso es más normal. Pero Ellen es una muchacha religiosa, ¿no? Esto puede suponer una válvula extraordinaria para sus emociones.

—Sí, es secretaria de la Unión de Enfermeras Católicas, de Westfield. Me parece que las únicas socias son ella y dos o tres más. De todos modos, es curioso.

Mary se calló y cerró con dureza los muslos un breve instante, presionando la mano de Paúl y arqueándose.

—Si Ellen no disfruta es que está loca.

La epidemia de la cruz, pensó de pronto Paul. Mary se servía de las palabras y de los pensamientos sobre una tercera persona para hacer más picante su actividad y ahora también influía en él. La mano de Mary se había puesto sobre el miembro de Paúl y lo acariciaba con dedos suaves y acogedores, que se movían al ritmo de lo que decía y de sus movimientos. Paúl sintió que volvía a endurecerse. Apartando la mano que tenía entre las piernas de Mary, se incorporó sobre ella y se puso a horcajadas, introduciendo el miembro por la húmeda entrada de la vagina. Mary levantó los ojos para mirarlo, con la boca apretada y ojos expectantes. Como para ponerse a prueba, Paúl cerró los ojos y se imaginó a la retraída Ellen, recordó el roce suave de sus rodillas el día de la fiesta en su casa y después inventó una

imagen de ella, extraordinariamente vivida, debajo de él, vestida con su uniforme, la bata azul impecable levantada mostrando unos muslos firmes y una entrepierna ávida e incitante.

—¡Oh, Cristo!

Fue Mary la que pronunció la palabra con un suspiro, mientras Paúl la embestía y comenzaba a asaltarla con movimientos breves y enérgicos. Con caricias crispadas y urgentes, gritos angustiados que parecían de dolor, porfiaron los dos juntos cual si se encontraran encerrados en un recipiente que limitara sus movimientos. En el momento del éxtasis, Paúl arremetió con tal fuerza contra Mary que la cabeza de ésta golpeó la tabla de la cabecera de la cama. La violencia del momento provocó en ella el clímax hasta una elevada curva que le hizo proferir un bronco gemido y hundir las uñas en las nalgas de Paúl, que no soltó hasta que se hubo extinguido el espasmo.

Pasaron varios minutos sin moverse. Paúl fue liberándose con lentitud y después salió de la cama, dirigiendo a Mary una sonrisa. Esta estaba hecha una bola; giró las pupilas para arriba, como trastornada.

—Hay un chiste sobre esto, ¿no lo conoces? —preguntó Mary.

—¿Sobre qué?

—Un *hippy* está haciéndolo con una *hippy*. Después de estar dándole un rato, va y dice: «Si me dices en quién estás pensando, te digo en quién estoy pensando».

Paúl se rascó el estómago y movió la cabeza.

—Es terrible. ¡Pobre Ellen! Probablemente está en cama, arrebujada hasta arriba, con el libro de oraciones debajo de la almohada. Y nosotros aquí utilizándola como pasto de lujuria.

—Son mis desviaciones personales —le espetó Mary, lisa y llanamente—. De vez en cuando utilizo incluso a la doctora Roberts.

Ciñéndonos al tabú tácito —a lo menos Paúl— en lo concerniente a cualquier referencia a Edith, Paul se desperezó y anunció que iba a tomar un baño.

—Iría contigo —replicó Mary, alcanzando el borde de la sábana y cubriéndose con ella hasta los hombros—, pero esto no haría sino atiborrar de más ideas malsanas mi pervertida cabecita.

Ya dentro de la bañera, se tendió y se dejó penetrar un momento por el agua, se relajó agradablemente, sin detenerse a pensar en nada determinado. Tal vez fuera éste el secreto de Ernie. Era un hombre que podía pasar por todas las dificultades que le deparara la vida sin recoger, de camino, ni confusión ni sentimientos de culpabilidad. Era un fornicador constante y en

ocasiones había llegado a admitir que temía por la seguridad de su corazón, tales eran las tensiones a que lo sometía. Era indudable que la cama liberaba de todas las tensiones. La ecuación, de ser exacta, era sencilla. Exceso sexual igual a vida equilibrada; lo inverso podía ser igualmente simple: represión igual a confusión. Pensó en Edith y el razonamiento se hizo un poco más convincente. Tal vez éste fuera el medio de deshacer el nudo con el servicio de socorro. Se sonrió para su capote y empezó a enjabonarse brazos y piernas. Aunque el coito regular y frenético fuera la solución para las confusiones de una persona, Paúl no encontraría nunca una forma aceptable de divulgar su descubrimiento.

13

Beatrice Victoria Cowell era una chica maniática, una de estas personas que vacían un cenicero en cuanto ven una colilla en él o que terminan la labor de dar cera a los muebles sacando brillo con la gamuza a la caja de la cera. Era sirvienta desde que dejó la escuela, porque su madre le había dicho que no existía otro trabajo mejor que aquél para una muchacha de su condición. Constantemente le recordaba que los que nacen en cuna humilde se ennoblecen consagrándose al servicio de los privilegiados. Beatrice tenía ahora veintiséis años y la vida, pese a que a veces había sido dura y descorazonadora, le había infundido un gran sentido de seguridad. Su amo era un caballero amable y distraído, que no hacía más que trabajar, y su esposa, también amable pero muy dada a la bebida, era lo bastante civilizada como para conceder a Beatrice algún día extra de salida si había estado enferma o para añadir al sueldo que ganaba un billete de más en ocasión de un cumpleaños o de las Navidades. Beatrice suponía que aquello era ser feliz; probablemente no se casaría debido a su aspecto, pero se sentía compensada comprobando que era útil. Su principal objetivo era dar plena satisfacción, hecho que todavía hacía más irritante y molesto que hubiera tenido la mala fortuna de resbalar aquella mañana y caer sobre una mesilla de vidrio. La mesa había quedado destrozada y, lo que era peor, la sangre que había brotado de la herida que se había hecho en el costado había salpicado las paredes porosas, estilo pseudo-mexicano, dejándolas manchadas para siempre. No era mucho el dolor que sentía, pero cuando llegó aquella ambulancia tan bonita estaba empezando a perder la conciencia y notaba una sensación de ingravidez y también de frío.

La dueña de la casa, algo ausente y oliendo a ginebra, intentó explicar qué había sucedido, al tiempo que indicaba con el dedo la sangré de la pared, temblaba, daba fuertes chupadas al cigarrillo y echaba ojeadas furtivas a la negra piel de Ferdie Nesbitt con toda la hostilidad que le permitía su escasa sobriedad. Ellen Haxton y Lester Hill colocaron la camilla junto a la muchacha, blanca como la cera, tendida en el vestíbulo y apartaron de su

cuerpo la sábana que lo cubría. Lo que vieron era alarmante. Beatrice estaba tendida en un cálido charco de sangre, oscuro semicírculo que brotaba de una abertura de unos doce centímetros, visible en su negro Vestido. Paul Avery entró en la casa después de los demás, echó una mirada en derredor, y dio una palmada con todas sus fuerzas para acallar la cháchara de la mujer. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

—Metedla en la ambulancia más que aprisa, Ellen, prepara sangre. Señora, ¿quiere acompañarnos para explicar los detalles a los del hospital?

Antes de que la mujer tuviera tiempo de contestar fue empujada a la puerta, detrás de la camilla y la hicieron subir a la ambulancia.

A continuación siguió Paúl, que penetró en la parte trasera, donde Ellen Haxton había preparado ya una botella de sangre del grupo 0-negativo, el de donante universal. La paciente estaba muy quieta, con la piel de color del marfil, los labios sin pintar contrastando con su palidez como una pincelada de bermellón.

Cuando la ambulancia se puso en movimiento, Paúl había determinado ya que la muchacha tenía una herida del bazo. Sé había conseguido atajar la hemorragia, pero la ausencia de sangré en el sistema ponía la vida de la paciente en grave peligro. Era necesario parar totalmente la sangre y reemplazarla cuanto antes.

—Nadie debería morirse por el solo hecho de perder sangre —anunció Paúl calzándose un guante estéril en la mano derecha y tanteando la herida. No era partidario de la cirugía espectacular, pero a veces era el único recurso que quedaba. Tardarían quince minutos en volver al hospital y en aquel espacio de tiempo podían producirse daños irreparables en caso de no tomar medidas extremas.

Descubrió que las venas esplénicas aportaban sangre directamente a la herida. Era una situación irónica, porque el bazo hace las veces de depósito de sangre para que, cuando se produce una hemorragia en otra parte cualquiera del cuerpo, pueda proporcionar sangre a la circulación. En cambio, ahora actuaba como la puerta por donde se escapaba la vida de Beatrice Cowell.

—Voy a aferrarme a la arteria, enfermera. Quiero que le dé toda la sangre que pueda. ¿Quiere buscar una sonda de diámetro grande?

Ellen Haxton asintió. Por un momento se acordó de aquella fantasía suya de hacía un par de noches y sintió un estremecimiento al contemplar el rostro de Ellen. Entretanto, ésta estaba muy ocupada preparándose para introducir la sonda solicitada en la paciente. Primero había que pinchar con una aguja grande una vena del codo, después se conectaba a la misma la sonda flexible,

que entonces se introducía en la vena hasta que el extremo penetraba en la vena cava superior. Efectuar la operación le llevó tan sólo un minuto, mientras Paúl, inclinado sobre la paciente y pinzando fuertemente con los dedos la arteria esplénica, sonrió ante su propio diagnóstico mientras la sangre comenzaba a entrar en la paciente.

—Pase a la otra boquilla, ¿quiere, enfermera? Necesito otra transfusión en la vena yugular externa.

La segunda entrada de sangre actuaría como reserva y, en caso de tener que suministrar medicamentos a la paciente, podría hacerse inyectándolos directamente en el riego sanguíneo.

—Lester, vaya a la cabina y póngase en contacto por radio con el hospital. Dígales que llevamos un bazo abierto y que estimamos que la paciente ha perdido casi dos litros de sangre. Mejor que se quede dentro el resto del viaje. Me parece que a esta mujer no le seduce demasiado la idea de estar a solas con Ferdie.

Llegaron al departamento de accidentes al cabo de diez minutos. En ruta, el único suplemento aportado a la transfusión de sangre había sido una infusión de doscientos mililitros al diez por ciento de mannitol, azúcar natural empleado en otros tiempos como agente de prueba, pero que en la actualidad tenía una aplicación terapéutica. Protegía los riñones de un posible bloqueo en casos de tensión sanguínea baja. Como todos los médicos, Paúl ignoraba por qué motivo actuaba, pero era un hecho que así era y por ello estaba satisfecho de poder aportarlo, conociera o no las causas que explicaban su eficacia.

Ya en el departamento, Paúl dio cuenta de las medidas que se habían tomado y un joven cirujano tomó nota de todo, leyéndolo a continuación para comprobar la exactitud de las notas. Se había administrado a la paciente un litro y medio de sangre y era probable que todavía necesitase más. Pero, a partir de aquel momento, correspondía al cirujano aplicar cuidados de emergencia eficientes.

Treinta minutos después, mientras Paúl se encontraba agachado en la ambulancia comprobando la lista del equipo en las cajas, Ellen Haxton se le acercó para decirle que Beatrice Cowell acababa de morir.

—¿Qué?

Por un momento su cerebro se negó a admitir aquel dato. No quería establecer ninguna conexión entre el nombre de la paciente y la persona en quien ellos habían actuado con tanta prontitud y de manera tan positiva. Era joven, tenía a su favor todas las razones del mundo para vivir. Se levantó y, el

genio que mantenía tan bien controlado, comenzó a abrirse camino a través de su calma.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué ha ocurrido?

—Ni siquiera la han puesto en la mesa de operaciones. No sé detalles, doctor.

No había terminado de hablar Ellen cuando Paúl, de un salto, había pasado a su lado e irrumpido en el quirófano. Allí encontró a un ayudante de quirófano, con quien había hablado anteriormente. Era un muchacho tímido llamado Frazier, que mostró un aire compungido en el momento de entrar Paúl dando grandes zancadas y con los faldones del abrigo moviéndose como alas.

—Dígame exactamente qué ha sucedido.

—La paciente ha muerto por fallo cardíaco.

Frazier se miró las manos.

—Creo que el corazón estaba sobrecargado.

—¡Y una mierda! ¿Sobrecargado? ¿Alguien le ha controlado la tensión venosa central?

Era raro que se administrase exceso de sangre a un paciente y en los casos en que se contaba con la atención de un experto, era una contingencia que no podía darse en absoluto.

—¿Quién se ha encargado del caso?

—El doctor Madison.

—¿Y cómo demonios ha dejado que las cosas llegaran a este estadio? ¿No podía intentarse ningún tipo de recuperación?

En el ardor de la contrariedad que lo poseía, Paúl había agarrado a Frazier por la solapa y lo sacudía salvajemente. Tenía los ojos clavados en él con la rabia de un profeta y parecía que de un momento a otro comenzaría a pegarle una paliza.

—Se ha producido otra hemorragia —barbotó Frazier, intentando zafarse —. Las cosas se han complicado mucho.

—Tiene que haber sido así. La paciente debía estar en la mesa de operaciones a los cinco minutos de ser traída aquí.

Paúl se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Dónde está Madison?

—Estoy aquí.

Madison estaba de pie, al otro lado de la puerta del quirófano contemplando aquella escena.

—¿Qué está haciendo, doctor Avery?

Paul soltó la chaqueta de Frazier y se colocó a un metro de Madison.

—¿Puede decirme por qué ha muerto esta chica?

—Ha muerto como resultado directo de fallo cardíaco.

—Causado por sobrecarga, según veo.

—Sí, exacto. Ha ocurrido otras veces, doctor. Se trataba de una urgencia y antes de aplicar una pronta intervención quirúrgica surgen mil complicaciones.

—Pero hablar de sobrecarga, ¡por el amor de Dios…!

Paúl se peinó los cabellos con los dedos y sintió crecer su rabia ante la actitud indiferente de Madison.

—Ni en el hospital más miserable…

—¿Está insinuando que se ha producido un descuido, doctor?

Las cejas de Madison se habían levantado casi imperceptiblemente, como preparándose para mostrarse ofendido.

—¿Es esto lo que usted dice?

—¡Sí!

—¿Cómo se atreve?

—Digo descuido con D mayúscula. Usted ha asesinado a una paciente que en estos momentos estaría perfectamente. Esto… —y con la mano indicó a su alrededor las paredes recubiertas de verdes baldosas—… esto no es un quirófano, ¡esto es un cochino matadero!

Madison se puso a temblar y por un momento se quedó sin habla. Cuando Paul se disponía a salir, Madison puso su mano afilada en el borde de la puerta.

—Espero que se disculpe antes de cruzar esta puerta.

—¿Disculparme? Voy a decirle lo que pienso hacer y he tenido tiempo suficiente para pensarlo. Voy a redactar un informe, qué f mandaré arriba. Voy a decirle algo, *mister* Madison. No voy a disculparme por nada. Si usted pasara más tiempo con los pacientes y menos asegurándose de que se ha cumplido con la etiqueta, no habría gente como yo que viniera a decirle cosas que, según usted, merecen disculpa.

Esta semana era la segunda vez que Henry Madison se encontraba presa de temblores por las ofensas recibidas de una de aquellas sabandijas que estaban en la raíz de todas sus inquietudes. Cuando Paúl pasó junto a él y abrió de un empujón la puerta de goma, la mejilla del anciano médico se crispó como en respuesta a un intenso deseo de hablar, a ejercer su autoridad mediante el sonido de su voz, como estaba acostumbrado a hacer y cómo podía hacer. Frazier, intentando colarse subrepticiamente por la otra puerta, se

quedó helado al oír la voz del cirujano que parecía rasgar las sonoridades del quirófano.

—De ahora en adelante, le prohíbo tratar de ningún asunto con este hombre. De ningún asunto, ¿me entiende?

Y Frazier asintió con la cabeza.

—Muy bien, doctor.

—Es un indeseable, que no permanecerá mucho tiempo en este hospital. Téngalo presente, si alguna vez está en la duda.

Dándose la vuelta, Madison salió con la cabeza erguida y los ojos echando chispas de rabia. Frazier se quedó dónde estaba unos minutos más, para deslizarse a continuación a una habitación lateral. Era difícil trabajar con el doctor Madison y, además, tampoco estaba conforme con los procedimientos que éste empleaba. Quizás Avery era un atolondrado que no conocía el respeto, pero tenía razón: esta chica no debía haber muerto.

La reclamación oficial formulada por Avery estaba en manos del inspector médico a la mañana siguiente. Se había pasado toda la noche en blanco para terminarla. Conectando cautelosamente con el círculo del personal de quirófano y poniendo en juego una buena dosis de simpatía personal, Paúl había conseguido hacerse con una descripción detallada de lo ocurrido con Beatrice Cowell. Al parecer, se había producido un cúmulo de confusiones, dándose el caso de que, repetidas veces, un procedimiento aplicado había anillado los efectos del anterior. Además, se había recurrido a técnicas muy rudimentarias en el tratamiento de la muchacha. En el curso de la transfusión se había soltado una de las abrazaderas; al conducir la camilla de ruedas a la sala de operaciones, las ruedas se habían atascado, descubriéndose que había un papel metido en el eje; el médico que debía encargarse de controlar la tensión sanguínea de la paciente se había visto importunado por constantes llamadas al comunicados las enfermeras habían encontrado que una de las bandejas de instrumentos necesarias para efectuar una esplenectomía estaba contaminada por algo que parecía ser café con leche. En el momento de llegar Beatrice al quirófano parece que nadie había funcionado como era debido. En cualquier caso, pese a que esto último únicamente lo admitieron algunos y de mala gana, el doctor Madison había dado una serie de órdenes contradictorias, retrasando con ello el comienzo de la operación y provocando las negligencias que habían dado como resultado, en opinión de Paúl Avery, la muerte de la paciente.

Paúl redactó el informe con sumo cuidado. La esencia de sus argumentaciones giraba en torno al hecho de que él, en conciencia, no podía ser responsable de un servicio de urgencia que no podía fiarse de un servicio rutinario del hospital. Pese a que reconocía que a menudo se producen errores, el caso que se estaba considerando revelaba una situación totalmente aleatoria y una ausencia fundamental de organización capaz de avergonzar incluso a un tumulto de manifestantes. Una equivocación, señalaba Paúl, era un fallo, pero a veces era inevitable. Dos, tres, cuatro equivocaciones indicaban que había algo en alguna parte que no funcionaba como era debido; más de diez, como demostraba el sumario que presentaba, revelaban una completa anarquía. Resumiendo: Paúl decía que, como director del servicio que se le había encomendado, él era el responsable de cualquier lapso que se produjera en él y que estaba dispuesto a correr con esta responsabilidad. Pero aquel día, en el quirófano, un cirujano consultor había incurrido en una serie de desastres que, de pasar al escrutinio público, exigirían una investigación a fondo. Para terminar, decía que esperaba que fuera atendida su reclamación.

James Towers había hecho de médico muchos años antes de ingresar en la administración. Tenía el porte y, en gran medida, también el punto de vista propios de un militar. En el cuerpo médico del Ejército Real había aprendido tanto los valores como las deficiencias de la auténtica disciplina. Como inspector de un gran hospital, a menudo había comprobado que una buena dosis de preceptos chapados a la antigua combinaba bien con una política moderna y más directa. En el caso de Henry Madison, se encontraba con algo único. Aquel médico era el campeón de un código disciplinario que convertía en cosa de niños el del doctor Towers. Cualquiera que fuera la circunstancia que surgiera, la mínima brisa que soplara sobre unos principios establecidos, aterrizaba en la mesa de su despacho un informe, redactado en el estilo conciso que caracterizaba al doctor Madison, exigiendo que se enderezara inmediatamente aquel entuerto. Y ahora, por sorprendente que pudiera parecer, el niño repelente del hospital, el americano, el hombre del futuro, dejaba oír su voz, desde su punto de vista progresista y anti *establishment*, para arremeter contra el hombre más experimentado. Los acontecimientos estaban adoptando todos los rasgos de la comedia irónica y del precedente serio.

Como hombre desconectado de las obligaciones que comportaba el hospital, Towers no podía ponerse en el sitio de Madison. Las maneras que éste adoptaba, aquellos aires de superioridad y su desdén hacia los demás médicos eran cosas difíciles de tragar. En la personalidad de Madison había

signos que evidenciaban un espíritu selecto, era un perfeccionista que se había visto modificado por un sistema que concedía una excesiva importancia a la personalidad y a los éxitos que ésta cosechaba. Aun admitiendo aquella contracorriente, Towers estaba consciente del profundo disgusto que le inspiraba. Madison no estaba nunca plenamente de acuerdo con nada, por mucho que encajara con su propio punto de vista. Cuando no era él quien había originado el proyecto ni la política a adoptar, los aceptaba a regañadientes o proclamaba su abierto disentimiento. La ambulancia del doctor Avery constituía un ejemplo; Madison había conseguido incluso apartar del proyecto a algunos consultores a consecuencia de su porfiada resistencia frente a aquel servicio. No era que sus argumentaciones fueran erróneas, sino que lo que contaba era la energía con que las defendía. El fanatismo corría por caminos paralelos.

Tras concienzuda reflexión, el doctor Towers decidió hablar con algunos miembros del personal del quirófano. Uno tras otro, todos ellos desfilaron por su despacho y expusieron su propia versión de los hechos. Las exposiciones, presentadas con más o menos buena disposición, concordaban esencialmente. Todas ellas ofrecían un cuadro de flagrante ineficiencia provocado por Henry Madison, si bien no hubo ninguno que expresara esta circunstancia con palabras. Podía suceder muy bien, decidió Towers, que aquel hombre estuviera perdiendo facultades. Sería oportuna una reprimenda, algo que le recordara su humanidad y quizá que volviera a ponerlo en condiciones de mostrarse eficaz durante unos años más. Decidió que podía salvar la cuestión con una carta, cuidadosamente redactada y concebida de acuerdo con la pomposidad del viejo estilo. No quiso concederse el privilegio de complacerse en aquella sombra de placer que le embargaba en el momento de tomar la decisión.

Envió la carta a Henry Madison dirigida a su casa y éste la recibió en el momento en que iba a tomar el desayuno. Amy no recordaba que hubiera dejado nunca el *porridge*. Era la primera vez. Excusándose con un vago gesto de la mano y murmurando unas cuantas palabras sobre un asunto urgente que tenía entre manos, se dirigió al estudio con la carta. Una vez cerrada la puerta, se sentó y leyó con atención tres veces más, la página mecanografiada que totalizaban cinco lecturas; después hizo con ella una bola arrugada y la echó en el cesto de los papeles.

Resultaba difícil hacer frente a aquellas emociones que iban emergiendo, y también diferenciarlas. Al igual que una enfermedad que fuese propagándose, los enemigos irrumpían en el sistema y llegaban hasta rincones

donde su acción sería permanente. Henry Madison conocía el alcance total de una reprimenda oficial. En su carta, el doctor Towers indicaba que se había tomado buena nota de la reclamación formulada por el doctor Avery. Esto significaba que pasaría a la junta y que reportaría una mancha en la ficha profesional del doctor Madison que permanecería para siempre en los archivos del hospital general de Westfield. Habían estado haciendo comprobaciones, a sus espaldas habían estado recogiendo datos, como árabes encapuchados, para poder un día transformarlos en lanza que le clavarían sin contemplaciones. Era una sensación muy triste ésta de encontrarse en el otro extremo de una reprimenda de carácter oficial. Hasta ahora eran muchas las ocasiones en que Henry había sido el instrumento de reclamación y de castigo, estando preparado sobradamente para saber hasta qué punto y por cuánto tiempo se dejarían sentir los efectos de una acción a alto nivel. Sobre él había ahora una mancha; las opiniones, los rumores, la mala prensa bajo todas sus formas no podían hacer mella en él, por lo menos hasta que aquello se convirtiera en algo sólido y adquiriera una dimensión detectable en los archivos. Entonces ya sería harina de otro costal. Lo máximo que podía esperarle era una restricción en sus movimientos y que sus opiniones de carácter profesional fueran acogidas con una aceptación menos automática que de costumbre. La acusación era de negligencia y no había forma de atenuarla. Por mucho que apelase, no podría borrar los detalles que Towers había subrayado en su carta. Quedarían escritos, se recordarían, se mantendrían como signo de su falibilidad. Si había una emoción que lo anonadase más que las otras, era la desesperación. Había perdido su buen nombre y sabía, antes de haberlo leído en palabras de Shakespeare, que al perderlo lo había perdido todo.

Se quedó sentado unos minutos, dando paso a la envolvente agonía, recordando con desesperación aquella fama, que ahora había perdido, y que lo había envuelto igual que un manto. Como el relámpago, la noticia correría de boca en boca por el hospital. Madison había sido acusado oficialmente de negligencia y de desorganización. Aquella humillación cobraba tintes más oscuros cuando era considerada con detalle. La rutina, la Observancia estricta de la norma y del procedimiento habían sido las banderas bajo las cuales había florecido su reputación. Ahora lo reprendían precisamente por saltarse aquellas cosas que siempre había defendido públicamente.

Se dirigió a la chimenea y apoyó la mano en la repisa; contempló aquel sólido muro de libros bajo el influjo de emociones cambiantes. Lo que caía primero bajo su atención era la ira. En todos sus años de práctica, jamás se

había puesto en el riesgo de recibir este golpe. Todo era culpa de Avery y de su amigo Hale. No cabía la menor duda, ni la más mínima, de que aquella queja había partido de Avery, como gesto de solidaridad con el despreciable psiquiatra. Ellos eran los que prevalecían, los que se hacían con el poder y se servían de las autoridades constituidas para que colaborasen en sus maquinaciones. Aquella mujer, la que había venido con el bazo desgarrado, había supuesto un sacrificio en favor de un principio que trascendía la mera consideración de salvar una vida. Henry sabía que él podía quitar la vida igual que darla. Nadie que hubiera estudiado el lugar que ocupaba un cirujano en la sociedad podía negar aquella verdad. Las decisiones que tenían la muerte como resultado eran cosa corriente, hoy igual que ayer. En el ámbito de su profesión se aceptaba siempre la decisión que él tomaba, tanto si tenía como resultado salvar la vida como perderla. Todo cuanto había hecho para desacreditar aquel abominable servicio de socorro —nada menos que el servicio de socorro del doctor Avery— era plenamente justificable; no ante las autoridades, por supuesto, porque éstas debían mantener un doble código: permiso para matar, pero al mismo tiempo derecho a reprender, a perseguir judicialmente, incluso, al cirujano por haber matado deliberadamente. Henry Madison no sentía remordimientos de conciencia. En todos los casos el paciente hubiera muerto igualmente sin su experta intervención. Que él hubiera precipitado lo inevitable en uno o dos casos, de hecho no contaba, porque subsistían siempre los hechos: los pacientes que estaban en trance de morir únicamente podían ser salvados cuando intervenía un experto y en este caso únicamente si éste optaba por aplicar sus conocimientos. No había visto nunca expresada aquella opinión por ningún médico, sí por un filósofo danés que la había presentado de forma muy simple. El libro que encerraba aquel concepto era uno de los favoritos de Henry y éste lo releía a menudo. Recordándolo de memoria, se ayudaba con el pasaje para él más claro:

> *El hombre dedicado a la medicina, cuando se encuentre ante un semejante que esté próximo a la muerte, está calificado para ejercer una opción. Gracias a su perspicacia, conseguida con la experiencia y sus estudios, está capacitado para decidir, a menudo por razones que rebasan la consideración superficial de su función de médico, si ha de aplicar o no las facultades que posee. No corresponde al hombre corriente juzgar de la moralidad de tal decisión.*

A Henry no le importaba que el filósofo, envida, hubiera sido tachado de loco. Era un lance que solía ocurrir a los hombres dotados de visión; también le había sucedido a él en pequeña escala. Ahora el cuadro se le aparecía más claro, la paz del estudio le había ayudado a cristalizar aquellos elementos fortuitos y a unificarlos en un todo comprensible. Había previsto las desventajas de la nueva ambulancia. Había argumentado sus opiniones y había perdido. Pero los principios eran demasiado importantes para que él se limitase a presentarlos y tratase de olvidarlos después. Por lo tanto, había persistido en su misión, que era la de conservar su soberanía y salvaguardar el futuro de un esquema médico que él trabajaba para mantener y enriquecer. Era indudable que aquello iba más allá de cualquier consideración de simple recuperación. Se había dejado que el moribundo siguiera su camino y muriera; aquí no había delito ninguno, sino tan sólo el simple ejercicio de un privilegio en favor de un principio muy grande y muy preciso.

Posiblemente se había mostrado un tanto remiso en el caso del bazo. Lo único necesario en aquel caso había sido el retraso, pero como en aquella ocasión particular habían sido muchos los que parecían coadyuvar a aquel retraso, éste había degenerado en confusión y, por vez primera, Henry había resultado vulnerable. Y ahora lo pagaba con una mancha en su reputación. Una mancha oficial.

La ira volvió a emerger a la superficie al pensar en la forma cómo le habían hablado aquellos dos hombres. Lo habían tratado como se trata a un vendedor de periódicos, a un hombre que comercia en la esquina, de quien se puede abusar y a quien se puede vilipendiar a voluntad. Observó que ahora el odio que le inspiraban llevaba implícito un elemento de miedo. Podían devolverle los golpes, como si no bastara que hubieran sabido ganarse las autoridades con sus lamentables tácticas de exhibicionismo barato y vulgar. No cabía la menor duda de que Hale contaría con algunos personajes blandos entre las autoridades que apoyarían su procaz libro, de la misma manera que la truculenta ambulancia contaba también con sus fervientes seguidores.

—¡Malditos sean!

Se sorprendió al oírse lanzar aquella exclamación y se quedó un momento a la escucha por si Amy reaccionaba. Oyó ruido de platos y se tranquilizó. Por encima de todo había que cuidar que no se empañara el respeto y la admiración que Amy sentía por él y que había persistido durante toda su vida. Después se acordó de Edith Roberts y sintió como una oleada de dulce calor que le invadía su corazón. Había que conservar su respeto, había que

mantener el pacto al que los dos se habían adherido. Debía recobrarse y borrar el revés que acababa de sufrir. Porque no era otra cosa: un simple revés.

Así, pues, un caso, uno en la lista de pasos que había emprendido para poner a la ambulancia y a su fundador en el mismo borde del fracaso, que es donde les correspondía estar, había sido descubierto; ni siquiera esto, puesto que se trataba el hecho como una distracción, no como una felonía. Pero él lo asumiría, se esforzaría en asumirlo en favor de aquella cuestión más importante, que era la continuidad del ataque. Avery y Hale, pese a cuantos esfuerzos hicieran para defenderse, acabarían en el barro. En el futuro Henry tendría más cuidado y eliminaría los éxitos de la ambulancia mediante procedimientos más cautelosos y meticulosos. Sutileza era la palabra clave. Recordaba con sobresalto cómo sus primeros esfuerzos, tan toscos a pesar de las molestias que se había tomado, casi habían sido objeto de una investigación. Había llegado a correr el riesgo de robar del dispensario las llaves de la ambulancia, había penetrado en un despacho reservado y desconectado el aparato de alarma y había ido al lugar donde estaba estacionada la ambulancia, provisto únicamente de una linterna y de las llaves, para consumar su designio. Aquello olía a tosquedad y a riesgo cuando ahora lo consideraba. Vaciar los cilindros había sido cosa fácil, pero la conexión había resistido a sus esfuerzos para retorcer el tubo y, debía admitirlo ahora ante sí mismo, había sido un acto de brutal ignorancia golpearlo con la linterna. No, en el futuro actuaría encubierto bajo la segura capa de su personal y especial habilidad.

Podían asaltarlo con su insignificante armamento cuanto quisieran, él acabaría venciendo. Irguió la espalda y se dispuso a ir al hospital, resuelto a mantener su dignidad y decidido a continuar su lucha. Después de todo, la virtud estaba de su parte.

La gente no tenía idea de lo que era la belleza, por lo menos la mayoría. Ellen Haxton, al término de un gran esfuerzo, podía encontrar belleza en su agotamiento, sabía detectar sutiles honduras en aquel liberarse del deber y en aquel goce de la mente cuando no debía adherirse ya a los detalles habituales del presente. La belleza, para cualquiera de sus colegas inmediatos, era tosca comparada con la idea que tenía Ellen de la calidad. Cualquier objeto, cualquier sensación, cualquier pensamiento eran capaces de desencadenar un admirable placer, sólo con que sé contemplaran desde dentro. En la misma muerte violenta había siempre una terrible belleza, una atracción oscura, que

cortaba el aliento y que encontraba resonancias en el alma de Ellen, allí donde tenía su asiento la piedad. La muerte no era el final, por consiguiente el horror no era el sentimiento apropiado. Era preciso únicamente un poco de sensibilidad —Ellen lo sabía— para que la vida fuera una maravilla. La misma enfermedad, incluso cuando la había padecido ella, tenía su belleza, porque en la exclusión de la vida diaria había un punzante sabor. A Ellen le gustaba su existencia toda e incluso cuando se sentía turbada o herida siempre había algún aspecto en el hecho de que, con el tiempo, acababa convirtiéndose en algo agradable. Cuando tenía dieciocho años había descubierto que aquello era posible y seguía creyéndolo así desde entonces.

Una de las cosas más agradables de su vida era su habitación en la residencia de enfermeras del hospital general de Westfield. Como enfermera titulada tenía derecho a una habitación individual, que había transformado en una pequeña casa que cubría todas sus necesidades. Esta noche, al igual que le sucedía después de un tremendo esfuerzo, cerró con llave la puerta tras de sí y ocupó con espíritu tranquilo aquel cuarto, dejando que la invadiera su paz. Entró después en el pequeño cuarto de baño, abrió los dos grifos, volvió a la habitación y comenzó lentamente a desnudarse al lado de la cama.

En la pared, sobre el lecho, colgaba un cuadro de un santo, que ella contempló un momento mientras se preparaba para tomar un baño. Con la contemplación habitual de aquel rostro bondadoso, había descubierto que un pincel más fino había trazado los rasgos de los ojos y que, en consecuencia, tenían más vida que el resto de la cara. No eran ojos como aquellos que van siguiendo a quien los mira allí donde vaya, sino que miraban a la izquierda, ligeramente entornados para arriba, llenos de una gran sensibilidad. A veces Ellen entendía la inspiración que había guiado la mano del pintor. Ellen en ocasiones vivía momentos, a veces horas de elevación, en las que sabía que de haber sido agraciada con el don de aquella habilidad técnica, hubiera pintado cuadros llenos de aquella especie de vida que únicamente es capaz de transmitir la plenitud espiritual. Una vez hubo terminado de desnudarse, contempló un momento más la pintura y después se dirigió al cuarto de baño, donde cerró los grifos.

Su adhesión a la rutina hubiera complacido a sus viejos tutores, pensaba Ellen al sumergirse en el agua. Dentro de las paredes de su santuario, Ellen se movía con una regulada decisión, al igual que en el momento de meterse en cama. Aquello, como todo, tenía su belleza; todo programa tiene el atractivo de la familiaridad.

Ellen había pasado la última hora de servicio en el departamento de accidentados revisando sus notas para la obtención de un certificado de ginecología que planeaba sacar. Los diplomas daban una gran sensación de seguridad cuando comenzaban a amontonarse y ahora Ellen contaba ya con unos cuantos. Descansando la cabeza en uno de los extremos de la bañera, comenzó a proyectar lo estudiado en la pantalla de sus cerrados párpados. Anatomía: la trompa de Falopio… de tres a cuatro centímetros de longitud, de tres a cinco milímetros de grosor en el punto más grueso… el extremo interior del tubo atraviesa la pared uterina, uniéndose con la cavidad uterina… el extremo exterior tiene unas excrecencias finas, como dedos —las fimbrias— próximas al ovario… La concentración en una determinada región lleva siempre a rememorar el conocimiento especializado de la región. Ellen podía detallar las estadísticas de cáncer del cuello del útero, de una manera automática, sin esfuerzo ninguno. Se creía que los factores que conducen a esta situación comprenden las lesiones del cuello, la inflamación crónica, la erosión y la irritación bajo todas sus formas. La cuestión del carcinoma la impresionaba un poco. Al pensar en la misma o al trabajar en la misma era preciso dejar en suspenso sus teorías en torno a la belleza. Ellen no creía que la presencia de una cosa como el cáncer pudiese probar que sus ideas estaban equivocadas, sino simplemente que todavía no había tenido valor suficiente para localizar sus rasgos redentores. También sus principios religiosos estaban envueltos en cáncer. El Dios de amor era también Dios de maldad. Por esto Él era también el señor del dolor, del sufrimiento de los niños, de las mutilaciones, guerras, asesinatos… Se forzaba en llevar nuevamente sus pensamientos por las playas más seguras de sus conocimientos. La teología no era su fuerte. Practicaba la religión por hábito y tenía necesidad de ella, como el fumador tiene necesidad del cigarrillo.

—Volvamos a las trompas —dijo Ellen en voz alta, para imponerse disciplina.

Con los ojos cerrados aún, se puso a pensar en la salpingitis crónica. Era curioso, pero aquella afección era descrita como una deposición catarral. ¿Cuántas mujeres sabían que podían sufrir de un catarro en las trompas de Falopio? Para ser una parte tan pequeña del cuerpo, aquellas conducciones ováricas podían verse atacadas por una gran variedad de enfermedades. Estaba la hidrosalpinge, la hemato-salpinge, la salpingitis supurativa, afecciones tubo-ováricas, numerosos quistes y tumores diferentes e incluso, durante el embarazo, podían enfermar las trompas que hasta entonces estaban sanas. Un óvulo errabundo podía viajar de uno a otro tubo, ser fertilizado, y

acarrear aquel trastorno conocido por embarazo ectópico, en el que el niño se desarrolla dentro del minúsculo tubo. Todo el aparato reproductor de la mujer, tan diminuto que cabría fácilmente entre las dos manos, era capaz de producir miserias muy desproporcionadas en relación con sus dimensiones. Incluso cuando en aquella región no subsistía ninguna enfermedad, en ocasiones se convertía en origen de estados depresivos o desesperados.

Ellen se sentó y abrió los ojos. No estaba en su manera de ser el darse a tales morbosidades. Pensó que la causa estaba en aquel cansancio, próximo al agotamiento, que la invadía. Había hecho un esfuerzo agotador y, para colmo, había querido incluso empollar… pero por encima de todo esfuerzo persistía su constante e insistente preocupación por el servicio de socorro. Se puso de pie y alcanzó la toalla. Lo más seguro, pensó Ellen, sería conceder una tregua a sus pensamientos. Por lo general, aquello bastaba para devolverle el optimismo.

Cuando se hubo secado y puesto el camisón calentito y la bata, advirtió que el cansancio se había disipado. Un signo más que le revelaba que había trabajado con exceso. De vez en cuando le sucedía aquello; trabajaba el día entero, llegaba a su habitación después del baño dispuesta a no hacer otra cosa que tomarse un descanso y, así que llegaba el momento de acostarse, volvía a sentirse alerta. De todas las cosas detestables de este mundo la que más aborrecía era el insomnio. Moverse de un lado para otro, revolverse entre las arrugadas sábanas no conseguía otra cosa que desgastar las escasas energías de su sistema nervioso y significaba que, durante las dos primeras horas de trabajo del día siguiente, no serviría para nada, hasta que los ritmos naturales de la rutina volvieran a ponerla en condiciones de trabajar. Disponía de tratamientos que variaban de acuerdo con las auténticas causas de su agitación. Si se trataba de preocupación, centraba sus pensamientos en un hecho estable y se atenía al mismo: la preocupación no era otra cosa que el resultado de la confusión mental, por lo que cuando se encontraba un punto sólido al que poder agarrarse, el trastorno solía ceder y transformarse en distensión que le permitía dormir. Con bastante frecuencia esto bastaba para disipar el cúmulo de preocupaciones mediante procesos que ni ella misma quería comprender. Si no se trataba más que de cansancio (caso que no se daba esta noche), tomaba un poco de leche caliente y se sentaba en una silla para leer un rato un libro ligero, que exigiese escasa atención, hasta que comenzaba a sentir la llegada del sueño. Si el problema era de carácter sexual, cosa que su vida llena de actividad y sus marcados escrúpulos no descartaban del todo como fuente de desasosiego, se masturbaba, empleando para ello el

mango lubricado de un cepillo de plástico de los usados para el cabello, que introducía entre sus muslos mientras se manoseaba el clítoris con los dedos, manteniéndose con las piernas abiertas en una silla e imaginando que un negro, dotado de un enorme pene, la poseía. La fantasía era eficaz, es decir, lo bastante prohibitiva para llevarla rápidamente a un desenlace, lo cual ella prefería. De aquel hecho no se derivaban nunca remordimientos, puesto que Ellen veía en aquel acto, realizado en la intimidad, un medio preferible que el torpe desenfreno al que se abandonaban muchas de sus compañeras y, por otro lado, era una solución mucho más práctica que la abstinencia, la cual servía únicamente para desorganizar aquella calma que ella consideraba tan preciosa. Si aquel estado de vigilia estaba provocado por una combinación de factores, tenía su botella de Dettol. La tenía encima del armario del botiquín, en el cuarto de baño, y la verdad es que no contenía Dettol sino *whisky* «Dewar's», etiqueta blanca. De pie ante el tocador, contemplando sus ojos cansados y sintiéndose más despejada que durante todo el día, decidió que necesitaba la botella, además de algún calmante espiritual.

Se sirvió una generosa ración en un vaso y se lo llevó a una butaca, en la que se sentó, arrellanada en sus muelles cojines, fijando la mirada en el levísimo movimiento de los visillos que ondeaban ante la ventana. Tomó un sorbo, envolviendo la lengua en el vaporoso fluido para habituar la garganta antes de tragarlo. Mientras dejaba que se deslizara por su garganta y se entregaba a la breve conmoción que aquello le producía junto al corazón, se acordó de la fiesta del doctor Avery y de cómo éste, dándoselas de listo, le había servido el zumo de naranja mezclado con vodka. En realidad, en otros tiempos se había dado mucho a la bebida, bebía en secreto y después se asustaba tanto que, por las noches, tenía que dedicarse a tranquilizarse. Pero de aquello hacía mucho tiempo, cuando todavía podía alterarse o asustarse si bebía más de la cuenta. Eran muchas las enfermeras que se daban a la bebida, como medida para contrarrestar las tensiones que les imponía su trabajo; algunas caían en la promiscuidad, otras abandonaban la profesión. Ellen sabía que ella se contaba entre las vencedoras, entre las que pactaban y se adaptaban. En ella había muchas cosas, pensaba, que de conocerlas sus compañeros, serían una sorpresa para ellos, especialmente sus compañeros de la ambulancia. Las maneras terriblemente tímidas de Ellen, su incapacidad para establecer contacto con los demás, sin duda los llevaban a creer que su vida, en privado, era la propia de un claustro, poblada de oraciones y de censuras para con el prójimo. En realidad no desaprobaba a nadie, y menos aún a los compañeros del equipo. Se había divertido en la fiesta y había

sentido una cálida sensación al advertir que formaba parte de un grupo de gente viva y útil. Sus preferencias personales por la vida tranquila, en ausencia de cualquier deseo de compartir la vida con nadie, no la hacían menos responsable ante el espíritu que reinaba en la labor de equipo. Y el equipo, el trabajo que realizaba y sus orientaciones, eran lo que actualmente la tenían preocupada, hoy al igual que muchos días últimamente.

De haber sido tan práctica y directa en su análisis de los contratiempos como ella creía, hubiera tenido que pensar que la ambulancia estaba maldita, como prefería pensar el chófer Dan, o bien, lo cual era más probable, que desde algún sitio se les ponían deliberadamente unos impedimentos. Bajo su mirada práctica aparecían fallos en el esquema que no podían indicar otra cosa que una mano enemiga metida en el mecanismo. Ellen sabía, al igual que cualquier otra enfermera entrenada, que ciertas urgencias —y ciertos niveles de urgencia— actuaban de determinadas maneras. Sin embargo, el servicio de socorro del doctor Avery había traído casos, una y otra vez, de naturaleza conocida y que, por un procedimiento alarmante, acababan de una forma totalmente imprevisible. No era simplemente que muchos habían muerto, puesto que la muerte constituye una de las alternativas permisibles de cualquier accidente serio, sino la forma cómo morían; como si acabaran de contraer una nueva enfermedad, de sufrir una nueva herida en el momento de llegar al hospital. Un hombre que ha sufrido una fuerte contusión en el pecho muere, si muere, de una manera y en una atmósfera que se reconoce fácilmente; sin embargo, últimamente se había muerto un hombre que estaba en estas condiciones con todos los signos de una persona que ha recibido un tiro o que ha sufrido una crisis cardíaca. Ellen se daba cuenta de la vaguedad de sus razonamientos. No estaba en condiciones de poner en juego sus sensaciones, su bagaje profesional de instintos leves, para llegar a una conclusión. Ahora bien, con medio vaso de *whisky* en el estómago, veía que sus sospechas podían dictar un tipo de acción. A lo que veía, nadie hacía nada para solucionar aquel contratiempo; hasta el mismo doctor Avery parecía inactivo. Para ella, aquel servicio significaba mucho, creía en sus objetivos y en su eficacia. No hacer nada en un momento en que parecía como si el proyecto hiciera aguas le parecía una deslealtad.

Si sus instintos le decían que en el hospital estaban produciéndose curiosas transformaciones de mecanismo, suponía que encontraría la respuesta vigilando cuidadosamente las entradas y comprobando el procedimiento. Cabía creer tal cosa porque, en realidad, los pacientes llegaban sometidos a una cierta asistencia y precisamente era cuando el personal del

quirófano y de cirugía parecía salirse de su norma y mostraba menos eficiencia que la habitual. Aquello no explicaba todos los fallos, pero constituía un punto de partida.

Ahora, en posesión ya de un objetivo estable, de un plan sólido, se sentía más tranquila, más dispuesta a relajarse. De nuevo volvía la belleza a formar parte del cuadro y, mientras apuraba el vaso y se preparaba para acostarse, el objeto más firme de su vida en cuanto a belleza, Paul Avery, comenzaba a dominar sus pensamientos. No abrigaba ninguna ambición en aquella dirección, no pensaba trenzar una relación romántica por mucho que (¡ridícula idea!) pudiera parecerle posible. Paúl era sencillamente admirable, mucho más digno de crédito, como médico, y muchísimo más auténtico en su profesión que muchos médicos supuestamente eximios. Era una persona abierta, sincera, incluso cuando tocaba en sus acciones aquellos aspectos que recaían en su propio interés. Y, además, ¡era tan guapo!… A Ellen no le había costado nunca detectar a los seres superiores, aquellos que atraían tanto por su aspecto como por la forma cómo pensaban y actuaban. Estar asociada al doctor Avery constituía un privilegio y Ellen no aspiraba a otra cosa. Todo cuanto pudiera hacer para ayudar al servicio de socorro en la crisis que atravesaba lo haría con gusto, puesto que merecía salir vencedor.

Mientras se subía las sábanas hasta la barbilla y acomodaba la cabeza en la almohada, Ellen hubo de admitir que en sus motivaciones había un interés personal. Había que conseguir por encima de todo que Paul Avery no quedara desacreditado por un fallo que no le correspondía, pero también sería hermoso quedarse mucho tiempo trabajando modestamente a su lado sin temor a que aquella colaboración fuese interrumpida. Lentamente fue deslizándose hasta un entresueño y, antes de dormirse, todavía se detuvo un momento a pensar si Paul Avery, en sus momentos de intimidad, habría pensado alguna vez en ella.

14

El muchacho tenía dieciocho años y era agresivo. Llevaba los cabellos largos y enmarañados y un rostro que a Ernie le recordaba una figura de barro que hubiera salido de una hornada defectuosa y que, al enfriarse, se hubiera distorsionado. La cuenca del ojo izquierdo no estaba alineada con la del derecho, lo que inducía a Ernie a llamarlo Isaiah (acordándose de un chiste de *music-hall*: «Lo llamo con este nombre porque tiene un ojo más alto que el otro»)[2] y la nariz, al igual que la boca, estaba retorcida hasta el límite de la caricatura. Llevaba la chaqueta de dril y unos vaqueros cuajados de agujeros; la camisa aparecía totalmente cubierta de nombres de chica, escritos con bolígrafo. Estaba sentado delante de la mesa de Ernie con un cigarrillo toscamente liado a mano colgando de la comisura de los labios, mirando con fijeza a través del penacho de humo y con las manos agarradas a los muslos, a uno y otro lado del cuerpo. Ernie debía hacer un informe de carácter psiquiátrico con respecto al chico a petición de un tribunal, por lo que se esforzaba en concentrarse en los detalles del caso antes de lanzarse a un gambito declarado. Era difícil mantenerse objetivo ante el manifiesto desagrado que provocaba el paciente. La posibilidad de la violencia física tampoco contribuía en nada a mejorar las cosas. En cierta ocasión, mientras Ernie estaba leyendo las notas relacionadas con uno de sus pacientes, éste le dio un puñetazo en la cabeza y, desde entonces, tenía un cráneo marcadamente sensible a la probabilidad de una agresión.

Al igual que les ocurría a muchos genios de la cultura, la obra más impresionante llevada a cabo por Mark Jordan parecía ser anterior a sus veinte años. Contaba con un apretado paquete de delitos, que iban desde robo con intimidación a intento de asesinato. Su historial era particularmente violento y, a la primera lectura, revelaba ocho ejemplos de asalto a consecuencia del cual las víctimas de Mark habían exigido tratamiento hospitalario. La acusación que había conducido a Mark al consultorio de Ernie involucraba a una muchacha, sistemáticamente torturada, y las pruebas demostraban que la chica había salvado la vida gracias tan sólo a la

interferencia fortuita de un vecino. Ernie hizo una somera apreciación que podía servirle como base para la investigación, en virtud de la cual Mark Jordan, por su aspecto, sus agresiones y su historial general, seguramente resultaría ser un caso de somatonía mesomórfica. Aquello quería decir que era un hombre cuya estructura corporal se había formado a partir de la capa media del óvulo donde se inició y cuyo comportamiento venía determinado por una necesidad de gran actividad física y muscular; para convertirlo en caso digno de estudio en el aspecto anormal, posiblemente bastaría con aplicarle el adjetivo «paranoico». La paranoia, en su forma más simple, consistía en un conjunto de engaños perfectamente organizados, de los que formaban parte los delirios de grandeza y manía persecutoria. La experiencia que tenía Ernie le demostraba que un tribunal se mostraba mejor dispuesto a hacer caso de un diagnóstico cuando éste sonaba a cosa compleja. Decir de Mark que era un paranoico mesomórfico somatónico le atraería más simpatías que la declaración escueta de que era algo lerdo, dado a las demostraciones físicas y a los delirios.

Ernie levantó los ojos y sonrió.

—Supongo que estás molesto porque te han enviado a mi consultorio, ¿no es verdad?

La expresión de Mark no se alteró en lo más mínimo.

—Yo no estoy molesto. Me lo esperaba, o sea que… si uno se espera una cosa, no puede estar molesto cuando la cosa ocurre, me parece.

Tenía una voz bronca, áspera, como si se pasase el día entero gritando.

—Bueno, entonces si no te molesto…

—De momento, todavía no.

—Entonces, vamos a continuar. Dime, por favor, por qué torturaste a aquella chica. No me des la explicación que diste al tribunal. Lo que yo quiero saber es por qué motivo le hiciste daño, por qué razón consideraste necesario hacerle daño.

Mark levantó un dedo y se miró la uña.

—Se había chivado. Me denunció. Les contó un trabajo que yo había hecho. Lo hizo porque su hermano pequeño, hace un año… dos de los míos se metieron con él. Por esto yo me vengué.

Ernie pensó que era bastante directo.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero ¿por qué lo hiciste como lo hiciste? Estuviste a punto de matarla, ¿no? ¿Por qué no te contentaste con darle una paliza?

—No sé.

Frunció el ceño mientras miraba la uña.

—Mark, si no me cuentas tus razones, volverás al tribunal sin que yo pueda hacer nada para aligerar tu sentencia.

—¡Ah! ¿Usted puede librarme?

—No, yo no puedo librarte. Pero si puedo demostrar que tú no tienes un control absoluto de lo que haces, entonces a lo mejor te mandan al hospital en lugar de mandarte a la cárcel.

—¡Vaya!

Ahora Mark miraba fijamente a Ernie.

—Así es que debes explicarme por qué estabas tan interesado en hacer daño a la chica.

—No lo sé seguro. La verdad es que no lo sé. No puedo decirlo con seguridad. Todo vino sin motivo. Fui tras la pájara sin tener planeado nada. Lo único que quería era desquitarme. Pero después se complicó.

—¿Crees que te perseguía, que iba a por ti?

Aquello fue como pulsar un botón, que hizo a Ernie decidirse por la paranoia. Mark había abandonado la mayor parte de su tensión agresiva facial y a Ernie le parecía que se esforzaba en acoplar aquella sugerencia a lo ocurrido en realidad.

—Supongo que será esto. Primero le di un golpe en la boca y en aquel momento supe que ella me tenía echada la vista encima, que aquella vaca era una tipeja, como los otros que quisieran verme metido en un agujero de mierda hasta arriba.

—¿Son muchos los que querrían verte de esta manera? ¿O es una cosa que tú sabes, pero que no te preocupa?

—Lo sé. Tienen que ser muchos.

—¿Por qué crees que deben ser muchos?

—Porque yo soy grande. Soy mejor que los demás. No soy un jodido ladrón de nada. No soy un cualquiera. Tengo talento y, sí quisiera, podría estar muy alto. No lo digo por decir. Va en serio.

Se dio un golpe en la frente.

—Tengo unos planos que harían ir de cabeza a Scotland Yard. Pero hay muchos envidiosos, muchos tipos de nada que querrían verme abajo, con ellos, ¿sabe?

Ernie decidió que la etiqueta de paranoia era definitiva.

—Entonces, ¿le hiciste aquello a la chica para dar una lección a todos éstos?

—En parte sí.

—Y además, ¿qué?

—Mire una cosa, jefe…

Mark hizo con la mano un gesto de impaciencia al tiempo que miraba a su alrededor, como si esperara encontrar toda una cola de gente esperando a que le atendiera.

—No puedo explicarlo todo, así como así. Es muy complicado. Lo que yo quería era hacerle aquello a una pájara, pero no un rato, mucho mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Años.

Y enlazó las manos sobre sus muslos al tiempo que se inclinaba ligeramente hacia adelante.

—Es algo que excita, ¿no sabe?

Sadismo. La cosa iba complicándose. El sadismo auténtico no era demasiado corriente entre los criminales activos. En la mayoría de personas que estaban bajo su influencia, el sadismo no era sino un estado mental, alimentado y satisfecho por libros, películas e historias que aparecían en las revistas. El sádico típico era una persona mansa, alguien que aspiraba a ser un hombre o una mujer que pudiera hacer daño a los demás. Era evidente que Mark estaba en situación de causar daño a los demás cuando se le antojase. Si era un sádico auténtico, necesitaría vigilancia todo el resto de sus días. La entrevista debía darse por terminada en aquel punto para poder pasar a otras pruebas específicas.

—Mark, vamos a dejar las cosas en este punto. Sé que va a parecer que apenas acabamos de empezar, pero hay unas razones. Quiero buscar todo lo que sea preciso y para ello es necesario una gran cantidad de investigaciones.

Ernie no quería adoptar un aire excesivamente protector.

—Ahora tienes que volver al centro del que te han traído. Allí te harán unas pequeñas pruebas. Son cosas muy sencillas, pero importantes. ¿Comprendes?

—Lo que usted diga.

Ernie pulsó un timbre y entraron dos guardas que esperaban junto a la puerta y se llevaron a Mark. Cuando hubo salido, Ernie hizo girar su sillón y lo colocó de cara a la ventana. Vio la oscura furgoneta y, al cabo de unos momentos vio a Mark entrar en ella y, al momento, arrancar ésta. Aquélla era la tierra más rica de todas: un cerebro joven con las semillas de todos los males. Probablemente era enorme la cantidad de cosas que podían averiguarse si se establecía qué sistema de pruebas podía aplicarse.

La posibilidad de curación no se produciría así como así, pero cuando menos, unas pruebas exhaustivas conseguirían aproximar esta posibilidad. Mark Jordan pasaría por pruebas que valorarían las reservas de energía psíquica que poseía y que estimarían la fuerza de sus instintos frente a la vida y la muerte. Podría hacerse una gráfica que mostrara lo poco o lo mucho que el Ego del muchacho estaba en contacto con su Id y con su Superego. Se juzgaría de los efectos de la frustración que pudieran estar en juego y se pondría especial atención en la tabla que se ocupa de Mortido, las tensiones de la energía liberada a través de la destrucción y de la violencia. No había muchos jueces que estuviesen de acuerdo con la intención básica de Mortido, que Ernie consideraba como un instinto de conservación.

Cuando juzgaba todo el esquema a la luz de su experiencia, veía que la labor hecha en favor de Mark Jordan probablemente no conseguiría otra cosa que asegurar, en el mejor de los casos, desvincularlo para todo el resto de su vida de su impulso natural. Sin embargo, en aquella decisión se encerraba una esperanza y, por lo que se refería a la persona auténticamente endemoniada, Ernie aspiraba por encima de todo a ofrecerle una verdadera esperanza. Sin pasar a considerar la forma de conseguirlo, Ernie deseaba que un día pudiera empezar a trabajar en la curación de aquellas personas que había visto encerradas con sus demonios particulares. Quizá porque él se sentía muy identificado con ellas. Ernie Hale tenía otra clase de demonios pero tan destructivos como los de Mark. Estos lo habían apartado de su verdadero camino y Ernie no tenía gana ninguna de que les parasen los pies… al igual que Mark, que probablemente encontraba consuelo en sus obsesiones y en sus necesidades.

Aquella mañana Ernie había llenado su maletín con el resultado de sus averiguaciones, un prolijo estudio que, de haber estado conectado con su labor, le hubiera ganado uno o dos títulos honoríficos por la energía desplegada que suponía. Había usado la amistad, la autoridad, el halago, las amenazas veladas, el magnetismo personal y un don especial para hacer hablar a la gente, que habían hecho que en conjunto poseyera un informé detallado sobre Henry Madison que, en sus recovecos, tenía resortes suficientes para derribar diez veces al cirujano. Después de conseguir aquel material y de sentir el embotamiento que sucede a todo triunfo, Ernie se había sentado en su coche y se había preguntado hacia dónde demonios estaba yendo. De haber sabido que otra persona hacía aquellas mismas cosas, su opinión profesional hubiera empleado palabras como neurótico, obsesionado, poseído del ego. Y así era él de pies a cabeza. Como el joven Mark Jordan,

Ernie era un demonio cuando se apartaba del camino recto y quería vengarse. También como Mark, se había complacido en imaginar que seguía adelante, que se convertía en vengado porque consideraba a Madison una rata empeñada en arruinar su libro y porque quería herir a través de Madison a todos cuantos querían lanzarse tras él por el hecho de buscarla popularidad. Un caso claro de paranoia o, como se llamaba a veces, de empeño en salir vencedor.

Ahora, por supuesto, se sentía mejor. Era capaz de señalar en sí mismo todas las taras que lo aquejaban gracias a compararlas con las de Mark. Su intención era primariamente positiva, quería ver por sus ojos que había hecho algo bueno y que el público disfrutaba de un libro realmente entretenido. Mark era antisocial, un ser que no producía ningún beneficio ni para sí mismo ni para la sociedad. Allí donde las necesidades especiales de Mark ocasionaban un daño, las de Ernie apuntaban simplemente a impedir aquel daño… especialmente a sí mismo. Ernie Hale no era un inadaptado, un psicópata con el espíritu enfermo, sino un hombre joven, dotado de un deseo enérgico y laudable de salir adelante. Ahora se sentía mejor. Tenía todo cuanto quería sobre Henry Madison y quizás un día llegaría a olvidar lo mucho que había disfrutado reuniendo tanta inmundicia.

Todavía le quedaba un paciente por ver, un dramaturgo cuyos éxitos comenzaban a extraviarle la razón y, después, Ernie tenía el resto del día libre. Había hablado con Paúl para que lo acompañara a tomar un bocado y a charlar un poco entretanto. En esto jugaba un tanto el papel de la complicidad, puesto que sabía que posiblemente Paúl era un candidato de la virulencia de Madison. Hizo girar la silla para encararse con la puerta. Me siento bien, pensó. Aunque todavía me sentiré mejor.

Pulsó el botón del escritorio. Al cabo de medio minuto un hombre vestido con un abrigo ondeante de *tweed*, con dibujo de espiga y sombrero de terciopelo de alas flexibles había penetrado en el despacho y cerrado teatralmente la puerta tras él. Se quedó esperando con una sonrisa amplia y atormentada en su rostro de halcón hasta que Ernie le indicó que tomara asiento.

—¿Qué tal estamos hoy, *mister* Sheldon?

—Todavía no me he liberado, doctor —dijo el hombre, con los ojos furtivos—. Todavía llevamos encima la emponzoñada carga de esperanzas muertas y desbordantes ideales. En mí todo sigue bullendo, pero sin orden ni claridad. He perdido los frenos.

—¿Ha tratado de hacer lo que le pedí? ¿Ha intentado seleccionar diez frases simples a partir del caos?

Ernie consideraba aquel hombre un caso difícil. Su problema estaba en la región de la crisis nerviosa, pero su tratamiento se veía obstaculizado por la excentricidad, que a veces presentaba claves falsas. Incluso cuando tenía un control completo de su persona, Sheldon seguía siendo un ser fuera de lo normal.

—¡No es posible!, —y al decir estas palabras dio una enfática palmada y movió la cabeza enérgicamente—. No se puede hacer. La palabra va acompañada de otras, que lleva adheridas. Las palabras son pegajosas. La palabra solitaria busca la compañía de otras, y así sucesivamente. Hay que hacer volar todo el depósito de palabras, hacerlo saltar por los aires y volverlo a proveer de una lengua y unas ideas lisas, que no sean viscosas. ¡Oh, Dios!… Vuelven las ideas…

Se manoseó la barbilla y adoptó un aire desolado, como el padre que acaba de perder a sus hijos.

—Las mejores están ahora contaminadas, infectadas por la materia que hace tiempo deseché. Pero esta maldita materia no desaparecerá. Cuelga junto a mi cabeza, como un saco de estiércol. De todos modos, debo admitir que las tabletas que me recetó me han ayudado mucho.

Ernie le había recetado Prothiaden, para aliviarlo un tanto de la angustia.

—¿Le han ayudado en su trabajo?

—Me parece que son las responsables de una idea maravillosa que he concebido últimamente: una escenificación referente a una lucha de familia. Tomé un par de pastillas y me tumbé en la cama; enseguida todo empezó a cobrar forma. El ambiente está constituido por un desierto, ¿sabe usted? El desierto simboliza lo árido de la vida de familia, el vacío enorme que caracteriza esta situación. El padre y la madre están peleándose constantemente, siempre agarrándose por el cuello, incluso cuando pronuncian las frases más tranquilas. Los niños van sucios, están continuamente a la greña, siempre llorando, lastimándose, destruyendo lo poco que posee la familia. Un día, de pronto, amenaza tormenta; una tormenta de polvo que los arrastra y los dispersa, interpone la distancia entre ellos y hace imposible que vuelvan a comunicarse nunca más.

Hablaba cada vez más aprisa, gesticulando con las manos, que movía de un lado a otro para encerrar en ellas la acción de su desconcertante drama.

—Cuando por fin estalla la tempestad, la tensión de la espera ha hecho emerger a la superficie una buena parte de la verdad. El padre aspira a

liberarse de las responsabilidades que lo agobian, la madre anhela volver a ser libre y ser nuevamente soltera, convertirse en un ser humano deseable, en tanto que los niños ansían desesperadamente que les permitan dar rienda suelta a sus instintos salvajes. Llega la tormenta, los dispersa y vemos entonces sus nuevas vidas, diseminadas por el desierto. Ahora que no se encuentran ya ligados por el agotador vínculo de su unidad, advierte cada uno que, después de todo, el desierto no está tan desnudo como parece. Surgen oportunidades, aparecen circunstancias favorables, se persiguen y cada uno consigue un éxito, aunque no de la manera que antes imaginaban.

Casi se había levantado de la silla, excesivamente inclinado hacia Ernie.

—Como verá usted, el meollo de la narración índica que la situación familiar ofrece a las personas horizontes falsos. Todos se figuran saber qué harían si fueran libres, pero la libertad tiene un paisaje e impone unos impulsos únicos a la gente. Con todo, todavía no he podido ponerlo por escrito.

Sheldon volvió a tomar asiento, ahora con expresión de agotamiento.

—Todo se entrecruza cuando intento expresarlo.

Exhaló un suspiro.

—Es algo terrible, doctor.

A Ernie se le ocurrió una idea.

—¿Ha intentado dictar?

No era una solución al problema, pero podía aportar una solución al alcance de la mano.

—No; me parece que los problemas surgirían lo mismo si compusiera en voz alta. Las ideas proceden del mismo sitio, tanto si se expresan de palabra como por escrito, ¿comprende?

—Pero el sonido de su voz podría ayudar a imponer un equilibrio. Podría reforzar el orden. Me parece que vale la pena intentarlo. Todo cuanto tiene que hacer es convencerse de que es capaz de hacer su trabajo, *mister* Sheldon. Esto supondría un paso importante.

—De acuerdo, entonces. Probaré. Pero tal como yo lo veo, el problema sigue siendo de acumulación y bloqueo en mis válvulas de eliminación. La materia de la cual quisiera deshacerme se queda en la puerta y comienza a mezclarse con el material aprovechable.

—De todos modos, bueno será que intente el procedimiento que le aconsejo. Sírvase de una grabadora y, cuando haya hablado una hora aproximadamente ante ella, escuche lo que ha dicho y trate de descubrir los

puntos en los que ha fallado. Manténgase alerta, *mister* Sheldon. No deje que lo antiproductivo de su personalidad se interfiera con lo productivo.

Fuera, en algún lugar, había una reyerta de pájaros. Se oía zumbar el motor de un coche, que se negaba a ponerse en marcha y se escuchaba también la risa de una muchacha. Ernie se preguntaba si Sheldon oía alguno de estos sonidos o si se encontraba tan sumido en el rumor de sus propios pensamientos que no podía detectar la estabilizadora sensación de la distancia y de la insignificancia personal. Ernie habló un poco más para explicarle que el extravío de la mente a veces se convertía más en ocupación que en padecimiento. Era frecuente que aquellas personas que se veían afectadas por un problema, lo llevaran a un punto y siguieran manteniéndolo con vida cuando hubiera debido morir de muerte natural. A menudo, para conseguir el restablecimiento, lo único que debía hacer un paciente era confiar en él y tratar de no sobrecargar la mente. Comparado con Mark Jordan, Sheldon era feliz. No estaba loco, no padecía ningún trastorno patológico. El problema que lo afectaba era sobre todo de conducta y surgía precisamente como resultado de un intelecto excesivo, de unas vías de expresión demasiado expeditas. Necesitaba vincularse a una trama terriblemente difícil, atenerse a ella durante uno o dos años. Entonces sentiría que estaba satisfecho, no se produciría una rebelión al finalizar la obra porque el intelecto no se estimaría prostituido.

—Vuelva a verme dentro de dos semanas, *mister* Sheldon. Y recuerde que usted tiene la solución. Yo no tengo medicamentos mágicos, sino tan sólo sugerencias.

El dramaturgo salió tan arrogante como había entrado. Ernie escribió algunas líneas en su historial, que guardaba en una carpeta, y se levantó, ansioso de pronto de alejarse del hospital. La perspectiva de un cambio de ambiente era siempre agradable, aunque hoy obedecía a una fuerte necesidad. Los detalles de los casos de Jordan y de Sheldon apuntaban demasiados paralelismos con su propia situación. El excesivo trabajo no era cosa aconsejable para un psiquiatra porque dejaba su mente abierta a la contaminación. Podía comenzar por la identificación de un rasgo para terminar, como había sucedido en el caso de muchísimos médicos, con la total invasión del cerebro. Ernie tomaba cuantas precauciones podía, pero a veces, no eran suficientes. Sabía exactamente qué sucedía dentro de la cabeza de Sheldon, porque él mismo lo había experimentado, y sabía también que preocuparse excesivamente por estas cosas, darles una desmesurada importancia, podía acarrear consecuencias terribles. Hoy en día los seres

humanos, al no estar sometidos a los peligros físicos inmediatos que conocieron sus antepasados, mostraban la tendencia a crear sus propias amenazas. Las guerras mentales solían terminar con el individuo pulverizado por su propia bomba. Al examinar los niveles desde los que era posible atacar a Madison, Ernie quedó sorprendido al ver que estaba examinando los detalles de los detalles, que escindía los átomos para proyectar cada uno de sus movimientos con un efecto lo más amplio posible. Aquello era ya obsesivo, constituía un componente en la naturaleza de la afección que padecía Sheldon. La cabeza erguida, los hombros cuadrados, la mente programada para respuestas simples y estímulos obvios. He aquí la fórmula para la supervivencia. Ernie Hale trabajaba de firme, ponía una gran parte de sí mismo en cada caso; era de suma importancia que, fuera de horas de trabajo, se entregase a una vida de olvido. Vino, mujeres y canciones. Habría quien podía considerarlo un payaso, pero aquí estaba su seguridad.

Habían decidido ir a un *pub*. Paúl se proveyó de dos empanadas de jamón y de medio litro de cerveza. Ernie pidió a la camarera que le pusiera dos raciones de vino de cebada en un vaso grande y se sirvió una ensalada de pollo. Eligieron una mesa junto a la ventana del mirador, desde la cual podrían contemplar a los míseros habitantes de Westfield yendo y viniendo, metidos en sus asuntos. Comieron en silencio, es decir, sin ninguna conversación. La técnica de masticación adoptada por Ernie con todo cuanto fuera más compacto que la sopa había provocado en cierta ocasión a un compañero la observación de que el alimento sonaba deliciosamente.

Mientras se secaba los dedos en los faldones del mantel, Ernie observó que Paúl tenía un aire cansado.

—¿Es el agotamiento que produce la profesión de un santo, amigo?

—Es el agotamiento que da acostarme con Mary Scott. Aumenta el azúcar en la sangre. Y voy a hacerte una confidencia profesional: tengo las pelotas como si salieran de una centrifugadora.

—¡Qué suerte tienes, maricón! Cynthia está pasando por una de sus etapas periódicas de castidad, a las que son tan aficionadas las mujeres. Quiere saber si en nuestras relaciones hay algo más que copular.

—¿Y hay algo más?

—No, nada más. Yo he querido hacérselo comprender. No sé cuántas veces he encendido la luz de alarma. Pero ella sigue empeñada en llegar a algo que tenga más sentido. Es una enfermedad que padecen todas.

—No todas.

Paúl tomó un sorbo de cerveza, mientras seguía con los ojos los movimientos de un basurero que se esforzaba en vaciar un enorme cubo, cargado hasta los topes, en el camión de recogida.

—Mary no pretende echar el lazo a nadie.

—¡Menuda tontería! La mejor manera de cazar a un hombre es hacerle creer que una no está interesada. No es más que una táctica, Paúl. Todas la adoptan. No lo pueden remediar. A propósito, observo una falta de reticencia total cuando hablas de tu enfermera. Esto podría ser un síntoma de que empiezas a descuidarte, ¿sabes? ¿Qué va a decir Edith cuando se entere?

Los ojos de Paúl se fruncieron un poco, como cuando trataba de reprimir una carcajada.

—Es divertido imaginarlo, Ernie. La otra noche estaba pensándolo. ¿Qué ocurriría si entrara de improviso en mi cuarto y contemplara el culo de Mary moviéndose en el aire, precisamente en el lugar donde debería yo tener la cabeza? Por mucho que me esforcé, no conseguí imaginar la reacción.

Ernie se tragó la mitad del tonificante vino de cebada.

—Pues yo me lo imagino perfectamente, Paúl. Vigila. Vigila o libérate de Edith.

—Es una canción muy vieja, Ernie.

—Las viejas son las mejores. Otras veces te he dicho que no me quiero meter en lo que no me importa… Te lo he dicho pero no es verdad. Quiero meter las narices aunque no me importe y te aconsejo que dejes a Edith Roberts. Te va a capar.

—Ya te he dicho que no quiero hablar de este asunto.

El basurero había renunciado a descargar el cubo y ahora sacaba una parte de la basura para aligerar la carga, en tanto movía la boca de una manera fácilmente interpretable sin poseer las virtudes de un sordo de nacimiento.

—En mi personalidad hay facetas que tú no entenderías, Ernie. Son demasiado sutiles para un psiquiatra mediocre. Quédate con tu pandilla de lerdos del hospital. Sigue por este camino. Yo continúo fuera de tu ámbito.

—¡Qué cara tienes!

Ernie acabó el contenido del vaso e indicó con un gesto a la camarera que trajera otro igual. La chica, con una seña, le dijo que no servía a las mesas. Ernie gruñó:

—Está bien, encanto. Voy yo. Ten cuidado que no desgastes unas fuerzas que podrías necesitar después.

Cogió el vaso y el de Paúl y, al volver, lucía una sonrisa franca en su rostro.

—¿Me cuentas el chiste? —dijo Paúl.

—Me río de ti —explicó Ernie, acomodándose en el asiento—. Tienes tendencias suicidas y te figuras que son movimientos de astucia.

—Como de costumbre, no te entiendo.

—Edith. Te figuras que es de esta clase de mujeres que te podrías llevar a los Estados Unidos, para usarla como escudo de armas. Pero te equivocas. Esta mujer se irá poniendo más agria cada día que pase hasta que, al fin, todo su vinagre te entrará en la sangre. En su vida se ha reído de verdad y cuando sonríe, lo hace a la fuerza. De veras, Paúl, que no te veo cometiendo este error. Sería lo peor que podrías hacer en tu vida. Para ser un pájaro de cuenta, tienes lapsos de auténtica ceguera.

—¡Vaya, vaya! Hoy estás de malas. Oye una cosa: tú no eres santo de la devoción de Edith… lo sabes. Por tanto, no te extrañe que, cuando tú estés delante, ni se ría de verdad ni se sonría.

—Y cuando estás tú delante, tampoco. Confiésalo. Forma parte de una sociedad que está de capa caída. Es amable. Te voy a decir una cosa: me cuesta creer que tenga genitales. De cintura para abajo, me la imagino de plástico. Pégame, si quieres. Si te digo estas cosas, es con buena intención.

—Cambia de tema, ¿quieres? No te digo que no sepas meterte en el pellejo de muchos de los que se arrastran por el hospital, pero no tienes la llave del mío.

Ernie movió la cabeza con aire resignado, aceptando la decisión, la cabeza gacha y los ojos cerrados.

—De acuerdo. Sea. Pero, si significa tanto para ti, ¿por qué te entretienes con la caliente de tu enfermera? Como loquero mediocre te diré que, en realidad, lo que buscas es una áncora de salvación, mal que te pese. Esperas que así te librarás de Edith, que un día caerá por el tejado y verá dónde estáis realmente tú y tus ideales. Así no tendrías remordimientos y podrías dejarla.

—¿Qué tengo que hacer, Ernie, para que me dejes tranquilo de una vez? ¿Sólo has salido conmigo para colocarme este sermón?

—No. Quiero hablarte de otra de tus cegueras.

—¿Cuál?

—Henry Madison. He hecho averiguaciones. A fondo.

Paúl tomó otro poco de cerveza, dejó el vaso sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Me das risa, Ernie. Te metes en las obsesiones y en los fallos de los demás y no te das cuenta de los tuyos. Te ha dado muy fuerte con Madison. Vigila, podría ser patológico.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices del rapapolvo que le pegaste hace unos días? ¿No quieres confesar que algunos de mis primeros temores eran más que acertados?

—Perdí los estribos, Ernie. Tú sabes que tengo problemas con la ambulancia y que me sacó de quicio ver a *mister Establisment* poniendo impedimentos por el otro extremo. Pero yo no veo que esto sea…

—Bueno, entonces escucha lo siguiente.

Ernie levantó el maletín y lo puso sobre la mesa. Sacó de él una gruesa carpeta y se la puso delante. Volvió a dejar la maleta en el suelo y se removió en el asiento, como el conferenciante antes de iniciar su discurso.

—Asegúrate de que tienes suficiente cerveza, amigo. No quiero interrupciones.

Paúl contempló el montón de papeles con una cierta sorpresa. Estaban cubiertos de letra apretada, con notas marginales y asteriscos de referencia. Otras veces, cuando él y Ernie habían discutido cuestiones relacionadas con su profesión, había observado que los conocimientos de su amigo eran mucho más profundos que lo que dejaba entrever cuando estaba ante la gente. Aquellas notas poseían el volumen y la densidad que suelen asociarse a un trabajo de investigación de altos vuelos.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Has alquilado un equipo de detectives?

—Cuando Ernie Hale decide defenderse, amigo yanqui, no se anda por las ramas. Este montón de papeles va a convertirse en una bala de cañón, que abrirá brecha en el frente de ataque de nuestro viejo Madison. Ahora, cállate y escucha.

Se aclaró la garganta y empezó a hablar, con los ojos clavados aún en las páginas que tenía ante él, levantándolos de vez en cuando sólo cuando quería subrayar algún punto.

—Una retahíla de contactos en todo el país, en hospitales, clínicas y consultas de tipo privado, me ha proporcionado la mayor parte de los datos. Todo está ensamblado, generalmente una fuente corrobora otra. Esta mañana, en el consultorio, he visto a un muchacho paranoico, pero no aventajaba en nada al viejo en lo que toca a táctica y organización. Es toda una realización, que corre como un hilo a través de la ascensión de Madison hasta la cumbre, donde se pone de manifiesto la reacción violenta y a veces desequilibrada de este hombre frente a la oposición, todo tipo de oposición. El doctor Freeman,

mi distinguido jefe, se moría de ganas de echarle unas cuantas chinitas. Parecía que no aguardara más que esto: que alguien le hiciera preguntas. No le gusta nada Madison, pero es un tipo generoso y dice que ha procurado siempre fijarse más en lo bueno que hay en él que en lo malo. No encuentra fallo alguno en Madison como cirujano, pero como persona lo considera una auténtica mierda. Tienen más o menos la misma edad, aunque me parece que el doctor Freeman tiene algunos años más. Bueno, al grano… Dice mi jefe que recuerda a uno que perdió un puesto en cirugía en el Makepeace Institute. Fue una sorpresa para todo el mundo, porque el tío era bueno de verdad en lo suyo y el hombre ideal para ocupar aquella plaza. Pero le dieron una patada y da la casualidad que el tipo era el único contrincante que tenía Madison cuando aspiraba a la blanca mano de Amy Madison. Parece que en aquel entonces Madison tenía unos dos amigos en la administración y, según Freeman, todo el mundo acabó por darse cuenta de lo que había sucedido. Al serle negada la plaza, el cirujano emigró. En aquel tiempo era lo mejor que se podía hacer porque, cuando en este país perdía uno un puesto clave, era hombre acabado. Por consiguiente, a Madison le quedó el terreno despejado y se pudo casar con Amy, ¡pobre desgraciada! Y ahora escucha ésta. Hace veinte años que Madison dio una bofetada a una enfermera. Estaba furioso por una supuesta infracción y se necesitó mucho aceite para calmar las aguas. He localizado a la muchacha, que no es ya tal muchacha, y me lo ha contado todo. Primero Madison quiso echarla a la calle cuando ella lo amenazó con denunciarlo. Madison le dijo que él tenía mucho poder y que podía arruinar su carrera. Ella no se tragó el anzuelo y él tuvo que darle dinero a cambio de la promesa de la chica de abandonar el campo. Imagínate. Dinero. Si se hubiera sabido que había puesto las manos sobre una enfermera, lo habrían puesto en la picota. Supongo que esto lo hizo optar por algo desesperado. Pero ¿no crees que esto de pegarle indica ya un comportamiento un poco especial?

—Sí, no cabe duda. ¿Cuánto dinero le dio?

—Doscientas libras. Que entonces era un montón de dinero. En mi opinión, esto es indicativo del precio que ponía a su carrera. Esta mujer opina que, si ella se hubiera puesto terca, le habría dado más. Dejando esto aparte, esta historia tiene algo que también mencionó Freeman. Dice la enfermera que Madison siempre ha sido un tipo extraño, una de estas personas que tienen un tornillo flojo y, que cuando se les toca el punto flaco, comienzan a echar chispas en todas direcciones.

—¿Qué otra cosa has descubierto?

—Tengo detalles, auténticamente meticulosos, de objeciones presentadas por él a ideas y a propuestas, siempre dirigidas contra la gente joven. Tengo las cartas o las copias de las cartas enviadas a organizaciones de enfermeras, recomendando que se dé una reprimenda a una determinada persona, o que se tenga cuidado con ella, por pequeños lapsos que haya podido tener o por cualquiera de las deficiencias que son moneda de uso corriente en cualquier departamento de cualquier hospital. Siempre aparece la misma palabra: falta de respeto. Tiene unos delirios de grandeza que llegan a extremos terribles. Hay una enfermera jefe de Kent que recuerda que Madison estuvo machacando semanas enteras con la junta del hospital, para que la sacaran sólo porque, según él, no tenía ni la más mínima idea de lo que era el decoro. A veces la chica se olvidaba de llamarlo «señor» cuando hablaba con él, ¡por el amor de Dios! Pero esto no es nada. Con esto no podría nada contra él, dejando aparte la bofetada. Hay cosas que entran de lleno en lo morboso y me he tomado la molestia de averiguarlas. Por ejemplo… —Ernie metió los dedos entre las hojas hasta que dio con la que buscaba—, por ejemplo, está el asunto de un estudiante de cuarto año que cierta vez encontró un trabajo que estaba haciendo reducido a cero.

Eran los detalles de un experimento que estaba realizando, a título privado, para estudiar los efectos del Eusol en las úlceras de las piernas. Encontró toda la documentación inutilizada y se vio totalmente imposibilitado de volver a intentar el experimento. Le fueron retiradas todas las facilidades de que disponía hasta entonces. El hombre está seguro de que la culpa de todo fue de Madison, y también lo están una o dos personas más que actualmente ocupan puestos lo suficientemente importantes para que no les importe soltar la lengua. Habría que presionarlos un poco, pero la soltarían, estoy seguro. Y de lo de la unidad de quemados… ¡Oh, esto sí que es bueno!

—¿La unidad de quemados?

Paúl aguzó el oído ante la sola mención de aquel campo que era objeto de su simpatía y sensibilidad más personales.

—Hace doce años que un sujeto llamado Struthers llegó casi a arrancar un permiso para instalar un departamento semi-experimental de quemados en Westfield. ¿Ya sabes el trabajo que se está haciendo actualmente en este campo en Texas? Muestras de tejido directas, antibióticos aplicados en las zonas afectadas, estudio de reducción de los niveles de sal… en fin, salvar vidas que hace un par de años hubieran sido imposibles de salvar. Bueno, pues Struthers seguía esta orientación. Y Madison le chafó la idea.

—Pero ¡por el amor de Dios!… ¿Cómo?

—Influencia y una cierta tergiversación de los hechos. Primero pone una pantalla de humo. Las prioridades. Los quemados reciben el tratamiento apropiado en los departamentos quirúrgicos. No es posible saber nada más de quemados a no ser gastando cantidades de dinero, tal vez millones. Una unidad experimental conseguiría muy poco. El espacio que habría que reservarle y el dinero que habría que dedicarle podrían tener mejor aplicación, como… cubrir las necesidades de departamentos ya existentes, dotados de personal insuficiente o de espacio insuficiente… Reforzó el cuadro clínico citando a un tipo francés que no conoce nadie, que afirmaba que, después de años de investigación, había quedado demostrado que el campo de las quemaduras era uno de aquéllos donde la medicina podía hacer poquísimo. Parece que el tipo tenía una serie de títulos detrás del nombre y que la junta se dejó impresionar. Después Madison consiguió que unos cuantos compinches suyos firmasen una petición que ponía el veto a la idea. Y la cosa surgió efecto. Quizá sea una casualidad, pero el hombre que proponía la creación de aquella unidad, el doctor Struthers, era joven, tenía talento y visión de futuro. En la actualidad dirige una unidad de quemados en el Canadá. Y con unos Resultados magníficos.

—Mira, me parece que puedes ahorrarte el resto, Ernie. Me hago cargo del cuadro general.

—Tengo que explicarte otro caso, Paúl. Es el remate final. Muchos me han dicho que Madison es un hombre muy desagradable con las mujeres. Me imagino que es un campo que le provoca una especie de bloqueo y precisamente es el campo donde los bloqueos son inquietantes. En opinión de tres personas perfectamente equilibradas, Madison es responsable del suicidio de una muchacha que en otro tiempo formaba parte de su equipo. El hecho ocurrió inmediatamente después de retirar el permiso para la instalación de la unidad de quemados. Según parece, la chica era un buen médico, trabajaba de firme y, además, era sumamente inteligente. Había algunos a los que no les gustaba la chica, esto es aparte. Pero no tenía importancia. Se las daba de intelectual. Madison solía acosarla. Le daba los trabajos más pesados, mucho más pesados que a los demás, y después encontraba defectos en todo lo que hacía. Parece que la chica estaba haciendo un trabajo, un trabajo que estaba muy bien según un médico consultor que quiere permanecer en el anonimato, pero resulta que este trabajo refutaba algo que Madison había publicado anteriormente en un artículo. La chica no podía terminarlo, porque el tío la mantenía constantemente ocupada. Pero ella no cejó, y finalmente pidió un

permiso y terminó el trabajo. Se trasladó a un lugar de veraneo de la costa sudoeste y la misma noche de su llegada se quitó la vida.

—Esto es espantoso, Ernie. El tío parece loco de atar.

—Por supuesto que lo es. Las pertenencias de la chica fueron recogidas por un muchacho, que es ahora el médico consultor de quién acabo de hablarte. Es una persona muy abierta, pero no quiere líos. Dice que las notas de la chica estaban inutilizables. Que cuando él las recogió era imposible leer una sola página.

—Igual que las del chico que trabajaba con lo de las úlceras.

—Exactamente. No voy a decirte que yo ya te lo decía, pero sí que no parece un individuo demasiado normal, ¿no te parece? Tenías que haber visto la cara que puso la semana pasada cuando fui a verlo y le eché la caballería encima…

—La vi cuando me las tuve con él por lo de la chica que se murió. Igualito a Mefistófeles. ¿Qué piensas hacer, Ernie?

—Voy a esperar para ver hasta dónde llega en el asunto de mi libro. Si trata de seguir adelante después de que yole restregué el pasado por las narices…

—¿Vas a hablarle de lo que has sabido sobre él?

—Sí. Pienso hacerlo. A mí me parece que basta con esto para cerrarle la boca. Pero si tiene la desfachatez de insistir, entonces, ¡bum! Arrojaré la bomba allí donde pueda hacer más daño. En el juego sucio, todo está permitido.

Ernie ladeó la cabeza para decir:

—¿Y tú, qué? Paúl, ¿no crees que podrías empezar a considerar la posibilidad de que quiera fastidiar tu empresa?

—Esto es otra cosa, Ernie. Estamos hablando nada menos que de la alta cotización de la cirugía. De la vida. De gente que muere. —Me parece que escondes la cabeza en la arena. La semana pasada se te murió un paciente que no esperabas que se muriera. ¿De quién fue la culpa? ¿Cuál era el nombre del miserable que tú fuiste a encontrar? Piénsalo, Paúl. Quizá no sea preciso que el pastel sea tan grande para que puedas pararte a pensar.

—De acuerdo, te lo concedo. Sé que no son cosa nueva las aberraciones mentales entre los grandes de la medicina. Pero tienes que entender por qué quiero resistirme a la idea. El servicio de socorro es algo que yo he creado. Quiero creer que si hay quien quiera hacerle daño, no es alguien que quiera hacerlo estallar en mil pedazos. Yo quiero que la unidad siga funcionando, quiero que esta bestia blanca siga rugiendo por las carreteras. Si hubiera un

escándalo, podría ahogarse en él. Tengo que ir con mucho cuidado, Ernie. Admitamos que me has convencido de que Madison está al acecho. Lo que haré será adaptar mis respuestas en consecuencia.

—¿Vas a decirme que puedes tolerar que haya pacientes que tal vez sean sacrificados?

—Esto forma parte de las precauciones que pienso tomar, Ernie. De ahora en adelante, tendré ojos hasta en la espalda.

Estuvieron bebiendo hasta que el *pub* cerró sus puertas;

después volvieron al Westfield en el coche de Ernie. En la cabeza de Paúl había una imagen hecha de hilos que arrancaban todos de Madison. En alguna parte de aquella trama podía haber un nudo, un acto manifiesto en la constitución de Madison que levantaría un dedo para apuntar a la violación de la ética. Paúl consideraba mejor esperar que andar ramoneando entre tantos zarcillos, quizá para provocar nuevos nudos artificiales. Con todo, lo que acababa de contarle Ernie había dejado una profunda huella. Todo concordaba y, además, tenía muy mal cariz.

Cuando Paúl pasó por el departamento de accidentados para preguntar si había alguna llamada para él, encontró una nota en la que se le pedía que acudiera al despacho del Inspector Médico a las cuatro de la tarde. No había ninguna explicación, pero Paúl adivinaba de qué se trataba. Seguramente era el informe sobre él servicio de socorro correspondiente a su primer mes de vida. Mientras se dirigía a su casa para cambiarse de traje, notó que sobre él se cernían grises nubes de tormenta. Si alguna sangre había que derramar, sería la suya.

El doctor Towers ofrecía el rostro estricto del hombre de negocios. Junto a él, sentado también al otro lado de la larga mesa, se encontraba el presidente de la Junta de Dirección, *sir* Albert Macauley, vestido con su traje negro, su camisa blanca y su corbata escarlata. Aquella nota de color contribuía a poner una cierta confianza en la sonrisa de Paúl al tomar asiento, el cual, adoptando un aire de cumplimiento del deber, rechazó un cigarrillo.

—Se trata de las cifras relativas a la ambulancia, doctor.

Como era evidente, *sir* Albert había optado por tomar la palabra, mientras el doctor Towers la respaldaba con su severo continente.

—No son nada buenas, como probablemente sabrá. No sé si hay algo que pueda justificar unos resultados tan sorprendentes.

Se quedaron esperando, con cara de pocos amigos, mientras Paúl preparaba la entrada.

—Señores, hay un fallo en el sistema. No lo niego. Pero no sé dónde está.

Era un hecho que las leyes de la argumentación política no permitían que un hombre colocara de aquella manera la cabeza en el tajo. *Sir* Albert echó una mirada al doctor Towers, quien se la devolvió, pero guardó silencio. Los dos esperaban algo más. Paúl intentó dárselo.

—Hay un número extraordinario de bajas, seis en este momento, que desafían cualquier análisis. Estadísticamente, la empresa es una equivocación de pies a cabeza. Se muere gente que ni en la ambulancia peor equipada, en la más vieja, en la más destartalada de todas las empleadas para transportar heridos, moriría. Pero el hecho es que se muere. Se trata de personas que han sufrido heridas muy malas pero que, por haber sido objeto de cuidados urgentes en el mismo lugar donde las recibieron, era de esperar que sobreviviesen, si bien mueren en la mayor parte de los casos. Las cifras son algo peores que las que daría una ambulancia de tipo convencional mal dirigida.

El doctor Towers rompió el silencio que había guardado hasta entonces.

—Hasta ahora no nos ha dicho nada que no supiéramos, doctor. Antes de que se desencadene una tempestad, nos gustaría saber si puede haber algún factor, dejando aparte la ineficiencia, que usted considere puede contribuir a resultados tan lamentables.

—No. Como le decía, por mucho que he indagado, no he encontrado nada. Estoy satisfecho de que el personal con que cuento haya sabido cumplir con su obligación. Son personas muy eficientes. Estoy seguro, además, de que la teoría que inspiró esta unidad sigue siendo válida. La ayuda prestada en el lugar del suceso sigue siendo una solución eficaz.

—Salvo que en la práctica los resultados no lo demuestran —observó secamente *sir* Albert—. ¿Se da usted cuenta, doctor Avery, de que muchos miembros de la junta, cuando vean este informe, si antes se habían mostrado favorables, ahora darán media vuelta? ¿Y que muchos de los que integran el personal del hospital harán lo mismo? No me parece oportuno mencionar a *mister* Madison, cuya estentórea desaprobación se verá ahora vindicada por este documento.

Paúl extendió las manos.

—¿Qué otra cosa le voy a decir?

Los miraba alternativamente a uno y otro, tratando de transmitirles su sinceridad, la imposibilidad de fraguar una explicación partiendo del aire.

—Si yo viera que hay algún aspecto del funcionamiento o de la dirección que necesita rectificarse, me ocuparía de él. Ustedes ya saben todo el interés que se puso en la concepción de esta unidad. Tuvimos en cuenta resultados y recomendaciones que nos llegaban desde todas partes del mundo. Encargamos los mejores aparatos, las personas más indicadas para efectuar este trabajo y el mejor vehículo capaz de llevar a cabo este servicio. Todavía procuramos sacar el máximo partido de todo cuanto tenemos a nuestra disposición. Yo no entiendo qué ocurre y tengo la seguridad de que no pretenden que invente excusas.

—Por consiguiente, no haremos más que seguir adelante y publicar las cifras, sin abrir un camino a la esperanza, ¿no es verdad?

Sir Albert dijo estas palabras como si aquella idea lo dejase consternado. Como una de las personas comprometidas firmemente en defender el proyecto desde el principio, estaba en juego su prestigio.

Paúl se cruzó de brazos.

—No puedo hacer más que cumplir con mis obligaciones y tratar de localizar el fallo. Las cifras son exactas y deben mantenerse. Tengo entendido que, dentro de dos semanas, habrá una reunión de dirigentes. Entretanto, les ruego que unan sus oraciones a las mías y que tengan la esperanza de que pueda encontrar una solución.

Sir Albert exhaló un ruidoso suspiro y movió la cabeza asintiendo.

—Está bien, doctor. Vamos a dejar las cosas como están. De nada serviría remover el terreno, puesto que usted ya lo ha hecho.

Y sonrió levemente a Paúl.

—Recuerde tan sólo que sigo teniendo fe en usted y que estoy seguro de que el doctor Towers la tiene también. Pero no basta con la fe. Se necesitan resultados, muchacho. Tráiganos resultados o una respuesta que explique por qué hasta ahora han sido tan decepcionantes.

Al salir del despacho, Paúl se dirigió al teléfono más próximo y llamó a Ernie, quien respondió afirmativamente a su invitación de seguir aquella noche la sesión de la tarde.

Era ya muy entrada la noche y los dos seguían hablando y discutiendo, disecando hasta el límite extremo muchas cosas que habían vivido durante aquellos años y tratando de explicarse, a base de combinar la ironía con el humor, por qué todavía no dominaban el arte de vivir sin dilemas. Los dos ante la posibilidad de verse en la calle, intentaron reducir las tensiones que los agobiaban al nivel de inocuas llamadas a la puerta de su euforia y por lo menos terminaron la noche felices, gracias a la continuidad de su amistad que

mutuamente se prestaban. Aquellas circunstancias en que se encontraban hacían que, juntos, sintieran que podían hacer frente a todo, a todo cuanto pudiera seguir en escena.

15

Edith había pasado una de estas mañanas que ella llamaba fragmentarias. No había concluido ningún trabajo, puesto que había empezado algunos, continuando otros y terminando uno o dos más, iniciados por otras personas. A Edith no le gustaba trabajar de aquella manera. Una operación era algo que a ella le encantaba saborear, porque tenía una continuidad desde el principio al fin, una redondez que estaba en consonancia con su habitual manera de ser. Pero hoy ella no figuraba en el programa de quirófano. En lugar de ello, había tenido que ocuparse de pacientes externos y de unos cuantos casos del departamento.

Había habido algunos momentos interesantes. Un médico de medicina general había enviado a un paciente, provisto de una carta de presentación, para que le examinaran una úlcera bucal que mostraba resistencia al tratamiento. El examen practicado por Edith localizó una extensa úlcera, con los bordes levantados, a lo largo de la parte lateral de la lengua. Edith no abrigaba duda ninguna con respecto a que se trataba de cáncer. Encargó al hombre que volviera dentro de poco tiempo al hospital. Era indudable que lo operaría Madison, lo cual supondría para Edith un placer, ya que pensaba contemplar la operación. Madison tenía un don especial para las afecciones malignas. Otro de los pacientes padecía una afección del conducto biliar, que exigía también operación; Edith tomó nota mentalmente de seguir aquel caso, puesto que le interesaban extraordinariamente aquel tipo de afecciones. También vio a una mujer con un cuerpo extraño alojado en el recto, un niño con un silbato de plástico en el cuello y una abuela que se quejaba de unos bultos en los pechos, que tan pronto aparecían como desaparecían. Por lo menos había variedad, de esto Edith no podía quejarse. Pero lo que realmente la irritaba, dejando aparte la naturaleza incompleta del trabajo diario, era que había terminado el día con el deseo de hacer algo que la apasionase. Por supuesto que no debía ir muy lejos para encontrar el motivo. Ser la adorada de un médico consultor era un factor capaz de inspirar a cualquiera y estaba ya sintiéndose impaciente por demostrar a Henry Madison cómo podía moverse

en un quirófano. No aspiraba a ser su igual, naturalmente, pero sí a ser digna de él y, para conseguirlo, sabía que era indispensable elevarse por encima del nivel corriente del hospital. Podía consolarse diciéndose que sólo era cuestión de tiempo y que llegaría un día en que encontrase la manera de poder subir. Ahora, cada vez que se encontraban, parecía que entre los dos se oía crepitar una corriente eléctrica. Él ahora la miraba de diferente modo, a veces con una añorante súplica en los ojos cuando hablaba con otro cirujano y al mismo tiempo miraba a Edith por encima del hombro de éste. Era un hombre que se hacía querer; Edith se consideraba extremadamente feliz.

Alrededor de media mañana, decidió ir a ver a Paúl. Últimamente las cosas no habían ido demasiado bien; había surgido algo más, aparte de la dificultad acerca de la cual habían hablado últimamente. Edith no prestaba nunca atención a las habladurías del hospital, pero había sorprendido retazos de chismes que entroncaban al doctor Madison con el doctor Avery. Probablemente volvía a tratarse de la ambulancia. Edith prefería mantenerse al margen de aquella pugna. Mister Madison no sabía nada de la relación existente entre ella y Paul; Edith no veía motivos para revelársela. De lo que ella quería estar segura era de no mezclarse en las cuestiones que pudieran afectar a aquellos dos hombres, puesto que no estaría nada bien que abandonara su posición de absoluta neutralidad.

Terminado su trabajo y ya en el coche, camino del piso, se sentía ansiosa de ver a Paúl. Durante algún tiempo habían sido como extraños; sabía que ella tenía la culpa, porque atravesaba períodos largos en que no deseaba que la tocase y sabía que, si estaba sola con Paúl, generalmente el contacto acababa siendo físico. Aquella relación era muy importante para ella y se daba cuenta de que debía aprender a dominar alguna aversión personal en interés de la misma. Hoy tenía deseos de ver a Paúl y no sentía la más mínima revulsión cuando se recordaba a sí misma que el encuentro podía suscitar dificultades. Con ironía pensó que la causa, posiblemente, era que su savia sexual debía estar aumentando.

Ya en casa, la recorrió toda con el aspirador y sacó el polvo de los muebles. Rara vez había nadie en casa, salvo ella, pero le gustaba mantenerla limpia, conservar su vivo fulgor. Todo en el piso era nuevo, no había nada que recordase la preciosa antigüedad de la casa de Henry Madison; era un piso que proclamaba con voz excesivamente audible sus orígenes recientes. Pese a ello, era un sitio agradable. Las grandes ventanas, las paredes claras, la mullida alfombra eran cosas que sólo a ella pertenecían, eran el ambiente que constituía su solaz y la alternativa de su trabajó. Paúl solía decir que aquel

piso le recordaba una lata de sardinas, pero él siempre decía esta clase de cosas. Miró la fotografía de Paúl que tenía sobre su mesa escritorio y le sonrió. Decidió telefonearlo desde allí y en aquel mismo momento.

Cuando Paúl contestó desde el teléfono del departamento de accidentados, había mucho ruido a su alrededor.

—¿He llamado en mal momento, Paúl?

—Acabamos de traer a una pareja de un campo de juegos en una escuela. Están de viaje, montados en ácido. Lo creas o no, están viendo los mismos horrores. A propósito, ¿ocurre algo?

—No ocurre nada. ¡Madre mía! ¿Tiene que ocurrir algo para que te llame?

—Perdona, Edith. Volvía otra vez a la carga.

—No te preocupes. Me estaba preguntando si te gustaría que trajera algo de comida china para cenar juntos. Tienes la noche libre, ¿no es verdad?

Conocía su horario, pero quería convencerse a sí misma de que no pretendía seguirle los pasos. Lo que sucedía simplemente es que a veces le gustaba saber qué estaría haciendo en un determinado momento, por si necesitaba hablar con él.

—Naturalmente, encanto. Estaré en casa desde las siete en adelante.

—¿Qué traigo?

—Trae algo, por supuesto. Yo lo único que tengo es una salchicha.

—¡Paúl! Ya te he dicho otras veces que a mí estas cosas no me hacen ni pizca de gracia.

Era verdad. La obscenidad, cuando hacía referencia a su propia persona o a cualquier práctica relacionada con ella, eran cosas que la repelían. Él le decía aquello porque quería molestarla.

—Traeré algo de pastelería, un poco de tocino ahumado y una ración de arroz. Llegaré aproximadamente a las ocho. ¿Te va?

—Por mí, formidable. Ahora tengo que dejarte, Edith. Uno de los *hippies* ha intentado arrancarse la lengua de un mordisco. Te veré por la noche.

Entró en el dormitorio y se quitó la ropa. La desnudez le hacía sentir incómoda. Buscó la bata y se arrebujó en ella; después entró en el cuarto de baño y abrió el agua de la ducha. Un final feliz para un día de trabajo era siempre una buena ducha caliente.

El método adoptado por Edith para lavarse hubiera sorprendido a mucha gente. Se comportaba como un cirujano, centrando su atención en todos los focos de infección posibles, restregándose como un ama de casa maniática. Había ciertas partes de la anatomía femenina que no se podían liberar completamente de los gérmenes, si bien nada se perdía con intentarlo.

Mientras que la desnudez dentro de los límites de un dormitorio era una cosa que la hacía sentir incómoda siempre, en la ducha su cuerpo se convertía en objeto de su cuidado profesional. Así que hubo terminado de enjabonarse, se apoyó contra la pared, con las rodillas medio dobladas, dejando que el agua la acariciara y se llevara hasta las partículas más macroscópicas que ella pudiera haber olvidado. Finalmente se duchó con un antiséptico diluido y se roció con un producto antibacteriano, inodoro, todo el cuerpo, con un atomizador de cristal. Después se secó con una toalla lo suficientemente blanca para ser estéril y se puso ropa interior limpia.

Colocada frente al espejo del cuarto de baño, se paró un momento a contemplarse. Sostenes blancos y bragas blancas. Al parecer era erótico. Ella no lo veía, pese a sentirse plenamente heterosexual. Los hombres tenían ciertos instintos retorcidos innatos, pensó por un momento. Aunque no todos. Estaba segura de que Henry Madison la hubiera adorado de la misma manera aunque ella hubiera sido deforme.

Se puso unos *panties*, un vestido de lana blanca y botas de color *beige* hasta las rodillas. Las botas eran una concesión que hacía a las ligeras distorsiones de Paul; a ella no le gustaban demasiado, porque la hacían sudar y el sudor era una de las cosas que más detestaba. El olor a sudor, tanto si procedía de un hombre como de una mujer, la ponía enferma. Era muy diferente de los olores del quirófano o del depósito de cadáveres; tenía una connotación sórdida, pecaminosa. Desde niña, había tenido la manía de evitar en ella todo olor corporal y había puesto tanto empeño en ello que había conseguido no producir ningún tipo de olor.

Llegó a casa de Paúl después de las ocho. Este llevaba puestos una camisa de seda y unos tejanos. Edith pensó que parecía un vaquero de opereta. Le tendió la bolsa con la comida y se quedó esperando en la salita mientras Paúl ponía el contenido en los platos. A Edith le gustaba que él se encargase de cosas como aquélla; demostraba, al hacerlas, que todavía conservaba algún resto de amabilidad y de consideración. Cosa que concordaba con su inteligencia y su futuro prometedor.

Consumieron la comida sin entretenerse demasiado y a continuación tomaron café. Paúl apenas dijo nada. Parecía cansado y Edith lo comprendía: toda la labor que hacía en el departamento de accidentados, además de la responsabilidad de la ambulancia. Estaba a punto de preguntarle cómo iba el servicio, pero decidió no hacerlo. El temor de que viniese a los labios el nombre de Henry Madison hacía que evitase cada vez más hablar de cuestiones que de otro modo hubieran surgido naturalmente.

—Hacía tiempo que no estábamos juntos los dos en casa —observó Paúl finalmente—. Comenzaba a preguntarme si volveríamos a estarlo alguna vez. Me gusta, Edith. Es íntimo.

—Perdona, Paúl.

Edith atravesó la habitación y se sentó en un pequeño taburete junto al sillón de Paúl. Dejó descansar la mano sobre la espalda del hombre.

—Supongo que he estado bastante distante. La culpa la tiene el trabajo. Te acapara, te envuelve en sus pliegues. Recuerdas lo que te dije la última vez que cenamos juntos, ¿no es verdad?

—¿Cómo no? Me dijiste que salías con un marinero portugués que te había propuesto que dirigieras su granja avícola.

—¡Por el amor de Dios, Paúl! No sabes ser ni un poco romántico siquiera.

Edith se reía, aunque no le gustaba demasiado que Paúl interrumpiera sus demostraciones afectuosas con una de sus ocurrencias.

—Te dije que no te preocuparas por las tensiones, por el cansancio, por la manera cómo iban las cosas… ¡Oh, no sé! Te prometo que no he cambiado contigo. Lo que pasa es que no poseo la cualidad de ser demostrativa.

—Estás perdonada.

Paúl se inclinó y atrajo la cabeza de Edith hacia la suya y, cuando la tuvo cerca, la besó. Como estaba situada en mala posición, sentada en el taburete, Edith se deslizó de rodillas en el suelo para mantener el contacto de sus bocas. Finalmente se separó y aspiró aire con los labios entreabiertos.

—Se nota que has estado ahorrando —murmuró Edith, encontrando a faltar el brillo que habitualmente veía en sus ojos. Edith se levantó y se sentó sobre las rodillas de Paúl, abandonándose a él, girando la mitad superior del cuerpo para encararlo con el de él. Consideró que Paúl necesitaba algunos mimos. Cuando Edith no estaba en vena, Paúl no se mostraba nunca tozudo ni exigente. No era como los otros hombres que ella había conocido. Ansiosos, irritables, diablos de mentalidad sucia, que tenían más consideración a lo que ella escondía dentro de las bragas que a ella como ser humano, como mujer. Habían sido pocos y de las relaciones mantenidas con todos ellos no había resultado nada satisfactorio. Lo cual había sido muy agradable, porque de otro modo nunca hubiera conocido a su Paúl.

Se abrazaron durante unos minutos; después Paúl comenzó a dar muestras de agitación y apretó la mano sobre el firme montículo de uno de sus senos. Cuando Edith comenzó a notar que la presión en sus muslos iba en aumento, se sonrió y se puso de pie, dejando que él la condujera hasta su dormitorio, como tenía por costumbre.

Paúl, nada cohibido, se despojó de la ropa, mientras Edith se sentaba en la cama e intentaba deshacerse de las prendas de vestir con toda la gracia de que era capaz. Cuando Paúl se hubo desnudado, colocado delante de ella, con el largo miembro apuntando a los pechos de Edith, ésta estaba todavía con la ropa interior puesta. Sintiéndose marcadamente incómoda, Edith se desabrochó los sostenes, los dejó caer sobre el resto de la ropa y se puso de pie; después, haciendo gancho con los pulgares, se despojó de las bragas. Aquella costumbre que tenía Paúl de dejar la luz encendida era un detalle sobre el cual pensaba hablarle más adelante. Edith lo encontraba de mal gusto. Si la cuestión del sexo debía tener más valor que una mera cópula animal, debía satisfacerse en una situación que admitiera Un elemento espiritual. Esto significaba oscuridad. El dormitorio de Paúl estaba más iluminado que su sala de estar. A Edith no le gustaba tener delante la evidencia de la excitación de Paúl, ver proyectadas en las blancas paredes las obscenas sombras de la misma, como odiaba también ver su propia carne en aquellas circunstancias. Mientras Edith se terminaba de librar de las bragas, Paúl la tomó en sus brazos y la llevó delicadamente a la cama. Con suaves movimientos, confundidos en abrazos, se las arreglaron para situarse en el centro del colchón y Paúl comenzó a actuar.

Al llegar a este punto, Edith debía cerrar siempre los ojos. Le hubiera hecho mucho daño, estaba plenamente segura de ello, ver su propio cuerpo y contemplar la cabeza de Paúl entre sus piernas separadas, frotándose contra ella, lamiendo, mordiendo, chupando. El ruido era ya de por sí bastante desagradable. Edith simulaba placer y en realidad en parte lo sentía, pero era un placer marginal que tenía más de prurito, de desazón nerviosa que de placer. Paúl lanzaba gemidos. De pronto Edith se quedó más rígida que un palo al ver que Paúl se daba la vuelta para situar sobre ella la parte inferior de su cuerpo. Mientras la lengua de Paúl seguía hurgando entre sus piernas y Edith notaba sobre ella el peso del hombre, abrió por un instante los ojos para volver a cerrarlos enseguida con todas sus fuerzas. Aquella cosa, rígida y convulsa, iba bajando para llegar hasta su boca. Edith se sentía como en una cámara de tortura medieval, con un péndulo letal suspendido sobre ella que la haría pedazos. Más de una vez se había negado a aquello, pero esta noche sentía que no debía; ya llegaría el día en que haría entender a Paúl lo desagradable de aquella práctica, lo horrible incluso. Pero de momento Paúl merecía una cierta consideración, recordó Edith por un momento. Por ello cogió el pene con la mano y se lo atrajo a los labios, lo acarició con los dedos, se sirvió de la lengua para estimular la punta. Paúl comenzó a gemir ahora

más fuertemente y a dar muestras de querer penetrar la boca de Edith. Esta sintió que su boca era asaltada, que aquel palo rígido se introducía en ella por el paladar y comenzó a demostrar su resistencia. Antes de que pudiera darse cuenta exacta de lo que hacía, presa del pánico asfixiante de la repugnancia, sintiendo que se ahogaba, le dio un mordisco y oyó a Paúl lanzar un rugido. Al instante Paúl salió de ella, mientras Edith abría lentamente los ojos. Paúl estaba de rodillas a su lado, con la mirada atravesándola, el rostro rojo como la grana. Edith notó frío entre las piernas, en aquel lugar donde Paúl había dejado de ejercer su técnica, y el frío fue extendiéndose hasta que sintió que todo su cuerpo temblaba. Se sentía sucia, degradada, avergonzada.

—¿Por qué no afrontas el hecho, Edith? —dijo Paúl con la voz convertida en un murmullo casi inaudible—. Eres más fría que una teta de bruja. Frígida. ¿Por qué te tomas la molestia de humillarte?

—Calla, Paúl…

—¡Es una obscenidad! Sería mejor hacerlo con un cadáver. Por lo menos el asco sólo vendría de un lado. No te gusta, ¿verdad? No te ha gustado nunca. Te deja paralizada. Tienes un coño más muerto que una piedra. ¿Por qué haces comedia, Edith? Ahórrame el esfuerzo, por el amor de Dios.

—Yo no soy frígida, Paúl —dijo Edith con una voz en la que se advertía que iba a romper en llanto—. Lo que pasa es que para mí es difícil disfrutar de ciertas…

—Esto se llama frigidez, doctora. Consulte usted los textos.

—Y tú consúltalos también para saber qué es la etiqueta, la sensibilidad, el respeto.

Edith se dirigía a él a gritos, a través de una cortina de lágrimas que lo distorsionaba todo.

—Yo no soy una prostituta que se encuentra en la esquina de la calle, como las que tú estás acostumbrado a llevar a tu casa. Me tratas como carne.

—¿Ah, sí? —exclamó Paúl, con las mejillas en llamas—. Entonces lo que quieres es que te trate como una señora. Nada de arrumacos, nada de adornos, ¿verdad? Sólo clavarla y nada más.

Paúl puso sus manos sobre los hombros de Edith.

—Pues, encantado de complacerte, Edith. Y quiero ver la cara que pones, nena. Quiero ver algún signo que me diga que no eres la doncella de hielo que yo te considero.

Se colocó sobre ella, apoyando una mano en su hombro y cogiéndose con la otra el pene.

—¡Quieto! ¡No quiero! ¡No lo quiero!

—Pues lo vas a tener. Polla sólo. Sin guarnición.

Paúl se lanzó sobre ella, insertando el miembro erecto por entre los labios de la vulva de Edith, mojados de saliva, introduciéndose en la suave carne del interior y llegando tan lejos en el primer envite que el vello del pubis se enredó con el de Edith. Esta lanzó un bramido y Paúl se hizo atrás, con el rostro deformado por la ira, para volver a embestir y oír la voz de Edith que se quebraba con la sacudida y ver que por entre sus párpados, fuertemente cerrados, asomaban las lágrimas. Paúl también gritó: un grito mitad de rabia, mitad de lascivia, y comenzó a cabalgar sobre ella, con el rostro próximo a sus pechos, levantando sus caderas en el aire para poder penetrarla más. Al acercarse el momento del clímax, Paúl se aplastó sobre Edith y dejó caer todo su peso sobre ella, golpeándola con todo su cuerpo hasta la eyaculación, para después quedarse quieto, con la cabeza sepultada entre la ropa de la cama junto a ella.

Transcurrido un minuto, Paúl comenzó a moverse, se levantó y volvió a ponerse la ropa. Edith permanecía inmóvil entretanto, con un brazo cruzado sobre los ojos. Cuando Paúl se hubo puesto la camisa y los vaqueros, tocó ligeramente a Edith.

—Mejor que te vistas, que tomes un baño o hagas algo, Edith. Es una indecencia quedarse así como estás.

Se encaminó a la cocina y enchufó la cafetera. Después de unos momentos entró en la sala de estar y se puso a escuchar. Edith estaba en el cuarto de baño: la oyó abrir los grifos del agua y revolver el armario donde él guardaba las pastillas de jabón, la pasta de los dientes y el desodorante.

—Ya está volviendo a esterilizarse —murmuró Paúl, regresando a la cocina, donde puso café en polvo en dos tazas. Por el rabillo del ojo vio la pequeña esponja que Edith le había regalado. Todo la mar de simpático, doméstico y agradable. De pronto podía transformarse en algo odioso y detestable.

El café estaba casi frío cuando por fin apareció Edith. Paul le indicó en silencio la taza y ella la cogió, tomó un sorbo y reprimió una mueca.

—Tiene el mismo sabor que el medicamento que mi madre me hacía tomar por la fuerza cuando yo era pequeña —dijo Edith.

Paul la miró, estupefacto casi ante su aspecto.

—Mira, Edith, mejor no enterrar las cosas. Acabamos de vivir juntos una experiencia grotesca. No puedes cogerla y guardarla dentro de un armario y cerrar la puerta. Ha ocurrido, nos ha lastimado a los dos. Vamos a puntualizar las cosas.

A pesar del sabor desagradable del café, Edith tomó otro sorbo.

—Te perdono —dijo a Paúl con voz tranquila.

Paúl se pasó una mano por los labios.

—Tal vez estoy soñando. ¡Que tú me perdonas! Pero ¿es que no hay nada que te penetre?

Paúl extendió el brazo y señaló el dormitorio.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha ocurrido aquí? Te he violado, Edith. Tú me has incitado a hacerlo. Tienes suerte de que no te haya pegado. ¿Tienes alguna idea del efecto que tu… tu escasa afición a la sexualidad tiene sobre mí? ¿Por qué no hablamos de todo esto? ¿Por qué no me dices qué hay de malo en todo esto? Siempre has sido retraída, pero las cosas se están poniendo peor de día en día. Y yo esto no lo puedo aceptar.

—Ya te lo he explicado otras veces…

—Tú nunca me has explicado nada. No me has hablado nunca de tu frialdad ni de tus repugnancias. Nunca me has dicho nada de nada.

Edith encerró la taza de café entre sus dedos y se la puso bajo la barbilla, con aire desorientado.

—Las cosas se arreglarán, Paúl. En estos momentos no estoy demasiado en forma. Me siento incapaz de hacer el amor. El trabajo, la incertidumbre, son muchas las cosas que se van acumulando.

Paúl apoyó la espalda contra el marco de la puerta y colgó los pulgares doblados, de los bolsillos de los vaqueros.

—¿La incertidumbre? ¿Incertidumbre con respecto a qué?

—Con respecto a nosotros, por supuesto. No conozco tus planes.

—Edith, quizá la mitad de tus problemas consistan en que te empeñas siempre en vivir en el futuro. No te contentas nunca con disfrutar del momento presente. Siempre quieres saber cuáles son mis planes para el futuro. ¿No puedes dejar que las cosas sucedan como tienen que suceder, que todo se desarrolle por su propio impulso? ¿O es que temes que yo únicamente vaya contigo para satisfacer mis instintos sexuales?

Los ojos de Edith mostraron que se sentía profundamente ofendida.

—No era preciso que dijeras todo esto.

—Lo siento.

Paúl se apartó de la puerta y se acercó a la muchacha, le puso una mano en el brazo.

—Es un verdadero lío, Edith. Estoy convencido de que me tienes por una especie de pervertido. ¿Qué vida vamos a tener si seguimos de esta manera?

Edith no dijo nada. Como de costumbre, no quería tocar ninguno de sus nervios, puestos al descubierto. Había dos temas que parecían ser tabú para Edith cuando salían a colación: sus problemas sexuales y su hermano. Este era ingeniero, un muchacho de talento, agradable bajo todos los aspectos y, pese a todo ello, las tres veces que Paúl había hablado con él, Edith lo había tratado como una persona de clase inferior. No hablaba nunca de él ni del trabajo a que se dedicaba y Paúl tenía la impresión de que, si había llegado a conocerlo, había sido por pura casualidad.

Paúl lanzó un suspiro y se apartó de Edith.

—Vamos a tratar de hacer como si no hubiera sucedido, Edith. Es evidente que es así como tú quieres que sea. Yo no creo en esta clase de respuestas, pero sé que tú no quieres otra alternativa. Lo siento si te he tratado mal. Soy un poco bruto; estoy hecho así y siempre he sido igual. Vamos a dar tiempo a la herida para que se cure.

Edith se dirigió al recibidor y cogió su abrigo.

—Recuerda, Paúl, que lo que siento por ti está por encima del daño que hayas podido hacerme esta noche.

Ya en la puerta, Paúl la besó rápidamente y se quedó mirándola hasta que ella se metió en el coche. Por debajo de la rigidez que mostraba a los demás, Edith tenía flexibilidad suficiente para resistir los golpes. Paúl sabía que él no poseía tanta ductilidad; No entraba en sus planes convertirse de nuevo en mono velludo y la expectativa de un futuro con Edith encerraba aquella amenaza. En el momento de cerrar la puerta pensó en Mary Scott y sintió una especie de alivio. Quizás, a pesar de sus cuidadosos planes, tendría que volver a edificar su futuro de pies a cabeza. Quizás una esposa inglesa, digna y virtuosa, era un lujo que su capital espiritual no podía costear. Y no iba a negar que ahora le gustaría estar con Mary Scott.

Mientras Edith conducía lentamente camino de su casa, trató en vano de no pensar en lo que acababa de ocurrir. Suponía que Paúl tenía derecho a ciertas explicaciones, de la misma manera que ella tenía derecho a que él tuviera más consideración con ella. Con todo, la consideración no llegaría nunca si ella se comportaba como una idiota muda. Pero, se preguntó, ¿qué podía decirle? ¿Acaso podía espetarle estas palabras?

«Lo siento, Paúl, pero la mecánica de la sexualidad me repele y siempre será así poco más o menos y, además, ahora me siento todavía menos inclinada a someterme a un comportamiento brutal desde que me siento unida a Henry Madison por una hermosa relación espiritual…».

¿Es que podía decirle realmente una cosa como aquélla? ¿Cómo podía pensar que, después, seguiría gozando de su respeto, de su atención siquiera?

Cerca ya de su casi, comenzó a tararear una cancioncilla. No tenía ganas de cantar, pero sabía que aquello apartaba sus pensamientos de los trances difíciles. Había una circunstancia en la que se servía de aquel recurso: cuando sus pensamientos sobre su hermano Ted entraban en escena llegaba el momento de ponerse a tararear una cancioncilla para volver a la normalidad.

Henry conducía siempre muy lentamente. Después de cumplidos los cincuenta, hay ciertos niveles de coordinación que no actúan ya con tanta eficacia y él conocía demasiado bien los resultados de una conducción descuidada. En el hospital el día había sido completo y, en la invasora tristeza de su insularidad profesional se había abierto camino un rayo de sol. En el segundo correo había llegado una carta de *sir* Thomas Quilley, escrita de su puño y letra. ¿Se dignaría Henry Madison asistir a una pequeña velada, que se celebraría dentro de una semana en Londres?, le preguntaba *sir* Thomas. Con aquella reunión el eminente neurocirujano pensaba celebrar su inminente retirada de las actividades médicas y, puesto que Henry en otro tiempo había sido un valioso colega suyo, había pensado que tal vez se dignaría asistir a la fiesta en recuerdo de los viejos tiempos. Henry no había oído una palabra de Quilley desde hacía diez años y se resistía a aceptar la posibilidad de que el gran hombre lo considerase un provinciano más. La carta no podía llegar en mejor momento. Ahora, cuando había tantas puertas que se le cerraban, era reconfortante encontrar una que se le abría sin que él acudiera a ella. Por supuesto que asistiría. Había ya escrito la contestación aceptando la invitación.

Westfield, de noche, era un lugar temible. Mientras conducía lentamente a lo largo de la calle principal, observaba a grupos de jóvenes —y también apersonas de más edad que hubieran debido mostrarse más avisadas— deambulando por las aceras, llamándose entre sí, enzarzándose en fingidas peleas y comportándose, en términos generales, de aquella manera que había forzado a acuñar la palabra chusma. Al llegar a un semáforo, se paró y se quedó mirando a un hombre que parecía obligar a una mujer a entrar en su coche. La mujer se resistía, aunque con una gazmoñería vulgar que hizo estremecer a Henry. Por lo general la gente no merecía los beneficios que recibía. Se ofrecía educación a manos llenas al populacho, que no se preocupaba en valorar las cosas buenas. Henry había detectado siempre un

resabio de la jungla en los hombres y mujeres que volvían la espalda a todo lo bello que se les otorgaba en herencia. Henry estaba pensando que, si él tuviera el tiempo de que disponían ellos, le gustaría llenarse de literatura, de música, visitaría los teatros, las salas de conciertos, los museos, se empaparía de aquellos bienes espirituales que provienen del cultivo de las artes. Por supuesto que no hubiera querido ser nunca un diletante. Las artes podían ser el campo más mortífero para una mente indisciplinada. Era preciso primero educarse en las ciencias y procurarse unos sólidos conocimientos en este terreno. Entonces uno se encontraba equipado con un sólido armazón en que la apreciación artística hacía las veces de manto glorioso. Pero toda aquella plebe, aquel rebaño que estaba al otro lado del parabrisas de su coche, iban tras el caos. ¿Había sido Oseas quien lo había dicho? «Porque han sembrado vientos, cosecharán la tempestad». Para Henry no era de lamentar que hubiera algunos cuya autoridad prevalecía sobre los otros. El concepto era de su gusto, porque le consolaba saber que él formaba parte de aquel bando de la humanidad que se mantenía aparte. Pese a todo, era lícito desaprobar, era algo que formaba parte de la superioridad social.

Mientras se alejaba del cruce, observó un letrero luminoso con las palabras ROCKLAND DISCO, cuyas letras estaban hechas a base de bombillas amarillas, rojas y verdes. Era un letrero que atraía los ojos, lo que hizo reflexionar a Henry sobre la posibilidad de que un conductor se distrajera con el anuncio. Un coche podía perder fácilmente el control si el conductor volvía la cabeza para fijarse en aquel deslumbrante letrero. De pronto, el pie de Henry tocó instintivamente el pedal del freno. Delante del local, tres jóvenes se metían en un coche y Henry hubiera jurado que uno de ellos era una chica y que ésta era Katie. Mientras seguía mirando el trío, Henry pensó que era ridículo, al tiempo que se esforzaba en ver el rostro de la muchacha. Henry había parado el coche y se encontraba a menos de tres metros del grupo. La muchacha se irguió un momento: se reía al tiempo que empujaba a uno de sus compañeros al interior del coche y en este momento el corazón de Henry comenzó a batir dolorosamente contra sus costillas. ¡Era Katie!

Aguardó a que el coche se pusiera en marcha y comenzó a seguirlo a prudente distancia, tratando todo el tiempo de aquietar las conflictivas impresiones que enturbiaban sus pensamientos. ¿Cómo era posible que Katie se encontrase en compañía de aquella clase de gente? La memoria le presentó el cuadro que ofrecían los otros dos: uno era un hombre vestido con ropa sucia, un tipo de largas melenas y aquel aspecto basto y estúpido que caracteriza a los haraganes que merodean por las esquinas. El otro iba vestido

con lo que, a juzgar por la rápida mirada que le había dirigido Henry, le parecía un traje de terciopelo oscuro. También llevaba el cabello largo, largo y enmarañado; distintivo evidente del desorden que tipificaba aquella chusma. Y Katie llevaba aquel vestido corto con respecto al cual Henry había protestado débilmente ante su esposa. No había la más mínima duda de que se trataba de Katie, pero verla en aquel ambiente y aquella compañía era para él algo tan negativo, como sorprender a un médico operar sin guantes: algo sin precedentes, una cosa insólita. Mientras mantenía el coche cerca del otro, trató de impedir cualquier especulación al respecto. En toda investigación, tanto quirúrgica como social, lo primero que había que hacer era reunir datos para, después, pasar a sacar las conclusiones oportunas.

El coche dobló y se metió en una callejuela más tranquila. Pasaron junto a hombres grises, vestidos con impermeables manchados y gorros de tela, pasaron junto a niños que hubieran debido estar acostados desde hacía muchas horas y que eran llevados en brazos o a rastras por padres desabridos y pasaron junto a casas que hablaban con excesiva elocuencia de toda la monotonía y la falta de ambición que habían guardado entre sus paredes generaciones enteras. Por fin el coche se paró junto a un bloque de pisos baratos y pésimamente construidos. Henry se arrimó al bordillo y se paró detrás del coche, a unos metros de distancia, para poder observar. El muchacho que vestía el traje de terciopelo saltó del coche y saludó a los de dentro con la mano al tiempo que cerraba la puerta del coche de un golpe. Este volvió a arrancar y Henry observó que ahora la velocidad había aumentado notablemente, como si hubiera surgido la urgencia. Solos Katie y aquel golfo. Apenas podía creerlo; hubiera sido para él un gran alivio descubrir que la muchacha no era Katie. Hubiera preferido aceptar que veía visiones, hubiera sido menos doloroso que soportar la realidad de que su amada sobrina iba en un coche acompañada de un vago como aquél.

El coche se alejó por una carretera que conducía fuera de la ciudad, a través de la zona fabril y en dirección a los campos que rodeaban Westfield. Era una noche clara, brillaba la luna y, al pasar por aquellos caminos, se veían Con toda nitidez los detalles de la maquinaria agrícola y las vallas que cercaban los campos. De repente Henry advirtió que se encendían las luces de los frenos del otro coche y por un momento se sintió indeciso, pero enseguida reaccionó y volvió a poner el pie en el acelerador y abandonó el seguimiento del coche, mientras éste giraba y enfilaba un camino ciego, estrecho y profundo. Sintiendo el latir de la sangre siguió adelante un minuto más, para después dar la vuelta en redondo y deshacer el camino a veinte kilómetros por

hora. Las luces del coche de Henry iluminaron el otro coche, estacionado sobre la hierba. Lo rebasó y se detuvo en el desvío siguiente, con todo el silencio que le fue posible.

Pisando con mucha cautela y ciñéndose al borde de la hierba, Henry se encontró junto al otro coche antes de lo que esperaba; se agachó para esconderse entre el follaje. Retuvo el aliento para no ser oído y fue arrastrándose hasta encontrarse al lado mismo del vehículo. Al primer momento no oyó nada, como tampoco vio ninguna luz dentro del coche, pero al poco rato oyó una risa bronca y distinguió la voz de Katie, que le llegaba rasgando la oscuridad, fina y gimoteante. Las manos de Henry actuaron como movidas por un resorte y abrieron bruscamente la puerta, inundando de luz el interior del coche. El hombre estaba de rodillas, acurrucado en el exiguo espacio entre los asientos y tenía la cabeza hundida en el regazo de Katie. Tomándose un espacio de tiempo que parecía larguísimo, en un movimiento horriblemente lento, se levantó la cabeza grasienta y la confusión y la cólera pasaron a ocupar el instante de sorpresa mientras las manos de Katie se movían rápidas, aunque en un movimiento que la mirada estupefacta de Henry pudo analizar en todos sus detalles, para bajarse la falda.

—¡Sal de aquí! ¡Sal de ahí inmediatamente!

Henry dio un paso atrás, esperando que Katie obedeciera la orden.

—¿Quién cojones…?

—¡Usted cállese! Y tú, Katie, sal enseguida de ahí dentro.

El hombre salió primero, con las manos moviéndose delante de él, con unos dedos que eran como ganchos. Al poner los pies en el suelo, se encorvó y arremetió con la cabeza hacia el pecho de Henry, enviándolo contra una lata que contenía grava. El borde del recipiente le dio un golpe en las costillas y Henry aspiró aire penosamente mientras sentía el dolor extenderse por el pecho y la columna vertebral.

—Maldito viejo…

El hombre cogió a Henry por el delantero del abrigo y le arrancó un botón, mientras al mismo tiempo tiraba de él hacia adelante y le propinaba dos puñetazos en la boca. Henry sintió mareo, inseguro ya de si seguía en pie o se había desplomado. Podía oír los alaridos que profería Katie por encima del espantoso silbido que sonaba en sus oídos; la mano que levantó para defenderse fue poseída por un dolor intensísimo cuando el otro hombre hundió los dientes en la carne de la parte lateral de la misma. Oyendo sus propios gritos confundidos con aquella insoportable algarabía, Henry sintió que comenzaba a hundirse y que el suelo subía hacia él hasta chocar contra

sus rodillas. Notó que le daban puntapiés en la barbilla, en el estómago, en el costado. Quiso ponerse de rodillas, pero la imagen iluminada del coche empezó a moverse y, como si estuviera sobre un pivote, giró y, por espacio de un segundo quizá, la tierra le rozó la mejilla. Después todo volvió a la calma, salvo el ruido que sentía en la cabeza.

Tal vez habían transcurrido unos minutos, tal vez sólo unos segundos; la voz de Katie atravesó el silencio, marcando la pauta de un sonido familiar sobre la niebla densa y nauseosa. El hombre también estaba hablando, discutían, después la voz de él pareció sonar más insegura y volvió a establecerse el silencio, hasta que el ruido del motor hendió el aire y en la oscuridad de Henry penetró el olor del monóxido de carbono. El ruido del motor se atenuó y unas manos cálidas lo incorporaron, lo apoyaron en la lata de grava. Aquel cambio de postura produjo un cambio en su respiración; sus oídos empezaron a captar con más nitidez los sonidos y unos aguijonazos de dolor se pusieron a recorrer con ritmo sus espaldas, sus piernas, su abdomen. A los pocos minutos, notó frío y advirtió la forma agazapada de Katie claramente visible, agachada sobre él, secándole el rostro, acariciándole la mejilla.

Llegó la conciencia completa con una oleada de malestar, dolor y sensación de ultraje. Henry levantó los ojos hacia Katie y extendió un brazo hacia ella.

—Ayúdame a levantarme.

Henry, inseguro, se puso de pie, sabiendo que tenía sangre en la boca, y hundió los dedos en el hombro de Katie.

—Tengo el coche en la carretera.

Echaron a andar, lo que provocó ciertos dolores más y la repetición de aquel ruido rítmico dentro de la cabeza, pero ahora Henry había ya dejado atrás la inconsciencia; se sentía alerta e indignado.

Katie se sentó muy cerca de la puerta, mientras Henry ocupaba su puesto detrás del volante. La chica permanecía hosca y en silencio y se mantuvo así durante todo el trayecto, largo y difícil, hasta casa. Ya en su calle, Henry abandonó su costumbre de dejar el coche estacionado a un lado y, en lugar de ello, lo situó delante mismo de los escalones frontales. Amy, alertada por aquel cambio de costumbre, estaba en la ventana antes aún de que Henry hubiera cerrado la puerta.

Ya en el vestíbulo, la consternada mujer no cesaba de mirar tan pronto a Katie como a su esposo, enmudecida por la sorpresa. En todos los años que conocía a Henry éste no había aparecido nunca en su presencia más que de

acuerdo con una total pulcritud. Ahora lo veía ante ella con el abrigo roto, cubierto de polvo, con la mano bañada en sangre, el cabello enmarañado y con una magulladura que teñía su mejilla de un insólito color. Parecía haberse peleado con alguien, cosa tan extraña como su mismo aspecto. Katie también iba desgreñada. Llevaba las rodillas sucias y en sus mejillas las lágrimas habían dibujado un rastro.

Henry se dirigió a Katie y la agarró por el codo con la mano herida.

—Ve al salón. Y quédate allí.

La muchacha obedeció al tiempo que trataba de eludir la mirada de su tía.

—¿Qué ha sucedido?

Las manos de Amy no paraban de retorcerse y sus dedos se movían como si estuviera rezando el rosario.

Henry levantó una mano como para atajar la posible oleada de preguntas.

—Dentro de unos minutos te lo explicaré todo. Trae de nuestro dormitorio el maletín pequeño de urgencia y déjalo en el cuarto de baño. Prepárame la ropa de noche.

Sin añadir palabra Henry atravesó el vestíbulo, se sacó el abrigo, moviéndose en rígidas sacudidas, y lo colgó de una percha. Entró después en su estudio, donde se sirvió una gran copa de coñac, la bebió y se dirigió al cuarto de baño. Por el camino encontró a Amy, quien volvió a preguntarle qué había sucedido.

—Todo a su debido tiempo —le contestó.

Del estuche de cuero flexible y arrollado para quedar del tamaño de un simple billetero, Henry sacó una jeringa de inyecciones y una aguja, esterilizadas dentro de su envoltorio, así como una ampolla pequeña de vacuna antitetánica. Rasgándose la camisa, se restregó el brazo y se inyectó la vacuna. A continuación se desnudó completamente y se puso de pie en el plato de la ducha. Abrió el agua fría, se quedó inmóvil debajo del chorro por espacio de un minuto largo y, después, gradualmente fue abriendo el agua caliente y se enjabonó. Terminada la ducha, se secó, y observó las magulladuras de su cuerpo, que comenzaban a aparecer. Después se cubrió la herida que tenía en la mano y observó su rostro en el espejo. Sólo tenía un golpe visible, pero notaba el interior de la boca despellejado y la piel de la barbilla tensa y muy dolorida cuando la movía. El atacante llevaba botas de suela de goma, de goma espuma en opinión de Henry, y hasta sus mismos puñetazos le parecían como acolchados. Realmente, el daño había sido mínimo considerando la violencia del ataque. Si el hombre hubiera sido un jugador de *rugby* o hubiera tenido algún conocimiento técnico de la lucha,

Henry consideró que los resultados hubieran sido muy otros. Sin embargo, como los seres inferiores se denunciaban en todo, aquel bruto había puesto en juego un máximo de esfuerzo para obtener un efecto mínimo.

En el dormitorio, se puso el pijama, la bata y las zapatillas, se peinó meticulosamente y bajó la escalera. Amy lo aguardaba en el vestíbulo, con las manos enlazadas. Henry le indicó con la mano la puerta de la sala de estar y Amy entró delante de él. Cerró la puerta sin hacer ruido y pasó sobre la alfombra que había delante de la chimenea con los ojos clavados en Katie, la cual estaba de pie junto a la pared opuesta, mirando fijamente un cuadro en el que aparecía una serpiente rendida por un fornido caballero.

—Siéntate, Amy. Debo decirte algo desagradable. Katie, acércate y ponte donde tu tía pueda verte.

Katie intentó un arranque de desafío, pero sus impulsos carecían de fuerza y cruzó la habitación para quedarse de pie al lado del largo sofá.

—Parece que hemos dado alimento, cobijo y educación, por no hablar además de cariño y protección, a una persona que no merece otro tratamiento que el que suele dispensarse a los reclusos de una institución penitenciaria.

Henry calló mientras Amy porfiaba por asimilar toda aquella sarta de sorpresas, cada vez más desconcertantes. Los ojos de Amy dudaban, como los de una persona que está a punto de contemplar algo que sabe será desagradable.

—Nuestra sobrina, que aquí ves, ha pasado la velada en compañía de una persona que únicamente puedo describir como indeseable. En el momento en que los he interrumpido, estaban ocupados en un acto de disipación carnal que entra en el campo de la violación de las leyes. Según creía, esta muchacha estaba saliendo regularmente por las noches con una compañera de su edad, una compañera cuya familia conocemos. Esto es lo que yo sabía. Pero parece que es una especie de prostituta declarada que no ha hecho más que engañarnos de la manera más monstruosa. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—Tú no lo entiendes —respondió Katie sin ambages, mirando a Amy, no a Henry—. Tú haces lo que siempre me has dicho que ya no hiciera. Presumes demasiado.

—¿Ah, sí? ¿No crees que la experiencia que tengo de la vida, el conocimiento que tengo de la gente, no juegan para nada en la presunción que yo pueda tener? ¿Me equivoco quizás al pensar que el hombre que me ha atacado esta noche no es sino un salvaje, un matón, un insensato hijo del arroyo cuyo sitio debería estar detrás de unas rejas? ¿O en esto también estoy

equivocado? ¿Voy a dejar que su aspecto sucio, su lenguaje obsceno y su conducta animal me cieguen hasta el extremo de considerarlo un caballero, una persona educada y sensible?

—Tú no lo entiendes. No puedes entenderlo.

Katie seguía sosteniendo la mirada de su tía, tratando de mostrar cierta firmeza en la barbilla proyectada hacia adelante, pero perdiéndola al hablar con voz temblorosa.

—No necesito experimentar ciertas cosas para juzgarlas. Adivino exactamente el olor que despide la corrupción. Tal vez tú podrías darnos una descripción más gráfica, dada tu experiencia activa en la cuestión.

La voz de Henry se quebró al pronunciar la última palabra y dio un paso adelante, acercándose más a su mujer. De pronto perdía el control, una oleada de indignación, reprimida hasta ahora, se desbordaba sobre él.

—El estómago me da un vuelco cuando pienso en lo que estabas haciendo. Me has deshonrado a mí, has deshonrado a tu tía y has deshonrado el recuerdo de tus padres. Ya nunca más volveré a mirarte sin pensar en lo que hacías y quién eres.

Exhaló un suspiro estremecido y las manos, que colgaban a ambos lados de su cuerpo, se cerraron en puños.

—¡Eres basura!

—¡Basta ya!

Katie se cubrió los oídos con las manos y apretó con fuerza los ojos, cediendo a un sollozo interminable, desplomándose sobre el sofá y sepultando el rostro entre los blandos almohadones.

Henry volvió el rostro hacia su esposa. Esta estaba muy pálida, muda y parecía que de un momento a otro también rompería a llorar.

—Amy, de ahora en adelante esta niña no irá sola a ninguna parte por la noche. Se quedará en casa y, si tiene que salir, lo hará en tu compañía o en la de un adulto responsable. La trato con blandura. A no ser por la publicidad que daríamos al suceso, emprendería la acción contra su agresivo amigo. Me ha insultado, me ha pegado, me ha expuesto al escándalo. ¡Buen pago por todo cuanto hemos hecho por ti! Encárgate de que tome un baño antes de acostarse. Sólo Dios sabe en qué depravación ha caído.

Aquella misma noche, ya tarde, sentado a solas en su estudio, con un libro abierto sobre las rodillas, la segunda oleada de indignación hizo presa de él. El cansancio que le invadía, el dolor de su cuerpo, el esfuerzo por mantener los simples derechos que le correspondían por su autoridad, todo ello unido al conocimiento tan reciente de la traición de Katie, atrajo un suspiro a sus

labios que acabó convirtiéndose en un gemido, íntimo y angustiado. Sintió en lo hondo de la garganta que subía otro sollozo y de pronto se encontró llorando, cosa en la que no había caído desde la infancia. Apretando un pañuelo en la boca, lloró y se sintió vencido ante aquella agonía de tantas traiciones, ante cada mano que contra él se levantaba en cada esquina. El precio de mantenerse fiel a sus principios era mucho más alto que cuanto hubiera pensado nunca; la traición de la gente lo tocaba más de cerca que cuanto hubiera creído nunca. No había lugar en el mundo donde pudiera girarse de espaldas, seguro de que iban a respetar su autoridad. Siempre tenía que estar defendiéndose y aquel esfuerzo, en aquel momento, le resultaba excesivo.

Las lágrimas, al cesar, dejaron en él un vacío. Tanto trabajo, tantos años de lealtad a unos ideales para llegar a aquello, para encontrar las semillas del caos dentro de su propia casa. Sus pensamientos se apartaron de Katie; ésta había salido de su corazón y el espacio que había dejado estaba desierto, una herida que no curaría jamás. Era poco el consuelo. Amy era constante, pero su tipo de freno contrarrestaba cuanto Henry había padecido. Quizás era mayor fortuna que Edith Roberts estuviera allí donde se encontraban sus seguridades, que fuera como un faro refulgente en medio de tanta oscuridad. Aquella joven y cuanto representaba podía consolarlo y contribuir a que él siguiera librando aquella guerra que tenía emprendida contra los demás, los lobos que acechaban en su puerta. Pero de momento, hecho pedazos, totalmente roto, se sentía incapaz de defenderse, de confiar en nada. Todo cuanto quería ahora era dormir.

16

La sala de autopsias, contigua al depósito de cadáveres, diseñada para mirar un paisaje de suaves lomas que se extendía detrás del hospital general de Westfield, era la habitación mejor iluminada que Paúl había visto en su vida. Además de las abundantes luces cenitales de tubo, estaban las lámparas de trabajo, proyectadas sobre las dos mesas de porcelana y las lámparas direccionales, bajas, situadas sobre los bloques de disección y las piletas adosadas a las paredes. Para contemplar el exterior era preciso subirse a un taburete y atisbar por la parte superior, transparente, de las ventanas, esfuerzo recomendado únicamente a los estudiantes, para quienes el curioso propósito de aquella sala suponía un exceso a veces difícil de soportar.

Aquella mañana, en uno de los departamentos del hospital, había muerto un hombre ya entrado en años de la manera pacífica y digna a la que aspiran secretamente la mayoría de los seres humanos. A las once, cinco minutos después de la llegada de Paúl, el cadáver se encontraba sobre la mesa más próxima a la puerta. Tenía la cabeza levantada, apoyada en un bloque de madera en forma de L y los ojos del muerto estaban abiertos, en convincente imitación de sorpresa ante los límites a que la ciencia proyectaba llegar para determinar las causas de su muerte. Se había practicado una larga incisión exactamente debajo de la laringe, que bajaba por el medio del cuerpo, rodeaba el ombligo y proseguía hasta el pubis. Se había replegado la carne a ambos lados y se habían aserrado, formando un triángulo, el esternón y la parte frontal de las costillas, a fin de dejar al descubierto los oscuros tejidos de los pulmones y el corazón que se encontraba debajo. Se había separado el estómago, atado por ambos extremos, con objeto de analizar su contenido, puesto que se sospechaba que el anciano caballero había querido precipitar su muerte. En los hospitales, el acaparamiento puede tener desastrosos efectos. Un paciente que finja tomar su medicamento, pero que en realidad esconda secretamente las píldoras y cápsulas debajo de la lengua, puede reunir una fatal colección que le sirva, cuando las nubes enturbien su razón, para despacharlo de este mundo pacífica y felizmente. En interés de la exactitud y

del tácito deseo del patólogo de arrancar a la muerte su *mister*io, iba a practicarse un concienzudo examen prácticamente de todos los órganos. Para ello se desmenuzarían los órganos y la pulpa blanda e informe resultante volvería después a colocarse en la cavidad abdominal, donde se recubriría con papel de periódico para evitar que rezumara, y volvería a cerrarse el cuerpo con hilo duro. En el caso del cerebro, que una vez examinado se transformaba en una especie de limo, realmente no había manera de volverlo a colocar dentro de la cabeza abierta. La materia gris se juntaría, en cambio, con las restantes partes del abdomen, y los riñones, que siempre conservaban una cierta rigidez, serían envueltos en papel de periódico humedecido, que sería moldeado más o menos para encajar dentro del cráneo. La cabeza, una vez cerrada, volvería a tener un peso próximo al original, con lo que se evitaría la engorrosa cuestión de un cráneo hueco saltando dentro del ataúd. Paúl no había encontrado nunca desagradables los procedimientos que seguían a las autopsias, si bien le chocaban por lo que de primitivo tenían.

El patólogo jefe, Peter Lawrence, enfocaba su labor de una manera práctica y a ras de tierra. Normalmente, cuando se dedicaba a desmontar un cadáver, se ponía a silbar y, si lucía el sol, cantaba incluso. Hoy había llamado a Paul a la sala de disección porque las prisas que exigía su trabajo le impedían acudir al departamento de accidentados.

—Estaré contigo dentro de unos minutos, Paúl.

Con un larguísimo cuchillo separaba los pulmones del muerto de los ligamentos que los mantenían adheridos al cuerpo.

—No esperaba dedicarme a éste tan pronto. Si después te dejas caer por aquí, verás un magnífico ejemplar. Murió anoche en el departamento de psiquiatría. Se tragó quince clavos. Y después, para asegurarse de que conseguiría su propósito, se revolcó por el suelo.

—No creo que tenga tiempo sobrado… a Dios gracias.

Paul daba chupadas a un cigarrillo, cosa que hacía siempre cuando se encontraba en la sala de autopsias. Algunos de los excepcionales olores que despedían los intestinos abiertos persistían a veces durante largo tiempo. Nunca podría olvidar que, por espacio de muchos años, el olor a huevos duros le recordaría el del gas que se desprende del intestino delgado, que en cierta ocasión se vio obligado a examinar.

—Te agradezco mucho que te hayas tomado tantas molestias, Peter. Seguramente me tendrás por un chiflado.

Lawrence levantó los ojos castaños y se quedó mirando a Paúl con gran sorpresa.

—¿Yo? ¿Cómo voy a figurarme que nadie pueda estar chiflado? No se pueden tener esta clase de opiniones cuando se hacen trabajos como éste, ¿sabes? El día que mi mujer comprendió por fin lo que yo hacía exactamente para ganarme la vida, estuvo varios días sin dirigirme la palabra. Todas las peculiaridades son relativas, Paúl. Ahí dentro, tú eres relativamente normal.

Una vez separados los pulmones del resto del cuerpo, Lawrence los dejó en una cesta de alambre junto a la pileta más próxima, donde un técnico, una chica por más señas, demasiado bonita para hacer aquella clase de trabajo, inició la disección con enérgicas incisiones, practicadas con un cuchillo de hoja ancha.

—Bien Paúl, vamos al laboratorio.

Camino del laboratorio pasaron junto a dos bloques de examen, sumamente pequeños, donde Paúl advirtió el minúsculo cuerpecillo de un niño, enroscado sobre una bandeja esmaltada.

—Asfixia éste de aquí —observó Lawrence, moviendo la cabeza—. Inhalación de vómitos regurgitados. Si tuviera una libra por cada uno que me toca examinar…

Mientras Paúl echaba una última mirada a los restos del niño volvió a reanudar ciertas consideraciones que databan de muy antiguo. Las muertes en la cuna. Junto con el interés que despertara en él la labor en el campo de las urgencias, Paúl había alimentado una antigua curiosidad en relación con los niños que mueren mientras duermen. Tenía varias teorías al respecto y, de haberse considerado emocionalmente apto para ser pediatra, hubiera insistido en ellas. Los niños no deben tener almohada —ésta era cosa sabida—, pero Paúl sabía además que algunos niños dejan de respirar durante el sueño y que, si una leve palmada puede hacer que recuperen la respiración, sin un estímulo externo son incapaces de recuperarse. Las posibilidades que estas circunstancias brindaban al estudio y a la investigación, tanto como la promesa de unos resultados sorprendentes, habían llegado a atraer tanto a Paúl que hubo un tiempo en que había considerado seriamente la posibilidad de convertir la dedicación a los niños en su especialidad médica de no haber intervenido el factor emocional. Una vida dedicada a niños inocentes, aquejados de diferentes enfermedades, hubiera acabado con él. Levantó los hombros y siguió a Lawrence hasta el laboratorio, donde imperaba el orden y el olor a alcohol.

De un cajón del escritorio el patólogo sacó un grueso montón de papeles, que tendió a Paúl.

—Esto es lo que tú me has pedido. Todos murieron al poco tiempo de ser traídos al hospital en tu ambulancia. En aquellos casos en que había peculiaridades, he añadido la nota correspondiente en la cubierta de cada historial. Pero recuerda una cosa —y levantó un dedo en señal de advertencia, todavía blanco de talco, debido al guante que acababa de sacarse—, en todos los casos que he examinado había cosas extrañas, factores sin explicación. No empieces a levantar castillos de arena cuando creas haber dado con algo espectacular. Tomemos, por ejemplo, el caso que nos trajiste del tipo que sufrió heridas diversas al derrumbársele un árbol encima. La prueba que se le hizo en sangre demostraba un nivel elevado de fenobarbital, aparte de algo más que no supimos identificar. Bueno pues, cuando examinamos su estómago, no encontramos ni rastro de la droga. Era lógico que, con la concentración que presentaba, tuviera el estómago lleno o que por lo menos hubiera restos evidentes. En cambio, nada. Esto, de momento, me sorprendió, pero éstas son las sorpresas que siempre procuro combatir. Hay muchos factores que no tienen explicación, Paúl. Mira, si tú hicieras de forense y tuvieras una sospecha concreta que pudiera hacerte pensar que el cadáver presentaba la clave de un delito, entonces la investigación estaría justificada. Podían haberle inyectado la droga. Se ha matado a gente por este procedimiento. Pero yo me encuentro metido en la averiguación de las causas de la muerte en la gran mayoría de los casos. Las ramificaciones secundarias que puedan presentar estos casos se salen de mi cometido, a menos que aparezca algo muy flagrante. De disponer de tiempo y de los medios financieros precisos, podríamos tratar de descubrir por qué motivo a veces el cuadro se presenta tan distorsionado. Tal como están las cosas, me contento con aceptar las anomalías como una faceta más de este rico tapiz que es la vida.

Paúl había fruncido el ceño.

—¿Qué pasaría si yo quisiera iniciar una investigación de ciertos casos que no me parecen claros?

—Probablemente no conseguirías nada. ¿Qué ibas a hacer? En este tipo de investigaciones, tendrías que partir de una sospecha ajena al cadáver en sí. Yo no me puedo poner la mano en el pecho y afirmar que en este hospital no se ha matado nunca a nadie. Los errores pueden producirse siempre. Tú lo sabes perfectamente. Dejar aparte los errores para distinguirlos de los actos criminales deliberados o de los actos de negligencia punibles es cosa difícil. No he tenido que verme nunca en la necesidad de pensar que se mata a la gente, de una manera deliberada o por negligencia. Un fallecimiento es un

fallecimiento y una razón es una razón. Más allá de aquí, me siento inoperante. Ahora bien, si una persona que goza de autoridad viene y me dice: «Mira, tengo la sospecha de que la enfermera Thingamajig se carga a los pacientes para divertirse», entonces yo dispongo de un motivo legítimo, una razón para dejar de pensar que las cosas que parecen inexplicables son algo más que fenómenos naturales. Yo sospecho que tú andas buscando negligencias o procedimientos indebidos. Si encuentras alguno, te costará mucho tiempo demostrar tu tesis partiendo de los informes de las autopsias. Tienes que partir de un malo de verdad, de un ser de tres dimensiones, no puedes fabricarlo a partir de los resultados de distracciones o de errores.

Lawrence se cruzó de brazos y sonrió.

—Recuerda que en medicina se goza de un campo de acción muy amplio en lo tocante a quitar la vida del paciente. Forma parte del juego.

De hecho, Paúl no esperaba que le dijeran otra cosa. La profesión médica, pese a todos los medios de salvaguarda que poseía y a los atentos cuidados que prestaba al enfermo, es lógico que dispusiera de unas posibilidades de talla humana en lo tocante a falibilidad. No había nadie que supiese, hasta después que lo había inyectado, si un determinado medicamento iba a ayudar o a perjudicar a un nuevo paciente. Hasta los mejores compuestos, los que más vidas habían salvado, habían matado a ciertos pacientes. La suerte era algo que estaba en cada esquina, pero lo que él pretendía era fijarse la obligación de marcar una distinción entre el azar natural y el accidente evitable. Todavía no quería permitirse pensar abiertamente que andaba buscando el sabotaje deliberado.

—De todos modos, gracias por los papeles. Tengo que establecer mi propio caso y lo mejor que puedo hacer es no demorarme demasiado. Muy pronto va a celebrarse una reunión de dirección y, si el servicio de socorro debe sobrevivir, es preciso que presente algo positivo.

—Lo entiendo perfectamente y espero que te saldrás con la tuya. Si mi opinión puede servir de algo, te diré que yo creo que estás atravesando una racha de mala suerte. De todos modos, el comité que maneja el dinero no presta atención a esta clase de razones. Lo que quiere son hechos y cifras.

Mientras se dirigían a la puerta, Lawrence preguntó a Paúl si tenía la plena seguridad de que el equipo con que contaba estaba a la altura.

—En esto me juego lo que sea —le aseguró Paúl—, pero voy a decirte una cosa. Si la moral continúa decayendo, comenzarán a dar muestras de descuido. A mi gente les gusta su trabajo y no les complace lo más mínimo la idea de renunciar a él. No es fácil trabajar como trabajan para ver que no sirve

absolutamente de nada. Se supone que estamos realizando una importante contribución al campo de la salvación de vidas humanas. Hasta aquí, parece como si el hecho de salvar a la gente obedeciera tan sólo al azar.

Aquel mismo día, más tarde, Paúl dedicó tres horas completas a la cuidadosa lectura de las notas de Lawrence. Los informes de sus autopsias estaban meticulosamente preparados y, en aquellos casos en los que emitía algún juicio, solía acompañarlo de uno o dos pequeños croquis que contribuían a clarificar su punto de vista. Transcurridas las dos primeras horas, Paúl había aislado cuatro casos, aparte de los otros seis que él ya consideraba extraños, como dignos de más detallado examen.

En las notas previas al examen, cada caso iba acompañado de anotaciones muy reveladoras. Desde el punto de vista de la aportación de material, era una suerte que Peter Lawrence diera siempre un breve resumen de los hechos que habían conducido a la muerte del sujeto. En la primera de las historias se decía que, antes de proceder a la intervención quirúrgica proyectada, se había producido un gran retraso debido a que el aparato de rayos X estaba estropeado. Una breve nota, que Paúl tuvo que examinar durante un largo rato antes de poder leer, explicaba que la causa del contratiempo era la contaminación con fijador del líquido empleado para el revelado. Cualquiera que tuviese unos conocimientos del proceso de la fotografía, por superficiales que fueran, sabría que dicha contaminación tenía que ser muy considerable para estropear una placa. ¿Era un accidente? De ser éste el caso, ¿cómo podía ser que un accidente tan importante, el paso de una buena cantidad de líquido de un recipiente a otro, pasara inadvertida hasta el momento de revelar las películas? Paúl tomó nota de este interrogante en el bloc donde anotaba todo lo referente a esta investigación. El retraso en la obtención de una buena radiografía había tenido como resultado la muerte de un paciente. Quizá no fuera un caso para un enfoque demasiado enardecido por parte de Paúl ni éste creía tampoco que le ayudara mucho en su posición de defensor de la ambulancia, pero de momento era algo.

El segundo informe era espeluznante. Paúl lo leyó dos o tres veces para reproducir el cuadro.

«Se trata del cadáver de un niño. Es evidente que ha sufrido múltiples heridas graves y en él aparece la huella de una intervención quirúrgica reciente».

Paúl recordó el caso. El niño había irrumpido en la carretera para recuperar la pelota con que estaba jugando y había sido atropellado por un sedán, que había proyectado su cuerpo por encima de una cerca lanzándolo a

un solar donde había un montón de cascotes, ladrillos rotos y restos de maderos astillados. Era un niño de nueve años, que hacía tres semanas había sido dado de alta del hospital después de una operación de extirpación del apéndice. Los detalles de aquel caso se agravaban con el dolor de la madre, que acababa de perder a su marido. Aquél era su único hijo. Había conducido velozmente el niño al hospital y, en ruta, Ellen Haxton había estado trabajando como un demonio, colocando férulas y vendajes, mientras Paúl se encargaba de despejar las vías respiratorias y de administrar oxígeno a la maltrecha respiración. Era un niño muy guapo, recordaba Paúl, y aunque esto no hubiera debido ser motivo de ninguna diferencia en el ambiente de la ambulancia, el hecho es que la provocaba. Se tenía la sospecha de que existiera una seria lesión craneal, además de las otras heridas. Ya en el hospital, habían conducido inmediatamente el niño al quirófano para que se le prestara la inmediata atención que aquel tipo de caso requería. En el curso del día agitado que había seguido al accidente, Paúl había sabido, como única explicación, que el niño había muerto.

«Tras examen y disección superficial, se han encontrado las siguientes cosas:

»La cabeza aparecía afeitada, con ocho incisiones quirúrgicas, que correspondían a ocho perforaciones. Más arriba del occipucio se veía un amplio impacto que se extendía por el cráneo. Se detectaban restos de quemaduras y la presencia de tejido cerebral alrededor del perímetro de una de las perforaciones».

Pero ahora venía lo horrible del caso. Las trepanaciones del cráneo se habían hecho con un trépano eléctrico, a fin de aligerar la presión sobre el cerebro inflamado. Pero se había producido una avería, quizá la rotación excesiva del trépano, y el cerebro del muchacho había resultado cauterizado y se había amalgamado con los bordes de uno de los agujeros practicados en el trépano.

El informe, tan detallado como desapasionado, proseguía la descripción con detalle. Se observaban magulladuras en todo el cuerpo, en los párpados, en la región lumbar, brazos y piernas. Había abrasiones en el abdomen y la tibia y peroné derechos habían sufrido una fractura compuesta.

A pesar de que Lawrence podía adivinar dónde estaba la causa de la muerte, proseguía el examen científico a buen paso.

«SISTEMA CARDIOVASCULAR:

»El corazón estaba casi vacío. El miocardio estaba muy pálido. No aparecían pruebas de lesión en las válvulas del corazón, músculos, venas

coronarias ni grandes vasos sanguíneos.

»ABDOMEN:

»Estaba distendido. Presentaba una gran hemorragia retro peritoneal que se extendía desde el diafragma hasta la fosa ilíaca. La hemorragia parecía surgir de una ruptura de la arteria renal izquierda».

Paul pensó que la pelvis había escapado milagrosamente de la fractura y el bazo presentaba tan sólo un pequeño desgarrón. El estómago e intestinos estaban normales, al igual que el páncreas y glándulas supra-renales.

«CRÁNEO Y CEREBRO:

»No había fractura de cráneo. El cerebro estaba inflamado, blando y cianótico. Aparecía acribillado de hemorragias petequiales. Resultaba lesionada una parte del lóbulo frontal derecho, posiblemente debido a fricción, y dos tercios del perímetro del desgarro estaban firmemente adheridos a los bordes socarrados de la perforación que conducía a aquella región».

Paúl se sentía enfermo. Podía verlo, veía al encargado de quirófano aplicar el trépano, abrir la cabeza para aligerar el espacio a aquel cerebro que estaba inflamándose y de pronto, al proceder a hacer el octavo agujero, aparecía una avería en el trépano y se ponía a girar como un loco (por una razón, o por muchas razones) y de aquella cabecita, bastante maltratada ya, comenzaba a salir humo. Los desastres que surgen en situaciones clínicamente controladas son siempre más odiosos que los que se producen a merced del azar en las careras.

«CONCLUSIÓN:

»Parece que el difunto se había visto alcanzado por un vehículo que circulaba a gran velocidad, resultando del hecho graves heridas en la cabeza y abdomen. Posiblemente habían surgido otros traumas debido al desgarro y quemaduras accidentales producidas por el trépano quirúrgico al intentar aliviar la presión del cerebro.

»CAUSA DE LA MUERTE:

»Herida en la cabeza y ruptura traumática de la arteria renal izquierda».

Resultaba significativo que Peter Lawrence pusiera en primer lugar la herida de la cabeza, como concediendo la responsabilidad primordial de la muerte del niño a aquella zona particular. Si no se hubiera producido el accidente del trépano, probablemente el paciente hubiera contado con escasas probabilidades de supervivencia. Sin embargo, aquella avería instrumental no hubiera tenido que suceder. Paúl incorporó una breve nota al bloc donde tenía todo lo relativo a aquella investigación.

El tercer caso presentaba una nueva avería como factor que podía contribuir a la muerte del paciente. En las breves notas que Lawrence aportaba como preliminar, decía que el desfibrilador parecía ser esta vez el causante. En primer lugar se había producido un retraso en la localización de uno de los tampones, lo cual resultaba curioso de por sí y después, una vez encontrado, la máquina no había funcionado. El corazón del paciente tembló un momento y éste murió sin que fuera posible recurrir a ningún otro tratamiento de emergencia.

El cuarto caso guardaba relación con los resultados obtenidos en una mujer que había muerto en la antesala del quirófano. En el examen de la autopsia, se había considerado causa de la muerte una embolia pulmonar. En una nota adicional, sujeta con un clip en la cubierta de la carpeta, Peter Lawrence expresaba su sorpresa. La embolia era muy extensa y nada tenía que ver con el grado alcanzado por las heridas de la mujer.

Después estaban aquellos otros seis casos que, en ninguna circunstancia, hubieran debido acabar con la muerte. Las notas que el patólogo había añadido en relación con estos casos eran más largas que en los demás. Había muchísimas cosas que aquel hombre no entendía: por ejemplo, por qué motivo un hombre aquejado de fracturas compuestas en ambas piernas debía morir repentinamente, cuando hasta aquel momento último había estado despierto y relativamente de buen humor. La causa era paro cardíaco, pero el motivo de aquel paro constituía un *mister*io. Había otros *mister*ios que rodeaban el fallecimiento de un hombre que, al parecer, había fabricado una herida desconocida hasta aquel momento al ingresar en el hospital, una lesión fatal en una arteria del codo, que había pasado inadvertida mientras se encontraba bajo los efectos de un calmante en la sala de curas, a la espera de ser atendido de heridas superficiales que no merecían un tratamiento urgente. En las notas redactadas en el lugar del accidente no se hacía ninguna mención de aquella herida letal, notas que el propio Paul Avery había pasado a máquina. Todo parecía envuelto en *mister*io: estaba perfilándose un cuadro de oscura fuerza que iba invadiendo el hospital y que infligía insólitas heridas y lesiones tremendas a personas que, ni a ojos del más experimentado de los médicos, hubieran tenido que morir de la manera que murieron. Por supuesto que había muchos casos que no habían presentado esperanzas desde el primer momento. Sin embargo, eran casos que no contaban realmente, que no hubieran tenido que añadir ningún rasgo que viniera a empeorar las estadísticas del servicio de socorro. Los que podían hacerle daño eran aquellos otros, aquella lista de casos raros. Paúl llenó el bloc de notas con las

adivinaciones a medias que se le iban ocurriendo, tratando de llegar a un punto de vista que mostrara algún factor común. El único que había localizado hasta aquel momento era el retraso; en la mayoría de casos en que se había dado la muerte inesperada, se había producido algún retraso. Retraso y, a veces, algún accidente. A pesar de la sorpresa que causaba aquella lectura, todavía no se perfilaba nada claro. Aún no se había llegado a conclusiones capaces de hacer pasar un comité al bando de Paúl.

Paúl fue interrumpido por una llamada urgente del comunicador. Al acudir junto a la ambulancia, encontró de pie al lado de la misma a Ferdie, Bill y Mary Scott.

—Se trata de un intento de suicidio —le dijo Mary—. Parece que es un hampón.

Sin más pérdida de tiempo, se trasladaron rápidamente a la dirección facilitada por la policía. Como de costumbre, los detalles no eran demasiado claros (Paúl decidió que aquél era un punto a aclarar y enseguida se le ocurrió pensar si eran cosas como aquélla las que producían tantos contratiempos); sin embargo, las hemorragias suponen siempre un problema y ellos contaban con varios litros de sangre del tipo 0-negativo a bordo de la ambulancia. Para llamar la ambulancia, un agente de la policía debía estar razonablemente seguro de que había una vida en juego. Era frecuente que la ambulancia tuviera que atender un accidente en que se encontraban involucradas cuatro personas con heridas de escasa importancia y una con heridas de consideración. Era una cuestión que no contaba, las cifras no tenían importancia. Bastaba que hubiera una vida en peligro para poner el equipo en la carretera. Un paciente que se estaba desangrando, sobre todo como consecuencia de un intento de suicidio, era algo que indefectiblemente ponía los pies de Ferdie en contacto con el suelo del coche. De niño había asimilado multitud de historias, que había contado a los demás en diversas ocasiones, y que eran capaces de hacer estremecer a cualquiera. Creía a pies juntillas que el suicidio significaba una vida después de la vida llena de continuo sufrimiento. Como era un hombre caritativo, no quería que aquél fuera el lote que correspondiese a nadie. A los cinco minutos se encontraban delante de la casa.

El escenario del interior de la misma recordaba una película de *gangster* a todo color. El paciente, un hombre, estaba desnudo, tendido en el suelo del cuarto de baño, con la cabeza y los hombros nadando en un charco de sangre, salpicado de grumos. Todo el *linoleum* estaba lleno de huellas de sangre, rosadas por los lugares más alejados y aproximándose al escarlata en el lugar

donde el hombre se había derrumbado cuando la policía lo había sacado de la bañera. Ferdie, que estaba de pie detrás de sus compañeros, de pronto se dio media vuelta y comenzó a respirar ruidosamente. Bill, que todavía no había visto al paciente, lo agarró por el brazo:

—¿Qué te sucede?

Ferdie tenía los ojos desencajados, fijos en alguna visión, las manos descansando en el pasamanos.

—Se ha rebanado los huevos.

Los dos agentes, con las ropas manchadas de sangre, salieron de la habitación mientras Paul y Mary Scott se arrodillaban al lado del hombre que gemía en el suelo. Paúl le levantó delicadamente una pierna y contempló aquella carnicería. Las cuerdas espermáticas colgaban de los restos del escroto y de aquel manojo mutilado de venas y conductos manaba sangre incesantemente, en un latido constante. El hombre presentaba diversos cortes en los muslos; cuando finalmente había conseguido cortarse los testículos, se había visto obligado a tirar de la bolsa del escroto, como se veía por el corte dentado del tejido que cubría el corte liso y más limpio.

Paúl miró la bañera. Dentro había aproximadamente medio litro de sangre y en el suelo, un litro más. Era difícil determinar la totalidad de sangre que había perdido y probablemente habría que modificar la estimación cuando levantaran al hombre. Se adivinaba fácilmente que gran parte de la hemorragia se había producido al sacarlo de la bañera.

—Lo encontró el casero —explicó uno de los agentes—. Lo había oído gritar.

Paúl asintió con la cabeza.

—Hemos de atajar la hemorragia, Mary.

Mary ya se había anticipado. Había sacado de la bolsa dos pequeños clamps arteriales, que estaba extrayendo de sus envoltorios estériles. Paúl colocó al hombre boca arriba y a tientas buscó uno de los orificios de salida por el que rezumaba la sangre. El hombre lanzó un bramido y abrió los ojos. Paúl oyó que Mary, a su lado, exhalaba un profundo suspiro.

—¿Qué pasa?

—Mírale la cara —murmuró con un hilo de voz—. ¿No lo recuerdas?

Paúl se fijó en la cicatriz que recorría la mejilla del hombre. Era aquel que habían recogido en el choque donde había muerto su amante, casada; el mismo a quien había agredido el marido encolerizado.

El procedimiento era difícil para Paúl y torturante para el paciente. Se colocaron clamps en todos los cabos sueltos que fue posible localizar y,

después, un apósito estéril sobre la herida. Con una sangre fría que obligó a uno de los agentes a rechinar audiblemente los dientes, Mary cogió un trozo de gasa entre los dedos y recogió los órganos amputados de aquella masa de sangre, que comenzaba a coagularse en la bañera. A los diez minutos de haber llegado, tenía el hombre colocado en una camilla y tres minutos más tarde se encontraba en la ambulancia, preparado para recibir sangre.

En el viaje de regreso, Paúl pasó el tiempo observando de continuo aquel rostro torturado, acordándose de aquella noche en que el hombre había recibido aquella espantosa cicatriz que tenía en la mejilla. ¿Hasta dónde iba la penitencia antes de que el pecador pasara a convertirse en víctima? Sólo él sabía el infierno por el que había pasado. Había perdido a su compañera en circunstancias de lo más dramático, pero que provocarían la risa de cualquiera que hubiera escuchado la narración de la historia. A continuación había sufrido una herida; después había pasado semanas enteras de dolor y remordimiento, depresión y pesadumbre. En él debía haber crecido el arrepentimiento hasta alcanzar un nivel terrible para obligarlo a cometer el acto que acababa de realizar. Paúl pensó que precisamente aquel hombre iba a vivir. Esta clase de siniestras tragedias sociales acostumbran a salir adelante, rara vez dejan tras de sí cabos por atar. Los recuerdos de aquel hombre se irían atenuando salvo uno: aquel penosísimo drama de lo que había perdido, de su remordimiento y del terrible castigo que él mismo se había impuesto. Un chiste más para correr de boca en boca entre los vecinos. Ojalá que hubieran podido atisbar aquel cuadro o experimentar la décima parte del dolor físico que sentía aquel hombre o la centésima parte de la angustia espiritual que suponía aquel suceso para él. Por lo general la gente no responde demasiado a la tragedia si hay en ella algún resquicio para la carcajada. En otras ocasiones Paúl había oído a hombres bromear sobre el tipo de heridas como la que sufría este desgraciado; sin embargo, si las hubieran visto desde el lado subjetivo, no hubieran podido dormir durante una semana. Había un viejo refrán que lo decía todo: Si los peces pudiesen gritar, no habría pescadores.

Mientras enfilaban el empinado camino que conducía al departamento de accidentados Paúl pensó que el aspecto más siniestro de aquel asunto era que un acto de aquella naturaleza no podía sino causar efectos bienhechores sobre los demás. Incluso él mismo, pese a todo cuanto pudiera pensar, se sentía mejor frente a sus problemas. Aquel paciente estaba condenado a una vida espantosa, llena de arrepentimiento y de infelicidad; comparadas con ella,

¿qué eran las dificultades con que pudiera tropezar un médico y su ambulancia?

17

HABÍA transcurrido casi una semana desde que Henry Madison tuviera aquella conversación con Katie. Cuando estaban los dos en casa, él la ignoraba por completo y, en cierta ocasión en que ella le había preguntado algo, se había comportado como si no hubiera oído nada. La rechazaba de plano. Katie entendía que su tío la hubiera puesto de patitas en la calle de haber tenido ella una edad en que tal decisión cayera dentro de los límites de lo permisible. Tal como estaban las cosas, probablemente la única cosa que impedía a Madison recluirla en una institución apropiada era —como él mismo había indicado— el temor a una publicidad adversa. Visto desde un ángulo ligeramente diferente, la única cosa que mantenía el tejado familiar sobre la cabeza de Katie era el orgullo de su tío.

Katie había optado por la pasividad. Su tía no le había hecho ninguna pregunta sobre lo ocurrido la terrible semana anterior. En aquel aspecto las cosas eran casi normales. Tía Amy seguía sirviéndole el desayuno y la cena como de costumbre, le planchaba la ropa y se ocupaba de ella como se ocuparía una madre, demostrándole la misma afabilidad de siempre. Probablemente no demostraba ninguna curiosidad por lo ocurrido en aquella noche lamentable porque no quería que hubiera nada que se interfiriese en el amor que sentía por Katie. Había argumentaciones que abogaban en favor de aquella ignorancia de los hechos. Era obvio, además, que tía Amy desaprobaba la forma en que su marido trataba a Katie. Era de esta clase de personas incapaces de disculpar el rigor ejercido con una adolescente, cualquiera que fuese la falta que hubiera cometido. Katie, en realidad, no se consideraba una adolescente; con todo, apreciaba aquel apoyo tácito que le prestaba su tía.

Encontraba a faltar terriblemente a Andy. Este se había dejado ver en la escuela, atisbando y merodeando por la puerta trasera. Katie le había explicado con prisas y por encima cómo estaban las cosas y él había admitido la posibilidad de una larga separación o cuando menos había dado muestras de aceptarla. Andy le había hecho llegar varias notas a través de un canal

secundario de amistades, que llegaron a Katie con su prosa dura e inarticulada para hacerle patente sus ansias y su tristeza. Eran cosas que ella atesoraría y que en cierto modo la confortaban. Sin embargo, él había despertado en Katie una desazón, que alimentaba con su abandono y que únicamente podía colmarse con su presencia. El día en que tío Henry tuvo que ir a Londres para asistir a la recepción, Katie decidió que iría a ver a su hombre.

Tía Amy al principio quiso resistirse. Sentada en la cocina, con un cuenco de patatas en el regazo, las iba pelando con aire ausente mientras su sobrina hacía un alarde de sus dotes de actriz.

—Tío Henry no me ha dado oportunidad de excusarme —se quejaba.

Vestida con una severa falda gris y una chaqueta de punto igualmente gris daba la impresión de una muchacha agobiada cuyo caso merece ser escuchado. Se había recogido el cabello en un moño en la nuca, lo que venía a sumarse a su aire recatado y tenía plena confianza en que la dimensión de sus zalemas, reforzadas con su aire totalmente neutro, surtirían efecto.

—No ocurrió nada, nada en absoluto. Aquel chico apenas lo conozco y entre nosotros dos no hay nada en absoluto. Tío Henry se lo imaginó todo. Yo no hacía otra cosa que prestar un favor a una amiga… ¡Oh, tía Amy! No quiero hablar más de este asunto. ¿No estás viendo que te digo la verdad? Anna está hecha pedazos, no voy nunca a verla y se figura que lo hago adrede. En la escuela me busca constantemente, insiste en que le cuente toda la verdad. ¿Qué puedo hacer?

Se desplomó en un taburete y clavó la mirada en el suelo.

—Ahora tiene la gripe y ni siquiera puedo ir a verla. No está bien. La verdad es que tío Henry es cruel conmigo. A mí no me importa hacer lo que me ha mandado, pero me parece que por una vez… ¿No crees que por una vez puedo ir a ver a una amiga?

—Ya sabes lo que me tiene dicho.

Amy hizo una pausa y señaló con el cuchillo la puerta de la cocina.

—Debo impedir que cruces esta puerta sin saber a dónde vas. A mí me parece que lo mejor es hacer lo que pide tío Henry. Sé que a veces se pone difícil y admito que esta vez ha mostrado un gran rigor. Pero te pido que mires las cosas desde su punto de vista. ¡Recibió una paliza! No quiero saber los detalles, pero vi las pruebas con mis propios ojos y sé cuánto dolor, cuánto sufrimiento ha tenido que soportar estos últimos días. Lo has contrariado terriblemente y pienso que, de momento, deberías hacer lo que te ha pedido.

Bajó la cabeza y volvió a su trabajo. Katie dejó que el silencio creciera entre las dos, que fuera edificándose todo un muro de tensión.

—Tía Amy, tú sabes que todo lo que te digo es verdad pero ¿te figuras que soy capaz de engañarte deliberadamente, de perjudicarte en algo?

Era una pregunta clave, puesto que estaba tramando una mentira y planteaba algo que, de haberse conocido, podía hacerle mucho daño.

—Lo único que pretendo es ir a ver a Anna. Esto es todo. Tío Henry no está en casa. No se enterará. Y tanto a mí como a Anna nos hará mucho bien.

Respiró profundamente.

—Es malo tener que quedarse en casa, pero saber que Anna está en cama, que está pensando Dios sabe qué cosas…

Probablemente el cambio se produjo en este punto. El quehacer de tía Amy adquiría una extraña dimensión: una de las patatas que estaba mondando había quedado reducida a una especie de canica y todavía seguía trabajando con ella. Katie suponía que, para tía Amy, aquello equivalía a morderse las uñas. Se quedó, pues, esperando a ver qué ocurría.

—Muy bien.

La voz de Amy era dubitativa, pese a mostrar aquiescencia.

—De todos modos, te pido por favor que no digas nada. Tío Henry no me lo perdonaría nunca. Y no vuelvas tarde.

No había transcurrido media hora y Katie estaba ya arreglada, ligerísimamente maquillada y dispuesta a salir. El maquillaje era algo a lo que su tía había condescendido también, puesto que parecía que todas las jóvenes lo usaban y ella no veía qué podía tener de malo. Y lo mismo podía decirse de la osada ropa interior que Katie insistía en ponerse. Un signo más de los tiempos. Ya en la cocina, Katie dio un beso cariñoso en la fláccida mejilla de Amy y le prometió no regresar tarde.

Así que hubo salido, Amy terminó de preparar la verdura y cubrió los cuencos con papel de estaño. Amy era una mujer realista en las cuestiones de tipo doméstico y solía preparar la comida el día anterior, dándose así un margen de tiempo para cualquier visita inesperada o para cualquier reajuste en el horario de las comidas que Henry pudiera imponer. Ordenó la cocina y consultó el programa de la televisión en el periódico. Le quedaba una hora antes de que dieran nada que valiera la pena mirar. Tenía tiempo para recorrer la casa con la gamuza del polvo y con el aspirador.

Mientras se movía de un lado a otro por su hermosa casa, pulcramente limpia, estuvo pensando en Katie, trató de recordar qué sentimientos la embargaban cuando tenía su edad. Había tenido una infancia agradable, una época llena de sol, de calor, de seguridad. Katie, por su parte, hasta ahora no había vivido nunca una vida así. Aquella niña había soportado muy bien su

orfandad, sin demostrar ninguna de las dificultades que se supone padecen los adolescentes que no tienen padres. Era una muchacha ponderada, de carácter dócil, reflexiva y, en ocasiones, dotada de un sentido del humor sumamente reconfortante. Realmente, era una bendición de muchacha. Si no la hubiera tenido en casa, Amy hubiera envejecido mucho más aprisa. Así era como lo veía.

La mano de Amy comenzó a moverse en monótono círculo, mientras quitaba el polvo de una mesa del vestíbulo y seguía dando vueltas a sus pensamientos en torno a su propia soledad. Si Katie se veía obligada a hacer frente a un aislamiento como el suyo —y a juzgar por su edad y por sus circunstancias aquél iba a ser el lote que le correspondería—, merecía todas las simpatías. Amy era la sirvienta, ni más ni menos, de un hombre que le demostraba el mínimo afecto y que le dedicaba un mínimo de tiempo. Esto, unido a la rutinaria existencia de una vida en una casa capaz para diez personas, convertía su persona en la de un ser verdaderamente solitario. Cinco años atrás había pasado por una fase de resentimiento, había decidido ser más egoísta, correr alguna aventura, salir, hacer cosas. Pero aquella manera de hacer de Henry, rutinaria e inflexible, aquella total asunción de la propia autoridad, la habían devuelto a su antigua actividad hecha de servicio y silencio. No dudaba de que su marido la quería, pero en él había desaparecido toda capacidad para la demostración de afecto, como había desaparecido también su sentido del humor, cuando, unos cuantos años atrás, su dignidad había comenzado a pesar para él más que ninguna otra cosa.

Amy pensaba que ella era tan sólo un trofeo que él había ganado un día y que, como los demás, había ido a parar a un pedestal donde no hacía falta otra cosa que sacar el polvo de vez en cuando…, el equivalente de lo cual en este caso era algún esporádico ramo de flores o la rara asistencia a un concierto. Era evidente que no podía hacerse ya nada para remediar la situación. Tal vez por esto llevaba a casa a la joven cirujana: para compensar aquella deficiencia. Amy no veía nada en contra. Lo que ella encontraba inexcusable era el tratamiento que había dado a la pobre Katie, cualesquiera que fueran los hechos ocurridos aquella noche y por muy terribles que fueran. Aquella niña no merecía que nadie la tratara como un perro callejero.

Amy se acercó a la ventana y miró a la calle. Era de noche. Cualesquiera que fueran los peligros que allá fuera acechaban a las muchachas, seguramente los riesgos eran preferibles a las amargas y predecibles certidumbres de su propia existencia. Si Katie aprovechaba las ocasiones en secreto, las merecía por el hecho de ser mujer. Ella ahora, con todos los

caminos cerrados, capaz únicamente de representar un papel de lo más secundario después de apearse de la gran promesa que había supuesto su matrimonio, sabía en lo más profundo de su corazón que lo único que la impulsaba a continuar era el amor que sentía por Henry… aquel amor y la satisfacción que le producía Katie. Con aire ausente, pasó el paño por el panel de vidrio de la ventana, contemplando al mismo tiempo el reflejo de su rostro, todavía liso, aquel pone de mujer de mediana edad, tan poco aferrado a la realidad. Cualesquiera que fueran los riesgos que pudiera correr Katie, lo único que esperaba su tía es que alguna cosa buena derivara de ellos. Ojalá que ella hubiera sabido correrlos cuando había tenido ocasión.

Andy quedó atónito al verla. Esto era evidente. Más difícil hubiera sido decir si le había complacido su visita. El ruido que reinaba en la discoteca hacía difícil hablar y Katie tuvo que esperar a que él tuviera unos minutos de descanso para que pudiera escucharla en el bar que había en la parte trasera del local, donde reinaba algo más de tranquilidad.

—Ha costado bastante —dijo Katie—. Pero ya estoy aquí. Te he traído un regalo.

Le dio el llavero que había comprado para él hacía unos cuantos días. Tenía un disco de metal con una calavera y unos huesos cruzados, grabados sobre esmalte verde.

A Andy pareció gustarle. Le dio un pellizco en la mejilla.

—Ha sido una sorpresa, ¿verdad?

No había pasado un minuto a su lado y Katie comprendía ya que había algo que no funcionaba. Lo cogió del brazo, se lo oprimió y le sonrió cariñosamente, tratando de disipar aquella tirantez que parecía reinar entre los dos.

—Estos días he leído tantas veces tus cartas que casi las he gastado.

Él le devolvió la sonrisa, tratando de no mirarla, acariciando el llavero.

—Hacía tanto tiempo…

No había sido más que una semana, pero los dos habían hablado muchas veces de interminables separaciones, aun cuando no cubrieran más que lapsos de veinticuatro horas.

De pronto se le ocurrió pensar a Katie que tal vez él se sentía incómodo por lo ocurrido la última vez que se habían visto.

—Tú ya sabes, Andy, que el único que me preocupaba aquel día eras tú, ¿verdad Andy? Mi tío no es más que un viejo estúpido. Siento mucho todo lo ocurrido.

—¡Claro, claro!

Andy puso cara de afrontar la situación y se retiró hacia la pared.

—Esto ya me lo dijiste. Olvídalo ya.

—¿A qué hora sales? Esta noche no puedo quedarme hasta muy tarde.

—Pues… hoy va a ser un poco difícil.

Andy lanzó una mirada a la pista de baile, una mirada casi furtiva. Katie se esforzó en acallar aquella minúscula sospecha que ya comenzaba a roerla.

—Ya comprenderás que yo no sabía que fueses a venir, ¿comprendes? Y he prometido a un compañero que iría a su casa cuando terminase de aquí…

—¿Y no puedes aplazarlo para otro día?

Katie sabía ahora que él estaba pensando en otra cosa, que no le decía la verdad, que había algo muy próximo que lo tenía absorbido.

—Es una cosa un poco especial, ¿no es verdad?

Andy se encogió de hombros y volvió a mirar hacia la puerta, sólo una fracción de segundo. Seguía sin mirar a Katie. Está estaba descubriendo que la mitad del poder de aquel hombre, aquella cualidad mesmérica que tenía para ella, residía en sus ojos. Cuando evitaba sus ojos, era mucho menos impresionante y sus defectos parecían acentuarse por contraste. Observaba ahora, como había observado otras veces, que los cabellos del muchacho no se curvaban en un suave bucle hacia adentro, como en la mayoría de muchachos que llevaban cabellos largos, sino que se proyectaban hacia afuera, dando una impresión de descuido, de suciedad. Esto le hubiera importado muy poco si Andy hubiera fijado en ella sus hermosos ojos, si el hombre que había en él se hubiera manifestado para proyectarse en ella, para caldearla.

—Es una lástima, nena…

—Tienes a alguien esperándote, ¿no es así?

—¿De qué me estás hablando?

Y ahora sí que levantó los ojos, duros, como a la defensiva.

—¿Qué quieres decir?

Katie miró para la puerta y a través del movimiento general pudo ver una figura estática, sorbiendo pensativamente con una caña el contenido de una lata de refresco. Era una muchacha mayor que Katie e iba ataviada de una manera muy esquemática. Llevaba un atuendo que era una parodia de un traje de gimnasia. Aquello acabó de confirmar sus sospechas. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba? Katie pensó que debía hacer bastante tiempo, puesto que la muchacha llevaba el tipo de ropa que a Andy más le gustaba.

—¿Es ella?

Y Katie indicó con el dedo a la chica. Andy volvió a encogerse de hombros, sin mirar.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

El muchacho se irguió, con aire enfático, como si Katie le hubiera tocado en lo más vivo.

—No me hables, como si yo fuera de tu propiedad, nena.

Y se echó el cabello para atrás por un lado de la cara, contemplando con cautela la gente que los rodeaba.

—¿Te figuras que soy un santo? ¿Te crees que vivo de una idea? Que yo supiera, estabas encerrada en casa, estarías encerrada mucho tiempo. Yo necesito una persona viva, una persona que esté a mi lado.

Hizo con la cabeza un movimiento brusco en dirección a la otra habitación.

—Por lo tanto, la chica me espera. Quizá no sea gran cosa, Katie. Pero está a mi disposición. Es un ser humano. Yo necesito un ser humano, no el recuerdo de una persona encerrada en algún sitio detrás de una puerta.

Katie se sentía perdida. Sin Andy como ancla a la que poder agarrarse, aquel lugar le parecía un sitio extraño. Aquella ira que de pronto la había invadido, se desvaneció de repente también. Es a mí a quien quiere, pensó; se esforzaba en decírselo, en creerlo. Las demás chicas no eran sino una válvula de escape, meros sucedáneos.

—¿De veras que me prefieres a mí? Dímelo, Andy. Te lo pido por favor.

El muchacho asintió vivamente con la cabeza.

—¡Claro! Tú lo sabes. Sabes lo que hay entre nosotros, sabes cómo me trastornas cuando estamos juntos los dos. Pero no puedo empezar a vivir como un monje, ¿comprendes?

El espacio entre el temor de perderlo y la desesperación por aferrarse a él era, como suele ser, casi imperceptible. Por un momento Katie se encontró fuera de aquella situación, juzgándola a distancia, y se contempló a sí misma con aquel decoro impuesto a la fuerza por la vida de familia situado a un extremo y vio a Andy en el extremo opuesto de un largo túnel, rodeado por las luces rutilantes y las aterciopeladas sombras de la vida que él le había enseñado a disfrutar, a apetecer. Existía el peligro de que el túnel se cerrase. Katie se acercó un poco más a Andy, lo invadió con su perfume, con su presencia de muchacha limpia y atractiva.

—Si comenzara a volver a salir contigo regularmente, ¿podría arreglarse? ¿De veras que no me has dejado?

No te des nunca a un hombre. Katie lo había oído, lo había leído en las revistas para muchachas, lo había escuchado por televisión como lección que convenía aprender. Desde el punto de vista académico el consejo tenía mucho mérito, pero en una situación como aquélla, era como un pulpo en un garaje. Era un momento de desesperación, donde no contaban para nada las sutilezas de la precaución ni la necesidad de salvaguardar la mística femenina.

Andy la miró intensamente, reviviendo recuerdos de intimidad, aterrándola con la posibilidad de que aquello fuera el delgado filo de una cuña que podía dejar cerrada la puerta para siempre. Entonces él asintió con la cabeza y Katie sintió que subía en ella una oleada de gratitud que le humedecía los ojos.

—Pero ¿cómo vas a salir? Me dijiste que tu tío…

—Esto no importa. Yo sé qué es lo más importante.

—Puede ser peligroso…

Andy soltó la advertencia con la evidente intención de escuchar de labios de Katie algún plan sólido que respaldase lo que para ella era su más ferviente deseo.

—Te doy mi palabra. Todo se arreglará. Y hay más. Voy a conseguir más tabletas y más cosas. Todavía me queda dinero y muchas otras cosas. Puedo conseguir lo que quiera. Todo lo que yo pueda tener será para ti. Así es como están las cosas y yo quiero que sigan así, Andy.

El efecto que aquello produjo en el ego de Andy se hizo perfectamente visible. En el tira y afloja de las relaciones hombre-mujer un hombre como Andy no hubiera podido esperar nunca, en época normal, encontrar otra cosa mejor que aquella escoria que seguía esperando en la sala de al lado. Y aun en este caso, le hubiera sido preciso luchar contra una cierta gazmoñería, aquella corteza reseca de feminidad que tenían hasta las peores. Sin embargo, ahí estaba Katie Madison: clase, belleza, una muñeca con un potencial para hacer lo que quisiera incluso con sus dieciséis años. Y todo lo ponía a sus pies, pidiéndole por favor que lo aceptara.

—Eres un ángel.

El rostro de Andy se distendió en la primera sonrisa franca de aquel encuentro.

—No te merezco.

Enseguida; había que volver a restablecer el equilibrio. Andy se acercó a la chica de la lata de refresco e intercambió unas palabras con ella. Desde donde Katie se encontraba, le pareció entender que la muchacha no se tomaba las cosas demasiado bien. Su boca se movía en una serie de amplios óvalos,

en sentido horizontal y vertical, revelando una dentadura torcida y una lengua larga y puntiaguda, agradablemente espantosa. Después de un minuto, la chica dejó con un golpe la lata sobre una mesa y se fue a grandes zancadas. Andy se giró y guiñó un ojo a Katie; con movimientos de la mano le indicó que trataría de salir pronto. La muchacha se compró un vaso de limón amargo y se sentó; sentía una sensación de alivio, se sentía una mujer que acababa de volver a recuperar su futuro. Los detalles de mantenimiento, de conservar la posición ganada de momento no la preocupaban. Esto vendría después, la trama, el plan. Lo elaboraría cuando tuviera la cabeza en calma, en la oscuridad de su cuarto.

Andy la llevó a su casa. Le explicó que la propietaria estaba en el hospital; por consiguiente, no había ningún problema. Katie apartó rápidamente de sus pensamientos el que, si esta noche ella no lo hubiera acompañado, hubiera sido la otra quien lo habría hecho.

Andy había hecho variaciones en su habitación desde la última visita de Katie. Ahora se veían menos fotografías; incluso había desaparecido la muchacha negra de la gallina, pero en cierto sentido había más cosas que observar. Se había procurado unos cuantos posters gigantescos y los había colocado en hilera, en la pared enfrente de la cama… En uno se veía un coche hecho chatarra con un vaquero de pie sobre él, que saludaba con el sombrero en la mano. Otro reproducía un enorme girasol de colores fluorescentes, junto a él había una mano que asomaba por entre una ventisca de nieve y, más a la derecha, se veía una muchacha desnuda con una granada entre las piernas. También había variado la iluminación. Andy había colocado una pantalla azul sobre la bombilla del techo, lo que hacía que el lugar *produjera* una impresión de frío, a pesar de una estufa de petróleo que había elevado la temperatura a un nivel que recordaba a Katie el interior de un coche aparcado al sol.

Andy se puso a preparar las bebidas, esta vez con zumo de limón como base, y sacó un porro. Se sentaron uno al lado del otro y se pusieron a fumar con toda calma por espacio de quince minutos, sin hablar palabra, absortos los dos en las vibraciones reales o imaginarias que suscitaba la habitación y su propia presencia en ella.

—Me parece que ha llegado el momento de que me vaya —dijo Katie por fin.

Andy lo entendió mal.

—¿Ahora?

—Quiero decir irme de casa.

—Pero ¿qué vas a hacer? Todavía no has cumplido los dieciséis años. No podrás encontrar trabajo…

Katie volvió la cabeza y escrutó el rostro del muchacho a través del humo, que se escapaba de sus labios.

—Estas palabras no son propias de ti, Andy. Tú mismo has dicho que las reglas cuadradas son para las personas cuadradas. Hemos de hacerlo. Y cuando cumpla dieciocho años, me espera un montón de dinero. Me parece que puedo arreglármelas durante dos años…

—Pues, claro… Lo que yo quería era puntualizar las cosas. No quiero que hagas nada sin estar completamente segura de lo que quieres hacer. Teniendo en cuenta tu posición…

Katie se le acercó un poco más y lentamente se humedeció los labios, sonriéndole como en sueños.

—Me cago en mi posición…

—Estás convencida, ¿verdad, nena? ¿Crees que podrás hacerlo?

Había pasado de la postura del consejo práctico a la de aceptación, casi de estímulo, en el espacio de unos segundos. Katie estaba demasiado inmersa en la decisión que acababa de tomar para preguntarse si el hecho de haber mencionado aquella herencia que se dibujaba en el horizonte era la causa del cambio.

—Esto es lo que yo quiero, Andy. Quiero irme de casa y te quiero a ti. Soy más vieja por dentro que por fuera, ¿no crees?

—Así es.

Andy le quitó el porro de las manos y lo terminó en dos profundas chupadas. Aplastó la colilla en el cenicero y se volvió a la muchacha, le puso una mano en el pecho y se lo machuco, obligando a Katie a abrir la boca y a lanzar profundos y rápidos suspiros.

—Lo conseguiremos, nena.

De pronto Katie se sentía tan feliz que le parecía que iba a romper en llanto. Todas las dificultades, todos los esfuerzos que aquello pudiera costar los daba por bien empleados si a cambio podía pasar los días y las noches con Andy. Las noches… eran algo con lo que ella había soñado a menudo. En lugar de las lágrimas que acababa de reprimir se sintió invadir por una ola de generosidad. Se inclinó hacia adelante y se deslizó lentamente hasta tenderse en el suelo. Volvió elegantemente el cuerpo hacia Andy. Aquélla era una de las cosas que a él le encantaban: que lo dirigieran, que a veces lo liberaran de tomar la iniciativa. Katie le separó las rodillas y se interpuso entre ellas. Comenzó a frotarle la bragueta, a manosearla, a rozarla con el rostro, dejando

que sus cabellos se derramaran sobre los muslos de Andy. Después bajó la cremallera y sacó el pene erecto, lo miró un momento, estuvo acariciándolo casi un minuto antes de llevárselo a los labios y envolverlo en ellos. De pronto se le ocurrió una cosa y, de haber podido, se habría echado a reír. ¿Se llamaría a aquello tener labia?

Estuvieron una hora dedicándose uno a otro. Al fin, una vez agotado el viejo repertorio he intentado incluso alguna variación nueva, Katie se había transformado gradualmente y había pasado de ser una muchacha excitada a convertirse en una mujer desnuda y sudorosa, con aficiones cada vez más poderosas hacia lo insólito. Desde que mantenía relaciones con Andy, había aprendido a responder a aquel toque que él poseía, a aquella habilidad suya para activar regiones de su mente donde se albergaban los componentes de la locura. Durante la mayor parte de la hora precedente Katie había estado como ausente, usando su cuerpo y el de Andy para crear sensaciones, matices de lascivia y variedades del orgasmo que actuaban en ella como explosivos, demoliendo de un golpe las actitudes edificadas por su educación, revelando nuevas grietas, nuevas cuevas de sensaciones electrizantes. Ya nunca nada volvería a ser como antes… después de unas horas con Andy ya nada volvería a ser igual. Una vez, a raíz del día que lo conoció, se pasó una mañana entera en la escuela pensando si estaría loca. Había condescendido a cosas que no había imaginado nunca, ni siquiera en sueños. Buscó la definición de locura en un gran diccionario de su tío: «Desorden del intelecto». Con el tiempo, con muy poco tiempo, acabó por aficionarse a la idea. Según uno de sus maestros, el desorden podía ser un orden nuevo, la conversión de una cosa en otra. Al perder aquella imagen de confusión y destrucción, el desorden se convirtió para Katie en algo sumamente atractivo, puesto que aquella locura que ella padecía no era sino un trastocamiento de las normas que otra gente quería imponerle. Esta noche había llegado más lejos que nunca en el trastocamiento de las normas y éste iba a ser el cambio que la ayudaría a superar aquella dificultosa tarea de abandonar el hogar.

Andy parecía más contento y satisfecho que nunca. Antes de salir de la casa de Andy para regresar a la suya, como siempre sola, Andy le dijo que él la esperaría pacientemente, que no se preocupase. Salió de aquel marasmo de apatía en que siempre estaba sumido para volver a preguntar a Katie si estaba segura de lo que hacía y si estaba realmente segura de que tendría dinero suficiente para mantenerse durante las primeras semanas en que estaría sin trabajo. Tenían que mudarse a otro sitio, puesto que no podían quedarse en aquella habitación y, además, las autoridades los buscarían al principio…

Debían tener mucho cuidado y buscar un sitio donde mantenerse. Katie se sonrió ante aquella letanía de Andy en la que aparecían unas preocupaciones que a ella la conmovían y le dijo que haría que las cosas saliesen bien.

Camino de su casa, acariciada por el aire frío que se colaba a través de una ventana abierta del autobús, Katie comenzó a bajar de aquel viaje al que la había proyectado la hierba. Al primer momento se asustó al pensar en la enormidad de lo que había decidido llevar a cabo. Pero se recuperó un tanto al imaginar la alternativa que tenía ante sí: años a venir con su tío y su tía, sin Andy en ninguna parte. Él era su droga. Aquella idea iba dando vueltas en su cabeza y la incitaba con lo que tenía de bueno y de malo. Él era su droga. De acuerdo; lo aceptaba. Habría contratiempos, contratiempos terribles. La gente de la escuela la buscaría, quizá la policía también la buscase. Pero todo pasaría. Todos los días había muchachas que se iban de sus casas; de hecho, era cosa corriente. Y muy pronto cumpliría los dieciséis años, estaría en relativa libertad de ir allá donde se le antojara. Y además estaba Andy, esto era algo que debía tener presente constantemente, porque él era su hombre, y estaba también aquel mundo sorprendente, incitante, explosivo, un mundo también hecho de sombras donde él la había introducido, haciendo que formara parte de su persona, que ella fuera creciendo dentro de él. ¡Oh, seguro que todo saldría bien! El dinero era la respuesta a la mayoría de los problemas y Katie sabía dónde debía poner las manos para sacarlas llenas de dinero, porque sabía en qué lugar de la casa se encontraba. Tía Amy no diría nada, sería su encubridora. Katie decidió que lo único que no podía olvidar era la necesidad de mantener aquella fuerza y aquella voluntad que harían que el plan fuese fructífero. Ahora bien, aunque por alguna razón que ahora no podía imaginar tuviese que hacerse atrás de aquel plan, no variaría su decisión. Lo que Katie había tramado, al fin y al cabo era para su propio bien; era preciso, pues, que saliera bien.

18

Ernie se sorprendió al no encontrar ninguna resistencia de parte de la secretaria del doctor Madison. Anunció que quería hablar con el médico consultor, la mujer se dirigió al despacho de éste y a los pocos momentos regresaba ostentando una acida sonrisa.

—Haga el favor de pasar, doctor Hale.

Madison se encontraba sentado detrás de su escritorio, vestido con la chaquetilla blanca, y por un momento Ernie notó aquel poder tranquilo que emanaba de aquel hombre y que probablemente ejercía con aquellos que, por timidez, lo dejaban en aquella posición. Tenía los codos apoyados sobre la mesa recubierta de cuero, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y los ojos dirigidos al frente. Una fachada perfecta para un cirujano deseoso de dejar bien establecida su autoridad desde los primeros momentos.

Ernie cerró la puerta y se dirigió al escritorio, dejando el maletín junto a la silla vacía.

—Buenos días, doctor Madison.

Aunque el recuerdo de la pugna de insultos que se había desarrollado entre los dos seguía gravitando en el aire, Ernie consideró que lo mejor era empezar con una nota civilizada.

—Siéntese, doctor, y exponga brevemente lo que lo ha traído aquí. Esta mañana estoy muy ocupado.

—Perfectamente.

Ernie cruzó las piernas y apoyó la espalda en el respaldo recto de la silla. Estaba contento de haberse sacado la chaqueta blanca antes de dirigirse al departamento de pacientes externos. Cuando se enfrentan dos médicos, el que va vestido de calle suele ser quien impone su autoridad al otro. En esta entrevista el enfrentamiento sería muy ceñido y él estaba allí de aquella manera, para irritar más aquella compostura en que se mantenía Madison.

—He venido para que me diga formalmente si piensa suspender los esfuerzos encaminados a impedir la publicación del libro que yo he escrito sobre las enfermedades mentales.

Madison levantó unos centímetros la cabeza, pero siguió sirviéndose de la frente como puntal amenazador. Sus ojos se agrandaron.

—Doctor, ¿me permite que le diga que en su pregunta se trasluce un síntoma de alguna enfermedad mental? ¿Qué razón iba a tener para hacerme atrás en mis intenciones? No tengo ninguna nueva información ni se ha producido ninguna circunstancia redentora que haga posible un tal cambio de actitud. Actúo en el interés de mi profesión…, que también es la suya.

Al terminar de hablar sus labios se curvaron. Estaba divirtiéndose, no mucho pero sí un poquito.

—Bueno. He querido preguntárselo. Le he prometido a mi conciencia que antes que nada quería hacer lo que me imponía la decencia.

Ernie ahora se sonrió, un poco más incluso que Madison;

—Me temo que no sé de qué me habla. Ya le he dicho que tengo una mañana muy ocupada, doctor…

—No le acapararé mucho más tiempo. Pero mi conciencia me ha impuesto una condición más y quiero acallarla antes de llevar adelante mis planes. Doctor Madison, me imagino que una vez haya presentado usted sus objeciones voy a tener que responder ante algún comité previamente seleccionado.

—Es muy probable.

—En este caso voy a presentarle un anticipo de lo que será mi defensa.

Madison sé hizo atrás en su asiento al tiempo que movía la cabeza en señal de denegación.

—No tengo tiempo de escuchar sus argumentaciones, doctor. De todos modos, las imagino. Debo recordarle que las observaciones falaces acerca de la libertad de expresión y los peligros de la censura no van a conmover demasiado a un plantel de hombres que tienen sólidamente afirmados sus pies en el suelo.

—No me proponía defender el libro en sí. En realidad, lo que me propongo es compensar la denuncia acusándolo a usted.

La indignación de Madison era algo casi palpable.

—¿Qué demonios quiere decir? ¿Qué clase de imprudencia es ésta?

Ernie cogió su maletín por el asa y lo zarandeó ante Madison.

—Lo tengo todo ahí dentro. Tengo ciertos hechos concernientes a su persona que estoy seguro que serán el deleite del comité en cuestión. Usted ya sabe lo mucho que le divierte a un profesional poder hundir la daga en un colega. Cuando me presente delante del susodicho plantel, lo primero que pienso decirles es que considero incorrecto que se elija a unos como objeto de

un acto público y que, en cambio, haya muchos hechos semiprivados que quedan condonados o que se disimulan.

—Mejor será que vaya enseguida al grano, Hale. Estoy sometiendo mi paciencia a grandes tensiones.

Los ojos de Madison siguieron el maletín cuando Ernie volvió a colocarlo en el suelo. En sus ojos asomaba la sospecha y había mucha menos decisión que lo que su voz parecía indicar.

—Por supuesto. Voy a continuar y le diré que, pese a que usted haya sido objeto de rumores y acusaciones durante un cierto número de años, todavía ha sabido mantenerse a salvo, a lo que parece, para ejercer una autoridad represiva contra los médicos dedicados a hacer prácticas en el hospital.

—¿Qué quiere dar a entender, Hale?

El rostro del médico consultor se había puesto como la grana. Aquella magulladura que lucía en la mejilla comenzaba a confundirse con la piel que la rodeaba.

—Se lo diré. Sé lo que pasó con la enfermera a la que usted sobornó para hacerla callar y forzarla a que se marchara después de haberla abofeteado. Sé lo que pasó con el estudiante que un buen día se encontró con que habían desaparecido todas las pruebas del estudio de investigación que estaba llevando a cabo y sin la oportunidad de seguir investigando. Sé lo que pasó con una joven que se suicidó…

—Esto es lo más…

—Tengo pruebas. Tengo nombres de unas cuantas personas, una o dos de ellas muy influyentes, dispuestas a respaldarme en caso necesario. Pero no creo que lo sea, ¿y usted?

—¡Novato sinvergüenza! ¡Basura! ¿Cómo se atreve a venir a mi despacho a extorsionarme con esta maleta…?

—Llena de barro —remató Ernie, manteniendo su actitud tranquila—. Es barro y, si lo suelto, se pegará en alguna parte. Recuerde que hay muchas personas que individualmente pueden tener una queja o dos contra usted, que si buscásemos encontraríamos gente, hombres y mujeres, que saben cosas vergonzosas de su pasado. Pero yo… —y al decir esta palabra Ernie se dio un golpe en el esternón—… yo lo he recogido todo, lo he guardado y lo he coordinado. Tengo un caso que dejaría cicatrices indelebles en su reputación. Y hay muchas cosas más. Dios sabe a dónde nos llevarían.

Cuando Madison habló, tras una larga pausa en la que se dedicó a rechinar los dientes y a dar salida a una indignación que presentaba ribetes apopléticos, lo hizo en voz muy baja.

—En todos los años que llevo dedicados a la cirugía no me había encontrado nunca con una persona de su calaña. Me entristece, me ataca el estómago pensar que estoy metido en una profesión que permite que en sus filas militen charlatanes y embaucadores. Es usted una persona despreciable y, si he de agradecerle un favor, es que haya superado todavía el concepto bajísimo que me había ya formado de usted. Me da asco.

—Podré soportarlo, no se preocupe, Madison. Quiero decirle, de paso, que las averiguaciones que he realizado no añaden precisamente ningún timbre de gloria a su retrato. Y vuelvo a repetírselo, ¿quiere que le vuelva a presentar mi proposición o se acuerda de qué se trataba?

—Salga de aquí inmediatamente.

—Quiero una respuesta, doctor Madison. Ya se lo dije: pienso perseguirlo con más saña que la que usted ponga en perseguirme a mí. Y, además, yo tengo refuerzos superiores a los suyos… y menos que perder que usted.

Ernie permaneció en su sitio, sin dar señales de salir de la habitación mientras él no diera una respuesta.

—No quiero verme metido en ningún trato contaminado por procedimientos tan indignos y por acuerdos tan vergonzosos. No me dan ningún miedo sus acusaciones, de esto puede estar seguro, pero tengo suficiente dignidad y decoro personal para querer evitar la infamia de verme calumniado públicamente.

—¿Quiere decir con esto que no piensa hacer nada contra mi libro?

—De mí no partirá ninguna acción.

—Ni de nadie más, espero.

Ernie seguía firmemente afianzado en la silla.

—Yo no ejerzo ningún control sobre las demás personas en lo tocante a materias de este género. Usted tiene mi palabra de que, por lo que a mí se refiere, he puesto punto final a este asunto. Y confío en que usted no divulgará los hechos que usted ha comprobado sobre mi persona.

Ahora no miraba a Ernie, sino que tenía la vista clavada en un punto concreto en lo alto de la pared. Parecía muy trastornado.

—Gracias.

Ernie se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de abandonarla habitación, levantó el maletín y volvió a zarandearlo como antes.

—Puede confiar en mi discreción.

Madison se quedó sentado en silencio unos minutos, tratando de ordenar el caos que reinaba en su mente. El corazón había comenzado a latirle con aquella rabia desencadenada por la frustración y, mientras pensaba en el

insulto y en la innegable vergüenza que acababa de caer sobre él, comprendía que no podía hacer nada en absoluto. ¿A qué quedaba reducido un hombre cuando todos los esfuerzos de su vida y todos los sacrificios de placeres personales, encaminados a salvaguardar su autoridad, quedaban convertidos en una sucesión de años inútiles por obra de un hombre incapaz de ostentar las credenciales que deshonraba con su nombre? ¿Cuántos hombres perderían unto como Henry Madison por la simple exposición de una vida evidentemente más limpia que la de la mayoría? La justicia natural era un mito. De existir, Hale hubiera quedado relegado al puesto que el carácter que dejaba entrever lo situaba y Henry hubiera sido premiado con aquella categoría que su veteranía le otorgaba.

Se levantó y se sirvió una copa de la botella de jerez que guardaba en un armarito junto a la puerta. Aquel líquido le calentaba, edificaba una columna de calor que iba directa hasta aquel frío que notaba allí dentro en el centro de su cuerpo. Tenía que hacer frente a la situación. Generalmente los males nunca llegan solos. No debía dejar que sus ojos quedaran cegados por los hechos. Hale tenía una maleta llena de chismes que Henry debía apartar de su mente. Aquello no existía. Había perdido un pequeño combate; esto debía admitirlo. Pero la guerra, el frente de ataque, seguía en activo y muy pronto saldría vencedor. Cuando aquella ambulancia fuera declarada un fracaso, no habría ningún dedo que se levantase para señalarlo, porque aquella condena sería un resultado que se desprendía de la propia ambulancia, de su misma hoja de servicios. Los encargados de hacerlo estudiarían las cifras y los demás, el rebaño, no verían sino la decisión, el anuncio de que el proyecto de Avery debía ser abandonado. Aquí sí que había motivos para felicitarse. Los demás contratiempos, todas las demás contrariedades no eran más que una pantalla de humo y no debía perder de vista que había que mirar al otro lado de la misma. Estaba ganando, iba a asestar un golpe mortal al orden establecido.

Después de tomar otro jerez y de concederse cinco minutos más afirmándose el aspecto positivo de los hechos, se sintió suficientemente tranquilo para dirigir la palabra al paciente siguiente. La dignidad lo era todo y, cuando la dignidad era auténtica, por muchas que fueran las mellas que sufriese, siempre salía incólume frente a cualquier adversidad.

El tiempo había cambiado: hacía un poco más de calor, lo suficiente para que la gente se pusiese trajes más ligeros, lo suficiente para que la gente sonriera un poco más y se mostrara algo menos abrupta en los tratos con sus semejantes. Incluso en Westfield, donde el humo de las fábricas ponía un

filtro amarillento entre el sol y los habitantes de la ciudad, reinaba como una prematura sensación de primavera y un cauto reconocimiento del cambio entre los dependientes de los comercios, los cobradores de los autobuses y las señoras que se movían de un lado por las calles mientras efectuaban sus compras.

Mary Scott estaba en el parque desde hacía una hora, simplemente sentada en un banco. El sol había caldeado la madera vieja y descascarillada del banco y Mary sentía un placer, simplemente allí sentada, inmóvil, observando los movimientos de la gente, de los animales y de los niños sin verse obligada a tener que decir nada ni a sacar conclusión ninguna. Un par de hombres, al pasar, le habían echado significativas miradas y ella, para desorientar a los tímidos, había sonreído abiertamente a un par de viandantes. Esto había bastado para ahuyentarlos. Mary no desestimaba sus atractivos y tenía plena conciencia de que allí, sentada en aquel banco, vestida con una corta falda de cuero, un suéter blanco y una chaqueta también de cuero, constituía un blanco insólito para la atención de los paseantes y de los ociosos.

Mary tenía una cita en el parque, a la que había llegado con una hora de antelación, a fin de tomar el sol y el aire durante aquel intervalo de espera. Por espacio de dos años había estado trabajando sin/concederse nunca unas vacaciones, al objeto de poder ganarse aquel puesto de supremacía que ahora disfrutaba dentro del Westfield General. Aunque raras veces notaba fatiga, durante unas semanas había estado consciente del agotamiento que sentía y el incremento de trabajo que en los últimos tiempos había supuesto la ambulancia había intensificado aquella sensación. A no tardar pediría un permiso, porque no quería verse convertida de pronto en una de estas enfermeras veteranas, tan aferradas a la rutina que acaban trabajando por hábito y son incapaces —ni siquiera cuando se lo proponen— de abandonar por espacio de una o dos semanas los controles en manos de otra persona.

La persona que la había citado en el parque estaba aproximándose en aquellos momentos, avanzando a grandes pasos a través de la hierba desde la carretera principal. Era un hombre alto, fornido y bien parecido, al estilo de finales de los años cincuenta, es decir, cabello castaño corto y rostro curiosamente inexpresivo a consecuencia de la situación excesivamente alta de sus ojillos y de una nariz muy recta. Sonreía ladeando la boca, costumbre que era como una segunda naturaleza en él, una parte de su enfoque profesional. Era el detective sargento Kevin Morris, cuarenta y tres años, casado y bien situado profesionalmente. Hacía dieciocho meses que él y Mary Scott se veían regularmente y mantenían relaciones íntimas.

Se dirigió hacia el banco y se detuvo delante de Mary.

—Puntual, como de costumbre —dijo el detective.

Mary no sabía a cuál de los dos se refería.

—Desde la carretera tienes un aspecto de lo más apetitoso. Apenas he podido impedir lanzarme al galope.

Mary sonrió mostrando los dientes y con la mano dio unos golpecitos al banco, a su lado.

—Siéntate. Se está muy bien.

Pero él siguió de pie.

—Podríamos pasear en coche, si no te importa.

Se volvió y miró hacia el lugar donde había estacionado su coche, junto a la verja del parque.

—Hace un día maravilloso que invita a salir al campo.

Mary sonrió débilmente.

—Y además es más discreto. Siéntate un momentito, Kevin. Vamos a charlar y a tomar un poco de aire fresco.

El policía titubeó un momento y después se sentó, no sin antes tomar las precauciones necesarias para no hacerlo sobre su chaqueta, de un tono granate, al objeto de no arrugarla. Era muy quisquilloso en lo que respectaba a su indumentaria. La primera vez que se lo había comentado a Mary, la noche en que se conocieron en una fiesta en el hospital, ésta le había replicado ácidamente que era comprensible dado que sus gustos eran tan peculiares que difícilmente debía encontrar dónde surtirse. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces; los dos habían encontrado mutuas vibraciones en sus relaciones, muy soterradas debajo de aquel desacuerdo, y los dos se habían dedicado a explotarlas. De todos modos, últimamente no se habían visto y Mary adivinaba que aquél era el motivo de la cita en el parque.

—No sabía si estabas enferma o si te ocurría algo anormal —dijo él.

—No; sólo mucho trabajo. La nueva ambulancia, el nuevo programa laboral, cosas de este tipo. La vida está llena de cosas.

—Sí, a veces el trabajo parece que se entremezcla en la vida.

—Pareces un consejero de corazones solitarios, Kevin. ¿Qué? ¿Cómo están tu mujer y los chicos?

A Kevin no le gustaba que le preguntara cosas de este tipo, consideraba que no era una pregunta que pudiera hacerle Mary.

—Bien, bien. La canción de siempre. Trabajar y pagar, trabajar y pagar, trabajar y pagar. Si me hubiera quedado soltero, ahora sería rico.

Estaba nervioso, Mary lo veía por su manera de mirar a su alrededor. Suponía que ello se debía a que en un sitio público como aquél había demasiados ojos. Era un hombre conocido y los rumores relacionados con un policía suelen ser más incisivos que los referentes a otras personas y, además, pueden hacer más daño. A Mary le tenía sin cuidado la intranquilidad del hombre. Más de una vez había sentido una puñalada en el corazón al comprobar las precauciones que rodeaban sus encuentros, lo elaborado de las medidas que Kevin tomaba para asegurarse de que no eran vistos. El hecho de que ella conociera las razones no justificaba nada; pese a que él se aprovechaba de ella y pese a que ella no lo aceptase, le molestaba que quisiera suprimir incluso la simbólica exposición pública a la que parecía tener derecho —y que generalmente conseguía— hasta la más zarrapastrosa de las mujeres públicas.

—¿Por qué querías verme hoy, Kevin?

—Te encontraba a faltar.

—Normalmente nunca me encuentras a faltar de día.

—Oye, Mary…

—No empecemos. Sé perfectamente que es más barato qué nos encontremos en un parque que en un restaurante, por supuesto.

Kevin pareció molestarse. Incluso se quedó un par de segundos sin dar miradas furtivas a su alrededor.

—¿Qué ocurre? ¿Estás de mal humor?

Mary abrió el bolso y sacó un paquete de cigarrillos.

—Quizá se haya ido desarrollando mi orgullo en este tiempo.

Encendió un cigarrillo y dio una profunda chupada. Ahora que él estaba allí, se veía obligada a considerar la situación a la luz de los hechos más recientes: los hechos que hacían referencia a Paul Avery. Mary pensó que era extraño que, pese a que en otras cosas pudiera ser muy práctica, en las cuestiones personales debía posponer siempre las decisiones y las evaluaciones hasta el último minuto. Todavía envuelta en las resonancias que Paúl despertaba en ella y, como consecuencia de ello, con Otra actitud frente a las cuestiones tanto previas a él como contemporáneas a él, Mary veía ahora aquella relación con el detective como una cosa un tanto trasnochada. Al volver la cabeza y contemplarlo, pensó que no podía imaginar qué la había inducido a ir a la cama con aquel hombre. Era un patán de la vieja escuela, obsesionado por el sexo y sin interés ninguno por la conversación ni por la amistad. Si ella le hubiera pedido que renunciara a algo en honor a ella, hubiera echado a correr y no hubiera parado en un kilómetro.

—¿Quieres decirme algo, Mary?

Ahora quien hablaba era el policía, pensó ella. Pues adelante, no había que andarse por las ramas, había que soltar lo que tenía en el buche.

—No estoy segura, pero me parece que lo que tú buscas es salir conmigo a pleno día para llevarme hasta un bosquecillo retirado y allí, para variar, ofrecerme un señor polvo sobre la hierba. Me imagino que no debería ser tan estúpida y tendría que considerar las cosas desde un ángulo más positivo. Debería tener presente que el hecho se ha producido siempre a satisfacción de los dos y que a mí me gusta tanto o más que a la primera. Pero en este momento, en este preciso instante, no estoy en vena de poner mi cuerpo a disposición ni de ti ni de nadie de tu condición.

Volvió al cigarrillo, sorprendida ante la repentina fuerza de sus sentimientos.

El detective trató de apaciguarla.

—Estás hecha una tonta. Tú eres una chica muy inteligente, extraordinariamente despierta. Fíjate, no tienes más que ver el nivel a que has llegado. Sabes tanto como un médico y te confían gente que necesita los cuidados de un experto. Lo sé de sobra. ¿Crees que estoy ciego? Nunca en la vida te he considerado un cuerpo, ¡por el amor de Dios!

—Pues nadie lo diría a juzgar por la manera como me tratas.

Arrojó el cigarrillo lejos de sí y se cruzó de piernas, observando la mirada que el hombre les dirigía a medida que ella dejaba al descubierto más trozo de muslo.

—Siento que veas las cosas de esta manera.

—También lo siento yo. Debería aceptarme por lo que soy. En lugar de ello, me pongo a actuar, me pongo a mirarte con total frialdad. Debe ser este airecillo de hoy. Tú eres un hombre casado, más caliente de lo normal, que te gusta echar alguna que otra cana al aire y apuesto a que incluso te gusta presumir de ello con los amigos.

—Oye, escucha…,

—¿Te figuras que no conozco a los hombres, Kevin? Con una pájara como yo ensartada en el tenedor, es difícil tener la boca cerrada.

El policía miró nuevamente a su alrededor unos segundos. Volvía el temor a ser visto, lo que empeoraba la postura defensiva que estaba comenzando a adoptar.

—¡Vaya! ¡Menudas ideas se te están ocurriendo! ¿Qué quieres? ¿Quieres que te siente en un almohadón de pluma y te mande un ramo de flores todos los días?

—Se me ocurren ideas, ¿verdad? Acabas de decir hace un momento que soy una persona que merece respeto. Yo no quiero ser la fulana de nadie, pero me gustaría mucho que la gente de tu clase entendiera de una vez que no tiene ningún derecho a pedirme nada.

Los ojos del hombre parecían dos finísimas rendijas.

—¿Hay otro hombre? Dime, ¿es esto? ¿Tanta comedia para encontrar una excusa para romper?

La muchacha se quedó mirándolo, con la cabeza levantada y avanzando la barbilla hacia adelante.

—Sí, hay otro hombre. Pero siempre ha habido otros hombres. Yo no soy ninguna solitaria, Kevin. Pero tampoco quiero alimentarme de dietas exclusivas. Y además me ha ocurrido algo, algo que no me satisface demasiado: que estoy perdiendo mi independencia. Que me siento involucrada emocionalmente a otra persona y que, mirándolo desde el lugar donde ahora me encuentro, el tiempo que he pasado en tu compañía me parece una pérdida de tiempo donde no hay más que sordidez.

Ahora, al decirlo, se estaba enterando ella misma. Los sentimientos que abrigaba hacia Paul Avery iban creciendo de día en día y sentía que había rebasado aquel punto en que hubiera podido creer que aquella relación no era sino una más, otra forma de pasar bien los ratos de ocio.

—Antes no veías las cosas de la misma manera.

—Es tal como te lo he contado, Kevin.

—No hablabas de sordidez cuando estabas tumbada boca abajo, con el dedo metido en un agujero mientras yo…

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios!

Mary torció la boca por efecto de la repugnancia que sentía. Se levantó y comenzó a alejarse del banco. No había recorrido unos metros cuando oyó que el policía corría tras ella. La agarró por el brazo y la detuvo.

—No creas que vas a marcharte así por las buenas. No es así de fácil.

Tenía la cara roja, con una expresión desagradable.

—Pues es exactamente cómo voy a marcharme, Kevin. Ya que conservas unos recuerdos tan claros, vive de ellos hasta que encuentres otra prima.

La presión de los dedos se acrecentó.

—Te lo puedo poner muy difícil, Mary. No te figures que estás tratando con un palurdo cualquiera que te dejará escapar y dejará que todo caiga en saco roto. Si quiero…

—Yo también puedo ponértelo muy difícil, si es eso lo que buscas. Dispongo de unos cuantos detalles que posiblemente a tu mujer le gustaría

mucho conocer.

El hombre dejó caer la mano.

—¡Vaca asquerosa!

—Adiós, Kevin.

Mary se alisó la manga de la chaqueta y se puso a caminar a paso vivo en dirección a la parada de autobús más próxima.

Ya en su habitación de la residencia de enfermeras, se preparó un té y, con la taza en la mano, se desplomó en una butaca. Sentía un dolor sordo en el estómago. Últimamente lo había notado otras veces y siempre parecía aparecer cuando estaba nerviosa, agotada o agobiada por el trabajo. Su talento tan objetivo en materia de diagnóstico era una nulidad cuando intentaba adivinar qué perturbaba su cuerpo. Debía ser algo importante. No podía sustraerse a esta idea. Cáncer tal vez, pensó, sin llegar a creerlo totalmente, pero consciente de todos modos de que aquel dolor podía ser muy bien las primeras notas de una fanfarria que anunciase la aparición de un tumor fatal. Lo mismo le había ocurrido un día en que quedó con los dedos entumecidos. La causa era el frío, nada más; un frío tan intenso que había reducido la circulación a un nivel que afectaba la sensaciones nerviosas. Sin embargo, había pensado en la posibilidad de una parálisis. No había que dar por buenas todas las respuestas que se le ocurrían a una, lo sabía, pero era muy fácil lanzar su imaginación por uno de los atajos que llevan a las enfermedades de pronóstico fatal.

Pensó que una indigestión no era un diagnóstico probable en una rubia tan activa como ella. Ni tampoco una úlcera. Trastornos como aquél no eran sino el reconocimiento tácito de que poseía un estómago, un estómago por el que circulaban jugos gástricos que iban a parar —¡qué horror!— a los intestinos. Lo absurdo de la mística femenina corriente era cosa que la divertía. De las mujeres, particularmente de las guapas, se admitía que mearan, pero los procesos de la excreción se detenían aquí. Que una mujer reconociera —o un hombre considerara— que la desagradable cuestión de la eliminación sólida era también aplicable a la hembra de la especie, equivalía a reducir el concepto de la feminidad a una penosa realidad que no estaba respaldada por el cuerpo cultural más numeroso.

Mary se rió para su capote. Veía lo absurdo del engaño continuo que rodea a la mujer, si bien comprendía que era necesario. Operaba a varios niveles. Para ciertos hombres, la visión de una mujer desnuda eliminaba de inmediato una gran parte de su atractivo. Para otros, una chica que se agitase como una loca en la cama, pero que no abriera la boca para hablar de

cuestiones sexuales en otras ocasiones, representaba la imagen de una chica como debe ser. Y así seguían las cosas. Cuanto mayor era la libertad intelectual, mayor era el margen a la hora de afrontar la realidad; pero incluso en el caso de gente liberada, siempre tenía que haber algo sagrado. Mientras sorbía el té, pensaba en Paúl. No sabía desde cuándo los sentimientos que la embargaban en relación con aquel hombre habían adoptado aquel nuevo cariz de dependencia. Existía entre ellos una naturalidad que imperceptiblemente había acelerado el proceso. Mary no sabía si también él se sentía involucrado a ella. Tal vez la mística de Mary, de bajo nivel en relación con la norma general, había descendido por debajo del punto en que Paúl pudiera considerarla como otra cosa que una muchacha particularmente inconsciente y temperamental. No era demasiado agradable pensar en que aquel abandono libre de cuidados a que ella se libraba mereciera únicamente verse aceptada para efectuar una cópula. Tal vez Kevin no tuviera toda la culpa. Podía ser muy bien que ella hubiera concedido excesiva importancia a un aspecto de su propia personalidad en detrimento de las demás facetas y recovecos de la misma.

Pero aquella reprimenda que estaba echándose a sí misma no eliminaba el obstáculo. Paúl también se aprovechaba de ella. La relación que mantenía con él era más plena, juntos se preparaban la comida, juntos comían, compartían bromas y su amistad influía en el trabajo de ambos en el departamento de accidentados y en la ambulancia. Sin embargo, todo arrancaba del hecho de estar ella dispuesta a acostarse con él. Tal vez no fuera justa: todas las citas que habían terminado en la cama respondían a una determinación por parte de Mary en este sentido. Ella era siempre la instigadora.

Impaciente ante tanta teoría, apuró la taza y decidió ponerse a leer. Pero antes de iniciar la lectura, determinó puntualizar las cosas con Paúl. Estaba sintiéndose demasiado involucrada a aquel hombre y quería averiguar si a él le ocurría lo mismo. En caso contrario, debería poner fin a aquella relación. No tenía ninguna idea exacta por lo que respectaba a lo que pudiera existir entre Paúl y la doctora Roberts, puesto que él nunca hablaba de aquella cuestión. Apartarse de aquel hombre sería doloroso para ella y, en su fuero interno, esperaba que no llegase a ser necesario.

—Me estoy haciendo vieja para este juego —murmuró mientras lavaba los cacharros del té. Demasiado vieja para subsistir mucho tiempo más sin una participación en este terreno, montada sobre unas bases más sólidas y permanentes. Volvió a acomodarse en la butaca, con un libro en la mano, preguntándose todavía cómo respondería Paúl. Después de abandonarse unos

minutos más al ensueño, se centró en el momento en que se encontraba y en la actividad en que ahora iba a ocuparse. Era competente en su profesión, pero era esencial el estudio constante. No había espacio para la complacencia, cualquiera que fuese la causa que la suscitase.

19

La fiesta de la comadrona era un acontecimiento anual que solía producirse durante la etapa más desangelada del año, cuando la gente estaba cansada del invierno y quedaban escasas funciones en el calendario social del hospital. Se había dicho a la gente que posiblemente la fiesta se celebraba aquel año por última vez. Había una reorganización en marcha; la comadrona perdería este título dentro de poco tiempo para convertirse en enfermera oficial, mientras que las demás categorías y cargos recibirían etiquetas igualmente desprovistas de carácter. Con el cambio se produciría un mayor rigor en el control y hechos de naturaleza tan especial como podía ser una fiesta serían abolidos o regulados en varias tandas que tendrían lugar durante los meses de verano, tradicionalmente más tranquilos. Por ello, había más público que otros años, quizá porque muchos habían cedido al sentimentalismo de acudir a algo que ocurría por última vez.

Miss Merchant, la comadrona, era una señora de cincuenta y tantos años, que compartía las funciones del inspector médico en las cuestiones administrativas. En la fiesta se hallaba rodeada por tres ayudantes, cualquiera de las cuales podía ser su sucesora en su día. El odio encubierto que existía entre ellas y la aduladora atención que prestaban a *miss* Merchant confería a aquel pequeño grupo un aparente aire de solidaridad. Mientras se movían por el vestíbulo, que hacía las veces de iglesia durante los fines de semana y de clínica de fisioterapia durante todas las tardes de los días laborables, cualquier observador atento hubiera echado de ver que los rostros y las actitudes se agrupaban de acuerdo con las diferentes tendencias.

Paúl hacía de observador atento. No hubiera querido ir a la fiesta. Había prometido ya a Bill Davis y a Lester Hill, los ayudantes de la ambulancia, que los acompañaría a una cervecería de la ciudad. Pero Edith se había interpuesto, alegando dos razones. Una, que Paúl le había dicho hacía varias semanas que la llevaría a la fiesta y, dos, que en nada lo beneficiaría en su situación profesional ni en su autoridad que la gente lo viera en un bar empapándose de cerveza y jugando a dardos con dos subordinados suyos. En

lo relacionado con la argumentación número dos, Paúl había estado a punto de suscitar una pelea. La asistencia a la fiesta era algo que entraba dentro de la tradición y seguir los caminos tradicionales y predecibles no formaba parte precisamente de su estilo; en cambio, que una persona de su posición fuera a una cervecería era algo que se salía de la norma, lo cual era precisamente su estilo y, además, la idea lo atraía particularmente. Pese a ello, no había querido pelear. Todavía había muchas heridas por curar entre él y Edith para querer enconarlas más aún. Así es que se enfundó en su traje de etiqueta, se peinó y tomó del brazo a su dama, dispuesto a aburrirse soberanamente.

La noche parecía prometer esto y más. Lejos de reunir a la gente en un ambiente festivo, la fiesta no servía para otra cosa —como veía Paúl— que para sustituir el uniforme blanco de las camarillas del hospital por *smokings* y trajes largos. Se formaban los mismos grupos de siempre. Y pese a que él tratase de mostrarse diferente y procurase contemporizar con todo el mundo, se encontraba constantemente derivando hacia los hombres y mujeres más jóvenes del departamento de cirugía, dado que el personal médico estaba excesivamente ocupado subdividiéndose por jerarquías en otras zonas de la misma sala.

—¡Vaya pérdida de tiempo, con lo escaso que está!

Paúl hizo el comentario mientras servía a Edith una copa que había ido a buscar para ella al bufete situado al otro extremo de la sala de reluciente *parquet* de roble.

—No hacen más que hablar de trabajo. Para eso, mejor era quedarse en casa. Nadie baila. Nadie se ríe.

—Dales tiempo, Paúl.

Edith llevaba un vestido de encaje color café, largo hasta los pies y adornado con una chorrera de volantes en el cuello. Llevaba el cabello peinado por delante para arriba y se había colocado un prendedor de ámbar oscuro en el pelo, a unos dos centímetros del nacimiento del cabello. Estaba verdaderamente hermosa, pensó Paul. Como para llevársela lejos de allí y cortejarla… aunque era indudable, entonces, hubieran comenzado a surgir los problemas.

—Ha habido tiempo sobrado. Una hora y cuarto. Pero un depósito de cadáveres es un depósito de cadáveres y no hay más vuelta de hoja. Vamos a bailar.

Edith apartó el codo que él le había cogido.

—No, solos no. No me gusta exhibirme.

Miró en derredor suyo y vio a un grupo de cirujanos que conocía y, al lado de éstos, otro grupo de personas pertenecientes al personal de maternidad. Sólo conocía a una de las personas: uno que trabajaba en los archivos y que decía siempre que no era capaz de recordar ninguna cara, pero sí de reconocer a un paciente colocado de espaldas con sólo echarle una ojeada e incluso de ponerle el nombre correspondiente. De pronto apareció Ernie Hale, sonrojado, con todo el aire de haber llegado corriendo. Llevaba la chaqueta abierta y, al atravesar la sala a toda prisa, dejaba al descubierto el forro de color azul pálido. Paúl le dio la bienvenida con una sonrisa al tiempo que oía el suspiro profundo que acababa de exhalar Edith.

—¡Hola, Paul! Y Edith.

Dio unas palmadas al brazo de Edith, que ésta retiró al momento.

—Cuando venía para acá me he tenido que parar en la sala de urgencias. Uno de mis pupilos ha intentado tragarse el cristal de una ventana.

Suspiró profundamente y miró a su alrededor.

—¡Qué colección de monumentos moribundos! —observó—. Pero ni rastro del patriarca…

—Tengo entendido que no va nunca a esta clase de esparcimientos —dijo Paúl—. Supongo que no son dignos de su persona. Y todo este boato es excesivo para una fiestecilla.

—¿De quién estáis hablando?

Edith frunció el ceño, dando a entender que sabía perfectamente de quién estaban hablando.

—De Henry Madison, encanto. Caballero del cuchillo, recién ordenado por voluntad divina.

—Sabía que no iba a venir —dijo Edith fríamente—. Y me gustaría mucho que lo dejarais en paz.

Ernie dio una palmada al hombro de Paúl.

—Me he ahorrado las noticias.

—¿Has ido a verle?

Edith los observaba alternativamente, desconcertada…

—Sí —repuso Ernie con una amplia sonrisa—. Y la cosa ha surtido efecto. No hará nada. Prometido. Así que ya ves que vale la pena husmear un poco. Parecía tener toda la caballería a punto allí mismo, pero tuvo que bajar del pedestal. He comunicado la noticia a los editores.

El rostro de Edith seguía expresando claramente su incomprensión.

—¿Estoy excluida del secreto?

—No hay secreto —dijo Paul—. Madison quería bloquear el libro de Ernie, pero Ernie lo ha bloqueado a él. El viejo ha decidido frenar en seco.

Edith no hizo ningún comentario. Pero el rubor que ahora cubría su rostro mostraba bien a las claras cuáles eran sus sentimientos.

Ernie se excusó. Su superior, el doctor Freeman, estaba junto a la puerta, hablando con la comadrona.

—Tengo que hablarle de un par de ingresos recientes. Ahora es buen momento, parece.

Volvió a echar un vistazo a la sala antes de apartarse.

—Me parece que no voy a fastidiar a nadie. Hay mucha más acción en la sala de los violentos.

—Este hombre me crispa —dijo Edith mirando la figura de Ernie que se alejaba a grandes zancadas—. ¡Es tan creído! Se figura que es un ser extraordinario, ¿no crees? Habla de un cirujano como si fuera uno de sus pacientes. No le cabe en la cabeza que nadie le corte el paso. Considera que abatir los obstáculos es algo así como una etapa a cubrir.

—Edith, este hombre es amigo mío —dijo Paúl con voz clara, mirándola francamente y subrayando las palabras con una mirada llena de intención—. Conozco ya tus opiniones sobre Ernie y sobre sus maneras vulgares. Guárdatelas para ti, ¿de acuerdo?

—Pero yo tengo razón.

Paúl pensó que a veces Edith se convertía en su propia enemiga. En ocasiones, cuando sabía que mantener el paso era muy importante, era capaz de empeñarse en algo sólo por el placer de salirse con la suya.

—Si el doctor Madison ha puesto objeciones a su libro, debe tener sus motivos. En cambio, él no ha tratado de plantear ninguna argumentación sensata, ¿no es verdad? ¡No, claro! No son cosas para el inteligente doctor Hale. Se ha limitado a bloquear las objeciones, prescindiendo de si respondían o no a una actitud equivocada.

—Quizá las objeciones de Madison a la ambulancia también eran válidas.

—Yo no he dicho eso. El expuso sus razones y tú las rebatiste. Prevalecieron tus razonamientos. Esto está bien, ésta es la manera correcta de hacer las cosas. Yo no puedo aceptar que los procedimientos empleados por este hombre sean los propios de una profesión digna.

—Pareces un Madison en mujer.

—Quizá lo sea.

Edith se sonrojó y Paúl recordó que también se había sonrojado aquel sábado, hacía varias semanas de ello, en ocasión de una *mister*iosa cita.

—Da la casualidad que considero que la medicina debe ejercerse con más decoro que la confección de libros. Si esto me convierte en un igual del doctor Madison, no veo razón para excusarme.

Paúl se colocó frente a ella, haciendo desistir con su gesto a una de las enfermeras que se aproximaba a saludarlos.

—Escucha, Edith, posiblemente tú no lo sepas, pero resulta que Madison tiene un pasado que nada tiene que envidiar a los antecedentes de un jefe de la mafia y que dice muy poco en favor de un cirujano de renombre. No me importa que sean puestas en ridículo mis diferencias y las de mis amigos con las virtudes de un líder genuino. Pero comparado con Madison, Ernie Hale y un servidor somos un par de dioses del Olimpo.

—¡Historias!

—Tú no quieres escuchar, ¿verdad? ¿Dónde están tus razonamientos, dónde tu enfoque civilizado de las cuestiones?

—No pienso quedarme aquí escuchando como ensucias el nombre de este hombre. Si piensas que es tan malo, ¿por qué no se lo dices a la cara?

—Ya lo ha hecho Ernie. Y entonces Madison se ha apeado. —¡Mentira!

Edith se giró en redondo y se dirigió a una de las comadronas ayudantes, que había quedado unos momentos sola. Con una rara habilidad para cambiar de expresión que sorprendió a Paúl, Edith inició una conversación animada y afable. Paúl consultó el reloj, volvió a mirar a Edith y tomó una decisión. Se encaminó hacia ella, tocó levemente su hombro y presentó sus excusas a la eficiente doctora.

—Me voy. Espero que pases un buen rato.

Se encaminó a la puerta y, al pasar junto a Ernie, se despidió de él con un movimiento del brazo. Junto a la puerta de salida, Edith pudo atraparlo.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Irme. En primer lugar, te diré que no era mi intención venir a este velatorio. La idea partió de ti. Lo acepto: quédate y diviértete todo lo que puedas. A mí no me dice nada y, además, tampoco quiero echar a perder la fiesta discutiendo contigo.

Volvió a apartarse de ella, esta vez para recoger el abrigo que estaba colgado de una percha, y se dirigió al coche que tenía aparcado.

Advirtió que la muchacha le seguía los pasos. Los oía sobre el asfalto, a poca distancia. Al llegar junto al coche, comenzó a abrir la puerta.

—Paúl… —dijo Edith, casi sin aliento—. Escúchame…

—Te he escuchado ya —respondió Paúl al tiempo que abría la puerta del coche.

—¡Te estás comportando como un niño!

—Lo admito. Soy un niño. Lo lamento, pero no puedo cambiar. Y ahora, quita las manos del coche y déjame que acuda a mi destino de ser inferior.

Edith se hizo atrás, algunos cabellos sueltos, a merced de la brisa. A la luz que llegaba hasta ellos procedente del edificio, Paúl creyó distinguir unas lágrimas en los ojos de la muchacha.

—¿Es eso lo que soy para ti?

Paúl se detuvo un momento y se quedó mirándola.

—Voy a decirte que eres para mí, Edith. Eres un problema, eres una persona que no ve nunca las cosas como las veo yo. Eres una chica que, antes, a veces, actuaba con naturalidad, sabía desprenderse de este manto hecho de dignidad y de elevados principios. Ahora te has convertido en un ejemplo de algo viejo y caduco por lo que a mí concierne.

Paúl calló un momento para recobrar el aliento, sin preocuparse de qué Edith ahora estuviese llorando abiertamente, recordando en cambio lo mucho que ella deseaba reorganizar la vida de él, escoger sus amigos, conformar su futuro para amoldarlo a sus propios ideales.

—Eres una tradicionalista fría, con un dispositivo de refrigeración metido en el meollo mismo de tu cerebro y con un nervio muy particular que lo conecta con tu sexo. Es así. Reconozco que soy brusco, que soy vulgar, que no soy un buen compañero, Simplemente: déjame en paz y yo haré lo mismo contigo.

Paúl se metió en el coche y lo puso en marcha. Edith se quedó a un lado mientras él se alejaba y el ruido del motor iba disminuyendo rápidamente, volviendo a dejar aquel lugar en calma, salvo por los compases de la música, casi inaudibles, procedentes de la sala donde se celebraba la fiesta, y por los sollozos de Edith.

—¿Mary?

La voz que venía del otro extremo del hilo era débil, transida de sueño.

—Paúl, ¿eres tú?

—Sí. Escucha, ¿quieres salir a tomar una copa? Voy a la cervecería de la Bandera y el Pilar. He prometido a Lester y a Bill que me reuniría allí con ellos, para tomar unas copas.

—¡Oh, sí! Me encantaría. Me había quedado como un tronco, todavía estoy un poco aturdida. ¿Dónde me encuentro contigo?

—Avisa a un taxi para que pase a recogerte. Estaré en la barra dentro de tres minutos a partir de ahora. ¿De acuerdo?

—De verdad que no tienes pelos en la lengua. De acuerdo. Nos vemos dentro de unos minutos.

Paúl colgó el receptor y recorrió a pie la distancia que lo separaba de la cervecería desde la cabina de teléfonos. Ya en la acera, se detuvo un momento a escuchar. La música que salía del bar se combinaba en el aire, sobre su cabeza, con las tonadas desafinadas procedentes de la barra. Podían escucharse hasta doce niveles diferentes de conversación, además de los sonidos de los vasos al tintinear el vidrio y las explosiones repentinas de toses y carcajadas. Eran los ruidos que emitía gente que estaba haciendo aquello que quería hacer, sin verse coartada por exhibicionismos ni por dignidades estilizadas. Abrió de par en par la puerta que conducía al bar y entró.

El ruido descendió unos cuantos decibelios en el momento en que Paúl hizo irrupción en el bar. En los ochenta años de existencia del establecimiento muy pocos trajes de etiqueta habían penetrado en aquel local. Y todavía menos americanos, si bien Paúl consideraba que su nacionalidad era apenas visible. Pasados unos segundos, lo habían aceptado y había pasado a sumarse a la multitud. Se abrió paso entre dos hombres, empeñados en hacer mantener el equilibrio a dos monedas colocándolas en el borde de un vaso, pasó junto a una mujer gorda que estaba cantando *Dulce y vieja canción de amor* a su compañero, un hombre diminuto de ojos vidriosos que sostenía el vaso apretado contra su pecho al tiempo que contemplaba con ojos fijos su propia imagen, reflejada en un espejo de superficie irregular, que la proyectaba distorsionada.

—Una pinta de amarga, por favor.

La camarera, tradicionalmente pechugona, pero más pálida que las rollizas muchachas que aparecen en la propaganda de cerveza, aceptó tímidamente la orden, al tiempo que ponía los dedos en la manecilla utilizada para la cerveza de barril.

—¡La pago yo!

Paúl se dio la vuelta y vio a Bill Davis haciéndole una seña con la mano desde el otro extremo de la barra.

—Me figuraba que nos daba esquinazo —gritó.

—También me lo figuraba yo —murmuró Paúl, en voz tan baja que sólo pudo oírla él.

Cogió el vaso de la barra y se dirigió con él a la mesa de un rincón que Bill le indicó. Lester, con un aire más a lo Marlon Brando que nunca gracias a

la iluminación artificial y al ambiente saturado de humo, estaba sentado a la mesa, examinando una baraja. Al sentarse Paúl, levantó los ojos y le sonrió.

—Bien venido al Ritz, pero no era preciso que se vistiera.

Levantó las cartas y con la cabeza hizo una seña en dirección a Bill, que estaba acomodándose en una silla.

—Se figura que están marcadas. Hace un momento que un individuo ha ganado dos libras por pieza. A mí me parece que es cosa de suerte.

Paúl cogió las cartas de manos de Lester. Las cuadró cuidadosamente, después las recorrió con el dedo, primero por un lado y después por el otro. Volvió a hacerlo, observando el dorso de los naipes al pasar; después, levantó los ojos y con una sonrisa dijo:

—Están marcadas.

—¿Cómo? —Bill clavó los ojos en Lester—. Ya te he dicho que • el tío era un timador. Menos mal que me he quedado con las cartas, ¿no es verdad?

—¡Valiente cosa!

Lester tenía un aire de lo más contrariado.

—Esto no nos resarce del dinero perdido, me parece.

—No —admitió Bill—. Pero, por lo menos no volverá a estafar a nadie esta noche.

—¡Menudo consuelo! —Lester desplazó la atención a Paúl—. ¿Cómo sabe que están marcadas?

Paúl se lo demostró. Como cada marca hecha en el naipe debía ocupar una posición diferente, resultaba fácil detectar la trampa. El dibujo del dorso era constante, pero en el dibujo geométrico aparecía un punto blanco que iba variando de posición.

—¿No veis? Ahí está la marca.

—Es sorprendente.

Bill parecía maravillado, pese a haber perdido las dos libras. Lester se mostraba menos entusiasmado.

—La próxima vez que un desconocido quiera jugar contigo, proporciónale tú la baraja. Parece que te gusta que te timen.

Bill, que parecía haber bebido mares de cerveza, indicó con el dedo la chaqueta abierta de Paúl.

—¿Por qué todas estas galas, doctor? Que yo sepa, esta noche no hay nada especial.

—Tengo una cita con una dama —le machacó Paúl—. Siempre procuro dar mi mejor imagen.

—Más vale no citar señoras en este lugar —le advirtió Lester—. Las cosas que se oyen son como para rizarle el pelo a la más pintada. Nosotros venimos precisamente por esto. Nos compensa de los malos ratos que pasamos en el hospital.

Se echó a reír al tiempo que daba cuenta de la mitad de la pinta.

Por espacio de unos minutos circuló libremente la cerveza y el intercambio de opiniones. Lester contó dos terceras partes de un chiste cuyo final había olvidado. Bill planteó en *pocas* palabras su teoría en torno a los efectos del alcohol sobre las células cerebrales (la cerveza las ampliaba y las hacía musculares, el *whisky* y la ginebra eliminaban la sustancia cerebral y reducían este órgano a un instrumento automático, un simple mecanismo, útil únicamente para controlar el cuerpo). Mientras se entregaban los tres a una carcajada, provocada por los intentos de Paúl para liar a mano un cigarrillo con el tabaco de la petaca de Lester, se abrió la puerta y entró por ella Mary Scott, vestida con una gabardina de color azul marino y un pañuelo de seda amarillo atado a la cabeza. Lester fue el primero en verla y propinó un codazo tan fuerte a Bill que éste por poco se derrumba de la silla como consecuencia de la violencia del impacto.

—Seguro que está interesada en alguno de nosotros —aventuró Lester.

—A lo mejor tú —replicó Bill—. Tú eres el simpático.

Mary se abrió paso hasta la mesa, al tiempo que aventaba el humo con la mano.

—No es habitual ver cincuenta personas contrayendo a la vez un cáncer de pulmón.

Cogió la silla que le ofrecía Paúl y se sentó, sonriendo cordialmente al trío.

—No cabe duda que esto difiere de lo que es una costumbre para mí. No sabía que Quaglino tuviera una sucursal en Westfield. ¿Qué tal está la cerveza?

—Está formidable —le aseguró Paúl—. Una pinta de este mejunje y soy de quien quiera tomarme.

—Entonces a mí me bastará con una cucharadita.

—Ahora en serio —dijo Paúl—. ¿Qué vas a tomar? —Una pinta, por favor.

—Estás de broma.

—Tú pide una pinta y después verás si estoy o no de broma.

Transcurridos diez minutos Paúl estaba maravillado ante la belleza de cuanto lo rodeaba y ante la forma como la gente sabía divertirse sin dejarse

vencer por los problemas. Le hubiera encantado que Edith Roberts fuera testigo de aquel ambiente. La distancia que existía entre las ideas estereotipadas que ella alimentaba y el ejercicio por parte de aquella gente de su capacidad para la diversión era demasiado, una sima demasiado profunda para que pudiera ser salvada, aunque ella podía a lo menos estar enterada de qué cosas le hacían falta.

Mientras Bill y Lester discutían con otro parroquiano sobre la contribución a las apuestas semanales de las carreras de caballos, Mary se aproximó a Paúl y le dijo:

—Gracias.

—¿Qué he hecho?

—Me has pedido que saliera contigo. Hacía una eternidad que no ponía los pies en una cervecería. Es uno de los mejores sitios para relajarse.

Mary sorbió un poco de cerveza y añadió a continuación:

—¿Dormimos en camas separadas esta noche?

Paúl se puso el índice en la sien.

—Pues no sé qué decirte. Tengo algo de dolor de cabeza…

—¡Venga ya!

Mary le dio un empujón y bebió un poco más.

—Soy una verdadera fiera en este campo.

Paúl reprimió una sonrisa.

—Posiblemente no estaré en condiciones de comprobar los resultados. La cerveza actúa en mi vejiga de la misma manera que el hielo con el imán.

—No es preciso que lo eches todo a perder —respondió Mary bajando los párpados—. Acabo de documentarme sobre el tema.

—¡Claro!

—Dicho sea de paso, ¿a qué viene todo este lujo? Yo me figuraba que serías tú quien daría la explicación.

—He ido a la orgía de las comadronas. Y he tenido que largarme cuando comenzaban a jugar a la gallinita ciega. Era demasiado para mi paladar.

—¿Has ido solo?

Mary lo miró a los ojos, como esperando a que quisiera colarle alguna mentira.

—He ido con Edith Roberts.

—¿Qué ha sucedido? ¿Tenía que acostarse a las nueve?

—¡Cuidado, cuidado! Esconde las uñas, nena.

Y, al decir esto, agitó un dedo en señal de advertencia.

—En serio. Era soporífero. No quiero hablar del asunto. Digamos que me he marchado porque no me apetecía quedarme. Y, dados los resultados, me complace haberme ido.

En el curso de la hora restante y hasta el momento de cerrar el local estuvieron bebiendo, jugando al veintiuno con las cartas marcadas, cantando con el resto de la concurrencia y llegando a un estado de embriaguez que nada tenía que ver realmente con el estupor.

Ya en la calle, Bill y Lester dieron las buenas noches y expresaron el placer que habían experimentado al disfrutar de la compañía del doctor y de su enfermera. Paul y Mary manifestaron que también ellos lo habían pasado muy bien y los dos hombres se dirigieron al trote a sus casas. Camino del coche, Mary cogió a Paul del brazo.

—Oye, dame un beso, ¿quieres?

Paúl hizo lo que ella le pedía y Mary comenzó a ronronear como un gato satisfecho.

—Un beso, en plena noche y al aire libre es algo maravilloso, sobre todo con el estómago lleno de cerveza —murmuró.

Al cabo de diez minutos estaban en casa de Paúl. Mientras Paúl iba a guardar el coche en el garaje Mary entró en la casa y puso agua a calentar. Toda la gente que trabaja en el campo de la medicina, cualquiera que sea el lugar del planeta donde viva, tiene la costumbre de tomar algo caliente antes de acostarse, sea lo que fuera lo que haya podido tomar anteriormente.

Después de media hora de haber llegado del garaje, Paúl advirtió que Mary seguía con la gabardina y el pañuelo puestos.

—¿Tienes frío?

Mary movió lentamente la cabeza y se quitó el pañuelo, dejándolo sobre el sofá.

—No quería quitármelo hasta tener la seguridad de recibir tu atención.

Mary se sacó los zapatos de un puntapié y Paúl advirtió que llevaba los pies desnudos. Después se desabrochó los botones y se abrió la gabardina, con lo que Paúl por poco suelta el tazón de chocolate que sostenía en la mano. Mary llevaba, debajo de la gabardina, un sostén de encaje negro y unas bragas de nylon también negras. La muchacha se quedó de pie, con la gabardina abierta, espiando la reacción de Paúl.

—¿Toda la noche has ido vestida de esta manera?

—Sí; toda la noche. Lo que quería decirte en realidad cuando me has besado es que es maravilloso que la besen a una en la calle, cuando hace frío, con poco más que las bragas puestas.

Iba a preguntarle por qué, cómo automáticamente, pero se detuvo. Sabía por qué ella hacía esto, como sabía por qué recurría tan a menudo a otros artilugios eróticos. Aquello sólo en parte tenía que ver con el impulso personal y en gran parte iba dirigido a despertar una reacción en él, en hacer que él se sintiera halagado. Mary tenía la decencia de tratar de asegurar que no ofrecía simplemente su cuerpo, cosa relativamente fácil, sino que quería actuar en todo, incluso en el hecho de excitarlo.

Mary se quitó la gabardina y se aproximó a Paúl, situándose junto a la silla, dejando que él pusiera los labios sobre su pequeño ombligo y apretando suavemente su rostro para envolverlo delicadamente con la carne del vientre.

Paúl dejó la taza y colocó a Mary ante él. Pero ella, de puntillas, lo arrastró tras de sí, cogido de la mano, rubia atrayente capaz de cumplir todas las promesas que le hacían sus suaves caderas y sus muslos incitantes.

Aquella noche Mary hizo con él el amor como nadie hasta entonces. Él se encontró a su vez esforzándose en complacerla y encontrando un placer más al conseguirlo. Cuando todo hubo terminado, así que los dos hubieron agotado el repertorio que les dictaba su imaginación y su necesidad, la muchacha quedó tendida al lado de Paúl, dispuesta a fumar un cigarrillo y a hablar.

—Tienes que saber una cosa, Paúl. Lo que te dije en un principio, que no había adhesiones, que no debía haber responsabilidades ni barreras impuestas por ninguno de los dos, por lo que a mí respecta, se ha ido al cuerno. Te necesito y no sólo para esto…

Al decir estas palabras se tocó la ingle, húmeda aún, acariciándola con el respeto y el cariño que inspira algo que se estima.

—He llegado a un punto en que me siento posesiva. No es cosa corriente en mí. Yo nunca me muestro posesiva en nada, por lo menos hasta ahora. Tú me conoces, no hay nada que desconozcas de mí… nada que importe. Tú sabes, como yo sé, que soy fácil de entender; así me lo dijiste claramente una noche en esta misma casa. Me colocaste en el marco que me corresponde. Lo acepté. Pero ahora no lo acepto. Ahora te deseo. Y si no puedo tenerte, me apartaré de ti. No te figures que quiera extorsionarte. No entra en mi manera de ser. Tú lo sabes.

Mary se quedó inmóvil respirando tranquila, al lado de Paúl, suave y cálida junto a él.

Paúl estaba pensando cómo podía expresar lo que deseaba en realidad. Advertía que aquello era un ultimátum y, dadas las circunstancias, Mary actuaba de una manera lógica. Se lo decía cuando todavía podía decirlo, ahora

que los dos se encontraban saciados y en el mejor momento para valorar lo que cada uno sentía por el otro. Había en Paúl influencias en las que no podía confiar demasiado. La tensión que había producido la pelea con Edith todavía despertaba resonancias que se irían acallando. Mañana por la mañana no la vería ya con tan malos ojos. Y existía también aquel deseo suyo soterrado, un deseo que venía arrastrando desde hacía varios días y que lo impulsaba a alterar sus planes. ¿Debía hacerlo ahora? ¿Debía enfrentarse con aquellas consecuencias desagradables, quizás angustiosas? Suspiró y trató de ver las cosas con claridad. Seguía aspirando a lo mismo: quería tener éxito, un éxito a su manera. Él había pensado que sabía cómo tenerlo, que conocía qué hilos era preciso mover. Sin embargo, una de las antiguas normas a que seguía adhiriéndose era la de que debía estar dispuesto siempre a revisar sus opiniones sobre cualquier materia, puesto que tanto las gentes como las actitudes estaban sujetas a revisión. Aquello también era válido cuando se eludían las actitudes.

Paúl se estremeció, una especie de convulsión recorrió su cabeza, sus hombros, sus brazos, un movimiento que hizo levantar la cabeza a Mary y clavar en él su mirada. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntaba Paúl. ¿En qué estaba pensando, qué había estado haciendo todo aquel tiempo? Soy Paul Avery, se decía, un hombre que se ha hecho a sí mismo a su manera. Yo mismo he creado mis oportunidades. No quiero tratar de adivinar por qué camino me llevarán los planetas. Esta muchacha, esta Mary Scott que acepta abiertamente las más extravagantes fantasías y que está dispuesta a volver tranquilamente al hospital sin llevar otra cosa puesta que la ropa interior y una gabardina, posiblemente sea la chica más interesante, la más divertida de cuantas he conocido en mi vida. Lo que cuenta es la realidad, sin los peros que pueda haber. Las objeciones están todas relacionadas con la actitud que Edith representa. El decoro: he aquí algo por lo que había estado porfiando por culpa de aquella morsa. Convertirse en el hombre que se había empeñado en ser, tener consulta abierta en los Estados Unidos… para lo cual lo único que necesitaba era seguir haciendo lo que se le antojara, seguir su nariz, como decía Ernie. Su nariz, sus ojos, su piel, sus nervios, sus glándulas le estaban diciendo que esta mujer era la que le correspondía: era franca, sincera, amoral y… deliciosa. Cuando pensaba en su apego a Edith, aquella muchacha tan poco adecuada para él, sólo porque tenía la fachada que él consideraba correcta, se sonrojaba. Aquellos momentos vividos en la cervecería le habían abierto los ojos, ahora que lo pensaba. Diversión pura, tantas horas de esparcimiento como las que un hombre destinaba a este propósito: éste era el

camino a seguir y Mary Scott era la compañera. Poseía inteligencia, buena presencia, instinto sexual a espuertas y, por encima de todo, era sincera. Recordaba ahora que la había juzgado diferente de él, sin advertir que precisamente aquellas diferencias eran las condiciones ideales para la mujer que había de ser su compañera. Quería una esposa, una amiga… no una discusión diaria. Había sido un imbécil al no darse cuenta de ello hasta ahora.

—¿Mary?

—¿Eh?

—¿Crees que te gustaría América?

Mary se echó a llorar, después a reír y finalmente lo envolvió con su cuerpo y mucho más tarde se quedó dormida, dejando a Paúl despierto, sumido en una sensación de bienestar que no experimentaba desde hacía muchos meses. Al igual que todas las decisiones importantes que había tomado en su vida, ésta la había decidido tras un profundo debate interno y, como todas las demás, sería perdurable. Ahora daba gracias, casi sin aliento, de que en realidad nunca hubiera acabado de decidirse del todo en cuanto a puntualizar la situación con Edith Roberts. ¡Era tan valioso lo que hubiera perdido!

Paúl empezó a notar que se hundía en el sueño, no sin considerar que, pese a ser un hombre cuyo lustre profesional estaba en peligro de verse empañado, se sentía como un auténtico vencedor.

20

Un desastre, como todo hecho inesperado, suele ofrecer indicios que anuncian su llegada, advertencias que a veces pulsan los nervios de aquéllos dotados de suficiente intuición. El viernes por la mañana Ernie Hale tenía la sensación de que algo perturbaba el aire en que se movía. Incapaz de detectar este algo, decidió que a lo mejor se trataba de un resfriado inminente; Ernie no podía siquiera considerar la posibilidad de una premonición, porque él no creía que fuera posible prever los hechos de un día. Era el hombre quien imponía una pauta a los hechos y el futuro, en gran medida, dependía de las decisiones humanas. De no haber tenido tanto trabajo, quizás hubiera debido reconocer que una cadena de hechos ocurridos conduce a veces a un resultado calculado ya por el inconsciente. Pero Ernie aquel día se encontraba muy ocupado, por lo que tomó un par de aspirinas e hizo votos para que el resfriado no fuera grave.

Había prometido al doctor Freeman, ocupado en dar unas conferencias a unos estudiantes durante toda la mañana, que se encargaría de hacer en su nombre la ronda de su departamento. Acompañado por la enfermera Muir, que sabía tanto como cualquier médico acerca de enfermedades mentales, a las nueve de la mañana se dispuso a examinar aquellas mentes enfermas que sus conocimientos trataban resueltamente de sanar.

Un hombre llamado Rutter, que había ingresado en el hospital hacía tres semanas, se negaba a contestar las preguntas que se le formulaban. Había hablado un momento, pero ahora se había retraído. Ernie leyó las notas por encima. Rutter había arrojado una plancha eléctrica a su mujer y había fallado el blanco, a continuación había salido a la calle y había lanzado una piedra a un policía que deambulaba por los alrededores, blanco que esta vez no había fallado. Con anterioridad a aquel hecho, se había mostrado siempre una persona perfectamente consecuente y un eficiente empleado de banca. Desde su entrada en el hospital de Westfield no había dado muestras de violencia, si bien presentaba síntomas de confusión y perturbación generales. En opinión de Ernie, el cerebro de *mister* Rutter se había salido de quicio como

consecuencia de la monotonía de su trabajo, pero ahora se encontraba en un terreno que le era ajeno, un mundo donde Rutter no tenía ninguna experiencia. El paciente detestaba su trabajo y ya nunca volvería a asumirlo, aun cuando la alternativa era la confusión y el espanto. La seguridad no siempre es buena y, en el caso de Rutter, podía decirse que le había sorbido el seso.

—Tiene que aficionarse a algo —dijo Ernie a la enfermera—. Ha de haber algo que lo atraiga. ¿Cómo le va la clase de terapia ocupacional?

—Molesta a los demás —replicó la enfermera—. Se queda sentado con una bandeja y unos palitos sobre las rodillas, mirando todo el tiempo por la ventana. Los demás tienen la sensación de que estallará en el momento más impensado. Y se muestran muy precavidos.

Ernie tomó nota para discutir el caso más detenidamente con el doctor Freeman.

—Manténgalo con la misma medicación, enfermera. No interesa que empiece a advertir las atracciones del suicidio.

El paciente siguiente era relativamente normal en su conducta. Estaba aquejado de depresión, una depresión capaz de hacerlo pedazos en medio de una conversación. El tratamiento, con el cual Ernie no estaba demasiado de acuerdo, consistía en terapia de medicación y en aplicaciones regulares de terapia electro-convulsiva. En opinión de Ernie, era erróneo tratar de aquella manera una depresión. Había que localizar la causa de la misma, a fin de matar la bestia en su guarida. Sin embargo, aquello hubiera exigido una revisión completa del sistema y encontrar a varios millares de nuevos psiquiatras. Por consiguiente, entretanto había que seguir drogando y conmocionando a este paciente y a otros como él hasta que no se atrevieran ya a sentirse deprimidos.

En la cama siguiente había un joven, casado, con un futuro prometedor en el campo de la enseñanza, convencido de que tenía un tumor cerebral. Se trataba de un tumor muy especial, puesto que le hablaba y le decía cómo progresaba, cómo iba tomando posesión lentamente de su cerebro y cómo sabía hacerse invisible a cirujanos y radiólogos. El problema estribaba aquí en que el paciente había estimulado la locura, había descubierto que tenía la vida demasiado fácil y se había creado el problema. Había sabido hacer tan bien las cosas que ahora el problema era más fuerte que su voluntad de combatirlo. Ernie estuvo hablando con él unos minutos.

—Pronto ya no podré andar para atrás —le dijo—. Ahora está ramificándose a través de la corteza cerebral y provocará el caos en mis

funciones motoras.

—Usted sabe un montón de cosas sobre el cerebro, ¿no es verdad?

Las simpatías de Ernie se dirigían a la esposa de aquel hombre, un ratoncillo sereno incapaz de salir al paso de las peculiaridades que afectaban al estado de su marido.

—He leído mucho —admitió el hombre—. Y sé que hay cosas que la medicina desconoce. Millares de cosas; Este tumor que se ha formado dentro de mí es una inteligencia aislada que ha ido creciendo a partir de unos cuantos miles de células traidoras. Pretende inmovilizarme. Y lo conseguirá, a menos que ustedes hagan lo que les pido.

—Lo que usted pide es imposible. Moriría.

El paciente había estado repitiendo una y otra vez que pusieran su cerebro al descubierto y que derramaran sobre él una solución muy diluida de yodo.

—¡Pero es lo único que puede curarme!

Para Ernie seguía siendo difícil entroncar la conducta natural de aquel hombre con el curioso trastorno que suponía aquella obsesión suya. Tenía el aspecto y la manera de hablar de una persona perfectamente razonable y, de haberse empeñado en padecer un dolor en un lugar imposible de localizar, hubiera sido clasificado como una persona completamente cuerda.

—Yo puedo leer en los pensamientos de esta cosa, ¿comprende? Ella sabe que el yodo podría disolverla, liberarla a la atmósfera. ¿Es que los cirujanos no confían en mi palabra? Ya sé que eso no se ha hecho nunca, pero deben tener presente que la experimentación es la base del progreso.

La enfermedad iba avanzando sin que fuera posible cortarle el paso. Ernie había discutido ya la cuestión con el doctor Freeman y los dos habían sido de la opinión de que este hombre muy pronto entraría en la cámara de los horrores de la locura absoluta. Después de unas palabras más y de asegurar al enfermo que haría todo cuanto estuviera en su mano para reducir la amenaza al cerebro del paciente, Ernie se alejó con aquella misma sensación de inutilidad que hacía presa en él unas diez veces al día.

—¡Qué lío! —murmuró dirigiéndose a la enfermera Muir—. Un hombre joven con todo a su favor. Y en cambio, es terrible.

—Puede librarse —aventuró la enfermera—. Pero tengo la inquietante impresión de que la cosa se acelera en este caso. Y no creo que él pueda pararla.

—Sería bueno que pudiéramos hacer algo por él.

Ernie echó una ojeada al paciente.

—Él podría. Pero lo único que le importa es su persona. Su mujer, para él, es uña pertenencia más. Si estuviera ansioso de reunirse con alguien o si le inquietara perder algo ajeno al hospital que fuese precioso para él, podría usarlo como salvavidas. Pero está absorto en sí mismo y, que sepamos, ha estado siempre en las mismas condiciones. Lo único precioso con que cuenta es su cerebro y lo que más le preocupa es perderlo.

Lanzó un profundo suspiro.

—Vamos a apresurarnos un poco. Dentro de una hora tengo consultorio.

Al final del pabellón había una cama con un caso de neurosis aguda. Se trataba de un hombre entrado en años, un tanto afeminado, que hizo a Ernie establecer una comparación inmediata de los síntomas de aquel hombre con los de la joven esposa que había visto hacía un tiempo: la muchacha incapaz de afrontar el hecho de que su marido fuera homosexual. Había sido un caso fácil, porque sus obsesiones y fobias no eran tan fuertes que modificaran su personalidad. No se trataba más que de hábitos irritantes. Con todo, este tipo de trastornos, cuando están muy arraigados, suelen ser difíciles de desarraigar. El hombre, en cambio, era un maniático del lavado y de la memorización. Para leer un periódico invertía como mínimo cuatro horas. Y aun ciñéndose a breves fragmentos. Porque el hombre debía aprenderse de memoria cada sección antes de pasar a la siguiente.

Después de la lectura se lavaba las manos cinco veces. Sí, ya metido en la tarea del lavado, olvidaba las veces que había efectuado aquella tarea, debía volver a empezar por el principio. Había sido ingresado en el hospital porque últimamente había cogido la costumbre de gritar con todas sus fuerzas cada diez minutos para, según él, puntuar el día. Al retirarse a la cama por la noche se sentía obligado a proferir el alarido más fuerte del día, a la manera de punto y aparte.

Ernie habló un momento con él, dado que el caso dependía del hecho de que el paciente consideraba al doctor Freeman como autoridad única. Si la fe que tenía en el veterano psiquiatra podía alcanzar un nivel suficientemente alto, acabaría creyendo que caía dentro de las posibilidades de alguien más el liberarlo de sus obsesiones. El doctor Freeman lo había conseguido en cierta ocasión y tenía esperanzas de volver a conseguirlo.

—¿Cómo está usted, *mister* Lowry?

—Muy bien, doctor. Pero en este momento no puedo hablar con usted. Perdone, ¿quiere?

Ernie bajó los ojos y vio que el hombre tenía un libro abierto sobre las rodillas.

—¿Lo está aprendiendo de memoria?

—Intentándolo. ¡Sssss!

A los pocos minutos había terminado la ronda. Ernie tomó un café con la enfermera Muir mientras resumía las conclusiones de la mañana.

—No hay ninguna urgencia, enfermera. Siga administrando sedantes a Lowry y manténgase alerta con el paciente del tumor imaginario. A lo mejor intenta abrirse él mismo el cráneo.

Echó una ojeada al despacho de la enfermera y sonrió.

—Es un buen pabellón éste. Produce una sensación más agradable que otros. Aquí me siento más psiquiatra que en otros sitios.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, ya conoce el aforismo: comprensión y sana despreocupación. Aquí es aplicable, dado el nivel de la enfermedad. Pero en el pabellón de violentos, a veces me siento exorcista. ¿Entiende lo que quiero decir? A veces pienso que conseguiría mejores resultados si me paseara con un manto hasta los tobillos, unos cuantos abalorios y un sonajero.

—Fe es lo que necesitan la mayoría de enfermos, doctor. Tal vez un brujo fuese la respuesta.

—Lo propondré en la próxima reunión de alto nivel.

Echó una mirada al reloj.

—Tengo que irme. ¿Puedo llamar por teléfono, enfermera?

Asintió con la cabeza y salió de la habitación al tiempo que Ernie marcaba el número de la residencia de enfermeras. Después de unos momentos de búsqueda a cargo de sus compañeras, se localizó a Cynthia y ésta acudió al teléfono.

—¡Hola! —la saludó Ernie—. Está hablándote tu salvador. ¿Qué quieres hacer esta noche?

—Lo de siempre, supongo —replicó ella, ahogando una risa. ¿Por qué le gustarían tanto los chalados?, se preguntó Ernie.

—Me refiero a la primera parte de la noche. En la ciudad hay un filme escandinavo. *Confesiones de un cirujano fetichista de botas* o algo así. O si quieres podemos ir a cenar.

—Vamos a cenar.

La misma de siempre. Comer y copular, régimen muy simple que mantenía su cuerpo en condiciones y su cerebro romo.

—De acuerdo. Te recogeré alrededor de las ocho. Que tengas un buen día.

Al atravesar el patio localizado entre los pabellones y la clínica de pacientes externos, Ernie se puso a pensar en la manera que tenía de

desarrollarse su pauta personal en algunos aspectos y de permanecer estática en otros. Su carrera adoptaría un cambio radical cuando apareciera el libro; tenía la plena seguridad. El cambio le reportaría un contacto con diferentes oportunidades y sus posibilidades podían derivar entonces según diferentes líneas. Sin embargo, su vida privada no se modificaría demasiado y no veía que pudiera cambiar. No pensaba casarse y, dejando aparte los esporádicos arrebatos de castidad y romanticismo que acometían de vez en cuando a Cynthia, aquella relación le resultaba satisfactoria hasta el día en que otra idéntica se instalase en su lugar. Juzgándolo desde un ángulo un tanto torcido, pensó que él era una persona estable en lo que importaba.

El trato con gente perturbada no tenía nada de fácil. Al entrar en la sala del consultorio y dar una ojeada a la lista, Ernie tuvo la repentina tentación de entrar corriendo a la sala de espera y gritar a los que aguardaban que se fueran a sus casas, comenzaran a trabajar de firme y dejaran de imaginar que estaban enfermos. Lo que se necesitaba primordialmente era paciencia, pero a veces casi se le agotaba.

La enfermera llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Mark Jordan está aquí —dijo.

Ernie levantó la cabeza.

—Lo veré a él en primer lugar. Debe resultar muy embarazoso tener que estar esperando con un policía a cada lado. Hágalo pasar así que se lo indique con el timbre.

Como había sospechado en la anterior entrevista, el caso exigía reclusión permanente. Los deseos del muchacho de hacer daño a los demás y sus manías persecutorias se habían revelado a la luz fría de los resultados de las pruebas efectuadas dos días antes. Ernie quería volver a ver al muchacho para incorporar alguna impresión acerca de su personalidad en el informe que había de prepararse para el tribunal. Podía hacerse mucho, estaba plenamente seguro, pero de momento en el papel no figuraba siquiera la mecánica de ningún tratamiento serio. Ernie volvió a leer las notas y se alarmó al entrar en los detalles del ataque perpetrado por Mark a la muchacha que lo había delatado. Si todo aquel ingenio pudiera desviarse hacia un camino productivo…

Pulsó el botón del escritorio y entró Mark Jordan. Iba vestido como la última vez, pero tenía un aire algo más taciturno. Se sentó, cerró los puños y los descansó sobre sus muslos, al tiempo que observaba a Ernie con los párpados entrecerrados.

—Me alegro de verte, Mark. ¿Cómo encontraste los *tests*?

—Estaban bien. Un poco estúpidos, me han parecido. Pero no eran difíciles.

—Bien. Yo quería verte simplemente para intentar conocerte un poco mejor. Mañana tengo que redactar el informe y quiero poner en él todo lo que pueda saber sobre tu persona, aunque sólo sea para compensar los resultados y las cifras que aparecen en los *tests*.

Mark carraspeó.

—Yo también quería verlo a usted. En el centro no le dan a uno demasiadas explicaciones y quería saber lo que se traían entre manos. ¿Es verdad que pueden encerrarme para siempre?

Ernie trató de no ruborizarse.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Lo he oído. Se oyen muchas cosas cuando se tienen las orejas abiertas y la boca cerrada. ¿No es verdad?

—Esto es cosa que corresponde decidir al juez. Tú no has matado a nadie Mark, pero tus antecedentes demuestran que un día podrías hacerlo si las cosas siguiesen como hasta ahora. Así es que cómo te dije la última vez, a lo mejor te envían a un hospital. En el informe que yo haré, propondré un tratamiento. Por consiguiente, posiblemente te ahorres ir a la cárcel.

—Pero ¿pueden encerrarme para siempre?

Su voz sonaba monocorde, puesto que la única entonación que imprimía a las palabras procedía de la prolongación de algunas. Esto producía un efecto desagradable y Ernie imaginaba fácilmente a aquel muchacho aterrando a cualquiera y dejándolo medio muerto de miedo con la simple formulación de algunas amenazas.

—Corresponde al juez.

Ernie sabía que se estaba mostrando cobarde en este punto, pero no veía la manera de desfigurar los hechos. No podía decir a Mark que lo consideraba un inestable peligroso. En un aspecto, aquello podía halagarlo.

—Conozco otros casos —refunfuñó Mark—. Sé de un tipo de Londres que hizo lo mismo que yo, o cosa parecida, y lo metieron en Broadmoor. De por vida. Y sé qué palabras usan cuando tienen ganas de meterte dentro. Sociópata. Esta la conozco. Sé qué quiere decir.

Se golpeó la frente, como había hecho otras veces.

—Tengo muchas cosas aquí, doctor. Y yo sé que en mi informe usted usa palabras como sociópata, porque usted es uno de los que quieren encerrarme.

—Yo lo que quiero es ayudarte, Mark.

—No es verdad.

En aquel rostro tan poco agraciado no había indicios de una mayor emotividad, pero la voz iba creciendo. Ernie pensó que Mark se servía de su cuerpo como si fuera una máquina que disponía de una cantidad limitada de combustible, por lo que no movía un músculo si no era necesario. Hasta sus mismos ojos permanecían fijos. Aquel resentimiento era propio de su caso y a Ernie le fascinaba ver cómo iba creciendo, igual que el incendio que, a partir de una chispa, hace pasto del ramaje seco.

—En esta casa, hay gente de todo tipo, gente que hace leyes y gente que las viola, pero todos quieren meterme dentro, apartarme. Pero no olvide que yo tengo talento y, cuando la gente se entera, enseguida me vigila. Ahora usted se ha conchabado con el juez para encerrarme todo el resto de mi vida.

Parpadeó lentamente y, cuando sus *ojos* volvieron a abrirse, parecían haberse dilatado.

—Y esto no está bien. Usted no sabe nada de mí.

—Los *tests* nos han demostrado que tú necesitas ayuda, Mark. Si te permitieran hacer lo que a ti te viniera en gana, te hundirías. Hay cosas en ti que tú no conoces. Hay que ayudarte a superar ciertas dificultades. Hay otras que subsistirán siempre. Pero, de todas formas, puedes sacar tu vida adelante.

El corazón de Ernie estaba bastante lejos de aquel mensaje de esperanza. A lo sumo, tal como estaban las cosas, cabía esperar una forma de encarcelamiento que mostrara a Mark nuevas normas de conducta y lo mantuviera suficientemente a raya para evitar que se convirtiese en un animal furioso.

—Todos quieren que mi talento no asome a la superficie. Esta es la verdad. La verdad auténtica. No me darán ni la más mínima oportunidad, porque todos los hijos de puta quieren sacarme de la circulación.

Se inclinó hacia adelante en un movimiento que evidenciaba una concentración de fuerza. Ernie veía dibujada en el panel de vidrio de la puerta la sombra de los guardias que esperaban fuera. Tenía el timbre al alcance de la mano. Con tal de estar a salvo, a Ernie le gustaba estudiar a un paciente violento cuando era presa de la ira. Cada vez menos en guardia, contemplaba los dedos de Mark cómo temblaban y veía cómo una energía masiva y contenida estremecía sus hombros, aunque más lo adivinaba que lo veía realmente.

—Soy mejor de lo que creen algunos, doctor. Se figuran que, porque hablo poco, soy un paleto. Pero no lo soy. Métaselo en la cabeza. Casi no se lo cree, ¿verdad? Porque usted y el juez y…

—Mark, ya te he dicho antes que yo no quiero hacerte daño.

—¿Usted?

Los engranajes de aquel cuerpo seguían moviéndose y ahora las manos se apartaron una de otra y cayeron inertes a ambos lados del cuerpo.

—Usted no podría hacerme daño aunque quisiera. Los que quieren hacerme daño, tienen que agruparse.

Ernie se removió en su asiento, con la mano próxima al timbre. Dentro de él se libraba una batalla, una batalla en la que se había detenido pocas veces a pensar, aunque ahora estaba arreciando, haciéndole saltar de uno a otro punto de vista. Por un lado estaba el hombre comprensivo, el psiquiatra bondadoso, pero por el otro estaba el científico. Eran muy diferentes, como si fueran dos personas distintas. Uno quería ofrecer ayuda y sostén, pero el otro quería permanecer a la expectativa, hacer una disección de los hechos, interpretar resultados y éste hubiera dejado que un paciente saliera perjudicado con tal de que ello redundara en beneficio de la ciencia. Ansiaba tranquilizar a Mark, pero quería también ver cómo aquella indignación alcanzaba la cumbre. Ernie sabía que el psiquiatra que había en él hubiera contenido la indignación del muchacho, pero la otra faceta de su personalidad lo retenía: unos segundos más. Sólo unos pocos más.

Mark se levantó y con el dedo apuntó a la frente de Ernie.

—Cada vez que tengo que presentarme ante un tipo sentado detrás de una mesa, salgo perjudicado. Tengo derecho a decidir las cosas que me conciernen. Todavía no me ha escuchado nadie; en el tribunal no me dejaron hablar. No hay nada que funcione.

Ahora sus ojos se movían de un lado a otro, se fijaban en Ernie mientras hablaba para, después, dirigirse a un lado, titubeando como si estuvieran interpretando los signos de una terrible revelación interior. Ernie se quedó sentado, inmóvil, observando sin decir nada.

—Déjeme decirle una cosa, doctor. Cuando hoy me han sacado del centro para llevarme hasta aquí, me he dicho que no iba a volver. Si ahora no paro todo esto, me tendrán allí donde quieren que esté. Atado de pies y manos para toda la vida. Pues los que quieren mi ruina, van a enterarse de quién soy yo.

—Pero ¿cómo vas a arreglártelas para no regresar? Lo que conseguirás será complicar más las cosas…

—No; usted es quien complica las cosas, usted con sus papeles y con sus *tests*. De aquí es de donde salen las complicaciones. Si me libro de los hombres de las plumas, de los hombres que tienen las leyes a su favor, estaré a salvo.

—Mark, una cosa: tú estás bajo custodia.

Ahora Mark se acercó más y se inclinó sobre el escritorio, con la barbilla a pocos centímetros de la mano de Ernie, muy cerca del timbre.

—Custodia no es más que una palabra, doctor. Una palabra asquerosa. Yo estoy aquí dentro y soy libre como un pájaro. Sólo estoy en la trampa cuando dejo que usted y su pandilla se conchaben y me encierren en un manicomio.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro y, en medio de la tranquilidad, gracias a la proximidad, Ernie oía la respiración de Mark, entrecortada y temblorosa.

—No volveré. Nadie me pondrá las manos encima.

Una sensación urgente de responsabilidad se abrió paso a través de la fascinación que sentía Ernie.

—Siéntate, Mark. Esto no te llevará a ninguna parte.

—¡No es usted quién para darme órdenes!

Seguía inclinado sobre la mesa, enseñando los dientes.

—Todavía levanta cabeza, ¿verdad? Hace como que quiere ayudarme, pero usted sabe de sobra que lo que persigue es facturarme cuanto antes.

—Siéntate, Mark.

—¡No me hable así!

Tenía los ojos húmedos y una especie de angustia en su rostro de facciones duras.

—¡Podridas leyes! Pero los peores sois vosotros, los piojos que preparáis las trampas para los que se salen de la raya.

De pronto se apartó de la mesa y la mano de Ernie saltó al timbre. Mark captó el movimiento al instante e interpuso su mano, dando un golpe a Ernie y apartándolo a un lado.

—¿No ves?

Los ojos le brillaban acusadores.

—Ibas ya a hacerlo, ibas a llamarlos para que me llevaran. ¡Hijo de puta!

Metió la mano en la chaqueta y sacó un enorme destornillador, cuya punta era cortante como una navaja.

—No me pondréis las manos encima…

Ernie estaba casi fuera de la silla, con la vista fija en el arma, pensando miles de cosas sobre la seguridad personal y la poquísima seguridad que reina en los centros psiquiátricos.

—¡Dame esto, por el amor de Dios!

Mark levantó la herramienta fulgurante con los dedos firmemente agarrados al mango.

—¡Tómalo, tómalo! —dijo al tiempo que bajaba el brazo y la mano de Ernie se desplomaba sobre el timbre.

Todavía pudo oír el zumbido del timbre un instante antes de sentir la punta del destornillador hundirse a través de su cráneo y, pese a que no había transcurrido un segundo cuando los guardas entraron en la habitación, era ya demasiado tarde. Mark Jordan había bajado frenéticamente sobre el cerebro de Ernie Hale cinco veces el destornillador y por el cuero cabelludo desgarrado asomaban trozos de cerebro, astillas de hueso se prendían en sus cejas, se incrustaban en la cuenca vacía del ojo izquierdo. Uno de los guardias agarró a Mark por los cabellos y lo arrastró hacia atrás, hundiendo al mismo tiempo la cachiporra en el estómago del muchacho y propinándole un puñetazo en los dientes. El otro agente se había quedado inmóvil, con los ojos clavados en aquella pulpa informe que era la cabeza de Ernie. Su cuerpo estaba derrumbado sobre el escritorio y por encima de los papeles, sobre la alfombra, iba esparciéndose la sangre.

Mark Jordan estaba inconsciente; de haberse resistido, lo hubieran matado a golpes de porra. La enfermera estaba en la puerta, mordiéndose el dorso de la mano. Sin apartar la vista del escritorio, el guardia soltó un suspiro entrecortado.

—Llame a alguien enseguida. Habrá problemas.

Su compañero, todavía agachado sobre el cuerpo de Mark, asintió con la cabeza y miró a la enfermera.

—Haz algo, encanto. No te quedes mirando al médico. Esto no va a devolverle la vida.

La enfermera se dio la vuelta y comenzó a correr y, cuando se encontró al aire libre, rompió a llorar. En la oficina principal tardaron casi un minuto en entender lo que les decía. Finalmente una comadrona y una secretaria comenzaron a poner en marcha los procedimientos oportunos. A los diez minutos de la muerte de Ernie eran casi cien las personas enteradas de la noticia. Entre los últimos en conocerla figuraba Paul Avery, por estar ausente atendiendo una llamada urgente.

Más tarde estuvo una hora sentado en la cantina, tratando de sobreponerse a la emoción. De repente le habían dicho que había desaparecido gran parte de lo que constituía el telón de fondo de su vida actual. Ernie Hale había muerto. Esto quería decir que todo un espacio hecho de ratos de buen humor, de compañerismo, de afecto y afinidad entre los dos había desaparecido para el americano. Pese a todas las muertes de que había sido testigo, a todos los futuros truncados abruptamente, nada había preparado a Paúl para aquella

pérdida. Intermitentemente volvía a sus pensamientos aquel hecho básico, aquella verdad desconcertante. Muerto, desaparecido. Parecía imposible. Ernie era una persona tan viva, tan positiva. La muerte no era cosa para él. Era una de estas personas que bromea con la idea de morir. En su casa tenía colgado en el estudio un letrero con la inscripción: *La muerte es el medio que tiene la naturaleza para decir que aflojes el paso*. Y ahora también él estaba en el vacío, con una ausencia tan total que hacía perder el control de Paul Avery, hasta el punto de negarse a contemplar aquella dolorosa herida que no llegaría a curarse del todo.

Entró Mary Scott, con el abrigo colgado del brazo, pálida y ojerosa. Se sentó ante Paúl y puso una mano sobre la suya.

—Es una locura —murmuró casi sin mover los labios—. Lo he visto antes de que saliéramos a atender la urgencia. Atravesaba el césped antes de entrar en la clínica.

—Iba al encuentro de su destino.

Paúl trató de sonreír, consciente de que la ironía barata era lo único que podía hacer soportable aquel horror.

—Estoy dándole vueltas y más vueltas. Era una persona con quien se podía contar. Siempre a mano. Ernie. ¡Oh, Dios!

Movió la cabeza.

—Me comporto como una de estas personas a las que siempre les decimos que procuren dominarse. Pero es que quiero verlo cruzar esta puerta. Lo estoy deseando desde el momento en que me he sentado en esta silla.

—No la cruzará, Paúl.

Paúl miró a Mary y sintió que algo de aquel afecto que sentía por Ernie se posaba en ella y descansaba en ella. La pérdida de una persona puede intensificar el terror de la pérdida de otra.

—Todo se desmorona, Mary. Estas últimas semanas han sido un infierno. Lo veo ahora cuando las miro fríamente. Y precisamente ahora que a Ernie le iban bien las cosas. El libro iba a propulsarlo.

—El chico que lo ha hecho está en cirugía. Tiene una mandíbula rota y contusiones en las costillas.

Mary parecía ofrecer el dato a modo de consuelo.

—No quiero saber nada de los detalles. La realidad es de por sí bastante lamentable. Está hecho y nadie lo puede cambiar. Por muchas costillas rotas y por muchos dientes arrancados, el hecho sigue siendo el mismo.

Puso las manos sobre la mesa y se levantó.

—Voy a dar un paseo.

—¿Puedo acompañarte?

—¡Claro! Me gusta que vengas.

Estuvieron caminando por el terreno que rodeaba el hospital, desviándose únicamente para no pasar por delante del depósito de cadáveres. Mary lo cogía del brazo y él la dejaba hacer, sin preocuparse de si violaban o no alguna de las normas éticas del hospital. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Mary no tenía nada que ofrecerle para llenar la necesidad de consuelo de Paúl y éste estaba absorto en su ansia de aceptar los hechos, de creerlos. Por muchos que fueran los éxitos que le esperaban, la idea de la ausencia de Ernie Hale sería la primera que todas las mañanas lo saludaría al despertarse por mucho tiempo.

Al pasar por la parte trasera del bloque destinado a administración Paúl avistó a Henry Madison, de pie junto a una de las ventanas, escrutándolo con la mirada. Pese a la distancia de varios metros que los separaba, se distinguían con precisa claridad las líneas de su rostro. El hombre parecía ligeramente desconcertado y Paúl estaba ya preguntándose si el viejo cirujano estaría al borde de aceptar que los sueños a veces se convierten en realidad. Paúl no conocía realmente hasta qué punto llegaba el sentimiento de disgusto que embargaba a Henry Madison. Presumir que aquel hombre se sentía tan contrariado como todo el mundo ante el hecho que acababa de ocurrir no era sino ceder a la virtud de la caridad. El viejo cirujano estaba amontonando los triunfos. Mañana sería presentado el informe oficial que hacía referencia al servicio de socorro que estaba a cargo de Paúl: una lista de, defunciones que alcanzaba unas proporciones importantes. Para conseguir salvar aquel proyecto sería preciso algún milagro. Y aquella temporada —Paúl estuvo a punto de decirlo en voz alta— no era demasiado propicia a los milagros.

21

—Me parece importante que no sobrecarguemos la capacidad de absorción de los lectores, Edith.

Seguía mostrando incomodidad al emplear su nombre de pila y Edith observó que, cada vez que lo pronunciaba, desviaba la vista.

—Una descripción general de los Trastornos Circulatorios Agudos no tiene por qué ocupar más de diez páginas de texto. He decidido también recortar el pasaje referente al Tratamiento Clínico; por consiguiente, le agradeceré que páselas supresiones al índice…

Al llegar Edith a casa del doctor Madison, hacía de ello menos de una hora, lo había notado algo diferente de otras veces, mucho menos entusiasta que de costumbre. Edith, por su parte, soportaba sus propias frustraciones y por un momento pensó que tal vez el cambio que observaba en él no fuera sino imaginaciones suyas. Sin embargo, ahora tenía la plena seguridad de que aquel hombre estaba preocupado. Trabajaba a un ritmo mucho más intenso y parecía como si se hubiera esfumado aquella confianza que anteriormente había demostrado en el libro. En media hora había decidido cinco cambios importantes.

—Habría que dar mayor amplitud a la cuestión del equilibrio electrolítico y me parece que habría que incorporar un dibujo.

—¿No va a resultar muy caro, dado el nivel de producción en que se encuentra la obra?

Había estado a punto de llamarlo «doctor», pero había frenado a tiempo. De hecho, él no la había autorizado a llamarlo por su nombre de pila, pero Edith consideraba que, dado el estadio de la especial relación que los unía, el servilismo oficial que encerraba aquel apelativo no era demasiado apropiado para la ocasión.

—En realidad, esto importa poco —dijo con una sonrisa forzada—. Lo importante es el libro en sí. Hay tantos libros en los estantes que hubieran necesitado bastantes revisiones más para darse por terminados, que quiero que éste esté todo lo próximo a la perfección que usted y yo podamos conseguir.

Siguió haciendo anotaciones en lápiz en las pruebas.

Edith se estaba preguntando por qué se habría mostrado tan poco amable al llegar ella. Y seguía preguntándoselo de vez en cuando si bien, consciente de que ella necesitaba consuelo, pensaba que quizás exageraba la frialdad de aquel hombre. Estuvieron trabajando hasta las diez. Edith debía hacer tantos cambios en el índice que sería preciso contar con un nuevo juego de hojas corregidas; Henry había pasado sus propias notas y revisiones a hojas de papel que, cosidas con grapas, formaban ya un pequeño cuaderno. Como el volumen de la obra era considerable, aquello suponía un auténtico retraso. Así que dieron el trabajo por terminado, Henry pareció todavía más inquieto que antes.

—Bien —exclamó Edith, mientras se levantaba y comenzaba a colocar los papeles en una carpeta dividida en compartimientos—. Supongo que mejor será que me vaya…

—Espere…

Madison se quedó parado un momento, mientras colocaba las hojas impresas en un cajón de su escritorio. La tensión había dejado huellas en su rostro y parecía estar desolado. Edith tuvo la sensación alarmante de que estaba enfermo.

—Espere un momento, por favor, Edith.

Atravesó la habitación y posó una mano indecisa en el hombro de Edith.

—Lamento haber estado poco amable esta noche. Debo aprender a confiar en usted.

—¿Ocurre algo malo?

—Debo confesar que estoy muy bajo de moral —dijo apartando la mano y dirigiéndose a la silla colocada delante de Edith. Se sentó lentamente: ahora era un viejo, asustado de disgustar a sus colaboradores.

—Se han ido acumulando los problemas… Sé que aquí no hablamos de las cosas concernientes al trabajo, pero hoy…

—¿Se refiere a la muerte del doctor Hale?

Edith había estado todo el día reprimiendo sus remordimientos. Si bien tenía la plena seguridad de que la pena más grande que la embargaba era —ahora lo sabía con toda seguridad— la pérdida de Paúl. La desaparición de Ernie Hale no le había producido ninguna tristeza, si bien reconocía que la sorpresa había sido enorme.

—Esto y otras cosas menos obvias. Normalmente acostumbro a hacerme reflexiones y consigo solventar mis problemas, pero me parece como si hubiera perdido toda mi resistencia.

—¿Tiene esto que ver con el accidente que sufrió?

La semana anterior había explicado a Edith, para abreviar, que las magulladuras que tenía en el rostro y el corte de la mano eran resultado de una caída.

—Es posible que la caída tenga algo que ver. No lo sé realmente*

Se sacó los lentes que llevaba para trabajar, los dobló y los metió cuidadosamente en un estuche de piel.

—Cuando he llegado a casa esta noche mi esposa me ha dicho que mi sobrina se había escapado. Se ha llevado la mayor parte de sus ropas y, además, una cierta cantidad de dinero.

—¡Oh, es terrible!

—Sí, en efecto. Pero lo más difícil de aceptar es que a esta niña se lo habíamos dado todo, había tenido todo cuanto yo hubiera ofrecido a una hija propia. En el terreno material no le faltaba nada y, en el plano moral le hemos dado una educación, hemos cubierto sus necesidades culturales… nos hemos ocupado de todo. Sin embargo, ha considerado que debía dejarnos.

—La juventud a veces es muy cruel —murmuró Edith.

—Sí, la crueldad y la indiferencia frente a la autoridad parecen ser las banderas bajo las cuales marcha la generación actual. Este abandono ha venido a sumarse a otras contrariedades…

Madison se levantó con una maño en la frente.

—No sé; de veras, no sé.

Edith también se levantó y se acercó al hombre.

—Son tantas las cosas que se ve obligado a soportar…

Antes de que pudiera darse cuenta exactamente de lo que estaba haciendo, Edith había puesto una mano en el hombro de Madison. Era la primera vez que condescendía a un gesto que incitaba a una intimidad espontánea. Parecía que la tristeza que también sentía Edith se ponía de pronto a merced de Madison. Él era el único entre todos los hombres que la llenaba espiritualmente. Que ella supiera, era el único hombre del mundo que le concedía una consideración. Ahora la miraba, con el rostro más tranquilizado, con un cierto calor que parecía vivificarlo también a él. Madison levantó la mano y la dejó en la cintura de Edith, más arriba de la cadera, los dedos rozándola apenas.

—Lo siento de veras, Henry.

Lo había dicho, había pronunciado su nombre y ahora el eslabón que los unía se había estrechado, igual que un vínculo de oro. Sintió lágrimas en los ojos.

—Gracias a Dios que usted forma ya parte de mí, amiga.

Hablaba en voz muy baja, apenas audible.

—Pero están todos ellos, todos estos enemigos que se levantan contra mí, que no me dejan en paz. A veces me siento tan solo…

Levantó la otra mano y la colocó al otro lado de la cintura de Edith.

—Si algo he hecho mal, ha sido un bien comparado con lo que los demás han hecho conmigo.

Edith sintió que los dedos de Madison se cerraban levemente sobre su cuerpo y aquella presión levantó una oleada dentro de ella. Se acercó un poco más y notó que su cabeza se dirigía al hombro de Madison, que se giraba y se posaba sobre la áspera lana de su chaqueta. Entre la dulce confusión provocada por aquel momento parecía abrirse camino una sensación: ¿había algo malo en aquel gesto? ¿Había hecho él algo malo?

—Hale me trataba como si yo fuera un cualquiera. ¡Qué presunción la de aquel hombre…! Avery ha rebajado mi nombre. En la muerte de Hale hay un acto de justicia. Yo, aunque lo despreciaba, no hubiera querido esto para él. Pero reconozco que se ha hecho justicia. Se han cumplido mis objetivos. A veces los medios que emplea la Providencia no son agradables.

Volvió la cabeza y siguió hablando entre sus cabellos.

—Aunque no sea para otra cosa, esto me ha demostrado que las medidas que he tomado contra el americano no han sido extremas. Lo que ahora sucede es que sobre mí pesa la cualidad negativa de estos hechos. En el hospital me veo obligado a luchar, tengo que adoptar medidas peligrosas para conservar el lugar que ocupo y la tradición que represento. En mi casa, la niña que había protegido hasta hoy me ha tratado con ingratitud tan vergonzosa que no hubiera esperado nunca de nadie.

Edith se irguió. ¿Cuáles eran aquellas medidas contra el americano de que hablaba? Aquel ritmo sedante que tenía la escena pareció empezar a apagarse. ¿Medidas peligrosas? ¿Cuál era aquel mal que él había hecho, al que antes se había referido?

Madison aproximó un poco más la boca al cuello de Edith y ésta notó que la besaba. Con una repugnancia que le cortó el aliento, la muchacha sintió que Madison iba bajando la mano y que la afirmaba en sus nalgas. De repente aquella unión espiritual se transformaba, y ella experimentaba la desazón de la necesidad física. Edith seguía inmóvil, confundida, inquieta. Madison murmuraba palabras, la mitad de las cuales se perdían.

—Usted me ayuda… me reconforta… un hombre necesita a veces el calor… la totalidad… cariño… la necesito… la mujer más hermosa… la más

hermosa…

Ahora Edith se sentía presa de un pánico cada vez más grande. Se había esfumado del todo la filigrana espiritual. Henry Madison le estaba machucando el trasero, la empujaba hacia él y Edith, con una sensación próxima a la náusea, advirtió que el hombre tenía una erección.

—No-

Comenzó a apartarse y Madison levantó la cabeza del hombro de Edith y la miró directamente a los ojos. No lo olvidaría nunca. En el rostro del hombre leyó toda la abyección posible y en vano buscó en ella la huella de algo que le recordase lo que antes era sagrado para Edith. Ahí estaba Henry Madison, su ídolo, el hombre consagrado en cirugía, el dios que había elegido iluminarla con su casta adoración. Era terrible. El hombre gemía, la atraía hacia él con dedos ganchudos, actuando y moviéndose sobre ella con los gestos de la pasión. Edith se liberó de él y se quedó mirándolo.

—Por favor, Edith…

Lo miraba con aire patético, sin dignidad ni dominio. Era un hombre más y, además, viejo, obscenamente a merced de aquella necesidad básica qué tarde o temprano emergía siempre.

—Me voy —dijo Edith alisándose el vestido, arreglándose el cabello, tratando de no mirar a Madison, patéticamente arrodillado y con los brazos tendidos hacia ella y las manos implorantes.

—Se lo pido por piedad…

Edith se dirigió a la puerta, ofendida, lastimada, pero antes de salir se volvió para decir:

—¿Sabía usted que yo mantenía relaciones con Paul Avery?

Nunca en la vida había deseado tanto hacer daño a nadie. Casi le parecía que aquel ser había sido colocado en la habitación como una sustitución corrupta de Henry Madison. Con un pequeño esfuerzo, podía conseguir que aquel hombre la odiara.

—Nos queríamos. El hombre que usted odia, el hombre que ha estado persiguiendo ha sido mi amante. ¿Lo sabía?

En medio de la confusión reinante, fueron abriéndose paso lentamente sus palabras y Madison volvió a cambiar. Se irguió, dejó caer las manos a ambos lados, levantó la mandíbula y se quedó mirándola.

—¿Es esto verdad?

—Es verdad.

Madison comenzó a mover la cabeza y siguió moviéndola sin parar, de uno a otro lado, como impulsada por una ofensa ingobernable.

—¡Puta traidora!

Apenas podía pronunciar las palabras.

—Me has engañado…

Edith estaba en el vestíbulo antes de que Madison pudiera añadir palabra. Agarró el abrigo y salió a la calle, cubrió, corriendo el corto espacio que la separaba del coche, arañando la cerradura con la llave al tratar por tres veces de introducirla en ella, consiguiéndolo al cuarto intento y abriendo la puerta del coche de par en par.

Mientras se alejaba de la casa sentía que su corazón latía con gran fuerza y que volvía a ella la náusea como reacción física impresa en su cuerpo, al recordar los envites, la acuciante presión de aquel deseo degradante y asqueroso del hombre.

No había ningún ruido, no había nada que pudiera acallar las sensaciones que estaban invadiéndola. Cuando pensaba en el hombre que Madison había sido, aquel ser amable, inteligente, respetable, sentía lo mismo que probablemente sentía Paúl, la sensación de una pérdida terrible, manchada por una horrible impresión. Volvía a asomar la imagen de su hermano, aquella imagen que ella siempre luchaba por apartar, pero que esta noche surgía nítida, decidida a resistir. Paúl suponía una pérdida, pero Madison era una pérdida peor, porque había destruido la fe de Edith. Y por detrás de todo aquel caos aparecía su hermano Ted, para agravar aquella confusión hecha de romanticismo insatisfecho, de feminidad frustrada. Tal vez si ella hubiera condescendido un poco en la promiscuidad, si se hubiera interesado un poco más en la sexualidad, se hubiera establecido el equilibrio. Quizás hubiera incluso consentido la idea de que Henry Madison le pusiera las manos encima, que la tocara con su cuerpo. Quizá. Pensó en su rostro lascivo, volvió a sentir aquellos dedos como ganchos, aquella repugnante rigidez que porfiaba contra su propia ingle…

Al llegar a un cruce por poco atropella un perro. Un tanto impresionada, aminoró la marcha. Ted, el cerdo. Entre el día en que ella cumplió los quince años y el día en que se marchó de su casa, cuatro años más tarde, la había violado casi veinte veces, la había usado como se usa una prostituta. Las implicaciones de aquella situación ahora se le hacían claras. El incesto era un acto malo de por sí, pero lo peor en el caso de Ted era que, la mitad de las veces, a ella le había gustado. Y después un buen día se produjo el hecho, ocurrió algo que la convirtió en dos personas: una que prefería una vida arreglada, una seguridad tranquila, y otra que había ido empequeñeciéndose cada vez más hasta desaparecer prácticamente y que era aquella muchacha a

quien gustaba que usaran de ella. Aquella turbación hecha de vergüenza y de culpa en la que había vivido acabó por desembocar en lo que Paúl calificaba de frialdad, de repudiación automática del deseo. Edith creía que las cosas hubieran sido muy otras si Ted no la hubiera importunado. Ahora le odiaba, apenas le cabía en la cabeza que fuera su hermano. Reconocer aquel hecho equivalía a revivir aquella torturante sensación de repugnancia.

Y Paúl. Paúl estaba bajo la amenaza de Madison. Aquel hombre era anormal; no se trataba simplemente de despecho provocado por causas de tipo profesional. Edith seguía sintiéndose responsable en relación con el apuesto americano, pese a que no le perteneciera ya, pese a que hubiera forzado en ella la temible, la terrible necesidad de ponerse a competir, de encontrar un marido y hacer un buen matrimonio, cosa que deseaba incluso a pesar de sí misma.

Ahora sería imposible seguir trabajando en el Westfield General. ¿Cómo enfrentarse con Henry Madison? Necesitaba tiempo para pensar. Había proposiciones que Edith siempre había pasado por alto porque le encantaba formar parte del equipo de Madison. Ahora, una vez caído el ídolo, podía mirar de nuevo a su alrededor. De momento decidió que se tomaría unos días de permiso y que desviaría su atención. Aquello podía ser un comienzo de algo.

La acumulación de los hechos ocurridos en los últimos días no presentaba un cariz demasiado agradable. Se había roto aquella relación pura, grande, resplandeciente; al mismo tiempo había perdido todo el respeto por su jefe y había perdido al hombre con quien deseaba casarse. Al morir Ernie Hale, había desaparecido un blanco en el que descargaba una parte de sus iras y disgustos. Muchas pérdidas. Un cambio conseguiría a lo menos desviarla de aquella morbosa corriente. Y quizás un día volviera a ser feliz; cualquier cosa era mejor que aquella sensación de muerte que ahora parecía invadirla, algo que la aislaba de la vida.

El jueves siguiente, un día después del entierro de Ernie Hale, Paúl decidió hacer un doble turno de trabajo en el departamento de accidentados. La sorpresa se había transformado en una tristeza estable que únicamente podía calmar el trabajo. Por la tarde se sentía cansado; pero con una actitud espiritual más elevada. Comenzaba a tener conciencia de la gente que lo rodeaba y en este momento su atención se sintió atraída hacia Ellen Haxton,

que estaba trabajando muy por debajo de su capacidad. Aprovechando un momento de calma, le preguntó:

—¿Es que no se encuentra bien, enfermera?

—Estoy muy bien. Gracias, doctor.

Evidentemente había algo que no funcionaba como era debido, puesto que Ellen no se había molestado en sonrojarse siquiera.

—No se trata de ninguna queja —le aseguró Paúl—. Pero vengo observando que hoy se le cae todo de las manos, que tropieza con todas las camillas y que ha olvidado la mitad de las férulas que se habían puesto al campesino. Venga, dígame qué le pasa. Ellen frunció el ceño.

—Quizás es que estoy cansada, doctor. Llevo una semana que no se acaba nunca. Hace diez días que no tengo ningún permiso.

Ni ella misma creía la excusa que acababa de dar.

En aquel momento acababan de traer a un paciente en una camilla.

—Se ha caído en una cajonera de plantas —anunció la enfermera MacLean.

Se trataba de una niña, no tendría más de cuatro o cinco años. Estaba enfurruñada.

—¿Por qué lo has hecho?

Paúl puso la cara de la persona en quien se puede confiar y retiró la sábana para echar un vistazo. Había dos heridas, una a cada lado de la pantorrilla. Eran profundas, pero los vasos importantes habían quedado incólumes. El problema consistiría en retirar los trozos de cristal adheridos a las heridas.

—Estaba persiguiendo al gato —explicó la niña—. No quería merendar.

—¿Qué le habías preparado?

—Ensalada. Yo misma se la había preparado.

Paul y Ellen Haxton retiraron los fragmentos de vidrio con el máximo cuidado y pusieron los puntos necesarios, procurando causar el menor daño posible a la niña. Paúl estuvo todo el tiempo observando las manos de Ellen. Vio que sus movimientos no estaban coordinados. Ponía en juego su habilidad en el manejo de las pinzas, de las gasas, sacaba cuerpos extraños, hacía toques delicados, procurando no tocar los tejidos más sensibles, pero había perdido por completo su elegancia. Era la diferencia que existía entre una bailarina clásica atravesando un escenario y el paso de una mujer no profesional, coja por añadidura, haciendo el mismo ejercicio. Las dos llevaban a cabo la misma actividad, pero una ponía el arte en juego. Anteriormente Paúl había observado lo bien dirigidos que estaban siempre los

movimientos de Ellen. No sólo había técnica, sino también ritmo. Poseía aquella eficiencia que sabía transmitirse a un paciente, infundiéndole confianza suficiente para que se relajara mientras ella trabajaba. Ahora era una enfermera más, que se atenía estrictamente a lo esencial.

Así que terminaron con la niña, Paúl pidió a Ellen que lo acompañara a uno de los compartimentos vacíos donde solía dispensarse tratamiento a los accidentados.

—¡Bien! —exclamó Paúl sentándose en el borde de la litera—. Pienso hacerme pesado hasta que me diga qué le pasa.

La intimidad del ambiente, donde estaban los dos solos detrás de la cortina corrida, hizo que apareciera en el rostro de Ellen el rubor que lo cubría habitualmente.

—Estoy cansada…

—Lo que está es preocupada. Últimamente es algo que les ocurre a muchos de los que trabajan en el hospital. ¿Cuál es la causa de su preocupación?

Por primera vez en su vida, que Paúl recordase, Ellen lo miró directamente a los ojos.

—Estoy preocupada.

—Explíqueme el motivo.

—Es usted quien me preocupa, doctor.

Aquella frase le dejó sorprendido. Ni por un momento había pensado Paúl que él pudiera ser la causa de las preocupaciones de Ellen.

—¿Cómo es esto?

—Desde hace algún tiempo sospecho que la ambulancia, todo el servicio relacionado con nuestra ambulancia, es objeto de boicot. Y por esto me he puesto a hacer averiguaciones. No estaba dispuesta a que la obra de usted fuera eliminada así como así.

Paúl se sentía emocionado y al mismo tiempo que reconocía a aquella muchacha, más humana de lo que había supuesto al principio, sintió el alfilerazo del remordimiento. La única vez que había prestado una atención auténtica a Ellen había sido en ocasión de una fantasía sexual.

—¿Y son las averiguaciones que ha hecho lo que la ha llenado de preocupación?

—Son realmente deprimentes.

Hurgó por debajo del delantal y sacó tres papeles doblados.

—¿Qué es esto?

—Pedidos.

Ellen los desdobló y se los mostró a Paúl.

—Como verá, el primero es una petición de sangre. Cinco pintas del grupo AB. El nombre del paciente es Morfield. Si comprueba el historial, verá que su sangre era del grupo B.

Paúl tenía los ojos clavados en la parte inferior del papel. Estaba observando una imitación muy buena de su propia firma, garrapateada al pie del pedido.

—Yo no he firmado esto —comentó Paúl, profundamente sorprendido, pero a la vez inquieto.

—Usted no ha firmado ninguna de las notas, doctor. Sin embargo, todas llevan su nombre. Ya sé que estas notas no deberían estar en mi poder, pero durante los últimos diez días me he saltado algunas normas.

Paúl examinó los otros papeles. En uno se pedía insulina y en el otro morfina. No recordaba a los pacientes cuyos nombres figuraban en la cabecera de la nota. Pero tenía la plena seguridad —como la tenía Ellen— de que él no había rellenado aquellas notas. La firma parecía suya, pero el resto del escrito, aunque estaba en letra de palo, no tenía nada que ver con su estilo.

—No sé si se trata puramente de una trampa o de un intento deliberado de perjudicar a los pacientes —dijo Ellen—. A este paciente no se le puso insulina; de hecho, yo no recuerdo haberle dado ninguna inyección de insulina. Y la morfina hubiera matado a esta niña si se le hubiera administrado.

Paúl estaba comenzando a sudar. Finalmente, de manera aplastante, veía claro que era objeto de sabotaje.

—¿Murieron estos tres pacientes?

—Sí. Sólo a uno de ellos se le practicó la autopsia. A mí me parece que estos recortes se archivaron para desacreditarlo a usted en caso necesario. En realidad los encontré accidentalmente. Estaba buscando otra cosa y la tinta me llamó la atención.

—¿La tinta?

—Usted utiliza siempre su pluma y, desde que lo conozco, siempre ha usado carga de color negro.

Paúl, al ver el color azul de la tinta, se quedó boquiabierto.

—¡Tiene razón! Tiene razón por arrobas. Hace años que solamente utilizo tinta negra. Es una costumbre.

Se acarició la barbilla, momentáneamente desconcertado.

—¿Quién habrá hecho esto?

Ellen, en un gesto que no era habitual en ella, bajó las comisuras de los labios.

—¿Quiere ver más cosas?

—¿Hay más cosas?

—Muchas más.

Paúl se puso de acuerdo con la enfermera MacLean para tomarse él y la enfermera Haxton un permiso de una hora y solicitar la colaboración de unos sustitutos. Salió de la casa de las enfermeras por una puerta lateral y esperó impaciente que Ellen fuera a buscar su maletín. Los dos se dirigieron a la cantina. Animados por dos tazas dobles de café, se dispusieron a revisar juntos los hallazgos de Ellen.

—Esto lo conseguí sobornando a un empleado —dijo Ellen, sonriendo disimuladamente.

Paúl no se la imaginaba sobornando a nadie. Seguramente era una averiguación que le interesaba mucho.

—¿Qué le dio a cambio?

—Tabletas de vitaminas para seis meses.

Al advertir que Paúl fruncía el ceño, Ellen añadió apresuradamente.

—Eran mías. Las compro en grandes cantidades. Él no sabía exactamente lo que me proporcionaba y yo le dije que lo necesitaba por los detalles técnicos para un artículo que estaba preparando.

—¿Y él la creyó?

—La gente siempre cree lo que le digo.

Ellen desdobló el papel. Era un informe sobre un trépano eléctrico. Paúl recordaba el caso del niño que había muerto a consecuencia de una avería del trépano al tratar de intervenir en su cerebro. Ellen insistió en los motivos que la impulsaron a pedir el informe. Estaba familiarizada con el trépano, había dedicado un año entero de trabajo en un quirófano donde se trabajaba con uno de estos aparatos. Además, otra enfermera había explicado a Ellen lo ocurrido en el caso del niño en cuestión y esta última había incorporado el incidente a la lista de casos sospechosos.

—A continuación figura el informe dado por el electricista.

Paúl lo leyó. Según este hombre, que se había encargado de llevar a cabo la reparación del aparato, se habían encontrado restos de polvo de grafito dentro del receptáculo del motor. Se había producido un cortocircuito y, antes de que se quemara el aparato, el motor se había acelerado. Exactamente lo que Paúl había pensado. Más adelante, el electricista añadía la observación de no haberse encontrado nunca con esta clase de avería. El trépano estaba

dentro de una cubierta de aislamiento. Por consiguiente, el grafito —ni cualquier otra sustancia— no tenía por qué estar donde estaba.

—¡Sabotaje! —afirmó Ellen con más energía que la acostumbrada en ella —. Y esto también.

Dejó otros recortes de papel sobre la mesa.

—Yo misma los saqué de la otra sala de reparación de instrumentos. Por favor, no me pregunte cómo. Me aterra cuando pienso que por poco me atrapan.

Mientras Paúl revisaba los papeles pensó que nunca supo valorar en su justo valor la gente que tenía a su disposición.

—Es el desfibrilador que no funciona, ¿verdad?

—Sí. Usted recuerda los problemas que provocó. Vea lo que declaró el técnico.

Paúl leyó en voz alta:

—«Plomos perforados por tres puntos. De haber funcionado, el instrumento hubiera electrocutado al paciente».

—El resto de los papeles siguen más o menos las mismas líneas. He estado revisando todos los archivos que hacen referencia a los casos del mes pasado y he obtenido una serie de informes que vienen a confirmar mis sospechas.

Aparte de las averías eléctricas sospechosas, Ellen contaba con la palabra de honor de una enfermera de quirófano, quien le había asegurado que un paciente había sufrido una herida en el cuello entre el momento de ingresar en la sala de curas y el de pasar al quirófano.

—Hablaba del caso en la sala de las enfermeras. Nadie le prestó atención, pero yo conocía el caso. Era uno de los nuestros y, en cambio, en las notas redactadas por usted no se habla de que el paciente tuviera ninguna herida en el cuello.

Paúl se tomó el café y se puso a considerar el cuadro que se iba perfilando. Por un lado se saboteaba al equipo y posiblemente a los pacientes; por el otro se falsificaban pruebas para demostrar que él había fallado en las peticiones que había hecho para el departamento de accidentados. Por consiguiente, esto demostraba que se ponía en tela de juicio tanto su propia capacidad como la dé su gente. No quería dar el paso siguiente. Porque sabía, a dónde iba a llevarlo. La gente y la realidad le había llevado por aquel camino, pero sin contar con pruebas en relación con hechos abiertamente delictivos, no deseaba embarcarse en el espeluznante viaje que le llevaría a descubrir a un criminal. No había excusa ninguna para seguir con los ojos

cerrados, pero subsistía algo de repugnancia, un sí es no es de esperanza profesional que lo llevaba a considerarlo todo natural y por encima de toda duda, que lo mantenían agarrado a aquel cabo que lo unía a la ignorancia, cada vez más corto.

—¿Hay algo más?

—Hay retrasos —dijo Ellen—. Hay un número aterrador de retrasos y confusiones. Usted se ocupó de uno de ellos, pero no era el peor. Lo que pasó es que fue tratado con menos atención que los demás. ¿Usted sabe que soy la organizadora de la Unión de Enfermeras Católicas? Pues bien, una de las enfermeras pertenecientes a dicha unión me advirtió que no contara nunca a nadie el hecho de que ella había sido testigo en el departamento de cirugía de hombres. Si me lo contó a mí fue porque temía que, ocultarlo, fuera un pecado. Pero temía también perder su puesto. Yo le dije que no debía mirar las cosas de esta manera. Debía cumplir con su deber y lo demás funcionaría por sí solo. De todos modos, me aseguró que no estaba dispuesta a mantener aquella confesión delante de nadie más.

—¿De qué se trataba, Ellen?

Paul empezaba a impacientarse, sabiendo que estaba próximo el momento de nombrar a la gente por su nombre, ansioso de terminar de una vez.

—La enfermera presenció cómo se administraba gas tóxico a uno de los pacientes.

—¿Qué?

Aquello era ya un acto salvaje, un asesinato.

—Le dijeron que no tenía derecho alguno a estar en aquel lugar y le advirtieron que el tratamiento todavía era experimental y que no debía decir nunca a nadie lo que había visto. Es una chica muy vergonzosa y da la impresión de ser más bien estúpida. Pero en realidad no lo es. Sabe perfectamente qué sucede cuando se administra gas a determinados pacientes.

—Ha trabajado a fondo en el asunto, ¿verdad, Ellen?

Las mejillas de la enfermera se cubrieron de leve rubor.

—He considerado que era necesario, doctor.

Hizo una pausa y después añadió:

—Resulta, doctor, que yo lo admiro a usted.

El rubor se intensificó y Paúl sintió crecer una oleada de afecto hacia aquella muchacha.

—Claro que —prosiguió la muchacha— imagino que usted también tenía sus sospechas.

—Sí; también yo iba tras el fallo, pero debo reconocer que no poseo el talento que usted para la indagación organizada. Me había leído algún informe de las autopsias, había encontrado algunas contradicciones, pero no había encontrado nada que pudiera llamarse dinamita.

—Lo que yo quiero decir, doctor, es que seguramente usted tenía alguna sospecha en relación con la persona que podía estar detrás de todo esto.

—Procuraba no concretar. De todos modos, me parece que la constatación no va a sorprenderme.

—El doctor Madison.•

—¿Fue él quien advirtió a la enfermera que no dijera nada? Ellen movió la cabeza asintiendo.

—El en persona.

—¡Dios mío!

Paúl afianzó los codos sobre la mesa y recorrió el montón de papeles.

—¿Qué pensaba hacer con todo esto, Ellen? Supongo que había planeado un final.

—Estaba esperando encontrar una prueba fehaciente. Algo que fuera concluyente. Esto señala una actividad criminal, pero en realidad no delata a nadie. Además, la enfermera tampoco serviría de mucho. Yo creo en su palabra pero, si ella tuviera que prestar declaración, la cosa cambiaría.

Paúl siguió insistiendo.

—Cuando contara con pruebas concluyentes, ¿qué pensaba hacer?

—Pensaba dárselas a usted.

—Está bien, Ellen. Yo lo creo, creo que Madison ha estado boicoteando nuestro trabajo. He estado resistiéndome durante mucha tiempo a esta idea. Detesto el hecho incluso de que este hombre pueda hacer una cosa así. Ernie Hale me instaba a afrontar la realidad, pero yo persistía en eludirla. Los médicos consultores tienen algo especial, pese a que considero el aspecto político y las manipulaciones que puedan existir. En este sentido, soy como un católico devoto. ¿Entiende lo que quiero decir? Ellen asintió.

—Lo entiendo. Usted no quiere ver pruebas de que la corrupción ha contaminado las altas esferas. Todo es admisible, salvo que la autoridad suprema no está básicamente incólume.

—Hay que hacer comprobaciones.

—¿Qué piensa hacer?

—Conviene tomar precauciones, Ellen. Pero no quiero entretenerme demasiado. Debo proceder con rapidez. No quiero que muera nadie sólo porque yo no he acabado de decidirme.

Abandonaron la cantina y mientras Ellen se dirigía a la residencia de enfermeras para depositar el maletín en su cuarto, Paúl se encaminó al departamento de accidentados. Pero antes de llegar se encontró con Edith Roberts.

—Iba a verte —exclamó Edith.

No tenía buen aspecto.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—De algo que pesa en mi conciencia.

Edith no iba de blanco, sino que iba vestida de calle.

—He venido especialmente para decirte algo.

—¿Se trata de nosotros, Edith? Si es así, por favor no digas nada. Te lo ruego.

—No tiene nada que ver con lo ocurrido, Paúl. He venido para ponerte sobre aviso.

—¿En relación con qué?

—Creo que hay alguien que quiere perjudicarte.

Edith hizo un gesto impaciente con la mano.

—Quiero decir que me parece que el doctor Madison está preparado a esgrimir bastantes argumentos contra ti.

Paúl se quedó estupefacto. En primer lugar había sido una sorpresa encontrarla, cosa que bastaba ya para hacerlo zozobrar. Pero oír a Edith Roberts, entre todas las personas del mundo, pronunciar una palabra contra el hombre que ella había defendido con tanto calor en tantísimas ocasiones era algo más que sorprendente.

—Te habrá exigido hacer examen de conciencia venir a decirme estas cosas —dijo Paúl, poniendo en su voz una amabilidad que en otro momento hubiera sido intimidad—. Por una extraña coincidencia, acabo de afrontar la verdad en relación con Madison. He estado luchando contra él, Edith, pero sin llegar a pensar en ningún momento que fuera realmente culpable.

—Pues yo estoy segura de que lo es.

—¿Qué consecuencias ha tenido para ti este descubrimiento?

Edith se miró los pies, buscando una manera sencilla y racional de describir algo que era ni más ni menos un terremoto.

—Pues se ha llevado por delante muchas ilusiones. Pero a la larga, será positivo. Sé hacer frente a la realidad cuando se me impone.

Paúl se sentía agradecido y por un momento volvió a sentirse atraído hacia Edith. En aquel instante todo cuanto lo atraía en ella volvía a hacerse presente y tan sólo el recuerdo apresurado de cuanto pesaba contra ella,

aquella penosa ascensión hasta el destino dudoso que lo aguardaba teniéndola a ella por compañera, le impidieron hacer un movimiento en falso. Y al acordarse furtivamente de Mary Scott pudo apreciar hasta qué punto se sentía alejado de todo cuanto había existido entre él y Edith.

—Gracias por venir a decírmelo y gracias también por todo lo demás.

Edith sonrió.

—Lo demás no es mucho, ¿verdad?

—Sí; bastante. ¿Qué piensas hacer?

—De momento pienso dedicar mucho tiempo a pensar y a reorganizar. Y, naturalmente, también a olvidar.

Paúl tomó la mano de Edith entre las suyas y la oprimió con fuerza.

—No lo abandones todo al olvido. Siempre hay alguna cosa que merece recordarse.

En este momento el comunicador que llevaba en el bolsillo de la chaqueta comenzó a emitir señales urgentes.

—Tengo que irme. Se trata de una urgencia.

—Recuerda lo que te he dicho sobre el doctor Madison.

—Lo recordaré, Edith. Y me acordaré también de lo que te ha costado.

22

Un espacio de treinta metros de la pista que se extendía en dirección sur estaba cubierta de chatarra. El servicio de socorro llegó a los diez minutos de la transmisión de la llamada de la policía y, en el curso de los cinco minutos siguientes, llegaron otras tres ambulancias, seguidas por una unidad del servicio de extinción de incendios.

Dan MacGoldrick había estacionado el vehículo lo más cerca posible del lugar central del accidente y mientras él y Lester Hill comenzaban a descargar una litera y unas mantas, Paúl fue con Ellen Haxton hasta el sitio donde se encontraba aparcado el coche blanco y naranja de la policía, en la faja central de reserva, junto a un «Austin Healey» volcado.

A través de la ventana del coche policial un sargento mascullaba palabras por la radio. Se volvió al acercarse Paúl y le hizo un gesto elocuente con la mano para subrayar el alcance de la confusión.

—¡Menuda catástrofe!

Se encaminó a la carretera y señaló el coche deportivo, completamente aplastado.

—Parece ser que este camión… —dijo señalando un enorme vehículo de ocho ruedas, colocado en medio del carril central— se desvió cuando se encontraba a la altura del sedán negro.

Paúl observó un «Daimler» hecho papilla, que había recibido el impacto lateralmente.

—Ha debido evitar algo, ¡Dios sabe qué! Pinchó un neumático, frenó y hubo cinco o seis vehículos más que tuvieron que evitarlo. Puede juzgar usted mismo lo que sucedió.

Algunos coches habían salido proyectados, otros habían recibido la colisión con toda su fuerza. Había muchísimo humo, que la brisa ligera dispersaba a través de los retorcidos caminos que formaba el acero deformado, el aluminio y la goma. No se veía ningún ser humano.

—¿Se conoce el número de heridos?

Paúl recogió la bolsa de urgencia que Lester le había traído.

—El conductor del camión ha salido disparado por el parabrisas y ha quedado convertido en un montón de huesos rotos y carne desgarrada. Lo primero que ha golpeado el suelo de la carretera ha sido su cabeza. Lo hemos cubierto con una lona y está al otro lado de aquel sedán. Hemos hecho una comprobación rápida y parece que el balance del accidente arroja un total de tres muertos, contando el tipo del camión, y siete u ocho heridos graves.

Paúl hizo una seña con la mano a un grupo de ayudantes y chóferes de ambulancia que estaban esperando, reunidos a un lado del lugar del accidente. En aquellos casos en que se necesitaba más de una ambulancia para colaborar en la labor de la unidad de socorro, Paúl era el encargado de la asistencia y coordinación de los diferentes auxilios. Todos atravesaron la carretera hasta el lugar donde Paúl se encontraba y éste les dio las órdenes oportunas.

—Encárguense de los casos que no presenten problemas respiratorios y exijan auxilio inmediato y métanlos en las ambulancias. Si encuentran algún herido con alguna necesidad urgente de tipo respiratorio, den aviso inmediato. Todos aquellos heridos que puedan ser trasladados al Westfield General, todos aquellos que no necesiten ningún auxilio durante el traslado, llévenlos al hospital todo lo rápidamente que puedan. Si alguno necesita una inyección de un sedante o alguna férula comuníquenlo a la enfermera Haxton. Venga, ¡volando!

De pronto apareció un bombero, que subrayaba sus explicaciones con movimientos de la cabeza:

—Ahí hay un viejo cacharro «A40» tirado. Está con las ruedas para arriba y tiene el capó chafado. No veo quién está dentro. Tendremos que darle la vuelta y perforar una parte del panel. Sobre aquel montón de chatarra hay una mujer con las rodillas atrapadas en su propio coche, un hombre con un motor encuna y dos personas más metidas en el «Daimler».

—¿Cuánto tiempo se necesitará?

Paul observó los bomberos, mientras preparaban los aparatos junto al «A40» rojo oscuro.

—Iremos todo lo aprisa que podamos, pero no espere milagros. Si vamos con prisas lo haremos peor.

Paul y Ellen se dirigieron al «Healey» volcado. La puerta se abrió fácilmente y Paúl se metió dentro, arrastrándose sobre el vientre. Había una muchacha doblada sobre el volante, el cual ~ la había proyectado sobre el techo del automóvil. Paúl volvió a salir y calculó la distancia que había entre la ambulancia y el coche.

—Ellen, ¿podría enchufar la sierra y traerla hasta aquí?

Paúl entretanto abrió su bolsa y sacó una jeringuilla y dos ampollas.

Era difícil moverse en el exiguo espacio de que disponía y el hecho de que la paciente estuviera cabeza abajo tampoco facilitaba demasiado las cosas. De una herida que la muchacha tenía en el pecho manaba sangre abundante, pero seguía respirando. Con mucho cuidado, Paúl le palpó el cuerpo buscando fracturas u otras irregularidades. La herida del pecho parecía ser la única seria. Tal como había sospechado desde el primer momento, al ver la naturaleza fluida de la sangre, la muchacha padecía lo que se conoce por síndrome de desfibrinacion. La fibrina, proteína insoluble esencial para la coagulación de la sangre, se había perdido en tal cantidad que no se producía coagulación. La joven llevaba las piernas desnudas, cosa que ahorraba tiempo. Paúl le retiró la chaqueta y la camisa y le secó una zona del muslo con una torunda antiséptica, que sacó de un paquete que llevaba abierto en el bolsillo. Apoyándose en un codo, sacó la jeringa, desgarró el envoltorio y retiró el capuchón de plástico que cubría la aguja. Buscó detrás de él y tomó las dos ampollas. Las etiquetas decían A. M. C. H. A. y la sustancia que había en el interior era ácido tranexámico. Aspiró con la jeringuilla todo el contenido de una ampolla y lo inyectó en la pierna de la paciente. El efecto fue espectacular: uno de los más impresionantes que se dan en los servicios de urgencia. A los dos minutos había parado el rezumar de la sangre y, así que el medicamento hizo todo su efecto, desaparecieron todos los restos de hemorragia. Había que proceder con sumo cuidado y existían esperanzas de que se creara una solución inyectable que parara todas las hemorragias serias y no tan sólo este tipo especial. Aplicada en según qué pacientes, aquella sustancia podía ser letal.

Llegó Ellen llevando en sus manos la rutilante sierra de acero, unida a la ambulancia por la serpiente del cable, tendida sobre la carretera. Tumbado de espaldas, Paúl colocó el borde del aparato contra la columna de dirección y presionó el conmutador. La hoja comenzó a moverse y sus dientes de acero empezaron a dar cuenta de la envoltura de la columna. Pasados unos segundos, encontró resistencia, lo que hizo que regulara la potencia y que la hoja procediera a aserrar más lentamente. Transcurrido medio minuto había aserrado la mitad, entonces decidió suspender la labor. Al tiempo que devolvía la sierra a Ellen, se dio trabajosamente la vuelta y se puso de rodillas, notando al hacerlo un fuerte olor a sangre caliente que exhalaba su chaqueta por la parte que había estado en contacto con el charco de sangre. Otra camisa perdida, pensó Paúl. La columna ahora se movía sin dificultad y a Paúl le fue preciso tan sólo tirar cuidadosamente hacia él para aminorar la

presión que ejercía contra el pecho de la paciente. Su cuerpo comenzó a caer hacia el capó, por lo que Paúl puso rápidamente las manos debajo de ella, al tiempo que hacía marcha atrás por la puerta. Ellen estaba arrodillada a su lado y, entre los dos, trasladaron la paciente al aire libre. Estaba muy pálida y presentaba una respiración alterada, iniciada en el momento en que Paúl la dejó.

—¡Lester! —gritó Paúl.

Trajeron la camilla y Ellen la siguió hasta la ambulancia. Mientras se dirigían a la misma, la enfermera comprobó la extensión de la herida que la muchacha tenía en el pecho. Mientras Paúl atendía otras urgencias, se le aplicaría ventilación y se le practicaría una transfusión.

—Acérquese aquí, doctor.

Un asistente de una ambulancia, de blancos cabellos, estaba inclinado sobre la puerta abierta de un «Morris» abollado. Paúl, al acercarse, pudo ver a un hombre, tendido en el asiento del conductor.

—Me parece que es un verdadero horror.

El motor había penetrado en el compartimento del pasajero y el pesado bloque central se encontraba allí donde debieron estar las piernas del conductor. Paúl observó un impacto en la parrilla del radiador, que se correspondía con otro en la parte trasera del «Daimler», tirado más allá. Las heridas que ocasiona un accidente de este género son siempre de lo más desalentador. En el momento de la colisión, suponiendo que el coche corriese a una velocidad aproximada de ochenta kilómetros por hora, la inercia que actúa sobre el conductor haría que, de hecho, pesara sobre él una carga de varias toneladas. Esto se producía en una fracción de segundo, pero el tiempo suficiente para que las lesiones que resultasen fuesen de consideración. Sin practicar ningún examen, Paúl tenía la absoluta seguridad de que tendría las piernas descoyuntadas, que los tejidos blandos abdominales estarían magullados y posiblemente machacados, que la columna vertebral estaría desviada y que el cerebro se encontraría luchando por superar los efectos producidos por la intensa conmoción. Todo ello, por supuesto, suponiendo que el paciente siguiera con vida.

—Los bomberos tendrán que retirar este bloque —murmuró Paúl—. Veamos sí, entretanto, nosotros podemos hacer algo.

Paúl examinó la cabeza del paciente. No había ninguna herida y las pupilas reaccionaban a la luz. El pecho también se había librado.

—Me parece que todavía ha tenido suerte. Mejor será que le inyectemos morfina, por si vuelve en sí. El dolor de las piernas será insoportable.

Paúl acababa de introducir la aguja en el brazo del hombre cuando se oyó un griterío cerca de la ambulancia grande. Se dio rápidamente la vuelta, manteniendo el pulgar sobre el émbolo, y vio dos agentes de policía gesticulando frenéticamente en dirección a un vehículo —que parecía un enorme autocamión— que se dirigía hacia ellos a considerable velocidad. Paúl retiró la aguja y corrió a la carretera. Junto al coche de la policía había otro más y un airado sargento estaba dando voces al conductor, un agente joven, sumamente pálido.

—¿Qué diablos pasa? ¿Qué hace usted aquí? ¿Eh?

—He dejado la barrera levantada —se quejó el conductor.

—¿La barrera? ¿Qué barrera? Esto no es ninguna barrera, joven. Esto es una señal de stop y estas cosas acostumbran a ignorarse o a pasarse por alto si a su lado no hay un coche de la policía para hacerlas respetar. Ahora hay una cola de coches viniendo para acá que no hay quien la pare. ¿Qué hace usted ahí, hombre?

—Tengo la radio guardada, sargento.

El agente hablaba en tono petulante.

—He perdido contacto. Quería informar. No sabía qué hacer. ¿Qué iba a hacer? Estaba aislado.

—¡Mierda de críos!

El sargento se apartó y se dirigió al grupo que gesticulaba, detrás de la ambulancia. Cogió una señal metálica con las palabras STOP-ACCIDENTE que estaba en la franja central y la puso más allá del perímetro de la zona del accidente. El camión había frenado, pero por detrás venía otro vehículo, que avanzaba a gran velocidad.

—¿Qué está haciendo?

El sargento vociferaba, corría por la carretera, movía los brazos histéricamente. La interrupción del desvío había hecho que unos cuantos coches pasaran la carretera de salida. Ahora sería complicadísimo hacer que volviera por donde habían venido.

El coche que había aparecido detrás del camión también frenó, pero el conductor, presa del pánico, imprimió un repentino viraje al coche. En el momento en que lo desviaba a una zona de estacionamiento entre el césped, se escuchó el lamento acuciante de una sirena y apareció una ambulancia blanca «Vauxhall Victor Estate», que salió disparada por detrás del coche y se precipitó a la franja de reserva. Paúl vio un momento al conductor, porfiando con el volante, tratando de enderezar la dirección y de volver al firme de la carretera. Se trataba de una unidad auxiliar, capaz para un paciente de camilla

y dos pasajeros sentados; Paúl supuso que había respondido con retraso a la llamada de urgencia. Al no ver ningún aviso de desvío, posiblemente el conductor había imaginado que todavía se encontraba lejos del lugar del accidente. Hasta el momento en que había visto que los coches que llevaba delante, frenaban. Ahora había perdido el control, al tratar de hacerse a un lado para no chocar con el rápido coche al que estaba siguiendo. Toda la actividad que reinaba hasta aquel momento en el lugar del accidente quedó en suspenso durante un momento interminable, mientras la blanca ambulancia parecía salir proyectada hacia el carril que iba en dirección norte. Las ruedas pisaron tierra firme casi a la velocidad máxima y en este mismo momento Paúl advirtió que el conductor debía haber golpeado el parabrisas con la cabeza al subir a la franja intermedia. Estaba caído a un lado, sin ningún control sobre el vehículo. Este cruzó la calzada siguiendo una trayectoria de gran ángulo y los coches, los camiones, una motocicleta y un autocar comenzaron a iniciar los movimientos precisos para apartarse de su camino. Con un ruido como el que haría un tambor, amplificado un millón de veces, el morro de la ambulancia fue a incrustarse en el reforzado radiador del autocar, con lo que ambos vehículos quedaron parados en seco. El parabrisas de la ambulancia se combó hacia afuera y estalló en miles de rutilantes partículas, mientras el cuerpo del conductor salía proyectado por el hueco e iba a estrellarse contra el sólido panel, colocado en la parte delantera del autocar. Ellen Haxton había lanzado un grito, que llegó hasta los oídos de todos cuantos se encontraban en aquel lugar, actuando como un trallazo, centrándolos en aquellos actos instintivos que constituían la labor que tenían a su cargo. El sargento de la policía ya no gritaba, sino que se dirigía a grandes zancadas a su coche. Paúl lo vio coger el micrófono y comenzar a hablar por él en tono implorante. Ellen Haxton, impresionada ante aquella visión primera de un accidente, se recuperó enseguida y se precipitó corriendo a la ambulancia, donde recogió su bolsa. Dentro, la muchacha que había sufrido una herida en el pecho seguía recibiendo sangre y oxígeno. Lester se encontraba de pie junto a ella, con los ojos pendientes de los aparatos. Al salir Ellen de la ambulancia, Lester le dijo poniéndole una mano en el hombro:

—Nunca en la vida había visto una cosa igual. Se diría que el ángel de la muerte anda entre nosotros.

—No actúa de esta manera —le respondió Ellen con energía y saliendo de nuevo a la carretera.

Paúl le ordenó en pocas palabras que comprobara si en el autocar había algún herido.

—Me parece que quien se lo ha cargado todo ha sido el conductor de la ambulancia —añadió.

Se transmitió una llamada solicitando la colaboración de la policía para mantener despejada la carretera, ahora bloqueada por ambos lados. Paúl se sirvió de la radio para pedir que acudieran al lugar del accidente todos los médicos que fuera posible transportar hasta él. Había observado —al igual que otros— que en el autocar las cosas tampoco marchaban demasiado bien. La gente que estaba de pie en el pasillo en el momento de producirse el choque y tres grupos más de personas estaban acurrucados en el interior, con el rostro aterrado, auxiliando a varios pasajeros que debían encontrarse en el suelo, pero cuyos cuerpos no eran visibles. Todo aquel lugar rebosaba tragedia, en mayor o menor grado, y ahora el retraso, aquella palabra que durante tanto tiempo había estado acosando las averiguaciones que Paúl había hecho en torno a su fracaso, amenazaba con convertirse en la causa de muchas de las calamidades que estaban sucediéndose en aquella sangrienta autopista.

Mientras iban llegando coches que traían médicos, policía, una ambulancia del St. John y un cura católico, Paúl comenzó a moverse por el lugar tratando rápidamente de localizar las heridas más graves. Ahora habían retirado ya el bloque del motor de las piernas del hombre a quien se había administrado morfina, con lo que se comprobó que había sufrido una amputación traumática. Una de las piernas estaba arrancada de raíz y se encontraba en el suelo. La otra estaba completamente aplastada y posiblemente debería amputarse. Fue trasladado a la ambulancia y, acompañado por Ellen Haxton, que no podía hacer otra cosa que tratar de parar la hemorragia, fue conducido a toda prisa al Westfield General. Entretanto, Lester Hill y Paul iban ayudando en lo que podían.

Tres médicos de medicina general se habían hecho cargo del autocar y corroborado lo que Ellen había dicho con respecto a que habría que poner en pie a todo el departamento de accidentados para poder atender al número de los heridos. Un policía estimó que el autocar había acelerado en el momento del choque de los radiadores. Las velocidades opuestas de los vehículos habían provocado un paro inmediato del movimiento, haciendo que los pasajeros que viajaban en el autocar salieran literalmente despedidos por el aire y fueran a chocar contra el metal, la madera, el plástico o con otros pasajeros. Un hombre se había roto el cuello, se sospechaba de otro que se había fracturado la columna vertebral, una mujer había muerto al dar un golpe con la frente en el borde metálico del asiento situado delante de ella, dos

niños tenían las costillas rotas, el conductor estaba sujeto a fuertes dolores como consecuencia de la posible fractura de algunos huesos de la cara, un anciano, que se encontraba bajando una maleta de la redecilla del portaequipajes en el momento de producirse la colisión, tenía la mandíbula rota y se sospechaba que padecía fractura de clavícula. La lista iba creciendo por momentos.

Al otro lado de la franja intermedia, Paul y Lester estaban ocupados en atajar los ríos de sangre que brotaban del cuerpo de un hombre, atrapado con su mujer dentro del «Daimler» negro. Dentro de los bolsillos de la chaqueta, tanto exteriores como interiores, llevaba numerosas botellas. Su esposa, qué estaba consciente y que había sufrido tan sólo magulladuras y ligera conmoción, explicó que eran piezas antiguas, una colección que su marido transportaba de una manera que, hasta entonces, habían considerado la más segura. Los cuellos de las curiosas botellas, los cortantes bordes se habían introducido en el pecho y paredes abdominales del hombre. En aquellos momentos su estado era sumamente grave y Paúl explicó abiertamente a la mujer que —no hay nada en el mundo que corte tanto como el cristal cuando se acaba de romper. La mujer admitió que la idea de llevar los recipientes en los bolsillos había sido de ella. El hombre se encontraba tendido en la carretera y, mientras se le extraían todos los cristales posibles, Paúl iba tapando las heridas y aplicaba una presión a dos, particularmente graves.

—Él ha tenido la culpa de todo —dijo la mujer, que estaba de pie junto al coche, temblando, con los cabellos alborotados y en tiesos mechones,

—¿Quién ha tenido la culpa?

Paúl levantó la cabeza y vio que la mujer señalaba con la mano un punto al otro lado del camión, en medio de la carretera.

—¿Se refiere al conductor del camión?

—No, no. Al que se cruzó delante de él. Al coche rojo.

Los bomberos habían dado la vuelta al «A40» y habían casi terminado de librarlo del capó.

—¡Qué barbaridad! —murmuró Lester—. ¡Que un solo coche haya causado toda esta destrucción! Tantas muertes, tantos heridos… ¡Un maldito coche!

La ambulancia regresó a los pocos minutos. Cargaron en ella al hombre que había sufrido heridas al clavarse los cristales rotos y a los pocos momentos se ponía en la otra litera una mujer que se había pillado —y fracturado— las piernas.

—Lester —dijo Paúl—, esta vez regresa con Dan. Si queda alguien vivo en aquel coche aplastado, necesitaré la enfermera Haxton para que me ayude.

Cruzaron la carretera y se quedaron junto al «A40», esperando a que los bomberos hubieran terminado de retirar el capó. Todo alrededor, los hombres de las ambulancias iban de un lado a otro transportando heridos. A este lado de la carretera se había rescatado ya a nueve personas. Que Paúl supiera, en este coche había el único caso que todavía no se había inspeccionado. Sobre el coche abollado había un bombero puesto de pie, con los dedos debajo del borde del capó.

—¡Arriba! —gritó de pronto, mientras otros dos bomberos empujaban hacia arriba al tiempo que él tiraba de la plancha hacia él. El panel se movió y los rostros de los bomberos se encendieron de un rojo muy intenso hasta que por fin la cubierta cedió y se desprendió del resto de la carrocería. El hombre que estaba de pie miró en el interior de la cabina, ahora al descubierto, y sus ojos se agrandaron como naranjas.

—¡Santo Cristo!

Paúl dio un paso adelante y lo mismo hizo Ellen. Miraron la figura que aparecía tendida sobre el asiento. Era evidente que el hombre estaba muerto, puesto que el techo del coche se había abatido sobre su rostro y, a través de la piel desgarrada de la frente, asomaban los huesos del cráneo, rotos y maltrechos. Llevaba una camiseta con el nombre de Andy en enormes mayúsculas amarillas estampadas sobre un sucio fondo verde. Lo que había provocado la sorpresa del bombero no estaba tan claro como esto. Ellen miró por encima del borde de la puerta y clavó los ojos en la zona del tablero. Su rostro se cubrió de rubor, se quedó todavía mirando unos momentos y se alejó. Desconcertado, Paúl miró también. Las rodillas del hombre estaban totalmente aplastadas, vencidas una a cada lado, con los huesos asomando por entre la tela de los pantalones. Lo extraño de la situación, junto a aquellas heridas que tristemente eran un lote corriente, era que el hombre tenía el pene al descubierto, atado entre dos cordeles, fijados a las puertas derecha e izquierda del W coche. Paúl miró al bombero.

—Este loco —murmuró Paúl— ha sido el causante de todo. Estos accidentes no hubieran ocurrido nunca…

Pasó otra hora antes de que Paúl considerara que podía abandonar el lugar del suceso. Se había despejado la carretera de la mayor parte del destrozo, la policía había confeccionado listas con los nombres de los heridos en los casos en que había sido posible y los desvíos para el tráfico estaban actuando a la perfección. Habían acudido los expertos en siniestros: hombres armados de

cintas métricas, yeso, cámaras de fotografiar, que recorrían la carretera pulgada por pulgada a fin de establecer en qué punto se habían iniciado los accidentes y en cuál habían terminado. Los heridos, los lisiados, los muertos habían sido retirados y distribuidos en tres hospitales diferentes. En la parte trasera de la ambulancia, Paul y Ellen comprobaban el equipo, colocaban en su sitio el resto del instrumental que podría ayudar a los pacientes de la tarde y tomaban asiento en las sillas plegables, esperando que Dan los devolviese al departamento de accidentados.

—Ha sido espantoso —comentó Ellen—. Me refiero a que no tenía por qué ocurrir, ¿no cree?

—Ningún accidente tendría por qué ocurrir.

Y Paúl examinó una pequeña astilla en la pared de la ambulancia, próxima al lugar donde él estaba sentado, una minúscula señal del uso dado a aquel vehículo, las cicatrices de la batalla que, con el tiempo, infundirían al equipo la sensación de que el vehículo vivía.

—Pero sé qué quiere usted decir. De todos modos, mis preocupaciones básicas no se centran ahora en el daño que puedan causar los locos cuando andan sueltos por las carreteras.

Paúl la miró y entendió por la expresión cansada del rostro de Ellen que ésta sabía a qué se estaba refiriendo.

—Sino que se centran en lo que puede añadir de su parte cierto personaje desequilibrado a la confusión que se está creando en estos momentos en el hospital.

Ellen movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Estaré alerta, doctor.

—También yo, también yo.

El caos que reinaba presentaba unas proporciones por encima de lo que Paúl esperaba. Rápidamente se cambió de ropa y se puso una camisa de quirófano y una chaqueta blanca, limpia y entró en el departamento de urgencias para encontrar la sala hirviendo de gente y un inconfundible ambiente de desacuerdo.

—Hay demasiada gente, doctor. Son demasiados.

La enfermera MacLean se paró un momento, antes de penetrar en la sala de curas.

—Cirugía hombres está atestado, hay tres operaciones en marcha fuera del quirófano principal y ahí dentro habrá unas veinte personas.

Paúl se encogió de hombros.

—Es nuestro sino, enfermera. ¿Qué le vamos a hacer? Después de todo, son circunstancias excepcionales. ¿De quién me ocupo primero?

—De aquel muchacho. Estaba en el autocar que chocó. Me parece que ha bebido. Dice que tiene diecisiete años. Yo creo que tiene quince o dieciséis a lo sumo.

—¿Qué le pasa?

—Dolores en el pecho.

Paúl se encaminó a la litera que se le indicaba y observó al muchacho. Ofrecía el aspecto distante y el olor peculiar de la persona que ha bebido.

—¿Dónde te duele?

El muchacho lo miró como en sueños.

—Ahora no me duele nada. Me he dado un golpe en las costillas. Pero ahora el dolor ha pasado.

No tenía demasiado buen aspecto. Paúl decidió dejarlo un rato en la litera. El descanso, si no otra cosa, le haría bien.

En un rincón, uno de los cirujanos jóvenes estaba poniendo unos puntos en el cuero cabelludo de un hombre. Más allá, dos enfermeras se ocupaban de una anciana. En el espacio libre junto a la sala de espera se habían colocado cinco literas, cada una de las cuales estaba a cargo de un médico. Paúl pensó que, aunque la labor fuera mucha, había que reconocer que sabían organizarse. Miró más allá, en la sala de curas grande, y descubrió a Madison. Estaba dirigiendo a un par de médicos y a tres enfermeras, adjudicándoles la labor que debían realizar en la sala con el gesto ceremonioso a que le daba derecho su autoridad. Costaba creer que fuera otra cosa que lo que aparentaba: un cirujano eficiente, más bien pomposo. Vino la enfermera MacLean y tocó a Paúl en el codo.

—¿Quiere echar una mirada a esta chica, doctor?

La muchacha estaba temblando como una azogada, acurrucada debajo de una manta, sentada junto a la puerta del despacho.

—¿Qué te pasa, encanto?

—Las piernas —pudo articular, esforzándose en reprimir la vibración de las mandíbulas—. No funcionan. No quieren sostenerme.

Paúl apartó la manta y se agachó frente a ella. Tenía unas bonitas piernas, exteriormente incólumes, pero que temblaban como el resto del cuerpo de la muchacha. El temblor suele asociarse a trastornos sistémicos, rara vez a los accidentes.

—¿Cuándo ha empezado?

—Cuando he visto aquel hombre que saltaba al parabrisas del autocar.

—¿Has sufrido alguna herida?

—No; yo estaba en mi asiento. He sufrido una sacudida hacia delante. Pero he visto la cara del hombre, justo en la parte baja de la ventana. Lo he visto cómo salía disparado y he visto todo aquel desbarajuste…

El temblor aumentó e interrumpió sus palabras.

Paúl oyó un timbre en su memoria. Había visto esta misma reacción cierta vez en América, también a una chica y en ocasión de un accidente de carretera. El recuerdo de aquel caso le aportó nuevos datos. Un colega suyo, con más años y más experiencia, había dado al trastorno el nombre de síndrome del Disco rayado. Un susto muy fuerte, generalmente visual y acompañado de algún otro hecho violento (en este caso, la interrupción súbita del movimiento y el ruido de la gente al salir proyectada en el interior del autocar) podía producir una convulsión, una reacción nerviosa frente al espanto y al horror. Si era bastante poderosa, se instalaba en el paciente en vez de desaparecer. Como la aguja del gramófono que sigue siempre el mismo surco, se fijaba para formar parte del funcionamiento nervioso. Era un hecho raro, aunque no demasiado.

—¡Enfermera! —gritó.

Aguardó a que la enfermera MacLean lograra deshacerse de un paciente, asustado por la aguja y el catgut que el médico movía por encima de su brazo roto. Cuando por fin la enfermera se acercó a Paúl, con el rostro cubierto de rubor, sudorosa, Paúl le explicó qué le ocurría a la chica.

—¿Cuál es el tratamiento?

—Una sesión en la caja de shocks… —y se tragó el resto de la frase que iba a pronunciar.

En la confusión y la tensión general de aquel día tan cargado, había olvidado que Ernie estaba muerto. Paúl había estado a punto de aconsejar que lo avisaran.

—¿Le parece que llame a alguien de psiquiatría?

—Esto es —dijo Paúl y, dirigiéndose a la muchacha que temblaba—. No se preocupe. Vamos a quitarle estos temblores y a sustituirlos por un ligero dolor de cabeza.

Volvió junto al muchacho que tenía aire de haber bebido. Ahora aparecía más pálido.

—¿Cómo estás? ¿Sigues sin tener ningún dolor?

—No. Nada.

Paúl lo miró desconcertado. Había algo que no cuadraba, tanto si el chico se sentía enfermo como si no.

Paúl encontró un esfigmomanómetro y envolvió con la bolsa el brazo desnudo del paciente. Pulsó varias veces el fuelle de goma y observó la columna de mercurio. La presión sistólica indicaba noventa y la diastólica setenta. La piel del muchacho era húmeda al tacto. Paúl sabía que era algo más que el alcohol lo que provocaba aquel descenso de la tensión sanguínea. La presión de la sangre arterial dependía de cuatro factores principales: estaba la fuerza del latido del corazón, la resistencia a la corriente sanguínea en las arterias periféricas, la elasticidad de las arterias y la cantidad total de sangre que circulaba realmente.

Paúl decidió empezar por comprobar el corazón. Se colocó el estetoscopio en las orejas y abrió la camisa del muchacho. Tras colocar la caja del instrumento sobre el punto apropiado, se puso a escuchar; el latido del corazón aparecía extrañamente amortiguado. Desconcertado por un momento, volvió a probar y obtuvo el mismo resultado. A continuación desplazó el instrumento al lado derecho del pecho del paciente. El latido se escuchó con más fuerza. ¡El corazón del muchacho se había trasladado al lado derecho!

—¡Enfermera!

Apareció Ellen Haxton.

—Tráigame un trocar grueso.

A los pocos segundos regresó con la aguja que le pedía.

—¿Es para un neumotórax, doctor?

—Me parece que es un «hemoneumotórax».

Sin preocuparse de poner sobre aviso al paciente, que estaba en un estado de semi-estupor, Paúl introdujo la aguja entre sus costillas, a un lado del pecho. Inmediatamente comenzó a salir sangre por la aguja. Ellen Haxton cogió un plato de acero inoxidable y lo sostuvo debajo del pequeño surtidor.

—Enfermera, yo me ocuparé de esto. Usted encárguese de que preparen una cama para el muchacho. Quiero que le practiquen succión, conectada con recipiente precintado.

El paciente comenzaba a dar señales de alarma.

—No te preocupes, muchacho. Hace diez minutos era el momento de preocuparse.

Era evidente que la sangre se había colado a través de un desgarrón del pulmón y había llenado la cavidad del pecho haciendo desplazar el corazón. Y el muchacho no había notado nada. Paúl pensó que había gente realmente hecha de un material muy resistente.

Así que se trasladó al paciente a una sala de casos urgentes para que permaneciera un tiempo en ella, Paúl optó por quedarse cerca de Madison.

Sabía que Ellen Haxton se mantenía alerta, pero no siempre resultaba fácil atender a los heridos y vigilar al mismo tiempo lo que estaba ocurriendo en otro sitio. Paúl reflexionó que era una lástima que Madison tuviera que estar allí, precisamente en aquella ocasión. Sin embargo, dada la importancia de la urgencia, todo el mundo se había puesto a trabajar denodadamente, incluso los médicos consultores.

Era sorprendente lo evidentes que se hacían las cosas cuando uno sabía qué buscaba. Mientras Paúl fingía estar ocupado en unas radiografías, vigilaba a Madison, que se movía de un lado a otro de la enorme sala de curas. Todos los casos que eran trasladados por el servicio de socorro del doctor Avery —y tratados por el mismo— llevaban una etiqueta azul, que se ataba con una cinta a la muñeca del paciente. Todos los casos atendidos por los ojos de águila del doctor Madison ostentaban sin excepción alguna, la consabida etiqueta azul. En algunos casos había gente que trabajaba entre dos literas, por lo que Madison era perfectamente visible. Sin embargo, Paúl se puso un tanto nervioso, al advertir el poco espacio de que disponía para vigilar al consultor.

Algo en la puerta atrajo su atención. Vio en ella a Ellen Haxton, fisgando discretamente y con mucho disimulo, pero lo que captó el interés de Paúl fue otra cosa. Pasó junto a Ellen y miró hacia el corredor. La muchacha que temblaba, la chica que no podía refrenar sus estremecimientos, estaba caminando tranquilamente por el pasillo en dirección a la cantina de los enfermos.

—¡Perdone, señorita!

La chica se volvió y retrocedió.

—¿Qué ha pasado con sus temblores?

—Me ha visto el psiquiatra…

—¿Con el aparato?

A Paúl le resultaba increíble.

—No. Me ha dicho que planeaba hacer conmigo. Y la cosa ha hecho efecto: he dejado de temblar.

—Bien, bien.

Paúl la contempló mientras la muchacha seguía su camino sin el más mínimo temblor. Tomaba nota de aquella reacción, por si alguna vez volvía a encontrarse en el mismo caso. Anunciar algo al paciente que suene peor que lo que él o ella ha presenciado y comunicarle que aquello es precisamente lo que le va a suceder… hacen que no sea necesario recurrir al procedimiento.

Pensó que posiblemente no siempre surtiría el efecto deseado, si bien en este caso había sido espectacular.

—¡Doctor!

Era la voz de Ellen Haxton, un grito implorante. Paúl se volvió en redondo y vio a la enfermera junto a Madison, teniendo agarrado a éste por el brazo y apartándolo de un paciente que lucía la correspondiente etiqueta azul. Madison tenía en la mano una jeringa en la postura que indicaba el momento de ir a poner una inyección. Madison clavaba los ojos en la enfermera, tenía los labios retraídos hacia adentro y le rechinaban los dientes.

—¡Coja la jeringuilla!

En cinco zancadas Paúl estuvo a su lado para arrancar el instrumento de manos del consultor. El émbolo estaba levantado, la aguja en la posición apropiada; sin embargo, el cilindro estaba totalmente vacío. Pero Paúl sabía que tal cosa no era rigurosamente cierta. Porque la jeringa estaba llena de aire, el suficiente para que, en caso de ser inyectado a un paciente, éste muriese de una embolia fatal.

Madison se libró con una sacudida de la mano de la enfermera y dio unos pasos atrás, con los codos doblados, los ojos enfurecidos, la boca abierta y jadeante. Estaba al borde de un ataque de cólera, o quizá de una crisis de risa nerviosa o tal vez de llanto. Lentamente volvió la cabeza, mirando fijamente a los médicos y enfermeras que habían dejado interrumpido su trabajo, a la enfermera MacLean que lo miraba desde la puerta, completamente atónita, a Ellen Haxton que se había atrevido a poner sobre él sus manos e impedirle actuar y a Paul Avery, que sostenía ante él la jeringuilla acusadora.

—Ustedes, ¿qué…

Pero la voz de Madison se ahogó al tiempo que el hombre se erguía, volvía a mover la cabeza y salía de la habitación.

Unos minutos después de que hubo salido, cuando todo el mundo había reanudado la labor que tenía entre manos por orden de Paúl, éste se dirigió lentamente al despacho de la enfermera y se desplomó en la silla que estaba junto al escritorio. Ellen Haxton acudió al momento y se quedó mirándolo.

—Es un desequilibrado mental, ¿verdad, doctor?

Paúl sonrió ante aquel discreto diagnóstico.

—Está como una cabra, Ellen.

Echó la jeringuilla de inyecciones sobre la mesa y suspiró.

—¡Menudo día hemos tenido! ¡Qué día condenado, Ellen!

23

Desde el lugar del cuarto de baño donde Henry se encontraba podía oír la voz de Amy, que le hablaba desde el dormitorio contiguo. De lo que ella decía captaba lo suficiente para dar una respuesta, pero en realidad no la escuchaba.

—Me han dicho que hacían todo lo posible. Pero yo sé muy bien que la mitad de estas chicas no vuelven a aparecer nunca más. Se esfuman. ¿No te parece espantoso?

—Sí, un escándalo.

Madison había contemplado su rostro durante cinco minutos, se había acariciado con la mano la suavidad de la barbilla, había recorrido el perfil de sus mejillas, se había mirado en lo más hondo de los ojos y había observado cuán perfectamente colocados estaban sobre la nariz afilada. Un rostro admirable, tan enérgico, tan lleno de carácter como siempre. ¿Quién pensaría, al mirarlo, que aquellos rasgos tranquilos podían ocultar tanto dolor y tanta humillación?

—Debemos procurar ver las cosas desde su punto de vista, Henry. La muchacha es inteligente y juiciosa, pero no tiene ocasión de demostrarlo. Está experimentando con su vida, se le escapa la energía. Hemos de concederle esto. Ya sabemos que la gratitud y la fidelidad son cosas que, a esta edad, quedan apagadas por las emociones.

—Posiblemente tengas razón.

¿Cómo podía ser que una vida tan perfectamente regida, tan honorablemente dedicada a un objetivo por encima del nivel corriente del humano comercio mundano, se viera tan maltratada? ¿Era el resultado de un hado perverso o de un accidente de las circunstancias? Volvió ligeramente la cabeza y contempló la dignidad del perfil, la sabiduría innata de sus rasgos. ¿No sería todo lo que él creía realmente, es decir, que era una de las primeras víctimas de una barbarie que se proponía derrocar su amada tradición? Sí, esto era, realmente no hubiera debido ponerlo nunca en duda.

—Cuando vuelva… si vuelve, ¿serás amable con ella, Henry? No quiero decir que no lo hayas sido hasta ahora. Has sido la generosidad personificada,

pero a mí me parece que un poco más de afecto, un poco menos de lógica, facilitaría mucho las cosas. Las chicas a esta edad necesitan mucho cariño y Katie no es ninguna excepción a la regla, estoy segura.

—Siempre estoy dispuesto a llevar a la práctica un buen consejo; tú lo sabes, Amy.

¿Dónde se encontraba ahora? ¿A qué distancia de los lobos y de su propia seguridad? Si comprobaba la verdad, se encontraba en el limbo. Había sido descubierto, atrapado en un acto de auto-protección. En esto debía reprenderse, puesto que había sido un acto innecesario. Las cifras se habían presentado, estaba decidido el futuro de aquella detestable ambulancia de juguete. De haber querido continuar aquella campaña, en caso de querer buscar una coherencia en el aspecto de las circunstancias, tenía otras oportunidades menos públicas. Por lo tanto, lo habían cogido. Todavía no se había pasado a la acción. Pero se pasaría pronto. Entretanto se veía privado de su dignidad y de su autoridad ante muchos ojos y los rumores se combinarían con el ardor de muchos para verlo todavía más humillado. Arremeterían contra él. Henry no sabía hasta qué punto habían llegado en sus descubrimientos Avery y sus compinches pero, por poco lejos que hubieran ido, sería lo suficiente para arruinarlo. A distancia de su posición, aunque todavía no fuera objeto de la acción oficial, se encontraba ahora en el peor de los vacíos. El único consuelo que podía encontrar era que ahora, en este interregno, privaba a sus perseguidores de su inquina.

—Henry, yo me he propuesto ocuparme más de ella en el futuro. Trataré de descubrir los menores signos en la conducta de la niña y actuaré en consonancia. Es como una especie de voto: prometo ser mejor si consigo lo que quiero. Debes pensar que soy una estúpida. Pero es que la encuentro mucho a faltar.

—Yo no pienso que seas una estúpida, Amy.

Abrió el armarito y tomó un tubito de metal. Las tabletas que contenía le calmaban el dolor del hombro y de la rodilla cuando el tiempo era húmedo y a veces lo habían ayudado a dormir cuando estaba preocupado. Desenroscó el tapón, sacó una tableta y se la puso en la palma de la mano. Una para calmar el dolor. Dos para dormir. Volcó todo el contenido del tubo. Diez, doce para una desaparición honorable, digna.

—Hoy estás mucho rato ahí dentro. ¿Te encuentras bien? —No tardo un minuto.

Puso agua en un vaso y se tragó las tabletas de tres en tres. Después se secó la boca con una toalla, se aflojó el cinturón de la bata, apagó la luz y

entró en el dormitorio.

—Hace una noche calurosa —observó Madison, mientras se quitaba la bata y la colocaba sobre la silla. Las zapatillas estaban junto a la cama, como siempre, y él se deslizó suavemente entre las sábanas, acordándose todavía de su rodilla. Hasta él llegó el calor de Amy y Henry se le acercó un poco más.

—¿Quieres que apague la luz, Henry?

—Déjala encendida un momento, ¿quieres? Me gusta mirar las cortinas. Es curioso, pero ver las cortinas movidas por la brisa es algo que me tranquiliza.

Amy se inclinó sobre él para posar un beso en su frente.

—Me pregunto cuántos millares de veces hemos hecho estos mismos gestos al acostarnos, Henry.

En su voz pareció asomar si no amargura, al menos sí un poco de tristeza.

—A veces me pregunto si, en todos estos años, me ha sucedido algo. Este momento en que nos acostamos es siempre más o menos igual. Como si los momentos que lo han precedido no me hubieran aportado nada nuevo ni útil.

—No es poco haber disfrutado del mundo, Amy. Simplemente existir, actuar, regirse de acuerdo con un código. Proteger un ideal. Esto es conseguir ya algo.

Amy ahogó una risita, un resabio de una costumbre que antes a Henry le encantaba. Henry antes solía recitarle versos. Esto hacía que ella se riera de aquella manera, no sabía si porque se emocionaba o porque la complacía. El tiempo pasaba por el hombre. Las imágenes estaban desdibujándose ya. El tiempo pasaba igual que un río, que no se llevaba consigo al hombre sino que únicamente lo modificaba. Hubo un momento de su vida que ahora no recordaba con demasiada precisión en que él se había endurecido, como si se convirtiera en la suma total de los pequeños endurecimientos que en otro tiempo no habían sido sino cosas pasajeras. ¿Y ahora? Ahora se había apartado de aquel río. Notaba la ausencia del tiempo, una paz inmensa saber que no hacía ya mella en él. Un poco de dignidad: he aquí todo lo que pedía. Libertad para ser lo que había querido ser.

Bostezó. Ahora ya no tenía ninguna importancia. Todo era muy dulce, una apacible oscuridad. Todavía veía las cortinas, aún las veía moverse. Los labios de Amy volvieron a tocarle la sien y después sintió que ella se apartaba y se dispuso a prepararse para el ensayo nocturno de aquello que se había decidido a abrazar. Los nombres, los rostros, la música, los colores, todo iba y venía, sin dejar ninguna impresión, permaneciendo simplemente ante él, algo que se podía mirar. Todo se hizo más oscuro y por un instante sintió miedo,

porque sabía que no era posible retroceder. Después todo volvió a ser agradable y a los pocos segundos sólo había silencio, había perdido toda conciencia.

A las cuatro de la madrugada Amy se despertó, plenamente consciente de que ocurría algo malo. Sacó la mano de debajo de las sábanas y tocó a Henry. El rostro estaba frío. Lo sacudió y la frialdad del brazo atravesó el tejido del pijama. Amy encendió la luz y tragó saliva, ahogó un sollozo, ahora ya totalmente despierta y contempló el rostro de Henry, bastantes años más joven, los labios abiertos en una sonrisa distante, los ojos cerrados. Se levantó y se dirigió a la puerta, regresó y volvió a mirarlo. Se sentó en la cama y comenzó a llorar, abrumada por el dolor. Ya que no otra cosa, a lo menos había conseguido lo que siempre había deseado: estar presente cuando sucediera. Había estado a su lado, aunque dormida. Quizá no estaba bien. Pero había tanta paz en él. Ahora ella estaba sola. Terriblemente sola.

La confusión de las emociones que la embargaban cedió al aspecto práctico de su naturaleza y Amy se puso la bata, abandonó lentamente la habitación y bajó la escalera. Se preparó el té, tomó una taza y a continuación telefoneó al médico particular de Henry. Habría que hacer muchas cosas, los detalles entretanto diferirían la tristeza y enmascararían su soledad.

Oyó sonar el despertador y pensó que él estaba arriba, en la cama. Lo encontraría a faltar. ¡Eran tantas las personas cuya vida había cambiado por causa de Henry!

Sir Albert Macauley había convocado la reunión aprisa y corriendo. Estaba *él*, el doctor Towers, dos miembros de la junta nada relevantes y la comadrona. Estaban sentados detrás de la mesa de juntas, encubriendo con el silencio la sorpresa cuando Ellen Haxton y después Paul Avery explicaron lo sucedido el día anterior.

—Casi no puedo creerlo —dijo la comadrona—. El doctor Madison es una persona que ocupa una posición muy elevada. Lo sabemos todos. Esto que usted ha explicado… le ruego que me perdone si me muestro tan suspicaz, pero ¿no podría ser una equivocación?

—Mire, comadrona, la actitud del doctor Madison no dejaba ninguna duda al respecto.

Era Ellen Haxton quien hablaba, mostrando una energía superior a lo habitual en ella.

—Su manera de andar, su postura al no tratar siquiera de defenderse. Además, le aseguro que yo misma lo vi llenar deliberadamente de aire la jeringuilla.

Antes de que ningún otro miembro del comité pudiera articular palabra, Paúl explicó que había otras pruebas: falsificaciones, sabotaje, cosas todas ellas demostrables. De todos modos, él no tenía la intención de emprender ninguna acción legal contra Madison. Iba a ser muy difícil demostrar una mala intención real de parte de Henry Madison. Lo único que podía demostrarse realmente era que el servicio de socorro había sido objeto de boicot.

—Doctor Avery, usted nos pide que creamos que el doctor Madison ha realizado unos actos ilegales por espacio de un cierto período de tiempo al objeto de desacreditar el proyecto que usted dirige.

Sir Albert parecía tan sorprendido como la comadrona.

—Exactamente.

—Pero esto es algo terrible…

—¿Qué alternativa nos queda…? ¿Volvernos de espalda?

El doctor Towers carraspeó.

—¿Qué quiere que haga la Junta, doctor? Usted declara que Madison es un criminal; por consiguiente, usted espera que nosotros actuemos en consecuencia. ¿Usted qué piensa?

—Yo pienso que hay que echarlo. No pienso nada más.

—Esto es muy grave, doctor.

—No si considera que ha dejado morir a muchas personas, que probablemente ha matado a otras, que ha hecho Dios sabe cuántas cosas más y que todo ha sido para salvaguardar su posición. Echarlo es poco.

—Esto es terrible.

La comadrona se cubrió los ojos con ambas manos.

—Nunca en la vida me había encontrado con una cosa como ésta. Nunca.

Tras unos titubeos, Ellen decidió hablarles de la muchacha que había sido obligada a no decir nada sobre la administración de un gas venenoso a un paciente.

—Sé cuándo una persona dice la verdad —añadió Ellen—. Yo creía todo cuanto me contó.

Diplomáticamente Paúl añadió unos cuantos detalles sobre las hojas de trabajo, admitiendo que él había violado ciertas normas (no dijo nada sobre qué hubiera sido Ellen) pero señalando que a veces era necesario cometer alguna infracción para poner al descubierto otras más graves.

—Un principio quirúrgico muy sano, doctor —rezongó *sir* Albert—. Parece realmente, a lo menos me lo parece a mí, que sus reclamaciones tienen una cierta base. Pero debemos enfrentarnos con el doctor Madison.

—Por supuesto.

—Y es indudable que él lo negará todo.

—Esto depende de si está dispuesto o no a aceptar la cárcel como alternativa del despido.

—Su prueba es inconsistente —le recordó la comadrona a Paúl.

—Madison no lo sabe. Si hubiera que acusarle tan sólo de algunas de las cosas que hemos descubierto…

—Sí, sí… —Towers apartó a un lado el resto del análisis táctico—. La cosa es complicada, cualquiera que sea el ángulo desde el cual se la mire. El doctor Madison podría muy bien retirarse tras la nebulosa de dudas que rodea gran parte de las pruebas con que usted cuenta. Lo que es cierto, en mi opinión, es que el servicio de socorro ha sido objeto de agresión.

Paúl extendió las manos.

—Todo acusa a Madison. Ayer estábamos esperando que hiciera algo. Y lo hizo, o casi lo hizo.

Siguieron divagando y de las divagaciones surgió la cuestión de que no había nadie en el bando oficial que estuviera preparado para declarar que Madison debía salir a afrontar los hechos. La resistencia que mostraba era la misma de Paúl cuando Ernie Hale apuntó que Madison podía ser una amenaza viva. El titubeo era congénito; Madison lo había conseguido gracias a su estilo particular, consistente en esgrimir su poder como médico consultor. Aquel pequeño comité se creía la historia, todos sus miembros estaban convencidos de que Madison era lo que apuntaban las pruebas. Pero aquello suponía algo más que una reprimenda. Towers ya lo había hecho y con escasos titubeos, dado que ello caía dentro de los límites del procedimiento ordinario. Pero acusar a un consultor de sabotaje era otra cosa muy diferente.

Sea como fuere, el problema quedó resuelto a las nueve y media, cuando la secretaria de Towers entró en la sala y tendió una nota a su jefe en la que se le comunicaba la noticia bomba de que Henry Madison había muerto durante la noche.

Después de unas cuantas alusiones veladas en las que se dejaba traslucir que la noticia no tenía la más mínima traza de tratarse de una coincidencia, el comité se contentó con hacer a Paúl las observaciones adecuadas, es decir, las que no exigían de parte de ellos otra cosa que un simple acuerdo.

—En mi opinión, no se va a ganar nada llevando las cosas más lejos. Fuera de este cuarto no hay otra cosa más que ciertas sospechas y algo que asegura una muchacha que mantendrá la boca cerrada. Yo estoy dispuesto a olvidarlo todo. Y me complacerá que se hagan las gestiones oportunas para

brindar una nueva oportunidad al servicio de socorro del doctor Avery. Si empezamos a escarbar en los detalles de lo que se haya podido hacer, posiblemente no conseguiremos otra cosa que causar más de un disgusto. Por tanto, mejor será dejar a Henry Madison su dignidad ahora que no puede causar ningún daño ni tampoco sufrirlo.

Por supuesto, el doctor Towers y *sir* Albert debían deplorarla práctica de encubrir la verdad, si bien admitían ambos que en este caso era la mejor decisión que podía tomarse. Después de proclamar a los cuatro vientos el hecho de que poseían una conciencia, se acordó unánimemente que el nombre de Madison no debía mancharse con ningún estigma y que había que permitir que el servicio de socorro siguiera en marcha para revisar nuevamente las cifras al mes siguiente.

Ya en la calle, al notar el calorcillo prometedor que se filtraba a través de una neblina que comenzaba a dispersarse, Paúl tuvo la curiosa sensación de que iba a romper a reír a carcajadas, sin que existiera un motivo obvio para ello. Mientras se dirigían al departamento de accidentados, Paúl comentó a Ellen Haxton aquella curiosa sensación.

—Es la liberación de la tensión —explicó ella—. Usted estaba más tenso de lo que cree. Ahora ha desaparecido la tensión y usted no necesita ya resistirse.

Paúl consideró que el razonamiento era coherente, consciente aún de aquella extraña ligereza.

—¿Quiere usted decir que me sentía como el que sube al trote una cuesta para descubrir de pronto que es una cuesta que va para abajo y que no puede dejar de correr?

—Sí. Eso es lo que quería decir.

Aquello no modificaba aquella sensación que Paúl experimentaba pero era consolador contar a lo menos con una razón.

—Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho, Ellen. Me gustaría demostrarle lo mucho que la aprecio.

El rosado rubor cubrió las mejillas de la enfermera.

—Las cosas se han solucionado cómo debían solucionarse. A mí esto me basta.

—Usted es muy poco ambiciosa, ¿sabe?

Abrió la puerta y la dejó pasar delante.

—Debería aspirar a ciertos beneficios materiales, como la mayoría de las mujeres.

Ellen se detuvo un momento, antes de abrir la puerta que se abría al vestuario.

—No soy como la mayoría de las mujeres. Obtengo ya todos los beneficios a los que aspiro.

Paúl contempló cómo la puerta se cerraba tras ella. Aquella chica era un caso muy especial. No era nada interesada, nunca transmitía señales de ningún tipo. De todos modos, Paúl pensaba que no la olvidaría nunca.

24

Una parte del consuelo que Amy había esperado obtener de la desolación inherente al hecho que estaba viviendo le había sido negada. Se habían llevado el cadáver de Henry porque el médico no había querido extender una certificación de defunción. Habría una autopsia y se había asegurado a Amy que, cualesquiera que fuesen los resultados de la misma, serían confidenciales. Le molestaba pensar que la muerte de su marido estaba rodeada de una cierta irregularidad, pero la mayor contrariedad la constituía el hecho de tener que renunciar a sus planes de exponer el ataúd en el estudio. Amy pensaba que aquello la hubiera ayudado mucho a superar aquel disgusto.

No iba a ser nada fácil. Donde había vida, había esperanza y, mientras Katie respirara, siempre cabía la posibilidad de que regresara. Sin embargo, ¿volvería algún día? Amy no sabía a dónde dirigirse en busca de consuelo. Los recuerdos de los años vividos con Henry parecían más intensos cuando hacían referencia a los años y meses durante los cuales Katie había formado parte de su existencia. Amy lo había estado meditando y había llegado a la conclusión de que sería una gran mejora en la situación si Katie escribía, aun cuando no volviera. Entonces habría un eslabón. Pero, tal como estaban las cosas, lo único que subsistía era la dolorosa herida de la pérdida repentina.

La alegría que supone la reunión de dos personas que se quieren se agranda cuando interviene la sorpresa, pero todavía se agranda más cuando se produce en un momento por el cual se ha rezado. Aquella tarde a las cuatro Amy encontró a Katie de pie ante la puerta de la casa, doce horas después de hacer el descubrimiento que había acentuado el peso de su soledad.

La muchacha parecía enferma. Iba desaseada, cosa insólita en ella, había estado llorando y sus ojos habían perdido aquel fulgor y aquella confianza de antes, reemplazados por una mirada hueca ausente.

Amy rodeó a su sobrina con sus brazos y se dirigió abrazada a ella a la cocina. Hizo sentar a Katie en una silla y se puso a hacer café, sin decir ni una sola palabra, llorando tan sólo un poquito. Las dos tomaron café y, así que la

realidad de la presencia de la muchacha se hubo grabado en la conciencia de su tía, aquélla dijo:

—Ha muerto.

—¿Es por esto que has vuelto?

—Él lo era todo para mí.

Amy frunció el ceño.

—Katie, ¿de quién estás hablando?

—De Andy. No quise acompañarle. Estaba asustada. Entonces él dijo que iría solo. Y murió en el accidente.

Amy se puso a temblar.

—¡Pobre, pobre corderito!

Se levantó del taburete en que estaba sentada y se acercó a la muchacha, al tiempo que acariciaba su rostro manchado de lágrimas.

—¡Pobre corderito!

Paulatinamente, por etapas más dolorosas que cuantas había cruzado en su vida, Amy fue absorbiendo toda la pena que Katie llevaba encima. Quiso comunicar un poco de calor a la muchacha diciéndole que su cuarto seguía esperándola, que no la acusaría ni la castigaría. Después, cuando vio que lo único que quedaba era el dolor, aquel mordisco que el tiempo reduciría a un simple alfilerazo, después a una especie de comezón y finalmente a un recuerdo indoloro, Amy dijo a su sobrina que su tío también había muerto.

Por mucho que quisiera engañarse, Amy pudo darse cuenta de que la noticia era para Katie un gran consuelo. Katie derramó nuevas lágrimas, pero había como una sensación de alivio en ellas, una aceptación más abierta de su tía, ahora que el elemento perturbador había abandonado la casa. Estuvieron sentadas hablando hasta medianoche, confesándose sus pequeñas contrariedades, sabiendo las dos que cada una soportaba pesares íntimos que reservaba para ella sola. Se acostaron cansadas y Katie, sin que su tía se lo pidiera, le prometía que no volvería a marcharse nunca. Amy no hubiera podido tomar *mejor* sedante.

Antes de dormirse, antes de reposar su cabeza en la cama para pasar su primera noche de viuda, Amy murmuró una oración. Generalmente oraba mentalmente, pero ahora rezó en voz alta. No tenía ninguna certidumbre de Dios, pero esta noche parecía que su esperanza era más firme.

—Gracias por haberme devuelto a Katie y perdona el egoísmo que hay detrás de la necesidad que tengo de ella. Que ella vuelva a ser feliz, perdónale todo el mal que ha hecho, porque no es más que una niña. Concede el descanso al alma de mi marido y haz que yo no olvide nunca que siempre me

ha protegido. Si ha pecado, perdónalo también. Cualesquiera que sean las faltas que haya podido cometer en su vida, estoy segura de que siempre creyó que obraba cómo debía.

Apagó la luz y se acurrucó debajo de las mantas, cerrando con fuerza los ojos, tratando de no encontrar a faltar la respiración de Henry a su lado. Amy estaba triste, esto no podía negarlo. Pero hubiera podido ser mucho peor. Hubiera podido ser una situación desesperada. Y entonces todo hubiera sido insoportable. Henry había dicho siempre que la esperanza era algo esencial y que, sin ella, la vida cesaba.

—¿Mary? He querido llamarte para pedirte que vengas a verme esta noche. Así podrás saber cómo cocino antes de llevar demasiado lejos nuestro compromiso.

Paúl se echó a reír al oír que Mary le decía que lo único que le interesaba de él era su cuerpo. Le prometió, además, que a las nueve en punto estaría en su casa.

Acababan de dar las siete. Estaba nervioso, todavía sin digerir del todo aquella repentina alegría que le producía el aplazamiento de la sentencia. Había sacado el polvo de la casa y lo había limpiado todo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía la comida metida en el horno. Sabía que no estaba en vena de leer ninguna revista. ¿Salir a dar un paseo en coche? ¿Salir a caminar un poco? Encendió un cigarrillo y se puso a caminar por la habitación. De repente llamó su atención un cajón entreabierto y, en el momento de ir a cerrarlo, descubrió un paquete amarillo en su interior.

Lo sacó y derramó su contenido sobre la mesa. Ernie Hale. Una docena de fotografías de aquel hombre, haciéndose el loco, llenando la vida con su manera de hacer las cosas. Las habían sacado en cierta ocasión en que habían ido a pasar el día al campo, acompañados de una enfermera cuyo nombre Paúl había olvidado. Los gestos y posturas decían ahora muy poco a Paúl, no eran más que sombras que rodeaban la vida que reflejaba el rostro de Ernie. Paul comenzaba a darse cuenta de que quizás ahora tendría más espacio y más tiempo para encontrar a faltar a su amigo.

Se sentó, fue revisando las fotos, reconociendo cada expresión, acordándose de aquellas mismas expresiones del rostro aplicadas a multitud de ocasiones diferentes. Ernie había sido un buen compañero, ¿dónde estaban los demás? ¿A qué grupo de personajes estupendos pertenecía Paúl? Únicamente veía a Ernie. Con un pequeño sobresalto Paúl advirtió que Ernie

había colmado toda su escala de necesidades dentro del departamento de la amistad. No había nadie más y aquellos cánones de realización personal que Ernie se había impuesto hacían improbable que nadie más ocupara su puesto.

Levantó los ojos y lanzó una mirada a su alrededor, recorriendo la habitación vacía. ¡Qué hombre solitario estaba hecho! Más de lo que él mismo se figuraba. Siempre había querido seguir su camino, pero no era preciso para ello convertirse en un ermitaño. Hasta el mismo acto de decidir venir a Inglaterra podía ser considerado como un deseo de aislarse. Volvió a mirar la cara de Ernie. Aquella sonrisa, aquella capacidad de contagiar la alegría… Si Ernie Hale no hubiera estado cerca de él, ¿en qué exiliado cavernícola se habría convertido Paul Avery? Era algo que valía la pena considerar.

Aquel mismo día había escrito una breve carta a Cynthia, la amiga de Ernie. Había querido expresarle su simpatía y subrayar también su propio pesar. Ahora, al pensar en aquella carta, Paúl se daba cuenta de que allí había algo más. De no haber sido por Ernie, esta estancia en Inglaterra hubiera solidificado algo que se había iniciado ya en los Estados Unidos. Se habría aislado de los demás, se habría convertido en un individualista, en un ser que no comparte nada con nadie. He aquí por qué Edith y Ernie eran tan opuestos. El psiquiatra había sido para él una grata tregua, porque la cirujana era el símbolo de aquella tendencia hacia el retraimiento que Paúl había puesto ya en marcha. Lo que hacía sorprendente aquel descubrimiento era que el único hombre que compartía este método entre los que había conocido Paúl —el único caso comparable de un profesional que había optado por gozar únicamente de su propia compañía— era Henry Madison.

Ahora volvía a su memoria algo que había leído una vez y se acercó al estante para buscar el libro: *El estilo y el individuo*. Pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que en cierta ocasión lo había impresionado y que ahora lo sobresaltaba:

> *La ambición es una ascensión saludable y tonificante. Pero es un viaje que no hay que emprender nunca soló. El alpinista debe estar en contacto con otros seres, dejar que lo ayuden, prestarles ayuda a su vez, pese a que ello pueda retrasar su avance. El alpinista solitario llega cansado, amargado por el esfuerzo final. Ya en la cumbre, se convierte en un tirano, celoso de aquel pico que estima suyo. Teme tener que emprender el descenso porque no ha hecho amigos mientras subía.*

Ernie Hale impidió a Paúl convertirse en un equipo de un solo hombre. En aquel impulso solitario instiló un razonamiento sonriente. Paúl pensaba ahora: que Dios lo bendiga. Mirando hacia adelante, sirviéndose de los pocos signos que entreveía, distinguía, como mínimo una posibilidad de destacar, de tener éxito. Se sentía agradecido al pensar que ahora no volvería nunca a querer correr el riesgo de conseguirlo por su cuenta. Estaba el repugnante ejemplo que había dejado Madison y, si alguna vez no bastaba con él, allí estaría Mary Scott para respaldar su sentido de la proporción.

Pese a todo lo que había hecho Madison, Paul sentía lástima del hombre por la soledad en que lo veía. Pocas eran las cosas que debieron satisfacerlo en su vida y, lo poco que poseía, lo había pagado a un precio muy alto. Defender un tipo de soledad le había acarreado una nueva soledad. Era una imagen grotesca. Paúl aspiraba a la cima, no quería concederse tregua hasta que se encontrase en ella. Se sentía agradecido a Madison tanto como a Ernie, porque ahora no cometería la equivocación de valorar el aislamiento de modo que un día lo confundiera con la distinción.

Dejó el libro a un lado, volvió a colocar las fotografías en el sobre y echo una ojeada al horno para ver cómo iba la cena. La casa parecía más vacía que otras veces. Pensó en las fiestas que había dado en aquella habitación, en las risas que habían llenado la casa. Aun cuando en aquellas ocasiones se había divertido siempre subsistía una contracorriente de impaciencia, un desde que la casa volviera a quedar vacía.

No ocurriría nunca más. Ahora aquello lo deprimía, los ruidos que él hacía, el silencio que únicamente podía romper algún sonido predecible. Miró el reloj y volvió a la sala de estar, corrió las cortinas y escrutó la calle en sombras. Fuera también estaba todo tranquilo. No se movía nada.

—¡Date prisa, Mary! —murmuró—. Me siento solo.

F I N

Notas

[1] Nombres que se aplican a dos personas o cosas que difieren únicamente en el nombre. <<

[2] Juego de palabras intraducible en castellano. (Nota de la Traductora.). <<